



Jesús García Castrillo

El enigma de **BAPHOMET**

Jesús García Castrillo

El enigma de Baphomet

Sello Editorial

Primera edición julio 2011

© 2011, Jesús García Castrillo

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN:

Depósito Legal:

A Charo, a Javier, a Pablo, y a mis nietines: Javi, Julia,
Teo, Luz, Olivia, Víctor...

“Nada hay encubierto que no se descubra, nada oculto que no se divulgue” (Lucas, 12, 2)

PRIMERA PARTE

Viaje a América:

Esteban Arias Hernández pretendía espantar su congoja con un canturreo indescifrable.

En el sótano, desempolvó el baúl de madera con nervios de hojalata. De su biblioteca eligió no más de una docena de libros y los colocó con esmero en el fondo, para que no se dañaran con el traqueteo, tanto en el tren hasta La Coruña, como durante la travesía del Atlántico.

Entre las ropas, envolvió su viejo violín Testore, que nunca logró tocar, y el reloj de sobremesa heredados de su abuelo.

Subió al desván con pasos inquietos y bajó la maleta de cuero forrada por dentro con fino tafilete. Cuando le había sacado brillo con el cepillo de limpiar los zapatos, se quedó en silencio mirando los enseres de uso diario, cubicando mentalmente los volúmenes para aprovechar todos los resquicios.

Con solemnidad litúrgica colocó dos mudas, pieza por pieza, hasta llenar las cuatro esquinas. No encontraba lugar para los ocho pergaminos medievales, que sacaba de España clandestinamente. Desocupó de nuevo la maleta y descosió el forro. Ya desentrañaría la caligrafía endiablada de lo que parecían banales contratos antiguos y escrituras de compraventa que carecían de validez alguna; aunque, escudriñadas algunas palabras sueltas, tenían todo el aspecto de encerrar una epístola y un viejo relato. Había que examinarlos más despacio.

Introdujo con esmero los ocho pergaminos y concluyó la costura pacientemente, con puntadas de maestro guarnicionero, pasando la aguja por los mismos agujeros para que no se notara el descosido.

Antes de cerrar el baúl definitivamente, salió de casa hacia el orfanato. Le faltaba el último trámite: la firma y la póliza en el documento de adopción del niño.

Al día siguiente, temprano, el director de la inclusa se lo llevó al andén como habían quedado. Lo cogió en cuello y el niño se le abrazó con fuerza, como si no quisiera desasirse nunca, habiendo cambiado el semblante asustado por una sonrisa. No pronunció ninguna palabra, ni papá, ni padre, ni nada. Sólo se achuchaba contra su pecho.

Subidos al tren, Esteban abrió la carpeta que el director le había entregado y comprobó los documentos que legalizaban a su hijo, demasiado pequeño para intuir el largo viaje que les esperaba en barco.

La madre del niño, Itziar Markuleta Etxeverría, quedaba en el manicomio atada con una camisa de fuerza.

Al cumplir la mayoría de edad, con la misma maleta de cuero y tafilete, José Antonio Arias Markuleta volvió a España, a pesar de que no le quedaba más familia conocida que su madre loca, y tardó mucho tiempo en descoser el forro.

Su padre, sintiéndose enfermo, le había encomendado recuperar el pergamino que le faltaba, costara lo que costara, para lo que precisaba de tal paciencia que cursó la carrera de historia.

La coincidencia del vasco Markuleta conmigo, como profesores en el mismo instituto, donde tuvimos como alumnos a Pablo, Clara y Leo, determinó el comienzo de este libro: quizá un sabio astrónomo de Karahundj hubiera podido explicar la alineación de nuestros cinco luceros en el firmamento.

Pablo y Leo me confiaron, en secreto, que el profesor de historia, José Antonio Arias Markuleta los había utilizado sin escrúpulos para que robaran el pergamino que buscaba, sometiéndolos a peligrosos riesgos, durante la excursión de fin de curso desde Málaga a Astorga, el verano de 1983, por lo que decidieron esconderlo haciéndole creer que no lo habían encontrado en el archivo.

“Tiene que permanecer perdido en cualquier lugar del recinto catedralicio”, le había repetido obsesivo su padre, cuando lo ilustraba acerca de la estirpe ARIAS DIDAZ.

Con este pergamino podría demostrar que la valiosa pintura románica le pertenecía, por herencia directa, al proceder su apellido de este linaje medieval, pero les había dicho que sólo lo quería para culminar su tesis doctoral de historia.

Pudo más mi lealtad con los muchachos que la amistad con Markuleta; les guardé el secreto y no le dije nada.

El Vasco —así llamaban los alumnos a Marculeta—, después de haber muerto su madre en el manicomio, se volvió a Buenos Aires, desolado por no haber podido llevar a cabo el mandato de su padre: rescatar el pergamino que ya guardaban Pablo y Leo.

Hace mucho tiempo que empecé la aventura de descubrir el enigma de Baphomet y, tras años de investigaciones y pesquisas, hemos terminado ensamblando todas sus piezas, como si fuera un rompecabezas, no sin angosturas y peligros: comencé yo en el monasterio de San Pedro de Montes, León, en 1971, y culminaron Leo y Pablo, Clara y Nora en 2010 en el aeropuerto de Barajas.

Capítulo I

1

Otoño, 2010

Clara: —Buenas noches, profesor.

Profesor: —¡Hola, buenas noches! ¿Qué tal os ha ido?

Clara: —Estoy esperando que se conecte Leo a internet, a ver qué me dice...

Profesor: —¿Qué tiene que decirte?

Clara: —Se va a llevar usted una sorpresa muy grata. Pero no podemos cantar victoria todavía.

Profesor: —¿Qué pasa, qué pasa?

Clara: —Leo ha salido para Francia. Ahora mismo estará volando. Bueno, estará a punto de aterrizar en el aeropuerto “Charles De Gaulle” de París.

Profesor: —Pero... cuéntame, ¿qué ha ocurrido?

Clara: —Hoy por la mañana recibió un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores que nos ha dejado perplejos. No se lo escribo porque es muy largo. Mañana en mi departamento de la Facultad puedo escanearlo, porque aquí no tengo scanner. Y se lo envió. Con el comunicado le llega un “oficio” de un juzgado de París.

Profesor: —¡Caramba! No esperes a mañana. Dime ahora. ¿Qué le comunican?

Clara: —Espere un momento, que voy a buscar dos palabras de lenguaje jurídico que tengo subrayadas. Las buscaré en el diccionario de Francés, para traducirlo bien.

Profesor: —No hace falta. Dime lo que le comunican, que no es necesario que me lo traduzcas al pie de la letra.

Clara: —El lenguaje jurídico de Francia no es sencillo. Leo se llevó los originales. Aquí tengo la fotocopia. Espere... Ya las tengo.

Profesor: —No me hagas esperar. Dime ya...

Clara: —En resumen, el escrito dice que... Bueno, mandan copia del parte de defunción con un informe médico del hospital, y copia del testamento. Espere que lo copio entero:

“Madame Denisse Counillac... falleció en este hospital... Diagnóstico: ...insuficiencia respiratoria... ...cor pulmonale...”

Profesor: —No, no. Resúmelo. No me escribas todo.

Clara: — Ya estoy resumiendo las ideas principales.

Profesor: —¡Ah! ¡Sigue, sigue...!

Clara: —Dice que Madame Denisse Counillac ha dejado a Leo como único heredero de una casa en un pueblo cerca de Versalles, y de sus pertenencias personales, por expreso deseo; y narra toda clase de detalles: en agradecimiento por los favores que le dispensó, ya que fue quien la llevó al hospital salvándole la vida tras un accidente...

Profesor: —¿Figuran los pergaminos que nos faltan, entre sus pertenencias personales?

Clara: —Bueno... dice: dos baúles que contienen ropa, cuadernos, papeles y pergaminos.

Profesor: —¡No hay duda! ¡Son los pergaminos!

Clara: —¡Claro! El certificado de “últimas voluntades” tiene fecha de agosto de 1983. O sea, que hizo el testamento cuando Leo todavía no había regresado a España, aquel verano, porque él se vino a primeros de septiembre.

Profesor: —A ver qué dice Leo mañana. ¿Te llamará por teléfono?

Clara: —O se conectará en un ciber. Le he estado insistiendo en que se compre un ordenador portátil y no me ha hecho caso. Siempre me dice que con el ordenador de sobremesa le sobra. Hoy hubiera hecho falta. En Francia todos los hoteles tienen Wi-Fi. Comprará un ordenador portátil en París para comunicarnos por videoconferencia. Así que, a ver qué nos dice mañana. Esperemos que en estos veintitantos años no hayan desaparecido de los baúles los pergaminos y las páginas que nos faltan del diario de guerra del Capitán Counillac.

Profesor: —Allí están todos los documentos que nos faltan. Los míos los tengo transcritos y traducidos desde hace mucho tiempo. Si Leo trae todos los que faltan, los transcribiremos en unos días. No sé si voy a poder dormir esta noche.

Clara: —Lo mismo le digo. Yo tengo, en el despacho, un ordenador con cámara de video; y los últimos portátiles ya llevan cámara incorporada. Nunca hubiéramos echado tanto en falta, como ahora, estas maravillas de la técni-

ca. A ver si mañana podemos conectarnos en videoconferencia con el Skype.

Profesor: —Parece mentira que este artefacto haya evolucionado tan deprisa. Se me ha pasado la vida de profesor en los institutos en un pis-pás. A ver si, ahora que me he jubilado corre el tiempo más despacio. Parece que era ayer cuando entrábamos en el mundo informático, siendo yo tu profesor en el instituto, con aquellos ordenadores de discos flexibles, que cada vez que arrancábamos el ordenador teníamos que instalar el sistema operativo. ¡Y ya han pasado mucho más de veinte años!

Clara: —Desde luego... Bueno, a ver qué nos dice Leo mañana.

Profesor: —Que descanses. Mañana conectamos y ya me cuentas noticias frescas.

Clara: —¡Hasta mañana!

Profesor: —Adiós, hasta mañana.

2

Leo: —Buenas noches, profesor.

Profesor: —Hola, Leo. Ya me ha contado Clara...

Leo: —Hoy he pasado por el mismo paso de peatones donde lo pilló a usted el coche. Me detuve un rato pensando... ¡Qué tiempos!

Profesor: —Mejor olvidarlo. Yo lo olvidé todo al poco tiempo. Lo que pudo haber sido... Aquel fatídico coche me pudo haber matado; y ya ves, quedé tan fresco para seguir dando guerra.

Leo: —Ya. Estas calles de París me han traído a la mente tantos recuerdos, andanzas... Es que no había vuelto a París desde entonces.

Profesor: —Muy bien. Ahora, a ver si arreglas lo de la casa y regresas pronto con los pergaminos. Ya estoy impaciente por leerlos y ordenarlos con los míos.

Leo: —Ya me imagino. Pero no hay más remedio que esperar con paciencia. Yo, a veces, me desespero. Por lo que estoy comprobando, en Francia, la burocracia es igual de pesada que en España. Bueno, me parece que “buró” es palabra francesa, así que nunca mejor viene a cuento.

Profesor: —Claro, claro... Estás en lo cierto. Eso es bagaje que te queda de nuestras clases de lengua de C.O.U. de antaño, en las que, lo que más os gustaba, sobre todo a los del grupo de ciencias, eran las etimologías e historia de las palabras.

Leo: —Ayer, pasé toda la mañana en el juzgado otra vez, esperando una firma, para llevar el papel a la embajada española. No sé qué coños de permiso tienen que darse unos a otros, que me tienen zarandeándome como a un zombi. No sé por qué se traen tanto misterio, que esto no avanza. El embajador español, para más “inri”, me hizo esperar dos horas, y al final no vino, y tendré que volver mañana. Otro día perdido.

Profesor: —Tenemos que hablar de dineros. El hotel correrá de mi cuenta, que será la partida más cara. Yo tengo que colaborar económicamente.

Leo: —Si no es eso. De momento, el dinero no me preocupa. Para esto tengo ahorrado. Sólo faltaba.

Profesor: —Como todo lo tienes invertido en cuadros y esculturas...

Leo: —No se preocupe. A fin de cuentas, la investigación de los pergaminos es más importante que toda mi colección de arte. Si es preciso vendo un cuadro, aunque sea el más valioso que tenga; o la tabla románica, por la que me ha ofrecido mucho dinero un anticuario. De momento ya me pagan veinte veces más de lo que me costó a mí, y eso que ya me parecía cara cuando la adquirí en la subasta. Después de todo, no hice mala inversión con mi afición a las pinturas. Del dinero no se preocupe.

Profesor: —Bueno, de dinero ya trataremos que también es importante.

Leo: —Podemos escribir en Google-docs.

Profesor: —No sé lo que es eso.

Leo: —Nos permitirá crear una cuenta común en internet y archivar nuestros escritos, de tal manera que podemos escribir cada cual su relato y archivarlo en uno sólo. Así podemos escribir el libro entre todos, en equipo, sin necesidad de desplazarnos. Nosotros en Madrid y usted en Málaga.

Profesor: —Me parece muy buena idea, pero no sé si conseguiremos coherencia en la redacción.

Leo: —Yo creo que, como son traducciones de leonés del siglo XIV, conseguiremos una continuidad total entre sus pergaminos y los que Denisse ha guardado en los baúles. Precisamente se complementará todo, y para el lector será más fácil seguirlo. Repartiremos el trabajo. Con la ayuda de Clara los transcribiremos en unos días. Se lo he comentado a Clara y le ha parecido una idea magnífica.

Profesor: —No olvides que Clara siempre te tuvo un poco idealizado, y... viniendo de ti... ☺))

Leo: —Déjese de bromas... Más lo tenía idealizado a usted, que durante el curso de C.O.U. en el año 1983 le dedicaba fotografías....:☺)))) Lo que sí creo es

que usted va a tener que corregir o por lo menos revisar lo mío, porque no me fio de que no se me escape alguna incorrección sintáctica.

Profesor: —Hombre, espero que en el relato no utilices el lenguaje coloquial de *chat*. Tú escribes muy bien cuando quieres. Ya lo demostraste con el sobresaliente en Lengua. Me ha gustado la idea del equipo... Porque, si archivamos lo que cada cual vaya escribiendo, cuando uno abra el archivo, ve lo que los otros han escrito, y así se evitarán repeticiones que, sin duda, saldrían al tener los tres muchos datos comunes. Por lo menos, vamos a probar tu idea...

Leo: —Ahí le mando un croquis del orden, de la estructura del libro, en un archivo adjunto. Empiezo con el asedio del Temple de Ponferrada y la huida de Martín, Roderico y Rechivaldo. Creo que es mejor empezar así que con los diálogos de Gotier con Petrus. De la infancia de Martín y Gelvira, solo tenemos dos fragmentos pequeños, dos párrafos. Esperemos que el resto esté en el baúl de Denisse. He pensado redactar el prólogo con toda su infancia, en Castrillo de las Piedras, al lado del río Tuerto y el puente Valimbre.

Profesor: —No te molestes todavía, que la lengua de principios del siglo XIV hay que revisarla mucho, e investigar muchas palabras no documentadas. La vida de Martín yo creo que está completa en mis pergaminos. Pero en los pergaminos que tú traigas tendremos que hacer investigación filológica.

Leo: —Ayer estuve repasando lo que tiene usted hecho, hasta las tres de la mañana. No me dormía pensando en el conjunto. Qué ganas tengo de leer todo terminado.

Profesor: —Cuando regreses a España seguiremos trabajando con los pergaminos que traigas. Si ahora empezamos pensando la estructura, dentro de unos días tendríamos que cambiar el orden de nuevo. No hay más remedio que juntar los pergaminos míos con los tuyos, para ordenarlos. Sobre todo al pasar de una página a otra de las que están separadas, que es donde, seguramente, aparecerán incongruencias si no están bien ordenados. He pensado trenzar los primeros episodios para que el lector vaya leyendo a la vez dos tiempos distintos: los diálogos de Petrus y Gotier que suceden años más tarde que la huida de los cinco templarios Martín, Roderico, Rechivaldo, Cerecinos y Matalobos. Tendremos que hacer el libro con tus pergaminos y los míos a la vez, cotejándolos encima de la misma mesa. Por lo menos en la primera redacción hemos de unir nuestro trabajo.

Leo: —Y el trabajo de Clara, que es tan importante como el nuestro, pues, aunque no ha descubierto directamente ningún escrito revelador, ha pasado muchas horas en los archivos para constatar, sobre todo, los pergaminos que faltan de las colecciones donde tendrían que encontrarse; que han desaparecido a lo largo del tiempo porque se hayan robado o por lo que sea; que

son datos complementarios tan importantes como los mismos escritos. Como si lo nuestro fueran los sonidos y lo suyo fueran los silencios de una misma sinfonía. Además, es una especialista en la Edad Media, y sobre los templarios lo sabe todo. Cada detalle que le pregunto me lo resuelve al instante. Ella también cuenta con el apoyo de su amiga Nora, que es filóloga, y, entre la historiadora y la filóloga, ¡menuda pareja! Me ha dicho que ha habido innumerables suposiciones acerca de quién fue Bafomet. La más chunga es la última que ha leído, que lo relaciona con Mahoma. Fíjese, vaya majaderías se publican: “*Se exterminó a los templarios porque dejaron de ser cristianos y se convirtieron al Islam y adoraban a Mahomet o Baphomet*”. Yo no sé cómo se pueden publicar tales bobadas. Esta cita la encontró Nora el otro día. Y, como esta interpretación del significado de Baphomet, hay a decenas. Nora ha leído todo al respecto. Siempre me ha dicho Clara que Nora es la mayor especialista sobre los templarios.

Profesor: —Además, la relación fonética no tiene ni pies ni cabeza. Pero ahí está publicado y discutido. ¡Qué le vamos a hacer! A veces hay poco rigor en las publicaciones que se las dan de científicas. Pues inexactitudes como esa se han publicado centenares, ya lo sé, todas supuestas e inventadas. Aunque no quiero minusvalorar los trabajos de Nora, vuestra amiga, imprescindibles para descartar interpretaciones falsas, ya sabes que estudios sobre los templarios hay millones, de prestigiosos investigadores.

Leo: —Y ya es seguro que nosotros tenemos la exacta y original faz de ese ídolo por el que llevaron a la hoguera a miles de templarios a principios del siglo XIV. Cómo iba alguien a suponer que los escritos en los que se revela quién fue ese misterioso ídolo estaban repartidos entre su amigo el mendigo bohemio de Astorga y una conserje de un inmueble parisino. No es de extrañar que todos los investigadores de historia los hayan buscado durante setecientos años sin éxito alguno. Cuando hayamos publicado el libro, colgaremos de internet las fotografías, para que todo el mundo pueda verlas con detalle, gratuitamente.

Profesor: —Y se pueda comparar con el dibujo que hizo en el siglo XIX el mago ocultista Eliphas Levi, que es el más aproximado, porque es el que más páginas ha dedicado a la identificación de Baphomet.

Leo: —Tiene usted los libros, claro...

Profesor: —Sí, naturalmente que lo tengo casi todo con respecto a las distintas interpretaciones que se han dado de Baphomet. El que más se acerca es Eliphas Levi. Es más, yo, cuanto más leo, más me afianzo en que este sujeto tuvo que conocer nuestro Baphomet, el verdadero.

Leo: — ¿En qué se basa usted para afirmar eso?

Profesor: — El dibujo que hizo Eliphas Levi de Baphomet es un calco de nuestro retablo, con algunas modificaciones escoradas hacia lo que le daba de comer, lo que le daba dinero; además, vivió de eso engañando a las gentes con trucos de magia, cartas astrales, tarots, brujerías y ocultismos.

Leo: —¿Qué le daba de comer? ¿De qué vivió ese Eliphas Levi?

Profesor: —De la magia y de las ciencias ocultas. Esa teoría de que basó su ilustración de Baphomet en una gárgola de un edificio que había sido propiedad de los templarios no tiene ni pies ni cabeza porque no existe tal gárgola. Sólo existió en su imaginación después de haber visto nuestra pintura aquí en España, o alguna copia que quedó por algún lugar escondido de Francia, o en alguna bodega cuando el Rey Felipe IV de Francia ordenó quemar todas las copias que presidían las capillas de los castillos templarios.

Leo: —¿Tiene usted fotografías del dibujo de Eliphas Levi que representen a Baphomet?

Profesor: —Aquí lo tengo en un archivo. Te lo paso. Pincha y abre. Alguien ha colgado en internet el dibujo de Eliphas Levi.

Leo: —¡Caray! No cabe duda. No es que esté inspirado; es que copió nuestra pintura sustituyendo la cabeza del dios Baco pintado como un Pantocrátor, por una cabeza de macho cabrío con cuernos; y el pentágono en la frente con la punta para arriba ha sustituido a la corona de laurel.

Profesor: —Todo está descrito en el libro de Eliphas: “Dogma y Ritual de la Alta Magia”. No cabe ninguna duda de que utilizó nuestra pintura, la que Arias Didaz dejó a los monjes de San Pedro de Montes, en el siglo X, para que nunca saliera del monasterio. Oye, que no dejo de pensar en eso que dijiste de la amiga de Clara. ¿Quién es exactamente? ¿No me la puede presentar Clara? ¿No nos complicará las cosas? Yo creo que ya somos suficientes los tres. ¿No crees?

Leo: —Clara me dice que Nora ha leído todo sobre Bafomet; todo lo que es legible en los distintos archivos de España, Francia e Italia, incluidos los del Vaticano, y que ya no alberga ninguna duda de que nosotros tenemos el secreto. Es una prestigiosa investigadora, pero claro, tenemos que juntar las dos colecciones de escritos y seguir investigando nosotros. También me constata que el misterio de Bafomet es el secreto mejor guardado de la historia de Europa. Clara le ofreció, por su cuenta, sin consultarme a mí siquiera, transcribir algunos episodios. Lo cierto es que le ofreció a su amiga ser coautora del libro.

Profesor: —¿Otra persona más, coautora? ¿No seremos ya demasiados autores?

Leo: —No importa. Esto no es una tesis doctoral en la que sólo puede figurar uno.

Profesor: —Bueno, lo importante es descubrir, revelar y publicar el misterio de Baphomet.

Leo: —¡Claro!

Profesor: —Si en su momento se hubiera desvelado quién era Baphomet, no se hubieran llevado a la hoguera a treinta mil templarios. Felipe IV de Francia y su ministro Nogaret no les hubieran robado sus inmensos tesoros ahorrados y custodiados en los castillos del Temple; y la historia de Francia hubiera sido otra. Por supuesto no se hubiera llegado a la Revolución Francesa. No sólo eso, sino que hubiera cambiado la historia del mundo.

Leo: —Por eso Clara le ofreció a su amiga Nora ser coautora del libro, porque es la que más sabe de la historia de los siglos XIII y XIV. Siendo los cuatro coautores, cuando se edite el libro no harán falta agradecimientos ni introducciones.

Profesor: —Yo quisiera explicar cómo conocí al mendigo en Astorga cuando yo era niño, y por qué me regaló, poco antes de morir el año 1983, cuando tú terminabas tercero de BUP en el Instituto, lo único que poseía, que eran estos escritos. No sé si merecerá la pena contar todos los detalles de la última fase de mi investigación hasta que llegué a saber que Denisse conservaba los pergaminos, cuando tenía que hacerme el simpático con las viejas de Francia, en el pueblo que, de niñas, tenían que haber sido sus vecinas, a las que les encantaba oírme porque les hacía gracia mi francés rudimentario. En realidad sólo hubo conversaciones y conversaciones con ellas hasta que fui hilando datos y llegué a encontrarla trabajando de conserje en París.

Leo: —Pues relate usted cómo el mendigo de Astorga le proporcionó algunos pergaminos.

Profesor: —Ya lo tengo redactado. Me han salido catorce o quince folios.

Leo: —Entonces yo tengo que contar cómo al terminar COU, antes de entrar en la universidad, me convenció usted para que fuéramos a París a buscar lo que usted andaba buscando, después de haber examinado los escritos de su amigo, el mendigo. Han tenido que pasar veintisiete años de espera para poder desvelar el secreto. Lo ideal sería transcribirlos tal y como están, en leonés y castellano del siglo XIV, pero no los transcribiré, porque si los transcribiera tal y como aparecen, resultaría una obra exclusiva para filólogos especialistas.

Profesor: —Empiezo yo explicando cómo llegamos a tener tú la mayor parte de los escritos que guardaba Denisse, y yo el resto de los escritos desde hace veintisiete años durmiendo en el cajón, cuyos contenidos no se entenderían leyéndolos por separado. Así que empiezo yo explicando el comienzo de esta historia que es parte de mi infancia en el año 1957. Van a decir

que es autobiográfica, pero, ¿en qué libro no se plasma toda o parte de la autobiografía? Y luego sigues tú con tu relato en París, en el verano de 1983.

Leo: —Ahí se conecta Clara. Vamos a decirle el orden que seguiremos a ver qué le parece. Estoy pensando que ¿para qué molestarnos redactando en forma de prosa lo que ha sido una conversación con el programa “Skype”? Podemos copiar este “chat” y ya no hace falta redactar nada para dejar plasmada la génesis de este libro. Después de estas líneas, colocamos nuestras introducciones y, seguidamente, el resto de conversaciones y videoconferencias que yo tengo grabadas.

Profesor: —Ayer estuve pensando que tendríamos que publicar vuestras fotos, o colgarlas en internet, o un vídeo. A los lectores les agrada conocerlos. Mi foto ya está publicada, y no hace falta; pero las vuestras...

Leo: —No creo que Nora acceda a publicar su fotografía. Y Clara es muy vergonzosa, así que nos conformaremos con describirlas: las dos tienen 45 años pero no representan más de 30. De estatura, las dos iguales, 1.60. Clara, con media melena y algo más angulosa en sus facciones; Nora pelo corto, la cara más ovalada y los labios siempre pintados de rosa. Y ahora que no nos oyen, ambas bellísimas; parecen dos artistas de cine: los ojos de Clara color castaño y sonrisa eterna. Nora, ojos negros y profunda mirada; cuando te escucha parece que está analizando tu alma. El cabello cada poco cambia de color. Clara ahora peina mechones y Nora a la última moda parece que va despeinada con exquisito desaliño. Y las medidas...

Profesor: —¡Bueno, bueno...! No sigas, no hace falta profundizar tanto. Tú no has cambiado de imagen desde los 18 años. Si te tuviera que describir el Arcipreste de Hita diría: “el cuerpo tiene alto, piernas largas, membrudo / la cabeza non chica, velloso, pescozudo / el cuello más bien alto, pelinegro, orejudo / las cejas apartadas, no tan negras como el carbón / el andar muy erguido, así como pavón / el paso firme, airoso, y de buena razón / la su nariz no larga, que no lo descompón.

Capítulo II

3

La historia de la redacción de este libro empezó cuando yo era un niño, por

los años 1955 ó 1956 más o menos, ¿para qué voy a echar cuentas exactas...?

El primer día de clase en la academia, ubicada al lado de la que, en la Edad Media, había sido la Iglesia de Santa María, en el mismo lugar donde ahora se yergue, hermosa, la catedral gótica, el maestro don Jeremías pasaba lista bajo la mirada de un retrato de Franco y otro de José Antonio Primo de Rivera.

Todos los niños y niñas de la clase de ingreso en el Bachillerato teníamos apellidos normales, Pérez, González, García, algunos nombres de oficio como Herrero o Carretero, un Ansúrez y un Castrillo. Cuando el maestro llegó al número veinte —treinta alumnos el total de la clase—, se le trabucó la lengua al pronunciar el apellido más complicado: Ruiz de Mendarózqueta Martínez de Ezquerecocha y Madinabeitia. Con un cuádruple nombre muy de religión y sacristía: Pedro María Jesús Redentor; de tal manera que no fue capaz de pronunciarlo todo seguido.

Intentó de nuevo y cada vez le salían unos apellidos distintos.

Mi mejor amigo se llamaba Raúl Ansúrez, con el que, además, compartía pupitre.

Al oír el galimatías en el que el maestro se había metido, me pellizcó con disimulo, empezó a reírse y no podía parar. Era un guasón de tralla, delgado, vivaracho y con una intuición privilegiada. Recitaba las lecciones de memoria sin fallar una coma. Siempre se reía a carcajadas. Me enseñaba el significado de palabras para mí desconocidas, porque era aficionado a la lectura de todo lo que caía en sus manos. Era el único que leía libros en los recreos; el resto sólo leíamos tebeos y la enciclopedia de grado medio: nuestro libro de texto. A él le oí, por primera vez, la palabra “filatelia” pronunciada con misterio al hojear parsimoniosamente su amplia colección de sellos. “Cada vez que se toca uno con los dedos —nos aleccionaba en corro expectante— pierde la mitad de lo que vale, por eso hay que cogerlos con pinzas y conservarlos entre celofanes”.

En una situación de respeto y silencio, como era la ceremonia de pasar lista al comienzo de la primera clase de curso, contener la risa ante cualquier minucia hilarante era imposible; y Raúl no podía parar de reírse cuando se trabucó el maestro, todo un alivio que aprovechó don Jeremías como disculpa para detenerse y llamar

la atención a mi amigo diciéndole: Raúl, si no dejas de reírte, comenzarás el curso copiando cien veces “no me reiré jamás mientras el maestro pase lista”; con lo que salió airoso del atasco y recommenzó la lectura de los endiablados apellidos del Redentor compañero, quien, por otra parte, parecía un niño muy dócil y aplicado. Desde luego, hasta el momento, no había metido ningún ruido.

Raúl no pudo contenerse y soltó otra carcajada tapándose la boca cuando vio que no arrancaba.

Don Jeremías, con el afecto paternal que lo caracterizaba, le llamó la atención un poco más serio instándole a que dejara de reírse, y volvió a la carga empezando a leer los nombres atropelladamente: Pedro María Jesús Redentor Reuis de Minda... Menda... Monda, mas Miraz Queta..., y de ahí ya no pasó el pobre maestro.

Raúl ya no me pellizcaba. Metió las manos entre las piernas y agachó la cabeza queriendo ocultarla tras la espalda del compañero de adelante, aplastando la cara contra la tapa del pupitre y lloraba, no podía parar de llorar de la risa intentando inútilmente que no se le notara.

A mí me contagió la risa y yo se la contagié al resto de la clase.

Redentor quedó muy serio en medio del estruendo de las carcajadas, de tal manera que a don Jeremías se le escapó una sonrisilla enseñando los dientes del color ferruginoso del cigarro tras cigarro que fumaba.

Cuando nos fuimos aplacando limpiándonos las lágrimas, el maestro comprendía que el pobre Redentor podría estar molesto, y trató de remendar la situación diciéndonos: “Los apellidos compuestos son de familias de alto abolengo, por eso es difícil pronunciarlos. Le llamaremos Redentor Ruiz de Menda, a secas, y todos tan contentos.

Terminó la lista y proseguimos como cualquier comienzo de curso.

Aparentemente, se había calmado la tempestad, pero —¡ay, amigo!—, al día siguiente, después de haber entrado y de comenzar, en silencio, a dar un repaso a la lección primera, se abrió la puerta de una patada: con las botas del ejército entró un uniforme lleno de estrellas y condecoraciones, sin pedir permiso, directo hasta la tarima, con la cabeza ladeada, resollando y el dedo amenazante en ristre.

A don Jeremías no le dio tiempo ni a levantarse.

Aquel mando del cuartel de artillería enfurecido arrancó a reprocharle al maestro con voz aguardientosa y potente:

—Tenga usted mucho cuidado con lo que hace y dice.

—¿Quién es usted? —le contestó el maestro intentando levantarse de la silla.

Raúl Ansúrez me pellizcó; con asombro y miedo esbozó un gesto para que mirara a Redentor al que se le veía ufano y victorioso.

Don Jeremías terminó de levantarse con la chaqueta desgastada y brillante de tantas clases que daba, colgando de un lado más que de otro.

—Yo a los niños los educo haciéndoles que llamen a la puerta y pidan permiso. Por favor, sólo le pido que se identifique —le dijo con la mayor delicadeza.

El militar, confundido y ruborizado, le contestó sin argumento ninguno:

—El director me conoce perfectamente. A usted no tengo que darle más explicaciones, pero le advierto que nunca más... Y que sea la primera y última vez que se ríe usted de los apellidos de mi hijo. Son apellidos nobles, linajudos y quienes los llevamos tenemos el honor de saber defenderlos. Por las buenas o por las malas haré que los respete.

Mi amigo Raúl Ansúrez ocultaba el rostro entre las manos con los codos encima de la tapa, haciendo propia la humillación y el bochorno que injustamente estaba sufriendo el maestro. Quedamos inmóviles. No se oían más que las botas que se dirigían por el pasillo central hacia la puerta, y el tamborileo de las máquinas de hierro negro, que tecleaban los del aula de mecanografía. A mí me dio lástima de don Jeremías; hubiera deseado que el energúmeno se hubiera disculpado o que don Jeremías le hubiera soltado un soplamocos como respuesta a su insolencia, pero el maestro trató de disculparse diciéndole:

—Ha habido un malentendido. Ya le dije a su hijo, y a toda la clase, que eran apellidos egregios, de procedencia nobiliaria como casi todos los apellidos compuestos.

Ni se despidió siquiera. Tampoco miró para su hijo, quien, muy presuntuoso, era el único que mantenía el tronco erguido.

Antes de dar el portazo de salida, escorzó la mirada diciendo:

—Ya está bien de aguantar a republicanos todavía.

Al oírlo, me crujieron los oídos y sentí pánico porque mi madre había sido maestra de instrucción pública durante la república en San Vicente de Alcántara, aunque había quemado todas las fotografías de antes de la guerra para que no se molestara el director de las escuelas donde ejercía, que había sido alférez provisional durante la contienda.

Desde aquel día, la curiosidad por el origen de los apellidos y los entresijos de las historias íntimas de las familias cercanas me empezaron a interesar.

En la biblioteca del ayuntamiento, mientras mis otros amigos y el mismo Raúl leían cuentos de aventuras, yo me tragué un libro entero titulado: “Apellidos y antropónimos de España”.

Al salir, en la plaza, ilustré a Raúl —me lo aprendí de memoria para no fallar ni una palabra— sobre el origen de los suyos, y se asombró de mi léxico cuando le dije que Raúl era germánico y Ansúrez también era noble, de la más “recia estirpe castellana”.

—¡Ooooooy...! ¡Qué bien suena eso! —me dijo con chanza. Y echó otra sonora carcajada que se confundió con las campanadas de los maragatos.

De mis apellidos no pude saber más que Garcías somos cientos de miles, y, sin embargo, Castrillos hay pocos, distribuidos en las provincias de León y Burgos, pero ninguno procede de familias de alto coturno como nuestro condiscípulo Pedro

María Jesús Redentor Ruiz de Mendarózqueta Martínez de Ezquerecocha y Madinabeitia.

Un día, al terminar las clases de la tarde, con el otoño bien entrado, salimos de la academia, corriendo, a comprar una peseta de castañas asadas, y las fuimos comiendo hasta el atrio de la catedral.

Raúl me dijo:

—Ven conmigo, que subiremos al campanario. El pertiguero me conoce y conoce a mi familia, y me deja entrar por todos los vericuetos. Verás qué risa. Tengo que enseñarte en la sillería del coro un mono tallado en madera chupándose la pilila, y muchos, muchos secretos que no sabe nadie. Pero, según le dé, porque otras veces me dice que el Magistral le va a echar la bronca si me ve hurgando en las piezas del tesoro, y se niega en redondo. Hace unos días me decía que viniera yo una noche, que se oían los lamentos de las ánimas de todos los cadáveres que hay enterrados dentro.

—¿Y viniste? —le pregunté asombrado.

—No, no, ¡menudo miedo!

Llegamos hasta el pertiguero que nos recibió cariñosamente con una sonrisa y son apacible. De pie, vigilante, contemplaba las multicolores nubes del crepúsculo con las llaves de todos los cerrojos ensartadas en un aro. A su lado, en el suelo, un serillo que contenía un puchero humeante y dos manzanas reinetas

—¡Hola, Raúl! ¿Venís a oír las ánimas?

—Déjanos subir al campanario, que le voy a enseñar a mi amigo la campana María.

—Hoy ya es muy tarde para eso. Son muchos escalones y si os pasa algo yo soy el que me la cargo. Para eso venís por la mañana cuando suba el campanero. Si quieres, le enseñas a tu amigo el tesoro y los libros viejos durante este rato antes de que cierre, que estoy esperando a...

Raúl tropezó con el serillo.

—¡Cuidado! —le dijo sujetándolo— ¡Que derramas el caldo! Es la limosna del obispo para el mendigo del pie cortado, la cena de cada día. Estoy esperándolo. Mira, ya se ha derramado un poco. Se ha manchado la servilleta. Venga, pasad dentro que está al llegar el mendigo, y cuando le dé la limosna, cierro.

Yo le pregunté:

—¿Hay libros de apellidos?

—Aquí hay de todo, hay nombres, apellidos, escrituras de todos los obispos desde Nuestro Señor Jesucristo hasta nuestros días. Pero tú no puedes entender las letras, para eso hay que haber estudiado mucho. No las entiendo ni yo siquiera. Venid que os los enseño. Os dejaré tocar las esmeraldas y el oro; la cruz de oro de los templarios, no se la dejo tocar a nadie, sólo a Raúl y a ti, por supuesto —me dijo—. Pero los libros ni tocarlos, sólo verlos; nada más que verlos porque se les rompen los hilos de bramante con los que están cosidos los cueros.

El pertiguero Prudencio no podía imaginar que me estaba inoculando el veneno de la curiosidad y la afición a la filología.

Al cabo de unos años, cuando ya estudiaba en la universidad de Salamanca, escudriñé el archivo de Astorga, los libros de bautismos en las parroquias cercanas y todos los pergaminos a los que tuve acceso. También encontré, carcomidas y polvorientas, las hijuelas de herencias en las que figuraba el apellido Castrillo. Pero, investigando hacia atrás, no tuve más que exiguas noticias de mi bisabuelo materno del año 1840.

El fruto de la investigación no fue muy exitoso. No había manera de saber quién había sido mi tatarabuelo.

El cura de un pueblo me dijo que los archivos habían desaparecido cuando la guerra y durante la desamortización de Mendizábal.

Contando maridos y mujeres, me faltaban siete bisabuelos para seguir indagando la generación de antepasados antes de llegar a los dieciséis tatarabuelos.

Estos son los pocos datos que pude cotejar después de mucho trabajo de campo en escrituras de herencias, llamadas hijuelas, a las que no di más importancia que la pura coincidencia de mi apellido Castrillo con el de Víctor Alejandro Castrillo Nuñez Osorio, pero sin relación familiar alguna, por más que me aseguren que en el pasado remoto algún ascendiente común compartimos. Yo, sin duda, desciendo de siervos de la gleba medievales y Víctor Alejandro, como luego comprobaría en los pergaminos del siglo XIV, estuvo a punto de ser nada menos que el rey Alfonso XI de Castilla:

Hijuela del principio del siglo XVI (escrita en papel tosco)“...diez heminas de secano, lindando con el camino al poniente y con el río al naciente, y con **José Castrillo** la herencia grande, al norte con la viuda de Ginés Carretero...”

Otra hijuela anterior a la de José Castrillo de Nistal de la Veiga.

*“...veinte heminas regadas con el río, con regueros abundantes y empalizada de buenos árboles por los laterales. La conservaron mis abuelos desde antiguo de la herencia acrecentada de **su bisabuelo Víctor Alejandro Castrillo Núñez Osorio**, labrador rico (fecha en 1451)”*

Nota al margen, en esta escritura de herencia:

“**Gelvira** escribió todos los días hasta el fin de sus días lo que le sucedía y cómo crió a su hijo, y a sus nietos”. La reina consorte, Constanza, murió de una muerte muy extraña y consta que, una vez, el rey Alfonso XI visitó las fincas de su hermano adoptivo **Víctor Alejandro Castrillo Núñez Osorio**, y hubo fiestas en Castrillo de las Piedras. (Fecha en 1553).

En una hijuela del siglo XVII dice:

“...**Garpar Castrillo** y su mujer Isabel Menéndez reparten entre sus hijos...”
“...la herencia procedente de **Victor Alexandro** y su esposa en los albores del siglo “qatorze” que repartieron entre sus ocho hijos que se desperdigaron por toda la comarca y propagaron el apellido Castrillo”. (Fechada en 1668).

Nota al margen:

“El Obispo de Ávila quiso nombrar Rey a mi antepasado directo, Víctor Alexandro Castriello Núñez Osorio. Fue el Obispo Sancho Blázquez, y no Pedro González.” “Gelvira Núñez Osorio, su madre, durante el reinado de Alfonso XI, tuvo ocho nietos, los ocho hijos varones de Víctor que propagaron el apellido Castrillo por todo el reino”.

Bautismo en Nistal: En 1840: Bernardo Castrillo. (Mi bisabuelo).

Bautismo en San Román de la Vega: En 1870, Balentín Castrillo. (Mi abuelo).

Inexplicablemente figura su nombre escrito con B y no con Uve.

Paradójicamente fue un maestro obsesionado por la ortografía, que enseñó a tres generaciones de alumnos durante cincuenta y un años en el pueblo de Brimeda.

Bautismo en Brimeda: en 1905: Ludivina Castrillo. (Mi madre).

4

Pero mi gran tesoro lo había encontrado casualmente, de niño, en la tejera de Puerta Rey; y no lo había valorado hasta que me licencié en Filología.

En unos pergaminos del siglo XIV, escritos en lengua leonesa, por lo que me resultó difícil el estudio paleográfico, estudié los antropónimos en primer lugar, y confeccioné con ellos una lista. Cuando cotejé el nombre de Víctor Alejandro Castrillo Núñez Osorio con el de las hijuelas, comprobé que se trataba de la misma persona, y estudié los documentos profundamente.

Contaré la historia desde el principio:

Uno de aquellos días, al salir de la academia, le dije a Raúl que viniera conmigo, que yo quería enseñarle la tejera abandonada. Le revelé el secreto que guardaba con Pocholo y Poldi, otros dos amigos de infancia. Poldi se llamaba Leopoldo, pero a Pocholo hasta su madre le llamaba por el que yo creía que era mote; en realidad, era el apelativo cariñoso y nunca averigüé su nombre verdadero.

Habíamos descubierto, colgado en la pared de lo que había sido la oficina de la empresa de transportes, también arruinada, anexionada a la tejera, un teléfono ne-

gro que todavía funcionaba, y podíamos llamar a quien quisiéramos, desfigurando la voz para que la telefonista no nos identificara. Parece que hablo de la prehistoria, pero entonces había que descolgar el teléfono y una voz de señorita te preguntaba el número con el que deseabas conectarte.

A Raúl le encantó la idea, pero, cuando le dije que allí vivía el mendigo del pie cortado, se le apagaron las risas y prefirió divertirse por los vericuetos de la catedral, entre cadáveres de obispos que, por más que dijera el pertiguero, no iban a salir de los sepulcros.

Hacia algunos años, la tejera había caído en el silencio, pues una quiebra de llantos ahogados y desahucio obligó a sus dueños a abandonar España. Unos decían que habían salido por la noche con lo puesto y las joyas ocultas. Otros, que el abuelo se había suicidado, y su hija, la baronesa, estaba sirviendo en una casa de alcurnia en París u otra ciudad europea, ya que, de cuna, conocía a la perfección la alta etiqueta.

Aquel bullir de semidesnudos obreros hercúleos parecía haberse volatilizado por la chimenea alta cuya frialdad recuerda la miseria, el abandono o la posguerra.

Quedaban dos montones de arcilla y cascotes de tejas y ladrillos esparcidos delante de las ruinas de aquella fábrica, que sirvió, durante mucho tiempo, de guarida a tipos que, desde lejos, resultaban sumamente atractivos, tanto por su aspecto desaliñado como por su origen incierto. «No te acerques —decía una madre a su chiquillo camino de la Iglesia—, que te pueden pegar la tuberculosis».

«Han convertido la antigua cerámica en un nido de piojos; deberían intervenir las autoridades» —se quejaba una doncella vieja ante el aparato de sordos de su señora, ambas de negro y con el velo caído sobre el cuello.

Familias de gitanos, un buhonero solitario, húngaros, portugueses pobres, hojalateros se iban sucediendo en aquel trasiego interrumpido, en las noches de primavera, por el resplandor de las hogueras que se veían desde la plazuela en los distintos ojos del horno, como si fueran huras con luciérnagas dentro. A veces, inesperadamente, de un día para otro, también desaparecía aquel pulular de andrajos.

En uno de estos intervalos, cuando parecía que no había allí ninguna persona, con una atracción irresistible hacia lo prohibido, pues mi madre solía repetirme que no me acercara a la tejera porque encerraba múltiples peligros de pozos y oquedades, me fui acercando sobre un sembrado de harapos y utensilios desechados: sartenes sin mango y cacerolas sin fondo, forros y jirones de uniformes militares antiguos; hasta que una lejana figura sombría, hierática e impasible, en la antesala de lo que fueron hornos de cocer tejas y ladrillos, se fue convirtiendo en un hombre de gesto calmado y apacible que leía un libro.

«¡Hola!» —me dijo quitando el sombrero sin levantarse de su coja butaca calzada con una piedra. Tenía una voz seca y profunda. Yo apenas musité un saludo, pero su mirada me inspiró confianza y mi curiosidad pudo más que mi miedo.

Su ropa estaba algo sucia, pero la corbata y la cinta del sombrero eran de raso; o, por lo menos, de una tela más brillante que el resto. «Así que sales de la Iglesia, ¿eh?» —insistió—. Ya no me acuerdo de mi contestación exacta, pero le dije que ya había terminado la catequesis y dentro de un rato comenzaría la misa. «¡La misa! ¿Tú sabes

lo que es la misa?». Yo le contesté lo mismo que me enseñaba el cura, porque pensaba que estaba poniendo a prueba mis conocimientos. En esto, se levantó solemne y litúrgico y se fue acercando al palanganero desvencijado en un rincón del recinto.

Mis ojos ya se habían acostumbrado a la escasa claridad de la penumbra, y observé, en su cojera, medio pie cortado, calzado en la mitad de un zapato cosido con toscas puntadas de cabo de cuero, que se asemejaban a los dientes de un saurio.

Se miró, en el espejo carcomido, una heridilla detrás de la oreja. Del aguamanil herrumbroso y desconchado echó un chorro de agua en la jofaina y se lavó las manos con una concha de jabón de sosa cáustica, mientras desmenuzaba discursos solemnes: «Con las caricias de rata hay que ser muy cuidadosos pues se enconan fácilmente», decía mientras se aplicaba unguento. «Tú no sabes lo que es la misa», porfiaba ceremonioso y frío. «Es la reunión de ignorantes mirando *pal* culo de un tunante». Aquella blasfemia resquebrajó mis sienes seráficas y me compadecí de él porque irremisiblemente iría al infierno. Quise decirle algo pero no pude o no supe.

Había encontrado la ocasión de hacer una obra que agradara al cura en la catequesis, pero sin saber por qué, empecé a sentirme confuso y preocupado, sólo por haber pensado darle un consejo a aquel hombre. Él debió de comprender que me había escandalizado, porque, mientras se daba la vuelta para coger una manzana que asomaba por el agujero de su zurrón descosido, me miró de reojo por encima del hombro y, quizá, por verme turbado, se ruborizó un poco.

Para salir del atolladero, me formuló un cuestionario doméstico sobre mi casa, mi escuela, mis juegos de niño, en especial el de la Oca. Como fui desenterrando mi desparpajo, se llegó a sentir cómodo, y por lo que luego he colegido, también se sintió agradecido pues siguió diciendo: «Hemos inventado la lengua para disimular la soledad, para creernos que no estamos solos». No entendí aquellas palabras, pero me sonaron tan bien que nunca las he olvidado.

«Esta tejera tendría que pertenecerme por herencia —decía—. Se la expropiaron injustamente a mi abuelo Gustavo; Gustavo Counillac se llamaba, como yo».

En realidad, no se apellidaba Counillac porque el apellido Counillac se lo habían ido transmitiendo las mujeres aunque no figurara legalmente, ya que el apellido de la mujer en dos generaciones se perdía. Se esforzaba en explicarme y yo no entendía nada, pero era tan sonoro el nombre que también se me grabó en los oídos.

Tenía un tic nervioso. Cerraba un ojo, y con el otro muy abierto y trémulo decía mirando al techo: «Mi abuela quería conservar el apellido Counillac, pero según las leyes ya se había perdido para siempre. Es la historia de una rama de mi familia en la que hace ocho generaciones, en la línea de las mujeres, hubo un hombre importante —enlazaba diciendo—; pues esta tejera, aquí donde la ves, aunque parezca abandonada, tiene ya otros dueños legales que no la han explotado nunca. Con trucos de leguleyos ganaron a mi abuelo en los juicios aquellos ladrones hijos de la gran pu... —me miró rectificando al momento—, sinvergüenzas. La historia está plagada de latrocinios. Es más, yo creo que, sin el robo y la rapiña, el ser humano no tendría historia. Es la casa que habito; y en este cofre, guardo mis pocas pertenencias».

En ese momento, abrió la maleta que llevaba consigo llena de manuscritos antiguos, cuya importancia mi visión de niño no podía comprender, ni qué interés podían

encerrar; y me confió, sacudiendo el dedo índice sobre ellos, que él era descendiente de un brigadier francés de Napoleón que luchó en Astorga durante la Guerra de la Independencia. Años más tarde, investigando otros legajos, pude constatar que no había llegado más que a comandante y que sí que fue propuesto para un ascenso a teniente coronel “mortis causa”.

El mendigo del pie cortado me relataba, in situ, los distintos episodios señalando los emplazamientos de los puestos de guardia, cómo y dónde se apostaban los ejércitos napoleónicos para conquistar Astorga. Y así, me cautivó con sus relatos de tal manera, que me confió que los leía en aquellos escritos que guardaba.

Aquel brigadier tuvo amores con una astorgana y le dejó una hija y un escrito reconociéndola. La mujer nunca se separó de los manuscritos y se fueron transmitiendo de generación en generación hasta este último heredero.

“El brigadier era el abuelo de mi tatarabuelo” — me relataba silabeando— “y cuando estuvo en España, en la campaña de Astorga luchando contra el General Santocildes” —volvía a silabear más despacio los múltiples nombres y apellidos, alardeando de erudición inusitada—, “José María Francisco Silvestre Santocildes y de Llanos”, todavía era capitán, el Capitán Gustave Counillac”.

Cuando lo encontré enfermizo y demacrado al cabo de los años en el asilo de ancianos de las Hermanitas de los Desamparados de Astorga, me reconoció perfectamente a pesar de su avanzada edad. Me recordó con cariño de abuelo que, gracias a mí, no se quitó la vida en su etapa errante, pues cada día esperaba verme por la tejera para charlar conmigo, ya que sólo hablaba con el pertiguero para darle las gracias por la cena de cada día, y conmigo, aunque nada más fuera un niño de diez años, y que, entonces, descifró en mi semblante que algunas de sus frases me habían escandalizado. Intentaba recordarlas esbozando un rictus sonriente, sin cesar de insistir en darme las gracias por paliar su soledad con esta última conversación en el asilo, y en que, por eso, me regalaba la maleta de sus escritos.

¡Cuando revisé los manuscritos, descubrí un verdadero tesoro!:

1) El diario de la guerra del capitán Counillac, del ejército de Napoleón en Astorga en 1809.

2) Una pintoresca teoría sobre la violación en tiempo de guerra, escrita en un cuadernillo.

3) La historia de la familia del mendigo narrada en primera persona.

4) Dos novelas y seis ensayos sobre la dignidad humana

5) Para mí, lo más importante: algunos pergaminos del siglo XIV, escritos por Martín, Roderico y Gelvira, guardados en la biblioteca del monasterio de San Pedro de Montes, hasta que el capitán Gustave Counillac en el año 1809 los arrebató como botín de guerra.

El diario de Guerra y la teoría sobre la violación están escritos en francés del siglo XIX. La historia de su familia, las dos novelas y los seis ensayos, en castellano académico. Y los pergaminos de Martín, Roderico y Gelvira, en leonés del siglo XIV y caligrafía de su época.

En el momento en que estuve a solas con los escritos, caí sobre ellos con pasión. Las narraciones se cortaban de repente y faltaban pliegos. Pero pude averiguar la procedencia del Capitán Counillac. Por los datos que fui cotejando, me di cuenta de que la colección de manuscritos estaba incompleta. No tuve más remedio que viajar a Francia para seguir investigando.

Llegué a un pueblo agrícola cercano a París de donde procedía el capitán. Peiné casa por casa, con santa paciencia: unos se encogían de hombros, otros me mandaban a preguntar al ayuntamiento, un mozalbete se rió en mis narices sin hacerme caso, los más viejos campesinos arrugaban la frente con la mirada perdida, tratando de escarbar en su memoria; pero todos concluían que tal apellido nunca había estado presente en ese pueblo, hasta que una vecina anciana, tullida y ciega, me dijo haber conocido a Mademoiselle Denisse Counillac cuando se marchó del pueblo, después de morir su padre, siendo poco más que una niña, y que no había vuelto. Sólo quedaba su casa cerrada. “Se fue a París a trabajar de conserje —me decía—, pero... a saber de su padadero; de portera en un edificio del barrio Jussieu”. Datos exigüos me proporcionaba, porque ese barrio está en el centro de París, cerca de la Facultad de Ciencias, es demasiado grande como para recorrer todos los portales, además, seguramente habría cambiado de trabajo o de ciudad o se habría muerto...

La mayor parte de los pergaminos que faltaban de Martín, Gelvira y Roderico, forzosamente tenía que encontrarse en un lugar de Francia. Quizá los conservara esta descendiente del Capitán Counillac, o, al menos, recordara alguna noticia de ellos.

Digo la mayor parte porque están numerados con los números más altos y faltan los bajos.

Hasta no encontrar el resto de los escritos de la colección, el material que tengo no es publicable, porque los fragmentos están deslavazados, a retazos, y no es cuestión de suponer cómo siguen las páginas que se cortan en seco.

No tuve más remedio que dejar a un lado la investigación de los pergaminos hasta tener más datos o más ganas, porque lo que figura en el diario de guerra, un cuaderno de pastas duras, no es suficiente, pero podemos deducir que tiene que haber más datos: el Capitán Counillac salió de Astorga con la orden de cubrir una zona entre León y Valladolid, y en realidad lo que le estaban ordenando era la definitiva retirada, por eso dejó abandonadas a su amante astorgana con su hija, y ya no pudo volver atrás a recogerlas. ¿Se comportó como un cobarde por más que se autoproclamara como militar valiente; o, por el contrario, los avatares de la guerra le obligaron a ir inexorablemente sabe Dios por dónde?

Hemos de fijarnos en los fragmentos de ese cuaderno que tenía casi vacío. Seguro que su intención había sido escribir todos los días un diario en cada página, pero no se las arreglaba para sacar tiempo durante la guerra.

Concretamente, en una de las páginas pone la fecha; y debajo: “L'enfant est né”, “*nace la niña*”, escuetamente. Y el resto de la página, vacía.

Otra página con sólo la fecha y este texto: “*Esther y la niña están enfermas con diarrea, cuando llegué a casa tuve que ponerme a lavar la ropa, pero mañana tengo que salir temprano hacia el Puerto con mi compañía para cubrir todos los puestos de guardia. Viene el general al campamento*”. (No pone el nombre pero es de suponer que sea el puerto de Manzanal a diez kilómetros de Astorga).

Otra página, y es a la que me refería antes: “*Ha llegado la orden de salir mañana hacia Mansilla de las Mulas. Esta orden la da el comandante. Había dado orden de cargar un retablo viejo, del siglo diez o doce más o menos, por orden expresa de Napoleón Bonaparte*”.

Otra: Entre el fárrago de datos (relación pormenorizada de piezas de artillería averiadas, relación de muertos en campaña que tenían que enterrar en el mismo día de su baja en el ejército, ropas y uniformes para la soldadesca, alimentos almacenados en las bodegas habilitadas para ello, páginas y páginas de sumas contabilizadas de mosquetones, barriles de pólvora, bayonetas y baquetas), también constan croquis de campaña con dibujos del terreno, y una silueta de la catedral y las murallas de Astorga por el lado norte, con indicaciones de los puestos de guardia.

Otra: Está cosida con hilo de lino al taco de las listas y números de toda la contabilidad de materiales, escrita y firmada por el capitán Counillac, con caligrafía distinta al resto, como si hubiera tenido un asistente que hiciera el trabajo aburrido de anotar los números con los que contabilizaban los materiales de guerra.

Otra: Entre las anotaciones contables, encontramos este párrafo como si fuera una reflexión filosófica:

“Somos pocos los soldados que dejamos descendencia de valientes. Sólo está prosperando la descendencia de los cobardes. La mayor parte de valientes quedan muertos en primera línea de batalla y ya no engendran hijos. Yo les digo a mis soldados, sobre todo después de una hazaña en la que han corrido peligro y han salido ilesos o heridos heroicamente, que violen a toda mujer que encuentren a su paso. Así será la única manera de que los valientes dejen descendencia. Hasta ahora, sólo dejan descendencia los cobardes, porque siempre los valientes mueren jóvenes en la primera línea de batalla”.

En este mismo cuaderno, en las dos últimas páginas, pero al revés, como si hubiera querido empezar a leer por el lado contrario, figuran instrucciones a los soldados, muchísimos consejos para la guerra: tácticas de lucha, técnicas de la instrucción para tirar al suelo al enemigo luchando cuerpo a cuerpo, haciendo múltiples llaves

y cabriolas para despistarle, tanto cuando estuviera armado de mosquete o bayoneta, como a pecho descubierto, todo ilustrado con dibujos a mano alzada; eso tampoco nos interesa.

Lo más curioso y sorprendente que escribe el capitán Counillac es el concepto del amor francés durante la guerra, los consejos amorosos que daba a los soldados de su compañía, mientras permanecieran en campaña, escritos de su puño y letra, en francés muy culto y en forma de decálogo, como si fuera un recitativo rimado, para cantarlo o canturrearlo, y de fácil retención en la memoria.

Instrucción a los soldados:

A los soldados:

—1) *Con el enemigo no muestres compasión nunca. “Paso corto, vista larga y mal carácter”.*

—2) *No dudéis en clavarle la bayoneta a la primera, por más conmiseración que os pida al rendirse. Al menor descuido vuestro os matará si no andáis listos.*

—3) *A los niños es fácil ganarlos, con bombones. Tened siempre preparados palillos con azúcar hirviendo para hacer bombones. Es muy sencillo: se mete el palo en la melaza y se deja que enfríe. Es la mayor golosina para todos los niños del mundo, así podréis sacarles toda la información necesaria pues los niños son ventanas abiertas de lo que oyen en sus casas.*

—4) *Con las mujeres sed complacientes, no seáis precoces, las enamoraréis cuando les hayáis hecho sentir el placer que sus maridos no han conseguido y pronto se olvidarán de que se los habéis matado.*

—5) *Haced el amor durante el día. Si se resisten y tenéis que obligarlas a yacer con vosotros, haced el amor despacio, acariciándolas totalmente y siempre durante el día. Si es posible a pleno sol y en el campo. Aquí están acostumbradas a que los maridos les hagan el amor por la noche durante dos o tres minutos, como bestias, y se duermen sin haberlas satisfecho. Os las ganaréis de tal manera que se querrán ir con vosotros a Francia, pero no os enamoréis; tenéis que aprender a prescindir de ellas en el momento que la grandeza de la Francia os necesite y puede ser en el momento, para ellas, más inoportuno.*

—6) *Cuando tengáis que abandonarlas, no penséis más en ellas.*

—7) *Mientras las tengáis a vuestro lado en los descansos de la lucha, acariciadlas despacio, con mimo.*

—8) *Cuando veáis que se relajan y se entregan, seguid despacio acariciándolas por todo el cuerpo hasta sus intimidades más recónditas.*

—9) *No olvidéis nunca, soldados de Francia, que la mujer está hecha para sentir el placer de los sentidos sobre todo el del tacto, pero tenéis que tener paciencia y ser muy cariñosos con ellas para que olviden pronto a su marido y aprecien la diferencia de trato en el amor con el que las deleite un soldado francés con excelencia.*

—10) *Comprobaréis que, una vez entregada, ya no querrá separarse de vosotros.*

Este diario del capitán Counillac y otros escritos suyos, los traduje pidiendo ayudas puntuales a un colega, catedrático de francés, de un instituto.

La historia de la familia del mendigo del pie cortado, Gustave Counillac, escrita por él mismo, ocupa dos cuadernos. En una nota, al final del libro, queda resumida.¹ Aquí habría materia para una novela.

Lo más llamativo en ella es la cita del Evangelio de San Lucas. 12, 2, que me ha impresionado y la he tomado para encabezar este libro.

Con todos estos datos y otros que estaban sueltos en papeles aislados como el árbol genealógico con los topónimos franceses de donde eran originarios todos los componentes familiares, desde varias generaciones atrás y los primeros pergaminos del siglo XIV, comprendí que tenía en mis manos una mina de la historia de Europa: tenía que volver a Francia para buscar toda la información posible que me permitiera descubrir el secreto mejor guardado en los últimos setecientos años: la verdadera realidad de BAPHOMET.

Para descubrir el enigma, a pesar de que el pajar era inmenso, yo tenía la aguja.

5

Tantas ganas tenía de seguir buscando, que hasta París me dirigí por segunda vez durante el fin de curso. Yo, entonces, sólo daba clase a COU, y, firmadas las actas, pedí un mes de permiso por asuntos propios.

Con la guía en la mano, calle por calle y portal por portal, fui recorriendo el barrio de Jussieu, me ocupara el tiempo que me ocupara.

Cuando llevaba unos días afanándome sin descanso, estuve a punto de rendirme, hasta que desperté la curiosidad de un portero que hablaba como una ametralladora — sorprendentemente, porque al resto de porteros y conserjes le había importado un comino encogiéndose de hombros sin más explicaciones—, y, después de haberme observado entrar y salir de todos los portales de su acera, se acercó a mí muy cortésmente y me preguntó a ver exactamente por quién preguntaba.

Volví a desmoronarme cuando me escuchaba la perorata de la investigación que traía entre manos y lo más que se le ocurrió decirme fue que así, preguntando por los portales, podía estar diez años y no conseguir nada, que fuera a preguntar al “Syndicat des Gardiens d'Immeuble et Employés de Maison”; y él mismo me apuntó la dirección en una hoja que arrancó de su libreta.

Aquel día, desanimado, volví al apartamento que había alquilado y me dispuse a recoger las cosas para volverme a España. Antes de emprender el regreso, me llegué al sindicato de porteros de inmuebles. El sindicalista que me atendió, sacó de

un fichero de cartulinas todos los datos: “Madame Denisse Counillac, los años de antigüedad en el trabajo a punto de jubilarse, y la dirección donde vivía.

Con aquellos datos retrasé unos días la vuelta.

En el portal que regentaba la conserje había un cartel con un anuncio: “Peintre et petit maçon pendant les grandes vacances”. (Se necesita pintor y albañil para pequeños trabajos durante las vacaciones de verano).

Sólo podía confiar en Leo, un muchacho formal e inteligente, capaz de salir de cualquier atolladero, el más inteligente de cuantos alumnos había tenido, y mañoso para cualquier trabajo con las manos. Tendría que aceptar el oficio de pintor de brocha gorda y pequeños arreglos de albañilería en la misma casa donde vivía y trabajaba de conserje madame Denisse, la descendiente de aquel francés capitán Counillac del año 1808. Sería más fácil, trabajando allí Leo todo el verano, entablar conversación amistosa con la portera para sacar muchos datos imprescindibles para nuestra investigación.

Recorrí la manzana varias veces hasta que se abrió la puerta, salió una señora con un bolso y se dirigió a la valla de los jardines de enfrente a echarle de comer a los gatos que pululaban por el barrio. Yo disimulé paseando de arriba abajo, con el fin de cruzarme con ella varias veces, fumando cigarrillos “Gitanes” como si estuviera esperando a alguien.

La señora, de tez fina y andares aristocráticos, no aparentaba más de cincuenta y cinco o sesenta años. Volvió al portal, y del mismo bolso extrajo un bote y una bayeta para sacar brillo al manillón de las puertas de hierros repujados y vidrieras opacas.

No pude obtener más datos, pero había conocido, en persona, a la parienta lejana del mendigo de Astorga.

Durante ese tiempo pensé varias estrategias para abordarla: ora diciéndole que soy un investigador de historia, ora diciéndole que el mendigo Gustavo Counillac me ordenó dar con ella. Pensé que sería lo más indicado porque al oír su apellido se vería muy contenta de tener noticias de un pariente lejano, pero no se me ocurría nada para evadir que era un mendigo miserable. Cuando ya estaba decidido a hablarle, me empezó a palpar el corazón con tal fuerza, que creía que me daba un infarto. La señora se percató de que la observaba y se metió dentro del portal dejando el bolso en la acera. Yo me acerqué y le dije si no era ella Madame Denisse Counillac, y cerró la puerta dejando sólo una rendija para seguir escuchándome:

—No tema, señora, soy español, soy investigador histórico y le traigo recuerdos de un pariente suyo del siglo XIX.

Me puse tan nervioso que trastabillé al decírselo y confundí en mi mente, azorado, al capitán Counillac con el mendigo, pero quería hablarle de la alta alcornia del capitán y de que el mendigo era una persona excelente.

Me habían venido de repente todas las ideas acumuladas a la vez y no me respondió la lengua a lo que pensaba.

No quiso oírme y cerró la puerta gritando: “police, police, police”. En ese momento, no pasaba nadie, pero salió la gente a las ventanas y balcones y yo emprendí la cuesta abajo corriendo a todo lo que daba y no paré hasta el metro de Jussieu, donde me confundí con el gentío.

Sentado en el metro, me tiraba de los pelos por haber desperdiciado la oportunidad para prescindir de Leo; y me acordé del episodio de Martín y sus truchas que ya había transcrito de un pergamino aislado, a la vez que me reía de mi mismo por haberle dado recuerdos del abuelo de su tatarabuelo. Se me soltó la risa pensándolo y las dos señoras de enfrente dejaron de hablar y se quedaron mirándome.

Cuando llegué a casa, llamé a Leo por teléfono. Era el 20 de junio de 1983. Ya había terminado los exámenes y le dije que íbamos a iniciar una investigación dura, pero apasionante. Yo, que había empezado durante mi adolescencia a buscar los orígenes de mi apellido, ya tenía en mi poder algunos documentos, la pintura auténtica del enigmático Baphomet y una de las copias pintada también en tablas, que habían pendido de las iglesias en los castillos templarios y se habían librado de la quema. Era imprescindible que Leo siguiera la pista de la portera Denisse, para recuperar los manuscritos que faltaban.

Leo me contestó que tenía que contar con sus padres, pues, aunque superaba la mayoría de edad, no quería tomar esa decisión por su cuenta.

Cuando pasé de nuevo por Astorga, llegué al asilo a visitar a Gustavo, el mendigo del pie cortado, para decirle que en sus escritos había descubierto el enigma de Baphomet, pero que estaban incompletos y tenía que seguir investigando para publicar un libro. Y la monja me dijo apenada que hacía dos meses había muerto tranquilo.

Enfrascado en la tristeza por su muerte, recibí una llamada de Leo. Me comunicaba que a sus padres les pareció bien el viaje a París siendo yo el tutor que lo dirigía, y en ello quedamos.

Cuando Leo me entregó los folios con los que hemos confeccionado el episodio de su primera estancia en París, yo no les di el visto bueno a unas líneas, porque me parecía que publicar sus emociones íntimas en el abrirse a la vida no venía a cuento, pero él se ha empeñado en publicarlas, así que, aunque parezcan fantasías juveniles, dice que pertenecen a los momentos de su descubrimiento y no tiene por qué ocultarlas. Es suya la decisión y yo se la respeto: las publicaremos en la tercera parte de este libro.

Leo descubrió en París el resto de los escritos medievales robados en el Bierzo por Counillac, durante la Guerra de la Independencia en 1808-09:

Los soldados franceses se llevaron, furtivamente, gran parte del patrimonio cultural y artístico de estas tierras; y, a pesar de presumir de refinamiento en los modales, profanaron y destruyeron innumerables tumbas buscando joyas, sobre todo de reinas castellano-leonesas en iglesias y monasterios. A Napoleón Bonaparte le interesaron mucho las obras artísticas antiguas de cualquier lugar del mundo, a pesar de que se le ha tachado de ser un zote en el terreno de las artes.

En uno de los apuntes de Counillac, de pasada, relata la lucha leonesa: los aluches.

El “comandante” Counillac —por lo que se ve, después de la retirada de España, ascendió un grado en el ejército — se llevaba, además de lo relatado, una sagrada cena románica de gran valor y otras tablas de los siglos XII y XIII, pero, en su huida un tanto desorganizada, se las arrebataron los forzudos luchadores de Sahagún de Campos como narra él mismo en otras líneas salteadas. De tal manera que los pergaminos de Martín, Gelvira y Roderico traducidos por Clara y Leo y llevados a la prosa del español actual, y que son el “corpus de nuestro tratado” estaban ocultos en dos grandes bloques: en la maleta del mendigo del pie cortado en Astorga y en el baúl de Madame Denisse Counillac, en París, que más adelante nos relatará Leo.

Y todavía nos quedan por descubrir los tres o cuatro pergaminos para terminar nuestro tenaz empeño: los que perdió Martín en Asia. Entre ellos, la miniatura de San Gregorio el Iluminador. Y el último de todos, el original de la segunda hoja de 1235, que ya lo damos por perdido para siempre. De haberlo encontrado, ya hubiera sido demasiada suerte.

A pesar de mi satisfacción por reemprender la búsqueda, me quedó un “remusguis” en el estómago porque me disponía a utilizar a Leo, algo que siempre había criticado cuando lo hacían otros profesores. No obstante, ya era mayor de edad, y con ello me justificaba.

He de agradecer el inestimable trabajo de mis antiguos alumnos Leo, Clara y Pablo, a los que quiero recordar siempre y dedicarles la publicación de “El enigma de Baphomet”, del que ellos, aunque por su expreso deseo no figuren en la portada del libro, son verdaderos autores; somos cuatro autores, ya que ellos tres juntos investigaron los asuntos más escabrosos y difíciles, los viajes a París, y sobre todo los vericuetos del oeste asiático, pues todos los documentos escritos que hemos manejado estaban desparramados por todas las rutas medievales de peregrinos a Santiago, romeros a Roma y palmeros a Jerusalén, e incluso a Éfeso, a Capadocia, a la antigua Cilicia y a Armenia.

La labor para encajar el puzzle ha sido ardua y de tal filigrana que, de no haber contado con su entusiasmo juvenil y paciencia, yo solo no hubiera podido llevarla a cabo por muy director del trabajo que haya sido. Sin la ayuda de Nora, catedrática de una prestigiosa universidad, políglota y una gran persona, no hubiéramos podido concluir la investigación de Baphomet, que tantas interpretaciones falsas ha tenido, y fue la causa del holocausto sangriento que el Rey de Francia cometió en el siglo XIV, matando a miles y miles de caballeros templarios y aniquilando la orden más poderosa de toda la faz de la tierra.

Durante siete siglos se ha mantenido guardado el secreto de quién fue Baphomet.

El descubrimiento de que Baphomet no fue más que un concepto inventado por Nogaret y su Rey Felipe IV, aprovechando la buena fe de los templarios, justifica nuestro empeño y quizá pueda contribuir a explicar los cambios que expe-

rimenta la civilización de Occidente a principios del siglo XIV y su evolución hasta nuestros días.

Manos a la obra: expondremos la transcripción y adaptación al castellano actual de las colecciones de pergaminos escritos por Martín de Castriello, Roderico, Gelvira y Gotier, personajes que tejen el relato.

SEGUNDA PARTE

“Los poderosos han conseguido dividir a todos sus súbditos e incluso las gentes más buenas se han llegado a odiar a muerte, hasta matarse entre hermanos en guerras civiles, que no acaban nunca.” (Rodericus Garcie)

“Los que dan información a Wikileaks deberían ser ejecutados”
(El presentador de televisión, Bill O'Reilly)

Prólogo

Escribo esto porque los humildes y los vencidos no tienen historia. Lo escribo para que mi historia quede unos años en el recuerdo, porque al final, ni siquiera permanecerán los más indelebles escritos como los de las pirámides de Egipto. (Martín de Castriello y de Castrello)

Por andar mis padres de finca en finca y de amo en amo buscando la vida, no

hicieron forma de bautizarme hasta bien entrada mi infancia, poco antes de empezar el pastoreo con el rebaño de ovejas. Por eso, nunca he sabido mi edad exacta. Debí de nacer entre los años 1270 y 1275. A todos los efectos, ha figurado esta última fecha como la cierta. Cuando cumplía diez años, volvimos a Castrillo de las Piedras, donde yo había nacido. Mi padre roturó las propiedades de los Marqueses Núñez Osorio y yo le ayudaba a amontonar piedras, para dejar el limo fértil en las orillas del río.

No sé si el fatum nos vapuleaba hasta colocarnos a favor del viento o el designio divino intervenía; el caso es que, habiéndonos arrimado a una familia noble y eclesiástica, gozábamos de una posición inmejorable. La casa era de piedra, grande, del tiempo de los romanos o de antes, con un patio en el que, al recorrerlo de punta a punta, yo quedaba cansado. En otras dependencias de la misma casa vivía una niña rubia con una mujer a la que nunca llamaba “madre”. Todos los días llegaba en un caballo un clérigo oscuro de voz profunda a enseñarle las letras. Cuando las ovejas estaban en el corral, también a mí me las enseñaba. De tiempo en tiempo, la niña desaparecía y, al volver, seguíamos en el mismo punto en el que habíamos interrumpido nuestros juegos. Siempre me decía que había estado viviendo con distintos tíos. Y cuando volvía a Castrillo me enseñaba algo nuevo. Fue mi maestra. De ella aprendí los números y las cuentas, amén de mil lecciones de cosas: todo lo que ella había aprendido de sus maestros. Me embelesaba cuando me sonreía retándome: “A que no haces esto”, y estiraba las comisuras de los ojos haciendo temblar las pestañas. Crecimos juntos en aquella ribera donde yo, asimismo, le enseñé a pescar truchas con la mano; pero no logró pescar ni una. Se le escabullían todas. Le enseñé también a preparar la yesca y hacer fuego para asarlas en los atardeceres del verano cuando nos picaban los mosquitos llenándonos la cara de ronchas.

Con la burra de mi madre, yo había explorado toda la contornada y conocía los caminos hasta una legua a la redonda.

Una tarde nos escapamos al puente romano de Valimbre a pescar truchas. De cerca y a solas, rodeados de todas las gamas de colores de la tierra mezclada con los verdes, bajo la cúpula de azul intenso, descubrí a mi lado su mirada luminosa y penetrante contemplando los cuatro ojos del puente con sus tres tajamares y cuatro majestuosos arcos. Nos miramos en el espejo del agua remansada, y me contó la lección que allí mismo le había dado su maestro:

—En nuestra casa, hace mucho tiempo, vivió Poncio Pilato —me dijo.

—¿El que mató a Jesucristo? —le contesté asustado.

—Sí; nació en mi habitación. Y en el patio jugaba a las tabas.

—Cuando era niño, venía a este puente a pescar truchas... con Claudia, que era la niña de otro general romano. Igual que tú y yo ahora.... Aquí se hicieron novios... Pero sobre todo venían a cuidar de su tesoro... y comprobar que nadie había destruido el puente para robarlo. Debajo de cada puente hay un tesoro escondido.

—¿Un tesoro?!

—Allí, debajo —me señalaba la pila y el tajamar del centro—, cuando empezaban a construirlo, el padre de Pilato, que era un caballero, general romano, metió monedas de oro; y en la primera piedra, debajo del agua, al lado de las cuevas donde duermen las truchas, tiene que haber un letrero con sus nombres que diga: “Poncio y Claudia”. Se casaron cuando también tenían diez años; y después de casarse, ya se fueron a Roma por allí, por allí, por allí.... —señalaba con el dedo índice cada curva del camino.

—¿Y qué es un general romano? —le pregunté.

—No lo sé; pero era un general romano... Sería un caballero con un caballo, con un escudo y con una espada, que iría a defender el Santo Sepulcro...

—¿Y para qué hacía eso? ¿Por qué escondió monedas?

—Para que volviera de Roma y no se olvidara de que le pertenecía la casa y el puente y pudiera cobrar un dinero a quien lo pasara cuando el río viniera crecido.

—Mira —señaló apuntando con el dedo—: todo aquel tesoro y estas praderas estaban llenas de soldados para ir a la guerra. Pero antes habían matado a todos los que aquí vivían.

—¿Eran malos los que vivían aquí?

—Tampoco lo sé... Ni buenos ni malos. Eran pastores de ovejas... A lo mejor vienen los soldados a matarte un día, por ser pastor de ovejas.

—Mañana podemos casarnos —el corazón me latió con fuerza y me sentí valiente por habérselo dicho.

—Yo tengo que ponerme saya nueva —me respondió sin rubor alguno, con la mayor naturalidad del mundo.

—Mañana, mañana nos casaremos —insistí para que no se le olvidara.

—Vamos a bañarnos, ¿quieres?

Yo me subí al puente, me desnudé, y, desde uno de los tajamares, me tiré de cabeza para ver si veía alguna moneda de oro en los cimientos. Pero sólo vi peces y una culebra que salió nadando hasta el borde del río, con la cabeza fuera, hasta que se perdió en los juncas. Me sorprendió que no le diera ni asco ni miedo de la serpiente, siendo así que no podía soportar la presencia de ratones. Ella había entrado

en el río por la otra orilla nadando hacia donde yo estaba, huyendo de un ratoncito de cría, totalmente inofensivo; y no la advertí de la culebra por si acaso le tenía miedo, para que no se asustara. Sin embargo, me dijo elevando el tono con sorpresa en las pupilas:

—¡Mira qué culebra, con sus ojitos rojos... preciosos... mira qué saltones los tiene... y transparentes... !

Le dije a voces, intentando que no prestara atención a la culebrilla:

—No he visto ninguna moneda.

Ella seguía aleccionándose:

—El rey moro destruyó la mitad del puente hasta que las encontró todas y se las llevó a Granada. Al principio, el puente tenía siete ojos y sólo quedan cuatro.

—¿Y qué es Granada?

—No lo sé. Será el puente que hizo el rey moro para esconder el tesoro.

Al día siguiente, por la tarde, volvimos de nuevo a nuestro paraíso en la pradera con todas las monedas que entre los dos juntamos. Eran de cobre; no teníamos ninguna de oro como hubiéramos querido.

Nadé bajo el agua hasta la base del puente. Las coloqué en el fondo debajo de las piedras más grandes que pude mover. Vi una trucha inmensa que se metió en la hura, metí la mano y la cogí por las agallas. Era la trucha más larga que había pescado. Me dio tales coletazos en el brazo que me dolió varios días. Hicimos fuego, y yo ensarté la trucha en un palo. Después del banquete, con el pelo mojado, y ella admirando mi valentía por haber ocultado, a tanta profundidad, las monedas de nuestro amor, nos prometimos querernos mientras uno de los dos no sacara las monedas.

Me dijo contundente:

—Pero nosotros no somos malos como Pilato. Tú no vas a matar a nadie en tu vida. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

En ese momento sentí que me había enamorado.

Ella me dijo que le diera un beso y así ya quedábamos casados. Fue la primera vez que yo noté un escalofrío por el espinazo. Tenía ganas de abrazarla, de achucharla fuertemente, pero no me atreví por miedo a hacerle daño. Me conformaba con sentarme a su lado y sentir el roce de su pierna contra la mía.

Antes de volver a casa me dijo que arrancara dos juncos de la orilla. Le contesté:

—¿Para qué los quieres?

—Te voy a enseñar un secreto de familia.

Con su cara de misterio y sonrisa pícaro me dio un beso antes de salir hacia el pueblo, y me recalcó como si me advirtiera:

—Me dicen que no se lo diga a nadie, que los secretos de familia, sólo la familia puede saberlos.

Me cogió de la mano y emprendimos una carrera:

—Le llaman el ingenio del obispo.

—¿El ingenio del obispo?

—Sí, entre rezo y rezo —dicen— se mete en su taller a inventar artilugios, y éste es el último que ha inventado.

Llegamos a la puerta de detrás de la casa en la tapia alta que daba al patio de las cuadras. Esa puerta siempre había permanecido arrimada. Una vez dentro del patio, me acercó a la puerta trasera de la casa. Con pasos lentos cruzamos el patio. Bajó la voz y me decía:

—Vamos a abrir la puerta trasera de la casa, sin llave, con el junco.

Yo estaba asustado como si estuviéramos cometiendo un gran delito. Bajó la voz al máximo y muy despacio me decía:

—¡Mira! ¿Ves este agujerito?

Yo iba a acercarme el ojo para ver lo que había dentro y me apartó diciéndome:

—No es para mirar dentro. No se ve nada. Es para meter el junco. Está a nuestra altura para que pueda hacerlo una niña, solamente con la fuerza de dos dedos.

Introdujo el junco despacio y salió la punta por otro agujero cinco dedos más abajo. Agarró las dos puntas y me dijo:

—¿Ves? Ahora se tira despacio... y... sin hacer fuerza...

Se abrió la puerta. Yo miré por detrás a ver qué había, y era un laborioso sistema de poleas como las de los barcos del Mediterráneo en el que el junco trababa una cuerda, y, calculados los contrapesos, movía hacia arriba un tranco grande y pesado que desbloqueaba la puerta.

—¿Me prometes no decírselo a nadie?

—Te lo prometo.

Pasamos por la casa hasta el patio de la entrada y seguimos jugando.

Yo nunca le enseñaba nada y quería enseñarle algo más que a pescar truchas con la mano. Le dije:

—Vamos a la cuadra a ver si hay alguna gallina güera. Estaba seguro de que no sabría qué era eso, y efectivamente me preguntó:

—¿Qué es eso?

Yo, orgulloso de haber dado en el clavo, le expliqué:

—Una gallina güera es una gallina pomposa, que cacarea de manera diferente a cuando está poniendo huevos, porque quiere incubarlos.

Pasamos a las cuadras de mis padres, donde estaban los nidos de los patos y gallinas. Al vernos entrar, todos los animales salieron por las gateras a la parte trasera de las cuadras, que daban a la pradera de la ribera bajo la sombra de los álamos. Los patos y las patas se metieron en el agua.

Me dirigí a los nidos de las gallinas, y en uno de ellos, había un huevo grandísimo, del mismo tamaño que los huevos de las patas, seguramente de dos yemas, que mi madre reservaba para la cena de mi padre. Yo seguí explicándole bajo su mirada atenta:

—La primera vez que vi dos yemas juntas al cascar un huevo para freírlo, me dijo mi madre: “Si en vez de comerlos, los dejáramos güerar, nacerían dos pollitos exactamente iguales.” ¿Quieres verlo? ¿Lo casco, para que veas las dos yemas?

Le iba a decir que los pollitos de dos yemas se llaman “gemelos”, pero me cortó al instante:

—No, déjalo, que se va a enfadar tu madre si se entera de que lo has roto.

Bajó la cabeza hasta juntar la barbilla con el pecho y me dijo con cara de tristeza:

—Si hubieran nacido pollitos iguales, serían gemelos.

No había manera. Para una palabra que intentaba enseñarle, ya la sabía ella. Sabía todo sobre cualquier cosa. A veces se callaba por no dejarme en feo y me dejaba que siguiera enseñándole algo que también sabía, pero yo lo notaba y me enamoraba más todavía. Me di la vuelta para dejar el huevo en el nido, y, cuando no la miraba, rompió a llorar desconsolada. Algo le había pasado por la cabeza, el recuerdo de su madre, quizás, o alguna otra pena que no quiso contarme.

Sin saber cómo ni por qué, un día, de buenas a primeras, desapareció para siempre y yo me sumí en una profunda tristeza.

Se llamaba Gelvira Núñez Osorio; y yo, Martín Castriello de Castrello.

Por cada hemina nueva que mi padre roturaba, pasaba a su propiedad una quinta parte. Así se fue haciendo de un nutrido patrimonio.

Cuatro o cinco años más tarde, tocada con velo blanco y sayas de seda azul, Gelvira cruzó el patio del palacio episcopal, caserón de piedra por fuera y exquisitas ornamentaciones por dentro, con puerta grande de arco a medida de las tartanas, por la que entrábamos hasta la cocina a descargar los sacos de alubias y garbanzos que mi padre pagaba como tributo al obispado. De esa manera, quedaba exento de pagar la fonsadera al Rey por no acudir a la guerra.

Al verla, me venció el aturdimiento y me quedé sin habla.

Quise llamarla y la voz no me salía, igual que, cuando, de niño, se me aparecía un lobo y quería pedir auxilio para que no robara una oveja.

La basílica de Santa María de Astorga, sostenía el viejo hospital a un lado, y al otro, las dependencias del obispo.

Al lado de Gelvira, una dama negra con ademanos de aya o de protectora, a la que no le vi la cara, le murmuró algo que la hizo pararse para recolocarle una alfiler en el velo, bajo el que asomaba un mechón rubio, y componerle una horquilla; también le quitó unos hilos de la saya nueva como si salieran de la modista que la había vestido y los hubiera dejado olvidados una vez terminadas las costuras.

En el momento de pararse, nos cruzamos la mirada.

El Deán de la catedral, detrás de ellas, también se paraba sin levantar la vista del pergamino que iba leyendo.

Mi padre, ayudado del mozo de la cocina del palacio, descargaba los sacos del carro mientras yo, inmóvil, sujetaba los roncales de las mulas. Cuatro sacos más y habríamos concluido la faena.

Gelvira me miraba sin que se percataran dama y cura, quienes ni siquiera sintieron curiosidad por saber quiénes éramos nosotros, campesinos del río Tuerto. Seguí mirándome sin acobardarse en la mirada.

Adiviné en su semblante que algo me solicitaba.

La vigilancia del cura y de la vieja, tan de cerca, me hizo intuir que vivía atosigada.

Antes de bajar la cabeza para seguir caminando y perderse en los portones que daban acceso a las dependencias del palacio, me sonrió con el mismo movimiento de cejas, haciendo temblar las pestañas. Interpreté en su última mueca del semblante que solicitaba ayuda.

Aquella noche no me dormía.

Había de decir a mis padres que la hija de Ponciano, el otro ricacho de la ribera, con el que, incluso, habían hablado de boda entre nosotros para unir dos grandes patrimonios, no me interesaba. Era la soltera del pueblo que había ido despreciando a todos los pretendientes por falta de los posibles requeridos, y, a toda costa, las dos familias querían —menudo empeño— unir los dos capitales. Era la forma de forjar un ascenso de consideración para los apellidos.

Pero no me atreví a decirles que había conocido a la mujer de mi vida, porque lo hubieran interpretado como la insensatez más abultada. Según ellos, ya tenía edad sobrada para formar una familia.

A los dieciocho años —me recordaba siempre mi padre—, él ya administraba toda la sementera de distintos señores, y yo, a los diecinueve, todavía vivía con ellos en casa.

Era un secreto a voces que Gelvira, la doncella de Santa María, de donde nunca salía, no era barragana sino la hija ilegítima de alguna personalidad eclesiástica. Los cuchicheos llegaron a atribuir la paternidad al mismísimo prelado, siguiendo la tradición del viejo obispo Nuño, del que se sabía que había llevado una vida regalada.

Al cabo de unos días, cuando correspondía a mi padre llevar al episcopado los sacos de harina, le propuse llevarlos yo solo. Aceptó de buen grado y premió mi iniciativa con agasajos y alabanzas en la tertulia con los vecinos sentados en el poyo, al atardecer, tomando el fresco. Cada día se mostraba más orgulloso de su hijo ante las gentes. Descargar un carro de quilmas era tarea de dos personas y yo lo reté a que lo haría sin ayuda.

Llegué al palacio; el patio estaba desierto. Un pobre tullido entró a mi lado arrastrando sus piernas y me pidió un poco de harina. Mientras descansaba de la pesadez de las espaldas desaté una quilma y le llené el fardel. Cuando me besaba los pies, apareció Gelvira en el corredor y dejó caer al patio su pañuelo. Yo lo recogí al vuelo y, al cabo de unos instantes, bajó las escaleras. Tenía a mi lado a la diosa de mis sueños que me lo pedía. Me limpió el sudor de mi cara con una sonrisa triste que no podré olvidar nunca. Yo me quedé sin habla como si otra vez me hubiera salido el lobo en el monte y ella me dijo: “Por las noches encenderé un cirio en la ventana”

Sin darle tiempo a más, por el corredor se asomó el clérigo que la seguía, dando una voz potente y sorda: “¡Gelvira!”

Por más que cavilé, no encontré disculpa para volver al patio del palacio; tendría que esperar hasta la próxima entrega de tributos para intentar volver a verla.

Los días siguientes, buscaba cualquier motivo para coger el caballo y recorrer la legua larga por el camino del puente viejo, para acercarme a Astorga a merodear alrededor de aquellos muros ciclópeos, por ver si, en algún momento, se asomaba a una ventana. Pero todo fue inútil.

Un día me quedé hasta que oscurecía para comprobar lo que me había dicho. Cuando apareció el lucero en el horizonte, en el ventanuco más alto también apareció el resplandor del tintineo de una vela. No quería pensar que la tuvieran emparedada sin dejarle ver la luz del día. Cuando, de niño, pasaba por allí con mi madre, en su afán de catequizarme, me decía que en aquellos edificios había mujeres malas que ya no salían nunca de entre cuatro paredes, haciendo penitencia por los pecados cometidos, hasta que se morían emparedadas. Rememoré el terror que me causaba imaginar unas mujeres presas. Intenté engarriar por las paredes pero no había salientes en los que apoyarme y me quedé mirando el resplandor del ventanuco, sabiendo que ella unía su pensamiento con el mío. Unos cuantos días más volví al oscurecer, y permanecía esperando a que se apagara la vela, para conectar con su pensamiento durante el tiempo de destellos detrás de las rejas, hasta que, semanas más tarde, la oscuridad entenebreció el ventanuco y ya no se volvió a encender nada.

Después de la siguiente cosecha, llevamos al palacio, en varios viajes, los tributos de la fumalga, la martiniega y los yantares, que le cobraban a mi padre con cereales y vino, en vez de pagar los ochocientos maravedíes.

Vi al Deán, vi a la vieja que acompañaba a Gelvira cuando salía de la modista, vi a otros clérigos y a otras muchas personas principales, pero Gelvira había desaparecido. Se me quitó el apetito. Mi madre temía que estuviera enfermo porque me quedé en los huesos pero, poco a poco, me fui reponiendo hasta que recobré los músculos perdidos. Supuse que nunca más me enamoraría y, siguiendo los pasos del caballero Tejera, hijo y vecino del pueblo de Castrillo, al que le había oído sus correrías en la Santa Cruzada, solicité el ingreso en el Temple de Ponferrada donde tenía que observar el voto de castidad hasta el fin de mis días....

Capítulo III

“Si arando tu tierra encuentras un tesoro histórico, una moneda, una estatuilla romana, cualquier cosa... tú eres el propietario absoluto. No se te ocurra decir a nadie dónde la escondes, porque los poderosos inventarán leyes para arrebatártelo y quedárselo ellos”. (Leonardo Gómez López)

6

La historia de Martín Castriello, desde su ingreso en el Temple —después de haber desaparecido Gelvira y de haber supuesto que de nadie más se enamoraría—, hasta el día de la fuga, en estampida, de la fortaleza templaria de Ponferrada, fue de noble caballero en varias campañas, con la suerte de no haber sido herido gravemente en ninguna.

Era un verdadero veterano de guerras. Había ido y venido tres veces a las cruzadas.

El asedio de los trescientos caballeros del rey en el castillo de Ponferrada lo pilló poco antes de partir por cuarta vez rumbo a Sicilia; logró escabullirse y salió con lo puesto. Sólo pudo coger su caballo con las alforjas vacías, pero en una de ellas había escondido su daga, que le sería imprescindible en su nueva vida; y también, con furia, arrancó del candelabro una vela que encontró a su paso y la metió azorado en la otra alforja.

Procedía de un poblado llamado Castrello de Halile² a una legua de Astorga; hijo de caballero y dama, como aconsejaba la regla del Temple. Siempre se enorgullecía de su recio linaje cristiano.

A pesar de que la regla condenaba la murmuración y nunca había hablado, ni por detrás ni a hurtadillas, de los ancestros de su otro compañero, el caballero hispano Rechivaldo, aquella noche en la choza, durante su huida del Temple de Ponferrada, distrayendo la tensión nerviosa, a la que había estado sometido todo el día de quiebros y escondites, le sacó el asunto de su apellido. Rechivaldo confesó sus obsesiones, que le habían hecho cambiarlo: al abuelo paterno le llamaban Azafarí, pero a sus hijos y nietos les puso nombres visigodos, porque quería borrar toda huella persa de donde era oriundo.

Cuando Rechivaldo era todavía un niño, exhibía una inusitada maestría en la lucha con el cuchillo, por lo que su padre ya solicitó al Maestre del Temple el in-

greso en el castillo, pero el Maestre lo rechazó porque la orden no permitía consagrarse más que a hombres maduros que fueran muy conscientes de las obligaciones a las que se comprometían, y también porque se sabía acerca de su estirpe. Habiendo sido excomulgados sus antepasados —tiempo atrás— por proceder de mahometanos, el obispo lo eximió de culpa una vez que era adulto; y permitió y recomendó, con carta y con sello, el ingreso en el Temple después de ser bautizado.

Tenía clavada la espina de su apellido. Llamaba la atención que en sus escritos siempre firmaba a modo castellano añadiéndole el sufijo “ez” al nombre del padre, como al hijo de Gonzalo, que le llamaban González o al hijo de Sancho, Sánchez. De un día para otro empezó a apellidarse Azafarínez pero con la “i larga” al final de la palabra. Así: Azafarjnez; y por deformación caligráfica y fonética se fue convirtiendo en Azafayuynes, y así se quedó, pues le parecía el apellido más cristiano.

Martín Castriello soltó una carcajada estentórea cuando oyó de su boca el cambio en el apellido, lo que hirió profundamente a Rechivaldo, pero se contuvo con sardónica sonrisa:

—¿Es cierto que tu padre intentó ingresarte en el Temple cuando aún eras niño de diez años?

Al oír esto Rechivaldo, que creía que sólo lo habían sabido el anterior Maestre ya fallecido y su padre, se avergonzó sobremanera, pero guardó el puyazo con disimulo, y, sonriendo, le contestó con una cita evangélica:

—“Quien esté libre de falta que tire la primera piedra”.

Su otro compañero, el caballero Rodericus, se sintió violento y trató de desviar el tema diciéndoles que tenían que estar muy unidos para librarse de la persecución a muerte que les atenazaba.

Contestó Rechivaldo moviendo las comisuras de los labios con rictus sibilino: “naturalmente”.

Continuaba riéndose Martín, y se creó en el ambiente una tensión añadida. Rodericus no aguantaba y quiso remendarlo echándole un capote:

—Al hacer el juramento templario con votos de castidad, pobreza y obediencia, nos comprometimos a cumplir suficiente penitencia para expiar cualquier pecado de un antepasado mahometano...

Rechivaldo se volvió cruzándole la mirada y se azaró más todavía saliendo como pudo del atolladero diciéndole: “sobre todo, para expiar cualquier pecado de vanidad, adulterio, saqueo, robo o violación, que al fin y al cabo son los pecados más importantes”.

Se les echaba la noche encima, y como ya no veían con la nitidez del día, Rodericus salió de la choza para coger la vela de la alforja.

A pesar de la tensión acumulada, el cansancio iba haciendo mella en ellos. Martín apagaba su risa, nerviosa por cierto. Rechivaldo, dominándose por dentro, trató de reprenderlo recordándole el artículo central de la orden del Temple:

—“El caballero ha de ser más suave que el cordero y más feroz que un león... Tiene que casar la dulzura del monje con el valor del guerrero y hacer que ese matrimonio habite en el interior de cada templario. Y si es posible que sea subvencionado por su noble y rica familia”.

Rechivaldo continuó diciéndole a Martín:

—Mi padre, cuando entré en el temple, me regaló tres caballos y dos jacas, armaduras, ropas y armas; y toda mi herencia, para el Temple. Los caballos los cedí al Maestre para que los distribuyera a otros caballeros con menos recursos como repuestos de guerra, y yo me quedé con las jacas más veloces. La tradición templaria en Ponferrada decía que el precio de un buen caballo amaestrado para la guerra valía cien días de salario.

Martín encajó la indirecta, por lo que, súbitamente, cambió la carcajada por entrecejo serio y arrugado, pues había entrado en el Temple sin aportar nada, con lo puesto, en espera de aceptar la mayor parte de su herencia. Su madre, con sus inseparables galochas y sayas negras siempre decía: “A la Virgen salves, a los Cristos credos y los maravedís quedos”, dando palmadas a la faltriquera. Cuando su hijo se hizo templario no consintió que sus fincas, conseguidas con tantos trabajos y sudores, las heredara la orden a pesar de la promesa que su marido había hecho al Maestre.

La historia de Rechivaldo, desde la entrada al Temple hasta la fuga, había sido tortuosa. Para llegar al Santo Sepulcro lo destinaron a una galera de Chipre hacía unos años, pero en Tortosa, próximo a embarcar, cambió de rumbo: el Maestre trastocó otra vez los planes iniciales para que fuera a un castillo en Caravaca, al sur de Aragón, por sus dotes en la lucha cuerpo a cuerpo. Tenía fama de valiente por haber sido un luchador de éxito. La verdad es que todos los caballeros templarios eran fuertes y sufridos, con una resistencia a prueba de hambre durante un mes seguido.

Del caballero Rechivaldo se había oído hablar en los castillos de Occitania por haber sido el ejemplo de constancia en las curaciones imposibles. Incluso los mejores médicos del Temple, como Ferrán Gotier, no supieron nunca el porqué de las mismas, y solo se atribuyeron a milagros. El mismo Jacques de Molay, Gran Maestre del Temple, convocó a los médicos de París para dar una explicación a sus curaciones, y no llegaron a conclusiones ciertas.

Rodericus le recordaba constantemente que todas las victorias se habían alcanzado en fechas nueve y dieciocho, hasta su día fatídico, el 2 del 11 (dos de noviembre): —“y dos más once es igual a trece, fecha en la que caíste gravemente herido—le decía—: además, un día de difuntos, mala fecha para arriesgar la vida”.

Los más ignorantes, según él, lo despreciaban diciéndole que su “visión excelsa” de los números era machacona cabezonería.

Rechivaldo había defendido al rey Fernando IV de Castilla, quien ahora lo perseguía a muerte. Por aquellos días, Castilla y Aragón se disputaban el reino de Murcia y andaba en litigio la frontera a lo largo de las riberas del río Segura. Como era un maestro con la daga, le fueron encomendadas misiones arriesgadas de neutralizar vigías del castillo enemigo. Así, una noche, tuvo que matar, uno a uno, a todos los centinelas de las garitas sin hacer el más mínimo ruido tapándoles la boca y ahogándolos antes de clavarle el estilete hasta el corazón, por el lado izquierdo,

porque era zurdo. Aunque su verdadera especialidad era la lucha de frente, driblando al contrario con dos movimientos de cintura, siempre terminaba la faena en el costado izquierdo después de tenerlo cogido por detrás atenazando sus muñecas. Se decía que tenía un músculo más que el resto de los mortales en cada brazo.

Pero lo que nadie supo después, fue lo que Martín y Rodericus comprobaron: cómo era en su interior, cuáles sus sentimientos y cuál su comportamiento cuando la justicia lo perseguía para ejecutarlo. Es verdad que era único matando con su estilo propio; y aunque trató de enseñar su técnica, nadie pudo imitarlo y no logró hacer escuela en el Temple de Ponferrada, pese a que lo había intentado para ser más considerado y reconocido.

En Caravaca, contactó y trabó amistad con un templario con el que compartía caballo, pues sus dos jacas habían sido abatidas en una emboscada. En el descanso de la batalla, se mostró desilusionado porque su destino estaba en Tierra Santa, donde todavía quedaban templarios intentando recuperar Jerusalén, Belén y otras plazas perdidas: este destino en Caravaca nada le satisfacía.

De su compañero no se supo nada más. El nombre no figura por ninguna parte. De lo que hay referencias escritas es sólo de la deserción. Nadie supo de su desaparición durante una noche de tregua, y eso dejó muy abatido a Rechivaldo. Aquel compañero le había abierto los ojos refiriéndole que, el Maestre, que lo había destinado a luchar contra Aragón, cobraba del rey de Castilla el valor de un caballo al día por cada caballero templario que luchaba. Esta renta era segura en comparación con la incertidumbre que aquellos días generaba la aventura de volver a Palestina, después de Chipre, distante por los mares más de setecientas leguas, ya que el Papa recién nombrado no aseguraba pagar al Temple lo que en realidad valía la lucha y la sangre derramada.

A París llegaban emisarios con noticias de distintas deserciones. A Jacques de Molay, Gran Maestre del Temple, era lo que más le entristecía. No todo era oro lo que relucía. Algunos caballeros se desanimaban cuando no veían recompensados sus esfuerzos y sólo recibían promesa de vida eterna.

Rechivaldo llegó a confesar, excusándose, cómo hubo un momento en su vida en el que no sabía verdaderamente para quién luchaba, si para el rey de Castilla o para Mujámed III de Granada. No le entraba en la cabeza que los dos reyes cristianos se odieran siendo hispanos ni que, cuando les interesaba, pidieran ayuda al Rey moro de Granada. Tanto esos odios desconcertantes como las alianzas contra natura lo desanimaban tremendamente.

Un día, luchando cuerpo a cuerpo en batalla de campo abierto, se vio enfrentado a los caballeros que defendían al rey de Aragón; y en un brutal combate, se fue percatando de que, entre los caballeros enemigos que se batían con las espadas, había moros rematando por detrás con puñales y otras armas cortas. La explanada se iba sembrando de cadáveres y moribundos; lamentándose unos, otros exhalando esteriores y escupitajos de sangre; y otros, alaridos con las dos piernas cortadas.

Era feroz la batalla y allí nadie daba órdenes de retirarse.

Cuando parecía que estaban todos los enemigos liquidados, salían, de detrás de las cañas, más moros en defensa de los contrarios; y de los propios no venía nadie en auxilio.

Llegó el momento en que estaba agotado. Le picaban los muslos y casi ya no podía mover los brazos, que sentía hinchados y pesados, cuando un moro de turbante y zaragüelles lo sorprendió con sus mismos movimientos intimidándolo con un salto parecido al de las ranas con las corvas dobladas, y tan agachado en la amenaza, que casi tocaba el suelo con los codos moviendo la cintura igual que él hacía. Así, el vaivén lento de cintura con los puñales en ristre le sirvió de descanso mientras que se cruzaban las miradas esperando mutuamente un despiste, un tropiezo o un resbalón sobre el barro, pues comenzaba a lloviznar aquella mañana del dos de noviembre. En la lucha de cara, le había salido un competidor extraño al que no había modo de reducir, en vista de que luchaban con la misma técnica y del mismo lado: también era zurdo.

El primero que tuvo un tropiezo fue Rechivaldo, por lo que su contrario, aunque intentó acosarlo por el costado izquierdo, sólo consiguió rasgarle la pierna por el lado externo de arriba abajo; y en el momento de esquivarlo, otro caballero templario de su castillo que se había deshecho de su contrincante, por detrás, cortó la cabeza al moro librándolo de la puntilla. Pero Rechivaldo avanzó unos pasos y cayó en una acequia seca herido de muerte por la sangre que perdía.

Durante la recogida de cadáveres, al final de la batalla, pidió auxilio desde la zanja en la que había quedado inmóvil. Pudieron socorrerlo y antes de llegar al castillo le taparon la hemorragia que ya iba parando ella misma por los propios coágulos y por tanta sangre como había perdido. Todavía respiraba con los ojos cerrados.

Al poco tiempo fue recobrando el conocimiento y sus heridas fueron curadas con aceite, vinagre y cataplasmas de linaza.

El sirviente que hacía de galeno estaba dispuesto a cortarle la pierna porque se ponía cada vez más negra y purulenta, pero Rechivaldo, ya dueño de sus actos, no lo consintió. Le dijo que prefería morir antes que verse cojo, sin pierna izquierda para siempre.

7

“Rechivalde, non habie mays XXXX annos, depoyes seer hy en solo sen yantar cuomo en morte...”

Rechivaldo no tenía más de cuarenta años.³ Después de haber estado allí, en el suelo, sin comer y en trance de muerte, viendo que las cataplasmas de aceite no le hacían el efecto deseado en las heridas de la pierna negruzca, cambió los tratamientos con otras hierbas, hasta que, poco a poco, después de largos meses, con avances y retrocesos de color rosáceo, se fueron cicatrizando las heridas.

Con vendajes y más vendajes, durante un año de dolor y angustia, de castillo en castillo, fue devuelto al Temple de Ponferrada en las carretas que utilizaban los templarios españoles tiradas por tres caballos. Durante tanto sufrimiento se hacía promesa de no volver a ningún campo de batalla, y de alguna manera resarcirse de lo que había ganado el Temple con sus servicios militares. Pero nunca desertaría. No tenía a dónde ir porque se veía imposibilitado, y nadie mejor que el Temple podía cuidarlo.

Al cabo del tiempo, disminuyeron las supuraciones, y al Maestre de Ponferrada le llegó a dar lástima por tanto como había sufrido; por lo que le prometió que, mientras él viviera, no lo destinaría otra vez a ningún campo de batalla.

Anduvo durante mucho tiempo convaleciente, sin apoyar la pierna en el suelo, con dos muletas que él mismo labró con las mejores ramas del fresno negro de la tapia posterior del castillo, reservado para obtener los mangos de los utensilios de cocina más preciados.

El Maestre sabía que si un caballero cobardeaba, era mejor dedicarlo a otros menesteres, de manera que se mantuvo en su promesa de nombrarlo mojarife del castillo, para llevar las cuentas y custodiar los cofres de oro guardados en la ergástula de la fortaleza.

La entrada a la ergástula nos estaba vedada a todos los caballeros. Blindada desde el tiempo de los romanos —sobre ella, aprovechándola como cimientos, se había construido el actual castillo—, la sellaban dos cerrojos en cada una de las dos puertas contrachapadas con hierros y sendos pestillos de tres cuartas de largos, y como el dedo pulgar de gruesos.

Sólo guardaban las llaves del tesoro Rechivaldo y el Maestre.

Como el tesorero era verdadero mayordomo del Temple, entre sus cuentas y monedas, siempre repetía la misma muletilla: “El verdadero secreto es el que no se dice a nadie: lo guarda uno para sí mismo”.

Viendo lo que se avecinaba, había ido escondiendo oro en distintos sitios del monte. Una tarde, en un arrebato de celo obsesivo por que nadie pudiera descubrirselo, llegó con el zurrón lleno de monedas a la piscina marmórea en la cima del Teleno. Hasta allí había llegado haciendo noche en el camino. No tuvo escrúpulos en ocultar su tesoro dentro de un sarcófago romano que no conocía nadie y que él había descubierto cuando el nevero que lo ocultaba se había descongelado, durante uno de sus paseos solitarios por los montes.

Debajo de los huesos —pensó—, como hacían los persas y los hititas, estarían seguras las monedas. No las descubriría nadie. Debía de ser el único sarcófago intacto de la necrópolis que, tiempo atrás, había aparecido en el Teleno. Los vecinos de los valles habían bajado las arcas de piedra de la montaña, después de esparcir los huesos, quedando repartidas por los corrales de los pueblos, donde las utilizaban como pilas para echar de comer a los cerdos en las cochineras y como pesebres para las vacas.

El día de la fuga del castillo de Ponferrada, cargó con todas las monedas de oro que podría soportar el caballo y que ya tenía preparadas para cargarlas en un instante, cuando llegara el momento de salir corriendo.

Antes de que los escuderos vinieran a avisarlos, ya sospechaba que algo grave se avecinaba.

La traición del rey de Castilla, Fernando IV, persiguiéndolo a muerte, después de haberlo defendido en Tardehumos y otras plazas, no lo había dejado paralizado; más bien, al contrario, lo había sobreexcitado y le había hecho pensar más rápido que a ninguno de sus correligionarios del Temple.

La muerte de su Maestre en el patíbulo y de los cinco caballeros le hizo culminar su plan de fuga. Había calculado minuciosamente qué peso podría soportar el caballo con monedas de oro en las alforjas y fardeles de lino grueso. Llevaba consigo una inmensa fortuna sin el más mínimo remordimiento de conciencia, porque tenía bien claro que mucho más beneficio había proporcionado él al Temple.

La cordillera que se extiende entre el pico Guiana y el pico Teleno había sido hollada por él con frecuencia, y era conocida por los templarios de Ponferrada y de Turienzo como la palma de la mano, a pesar de ser la más abrupta de la Península Ibérica. Por la cresta había un sendero salpicado de brezos y silvas. Todavía estaba cubierta de nieve en muchos trechos.

8

Perseguidos a muerte, Rechivaldo, Martín y Rodericus llegaron a las cumbres. Desde lo alto divisaron todo el Bierzo con rabia y nostalgia.

Pensaron ocupar la iglesia de la cima que todos los veranos reconstruían, no por daño de ladrones sino porque las piedras de pizarra de las paredes saltaban hechas pedazos a causa de las heladas del invierno. La habían construido los monjes de San Pedro, pues desde allí se divisaba el monasterio, y, con señales de humo, el Abad podía saber si estaba vivo el castigado. En la choza, al lado de la ermita, cuando los pecados confesados eran sacrilegios, cumplían penitencia los monjes, uno a uno: la mayor de las expiaciones, ya que el monje solitario se pasaba días, semanas o meses, purgando con clima gélido y pasando hambre, dependiendo de la gravedad del delito contra Dios y los hombres, sólo comiendo y bebiendo lo que podía arañar en aquella cima helada en la que no crecían más que algunos yerbajos salteados.

Tanto en Guiana como en el Teleno, al que se llegaba en menos de una jornada, un templario astrónomo, que había llegado de un largo viaje por Persia, horadó rocas para observar las estrellas y medir las distancias entre castillo y castillo. Recorría las cumbres en una yegua cargada con su aparato al que llamaba astrolabio construido según el modelo inventado por Hypatea de Alejandría. Cuando llegaba pletórico y congelado al castillo, en su descanso frente a la chimenea, siempre repetía animoso que las noches estrelladas de estas tierras eran iguales a las de Karahundj, al otro lado del orbe.

Aunque era el lugar más alto y lejano, y desde allí, a vista de pájaro, podían divisar todos los valles, Rechivaldo, Martín y Rodericus pensaron que, al ser edificación religiosa, los guardias reales podrían sospechar y dar con ellos. Hasta que se calmaran los tiempos tan revueltos, optaron por ocupar las distintas cabañas de los pastores del Temple en las brañas de las laderas, en donde les sería más fácil conseguir alimento, y menor sería el peligro de ser descubiertos. Eligieron la choza más alta y confortable con buenos mullidos de helechos secos, techos de paja totalmente impermeables, almiarés cercanos para sacar hierba y paja, donde el sirviente templario lego que apacentaba el rebaño de ovejas no debía de hacer mucho tiempo que se había alojado, pues las cagarrutas no se habían apagado: todavía brillaban como sartas de azabaches esparcidas por el suelo.

Mejor sería no ser vistos por nadie. Por si acaso, tenían localizadas todas las chozas de la montaña para, en caso necesario, ir pasando de una a otra hasta asegurarse qué plan definitivo trazar a sus destinos.

El atardecer pintaba irisaciones multicolores encima de la silueta del Teleno.

Aunque era primavera bien entrada, en esta parte de la cordillera cayeron salpicados unos copos de nieve que sólo humedecieron el aire. Las nubes de bordes iluminados se estaban apartando. Les esperaba una noche de luna y lobos.

Rodericus miró a Martín como pidiéndole consentimiento, pues los dos estaban pensando lo mismo mirando el caballo de Rechivaldo. Y como Martín asentía, se atrevió a lanzar al aire una pregunta sobre lo abultado de las alforjas.

Rechivaldo, que ya estaba esperándola de un momento a otro, salió airoso, al paso, muy decidido:

—¡Oro! Es todo el oro con el que podría cargar el caballo. Lo tenía calculado y apartado en fardales de lino. ¡Mirad!

Entreabriendo las orejuelas de la alforja derecha, desató un fardel y tomó un puñado de monedas, levantó el brazo, y aventándolas como si su brazo y sus dedos fueran un biello, las dejaba caer de una en una, para que se oyera el celestial repiqueteo mientras que decía sonriente:

—Yo tenía calculado cuánto peso puede llevar un caballo robusto como este, porque de nada vale tener un tesoro si no puedes arrastrarlo.

Mientras ataba de nuevo el fardel, Martín y Rodericus se miraron guiñándose un ojo. No las tenían todas consigo porque las alforjas estaban equilibradas.

—¿Y en la otra alforja? —preguntó Martín solícito.

—Aquí tengo comida. —Y comenzó a sacar manzanas, queso, pan y una ristra de chorizos—. Tenemos que racionárnosla. Esperemos que dure. A ver hasta cuándo, antes de tener que dedicarnos a la caza.

Martín seguía sospechando que algo más guardaba, pues Rechivaldo no hizo ademán para invitarlos a que se acercaran a ver, por dentro, la alforja izquierda.

Martín y Rodericus aparentaron darse por satisfechos.

Se alarmó Rechivaldo aguzando el oído hacia la ladera de la montaña, ampliando su oreja con la palma de la mano. Decía oír galope de caballos. Los demás no oían nada, quizá porque lo tapaba el bisbiseo del cierzo entre lúzulas, eringios y otros matojos.

A Rechivaldo le habían puesto el mote de “Asamía” desde que un anciano templario ya fallecido lo había oído cantar con oído perfecto. Nadie supo nunca el porqué de aquel mote y su relación con el canto o con oír sonidos lejanos. Aquel anciano era el superviviente más experimentado de todos los cruzados que habían pasado sus vidas de batalla en batalla contra turcos, moros, griegos, egipcios y judíos; y en su vejez encorvada, con rictus de chanza y socarronería, ponía motes a todos los templarios que iba conociendo, sobre todo a los más jóvenes. Y no se equivocaba el viejo caballero, porque el oído tan fino de Rechivaldo era un prodigio, y ahora lo estaba demostrando de nuevo: a Rodericus, después de un rato, ya le parecía oírlo. Martín era el más duro. Todavía no oía nada. Cuando ya lo oían los tres, de un salto se pusieron instintivamente en guardia como habían hecho siempre ante un ruido extraño, sin pensar que no tenían ni armas, ni armadura, ni defensa alguna, más que una daga y una pértiga a modo de lanza.

Rechivaldo y Martín tomaron las riendas de sendos caballos y se introdujeron en el bosque. Rodericus se prestó a hacer de centinela en lo alto de un tejo, y divisó dos puntos blancos en el horizonte, que se fueron acercando hasta hacerse jinetes.

Bien pronto se alborozaron cuando el trote de las ondulantes siluetas blancas envolvía la cruz paté claramente bordada en cada pecho.

Resultaron ser los caballeros Cerecinos y Matalobos, que recogerían a otros seis templarios, entre ellos a Martín y a Rodericus, para concentrarse en Tortosa. Y desde allí irían a Sicilia, Chipre, a la otra Tortosa de Ultramar y a Tierra Santa.

Mientras Rodericus les narraba lo que habían visto en la matanza de Silvaniello, Rechivaldo elaboró una yesca con fuyacas de roble y buscó dos piedritas para prender la primera chispa de fuego.

Cuando los jinetes terminaron de oír el relato del final del Temple de Ponferrada, cayeron de hinojos sobre el prado clamando al cielo con las manos abrochadas y rezaron por los masacrados. Todos eran queridos y admirados correligionarios. Dos de ellos, muy viejos y enfermos, siempre esperaban, sentados en un poyo a la puerta del Castillo, la llegada de los recaderos Cerecinos y Matalobos. Les guardaban gran afecto.

En el Temple de Turienzo, de donde procedían, nadie había molestado a los monjes templarios todavía.

Tenían que cambiar los planes e improvisar nuevo destino. Pensaron, incluso, abandonar todo el equipaje, armaduras y armas para la guerra. No eran horas de conjeturas pues la noche ya se había echado encima. Repartieron la ración de dos para los cinco. Las viandas de Rechivaldo prefirieron reservarlas. A saber cuánto tiempo tendrían que tirar de ellas. Y a esperar hasta la mañana siguiente que, al amanecer, estarían más lúcidos.

Mientras liberaban a los caballos de la carga para que pacieran, oyeron a los otros hablar de la organización de las guardias nocturnas. Mejor sería repartir entre dos toda la noche, que estar despertándose unos a otros cada poco. No obstante, decidieron convocarse en capítulo, y, entre ellos, nombrar un Maestre para la nueva comunidad de emergencia. Al nuevo Maestre se le debería obedecer ciegamente bajo el voto, y lo que decidiera, humildemente habrían de acatarlo todos. Cerecinos

opuso resistencia y sugirió volver a su castillo de Turienzo e integrase en él los cinco; pero Rechivaldo refutó la idea argumentando que no tardarían mucho en aniquilarlos a todos, por lo que tampoco era aconsejable incardinarse ni a Turienzo ni al castillo de Jerez de los Alcornocales,⁴ aunque éste fuera el más lejano y a muy pocas leguas de tierra de moros. En estos casos, la decisión había de ser unánime. Tomando la iniciativa intencionadamente, con astucia, propuso a Rodericus para ser Maestre por ser el más joven de todos. A lo que le contestó:

—Todos somos iguales. Solamente el Papa tiene potestad para nombrarme directamente.

—Pues, entonces, vamos a elegir como hacían los atenienses —dijo Martín—; y lo aceptaron todos.

Rechivaldo había observado que no habían quedado muy convencidos; y, como veía que le hacían preguntas para saber qué más tenía en las alforjas, les dijo:

—¡Salvé las escrituras de dos juicios donde se resolvieron las discusiones y litigios que habían mantenido los maestros del Temple contra los abades de los Benedictinos en los años 1218 y 1235, hace noventa años! ¡Si las hubiera dejado en el Castillo ya habrían sido destruidas!

Martín, sin mover la cabeza lo miró levantando los ojos y las cejas.

Preguntó Rodericus:

—¿En qué pueden beneficiarnos esas actas?

Le dijo Rechivaldo aparentando calma:

—Con esos pergaminos podemos demostrar que las pinturas tan bellas de Jesucristo en las bodas de Caná, que están en las capillas internas de todos los castillos del Temple, son copias de la que dio el Abad del Monasterio, Juan Fernández, al Maestre del Temple, Estevano de Belmonte. Y podemos demostrar que, hace noventa años, los templarios fueron engañados: el Abad benedictino para terminar, de una vez por todas, el litigio y los juicios que había mantenido con el Temple por la propiedad de una extensión grande de terreno, hizo un cambio de fincas y además donó a los templarios la pintura del dios Baco haciéndoles creer que representaba a Jesucristo en las bodas de Caná.⁵ Si consiguiéramos la escritura del dueño del retablo original llamado Arias Didaz del año 1096, hace dos siglos, donde se explica el origen y la confección de esa pintura, podríamos demostrar la calumnia de que se nos acusa.

Los Benedictinos guardan la escritura en la biblioteca del monasterio. Sin el permiso de Roma y del Abad, nadie podría tocarla, porque los escritos son sagrados para los monjes benedictinos, pues ese es su principal trabajo. La mayor parte de ellos dedican la jornada a la caligrafía...

Matalobos, tajante en sus palabras, se acercó al grupo:

—Pues no nos queda más remedio que entrar en la biblioteca y en el escriptorium para conseguir esa escritura y las que nos hagan falta.

Rechivaldo lo miró con desgana:

—No sabes lo que dices. Está oculta entre miles de documentos y su lugar exacto sólo el Abad lo sabe y sólo lo transmite al siguiente Abad cuando se muere.

—¿Y si se muere antes de transmitirlo?

—Hay un mensaje escrito, que dice el lugar exacto, guardado en el relicario de los restos de San Genadio.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Rodericus muy sorprendido.

Matalobos, impetuoso e iracundo, se adelantó dos pasos para increpar a Rechivaldo por su blandura. Cerecinos prefirió ser cauto en los gestos, pero el fulgor de las pupilas delataban su enfado.

Rechivaldo, viéndose acorralado y hostigado con un tropel de preguntas e improperios que le impedían buscar un subterfugio, soltó a bocajarro:

—Me lo dijo la barragana del cillerero y del bibliotecario del monasterio de San Pedro, que se la reparten por semanas.

Se miraron los cuatro intuyendo que Rechivaldo sabía mucho.

—No nos puedes dejar in albis —decía uno.

—Tú algo nos ocultas —lo acosaba otro.

—Tienes que contarnos todo lo que sepas, que aunque confieses lujuria, te disculparemos. Lo importante es saber acerca del escrito, que nos puede salvar de la muerte a todos.

Después de una insistencia machacona y habérsele acercado Martín con ojos fieros, Rechivaldo se derrumbó diciendo:

—Yo también he frecuentado a la barragana del cillerero.

—Pero, ¿dónde esconden a la barragana? —preguntó Cerecinos.

Y Matalobos:

—¿La esconden en una celda del convento? ¿Y a ti te han dejado entrar hasta dentro por las noches? No me lo creo. No juegues con eso que te puede costar caro. No hagas fantasías ni enredes con nosotros, que en caso de litigio somos cuatro caballeros para perseguirte y darte muerte antes de que nosotros acabemos en la hoguera.

Rechivaldo entendió que se habían puesto en su sitio, muy serios; y cuando un caballero templario amenaza de muerte, la situación ya es límite, y nunca se arrepiente para recular en sus intenciones. Ya no había vuelta atrás. Tenía que terminar la verdad del relato y se sinceró con ellos:

—¡No, no! Nunca he entrado en ese monasterio de los benedictinos. Nos vemos en el molino aprovechando la soledad en medio del río, donde el ruido de la muela, de las aspas y del torrente de la moldera apaga los gritos amorosos y nadie puede oírlos, porque el molino no para de moler en toda la noche. La mejor disculpa para ir al molino cuando la carne les aprieta, la sacan de llevar, en cada viaje, dos sacos de trigo o de centeno, de los que les han pagado los campesinos como diezmos. En la cilla del monasterio tienen almacenados montones de sacos para que nunca falte. Lo tienen organizado para que nadie se entere.

—¿Vive sola la barragana en el molino? —preguntó Martín reticente.

—El que cobra es el molinero. De cada viaje con el caballo llevando dos sacos, el molinero se queda con uno. Es muy caro.

—Esa no es barragana propiamente dicha, como las de los presbíteros de los pueblos. Esa es lupa como las de los romanos, que se dedica sólo a eso. ¡Putas! ¡Es una puta cualquiera! —comentaban Cerecinos, Martín y Matalobos.

Rechivaldo los corregía:

—Ni es barragana ni es una puta cualquiera. Las barraganas viven con los curas de los pueblos y trabajan haciendo las labores de la casa, aparte de los deberes conyugales. Esta no trabaja en nada más que en la cama. Las barraganas son desgreñadas. Esta tiene los cabellos siempre limpios y largos. Dedicar horas a peinarlos y a echar romero entre las sábanas. Es la belleza hecha persona. Su hermosura es sobrehumana, sobre todo cuando se desabrocha el corpiño.

A Matalobos y a Cerecinos les bailaban los ojos imaginando a la moza. Se interrumpían preguntando y se atropellaba el uno al otro. Con la emoción en la que se hallaban inmersos no se percataban de que Martín, más experimentado, los observaba tachándolos de ingenuos, hasta que Rodericus logró enhebrar una pregunta corta, concisa y coherente:

—¿Y cómo te enteraste de la puta de esos dos frailes benedictinos? ¡Tú... sacos de trigo... no tienes!

—Yo paseaba con las muletas cojeando por la orilla del río una tarde hermosa, cuando ya no tenía peligro de muerte por las heridas. Me senté a descansar en una piedra y por detrás apareció un ángel que vino a consolarme. Era ella que había salido del molino a lavarse en el torrente. Me dijo que no estaba el molinero y que para mí era gratis. Ahí empezó todo.

Cuanto más avanzaba Rechivaldo en sus descripciones, Rodericus más se encendía olvidando su voto de castidad, al tiempo que se comparaba mentalmente con él, más viejo y barrigudo. Saltó Martín todavía desconfiando:

—¡¿Así... por tu cara bonita?!

—El primer día sin cobrarme nada, por compasión al verme cojo; y el segundo día... ya por una moneda.

Saltó otra vez:

—¡Cabrón! ¡Para eso he batallado yo tanto, creyendo que, pasando tantas calamidades en las guerras, ganaba el cielo para mí y para todos los templarios, incluso para los tesoreros... convencido de lo que siempre me decían: que se quedaban en los castillos rezando por nosotros, jugándonos la vida a cada momento!

Los otros tres siguieron cosiéndolo a preguntas, agolpándose como si estuvieran compitiendo.

—¿Cuánto te costaba cada vez los días siguientes?

Martín se dirigió a Rodericus, a Cerecinos y a Matalobos diciéndoles:

—Volvamos al principio, que estáis como bobados escuchando —sentenció de golpe con un puñetazo en el árbol sobre el que se apoyaba y se despegó de él como si rebotara; pero cayó en la misma trampa cuando Rechivaldo siguió hablándoles de ella, pues se paró a escucharlo:

—Cuando se quita el refajo hace hervir la sangre, sobre todo si se da la vuelta para sorprenderte de frente, la muy bribona, pues uno no se puede resistir a negarle otra moneda a mayores.⁶

—Martín volvió en sí. Su imaginación se había perdido en las noches del molino y recobró la conciencia cuando le oyó que no podía negarle otra moneda. Y preguntó:

—¿De oro la moneda?

—¡Sí, claro, de oro!

Al oírlo, Martín se alteró de nuevo pensando cuántas monedas de oro le habría costado hasta el momento; y lanzó al aire:

—¿Y qué tiene que ver la puta con la reliquia del Santo Genadio?

—Ella había oído al bibliotecario y al cillerero que la escritura más valiosa del monasterio era la de Arias Didaz, la original, la que dice que la pintura representa al dios Baco, y que la guardaban los benedictinos para que nadie pecara venerándola. Yo le dije si podría conseguírmela, y encontró una mina para entretenerme y sacarme una cantidad considerable de monedas de oro porque iba alargando los datos acerca de la escritura dichosa, y cada dato que sonsacaba a los frailes, a mí me costaba una moneda de oro.

—Pero no conseguiste la escritura.

—Ya te digo que siempre se reservaba una incógnita para el día siguiente. Cuando estaba a punto de conseguirla, ya llevaba 62 monedas del tesoro del Templo que me había soplado. Y entonces fue cuando me dijo que el mensaje de su ubicación estaba en el relicario de San Genadio. Nos va a ser muy difícil conseguir esa escritura.

Rodericus imaginó el 62 como el número del casi, pero que nunca llega. No podía ser cierto lo que estaba comprobando: otro número mágico y sagrado se le había aparecido.

—¡No puede haber tantas casualidades en los números! —se repetía mentalmente—. Los números están presentes acechándonos. Pero al ver la cara de perro, que tenía Martín, no encontró oportuno sacar a colación los números de la cábala, porque temía que le diera un guantazo. No podía resistirse a decir en alto que, por una moneda más, la 63, hubiera ganado la partida consiguiendo la escritura.

—Con sólo estos pergaminos de los juicios de 1218 y 1235, no podremos demostrar, contundentemente, que somos inocentes de adorar a ese demonio, o a Baco, o a lo que sea —concluyó Cerecinos—. Tenemos que robar el relicario de San Genadio con el mensaje y dar con la escritura de Arias Didaz.

—Jacques de Molay, el Gran Maestre, está preso en París. ¿Qué vamos a conseguir nosotros? —dijo escéptico Matalobos.

La noche se echó encima y se metieron en la choza.

Martín improvisó, con dos palos y un junco, una cruz tosca que presidiera el acto, al mismo tiempo que se quemara hincada en la hoguera.

La sombra de la cruz y de los cinco caballeros se proyectó en el techo de la choza.

Antes de la elección de Maestre para formar la nueva comunidad de “Humildes Monjes Caballeros de la Orden del Temple”, tenían que rezar un paternóster.

—La solemnidad no la confieren los grandes edificios, ni las ricas vestiduras, sino la voluntad de las personas —recordó Cerecinos poniéndose la capa, quien, para realzar la dignidad del capítulo, acercó al lado de la cruz y del fuego sus armas y armaduras brillantes a la luz de la hoguera.

—Colocados en círculo nos numeraremos por orden de edad del más joven al más viejo: Roderico el 5; Cerecinos el 4; Martín el 3; Matalobos el 2; y Rechivaldo el 1.

De su zurrón, tomaría cada uno tantos guijarros como el número que deseaba elegir.

Antes de extender los puños cerrados sobre el fuego entonó el más viejo:

—“Deus nobiscum”.

Y todos contestaron:

—“Et cum spiritu nostro”. “Pater noster que es in coelis...”

Terminada la salmodia seca y trémula, que en nada se asemejaba a los sonoros ecos reflejados en los sillares de los muros pétreos de la sala capitular del Castillo, abrieron las manos sobre el fuego. Por unanimidad salió elegido Rechivaldo, el más viejo.

A pesar de ello, no quiso conferirse la reciente autoridad asumida en solemne capítulo y prefirió echar a suertes el orden de la guardia para esa noche, lo que todos aceptaron de buen grado, confiando en la magnanimidad del flamante Maestre.

Deshecho el círculo, sin ceremonia, y diciendo Martín una ocurrencia jocosa, volvieron a echar a suertes el orden de las guardias del mismo modo. El primero que tenía que quedarse en vela sería Martín hasta la medianoche; y el tramo más largo siguiente le había tocado a Rechivaldo.

Al tenderse en los helechos, Cerecinos, Matalobos y Rechivaldo cayeron en un sopor profundo. Martín comenzó la guardia encendiendo la vela en el poco de rescoldo que quedaba.

Rodericus lo miraba pensando en los cientos de velas que, como antorchas, lucían en el castillo. Al poco tiempo también cayó rendido. Tenían tantas colmenas en los montes del Temple, que el consumo de velas era una insignificancia en comparación con las que vendían a todos los obispos para sus liturgias. Y ahora, perseguidos hasta ser decapitados o quemados en la hoguera, tenían que racionar la única vela de la que disponían...

9

Desde el castaño en cuya copa había pasado la noche, oyó rítmicos golpes secos. Aguzó el oído, se restregó los ojos e identificó los golpes como los del filo de una azuela contra un palo de fresno.

Un mango de azada o de cualquier otro utensilio de labranza debía de estar tallando un lugareño desgreñado y harapiento.

No había que fiarse.

De momento, mejor sería pasar desapercibido, por si acaso.

Esa mañana no había huellas de lobos en el barro de las orillas del río.

Quizá la presencia de aquel hombre con los golpes de su herramienta o la falta de ovejas en el tramo medio del valle motivaran la falta de alimañas en las verdísimas selvas de Valdeusa.

Al comienzo del verano, los lobos ya andan más altos, por los picachos: no hubiera sido necesario pasar aquella noche encaramado en la bifurcación de una gruesa rama. Hasta que llegaran las primeras nieves ya podría dormir tranquilo en el santo suelo, pues las culebrillas de agua tampoco supondrían ningún peligro.

En el hombre de la azuela comenzaba a adivinar un corpachón musculoso y rudo, que, finalizado su trabajo, diluía sus silbidos en el gorgoteo del bravo torrente umbrío. A cada momento, menos peligroso le parecía aunque mejor sería seguir observando.

El primer rayo de sol se había colado entre las hojas y le cegaba un ojo a la vez que, cesado el sonsonete cortante de la azuela, el silbido se fue alejando por la vareda, río arriba, y el eco que producían las paredes de peñascos lisos se hacía penetrante y monótono como una salmodia. ¡A ver si era un monje en vez de un labriego! —se le ocurrió pensar—. Claro que, últimamente, los frailes de todos los monasterios habían abandonado los harapos. No sólo eso, sino que los templarios de Ponferrada, a muy pocas leguas de allí, antes de ser asesinados en brutal holocausto, vestían lujosa indumentaria luciendo bordaduras en las ropas de sus caballos bajo las capas blanquísimas ondulantes en sus galopes, orgullosos de lucir la cruz “paté” esculpida en el escudo y bordada en rojo sobre el pecho; a pesar de que habían comenzado siendo muy austeros cuando fueron fundados en Jerusalén hacía doscientos años. En esos dos siglos, desde que en 1118 fuera fundado el Temple, con sus esfuerzos paulatinos, unión y sacrificios, acumularon inmensas riquezas y llegaron a ser miembros de la organización más poderosa de la tierra. Fuera o no fuera fraile, si lo seguía, posiblemente podría encaminarlo al monasterio cisterciense de San Pedro, que era la última meta del camino; detrás, ya sólo bosques inmensos sumidos en abismos.

El desprendimiento de una gran roca parecía que abría la tierra al arrastrar con ella media montaña que se precipitó rodando hasta el río con cósmico estruendo.

El hombre de la azuela se le perdía en el bosque, por lo que se apresuró hasta alcanzarlo mientras no cesaba de tejerse la trenza de los silbidos en el serpenteo del sendero.

Después de un buen trecho por el camino con vueltas y revueltas, el monasterio de San Pedro se apareció, de pronto, majestuoso, tras la última curva de donde brotaba un manantial cristalino y silencioso.

Sólo a lo lejos se apreciaba el murmullo del río entre la ventisca suave y fresca de los hayedos, de tal manera que el hombre de los palos y la azuela se percató de que alguien lo seguía, por lo que se paró suspicaz e interrogativo: “Deus tecum” —le gritó—. Como no respondía, en un principio debió de pensar si sería sordo, pero muy pronto intuyó que no sabía responder a la salutación monástica. Quizá fuera un peregrino perdido del Camino de Santiago.

En aquella quietud selvática, al levantar la mirada, sintió retumbar la tierra en el mismo momento en que dos jinetes de las huestes reales salían al trote del monasterio.

Como el hombre de la azuela se había quedado absorto admirando el brillo de los herrajes y el ornamento de los caballos, al irse acercando, cuando se volvió para preguntar por su destino al hombre que lo seguía, éste había desaparecido de sus espaldas. Se percató de que aquel hombre rubio, con agilidad de ardilla, se había encaramado en lo más alto de un haya al lado del camino, por lo que supuso que los caballos de crines largas y cuello grueso estaban persiguiendo al peregrino.

A los jinetes no se les veía la cara, que tapaban con la celada. En el encuentro, tiraron tan fuertemente de las riendas que los relinchos estridentes multiplicaron los ecos por el valle; y el hombre de la azuela posó el zurrón sobre un tuco a su vera. Quietos los caballos, el primer jinete lancero se quitó el casco, escudriñó hasta el más mínimo detalle del hombre y su indumentaria, y le preguntó si en el barro de los alrededores había visto huella o señal extraña de un criminal fugado cuando era conducido a la hoguera por la justicia de Dios: “Lo buscamos por orden del rey; y cuando ya lo teníamos a tiro de lanza cerca de Compludo, se nos perdió en el bosque. No puede estar muy lejos. Si está vivo, no tardará en acceder al monasterio, pues, fuera de la senda, por estos riscos, sólo puede encontrar la muerte despeñado o entre las fauces del lobo. El abad está en aviso, y avisaremos también a los vecinos de todos los pueblos”.

En la copa del haya, los latidos de corazón eran tan fuertes que iban a repercutir en el tronco del árbol con el peligro de delatarlo. La inmovilidad absoluta y el verde silencio se interrumpieron por un águila en vuelo y el trino de un jilguero.

Esperaban respuesta los caballeros.

El hombre de la azuela, con las mangas del sayal remangadas, jugaba con ellas y las bajó hasta los puños; y, muy digno, agachó la cabeza sumiso ante las autoridades, expectantes sobre sus cabalgaduras, y metió cada mano entre su manga opuesta diciendo: “Por aquí no ha pasado y si pasó no lo vi”. En la moral de aquel benedictino no cabía la mentira, por lo que empleó esta argucia para acallar su conciencia y dejar satisfechos a los jinetes armados.

El del árbol, conteniendo el aliento, entendió que, inexplicablemente, un ángel lo protegía porque, por primera vez desde su fuga, había encontrado una persona que acababa de salvarle la vida. No obstante, hasta que no comprobó, con sus propios ojos, que el fraile de la azuela ya había entrado en el monasterio, no se movió de la rama. Había visto en él al salvador de su vida utilizando la argucia propia de los monjes Benedictinos del siglo XIV, a la que siglos más tarde se le llamaría *restrictio mentalis*. Al cabo de un buen rato, cuando ya le dolían todos los huesos, intentó cambiar de postura, pero no le fue posible. Todavía era prematuro. No quiso mover ni un dedo desde el momento en el que el fraile había salido despavorido del monasterio buscándolo entre los helechos y otros matojos, que crecían salvajes a ambos lados del camino. Permanecía estático, para no ser visto, observando desde lo alto.

Por más que cavilaba, no podía interpretar los movimientos bruscos e impacientes de la mano izquierda saliendo del hábito remangado, hasta que, por fin, vio que, de trecho en trecho, el fraile se salía del camino y se adelantaba en el bosque dando zurriagazos a diestro y siniestro para abrirse camino en medio de espinos y zarzales. Allí donde encontraba un cúmulo de hojarasca, blandía la estaca compulsivo, como si estuviera loco, y le daba tales golpetazos que hacía saltar por los aires el humus, desesperado por no encontrar al rubio enmascarado en alguna madriguera.

Era necesario estar absolutamente seguro de que no sería descubierto, por lo que con mucho sigilo y pies de felino, tendría que buscar un pajar cercano para pasar la noche. El hambre le comprimía el pecho, pues hacía días que sólo comía verduras crudas de los huertos y alguna manzana roya.

El fraile, con gesto cansino, después de tanta búsqueda entre los matojos de urces y escobas, culminó la cuesta en el umbral de los portones del monasterio habiendo dejado atrás el misterio de la desaparición del hombre, que no podía andar muy lejos; pero no encontraba inconveniente en protegerlo y satisfacer la conjetura acerca de sus crímenes pues, a primera vista, no tenía aspecto de bandido: la barba más bien lampiña y algo pelirroja, sin pelo en el cráneo, fuerte en su musculatura y con mirada de desafiar los peligros. Mientras evocaba estos datos, la curiosidad se le acrecentaba por momentos. Las dudas le entraron cuando entró al refectorio y, después de las oraciones anteriores al almuerzo, el Abad alertó y arengó a todos los frailes sobre el regio y autoritario mandato de búsqueda. Ahora sí que se lo habían puesto difícil, pues cada miembro de la comunidad sería un delator en potencia, y más bien pronto, alguien lo descubriría por más que se escondiera. Quizá sería mejor delatarlo y que el mismo abad lo interrogara, y si de verdad era inocente, culminar la protección, y si era culpable entregarlo a las autoridades; pero no estaba seguro de que el Abad atendiera a su iniciativa, sino que, por el contrario, sospechaba que lo entregaría directamente a los emisarios del rey, por lo que decidió callarse.

Al día siguiente, empleó sus horas de trabajo en ir a cortar troncos de castaños después de arreglar los establos de las vacas. Inspeccionó con fruición todos los alrededores buscando al hombre; y cuando entró de nuevo a los establos, vio a un lado el cántaro con leche sobrante. Coligió que el hambriento se habría saciado ordeñando una vaca por la mañana temprano. En lo alto del pajar, entre dos cuernos de centeno, se dejó asomar la calva. El fraile lo invitó a bajar con un gesto de la mano mostrándole el zurrón lleno de alimentos.

Tenía la voz frágil.

Aceptó comer de los alimentos que, el fraile, en un momento, dispuso esmerado sobre un toco tablero con dos sentajos de piedra. El rubio, al sentarse con parsimonia no fuera a molestarle, desenfundó una daga de doble hoja y la puso encima de la mesa ante la cara sorprendida del fraile, al que se le atragantó el primer bocado después de clavar sus ojos en el mango de hueso. Era exactamente igual a la del último templario que había ocultado en aquel mismo establo.

Quiso darse tiempo para no deslizarse y meter la pata al preguntarle por el origen de su daga. “¿Es la misma?” —se preguntaba en su interior—. “Exactamente

igual. Por lo menos están hechas por el mismo artesano, en la misma forja”. —Decía que el rubio, que no tenía aspecto de batallador, por la finura de sus modales, podría ser un ladrón. La desconfianza comenzaba a invadirlo. “Quizá sea un templario patrón de carabela o de galera”, porque tampoco tenía aspecto de remero. Se le acumularon demasiadas dudas, a la vez, en la cabeza. Quería comprobar si, en una de las dos cachas de la empuñadura de hueso, estaba grabada la cruz paté templaria, simulando interés por las armas blancas.

—¿Has tenido que utilizarla?

Los dos la miraron fijamente en un tenso silencio. No se apreciaba grabación alguna en la cacha visible. Daba por seguro que la grabación estaba en la cacha boca abajo. El rubio entendió la intención de la pregunta: si se había visto obligado a matar a alguien; y levantó lentamente la mirada diciendo:

—Todos los días tengo que utilizarla pero todavía no ha tocado sangre humana. El fraile tenía la completa seguridad de que la cruz paté había sido rallada. Hizo un ademán de cogerla aseverando:

—No tiene ni una mella. Está muy bien templada.

En la otra cacha, en el centro, había un rebaje por haber sido limada, con lo que afianzaba la sospecha. Pero al fraile no se le desenredaba la cabeza y ya no se contuvo:

—¿De dónde has sacado esta daga de empuñadura de hueso?

—¿Por qué me salvaste de los guardias? —le respondió el rubio con otra pregunta inesperada.

El fraile no encontró respuesta. Su mente estaba centrada en el arma blanca.

—Esa misma daga —pensaba— la he tirado al pozo días atrás para evitar peligros a otro forajido al que he ayudado a esconderse. La cruz paté pintada, grabada o esculpida es el signo más incuestionable de los templarios: una cruz con los cuatro brazos iguales ensanchados en las puntas.

El rubio tomó la daga despacio:

—Fui juzgado sin despojarme ni de esta arma ni de mis vestiduras. Me condenaron a morir sufriendo quemado en la hoguera. El encierro de una noche en una jaula se me hizo eterno, pero, antes de despertar el alba, alguien desconocido me abrió la puerta durante el sueño de los guardianes y me proporcionó estas mismas ropas que llevo puestas sin mediar palabra. Aprovechando la poca oscuridad que quedaba me despojé de todos los vestidos que llevaba puestos. Solamente quedé con mi daga por si acaso me viera obligado a utilizarla en defensa propia, a pesar de que la cruz paté grabada en el mango sería un signo inequívoco de mi identidad, por lo que decidí rasparlo desgastándolo con una piedra hasta que desapareciera.

Con esto, al fraile se le disiparon las dudas. Abría los ojos a la certidumbre de que se trataba de un monje templario perseguido y antes de que lo dejara hablar, el rubio volvió a preguntarle:

—¿Por qué me salvaste de los guardias?

—Una fuerza interior me impulsa a salvar inocentes perseguidos, sobre todo a monjes templarios porque sé que son inocentes y están sufriendo monstruosos crímenes.

Al oír esto, al rubio se le desataron todos los músculos del cuerpo que los llevaba hechos nudos desde hacía demasiado tiempo; y dio gracias a Dios en profundo recogimiento porque dos ángeles le habían salvado la vida, encarnados en este humilde fraile que tenía delante y el que misteriosamente le abrió la jaula la noche que, en Occitania, había entrado en capilla.

—¿De qué te acusaron? —preguntó el fraile.

—Me calumniaron con una acusación única y absurda: de adorar a BAPHOMET en lugar de a Cristo Crucificado.

10

Mientras que Rechivaldo, Rodericus, Cerecinos y Matalobos dormían, salí de la choza en busca de palos secos para alimentar el fuego. Los cuatro caballos, al verme, relincharon. Fijé la mirada en la alforja de Rechivaldo que no la había desmontado del caballo y me atreví a fisgarla.

Cuando metí la mano, el caballo volvió la cabeza, me enseñó los dientes, echó un relincho y marcó un bailoteo piafando con las patas delanteras como queriendo avisar a su amo. Las pintas blancas, tan bellas, brillaban a la luz de la luna. Era un caballo hermoso por lo raro de las pintas. En ese aspecto era único. Yo, temiendo que se despertaran los dormidos, lo apacigüé con un gesto de la mano mostrándole la palma y cruzando la boca con el dedo índice rogándole silencio, como si tuviera permiso del dueño para meter la mano y sacar su contenido.

Me cercioré de que Rechivaldo seguía dormido, no siendo que se despertara, porque se había quejado de dolor de muelas. Se ve que se le había ido pasando el dolor por sí sólo, sin mascar amapolas, como había dicho que necesitaría, y que no le dio tiempo a meterlas en la alforja.

¡Palpé una colección de pergaminos! Tomé un manajo y cerré la alforja.

Al caballo le tembló la piel de la pata izquierda, como si algo lo molestara, y cambió de postura. Intermitentemente resollaba y seguía piafando. Iba a despertar a alguno... Dada su inquietud, yo estaba temeroso de que se espantara.

Volví a encender la vela en el rescoldo que quedaba. La había apagado para que no se consumiera. La noche estrellada estaba muy fría.

Con mucho cuidado para que nadie se despertara, saqué mis helechos para recostarme bajo el sombrero que la choza tenía encima de la entrada, y desdoblé la capa de Cerecinos para envolverme en ella. La de Matalobos, que también estaba bien doblada a la entrada, la utilicé como tapete para posar los pergaminos. El color blanco daba realce a la luz que desprendía la vela.

Oí nítido un aullido de lobo muy lejos. No había que preocuparse de momento.

Tendido en mis helechos, me dispuse a leer los documentos con los que tendría tarea para toda la guardia, y todavía me quedarían sin leer algunos para el día siguiente.

¿Tenía en mis manos las dos colecciones más importantes de la Orden del Temple, más valiosas que todo el oro de las reservas de los castillos, porque, con ellas, podríamos demostrar nuestra inocencia? —me preguntaba a mí mismo.

¿¡Todavía podríamos salvar el Temple!? Con estos pergaminos, quizá lo conseguiríamos. Y sin embargo, el Gran Maestre Jacques de Molay estaba sufriendo encarcelado en Francia, esperando sentencia de muerte después de ser torturado junto con más de quinientos caballeros de todos los puntos cardinales.

Tendríamos que actuar diligentemente.

El pergamino del año 1235, por el que comencé, contenía una bella miniatura y el final de la sentencia del segundo juicio, tras el litigio del Temple con el convento de San Pedro. Decía: **“Damos y regalamos a los frailes del Temple nuestra pintura antigua que representa a Jesucristo en las bodas de Caná después de haber convertido el agua en vino a ruegos de su madre la Virgen María”**. La fecha estaba escrita al lado de la figura, y debajo, las rúbricas del Abad Johannes de San Pedro y siete benedictinos. Al lado de la fecha ponía: “Segundo Juicio” y en el reverso, detrás de las firmas, una nota que decía: “En esta escritura declaran los que firman, ante el notario Stephanus, en la hoja numerada con el uno y en la siguiente numerada con el dos”.

Y seguía el texto: **“...representa la bella cara, con cabellera de oro, a Jesús en su trono derramando vino que...”** Y ahí se paraba, porque el siguiente pergamino faltaba de su sitio.

Como había cogido el fajo al azar, se había quedado dentro de la alforja, en el otro fajo, la otra hoja del documento. Pensé levantarme a rebuscarla en las alforjas, pero opté por seguir descifrando legajos.

En otro decía: “Primer juicio, año 1218”, con la tinta más reciente que el cuerpo del escrito.

Con la escritura del primer pergamino que había leído, fechado en 1235, de letra muy clara y legible ya podíamos empezar a desmontar ante los tribunales la gran calumnia que pesaba sobre el Temple, de que no adorábamos a Jesucristo sino a un ídolo demoníaco. En toda la historia del Temple, nuestro único Dios y Señor había sido Cristo Crucificado. Después de su pasión, ese era el contenido de nuestras meditaciones durante la Cuaresma. Durante el resto del año litúrgico, su vida pública resumida y representada en el retablo de Jesús convirtiendo el agua en vino por mandato de su Madre la Virgen María en las bodas de Caná, nos servía de meditación sobre los Santos Evangelios.

Me temblaban las manos. ¿Estábamos salvados? Con estas escrituras y la de Arias Didaz, que escondían los benedictinos en algún lugar del monasterio, quizá en la cripta de San Genadio, podríamos demostrar nuestra inocencia definitivamente y librarnos de la muerte.

Los documentos restantes estaban desordenados. Al sacarlos de la alforja, se me habían caído al suelo y se mancharon un poco por las esquinas con las yerbas impregnadas de rocío y tierra húmeda de la hura de algún bichejo. Con esmero los apilé de nuevo encima de la capa, de cualquier manera, pues restituir el mismo orden con sólo la luz de la vela sería tarea ardua. Me puse nervioso. Se me escabullían de entre los dedos dándole vueltas y se me desordenaron más todavía.

Los dejé para cuando llegara la claridad del día.

No pude. Los tomé otra vez intentando serenarme.

Explotaron ante mis ojos los vivos colores azules y rojos de la primera hoja del primer juicio de 1218 formando alegorías florales enmarcando las letras.

Otra vez se me desordenaron al colocarlos encima de la capa. Estaban resbaladizos. En lo sucesivo tendría que atarlos con una cuerda.

Las manchas recientes no entorpecían la lectura.

Se conservaban brillantes como el primer día que fueron copiados en el pergamino blanco. El copista que dibujó la primera letra capital, una “E” rellena de oro, de la que pendían trazos finísimos, largos, que se desgajaban de ella por el margen izquierdo como si fuera una cabellera acabada en tirabuzones, debió de aprender en un monasterio de Kilikia. Eran iguales a los que había visto yo en Khor Virap en mi primer viaje a Asia.

Después de darle muchas vueltas, concluí que tenía en mis manos las escrituras más valiosas, las de los juicios que encerraban los litigios entre los benedictinos y los templarios: el juicio del año 1218 y el de 1235. Sin duda, el documento más importante y clarificador eran las dos últimas hojas de 1235. Volví a leer y examinar la primera de 1235 y por más vueltas que les di faltaba la segunda: efectivamente la segunda hoja se había quedado en la alforja. Después de la letra capital “I” seguía: “*In nomine Dni. Amen. Saban los ommes que an de venir, que eu don Iohannes de Sant Pedro de Montes...*”.

Examiné todo el texto de nuevo y ya no me cabía ninguna duda, la segunda hoja de 1235 se había quedado en la alforja.

El chisporroteo de la vela por la humedad de la noche me cegaba los ojos cuando contemplaba el brillo de la miniatura: representaba una figura humana doblemente coronada, y nuestra cruz templaria repetidas veces bordada en la estola, y pintada en el escrito que sujetaba entre las manos. Conté trece cruces templarias. Y en la corona una leyenda que decía: “San Gregorio Iluminator, caballero templario”. Sin duda, el copista, con exceso de celo, atribuyó a este santo, diez siglos más antiguo, la condición de templario. Quería que el Temple pasara al futuro relacionado con el mayor santo de la Iglesia de Oriente, exaltando a la orden ingenuamente, infantilmente.

Era el escrito más bello que había visto en mi vida. Las letras del cuerpo del escrito, del color de la tierra, casi negras.

¡Estábamos salvados!

¿Estábamos salvados? Quizá sólo tuviéramos los primeros datos para comenzar a defendernos. Pero si dejábamos claro que Baphomet no había existido y había sobrevenido la catástrofe por una confusión, sin duda demoníaca, tendríamos el

tiempo contado y escaso para llegar a París y librar de la hoguera al Gran Maestre y a los cien templarios presos.

Me estaban dando ganas de despertar a todos y poner a Rechivaldo en un aprieto para que nos explicara por qué los escondía con tanto esmero. ¿Quería salvarse él solo? ¿Quería ser el protagonista de la salvación del Temple y llevarlo sólo él a los tribunales para que lo nombraran Gran Maestre? Sería difícil que tal locura se le pasara por la cabeza: todos sabíamos muy bien que esa dignidad era vitalicia y el Gran Maestre del Temple, Jacques de Molay, todavía estaba vivo. ¿Desconfiaba de nosotros?

La llama quieta y potente de la vela, con la brisa que empezaba a soplar desde el Teleno, se volvió trémula y traviesa, de tal manera que entorpecía la lectura. Además, los trazos de este escrito eran distintos, y comencé a palpar con las yemas de mis dedos el relieve de las letras y de las miniaturas. El tacto celestial de las letras abultadas me hizo llorar de alegría, pero me contuve tragando el llanto para no despertar a nadie. Me dolían las sienas.

Descifrar cada palabra me costaba un calvario. Casi no veía. Con la llama de la vela tan nerviosa, las letras se tambaleaban.

Era un escrito antiguo. Algunas palabras, parecidas pero distintas a las actuales. Las que habían escrito en latín, toda la tercera página, me resultaron imposibles y quizá por el cansancio acumulado, en las de nuestra lengua, cada palote me suponía un suplicio descifrarlo. Con santa paciencia fui entendiendo todo el primer cuero.

Comenzaba con una fecha de hacía casi un siglo: “En el año 1218...”⁷

Y seguía: “En la sala capitular del castillo de los templarios de Ponferrada, el maestre Petrum Albitum, en sesión capitular solemne, ante todos los caballeros del Temple, terminaba de leer el pergamino en el que se le comunicaba, por orden del rey, el nombre de todos los jueces...”

No podía contener la rabia. Tenía que despertar a Rechivaldo y preguntarle por qué nos había querido ocultar que guardaba los pergaminos. Que se lo tuvimos que sacar con gancho. Me acordé del consejo de mi madre cuando era niño: “Antes de reñir a nadie hazte un nudo a la lengua y piénsalo siete veces”.

Había que pensarlo despacio. Era demasiado importante como para andar con precipitaciones.

Al día siguiente, quizá resolvería las dudas anulando el nombramiento del Maestre, de quien ya no gozaría de nuestra confianza en lo sucesivo. Incluso podríamos expulsarlo del Temple por falta grave. Había que dilucidar muchos asuntos. No estaba yo como para tomar decisiones con el cansancio que acumulaba.

Antes de destituir a Rechivaldo había que utilizarlo para leer los latines, pues aunque no llegó a ser presbítero, había estado a punto de recibir las sagradas órdenes y había estudiado Latín y Sagradas Escrituras. Al resto de nosotros, se nos podían escapar palabras importantes.

Teníamos que descifrar juntos todos los pliegos y escribir una copia cada uno.

Habiendo cinco copias, sería más difícil que se perdieran todas.

Las plumas... podríamos encontrarlas y afilarlas en el monte. Sólo había que buscar en las rocas de las águilas, y, en todo caso, de otra ave valdrían. La tinta se-

ría el mayor problema, porque pergaminos... podríamos conseguir pellejos en los pueblos. ¡La tinta! La tinta me preocupaba porque, aunque nunca habíamos visto hacerla, sabíamos cómo, pero nos sería difícil encontrar los componentes. El templario especiero, que la fabricaba, para el que Cerecinos y Matalobos trasportaban los materiales, había sido uno de los muertos ahorcados. Teníamos que intentarlo. Yo podía recordar los elementos utilizados pero no recordaba las proporciones pues sólo una vez me había entretenido en verlo. Podríamos hacer carbón con las encinas de los barrancos para sacarle el pigmento negro. Pinos también había para extraerle la resina. Las aguas ferruginosas... habría que buscarlas en otro valle más lejano. Fuyacas de roble, a las que Rechivaldo llamaba agallas, podrían sustituir a las piñas de ciprés que en aquellos montes no crecían. Teníamos que intentarlo con lo que teníamos, porque con goma de árboles de Egipto se hacía la mejor tinta, pero sería imposible conseguirla. Sólo el Maestre la utilizaba para escribir los documentos de los grandes préstamos.

No había más remedio que organizarnos el trabajo.

A Rechivaldo, destituirlo del cargo. Y aprovecharlo de vigía en nuestro nuevo estado. Quizá en Compludo, que allí había visto tinta en la herrería de un fraile de Peñalba, que la hacía muy buena. Tendríamos que pagarle con algo de caza. Con un jabato nos proporcionaría pergaminos curtidos y tinta para hacer todas las copias antes de seguir adelante. Era lo más perentorio y urgente en nuestro periplo. No podíamos dejar escapar la trucha. De niño me decía mi padre que a las truchas había que agarrarlas con las dos manos, una en la cola y otra en la cabeza, fuertemente, con firmeza y clavándole las uñas para que no se escurrieran. Teníamos que escribir cinco copias de seguridad y guardar una cada uno.

La vela se apagaba. En el último chorreón transparente se extendía la cera, y el pabalo, en medio, se encorvó irremisiblemente.

Ya me entraba el sueño, tenía que despertar a Rechivaldo para que siguiera la guardia.

No me podía contener el ímpetu por despertarlo y preguntarle cómo es que guardaba los pergaminos sin darnos cuenta de ellos. Preferí callarme hasta la mañana y no despertar a todos, porque preví que podíamos llegar a las manos. Doblé las capas blancas y las dejé en el mismo lugar de donde las había cogido.

Pensé que el lugar más seguro para guardar los pergaminos no sería mi alforja sino dentro de la cabaña, en el sitio de mi cama, entre los helechos.

Dentro de unas horas ya sacaríamos el resto de la alforja y terminaríamos de desentrañarlos. Allí estaban todos los pergaminos de los dos juicios que fraguaron todo el entuerto. Sólo tendríamos que lograr el de Arias Didaz, que estaba bien cerca. ¡Si Jacques de Molay supiera lo que teníamos en nuestras manos...!

¡En los Montes Aquilanos habíamos resuelto el enigma de Baphomet! Habiéndolo resuelto, se restituiría el nombre y la dignidad del Temple.

Había que llegar a París con estos escritos antes de que fuera tarde y lo ejecutaran en la hoguera; a él y a todos los templarios presos.

Al día siguiente saldríamos corriendo Rechivaldo y yo con los escritos más importantes y un poco de oro, y el resto lo esconderíamos en el monte para que Rode-

ricus, Matalobos y Cerecinos volvieron al monasterio de San Pedro a conseguir de cualquier forma el escrito de Arias Didaz.

Al manuscrito en el que se explicaba cómo hacer muchas copias rápidamente, sobre hojas de plantas secas, de momento, yo no le asignaba aplicación alguna. Después de haber sido el más importante por el futuro que habría y por el que hubiera luchado defendiéndolo, ahora ya no nos valía para nada.

Cuando estaba recogiendo los helechos para meterlos dentro, los cuatro caballos relincharon formando un coro largo y sonoro, insistiendo en el relincho como si advirtieran un peligro. Casi despiertan a los dormidos. Uno de ellos musitó incongruencias en su sueño y se cambió de lado. Cerecinos, que estaba roncando, también dijo algo soñando y cesaron sus ronquidos. Al erguirme con el manajo de helechos y los pergaminos, oí algo raro a mis espaldas, a tan sólo unas varas de distancia. Me di la vuelta, y, formados como una guardia pretoriana, hieráticos, brillándole la luna en sus ojos, me habían vigilado tres lobas y tres lobos. Me quedé tieso mirándolos, aparentando no tener miedo. Ahora sí que tenía que despertar a todos, pero antes solté los pergaminos y los helechos, desenfundé la daga y di un paso decidido hacia delante moviendo los brazos como un aspa. Retrocedieron de un brinco sin torcer el pescuezo y yo cogí una piedra haciendo ademán de tirársela, y emprendieron un trotecillo en fila hasta que se ocultaron en el bosque.

Con el primer manajo de helechos envolviendo los pergaminos me hice una almohada, y, con el resto, la cama bien mullida entre Rechivaldo y Rodericus.

Me eché boca arriba y estuve pensando en las posibles intenciones de Rechivaldo. Tenía que despertarlo para continuar la guardia. Mejor sería dormir y ajustar cuentas por la mañana. Así es que le zarandeeé levemente el brazo y se despertó sin hacer aspavientos.

Por la posición de la luna en el mes en que vivíamos, comprobaba que todavía eran las tres y media de la mañana...⁸

11

Dijo el rubio:

—¿Por qué a unos nos acusan de adorar a Baphomet, a otros de uniones carnales entre caballeros, a otros de pisar la Cruz y a otros de actos obscenos con animales? Yo no sé quién es Baphomet y ese es el único cargo por el que me condenaron a morir quemado. El inquisidor me preguntó, con la máquina de la tortura a mi lado, si había adorado a algún ser extraño que no fuera al Crucificado; y yo le dije que sí por el terror que me causaba aquel artefacto. Cuando Dios me asistió pudiendo zafarme milagrosamente, decidí venir a León y Castilla.

—¿Qué te impulsó a tan largo viaje, teniendo que sortear toda clase de peligros como perseguido? —preguntó el fraile.

—Un templario español del castillo de Ponferrada llamado Cerecinos me dijo moribundo...

Contrajo el fraile la espalda preguntando con los ojos fuera de sus órbitas:

—¿¡Moribundo...!?

El rubio vislumbró en el estupor del fraile una señal clara de que también había conocido a Cerecinos.

Se produjo un silencio hasta que el fraile siguió ofuscado:

—¿Es que tú eres curandero?

—He cuidado a muchos enfermos necesitados, tanto en los hospitales de las ciudades como en campos de batalla.

—¿Qué te hizo venir hasta los Montes Aquilanos?

—Únicamente la búsqueda de unos documentos. Tengo que encontrar los 62 pergaminos de los que el templario Cerecinos me habló en su lecho de muerte. Contienen un informe de hace casi un siglo, del año 1218, acerca del litigio que enfrentó al Temple de Ponferrada contra vuestro monasterio, el monasterio Benedictino de San Pedro. Tengo que encontrarlos. Me son imprescindibles pues me va la vida en ello. Me dijo que contenían las actas del juicio.

El fraile se sorprendió ante esta afirmación. Aseveró:

—Dios no asiste a nadie a no ser que su destino esté escrito proféticamente.

—¿Qué te ocurre, amigo?

El rubio se inquietó al observar su semblante obnubilado.

—Me estaba refiriendo a tu fuga de la cárcel.

Con esta aclaración convirtió la inquietud del rubio en templanza.

—En alguna parte estaba escrito que tú saldrías indemne de la cárcel, porque no había acabado la partida. El número 62 te asistía. No siempre Dios interviene en nuestra existencia. Dios deja que los números actúen.

—¿De qué números hablas? ¿No estarás acercándote a la herejía? Eso de que los números actúan no lo repitas más pues es contrario a la Divina Providencia. Cerecinos me decía que a él también lo habían acusado de adorar a Baphomet, porque, igual que yo, se había declarado culpable de haberse postrado ante una cabeza con barbas largas y una corona de laurel rodeándola.⁹

Momentos antes de empezar a tiritar con un temblor cercano a la muerte me había dicho que los 62 pergaminos donde se guardaba la identidad verdadera de Baphomet, estaban en el scriptorium del monasterio de Benedictinos cercano al Temple de Ponferrada. ¿De qué manera puedo conseguir esos escritos para llevarlos a Francia ante los jueces para demostrar que el antiguo Abad de tu monasterio engañó al Maestre del Temple? Desde hace 90 años, los abades se transmiten el secreto de su ubicación y no lo desvelan. ¿Vamos a tener que confiar sólo en la justicia divina? Me refugiaré en lo que queda del Castillo del Temple de Ponferrada hasta que tú me consigas esos pergaminos. Tienes que buscarlos allí dentro —señalaba con el dedo el monasterio—. De no conseguirlos, tarde o temprano el tribunal ejecutará la sentencia, que no prescribe, y moriré devorado por las llamas.

—No me acordaba —dijo el fraile con la mirada perdida—. ¡El número sesenta y dos! ¡Sesenta y dos pergaminos! Si hubieran sido sesenta y tres ninguna de estas calamidades habrían sucedido. ¡Sesenta y dos! ¡El número del casi! Pero el casi haber ganado es lo mismo que haber perdido. ¿Qué fraile ignorante transcribió, para la colección del tumbo¹⁰, la verdadera identidad de Baphomet en 62 y no en 63 pergaminos? Por un número no se llegó al triunfo, no se llegó a ganar la partida y esa es la razón por la que nos vemos en estas penosas circunstancias sin haber podido hacernos con esos pergaminos, que se escabullen como si tuvieran vida, y nadie ha podido volver a juntarlos.

El rubio pensó que su interlocutor se estaba trastornando por momentos mirando al infinito.

Pero el fraile, pensativo, negando con la cabeza, le contestaba volviendo a la cordura:

—El Temple está todo desbaratado. No puedes acercarte a Ponferrada. Sería un suicidio.

Y volvía a desbarrar erre que erre:

—¿Cómo pudo pasar desapercibido ese número fatídico? Cincuenta y ocho caballeros habitaban el castillo. ¡Cincuenta y ocho! Es el número de la muerte. Nunca debería haber pasado de 57 el número de monjes templarios en el castillo.

El rubio estaba pensando si aquel fraile se estaría volviendo loco, o por el contrario escondería un enigma. La expresión de la cara, a pesar de todo, era de persona circunspecta y digna, aunque de vez en cuando se enfureciera. Por más que lo observaba, no hallaba nada extraño en los movimientos de sus cejas, que era lo que más delataba la cordura de las personas, a pesar de sus ojos salidos y arrugas de locura en las comisuras de los labios y en la frente. Tan pronto parecía cuerdo como trastornado.

Terminó recriminándole:

—Esas interpretaciones numéricas son propias de los judíos. Son heréticas o al menos encaminan a la blasfemia.

El fraile le respondía:

—No te serviría de nada aportar las pruebas a un juicio. No opongas resistencia. Intentar llevar pruebas a un juicio es igual que resistir violentamente, y con la violencia ya no puedes conseguir ningún objetivo. Sólo te cabe esconderte como están haciendo todos los templarios que escapan de la muerte. Si te hubieras confundido con los campesinos de Francia, te hubieras ahorrado ya tantas tribulaciones que habrás soportado, cruzando, tú solo, tantos y tantos valles, llanos y montañas. Seguramente habrás tenido que pasar puentes, habrás caído en pozos, te habrás entretenido en laberintos. ¿Puedes concebir que un insignificante monje templario como tú podría sobreponerse al poder del Rey de Francia con unos trozos de cuero, por muy caligrafiados que estén con primorosas letras, y por muchos colorines que brillen en sus miniaturas? Eso sería como pasar la vida saltando del 5 al 9. Y del 14 al 18. Del 23 al 27. Del 32 al 36. Del 41 al 45. Del 50 al 54. Y del 59 al 63. Nunca se ha dado el caso de que, siendo teóricamente posible, alguien la haya pasado con brincos tan ajustados y certeros: de oca en oca, limpiamente, sin un solo tropiezo.

El rubio pensaba que el fraile desbarraba y dudaba si seguir confiando en sus palabras.

Al fraile ya se le pegaban las comisuras de los labios. Tenía la boca seca. Emitió un chasquido con la lengua y siguió diciendo:

—Cuando Robert de Oc en el castillo de Senta Aulària plasmó en un tablero estos números, no lo hizo al azar sino que dibujó los números que rigen nuestras vidas.¹¹

—¡Acabáramos! —exclamó el rubio—. Conozco a Robert de Oc. Se crió en el mismo pueblo que yo, en Occitania. No puedes dejarte embaucar por los números. Te precipitarías en falsas creencias. Precisamente es por lo que se ha dado pie a que nos sigan acusando de desviación de la doctrina cristiana. Robert no ideó más que un juego de entretenimiento que ha sido muy bien acogido en todos los castillos templarios para los recreos, aunque muy pocos caballeros lo han jugado. Solamente lo juegan los escuderos y personal de servicio, que son ignorantes. Los caballeros obedientes, castos y pobres sólo se entrenan para la guerra.

—Conozco perfectamente la historia del Temple y sus maestros. En cuanto a Robert de Oc, sé que fue un Maestre en dos castillos de OCA, que es la abreviatura de OCCitaniA. No intentó satisfacer a los templarios con el entretenimiento del ocio sino que trajo en forma de juego, de oriente, una ciencia ancestral que explica el universo. Y recientemente, Guillermo de Beaujeu¹² nunca ha perdido una partida de Oca; y todos los hechos de su vida han estado ajustados a los números, hasta el día fatídico de su muerte. Murió el 07/06/1291, que sumados de dos en dos: $7+6+12+91=116$; ¡dos veces 58! ¡Dos veces el número de la muerte! Ese día tenía que haber quedado en el castillo y no haber acudido a defender la muralla de San Juan de Acre. El Cristianismo perdió Oriente para siempre. Murió quince días después de que una flecha se le clavara en la axila el día 26 de mayo.

—Estás apartándote de la verdadera doctrina, cayendo en la herejía. Con los números no se juega, que son muy peligrosos. Yo también he tenido tentaciones pero las he superado. Robert de Oc no hizo más que un juego de entretenimiento: “El juego de la Oca”, pero es porque él, igual que yo, hablaba la lengua de Oc, la lengua de Occitania y se le pasó por la cabeza que la lengua de su madre tendría que ser la única lengua que se hablara en el mundo. Este fue el impulso que le hizo entrar en el Temple para llegar a Constantinopla, y desde allí, desde el centro del mundo, expandir su lengua por todo el universo. Tozudo en su empeño consiguió exponer su pretensión en el 2º concilio de Lyon. Tomás de Aquino había advertido del peligro de los números pues decía que los números nublaban el cerebro. Iba a rebatir a Robert de Oc y aniquilar su propuesta. Pero desafortunadamente el Doctor de la Iglesia murió en el camino a punto de llegar al Concilio. Cuando Robert fracasó en su intento fue cuando se dio al juego de la Oca y así quiso perpetuar el nombre de su lengua para siempre y que todos los niños del futuro y los adultos ociosos y desocupados lo tuvieran constantemente en su boca.

Se quedaron en silencio y las vigas de los techos crujieron. Los dos esparcieron la mirada, expectantes, porque parecían derrumbarse. Un gato negro salió de estampida y derrapó en la losa brillante de la puerta.

Siguió el fraile:

—Si consiguiéramos los pergaminos donde dice quién es Baphomet, te acusarían doblemente de haber falsificado tanto firmas como sellos, y también te acusarían de haber sido tú mismo el que los habría redactado.

—No puedo resignarme, no puedo aceptarlo. Esta miseria a la que hemos llegado me lleva a dudar de la justicia divina. Yo sólo he conocido a templarios buenos, y nunca he observado las atrocidades de las que se nos acusa. Los ósculos de los templarios jóvenes en las nalgas de los veteranos, en ceremonias secretas, de los que se nos acusa en los autos, eran bromas pesadas de algunos botarates a los nuevos, cuando ingresaban en el Temple, siempre a espaldas del Maestre, que las prohibía, como prohibía cualquier otra novatada. Los que las organizaban eran los más ingenuos y risueños, se comportaban como niños a falta de otras distracciones, y decían a los novicios que eran las ceremonias secretas para iniciarlos en el Temple, que tenían que despedirse de la carne para entrar en la castidad, que era lo más duro que les esperaba en su nueva vida como soldados de Cristo. Sólo han existido algunos templarios, muy pocos, que, igual que tú te aficionas a los números mágicos, se han aficionado a supersticiones y agüeros antiguos, pero sin mucho convencimiento, más bien como entretenimiento en medio de sus trabajos serviles. Esos encantamientos y teosofías lejanas no los han hecho desviarse de la doctrina cristiana. Siempre ha imperado la paz y la bondad en las gentes de los reinos de Francia y de Aragón y Castilla, pero ahora, en estos tiempos —y la culpa la tiene el Rey de Francia— una saña inmundada se ha adueñado de los corazones más sencillos. Los campesinos me entregarían a las autoridades del Rey para que me recondenara la Inquisición de Francia como si fuera un cátrato de Montpellier o Albi.

He de decirte que yo fui monje hospitalario antes de entrar en el Temple. El mismo Gran Maestre Jacques de Molay tramitó mi pase de los Hospitalarios al Temple. Necesitaba el Temple caballeros de mi condición y no solamente aguerridos soldados, pero era muy difícil encontrarlos, por eso soy conocido como escritor y médico en todos los lugares del mundo, no sólo en la Occitania.

El fraile se remangó el hábito diciendo:

—Yo he ocultado y salvado de la muerte a templarios perseguidos por el Rey de Francia y por los Reyes de Aragón y de Castilla. Todo está perdido. El poderoso Rey de Francia es malvado y los Reyes de Aragón, de León y Castilla son débiles, sumisos, mentirosos y avaros. Los poderosos han conseguido dividir a todos sus súbditos e incluso las gentes más buenas han llegado a odiarse a muerte hasta matarse entre hermanos en guerras civiles que no acaban nunca. Esa vesania ha sido introducida en los conventos hasta pudrirlos por dentro. En el monasterio también estamos divididos. La mitad de los frailes de mi convento están conmigo y protegen a los templarios perseguidos; y la otra mitad obedecen al Abad delatando a todo sospechoso de haber sido templario. Pero guardamos el secreto cuando conseguimos ocultar y librar de la muerte a cualquier templario perseguido. Nuestro Rey, Fernando IV, no está, ni mucho menos, de nuestra parte. Ha ordenado expropiar todos los castillos del Temple. El Abad benedictino es fiel a los caprichos del monarca. En un principio pensé que le tenía miedo pero, cuando me fui enterando de

más detalles, paulatinamente me convencí de mi error de bulto, porque le perdona los pecados; y quien perdona los pecados nunca teme al perdonado, como el dueño nunca teme al animal al que ha domesticado.

—No te fies —dijo el rubio un poco adoctrinante.

—Pues el Abad siempre está al lado de la Corona, haga lo que haga el monarca y piense lo que piense. Se ha ganado la confianza del Rey perdonándole los pecados y asegurándole, una y otra vez, la vida eterna.

—¿Es el Abad el confesor del Rey?

—Desde hace ya unos años no se confiesa con nadie más que con el Abad de este monasterio

—¿Es el Rey oriundo de estas tierras?

—No, no. Nació en el mediodía, en la ciudad de Sevilla. Su madre lo zarandó por los rincones del reino hasta que lo casó con una princesa lusa con quien nadie lo ve más que en contadas ceremonias en las catedrales. A pesar de todo, es la madre la que sigue gobernando. Últimamente ha estado enfermo y anda atormentado por lo que la madre regente no confía en la capacidad de su hijo para tomar altas decisiones de gobierno.

—Eso te lo imaginas, claro... ¿O es que tú también has confesado al Rey como si fueras presbítero?

—Yo he oído sus pecados en el confesonario. Aparte de la lujuria, consustancial al poco más que un mozo de veintiséis años, en la última confesión se arrepintió de matar templarios.

—¿Te has hecho pasar por el Abad, en el confesonario? —preguntó el rubio escandalizado.

—No, no... Me escondo en el armario para oír sus confesiones.

—¿Qué armario?

—En el armario de la sacristía, donde se guardan las capas pluviales, las dalmáticas y las tulicelas.

—¿Se confiesa el Rey en la Sacristía? ¿Es que no se confiesa en un confesonario de la iglesia?

—Espera, hombre, que te cuento Lo primero que me llamó la atención cuando yo entré de fraile lego fue que, en la sacristía, hay un confesonario de nogal tallado con filigranas, columnitas y estatuillas que representan escenas bíblicas.

Corre la leyenda de que, hace muchos, muchos años, un fraile, al que todos tenían por santo, mientras que se confesaba en ese mismo confesonario cuando todavía estaba en la iglesia, el lego hortelano del monasterio, que sospechaba algo, se ocultó detrás de una columna y oyó todos sus pecados que sólo transgredían el sexto mandamiento: ¡pecaba con niñas y con niños! Y el confesor, que era otro fraile benedictino, le preguntaba con regodeo que cuántas veces, y dónde y cómo les tocaba. El lego llegó a revelar que al confesor se le caía la baba. También proclamó a los cuatro vientos que el fraile penitente chantajeaba a los niños para que no dijeran nada a nadie.

El Abad, aquel mismo día, mandó atarles las manos y enviarlos a los tribunales, para que los castigaran: a los dos frailes por pecadores del máximo pecado que co-

meter se pueda, y al lego por escuchique. Pero, temeroso el Abad de que, en lo sucesivo, alguien pudiera escuchar sus confesiones con el penitenciario de Astorga, mandó meter el confesonario en la sacristía con solamente una puerta por la que se sale y se entra al presbiterio de la Iglesia, y así se aseguraba de que nadie podría oírlo. Esta tradición de la confesión de los abades en la sacristía se ha mantenido desde entonces hasta nuestros días.

Cuando hicieron las primeras obras del monasterio, la sacristía tenía dos puertas y no una. Una puerta doble y grande que es la que sigue dando al presbiterio; y otra pequeña que daba a la portería.

Forraron, más tarde, las paredes con armarios de madera, y con ellos taparon la puerta pequeña dejando incomunicada la portería con la sacristía. También forraron de armarios todas las paredes de la portería.

Un día, me subí dentro del armario de la portería, desclavé la tabla de separación y me encontré entre las capas pluviales, dentro del armario de la sacristía al lado del confesonario. Ese es mi secreto desde hoy.

—¿Por que dices, “secreto”?

—Porque, para que sea secreto, hay que contárselo a alguien, a una persona por lo menos.

—¿Y el Abad confiesa al Rey?

—A eso iba. Hace unos años, nuestro rey, Fernando IV, estaba de montería entre los montes Aquilanos y el Teleno con toda la parafernalia de caza de los cortesanos, perros incluidos. Persiguiendo un venado, llegó hasta muy cerca del monasterio.

—Y se le metió el Venado en el monasterio, seguro...

—No, no. Espera que te siga contando: con tan mala suerte que le picó una víbora en la pierna. Pidió confesión al Abad más cercano cuando estaba ahí, detrás de las tapias, porque se encontraba tan mal, tras la picadura, que creía que se moría. El mismo Abad, durante la confesión en la sacristía, le sajó la herida de la picadura, le chupó la sangre y le salvó la vida. Desde entonces, no quiere confesarse con ningún obispo como antes de la picadura, sólo con el Abad de este monasterio. Y además, en la sacristía.

Los dos palacios que tenía para las monterías, uno en Santiago de Peñalba al lado del otro monasterio, y el refugio de caza más que palacio¹³, en el lugar llamado Labore¹⁴, que siempre utilizaba dependiendo de cuál le pillara más cerca la noche, dejó de utilizarlos; y también de incógnito venía a dormir al monasterio, temeroso de que sus sanguinarios adversarios, que querían arrebatarle el trono, lo mataran sobornando a algún traidor de su corte.

—¿¡Cómo te has enterado de tantas interioridades!?

—Espera... espera que te siga contando... Porque yo desde el armario he oído todas sus confesiones! En la última confesión se arrepintió de haber matado templarios. Y el Abad le contestaba: “Su majestad no ha matado a ningún templario”. Y él, compungido, le respondía: “Pero yo he ordenado matarlos a todos y no puedo dormir porque me remuerde la conciencia”. Y el Abad: “Duerme tranquilo y en paz, hijo, porque si hubiere culpa, su majestad estaría exento, por ser mandato del Papa Clemente V. Con el mismo poder divino, el Papa concede las indulgencias

para ganar la vida eterna al que participe en la cruzada contra el rey moro de Granada, o condena a los templarios por lascivos y blasfemos”.

El Rey preguntaba al Abad —continuó el fraile— si sería castigo de Dios lo que le había pasado con su hijo heredero, el príncipe de poco menos de un año, por haber dado la orden de matar templarios.

—¿Y qué le pasó al niño?

—Que lo secuestraron sus adversarios políticos para dejarlo sin heredero y así serles más fácil usurparle el trono.

—¿Todavía no ha aparecido?

—Hace un mes que lo secuestraron y todavía no ha aparecido. Él está convencido, dada la crueldad de los que quieren arrebatarse el trono, que ya lo habrán matado al no haber cedido ni un ápice.

—¿Es posible que nadie se pregunte por tamaño crimen?

—A los tutores de Salamanca les dice que ha llevado al niño a que lo eduquen en Murcia y asegurar allí los límites de la frontera del reino, con la presencia del príncipe. Y a los de Murcia les dice que el niño príncipe sigue en Salamanca con sus tutores y educadores castellanos. A su otra hija, la pequeña princesa, la tiene en la corte de Aragón. Se la están educando para casarla, cuando llegue su hora, con el heredero de aquella corona. El Rey, dice, no para de llevar y traer a sus hijos de un lado para otro. Y encima, ha sufrido otra melancolía al morírsele la niña más pequeña, porque ha tenido dos hijas y un hijo. Está desolado por carecer de heredero. Y ahora se encuentra enfermo. Últimamente está escuchimizado, con tantos problemas. El Abad no ha conseguido tranquilizarlo y sigue con la conciencia atormentada. El Rey tiene muy claro que sólo él es el culpable de los más horribles sufrimientos, de la muerte de tantos templarios masacrados. Eso es lo que más lo atormenta.

En varias ocasiones hemos planteado rebelarnos y pasar por la daga a los abades malvados, pero hemos sucumbido a esas tentaciones horribles porque, de rebelarnos, no sólo peligraría nuestra alma, ya que seríamos excomulgados, sino que también perderíamos nuestro cuerpo, pues nos ejecutarían, sin piedad, al momento.

Al unísono, los dos dirigieron la mirada a la luz del ventanuco enmarcado por algodonosas telarañas.

Volvieron a crujir las vigas, pero ya no se asustaron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el fraile.

A lo que contestó el calvo:

—Ferrán. Ferdinandus, decían los antiguos. Ferrán Gotier. Y Gotier es el mote; debe de ser porque mis antepasados eran todos rubios, descendientes de los godos.

El fraile quedó tieso, infló las costillas, abrió los ojos, juntó las manos, entrelazó los dedos y cayó de hinojos en actitud de veneración y reverencia diciendo:

—¡Ferrán Gotier, Gotier Magnus! ¿Es cierto que tú eres Ferrán Gotier, el físico más reconocido en todo el Mediterráneo?

Se fue recuperando y respiró sosegado. Con la mano izquierda sobre el pecho, trazó con la derecha, muy despacio, una cruz en el aire diciendo: “¡El Señor, nuestro Dios te bendiga para siempre!”

Un silencio se entabló entre ambos. En el lado opuesto del establo, los ojos inmóviles y brillantes de una vaca negra y blanca los observaban con quietud egipcia. Echada de medio lado y con la cabeza vuelta hacia ellos, rumiaba impertérrita con un hilillo de baba colgando del hocico. Mugió la vaca levantándose, al tiempo que, de las cuadras, salió una gallina cacareando despavorida como si la persiguiera el diablo; y con ella, entre la polvareda que había levantado...

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Gotier aguzando el oído.

—Una gallina se ha asustado. Un hombre deforme y cojo ha salido huyendo como si hubiera robado algo.

Se levantó inquieto y salió a la puerta. El fraile intentó tranquilizarlo porque era él sólo quien lo había visto y no revestía peligro

—No es la primera vez que algunos pobres desarrapados vienen a robar gallinas a las cuadras.

—Allí va. Es cojo, pero con una agilidad pasmosa para saltar la tapia. Parece manco de un brazo porque lo lleva inmóvil, en cabestrillo.

El ladrón saltó la tapia y desapareció a galope en un caballo blanco.

Ferrán Gotier, inmóvil, quedó pensativo diciéndole:

—No suelen los pobres, montar un caballo de raza con tal maestría.

Y se quedaron los dos escuchando:

—Alguien llora. Parece el llanto de un niño.

—El llanto de los niños, a veces se confunde con el maullido de los gatos.

—Escucha. No es recién nacido.

—Sí, sí. ¡Un niño llora!

Espera un momento, que voy a ver qué es lo que ocurre.

12

Sobre un palo del alero de la cabaña, cantaban a dúo un arrendajo y un jilguero. Los trinos despertaron a Cerecinos. El sol mañanero iluminaba el interior de la choza lateralmente, por el vano de la entrada orientada al mediodía. No había ni una nube. Las aristas de las cumbres se veían nítidas. Rodeado por el bullicio de verderones, jilgueros y gorriónes, se ocultó por un sendero entre la espesura de los matorrales, y detrás de una retama recién brotada, encontró el mejor lugar para aliviar, lento, los retortijones de barriga con los que había despertado. Vuelto a la choza, Matalobos y Rodericus, delante de la puerta, arrodillados en profundo recogimiento, rezaban la oración de la mañana a la que se incardinó sin decir palabra, delante de una cruz dibujada con piedras blancas en el verdor del suelo.

Martín todavía dormía como un tronco.

Había que bajar los caballos hasta el arroyuelo donde abundaba pasto fresco. Antes de bajarlos, Matalobos sacó la ración de la mañana. Se sentaron en el suelo.

Al reservar un trozo para Rechivaldo, Rodericus se alarmó porque no aparecía, y, muy ligero, llegó a la choza para despertar a Martín y preguntarle por él.

Medio cuerpo girado y retorcido, la palma de la mano en visera para paliar el primer rayo de sol que le daba en la cara, con los ojos cargados, contestó despertando:

—Si no está el caballo, estará buscando leña seca. Se creerá que permaneceremos aquí más días, pero yo he pensado que tenemos que salir inmediatamente. No podemos perder tiempo. —Se sentó apartando los helechos.

Concluyeron el desayuno preocupados porque Rechivaldo no aparecía.

Martín no encontraba el momento de enseñarles los escritos.¹⁵

13

Se alborotó el gallinero de tal manera, que se contagiaron de su jolgorio todos los animales de los establos contiguos. Cacareaban las gallinas “in crescendo”, gruñían los cerdos apiñados con los hocicos metidos entre los barrotes de la cochiguera como si presintieran que el día de San Martín se acercaba, cantaron los gallos insistentemente, rebuznó la burra del lego hortelano y relinchó la mula en un lamento prolongado envolviendo lo que a Gotier y al fraile les había parecido un claro llanto de niño. Se apaciguaron los animales y amainaron los canturreos hasta que se rehízo el silencio salpicado de algunos suaves balidos de las cabras.

—Ha sido un gato que maullaba igual que un niño berreando —le dijo Gotier orientando la oreja hacia las cuadras con la cabeza torcida y la mirada cruzada.

—Marramizaba un macho en celo, que por esta época se oyen frecuentemente desesperados buscando una hembra. ¿Oyes algo ahora?

—Nada, nada.

La vaca se acercó a su bebedero y lo único que se oía ya eran los lametazos contra el agua del caldero, que dejó seco. Restablecido el silencio después de haber cesado el cacareo de la última gallina rezagada, siguieron hablando.

El fraile no salía del éxtasis contemplando en Gotier Magnus un ser sobrehumano.

Respiró hondo:

—Nuestro Abad del monasterio de San Pedro compró al Temple de Ponferrada una copia de tus escritos y le pagó por ella el tesoro que se guardaba en la sacristía, de gran valor: las joyas intactas, de casi cuatro siglos, que habían sido una donación al monasterio del mismo Rey Ordoño II y de la Reina Elvira. En nuestro scriptorium tres calígrafos están copiando tus libros para distribuirlos por todos los conventos benedictinos para curar las calenturas y otros males. El Abad mandó construir un gran pote de hierro, pero no fue posible dado su peso y hubo que construirlo con cobre, que puede moldearse y es mucho más ligero.

—Cuando escribí las instrucciones, insistí en que, si es de cobre, se friegue constantemente para que no críe cardenillo verde, que es venenoso.

—En San Pedro hay legos y conversos suficientes para esos menesteres. ¿Qué calenturas se curan y cuáles no se curan? Tú dices en tus escritos que a veces se te ha muerto el enfermo en medio de la cura.

—Eso no he podido averiguarlo. El mayor éxito y reconocimiento me llegó cuando fui llevado a curar a Nogaret, que me debe la vida.

—Nogaret es un malvado, es el ser repugnante que ha urdido, con su Rey Felipe IV de Francia, el exterminio de los Templarios, el mismo que, después de haberlo curado, ahora te persigue queriendo descuartizarte.

—Así es, amigo. El santo Job ha de ser nuestro ejemplo de paciencia.

Gotier cambió bruscamente el discurso:

—¿Me decías que las alhajas de la Reina Elvira las aceptó el Maestre del Temple de Ponferrada, a cambio de mis escritos?

—Así fue. Y además de las joyas, una campana que tañe para los difuntos y se oye en todo el valle de Ponferrada.

—El Maestre del Temple de Ponferrada cayó en la usura. Mis manuscritos no estaban en venta. Perteneían a la orden del Temple para hacer un bien a la humanidad entera, para que reyes y súbditos puedan curar sus enfermedades y todo el mundo pueda plantar las especias y sepa usarlas para condimentar los alimentos. Los templarios, cuando entramos en la orden, renunciamos a todas nuestras pertenencias y las cedemos a la orden. No obstante, confiamos en el Todopoderoso para que cese nuestro exterminio. Yo quiero hablar con tu Abad para convencerlo de que deje de ser cómplice de la infamia.

Contestó el Fraile:

—El exterminio es inexorable. Ya te dije que todo el Temple quedó desbaratado y sus posesiones repartidas. Las joyas las tendrá el Rey de Aragón o quizá el mismo Felipe IV, Rey de Francia. La codicia del Rey no se sacia con nada y más de lo que vale su reino se lo debe a los templarios a quienes no ha cesado de pedirle préstamos para sufragar sus guerras y caprichos. Toda Francia está arruinada; por eso, se ha incautado de todos los bienes de los templarios. Nuestro Abad no te hará caso porque también él ha caído en la codicia y ha adquirido para nuestro monasterio parte de los bienes del Temple de Ponferrada.

A Gotier se le enrojecieron los ojos húmedos diciendo:

—Lo que más me duele es la traición del Rey.

—¿En qué consistió la traición?

—Jacques de Molay, el Gran Maestre del Temple, vino desde Jerusalem a París a entregarle al Rey de Francia, en persona, el dinero, dos arcas llenas de oro en préstamo; y el día de la entrega, su brazo derecho, el ministro Nogaret cayó enfermo a los pies de Jacques y del Rey. Aquel día, yo vivía en la misma Tour Grosse del castillo del Temple. Me hospedaban en una alcoba de privilegio para dignísimos invitados. Había culminado el experimento para curar las calenturas, con éxito, en todos los enfermos. Ni uno solo se me había muerto. Jacques de Molay se ocupó de que me llevaran a Nogaret a nuestro castillo.

—¿Y por qué no te acercaste a París a curarlo?

—Porque yo no curaba con magia sino con utensilios que tenía instalados en nuestro castillo templario.

—¿Estaba muy lejos de París el castillo templario?

—Tardaron medio día en traérmelo. Los jinetes más veloces se turnaron en la urgencia para venir a avisarme previamente con un escrito diciendo que el Gran Maestre del Temple, Jacques de Molay, venía acompañando al Rey para que yo curara a su ministro Nogaret, que se estaba muriendo, y que preparara todos los utensilios mientras me lo traían.

—¿Y Jacques de Molay no sospechaba que el rey de Francia era malvado?

—El perverso es Nogaret. El Rey siempre disimulaba delante de Jacques. Se mostraba respetuoso, y, en ese momento, muy preocupado por la gravedad de su ministro.

—¿Tú no tenías acceso a Jacques para abrirle los ojos y que no se dejara engañar por esas alimañas?

—Yo esperaba nervioso, con los humores agitados. Nunca he estado tan alterado, ni siquiera ahora que estoy perseguido a muerte. Uno llega a acostumbrarse a convivir con los mayores sufrimientos. Cuando llegó el Rey con los cortesanos, Jacques, que se encontraba detrás de él, me hizo una seña levantando la ceja advirtiéndome que tuviera mucho cuidado. Jamás el Rey de Francia había presidido un cortejo semejante. Después, Jacques partiría para Roma a preparar la última cruzada con el Papa Bonifacio. Ya se había percatado de que al Rey poco le importaban las Cruzadas, o quizás nada; y se había enojado cuando Jacques le pidió apoyo y ayuda humana, a pesar de haberle prestado la gran fortuna del Temple que consistía en 5000 florines de oro y la reserva: 10000 sólidos antiguos de oro, “solidus aureus” del Emperador Constantino, con el objeto de comprar al Rey inglés toda la provincia de Caus con sus habitantes, que pasaron a ser súbditos de Felipe IV de Francia.

—¿Y cómo curaste al ministro?

—Cuando llegó, ya tenía la gran caldera hirviendo, pero el ministro Nogaret llegó muerto. Yo, al verlo tan blanco miré al Rey y me entendió perfectamente que ya no había remedio. Apliqué el oído en su pecho. Y me llevé una sorpresa pues oí algo. El corazón todavía latía débil, por lo que entendí que había cierta esperanza. Nogaret no era tan joven ni apuesto como el Rey al que le sacaba ocho años, pero era más fuerte si cabe, lo que coadyubaba a mostrarse siempre poderoso y despiadado. Era el que decidía los asuntos de estado, y lo tenía delante de mí, yerto. Cuando salían de la sala todos los hombres de la corte, le dije al Rey que antes de amortajar a su ministro intentaría resucitarlo.

—¿Y no les dijiste que todavía estaba vivo?

—Si hubiera dicho que estaba vivo y se me moría en el experimento, allí mismo, el Rey me hubiera cortado la cabeza con la espada. Su mirada era criminal y el movimiento de sus cejas revelaba un ímpetu cruel y sanguinario. Entendí que debería actuar con suma cautela.

—¿Y qué hiciste, entonces?

—El mismo tratamiento que a todos los enfermos de calenturas en mis experimentos.

—¿Cómo empezaste?

—Había mandado construir a los carpinteros una artesa de tres varas y media de larga con una capacidad de 63 cántaros. La caldera de cobre la había mandado hacer con una capacidad de 51,625 cántaros.

Al oír esos números, el fraile tomó un palo y, frenético, comenzó a hacer operaciones matemáticas en el suelo ($51,625 \times 8 = 413$). Terminó diciendo:

—Vas por buen camino. Los números son perfectos. Con el 63 tenías ganada la partida. Nogaret no podía estar muerto. ¿Tú sabes el porqué de ese número decimal: 51,625?

—No tiene explicación alguna, así me hizo la equivalencia con las medidas persas el templario que me tradujo los escritos antiguos en el castillo de San Juan de Acre, después de haber llegado ileso de la batalla de Chipre.

—¡Claro! ¡Está clarísimo! Te lo tradujo a azumbres,¹⁶ “cuatrocientos trece”, y ese número es la suma de los números de las ocas en el tablero. ($5+9+14+18+23+27+32+36+41+45+50+54+59 = 413$)

—¡¿Qué dices?!

Gotier comenzaba a sentirse confuso.

Después de tantos días sin comer, hoy no tendría que haber comido tanto —pensaba— porque no le respondía la cabeza. Y eso era el efecto de malas digestiones.

—Voy a tener que subir al pajar y acostarme un rato —le dijo palpando la barriga.

—No estás enfermo, lo que te ocurre es que no crees que los números determinan el universo. El Maestro Goliart, hace cincuenta años, fue el que hizo las medidas para construir los últimos castillos. Y comprobó los números de las estrellas y la posición del sol en verano y en invierno. Vino aquí para enseñarle al Abad los cálculos de ángulos y confluencias con los astros del firmamento, para construir los templos. Los cinco últimos templos están colocados en puntos estratégicos que, proyectados al cielo, forman la cruz de Jesucristo. Y en una roca, en la estepa de Karahundg, al norte de Kilikia, donde San Bartolomé, apóstol de Cristo, extendió el evangelio y fue degollado, es donde aprendieron los primitivos templarios los movimientos de las estrellas para hacer la guerra durante las lunas nuevas y saber la orientación en el campo de batalla. Sólo desde allí puede ser medido el mundo mirando al firmamento; y allí es donde, según Goliart, debía construirse el templo de San Bartolomé.

—Tienes muchas noticias de templarios —interrumpió Gotier.

—A varios los he ocultado y librado de la muerte.

Y continuó:

—Allí, en Asia, hay “petras scriptas” igual que en estos montes Aquilanos, que dejaron los templarios como signos encriptados. Pero las piedras horadadas para ver el firmamento, allí se las puso Yavé y les enseñó a Adán y a Eva para que contemplaran la divinidad en el cielo antes de haber pecado. Cada piedra tiene un ojo

por el que se hace confluír el cielo con la Tierra por medio de los astros. Allí aprendieron templarios, después de la primera cruzada, a deducir las medidas en todo el orbe, a medir las distancias desde distintos puntos de la Tierra. Y desde allí se midió la distancia que tenía que haber desde el Temple de Ponferrada hasta Turieno. Pero dime, ¿qué fue de Nogaret, que estaba moribundo?

—Lo mandé meter desnudo en la artesa con el agua que yo había preparado.

—¿Y cómo la preparaste?

—Si tu abad tiene el documento, allí esta todo especificado: 23 cántaros de agua hirviendo y 27 de agua fría, 9 toques de azafrán de Persia, lo que cupiera entre los dedos índice y pulgar, mientras se reza un paternóster. Si el agua no queda bien dorada, se le añaden más toques de azafrán hasta que quede del color del atardecer en las aguas del cuerno de oro de Constantinopla. Pero, para ajustar la temperatura exacta, hay que haber metido el codo en las vísceras de un ser humano, y yo lo había hecho con muchos cadáveres recién muertos en los campos de batalla. Es necesario estar muy seguro de poner el agua a la misma temperatura que las vísceras humanas. Hay que haber metido muchas veces el codo entre las tripas y saber cuál es el calor que dan exactamente. Eso sólo lo podemos hacer quienes no tenemos escrúpulos y hemos estudiado para ser médicos. Para ello hay que usar el cuartillo; 32 cuartillos hacen un cántaro... Y hay que ir ajustando cuartillo a cuartillo de agua caliente y fría. En esta ceremonia tardé un buen rato.

—Y mientras tanto, ¿no rezabas paternóster?

—Cuando trabajo, sólo bisbiseo para que parezca que rezo. No es momento de rezar cuando uno está concentrado en el trabajo.

A Nogaret aún le quedaba un hilo de vida. Todavía sudaba chorros. Cuando lo metieron en mi agua, rezamos todos, y a los 18 paternóster ya abrió los ojos levemente, con gran regocijo de todos.

La operación continuó durante todo el día manteniendo el agua dorada a la misma temperatura. Mezclando agua fría y caliente con el cuartillo y el azumbre, según las instrucciones que había aprendido en Persia al lado del mar Caspio. Al día siguiente, ya en el lecho, le di de beber un caldo de gallina persa templado y una tortilla de un huevo de gallina de la granja del castillo. Esto lo tomaron por escrito los escribanos y lo divulgaron, y ya desde entonces, al haber sido el alimento que resucitó al ministro del Rey de Francia, se les recomendó a todos los enfermos: caldo de gallina persa con tortilla de Francia, como el mejor de los reconstituyentes.

—¿Todo lo que sabes lo aprendiste en Persia?

—No. A los quince años entré en la escuela de Salerno, y allí aprendí seis años con el mejor físico de aquella escuela. Allí aprendí que sólo por experimentación se avanza en medicina y hemos de olvidar totalmente todos los viejos agüeros y no rezarle a Dios para curarse, porque Dios no se mete en estas cosas. Milagros, lo que se dice milagros, sólo los hacía Jesucristo.

—Eso raya en la blasfemia. Tienes que ocultar ese pensamiento. Dios hace milagros curando a los enfermos, rezándole con fe.

—Por eso sigo usando siempre distintas oraciones como medidas del tiempo para aplicar diferentes ungüentos: unas veces 63 padrenuestros; otras, tantos credos como exija la duración del proceso, dependiendo de la dolencia.

Al cabo de otros 36 paternóster rezados, el ministro Nogaret fue despertando de su sueño y pronunció las primeras palabras. Los cortesanos rezaban con devoción y recogimiento, creyendo firmemente que la mitad del milagro lo haría el agua roja y la otra mitad lo haría el cielo, pero los sabios persas eran paganos y no creían en los milagros. Cuando curaban enfermos, lo hacían con medios físicos, y daba el mismo resultado.

Desde ese momento se pronunció mi nombre en toda Francia y hasta Roma llegó a oídos del Papa.

Después de unos días, un emisario del Rey me trajo el nombramiento de cardenal en la curia romana. Decía que tenía plena potestad para ello, pero la curia del Papa no aceptó, negándole al Rey esas atribuciones.

Entre tanto enjuague, intuí cómo se gestaba la destrucción del Temple. Por primera vez, el Gran Maestre era tratado con algunos desaires por el monarca, y la enemistad del Rey con el Papa crecía por momentos. Mi nombramiento de cardenal de la Iglesia era sólo una pieza en la urdimbre diabólica que preparaban. Y aún más, como en un principio no me opuse frontal e inmediatamente sino después de largas meditaciones, lo peor es que la pretensión del Rey era que me nombraran Papa y, así, tenerme a su lado para testificar en contra del Temple y poder usurparnos legalmente todas las propiedades, pues en aquel momento, nos adeudaba más de lo que valía toda Francia.

Se maravillaba el fraile aseverando:

—Querían utilizar tu prestigio para destruir el Temple.

—Evidentemente. Así fue, aunque parezca increíble. El ser humano, cuando es malo, puede llegar a los más insospechados procedimientos.

Al poco tiempo y una vez que Jacques de Molay había regresado a Chipre, re- puesto Nogaret de sus calenturas, se juntó con su amigote Colonna y juntos viajaron con sus huestes a Anagni, donde veraneaba el Papa Bonifacio VIII, y, con la mano enfundada en un guante de malla de hierro, Colonna le dio tal bofetada que lo tiró rodando por los escalones del trono y ya no recobró su sano juicio, pues se había dañado el cerebro en la caída.

Conque recibí en París a un emisario del Vaticano para comunicarme que me personara en Roma para curar al Papa.

Al cabo de seis días llegué a sus estancias de Roma, adonde lo habían trasladado, y ya no decía más que incongruencias. Al verme a su lado me imaginó un animal con rabo y me decía sin parar: "retro, retro". Quería decir que nos apartáramos, que lo que quería era una doncella que lo acariciara. Y por pudor no sigo contándote puesto que te escandalizaría. Al final, cuando agonizaba, rechazó la comunión. Con alaridos sibilantes, tapando la cara con el envés de sus manos, con ojos de espanto y dedos en garra, rehusó la extrema unción de los enfermos.

Mientras yo comía, le dije a Rodericus que mirara debajo de la cabecera de mi cama de helechos, y que leyera en alto los escritos.

Al verme la cara, Cerecinos se levantó como un rayo y se adelantó a Rodericus.

Les dije que leyeran todo y se apelotonaron los tres con las orejas juntas. Roderico sentado en medio y los otros dos custodiándolo arrodillados.

Como yo no me movía, me instaban a que les adelantara algo y yo les insistía:

—Seguid leyendo.

La miniatura de colores, con la luz del día, no era tan maravillosa como por la noche a la luz de la vela.

Cuando avanzaban en la lectura, Cerecinos se levantó, de repente, como si un bicho le hubiera picado llamando a voces a Rechivaldo que no respondía, mientras Rodericus decía:

—Hay textos sin sentido. Están cortados. Faltan pergaminos.

Yo le contestaba:

—Sólo cogí los que me cabían en la mano para leerlos durante la guardia.

Alarmados, nos miramos, y también nos pusimos de pie al instante, mirando a todas partes, buscando a Rechivaldo.

Roderico, que tenía la voz más potente, también se quedó afónico llamándolo, y sólo le respondieron los ecos de los montes.

Había presentido que Rechivaldo era perverso pero nunca creí que hasta este punto de dejarnos sin nada, en medio del monte y perseguidos a muerte.

Sentí dolor de cabeza. Me ardían los pómulos.

“¡Salir corriendo tras él y matarlo sin preguntarle nada, arrebatándole el resto de los pergaminos!” Sólo este sentimiento me penetraba el cráneo.

Las piernas se me doblaban como si fueran juncos sosteniendo una roca.

Repasé mi vida en unos instantes, mi madre, mi casa, la belleza de Gelvira a la que nunca había olvidado y seguía sintiendo por ella una pasión irresistible, la entrada en el Temple, las guerras en las que había peleado, los sangrientos viajes a las Cruzadas, el haberme librado de la muerte milagrosamente tantas veces, mi padre aconsejándome coger la trucha con las dos manos y no aflojarla ni un instante hasta tenerla metida en la cesta. Yo la había tenido agarrada por el centro con una sola mano y sin clavarle las uñas.

—¿Cómo puede ser que no se me ocurriera la fuga de Rechivaldo? —me preguntaba en voz alta, acrecentándose en mí las ganas de matarlo.

Me caí al suelo derrumbado, mirando el cielo con las piernas y brazos abiertos sobre la tierra poula y le pregunté a Dios a ver por qué era tan malo con nosotros. ¿Qué le habíamos hecho sino venerarlo y arriesgar la vida, muchas veces, en su defensa? ¿Así nos lo pagaba?

También se me vino a la cabeza el diablo tentando a Jesucristo en el monte, mostrándole los valles secos de Palestina; y éstos, verdes a mis pies. Desde aquella altura y con tantos caminos, carreras y senderos que poder emprender, me puse nervioso en el titubeo. Uno sólo podía ser el recto, el verdadero por el que se escapó Rechivaldo para poder perseguirlo a pesar de que había una trifurcación en la encrucijada.

Se mezcló en mi pensamiento su figura galopando por uno de ellos. Intentar alcanzarlo tomando uno al azar sería inútil.

La tierra me agarraba las costillas y me apretaba como si quisiera absorberme. En ese momento era lo único que deseaba. Estaba muy cansado así que me quedé dormido. Me despertó Roderico con el oído en mi pecho oyendo los latidos. Quería comprobar si estaba vivo o muerto. Me vieron tan deshecho que Matalobos me trajo agua del arroyo.

Ya despierto, nos quedamos los cuatro mirándonos, sin decir nada un buen rato, sentados, con los pergaminos en medio, encima de la capa.

Nunca habíamos pensado, ninguno de los cuatro, tan deprisa; y deliberamos qué hacer con nuestras vidas en adelante.

Yo los vi tan desolados, que me creció la furia de golpe: me levanté y tiré una piedra tan lejos, que se perdió en el ramaje del bosque y grité a los montes: “¡Rechivaldo! ¡Hi-jo de pu-ta! ¡Te voy a matar cuando te encuentre!”

Atónitos, los pájaros dejaron de cantar para oír otra vez lo que decía; y aproveché el silencio para repetir lo mismo, por si se había escondido cerca esperando a que nos fuéramos, que todo era posible.

Grité por tercera vez y ya no pude seguir porque me quedé ronco. Pero las voces y sus ecos se habían multiplicado por los valles.

Al fondo, nítida, la cumbre del Teleno brillaba cubierta de nieve.

15

—El Papa murió al poco tiempo, pero yo tuve que volver a París por mandato de la corte, porque al Rey le entraron las calenturas, más graves que las que había sufrido su ministro Nogaret. Le salieron pintas rojas por todo el cuerpo.

—¿Y también se curó pronto?

—En tres días.

El fraile abrió los ojos con sumisión de lego.

—¿Como lo curaste?

—Con agua a la misma temperatura que mi cuerpo. Fui echando agua poco a poco, primero caliente y después fría hasta regular la temperatura, como siempre.

—¿Solamente agua?

—Agua solamente, más la ignorancia del enfermo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuanto más ignorantes, más efectivas son las curaciones. El azafrán de Persia ni cura ni mata, pero el color añade magia y confiere al acto médico atributos sobrenaturales. Solamente el agua a la misma temperatura que las vísceras es la que baja las calenturas —trataba de aleccionarlo.

Siguió el fraile:

—De todas las atrocidades que se han atribuido a los templarios, igual que a ti, la peor de todas ha sido que adoran a Baphomet. Todo este año litúrgico, el Abad ha redactado las pláticas y las ha mandado copiar para todos los frailes. Dice que son las pláticas más importantes, porque lo que tenemos que tener más claro es que el bien y el mal son los dos principios y fuerzas que rigen a los seres humanos. El bien es Jesucristo y el mal es Baphomet al que adoran los templarios. Por eso la Orden del Temple se ha convertido en el mayor de los males sobre la faz de la tierra.

Algunos frailes tratamos también de demostrar que todas las acusaciones se sustentan en una calumnia que ha sido urdida con una cadena de infortunios y malas voluntades. Por el contrario, lo que trata de inculcar el Abad a toda costa es que Baphomet tentó a Adán en el paraíso, adoptó cualquier forma satánica del mal, encubriéndose con lisonjas del mismo Lucifer, y bafométicos son los templarios, que lo adoran. Las palabras del Abad se propagan como la grama, con la velocidad del viento, de castillo en castillo, de palacio en palacio, de monasterio en monasterio. Ya todas las gentes odian a los templarios injustamente.

Gotier se deshacía:

—Pero ¿qué significa esa palabra? Satán está claro que es el diablo, pero Baphomet y bafomético nadie ha podido descifrarlo.

—Está en los pergaminos. Tendríamos que reunirlos todos antes de que en la herrería de Compludo los legos del Císter terminen de fundir el hierro y lo metan en las planchas de piedra para hacer las letras, porque tan obsesionado está el Abad que no ha escatimado trabajos para fabricar la imprenta y así poder hacer muchas copias en poco tiempo para distribuirlas por todo el mundo diciendo que Baphomet es Satán. También nos añadía que el Santo Padre de Avignon es infalible, y que tenemos que obedecerlo como si estuviera en Roma. Que los números no rigen el mundo sino sólo la palabra. Y como la palabra acaba cuando uno se muere, para perpetuarla y difundirla en un instante hace falta la imprenta. Por eso, el que domine la imprenta dominará el mundo. La magia no vendrá de los números, ni del azafrán ni de los colorantes o especias sino del “Verbum” anunciado y expandido, de la imprenta. El Verbum, que es la misma Palabra, en Jesucristo se hizo carne.

El fraile se paraba en su discurso asintiéndose con la cabeza, como si lo que decía lo hubiera meditado con profusión últimamente, y seguía dándole vueltas:

—El “Verbum” expandido es la imprenta. No puede ser otra cosa. “Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis”. La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, dice el Evangelio. Y Jesucristo ordenó a los apóstoles llevar el Evangelio a todo el mundo. Nada mejor que la imprenta para propagarlo. Y quiere utilizar la imprenta para propagar rápidamente la calumnia y que perdure durante siglos.

Gotier lo miraba fijamente y arrugaba el entrecejo por lo sorprendente de lo que le estaba contando y explotó:

—Ay, mi cabeza! ¡Se me inflama por dentro! Dime de dónde sacó el Abad el secreto de la imprenta y de la fabricación de papeles.

—¡Ah —exclamó el fraile—, esa es la gran revelación! El Abad nos oculta de dónde sacó el secreto de la imprenta que lo guarda él y no está en el scriptorium: El pergamino con las instrucciones para fabricar la imprenta en algún lugar lo esconde. ¿Quieres saber dónde se esconde?

Gotier saltó diciendo:

—Ese pergamino pertenece al Temple de Ponferrada. Se lo han usurpado. La información más preciada que guardaban los templarios... y ya no queda nada. Alguna copia quedará en otro castillo. ¡Otro tesoro del Temple de Ponferrada! Los templarios no tenemos colecciones filosóficas ni literarias en la biblioteca. Sólo libros de cuentas y unos cuantos pergaminos como este, con inventos, con industrias, con trabajos prácticos.

Finalmente explotó como saliendo de sus casillas:

—Pero ¿quién es Baphomet que tantos sufrimientos nos está acarreado? ¿Puede ser posible que una infamia tan monstruosa acabe con el Temple?

Sacudiendo las manos juntas, con las mandíbulas tensas y mirando al techo inquiría:

—¿Lo sabes tú verdaderamente? Dime, por favor, dónde se esconden esos pergaminos. ¿Quién eres tú, que me lo estás ocultando?

Con gesto apacible trató de sosegarlo contestándole:

—No te alarmes, que no soy nadie importante. Mi nombre es Pedro. Cuando entré en el monasterio, el Abad me cambió el nombre que me pusieron mis padres en el Bautismo, porque me encomendó las llaves y la portería del convento. En la vida monástica soy Petrus. Y me llaman Porterus. Te resumo la historia:

Hace unos años, la mitad de los pergaminos originales sobre los juicios fechados en 1218 y 1235 llegaron hasta aquí, procedentes del Castillo del Temple de Ponferrada. Estaban firmados por algunos testigos y por el notario que daba fe de lo escrito. Yo pude guardarlos gracias a mi puesto de ayudante de los calígrafos. Por otra parte, otro pergamino más antiguo, que también estaba en la biblioteca, escrito por un tal Arias Didaz hace 200 años, revelaba la confección de la pintura y la verdadera identidad de Baphomet. Siempre estuvo custodiado por los Abades del Monasterio. Se decía que estaba escondido en la cripta de San Genadio, hasta que el último Abad decidió colocarlo en una estantería de la Biblioteca. Junto a este escrito, que encontré más tarde rebuscando, coloqué el resto de documentos, es decir, la primera mitad de los juicios originales. Después averigüé que existía también una copia, tanto del pergamino de Arias Didaz como de los escritos sobre los juicios. Al parecer, cuando se redactaron, hace 90 años, los monjes hicieron copia de todo y la guardaron en la biblioteca. De manera que, en teoría, el Temple podía salvarse de las acusaciones de adorar al Baphomet, porque teníamos el contenido de todos los documentos. Pero los templarios necesitaban los originales de la segunda mitad de los juicios para poder demostrarlo ante los jueces. Esa otra mitad se

la llevó un templario llamado Rechivaldo. Las copias se las dejé a otro caballero templario perseguido que se camufló aquí, para que las pudiera leer, y decidió salir en busca de la otra mitad, con la intención de ir a París a convencer al rey de Francia de que todo era una infamia. Necesitaba cotejarla con la primera mitad pero, por seguridad, sólo se llevó consigo lo estrictamente necesario: la copia del escrito de Arias Didaz, la copia de la segunda hoja del juicio de 1235 donde se revelaba el origen de la palabra Baphomet, y la primera hoja original del juicio con la miniatura de San Gregorio Iluminador.

Lo más triste de todo es que este caballero no ha vuelto todavía, después de tanto tiempo; y aún peor, los originales de la mitad de los pergaminos que aquí se quedaron y el original de Arias Didaz, al día siguiente de guardarlos, alguien los cambió de sitio o los robó. Yo sabía el lugar exacto de la estantería donde estaban colocados. Pero fueron cambiados de lugar para que nadie los encontrara.

Las copias que se llevó el caballero las tuve en mis manos y las leí también. Recuerdo que en un pergamino había tres palabras. Una era “Bachus”, pero las otras dos, que también estaban escritas, una en latín y otra en griego, no las recuerdo.

—¿Quién los robó? ¿Quién los escondió? ¿Quién los cambió de lugar? —preguntaba Gotier excitado.

—No lo hemos sabido. Pero todos sospechaban de todos, y del que más se sospechaba era del mismo Abad, pero nunca se supo con certeza: antes de emprender su huida, este caballero camuflado y yo nos propusimos hojear legajo por legajo entre los miles y miles de la biblioteca en nuestras recreaciones, que así le llamábamos a los tiempos libres. Hasta que encontramos el escrito original de Arias Didaz. Junto con los que teníamos sobre los juicios, ya teníamos la prueba y la certeza absoluta, ya teníamos en nuestras manos el origen de la mayor de las calumnias que pesaban sobre los templarios porque allí estaba escrito y detalladamente explicado que Baphomet era el dios griego Dionisos que al parecer se adoraba en las bodegas de León hace 200 años. Pero era imprescindible demostrarlo en su hora porque para la justicia humana no sólo hay que ser dueño de la verdad, sino tener bien atados todos los hilos a su debido tiempo. Tener razón antes o después no vale para nada, hay que tenerla y mostrarla en su preciso momento delante del juez. Pero nos equivocamos y los dejamos en el mismo lugar de la misma estantería donde los habíamos encontrado.

—¿Por qué no los cambiasteis de lugar o los escondisteis fuera del monasterio?

—No lo sé, pero el resto de frailes y otros templarios camuflados en este convento sólo podían deducir que el traidor era alguno de nosotros y se volvieron locos acusándose mutuamente. Incluso me acusaron a mí directamente. Salimos desafiantes unos contra otros y nos despedazamos entre nosotros.

—¿Llegasteis a insultaros por defender a los perseguidos?

—Dentro del monasterio la inquina se acumulaba con cada palabra, con cada mueca, con cada mirada... Cada cual estaba seguro en su foro interno de quién era el culpable, hasta que llegamos a la locura de pensar que todos los restantes se ha-

bían conchabado contra uno mismo, sintiéndonos por separado en un extraño ostracismo hasta que dimos rienda suelta a nuestra ira.

Gotier quedaba mudo por lo inverosímil del relato. Comenzaba a pensar que le mentía.

—¿Llegasteis a pegaros?

Petrus se apartó unos pasos y respiró profundamente.

—Sólo quedé yo vivo en el duelo En un lugar cercano llamado Piedras Blancas. ¡Rojas se quedaron teñidas de sangre!

—¿De dónde sacasteis las espadas?

—No hubo espadas ni cuchillos. Fue brutal la pelea. Con garrotes y piedras.

Al verlo remangarse el hábito, Gotier ya le creía, dada la severidad del gesto con los brazos cruzados y la mirada fija en la ventana. Aquellos músculos de gladiador hercúleo con los puños apretados marcaban venas negras que explotaban.

Petrus se volvió a Gotier con los ojos lánguidos en medio de otra inspiración profunda, y le dijo:

—Al día siguiente aparecieron los esqueletos pelados y blancos confundiéndose con las piedras. Las águilas del monte habían devorado hasta los cabellos de los cadáveres cuando volvimos a recuperarlos para darles sepultura. De los hábitos, sólo unos andrajos esparcidos.

—¿Cómo lo justificaste? —le preguntó atónito.

—Cuando regresé al monasterio tan sofocado, tan deshecho y con tantos jirones, no tuve más remedio que inventar una emboscada de tres jinetes moros que nos sorprendieron en uno de nuestros paseos por el monte. Yo quedé como un héroe, pues les conté que, al comenzar la lucha cuerpo a cuerpo, logré quitarles un arma y me volví fiero. Desde aquel día, el Abad y todos los monjes del monasterio me tienen miedo. Y el idiota de un lego analfabeto ha llegado a decirme que, con tantos números que manejo, se me ha trastornado la cabeza, pues siempre me había mostrado pacífico.

Gotier lo miraba de arriba abajo, sin recriminarle nada, y siguió Petrus diciendo:

—El Abad quiere exterminar a los templarios porque está resentido, enfermó de los nervios por favorecer a los primeros templarios que, cuando vieron lo que se avecinaba, se refugiaron en el monasterio y les dio cobijo sin percatarse de lo que, poco después, se le vendría encima. Nunca dijo que eran templarios que protegía; esto le costó tensiones angustiosas y varios registros del monasterio, en los que escudriñaron los guardias reales buscándolos hasta en los desvanes, pero si los delataba iría él también a la hoguera y el monasterio de San Pedro hubiera sido destruido. Por eso, ya no quiere a ningún templario cerca. ¡Cuántos muertos alberga el campo de Valdueza y de los montes Aquilanos! Cuando cae la tarde parece un remanso pacífico, pero sus hierbas y flores han sido regadas con sangre. Has de esconderte bien, durante el día sobre todo, porque estás muy identificado por los soldados. Tu calva te delata y aunque te cortes la barba te volverá a crecer y no tendrás siempre ocasión de poder cortarla. No te puede ver ningún fraile del otro bando. Tendremos que planificar la huida minuciosamente de manera que no corras riesgos. Cuando tengamos demostrado quién es Baphomet, el resto de las calum-

nias se desmoronarán por su propio peso. Mientras tanto, no puedes deslizarte ni un ápice, porque no te darán tiempo a librarte de la hoguera. La degradación ha llegado a tal altura que ya ni siquiera hay juicios. Cuando cogen a un templario lo ejecutan en el mismo sitio y luego redactan el acta del proceso. El inquisidor hará que te quemen vivo en el mismo instante en que te detengan. Ahora tenemos que seguir buscando el resto de los pergaminos necesarios entre los miles de legajos o en cualquier lugar del mundo.

Gotier se inquietaba interrumpiéndole. Trastabillaba en sus palabras:

—Pero corre prisa. No podemos detenernos. Aunque unos cuantos templarios llegáramos a salvarnos, desaparecerá la orden para siempre, los castillos, los tesoros, las tierras, la defensa de los peregrinos que van a los Santos Lugares... el control de los otomanos que asaltan caminos y roban las mercancías ¿Será posible que estos reyes gobernantes no se percaten de lo que están haciendo? ¿No son conscientes de que, si desaparece el Temple, el Sultán de Anatolia se hará dueño del mundo, y si desaparece el Temple desaparecerá la Iglesia pues no habrá quien la defienda? ¡Y ahora es el Papa el que nos persigue!

Petrus trató de calmarlo pausando la voz y el gesto:

—No nos queda más camino que desentrañar la verdad acerca de Baphomet poco a poco, pero con pasos certeros. Aunque aparecieran ahora los pergaminos, de nada valdría que unos cuantos templarios se salvaran en un auto de fe concreto ya que, después de ese juicio, serían destruidos para que nadie más pudiera aportarlos como prueba. Hay que pensarlo despacio sin aturullar la mente. Por ahora, lo único que nos queda es esconderos a los que estáis perseguidos y condenados a la hoguera. Durante el día no podéis andar al descubierto hasta que toda la verdad resplandezca y rescatemos la imprenta y hagamos muchas copias para distribuir las por todo el mundo. Es la única manera de defenderse del exterminio. Dice el Abad en sus homilias que no era valor lo que ostentaban los templarios sino arrogancia blasfema. Y yo, y los frailes que están conmigo sabemos que todo es mentira.

—¡Ha triunfado la mentira!

—Sí, la mentirá triunfó.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—¿Triunfó el mal?

—Evidentemente.

—Por una gran calumnia.

—Toda calumnia —recalcó el fraile— todo insulto, toda maledicencia, por pequeña que parezca, es la siembra de los males que aquejan al ser humano. Yo creo que Dios no nos pensó para ser felices por más que diga San Jerónimo y otros padres de la Iglesia. La felicidad tenemos que conquistarla en todos los momentos de la vida; y la mentira es la que va triunfando, por eso hay que combatirla; y nosotros la combatimos con todas nuestras fuerzas. Muy cerca, en Ponferrada, a unas leguas valle abajo, su valor de monjes guerreros se quedó difuminado en un sólo día tornándose en cobardía; y abandonando el castillo salieron los caballeros templarios despavoridos. El primer día que vinieron los guardias a prenderlos, la mitad logró

escapar y se escondió en el monte. Aquí se ocultaron, en este pajar, durante varias jornadas, hasta que pudieron salir camino del mar en busca de los barcos templarios que los esperaban, barcos signados con la cruz paté en sus velas.

Interrumpió Gotier alterado:

—Cien carabelas tenemos distribuidas por el Mediterráneo y en las costas del Atlántico.

Siguió Petrus:

—Aquellos templarios de Ponferrada que no pudieron huir camino del mar fueron capturados, y llegaron, posteriormente, noticias de que los torturaron hasta arrancarles —además de las uñas de manos y pies, una a una, con tenazas— declaraciones monstruosas autoinculpándose de atrocidades, igual que a otros templarios de los castillos repartidos por todos los reinos, con las que hicieron dudar y tambalearse y ceder, en la persecución contra el Temple, al mismo Papa Clemente V.

No le hubiera importado al papa que escupieran en la Cruz o que practicasen obscenidades, pero lo que no pudo consentir fue que la pintura que representaba a Baphomet suplantara a Jesucristo. Llegaron a creer que, por traicionarse a sí mismos, serían librados de las torturas, pero, irremisiblemente, entre gritos desgarradores, fueron entregados a las llamas en una pira de la plaza pública. Aquellas ejecuciones salvajes sonaban a escarmiento para quien encubriera a un templario.

A Gotier se le salían las venas de su sitio. Su convulsión interna aumentaba respondiendo:

—Los Templarios sólo hemos adorado a Cristo, al Hijo de Dios Todopoderoso, o bien crucificado, o bien en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino. No hemos tenido más imágenes en nuestros castillos, tanto en iglesias como en capillas.

Petrus Porterus dejó de hablar un buen rato. El largo silencio permitía oír el esquilón de un cabestro y el eje de una carreta subiendo un camino empinado.

16

Matalobos no hablaba nada. Sólo pensaba. Mirando al infinito, mantenía un pergamino entre las manos. Había terminado de leerlo entero y no lo había posado encima del taco como si quisiera volver a escudriñarlo.

Al cabo de unos instantes insistió en la lectura. Algo había encontrado que le llamaba la atención sobremanera.

Cogió otro pergamino y cayó sobre él encorvando la espalda. A su vez, lo soltó, y cogió otro y otro, hasta hacer la misma comprobación en todos ellos; y, por fin, eligió uno concreto que asió con ambas manos.

Rodericus, Martín y Cerecinos lo observaban de reajo, como si no se dieran cuenta, atónitos por los movimientos de sus párpados. Comprobaron que pasaba el dedo presionándolo contra la esquina inferior derecha del cuero y asentía con la

cabeza sin ser consciente de sus propias muecas, cerciorándose de algo al ver la yema tiznada de negro.

—¿Qué haces? —le dijo Cerecinos—. Hemos de cuidar estos documentos con esmero.

Pero inmediatamente cayó en la cuenta de que no era tinta lo que habría borrado, sino algo escrito con un tizo de encina quemada.

Rodericus cogió un fajo y comprobó que estaban numerados.

Martín se agachó a su lado preguntándole:

—¿Qué número has borrado?

—El más alto de todos: el LXII en números romanos.

Rodericus reconoció pliego por pliego. Estaban desordenados y los ordenó correlativamente. Los contó en voz alta: 1,2,3,4 - 7,8 - 10,11 - 13 - 15,16,17 - 20,21,22 - 24,25 - 28,29,30 - 33,34,35 - 37,38,39,40 - 43,44 - 46,47,48,49 - 51 - 55,56,57,58 - 60 - 62.

Los que faltaban habían quedado en el fajo que se llevó Rechivaldo: 5,6 - 9 - 12 - 14 - 18,19 - 23 - 26,27 - 31,32 - 36 - 41,42 - 45 - 50 - 52,53,54 - 59 - 61.

Martín deducía en voz alta:

—Nadie sino Rechivaldo los había numerado con paciencia antes de salir de Ponferrada. Necesariamente tuvo que afilar el tizo después de escribir cada número porque los trazos son finos y el tizo se desgasta al escribir cada uno.

Los cuatro se preguntaban qué intención guardaría Rechivaldo al haber separado los dos tacos.

—Para que no se borraran los números y no se dañara el cuero —decía Cerecinos.

—No. No digo numerarlos con un tizo, sino dividirlos en dos fajos, y, además, en cantidades desiguales.

—Repartidos en la alforja derecha y en la izquierda —concluía Matalobos, abstraído.

Habían oído a los distintos Maestres que el cochino populacho y los frailes del convento estaban divididos en dos mitades desde el día en que el obispo Martino González dispuso en las procesiones a unos a su derecha y a otros a su izquierda, con clara intención de dividirlos para manejarlos y sacarles los diezmos de todas las cosechas y las monedas.¹⁸

—No podemos caer en la trampa de dividirnos nosotros, ahora que necesitamos, más que nunca, estar unidos como un solo racimo —reflexionó Martín asociando un sinfín de situaciones pasadas en las que el fracaso había llegado por no ceder en los planteamientos. Se confesaron los cuatro en público, reconociendo que a todos se les había pasado por la cabeza, en algún momento, imitar a Rechivaldo, e individualmente, camuflarse en un pueblo lejano para salvar la vida.

Roderico se reservaba que, justamente, faltaban los números de las figuras del tablero en el juego de la Oca: los números de las ocas, de los dados, del pozo, del puente, y del laberinto. Pero el fatídico 58 de la muerte allí lo tenían con ellos. Y sin embargo el 61 lo había llevado Rechivaldo, cuando lo lógico es que hubiera estado en este taco.

Entendió que Rechivaldo también era amante de los números ocultos con la diferencia de que, por experiencia y edad, él era neófito y Rechivaldo veterano. Sólo dijo en alto:

—Lo que no sabemos es si el último número de los que ha llevado Rechivaldo es el 61 ó el 63. Tanto puede ser uno como otro.

Abrió los ojos Roderico asustado:

—Si ha sido el 63, nos ha ganado la partida. Estamos perdidos. Si, por el contrario, ha sido el 61, somos nosotros los que podemos escribir la última página para descubrir el misterio de Baphomet.

Los otros tres se miraron sorprendidos.

Matalobos en actitud violenta le dijo:

—¿No serás tú también de los idiotas que creen en esos agüeros?

—No, no... Por supuesto. —se arrugó Roderico.

A pesar de la respuesta, desconfiaba; pero no quiso seguir estérilmente combatiendo los números de la cábala. Ya en otras ocasiones había tenido que dejar por imposible a otro templario cabalístico.

Matalobos se enfurecía diciendo:

—Roderico, que te veo.... Quita eso de la cabeza, que acabarás hecho un traidor como Rechivaldo.

Martín, al ver la cólera con la que continuaba, cortó en seco:

—¡Basta ya! No estamos ahora para discusiones bizantinas. Vamos a alcanzar a Rechivaldo. ¡Tengo que matarlo! ¡Lentamente, para que sufra el hijo de la gran puta!

—Lo lógico será que se dirija a París a presentar los documentos a los tribunales para liberar a Jacques y a los templarios presos. Cuando se percate de que le falta la mayor parte de los pergaminos, se llevará tal chasco que perderá la cabeza, como nosotros ahora.

—No es posible que llegue a París sin reparar en que le faltan éstos —ponía la mano encima de los cueros.

Interrumpió Matalobos:

—Ese hijo del diablo tiene sangre traicionera. Se puede esperar de él cualquier cosa. Es capaz de vender a su propia madre.

Roderico sentenciaba:

—Con todo el oro del castillo en su poder, cuando reflexione en dónde se ha metido, se marchará a tierras lejanas o le regalará joyas a una mora de su linaje.

Martín insistía en que no podían perder tiempo. Sólo tenían tres caballos para cuatro caballeros. Uno tenía que quedarse y volver atrás para, de alguna forma, hacerse con el pergamino antiguo del año 1096, el de Arias Didaz, que estaba archivado en algún lugar del monasterio de San Pedro.

—Siempre es mejor de dos en dos, por si hay que ayudarse, como nos marca nuestra regla templaria —rogaba Roderico, que no tenía caballo.

—Matalobos y yo iremos a París a buscarlo —decía Cerecinos.

—Martín se resistía. Le aterraba la idea de meterse a fraile benedictino sin salir del monasterio.

Después de un rato discutiendo, se pusieron de acuerdo: Cerecinos¹⁹ y Matalobos saldrían galopando en busca de Rechivaldo.

Rodericus y Martín, los dos en el caballo de Martín, llamado Áureo, se meterían a frailes benedictinos, y se quedarían con los pergaminos custodiándolos, esperando algún día recuperar el resto y adjuntar el de Arias Didaz, que buscarían sin cesar hasta encontrarlo en el monasterio.

17

Se desesperaba Petrus ante la impotencia de saber todo y no poder demostrar nada, repitiendo suplicante e implorando a los cielos:

—Jesucristo en las bodas de Caná, Baphomet, el dios griego Dionisos, pinturas antiguas, los pergaminos en los que se dice que son del siglo XI, y los del juicio. El pergamino del siglo XI, de hace casi 200 años... De la era 1113 (año 1096)...

Gotier trató de poner orden a sus palabras:

—Ordenemos todo mentalmente. Primero: existe un escrito de hace dos siglos...

—En el que dice —interrumpió Petrus— que un tal Arias Didaz dio al monasterio la pintura de sus antepasados, un retablo muy grande del Dios Dionisos, pintado sobre tablas de madera, por lo menos de cuatro varas cuadradas. Pero no la dio en herencia, sino para que, solamente, allí se guardara. ¡Ah! ¡Y que nadie la sacara del monasterio según sus últimas voluntades sino que quedara allí en custodia para siempre! Que la guardaran los frailes para que no hiciera daño a nadie.

Siguió Gotier ordenando:

—Segundo: las actas de los juicios.

Interrumpió Petrus de nuevo:

—Donde dice que son dos colecciones.

—Espera, no te precipites. Unos pergaminos con las actas del juicio de 1218, por el litigio en el que el Temple y el monasterio de San Pedro discutían la propiedad de unas fincas.

—¡Eso! —aseveró Petrus sacudiendo el dedo índice.

—Tercero: otros pergaminos en los que dice que hacen un cambio de parcelas...

—Y cuarto—concluyó Petrus—: la escritura en dos pergaminos de 1235, en los que está escrito que la pintura guardada en el monasterio de San Pedro de Montes se la regalan los benedictinos al Temple como parte del pago.

—¡Está clarísimo! Pero, lo más importante es que la Pintura del dios Dionisos, “El Baco”, nunca tendría que haber salido del monasterio porque no les pertenecía a los frailes benedictinos sino que sólo estaba en depósito, como señaló Arias Didaz hace dos siglos.

—¡Ay! Se me olvidaba. Y las instrucciones para fabricar la imprenta.

—El Abad que sacó la pintura del monasterio y como parte de pago se la dio a los templarios —concluía Gotier—, estaba cavando la fosa del Temple sin saber la catástrofe que ocasionaría. Y quizá estaría cavando la fosa de toda la Iglesia Romana. Seguro que no había leído el pergamino de Arias Didaz, que lo dice.

—Huye —le instó Petrus—. Es tu única salida. No hay otra alternativa hasta que aparezcan los pergaminos. Desde aquí hay señales encriptadas a lo largo del sendero. Están labradas a cincel en las rocas del camino —como signos de canteros—, para seguir una senda segura como siguen los templarios cuando pierden una batalla y tocan a retirada. Otra mentira disimulada, como si fuera otro mito, es que los templarios nunca se retiran de la lucha. Se retiran. Vaya si se retiran cuando no tienen más remedio. Y estas señales que llevan al Atlántico marcan la retirada más vergonzosa y catastrófica, pero es tu única salida para librarte de la muerte.

Las señales son los números del tablero en el juego de la Oca para advertir de los peligros, para advertir tanto de los peligros como del paso expedito, para señalar los desvíos donde hay pozos con agua fresca. Y en cada número de Oca, un lugar seguro donde pasar la noche.

Gotier se interesó preguntando:

—¿Cuáles son los números de lasocas?

Petrus le respondió despacio para que los grabara en su cerebro: 5, 9, 14, 18, 23, 27, 32, 36, 41, 45, 50, 54, 59 y 63.

Pausado, los iba repitiendo mentalmente para aprenderlos. Continuó preguntando:

—¿Y los números de la posada, el puente y el pozo?

—La posada, el 19; el pozo, el 31; el puente tiene dos números: el 6 y el 12.

Esperaba Petrus que le siguiera preguntando. Como no seguía, le dijo:

—Tienes que aprender también los números de la cárcel, los dados, el laberinto y la muerte para que no caigas en ellos. Muchos peligros te esperan, pero con la ayuda del Juez Supremo irás avanzando y, cuando hayas sorteado todos los obstáculos, te convertirás en un marino carabelero. Tendrás que amoldarte al mar donde has de vivir el resto de tu vida.

Gotier lo interrumpió diciéndole:

—Me amoldaría si fuera a vivir al mar por voluntad mía porque conozco bien sus horizontes limpios, pero, obligado a ello, lo detesto porque lo considero un injusto destierro. Días y días he pasado en los mares para llegar a san Juan de Acre. Hay que navegar un mes pasando calamidades. Y aunque nunca se puede decir que uno se acostumbra a las calamidades, ya tengo experiencia de navegación por los mares.

Al día siguiente, antes de hablar con el Abad sobre su admisión en el convento, Martín y Rodericus llegaron al mercado, en San Esteban del Valle, al lado del río. Cuando bajaban, Martín le enseñó a Rodericus malas artes para hacerse con dineros. Por el camino, entre los árboles, le iba explicando cómo:

—En situaciones extremas como esta nuestra, yo he tenido que robar monedas a los moros en oriente, en las Cruzadas. Es muy difícil porque, aunque parezca que no te miran dándote la espalda, te están viendo como si tuvieran un ojo en el cogote, y saben que les robas; y como te pillen, no se andan con bromas, te cortan la mano por menos de nada.

Los cristianos de estos pueblos son tontorros, ya lo verás... Se lo creen todo. Mientras tú le dices a uno en el bullicio del mercado: “mira el sol partido en dos”, el boborro mira con la boca abierta buscando la hendidura y quemándose los ojos; y mientras tanto yo le meto la mano al saco, y no se entera. Encima, te ríe la gracia cuando vuelve la mirada al suelo restregándose con el puño cerrado los ojos quemados. Cuando se da cuenta de que le has tomado el pelo, en vez de guardártela y lanzarte un navajazo por la insolencia, se ríe: “¡ji, ji, jiiii...” como un perfecto sandio. No se percatará de que lo has desvalijado hasta muy tarde, cuando ya has desaparecido. Luego, siempre se lamenta y sale dando voces echándole la culpa al cielo, y blasfemando: “¡Me cago en el Dios del prójimo! ¡Me cago en la Virgen! ¡Me cago en el Camino de Santiago...! Como si el camino tuviera la culpa de su estupidez congénita.²⁰

Roderico, al oírle la descripción del bobo, se desternillaba²¹ de risa con dolor de barriga y de articulaciones. Fueron llegando al mercado y se aprovisionaron de alimentos y monedas.

Salían ya del pueblo para encaminarse a otro donde nadie los hubiera visto; y, al lado de la cruz de las ejecuciones, se pararon a hacer el recuento. A lo lejos, dejaron atrás las voces de un tendero ambulante que, mientras se ceñía una cuerda con borlas deshilachadas en los laterales —sería un cingulo robado en una iglesia— y miraba el fondo de la faltriquera, decía: “¡Me cago en los Santos Sacramentos, me cago en el valle de Josafat, que esos dos bribones me han robado la ganancia del día!”. Y salieron al trote hacia el pueblo siguiente. Recorrieron las aldeas de toda la comarca como si fueran a Santiago, dormían en pajares al calor de las vacas mientras preparaban cómo solicitar la entrada al convento benedictino de San Pedro; y añadieron a su aprovisionamiento rapiñoso alguna limosna que pedían.

—Desde nuestra pérdida de la ciudad de San Juan de Acre, que fue donde yo no tuve más remedio que entrar en combate, no he cesado de recoger sangre en otras batallas en el Mediterráneo. Más tarde, después de recalar en las playas de Chipre, yo curaba las heridas de los que podía recuperar; y cuando alguien con las tripas fuera y la cabeza aplastada ya moría, apuntaba con minuciosidad todo lo que había en el cuerpo que, antes de espirar, conservaba sus últimos latidos. Un día trataba yo de describir en el pergamino los movimientos estertóreos de dos caballeros templarios oriundos de Castilla malheridos, uno llamado Cerecinos y el otro Matalobos — trataba de indagar, sacando de tripas corazón, porque antes había observado en Petrus que Cerecinos le era conocido.

Petrus se espantó de nuevo al oír los nombres. El estupor que había mostrado no podía ocasionarlo solamente haber oído que eran castellanos. Algo inenarrable se reservaba.

Siguió Gotier sin atreverse a preguntar por qué ponía esa cara de admiración y extrañeza:

—Fue el día 13 de enero.

Mientras lo escuchaba, Petrus echaba cuentas mentales; y siguió Gotier diciendo:

—Fue la jornada más terrible que he vivido en las Cruzadas. Desde el día después de Navidad, había reinado una calma tensa, pues ese día nos había sorprendido por la noche una galera turca en una playa de Chipre.

Interrumpió el relato Petrus:

—El trece de enero es el 13 del 13, porque el 12 es diciembre; y el 13 es enero del año siguiente. Nunca tendríais que haber entrado en batalla. Y el día después de Navidad es el 26 del 12. Ni el 26 ni el 38 son números de Ocas. El 26 es número de dados. ¡Nunca! ¡Nunca deberíais haber entrado en batalla en esas fechas! ¡Tendríais que haberos retirado a tiempo! La fecha para entrar en batalla no se puede echar a suertes. Siempre hay que entrar en una fecha que asegure la victoria.

Gotier se afianzaba en que a Petrus algo le pasaba en la mente. La obsesión por los números debía de ser causada por haber sufrido mucho. Daba la impresión de estar a punto de caer en un ataque del gran mal antes de empezar a echar espuma por la boca.

Petrus quedó inmóvil como un perro de caza, mirando al infinito intentando encontrar alguna relación con algún número mágico de la cábala.

Otro caso de un enfermo semejante había tenido en su vida de médico. Lo dejó por imposible y ya no le hizo caso.

Al cabo de unos días, muy temprano, Rodericus y yo emprendimos la empinada y tortuosa subida. Llegamos al monasterio a la hora de rezar “tertia”. Se oía la salmodia cantada por los monjes.

Tiramos de la cuerda y se oyó una campanilla.

No abría nadie. El portero no respondía. Nos mirábamos expectantes.

Cuando terminó el coro, sorprendentemente por lo inusitado, el mismo Abad nos abrió la puerta. Nunca hubiéramos pensado que, por casualidad, tan alta dignidad nos recibiera.

—Deus vobiscum —nos saludó.

—Deus tecum —respondimos.

Y nos pasó al locutorio. Se sentó frente a nosotros.

Después de preguntarnos el nombre y apellido, entablamos conversación acerca de nuestra devoción al Apóstol. Miraba al techo cuando nos hablaba, como si buscara telarañas en una y otra parte de la sala. Las manos rechonchas sobre la barriga no cesaban en el molinete de los dedos pulgares. Se eternizaba en la rutina de sus palabras, incluso para decirnos que entrar en el convento no era sencillo: había que cumplir muchos requisitos.

En medio del discurso, con la rodilla, agité la faltriquera. Desde ese momento, las pegas que ponía se desvirtuaron al oír la calderilla. No se había fiado hasta que oyó el tintineo de las monedas. Y mira que le habíamos explicado la digna procedencia de nuestras familias y la condición de peregrinos a caballo; que sólo era ese el motivo por el que había que disculpar nuestras ropas sucias: lo que más le había asustado.

Le relatamos nuestro supuesto encuentro en la ciudad de Burgos rezando: “... antes, no nos conocíamos de nada. La amistad vino iluminada por el Espíritu Santo”.

Roderico le dijo que se llamaba Ordonosindo, como su padre, para ocultar su verdadero nombre.

Habíamos discutido acerca de la conveniencia de ocultarlo. Roderico me instaba fervientemente a que yo también lo ocultara y no revelara mi nombre de pila, Martín de Castriello, por nada del mundo. Yo no le hice caso por orgullo. Más tarde me rendí a la evidencia de que no se puede despreciar la opinión de un jovenzuelo como Roderico, por más que uno se crea más viejo y experto, porque no hacerle caso supuso otro de los grandes errores que yo he cometido en mi vida.

Tras las meditaciones en los santuarios del camino, habíamos encontrado la serenidad del alma y decidimos consagrar nuestras vidas en la oración y en el trabajo dentro del claustro de San Benito. El Abad intercalaba palabras latinas como el nombre del santo al que, cuando lo nombraba, llamaba “Santus Benedictus”; pero también intercalaba otras que no le entendíamos. Además, tenía una muletilla que repetía a cada momento, que a mí me despistaba, porque, al principio, creía enten-

derle “ego”, que significa “yo” cuando uno habla de sí mismo, pero luego agucé el oído y decía “ergo”, con “erre”.

—Siendo peregrinos no tengo que enseñaros a rezar el Pater Noster ni el Credo, ergo...

Roderico seguía mis instrucciones de no interrumpirme, que yo había tratado a frailes de todo el orbe y sabía cómo torearlo. Aceptamos entrar en noviciado durante un año; no había más remedio.

—Estaréis bajo obediencia del cillerero hasta que hagáis votos solemnes. Él os instruirá en vuestras obligaciones. Ergo...

La palabreja dichosa estaba haciendo mella en Rodericus que, para no soltar la carcajada y estropearlo todo, ponía cara de estúpido, con una sonrisilla, simulando actitud digna y sometida, levantada la cabeza, afilando la barbilla y mirando al suelo. A mí también, la stampa de aquel fraile alcachofa con perifollos de hábitos ne-gruzcos desbordándosele la papada pálida me provocaba risa, pero me aguantaba, porque la entrada en el monasterio era absolutamente imprescindible para nosotros.

Aquel montón de tocinos bajo el hábito más ancho que largo, al ver a Rodericus le dijo:

—Eres muy alegre, ergo...

Yo empecé a temblar como nunca había temblado en un campo de batalla frente al más fiero enemigo. Iba a estropear nuestra entrada en el convento por menos de una puntada.

Rodericus, hierático, no obstante, siguió fiel a mi mandato de no hablar ni una palabra: se puso de puntillas conteniéndose, amplió la sonrisa con los carrillos salientes y los labios apretados, acercó la oreja al hombro sin abrir los ojos y alzó las cejas arrugando la frente.

El fraile, sin pretenderlo, le imitó el gesto agrandando la blanquísima cara de sandía con dos puntos rojos en sendos pómulos como velas encendidas. Los colgajos de tres lorzas en la barriga debajo del escapulario empezaron a temblarle a causa de la risa floja y silenciosa. Nos causábamos hilaridad mutuamente.

Por unos momentos nos olvidamos de la tragedia que teníamos encima.

Al fraile se le acrecentó el tembleque, revoleó girando media vuelta sobre un pie como un danzante, y, al levantar el otro, se le soltó un pedo sonoro que retumbó en la sala sin poder disimularlo, por lo que quedó inmóvil y se le cortó la risa. Se largó sin mirarnos ni esbozar ademán de despedida y desapareció diciendo entre sollozos risueños: “esperad, esperad... ahora os atenderá frater Pelagius que yo tengo otras obligaciones, ergo... ergo...”.

Solos en la sala, Rodericus explotó la carcajada. Yo no las tenía todas conmigo hasta que llegó el siguiente fraile. Cuando nos pusimos de pie, nos indicó con una jaculatoria que nos sentáramos en el escaño de nogal negro, debajo del ventanuco que dibujaba en el suelo un cuadrado de luz del sol con una cruz en medio, reflejo de las dos rejas.

Éste comenzó con los santos mandamientos y, como vio que nos los sabíamos, nos dijo que decidiría el Abad si admitirnos como idiotas²² o como hermanos conversos; pero que, de todas formas, estábamos admitidos.

—Nosotros queremos ser hermanos legos —dijo Rodericus sin controlar el impulso.

Yo lo miré recordándole que se callara. Me entendió al instante.

El fraile sonrió diciendo:

—Fuera del claustro, todo mundo cree que, en el monasterio, hay o bien monjes o bien legos. Ya os iréis instruyendo durante los seis meses de postulante, antes de ser novicios, sobre la organización del monasterio y de las distintas jerarquías. Cambiaréis el nombre mundano. Tú serás Petrus —le dijo a Rodericus—. Tu guía espiritual será San Pedro. De momento te ocuparás de las llaves de los portones y de la portería y desde la hora sexta hasta la nona y las vísperas se te encomendarán otros trabajos mientras la mitad de los monjes descansan y la otra mitad oran. Y tú, me dijo, serás Bartolomé, como el apóstol de Kilikia.

Yo me opuse tajantemente, y el fraile abrió los ojos y torció el cuello muy sorprendido.

“Martín me pusieron mis padres y Martín llegaré a la sepultura” —le dije—. Para santificarse, el nombre es lo de menos; y sin embargo, el cuarto mandamiento me obliga a ser fiel a la promesa que les hice siendo muy niño: mis abuelos paternos están enterrados en Castriello de Salas, cerca de Burgos, y el Rey lo puso en un rifirrafe guerrero en Castrello de Halile, al lado de Astorga, donde están enterrados mis abuelos maternos; por eso yo seré siempre, hasta en la gloria eterna, Martín de Castriello de Castrello como mi padre y mi madre”.

La verdad me llenó de más orgullo.

Ante la contundencia de mi discurso, el fraile quedó muy conmovido y pasó por el aro. No le encontró réplica y no me cambió el nombre.

Por una abertura lateral del hábito sacó de sus refajos una pizarra y me la entregó con un pizarrín para hacerme un examen exhaustivo. Quería que hiciera cuentas y que escribiera al dictado. Yo negué con la cabeza como si fuera un analfabeto avergonzado de mi ignorancia. En la vida, me dije, casi siempre es mejor pasar por tonto que por listo. Tiempo tendría de demostrar que podía aprender muy deprisa. Esto me lo enseñó un jefe moro en las cruzadas, al que tuvimos tres meses prisionero creyéndonos que era un vulgar remero. Al creer los vigilantes que era persona no relevante, se relajaron en la guardia. Por haber parecido humilde e ignorante, desapareció para siempre. Si hubiéramos sabido a tiempo que era un alto jefe de la algarabía, como más tarde nos enteramos, todavía seguiría prisionero o quizás muerto.

Fray Pelagio quedó convencido de que no sabía leer, y me llamó la atención diciéndome:

—Tú serás ayudante del cillerero. Ya el Abad me dijo, dentro, que podrías desempeñar el trabajo en los almacenes de granos y otros alimentos, pues el cillerero, últimamente, se encuentra débil y necesita ayuda porque le duele la espalda; los sacos pesan mucho y tú estás fuerte.

Dominando la tensión en las sienes, Gotier comenzó a relajar todos sus músculos. Le iban y le venían por la mente infinidad de citas, de recuerdos, de consejos de su maestro en Francia y sobre todo concluía que sería mejor callar a pesar de la insistencia de Petrus en que, a toda costa, tenía que desaparecer por el camino de las señas encriptadas cruzando Portugal hasta el Atlántico.

A veces, le daba la impresión de que a Petrus le molestaba su presencia, y si lo había acogido era para intentar sonsacarle alguna información valiosa.

Por otra parte, era evidente que le había salvado la vida. Esta contundencia fue la que le determinó a hacerse obediente al fraile y seguir su consejo a pesar de su pasión por la cábala por la que ocasionalmente se desconcertaba. Era la única persona con la que contaba. Además, coincidían en el mismo pensamiento que había recibido cada cual de su distinto maestro: que nada vale tener razón antes de tiempo por lo que había que incrementar la virtud de la paciencia. Este consejo era una constante en las observaciones de cada Maestre del Temple. A pesar de todo, y después de tantos pensamientos, por primera vez desde hacía mucho tiempo se sentía seguro, protegido por un fraile benedictino al que sorprendió esbozando una mueca entrecortada, después de agradecerle su actitud y sus obsequios.

Se quedó pensando que el fraile había querido decirle algo de lo que se arrepintió de momento. Algo guardaba el fraile que no había querido revelar, pues muchas de sus referencias y gestos lo habían delatado, pero prefirió ser prudente y seguir acrecentando la lealtad y ganando su confianza; y le confesó que la Orden del Temple se había fundado sobre un principio erróneo, conclusión a la que había llegado después de años de meditaciones, ya que los más eran caballeros guerreros en cuya fuerza, sustentada en las armas, residía el poder que ostentaban y la rapidísima propagación y crecimiento; y los jóvenes de todos los reinos se sentían atraídos por la aventura, la lucha guerrera y la gloria, valores contrarios a la Cruz del Evangelio.

Petrus le dijo con resolución espirando fuertemente:

—Voy a confiarte algo que me concierne en lo más íntimo.

Gotier volvió despacio la cabeza esbozando una sonrisa de correligionario.

—Tus palabras te han estado delatando. Me lo estaba imaginando casi desde el principio.

A Petrus se le iluminaron los ojos y Gotier creció en su estima. Le iba a confesar que también fue templario y escapó de la muerte; que era uno de los supervivientes de la gran masacre del Temple de Ponferrada, pero no fue necesario porque Gotier lo había adivinado. Le había observado hasta el más leve movimiento de cejas y pestañas.

—Mi nombre era Caballero Rodericus García, que en breve partiría hacia Sicilia.

Y siguió Gotier con discurso de maestro compasivo:

—Pero es más sabio, que hayas cambiado el nombre y te hayas ocultado ingresando en el Convento del Cister para que nadie sospeche. Has de observar el máximo cuidado, y no te explayas aunque pases muchas ganas de confiárselo a alguien. Imagina que yo podría haber sido un espía de Nogaret a la caza de templarios forajidos. En los monasterios se ocultan no unos pocos sino cientos de templarios. Y procedimientos aún más sibilinos han utilizado las autoridades para descubrir templarios ocultos.

—¿En qué palabras me he deslizado? —le preguntó Petrus preocupado.

—Sobre todo, por los movimientos de la cara, cambios de mirada que sólo un templario veterano y avezado puede detectar al contarme tantas cosas sobre el Temple, y lo he confirmado al decirte que Matalobos y Cerecinos habían muerto.

—Yo estaba esperando que volvieran de París con la misión cumplida y que se ocultaran en estos montes, que nadie mejor que ellos conocen.

—¿Qué misión les encomendaste? —inquirió Gotier—. ¿Por qué, saliendo hacia París, terminaron en el Mare Nostrum? ¿Es cierto el duelo que tuvisteis los frailes por defender el Temple sin ser la mayoría templarios perseguidos?

—¡Es que llegaron a acusarme de que yo había robado los pergaminos! Tuve que matarlos para defenderme. A pesar de todo, sobre mí pesa que fui yo quien mató a algunos templarios que el Abad había ocultado desde el principio, con lo que el Abad quedó más tranquilo, pero sospechaba, cada vez más, que yo también era templario, por lo que evitaba mi presencia. Delante de mí lo notaba nervioso y amedrentado; no se atrevía a contradecirme en nada. Me trataba con rigor y respeto. Yo intuía que el Abad no me había creído el episodio de la razia de los moros que nos atacaron, por la manera de tratarme. Sin duda algo barruntaba. Algún desliz tuve que haber cometido. Yo había soñado que Cerecinos y Matalobos volvieran, porque eran los más nobles caballeros de los que uno podía fiarse, para apoyarme en ellos los días difíciles, sobre todo, después de haber tenido que matar a tres templarios, que ha sido la mayor atrocidad a la que me he visto obligado, y, de la que, para sentirme reconciliado conmigo mismo, no es suficiente el arrepentimiento, ni la mayor de las penitencias.

A Gotier le tranquilizaba que Petrus volviera a la cordura y ni siquiera hubiera mentado uno de sus números.

Petrus, muy pensativo y acongojado, quedó en silencio apartando la mirada de los ojos de Gotier, para rezar una oración por el eterno descanso de las almas de Cerecinos y Matalobos. Y siguió con el tono de voz más bajo:

—Que hayas presenciado muchas atrocidades no quiere decir que en adelante no tengas que soportar mayores insidias, injusticias y crímenes. Todo es susceptible de empeorar hasta llegar la muerte propia, a pesar de que los que hayáis estado en los caminos de la Cruzada os constituyséis en modelos de combatientes, y creáis que ya nada puede sorprenderos sobre la calamidad humana, incluso los que como tú, apenas hayáis tenido ocasión de desenvainar la espada; y sin embargo hayáis tenido que soportar las mayores calamidades. Será la única manera de salvar la vida. Siguiendo la senda hollada por ellos, o bien te encuentras sus huesos y tendrás que asumir múltiples desdichas y seguir solo, orientado por el sol de la tarde y te buscas

una nueva vida que no se parezca ni nada tenga que ver con tu anterior vida de caballero templario, o bien llegas salvo a tu destino a reunirte con los que se han echado a la mar en el puerto del Atlántico. Tienes que seguir por la que he llamado la senda de los templarios vivos a través de las montañas con dirección al poniente. Quizá un día no muy lejano tenga que emprenderla yo mismo, si soy descubierto como templario, junto con la mitad de los frailes del monasterio.

A Gotier, esta conversación, lejos de reconfortarlo, lo sumía en depresión profunda y no encontraba salida a su congoja. Dudaba de su fe, sentimiento ya común a muchos templarios, aunque quería convencerse de que no era de la fe de la que dudaba, sino de la religión reglada, organizada, porque alguien o algo —se decía y compartía sus pensamientos con Petrus— ha tenido que hacer todo lo que vemos, a no ser que seamos una ilusión como lo que contiene la cabeza de Petrus con respecto a los números de la cábala —pensaba.

Le dijo esto en alto:

—Puede ser que nosotros no existamos más que en nuestra imaginación, como el símbolo o las fábulas o como la palabra, que es mágica, que sólo existe si por voluntad propia la pronunciamos y al momento ya desaparece; y no existe de nuevo hasta que queremos volver a pronunciarla —se sorprendió a sí mismo pensando en la magia de sus pensamientos encerrados en la magia de la palabra; y empezó a dudar de sí mismo, porque, de la misma manera que estaba totalmente convencido de la magia de las palabras, ¿por qué no iban a contener magia igualmente los números? Y siguió pensando en alto:

—¿A ver si el Ser Supremo sólo existe cuando nosotros queremos que exista?

Como tú muy bien me has dicho antes, ya comienza San Juan el Evangelio diciendo que la Palabra es lo que existió desde el principio.

Petrus se percató de que, aunque ejerciera de físico-médico, estaba versado en filosofías, por lo que no podía darle lecciones como antes había pretendido. Más bien al contrario: la humildad del sabio había prevalecido sobre la soberbia, actitud contraria a la de los pedantes cuando se les habla de una disciplina que conocen.

No obstante, Gotier retomó el discurso de Petrus cuando trataba de aleccionarlo sobre la teología del “Verbum”:

—¡Me pierdo! ¡Me anonado! ¡Me niego a seguir pensando! Para nosotros, los sabios, la religión está empezando a ser falsa; sólo es verdadera para los pobres; y eso sí, muy útil para los poderosos, para abusar de ellos y tenerlos aplastados. Porque la pobreza genera debilidad y los que se ven débiles, sean pobres o ricos, necesitan agruparse para sentirse fuertes y sólo el grupo permanece unido a un símbolo, como la palabra: ¡El Verbum! Religados o religionados a él. Por eso, la religión organizada es un fraude a los débiles, que tarde o temprano somos todos; o como los aficionados a los torneos, que tienen como favoritos ganadores a los que nada les dan si ganan, y si pierden se entristecen como si ellos mismos hubiesen perdido el torneo. Todos llegamos a ser débiles por más que nos creamos. Los templarios —pensaba— también fueron pobres en sus comienzos. Los nueve primeros valientes que habitaron el Templo de Salomón fueron los pobres y humildes soldados de Cristo. Balduino I los recibió en Jerusalén y el número 9 rigió su historia. Los po-

bres soldados de Cristo no fueron más que soldados utilizados por los poderosos hasta nuestros días en que cuando sus sucesores los templarios dejamos de ser pobres hemos sido eliminados.

Le iban y le venían infinidad de recuerdos y de consejos de su Maestre de Francia. Ya empezaba a dudar de si serían o no serían ciertos los números y las fábulas de Petrus. Estaba perdiendo la cabeza.

Después de un tiempo de sosiego, siguió Gotier diciendo:

—Tú quedarás enmascarado siendo fraile benedictino y yo huiré con los documentos, una vez que los haya encontrado, hasta que logre librar de esta pesadumbre a todos los templarios que siguen presos.

Después de un silencio breve, Petrus siguió confiándole:

—Yo he perdido la esperanza de recuperar los pergaminos porque Martín Castriello, que es el caballero templario que se ocultó conmigo en el monasterio ha desaparecido. Yo me fié de su buena voluntad, pero no se puede fiar uno de nadie cuando la vida anda en juego porque estás perseguido para matarte. Martín, que era un veterano experimentado, se fue para perseguir a Rechivaldo que llevó la otra mitad de los pergaminos consigo. Tiene que haberse vuelto loco o haber muerto, porque es un hombre de palabra. Siempre alardeaba de que sus padres lo educaron en la convicción de que la palabra, “el verbum”, en definitiva, tiene que valer más que la firma de cien notarios.

Después de este avance en la familiaridad del trato, Gotier le devolvió la confianza diciendo:

—¡A ver, a ver...! Cuéntame detalles... Cuéntame desde el principio. ¿Quién es Martín y quién Rechivaldo?

22

A la mañana siguiente, cuando los monjes cantaban laudes, ya ocupábamos nuestros respectivos puestos de trabajo. Más adelante, el cillerero intentaba enseñarme los números y las cuentas todas las mañanas, para que pudiera apuntar los sacos que entraban y salían, y los pellejos de vino, y, a la postre, todo el inventario del monasterio.

Le hice creer que, con mucho trabajo, los números me iban entrando en la cabeza, pero lo que era imposible y nunca aprendería serían las letras.

Pasé por ser un perfecto idiota.

Supuse que Rodericus estaría aprendiendo de mi veteranía. Y así fue, pues por sus propios medios logró, al cabo de una semana, entrar en la biblioteca como ayudante de los calígrafos los ratos que lo dejaba libre la portería.

Durante el verano, los monjes dormían durante la hora sexta. Exclusivamente dos monjes, por turnos rigurosos, rezaban los salmos pero no cantaban. Hasta el canto de vísperas, sólo se oía el gorgoteo de los torrentes en el valle. Era la hora en

que, por el día, Rodericus y yo nos reuníamos en un prado bajo un castaño, y nos contábamos las cuitas diarias y progresos en nuestro cometido. Otras veces, Rodericus aprovechaba el cierre de la portería para leer documentos en la biblioteca. Cumplido un mes, me dijo que ya había localizado el pergamino de Arias Didaz. Efectivamente, el Abad lo había sacado de la cripta de San Genadio y lo había colocado entre los innumerables legajos de la biblioteca, en las estanterías de mayor interés histórico para el convento, como las escrituras de donaciones reales y otras grandes prebendas, para que nadie lo tocara en lo sucesivo. Me dijo que, en el momento en que estuviera él solo en la biblioteca, colocaría nuestros pergaminos a su lado. En ningún otro lugar estarían más seguros hasta que pudiéramos zafarnos.

A esa misma hora, el cillerero unas veces, y otras el bibliotecario, dale que te pego con la molinera, lo mismo que había hecho Rechivaldo.

Días más tarde, el cillerero me dio a leer en su pizarra unas letras; y yo seguí fingiendo ser analfabeto. El muy hijo del diablo me ponía. “Te quieren matar. Tienes que huir cuando antes. Tengo que borrar inmediatamente este mensaje, y te lo escribo y no te lo digo de palabra para que no me oiga nadie que te lo revelo”.

No podía, de ningún modo, caer en ninguna trampa. Negué otra vez con la cabeza fingiendo ser analfabeto. Cabizbajo, aparté impasible la mirada de la pizarra como si cualquier cosa de alrededor me distrajera al no saber leer lo que el cillerero escribía.

Pasaron dos semanas de trabajo descargando los primeros granos de la temporada.

Por aquellos días entró una peste en el convento y muchos frailes se pusieron malos. Rodericus y yo nos libramos. En el Temple sabíamos que, en el verano, sólo había que beber agua de pozo, porque las fuentes y ríos, aunque estuvieran cristalinos, algo tenían que mataba a los hombres. Cada Maestre en su castillo lo advertía, al finalizar la primavera, a todos los templarios que andábamos recorriendo mundo en todo momento.

Coincidiendo con el mal de aguas, el bibliotecario murió de un dolor insoportable de barriga al que llamábamos el cólico miserere.

Antes de rezar completas, me citó el cillerero en la cilla con gran misterio en sus gestos apaciguadores del aire, como si fuera en volandas a cada paso que daba. Apagando la voz y mirando de reojo a todas partes, me dijo discreto y cauteloso:

—Mañana, entre sexta y nona, después de mediodía, irás con dos sacos de trigo y le entregarás esto a la esposa del molinero.

En la pizarra que me entregaba había escrito: “Querida mía. Si tuviera otro modo de vida, fuera del convento, me casaría contigo y nos iríamos a la montaña y haría una casa grande. Esperaré hasta que me mires a los ojos y me ames. No sé cuanto tiempo estaremos en Astorga. Me lleva el Abad a resolver unos asuntos en el obispado. Espérame, que volveré pronto. Pienso en ti todo el día”.

Este mensaje, sin pretenderlo, me confirmaba lo que Rechivaldo había confesado; y entendí, de pronto, el jaleo que se habían traído el bibliotecario y el cillerero por turnarse rigurosamente las salidas al molino con el caballo y dos sacos de cereales. No sé por qué, a pesar de la descripción que de ella había hecho, yo la había

imaginado gorda, greñuda, quemada del sol, con arrugas en la frente y desdentada. Rechivaldo y los dos frailes no merecían otra cosa. La organización de sus tiempos y horarios para salir del convento turnándose había sido insuperable. Nadie más que yo se había enterado de los entresijos; y después de la muerte del bibliotecario, quedaba el cillerero con las manos libres para hacerse el único dueño de sus encantos.

El Abad, el cillerero, un escribano y el notario del convento se marcharon hacia Astorga en un carromato tirado por tres caballos.

A la hora sexta, cargué los dos sacos y encontré la ocasión de solazarme. Como no había otra cosa mejor, mandé el voto de castidad a tomar vientos y, antes de salir, borré el mensaje de la pizarra pues estaba en mis manos y cualquiera que lo leyera me atribuiría su autoría.

Cuando crucé el río por la pasarela para entrar en la cilla del molino, el ruido de la muela y su carraca con las turbulencias del agua que la movían contrastaban con el silencio y la calma del agua transparente en la balsa de la moldera.

¡Ah, del molino! —grité—. ¿Quién vive?

Até el ronزال a la argolla y crucé la puerta abierta dando voces, porque dentro, el ruido era ensordecedor y sería muy difícil que alguien me oyera.

¡Por las escalerillas del sobrado se me apareció la Virgen María! Bajaba despacio mirándome atenta y sonriente. La belleza hecha formas se me había puesto delante.

Venían a mi cabeza fragmentos de un libro que nos leía el Maestre de San Juan de Acre antes de entrar en batalla siendo yo “pastor de azucenas”, y ella “señora de los jardines”.

Quedé prendado, sin habla. Seguían los versos del Maestre machacones en mis sienes, pero aquella dulzura y suavidad de las escaleras era blanca y rubia como “leuka Galateia”, que le gustaba repetir a mi compañero de caballo en Chipre cuando veíamos una formosa guardándose del sol bajo las palmeras. La de los versos del Maestre era belleza morena. Ella, por el contrario, como las flores más altas de los montes Aquilanos sedosas, amplias y blancas con los estambres dorados, más valiosa en color que todo el oro del Temple. Mientras se acercaba, seguía recordando los sermones del Maestre machacándome la cabeza. La imaginé diciéndome: “Dadme fuerza con pasas y vigor con manzanas. ¡Desfallezco de amor! Poned la mano izquierda bajo mis cabellos y abrazadme con la derecha”.

Cuando pisó el último escalón y ya estaba a mi altura, me quede inmóvil, absor-to.

¡Era ella!

¡Gelvira!

Me temblaban las costillas.

Era ella, aunque estaba muy cambiada.

Me cogió de la mano y me invitó a salir al prado verde. Una vez sentados en el suelo blando, sin apagar la sonrisa, me preguntó cómo me llamaba, como si no me hubiera conocido. Al decírselo fijó su mirada en mi frente y desgranó una letrilla cantada con música sublime que decía: “Martín de aguas cristalinas, / truchitas te

alimentan, / libélulas y manjares/ de mi huerta./ Hoy pescas/ en el molino /tu sirena. /Ven a refugiarte/ entre mis rocas. /Tus plumas verde-azuladas /me acariciarán agradecidas./ Martín pescador de mis anhelos.”

Aquellas subidas y bajadas de la canción se me han incrustado en el pensamiento, de tal manera que, desde aquel día, todas las mañanas, al despertarme, es lo primero que me viene para canturrearlo. Una canción compuesta expresamente pues nadie la había oído. ¿Le habría hablado de mí el cillerero?

No podía ser de otra manera.

Se tendió en la hierba, alargando los brazos suplicantes.

Yo no me atrevía a tocarla porque se me quebraría como una aguja de carámbano. Ni siquiera me atreví a rozar mi pierna como cuando éramos niños, en el puente Valimbre.

No podía hablar, como si veinte lobos me hubieran rodeado solitario en el monte.

Se levantó ágil, contoneándose saltarina. Y dando vueltas danzaba mejor que las odaliscas de los alrededores de San Juan de Acre. Yo la veía más turbulenta que el torrente, más ligera que el ciervo huyendo, más fugaz que el viento y que los pájaros entre el aire. Revoloteaban versículos que tenía disueltos en mis sesos de tanto haberlos oído recitar en las lecturas de las sagradas escrituras. Sin cesar de danzar me tomó de las manos y me llevó debajo de un ciruelo que crecía en la tapia entre zarzales. Se paró y comió media ciruela madura. Escupió el hueso. En el hueco de la otra media incrustó una zarzamora negra y el bocado lo puso entre mis labios.

Por un momento pensé en el pecado de lujuria al que me acercaba, pero no me remordía la conciencia. Me empezó a remorder por el de idolatría. Se había convertido en una diosa.

Torpe yo e indeciso, sólo me salió decirle: “Eres la mujer más hermosa que he visto nunca en todos mis viajes”.

Sin dejar de sonreírme, me tomó de la mano y me dirigió al caballo que todavía soportaba los dos sacos. Cuando llegamos, se volvió hacia mí, amplió la sonrisa y derramó dos lágrimas enormes diciéndome: “Tú también eres distinto a todos los hombres que he conocido; y a pesar de haber tenido que soportar este secuestro encubierto con toda clase de vejaciones y miserias, siempre te he llevado en mis pensamientos”.

Descargué los dos sacos de trigo de los lomos del caballo; y cargué uno de harina para que el rufián molinero se viera resarcido según costumbre.

Tomé sus manos con las mías y le prometí amor sin palabras, con un beso en cada una.

En la despedida se me quedó mirando no con dos lágrimas sino con dos reguerros.

Aquella noche no conciliaba el sueño. Había pecado algunas veces pero nunca había sentido el amor en mis adentros de aquella manera.

...Gotier se entristeció al preguntarle:

—¿Cómo fue el final del castillo de Ponferrada?

Petrus se abatió derrumbado al recordar su pasado en el Temple. Se sobrepuso para narrarle que dentro del monasterio había ocultos otros templarios que el Abad había camuflado, admitiéndolos en el convento para que vistieran el hábito benedictino después de la primera estampida, cuando llegaron las primeras noticias de la persecución feroz que se desataba contra el Temple.

Gotier observaba a Petrus y lo veía enfermo. Los sufrimientos le habían minado paulatinamente el cerebro. Lo vio tan hundido que determinó tomar el relevo en la búsqueda de los pergaminos que le faltaban para demostrar la inocencia del Temple.

Petrus torció la mirada para seguir diciéndole:

—Ahora, que ya sabes quién soy, no me importará haberte contado todo desde el principio. Te estaba aconsejando que te marcharas al Atlántico porque no veo más salida, a no ser que Martín volviera con los pergaminos y tú pudieras presentarlos en Francia en un gran auto para llevarlos al palacio de los papas de Avignon ante el Papa Clemente V, para volver atrás todo el proceso contra el Temple.

Se abatió profundamente al intentar concluir:

—Pero ya es demasiado tarde. Estamos abandonados y perdidos —repetía con la cabeza agachada—: sólo nos queda, por decir algo, la ilusión de que Martín encuentre a Rechivaldo y vuelva con los documentos, pero yo ya he perdido toda esperanza.

Un toque de la campana en el monasterio interrumpió su discurso. Se le humedecieron los ojos y siguió contándole:

—Un día, hace ya cinco años, por la noche, por orden del rey, se llevaron presos, como si fueran ladrones, al Maestre y a otros cinco caballeros. Nadie supo más de su destino hasta que, pasados tres días, devolvieron sus cuerpos con orden expresa de enterrarlos fuera del recinto del Castillo, para escarmiento del resto de los templarios. Con los cadáveres ensangrentados llegaron el merino mayor y el notario. Sobre sus cuerpos arrojaron un acta del juicio que se les había instruido y la sentencia de muerte embadurnada con unas cuantas firmas y sellos. La causa que figuraba era sodomía y bestialismo pues pesaba una denuncia, contra los seis templarios, de dar besos al culo de un gato. También, en otra acta distinta, el tribunal añadía la acusación probada de que habían adorado al falso dios Baphomet durante muchos años.

Se produjo un cisma en el castillo con discusiones lacerantes. La mitad de los templarios se escandalizaron y culparon a los seis lascivos caballeros templarios justificando las ejecuciones. La diatriba siguió ahondando en el Temple y la mitad de los frailes-caballeros férreamente se afianzaban en sus trece imputando a los ejecutados como únicos responsables de su desdicha por los pecados horrendos. Suponían que iban a ser el punto de mira, no sólo de todo el vecindario de pueblos

límitrofes, sino de todo el mundo, porque ya eran la comidilla que llegó a propagarse más allá de la diócesis, comidilla y rumores de los que no dejaban de parlotear las altas dignidades de la corona de Castilla.

La otra mitad de los monjes-caballeros nunca creyó tales atrocidades, a pesar de que una mancha pesaba en el castillo del Temple ya que, años atrás, el mismo Maestre ejecutado había expulsado, por sodomitas, a dos fornidos caballeros, pero sólo había existido ese único caso en toda la historia del Temple, y a tiempo se había depurado con prontitud y contundencia. Fue tal el guirigay que se formó en el castillo, que se aglutinaron dos bandos claramente diferenciados y apartados entre sí, no sólo en el refectorio sino en el coro a la hora de los rezos. Llegaron incluso a rechazarse en el juego de ajedrez, al que clandestinamente se jugaba a pesar de estar prohibido; y también se zaherían y rechazaban jugando a la Oca, entretenimiento bendecido para los tiempos libres.

En el juego de la Oca llegaron a tales extremos que se dividieron entre los que querían quitar el número 58, el de la muerte, y los que querían mantenerlo a toda costa justificando que sólo era un juego y no tenía nada que ver con la vida. Yo, entonces, titubeaba acerca del poder de los números, pero me percaté de que el día siguiente era una fecha clave: el 13 del 06 de la era 1346, que sumados de dos en dos, resultan una cárcel y unos dados: $52+26$. Porque $13+06+13+46=78$ y $52+26=78$. Por eso, el poder de los números es excelso por lo oculto; y además, no puede ser que siempre se cumpla lo que los ignorantes de la suma sabiduría llaman casualidades.

Gotier experimentó un sentimiento de lástima hacia Rodericus, diciéndole:

—¿Cómo podría convencerte de que esas conjeturas son falsas, que son tradiciones judaicas que han calado en comunidades cristianas deformándose y agrandándose? Además, siempre puedes estar buscando trampas y engañándote a ti mismo, porque unas veces cuentas en eras del César y otras en años de Cristo, dependiendo de lo que te interese en cada momento para ajustar la cábala.

—No, en absoluto, porque si contamos por años, esa fecha fatídica es el 13/06/1308. Son números trece por todas partes, y el 13 es igual de maléfico o peor que el 58. Vivíamos como atolondrados. Nos estaban matando y nadie reaccionaba. Nadie podía creer lo que estaba viendo delante de sus ojos. A pesar de que nos masacraban no nos rebelábamos. El desasosiego y la intranquilidad se habían convertido en discusiones bizantinas entre nosotros armándose, a veces, la de Dios es Cristo, de tal manera que, un día, dos caballeros llegaron a las manos y tuvimos que separarlos en el patio de armas, porque, de dejarlos, se hubieran matado; sin embargo, cuando venían fuerzas extrañas a prendernos, nos quedábamos paralizados. Yo no podía entender aquel desconcierto. Nunca habíamos sentido inseguridad dentro de los castillos del Temple, ciclópeamente fortificados, construidos sobre pináculos rocosos de los lugares más estratégicamente defendidos por la naturaleza, desde donde dominábamos amplios valles. Era tal la prepotencia añadida a la seguridad de los templarios que nadie reaccionaba más que cuando le tocaba la detención y la muerte a uno mismo, y ya era tarde para revolversse, pues te llevaban inesperadamente al patíbulo o a la hoguera. Yo vi con claridad meridiana que aquella situa-

ción no conducía más que a la ruina del Castillo y por no poder soportar más, decidí abandonar el convento-castillo del Temple.

La luna estaba llena y tenía que esperar a largarme cuando la noche fuera oscura. Pero al día siguiente llegaron los guardias reales de nuevo con otra acta de encarcelamiento. ¡Era la fecha de una cárcel y unos dados, no nos olvidemos! ¡De una cárcel y unos dados que sumaban 78! En el acta se acusaba a otros diez frailes, los más fieros y leales soldados del castillo, de los mismos cargos que a los primeros. Entre los acusados figuraba mi nombre: Caballero Rodericus García, mi verdadero nombre, el nombre que me habían puesto mis padres en el bautismo. También figuraban otros dos caballeros, Martín Castriello y Rechivaldo Azafayuynes.

24

Al día siguiente, volví a la misma hora con otros dos sacos.

Gelvira me esperaba a la puerta y vino corriendo a mi lado susurrándome cariñosa y efusiva:

—Oí las pisadas del caballo a lo lejos, por la vereda, y salí al corredor de arriba por ver si eras tú el que llegaba. Nunca había sentido algo semejante al esperar a alguien. El corazón me latía con tanta fuerza que creí ponerme mala. Y cuando te vi asomar bajo las hayas me invadió un sudor frío de los pies a la cabeza.

—¡Qué hermosa eres, amada mía! No tengo más palabras para decirte. Anoche no me dormía pensando versos para recitártelos, pero no pude recordarlos completos. Sólo los recuerdo salteados. Quiero decirte que, si me amas, renuncio a mis votos ante Dios desde ahora mismo, solemnemente, al lado del río, en medio de esta feraz naturaleza.

—¿Y nos casaremos?

—Claro que nos casaremos.

Yo tiraba del ronzal con la mano izquierda y con la derecha acariciaba su hombro. Tuve que soltarla, porque Áureo, que así se llamaba el caballo, siempre se hacía el remolón en los últimos pasos. No pude saber qué le daba miedo al cruzar la pasarela hasta la puerta del molino. Prefería vadear el agua resbalando en el verdín de los cantos redondos. Hasta que lo controlaba con el ronzal —no llevaba puesto el freno de boca—, sacudía la cabeza y abría los ojos desmesuradamente expresivos enseñándome los dientes juntos y largos. Con arrumacos, llamándole Áureo repetidas veces y con palmadas en el pescuezo logré apaciguarlo.

Seguimos abrazados, ella de lado acurrucada en mi regazo y yo con la mano derecha en su cintura, andando despacio, tirando de Áureo hasta llegar a atar el ronzal a la argolla incrustada en el muro, al lado de la puerta del molino.

Nos sentamos debajo del castaño.

—¿Dónde está el molinero? —pregunté.

—Todas las tardes reparte la harina por los pueblos y hace la ronda con la carreta para recoger granos.

Me temblaba el cuerpo al preguntarle:

—¿Lo quieres o lo has querido?

—Nunca lo he querido. ¿Cómo voy a haberlo querido obligándome a lo que me obliga? Siempre he pensado en ti cuando me prostituía, imaginando mil maneras para huir y alcanzarte.

Nos quedamos los dos pensativos y ella me miró hacia arriba.

—¿Pero estáis casados con sacramento?

—Sí, aunque yo nunca lo he querido, ni antes ni después de la ceremonia que se celebró en la Iglesia de San Esteban.

—¿No lo dijiste a nadie, a tus padres, a una amiga, a alguien... que no lo querías?

Gelvira cambió la expresión del rostro. Se puso triste como si recordara algo trágico.

No me cuentes —le dije—. No hace falta si te trae recuerdos ingratos.

—Yo no soy hija de nadie. Yo no tuve padres. Porque mi padre fue el “Arche-diaconus” de la catedral de Astorga. Durante mucho tiempo ha sido también el “Decanus” porque el obispo no ha confiado el cargo a nadie desde que murió el anterior. Y todavía sigue ostentando los dos cargos. Y me casaron a la fuerza con este hermano suyo que es mi tío y mi marido. Mi madre murió en mi parto. Eso me dijeron después de casarme con el molinero. Yo no quería, pero no tuve más remedio. No pude negarme. ¡No sé cómo explicarte...!

Yo estaba pensando que ese matrimonio no era válido según las leyes de la Iglesia de Roma. Y le pregunté retóricamente:

—¿Tú crees que fue válido vuestro matrimonio, siendo uno de los contrayentes forzado contra su voluntad?

—El abuelo de mi abuelo fue obispo de Astorga. Unos le llamaban Nunno, otros Nunus; también hubo quien le llamó Nunnus Fernandiz. Éste tuvo una hija llamada Gelovira Núñez, mi bisabuela, que emparentó con la familia de los Osorios. Y Osorio fue mi padre el Arcediano de la catedral. A mí me llamaron como a la abuela de mi padre: Gelvira. El molino fue la dote que dio el obispado a mi marido el molinero. Se lo había cambiado por tierras de más valor al Abad de San Pedro. Te quiero a ti porque estoy segura de hacerte dichoso. Quiero a un hombre con el que siempre he soñado, como tú, no a un rufián usurero. Llévame contigo y no me digas dónde. Sácame de esta vida que me aqueja, ahora que he encontrado el amor de mi vida.

Al decirme estas palabras reclinó sus cabellos ondulados en mi regazo y cerró los ojos esperando un beso con el que sellamos nuestro matrimonio.

Los dos nos miramos; y en nuestras pupilas debía de estar dibujada la pradera del puente Valimbre en Castrillo de Halile.²³

A los dos nos venían los mismos recuerdos. Le pregunté:

—¿Permanecerán todavía las monedas debajo de las piedras?

Al mirarme, esbozó una sonrisa encantadora. Contemplando la montaña, permanecimos ensimismados recordando la pradera de Valimbre.

—Nunca he sido capaz —me dijo— de pescar una trucha con las manos. Cada vez que he entrado al río y he visto alguna, has venido a mi mente, y en muchas ocasiones me he sorprendido pensando en el artilugio de la cerradura de la puerta trasera para abrirla tirando de un junco. Al abrirla, se me ha desplegado el deseo de tenerte a mi lado como si un torrente de luz nos inundara; y el sol de frente, poniéndose, nos cegara enmarañados en un abrazo.

Se achuchó contra mí y yo seguía en mi empeño de que, si la apretaba demasiado con mis rudos brazos, podía quebrarla. La veía en la pradera de Valimbre llenando el cesto de flores de manzanilla con su trenza inmensa y su vestidito suelto, pensando en los años que habíamos perdido.

Me miró a los ojos entornando los suyos y haciendo vibrar las pestañas.

—¡A que no haces esto! —sonrió diciéndomelo.

Y nos abrazamos besándonos largamente.

Un corzo que, de repente, salió de la espesura para beber agua en el río, nos distrajo. Al levantarnos, irguió la cuerna con su cuello esbelto y se quedó mirándonos fijamente haciendo temblar el hocico negro, y saltó perdiéndose en el bosque de nuevo. Una comadreja nerviosa perseguía a un ratón que se le escabulló entre los matorrales. Se inquietó Gelvira sobresaltada al ver al ratón y me recordaba que nunca había soportado a estos animalejos aunque sabía que eran inofensivos. Estaba dispuesta a alejarse de aquel sitio pero recobró el sosiego gracias a mi cercanía. Yo quise distraerla diciéndole:

—En mi primer viaje a Tierra Santa, le pregunté al Maestre de Jerusalem, por la procedencia de Poncio Pilato. A lo que me contestó certificándomelo con citas exactas, que “de Astúrica Augusta”, al noroeste de Hispania.

No logré que disipara su pensamiento preocupado y relajara la frente, y seguí diciéndole:

—Hay un impedimento de consanguinidad por lo que es nulo vuestro sacramento. No pueden estar casados tíos con sobrinas según el Papa. Las leyes son muy claras en este caso. No se ofició el desposorio rectamente. ¡Es nulo de pleno derecho!

Gelvira asentía sin pronunciar palabra, dando a entender que ya antes, ella había pensado lo mismo.

Me decidí a preguntarle sin miramientos:

¿Cuántos hombres vienen a verte?

Titubeaba... por el revoloteo de sus pestañas largas. Terminó sincerándose conmigo:

—De los conventos, el cillerero de San Pedro y el bibliotecario, porque Rechivaldo el templario, que era el que mejor pagaba, desapareció un día y no ha vuelto. Y dos justicias: el merino mayor de Ponferrada y el notario. El notario viene la noche de todos los viernes y el merino la de los sábados. Los frailes suelen venir dos días cada uno a la semana. Se los reparten.

Respiré hondo, y no me atreví a decirle, no sé por qué todavía, que el bibliotecario ya había fallecido de cólico miserere.

Quedó tranquila al terminar la confidencia y señaló levantando el brazo:

—Mira, ¿ves aquella finca detrás de la tapia de negrillos? La compró el molinero con las monedas del templario Rechivaldo.

Cuando le oí esto, se me desencajaron las mandíbulas de rabia.

Logré calmarme con sus caricias y nos amamos en la quietud y soledad del prado verde, despacio, para que no se quebrara entre mis brazos. Todavía la asociaba a un chupilargo delicadísimo de hielo colgando del alero en el invierno. No es preciso que narre los detalles que pertenecen a la intimidad del matrimonio. Habíamos conseguido el cielo y nos sonreímos sin decirnos nada. De la misma manera que el día anterior, se levantó mostrándome la desnudez y hermosura de sus encantos, y danzando se fue hasta los zarzales y el ciruelo. Aderezó ciruelas brillantes enteras extrayéndoles el hueso y rellenándolas con moras negras. Después de ofrecérselas mutuamente a los labios, nos volvimos a amar desesperadamente. Ya no la asociaba con agujas de hielo, pues el ímpetu de su deseo me enloquecía. Terminó mostrándose en su amor más feroz que una osa de aquellos montes inhóspitos, preñada y atacada.

Me conquistó para siempre. Era viernes, agosto, del año 1308. El número del día, por si acaso las locuras de Roderico fueran ciertas, nunca he querido recordarlo.

—¡A que no haces esto...! —me dijo.

Estiró las comisuras de los ojos haciendo temblar las pestañas de nuevo.

Nos fundimos en un beso.

25

“¡Lo peor de una traición es que te deja paralizado!”

Con esta expresión concluyó Petrus el discurso entre dos resuellos de odio.

Sus palabras se entrecortaban conteniendo sollozos.

Siempre había considerado que la traición era algo que sólo ocurría a otros. La describía como si alguien le punzara la cabeza.

Salió hasta la puerta del establo y se quedó pensativo mirando el horizonte rasgado por los montes Aquilanos.

Le contaba, dándole la espalda:

—Rechivaldo, Martín y yo, fuimos los tres templarios que logramos zafarnos, por pura coincidencia. No urdimos ningún plan previo para ello. No nos había dado tiempo. Todo se precipitó al llegar los guardias reales con el acta de encarcelamiento, y nos vimos obligados a improvisar la fuga. Nuestros tres escuderos habían llegado corriendo a avisarnos.

Se paró a pensar, echando cuentas mentales, en el tiempo transcurrido, recordando el mismo horizonte quebrado por la silueta de la montaña, que ahora contemplaban desde el establo. Hacía ya varios años. Los escuderos habían visto una mesnada del rey con sus caballos en son amenazante asomando entre las crestas de

la última montaña, cuando recogían unos almiares en el prado Silvaniello, cercado por castaños centenarios de ramas horizontales robustas. Los escuderos, después del aviso, huyeron y se escondieron en el bosque, camino de Galicia. Nunca más se volvió a saber de ellos.

Declaró Petrus ansioso:

—Nosotros les habíamos recomendado que se confundieran con el pueblo más lejano y que nunca más volvieran al temple porque en cualquier lugar, incluso en tierra de moros, serían más respetados y sus vidas estarían más seguras. Al Maestre le hubiera incumbido dar una orden o un consejo semejante en un momento tan grave como ese, pero había muerto ejecutado, por lo que la sede estaba vacante. En este caso, a nosotros, sus caballeros, nos correspondía dar órdenes por estatutos internos. Más tarde se supo que entraron a trabajar de picapedreros en una construcción grandiosa, pero no se sabe dónde; y como eran rubios se confundieron con la población de francos en una villa cercana.²⁴

Siguió narrándole²⁵ mucho más minuciosamente que, antes de que trescientos hombres armados sobre sus caballos hubieran rodeado el castillo, él mismo había marchado por el cauce del río Oza hasta perderse en la espesura de la selva de nogales y castaños, sin caballo, sin capa blanca, sin nada; con lo puesto.

«Martín Castriello —seguía diciéndole— se adentró en el mismo valle por el viejo sendero de la falda en el llamado valle del Silencio, pensando esconderse en la cueva donde San Genadio había sido ermitaño, hasta que pasara todo. Huyó con su caballo, que lo tenía paciando en una pradera extramuros del castillo. En cuanto a la capa blanca, ni siquiera tuvo tiempo de ponérsela. También pensaba que había sido mejor así, pues era un signo claro por el que podrían identificarlo desde lejos.

»Rechivaldo Azafayunes se escabulló por el cauce del torrente Compludo cuyo valle era más abrupto. Los brezos y piornos invadían todos los senderos y sortearía más peligros de lobos hambrientos, ya que en las cumbres todavía quedaba nieve y los rebaños pastaban en los valles. Por otra parte, también le sería más fácil cazar algún jabato o asaltar nidos de zorzales y arrendajos previendo que, muy pronto, el hambre le acuciaría».

Preguntó Gotier apesadumbrado:

—¿Y qué fue del resto de los caballeros templarios, nuestros hermanos?

—Los otros siete frailes que no pudieron escapar quedaron acorralados en sus aposentos del castillo hasta que mansamente decidieron entregarse. ¡Los prendieron y encarcelaron! Los ataron unos a otros con argollas de hierro por el cuello hasta el final del camino de carros, junto a un prado, al lado de otro llamado La Selvita, (El Silvaniello). Les hicieron pasar hambre y sed; cruelmente los maltrataron; y después de dañar sus cuerpos hasta hacerles sangrar, se repartieron sus capas blancas, igual que a nuestro Señor Jesucristo, teñidas de rojo con la cruz paté bordada en el pecho.

—Se levantó Gotier alterado diciendo:

—¿Los clavaron en cruces?²⁶

—No, no. Se repartieron las capas de la misma manera que los soldados romanos se repartieron la túnica de Jesucristo.

A Gotier se le humedecieron los ojos mirando al techo de paja:

—¿Y los mataron?

—Los condujeron hasta los nogales y castaños. Los caballeros, mansos, sólo daban voces llorando y rezando padrenuestros, sin resistencia; y se les oía en todo el Bierzo. Allí los dejaron colgados de los árboles hasta que los devoraran las águilas y otras alimañas feroces y hambrientas. Y todo esto, sin testigos ni actas, y por supuesto sin jueces justos que sentenciaran. Fueron sus muertes semejantes a la de Jesucristo en la Cruz del Monte Calvario. Todo esto lo vimos y oímos desde nuestros escondrijos Martín Castrillo, Rechivaldo y yo.

Se espantó la vaca que los había estado observando. Dejó de rumiar y se levantó asustada con un mugido cuando vio a Gotier salir hacia la puerta del establo elevando la voz indignado:

—¿Quién firmó la orden de ese crimen tan horrendo?

—Los ejecutaron por orden del Rey de Castilla, Fernando IV, que era terco, débil, joven, poco más que un mozo y obedecía al Papa Clemente V.

Cuando el rey estaba asediando, con sus mesnadas, la plaza de Tardehumos recibió mandato del obispo a través de un emisario, por el que el Papa ordenaba a los reyes del orbe que se apropiaran de todos los bienes del Temple, para lo que al Rey no se le ocurrió mejor cosa sino que previamente “sacrificaran” a todos los caballeros templarios, con juicio o sin juicio.

Desde lo alto de la cordillera, con vista de águilas, los vimos enjaulados encima de las carretas cuando los llevaban a colgarlos vivos.

Martín y yo lloramos amargamente sin pestañear ante la masacre.

Rechivaldo, de corazón más duro, contuvo el llanto y quiso distraerse cortando la vara de un olmo negro tallándola y afilándola para que le sirviera de pértiga y de lanza. Yo, al verlos colgados de los castaños más grandes, vomité lo poco que había comido, por la angustia que me apretaba las ijadas. Adivinaba, desde lejos, feroces expresiones en los ojos explosivos y suplicantes de los que ya sólo eran siete péndulos humanos.

Se derrumbó Roderico en su congoja:

—Me sentía ruin y el más cobarde, pues fui el primero en levantar el ala sin dar aviso a los otros siete caballeros acusados.

Ahora, en la conversación que estaba manteniendo con Gotier, le confiaba ese sentimiento de culpa que arrastraba unido al otro por sus crímenes, incluso desde que lo había confesado en sacramento. Siguió diciéndole:

—No lo había comentado con nadie antes de ahora. Tan grande fue mi culpa que el confesor, aturdido y guardando el sigilo sacramental de la confesión, me impuso una ingente penitencia que estoy cumpliendo: no aceptar jamás ningún car-

go en la nueva orden de los Benedictinos a la que ya pertenezco con plenos derechos; tampoco ostentar dignidad alguna ni subir a ningún alto rango durante toda mi vida. Solamente podré aceptar el humilde oficio de portero u otro de inferior categoría. A pesar de todo, no puedo dormir tranquilo. Me sigue remordiéndome la conciencia al pensar que, siempre, los más cobardes somos los que sobrevivimos, porque los valientes se quedan muertos y olvidados en la primera línea de cualquier batalla. Por eso, en este mundo siempre triunfan y suben los más miserables.

Se quedaron los dos pensativos; y la vaca volvió hacia ellos la mirada. Mugió lenta y triste como si solicitara que continuaran la conversación tan humana.

Se repuso Gotier de su congoja:

—¿No volvisteis atrás, para darles cristiana sepultura, cuando quedaron a merced de las águilas, antes de ser devorados?

A lo que Petrus le contestaba, yendo hacia atrás en su historia:

—Desde el sendero de Compludo, cada vez se oía más cercano el galopar de la mesnada, por lo que Rechivaldo se había visto obligado a cambiar el rumbo hacia el Oeste, hacia el valle del Silencio. Yo había sido el primero que había huido al monte también con lo puesto, pero corriendo, con zuecos de madera. Ni siquiera me dio tiempo a calzar las botas de cuero.

Martín Castriello me encontró, y, como ya tenía ampollas en los pies, me recogió en su caballo; y al cabo de un rato vimos en la otra ladera del monte a Rechivaldo que huía, pero le dimos alcance por un atajo.

Lo veíamos nervioso, y, como llevaba las alforjas de su caballo explotando, no tuvo más remedio que excusarse de ir tan cargado. Sólo nos dijo que se había provisionado de todo lo que pudo.

Petrus seguía contándole que Martín y él mismo desconfiaban sin apenas cruzarse la mirada, porque intuían que Rechivaldo ya tenía tales fardos preparados para cuando surgiera el momento. No era posible que le hubiera dado tiempo a largarse con tantas cosas improvisadamente. Pensando y observándose unos a otros, los tres siguieron el camino de tal manera que, al cabo de la tarde, se pararon en un prado pequeño del curso alto del río Oza:

—No teníamos más remedio que ponernos de acuerdo para ayudarnos mutuamente. A pesar de estar a salvo, de momento, no cesábamos de increparnos con pullas salteadas, atribuyéndonos algún pecado porque una maldición se había cernido sobre nosotros. La fortaleza de los caballeros se había tornado en fragilidad, tiempo atrás tan valientes, y ahora resquebrajados por el desconcierto.

Dijo Gotier nuevamente derrumbado:

—¡Baphomet! ¿Será cierto que Dios nos castigue porque, en ceremonias ocultas, muchos templarios adoraran al diablo Baphomet, como consta en todos los procesos?

Petrus lo miró fijamente pensando que Gotier se estaba volviendo loco:

—Baphomet no es ningún diablo. ¡Solamente es una palabra inventada por los que nos calumnian para aniquilarnos!

—¡Claro, claro! Yo mismo estoy acusado de adorar a Baphomet. Ya no sé ni lo que digo... Sigue contándome.

—Teníamos que pasar la noche en un lugar seguro. En la choza de la braña más alta nos quedaríamos. No se nos ocurrió lugar más idóneo pues sólo había que entrar y habitarla, pudiendo dormir cómodamente sobre helechos secos.

Llegamos sedientos a la cabaña y la encontramos con ascuas apagadas y restos de un cordero muerto que tuvimos que limpiar para poder echarnos. Aunque estaba totalmente consumido y sólo se veían huesos y pellejo, todavía asomaba algún gusano. Bebimos del arroyo cristalino que corría a pocas varas.

A lo lejos, desde lo alto, divisábamos la antorcha que luce aquí arriba, en la torre del convento. A mí, que todavía no había salido a las cruzadas, cuando todavía los templarios éramos queridos y admirados, se me acercaba mi primer periplo a oriente. Sin embargo, se me truncaron todas mis expectativas tres o cuatro días antes de la fuga: me había llegado el nuevo destino para pasar al castillo de Jerez de los Alcornocales. En un principio, el Maestre me había anunciado que partiría hacia Sicilia, pero se había visto obligado a cambiar mi destino para que fuera a Jerez. Allí se concentraría un nuevo refuerzo de varios caballeros por cada castillo del norte de Castilla, Aragón y Galicia, pues el rey moro de Granada, en el Algarve, se estaba haciendo fuerte y había que plantarle cara. Yo todavía no me había estrenado en los campos de batalla. Antes de entrar por primera vez en combate me picaba el gusanillo encima del ombligo. No había experimentado el calor húmedo de la sangre enemiga entre las manos. “Cuando la sientas —me decían días antes los veteranos—, ya te dará igual ocho que ochenta”. Yo pensaba que el ocho era un número ambiguo. Mejor sería comenzar matando a nueve enemigos.

“Hasta ese momento uno siente el pecado original en las entrañas, del que hay que liberarse con el bautismo de fuego” —seguían diciéndome.

Tenía fama de valiente porque en los entrenamientos atacaba con ímpetu, y con tal fuerza que levantaba al contrincante con un brazo. Además, había pasado todas las pruebas en días nueve de distintos meses, el mejor número para coronar cualquier éxito. El número nueve presidía el comienzo del Temple, pues nueve caballeros franceses fueron los fundadores en Jerusalén durante nueve años, haciendo excavaciones de las que extrajeron nueve secretos que guardaron para siempre y nunca revelaron.

Con fecha día nueve, del mes nueve, de mil trescientos cinco, me habían confirmado como aspirante a caballero. Nueves y treces por todas partes. $9/9/1305$, $(9+9+13+05 = 36)$ $(3+6=9)$ y 1305 ; $1+3+0+5 = 9$. Una mezcla extraña, aunque predominando el nueve.

Gotier lo interrumpió diciendo:

—Esa noche os sería difícil conciliar el sueño.

Mugió de nuevo la vaca reclamando más agua para el bebedero.

Capítulo IV

26

Lo que más me desgarraba las entrañas fue dejar a Gelvira desconsolada

esperando en su cárcel del molino a que volviera el molinero.

Volví al monasterio y me incardiné a la monotonía diaria. Llamé aparte a Roderico y nos citamos en la huerta.

—¡Esta noche tengo que hacer una escapada después de completas, cuando todos estén retirados en sus celdas! ¿Dónde me dejas las llaves del monasterio? He sacado de la olla la manteca más fina para engrasar los cerrojos y las cerraduras, que no chirrían absolutamente nada ¡Ya no soy templario!

Roderico me miró con sonrisa pícaro preguntándome:

—¿Has caído en el pecado?

—No. Ahora no puedo responderte nada. Pero puedo jurarte que no faltaré a mi palabra, palabra de Castriello de Salas y de Castrello de Halile, que vale más que cien sellos y firmas. Continuaremos juntos nuestro cometido de llevar los pergaminos ante los tribunales de Francia, León y Castilla, pero antes de que salgamos tengo que completar unos trabajos severos y sin complicidad alguna, de los que yo sólo seré el responsable. Reza para que tenga éxito, que yo no tengo tiempo.

Los caballeros templarios siempre rezábamos antes de las batallas para asegurar la victoria ayudados por el Altísimo.

Dijo Roderico:

— Los cerrojos de las puertas andan suaves y silenciosos como las mariposas. No se oyen absolutamente nada. Te dejo las llaves debajo de una piedra en la gatera de las puertas. ¿Necesitas el caballo?

—Lo necesito porque tengo que hacer todo muy rápido.

Roderico se comportó como fiel compañero pues no siguió preguntando a pesar de la curiosidad que lo embargaba.

Cuando terminó el canto del último rezo de completas salí del monasterio como habíamos tramado. Todavía quedaba en la silueta de la montaña un poco de claridad del día que se apagaba por momentos.

Me dirigí al escondrijo donde habíamos guardado el dinero y la daga. Y desde allí bajé al galope. Poco faltó para que el caballo se desbocara de tanto como lo azucé vereda abajo.

Muy cerca del molino metí a Áureo entre el ramaje del bosque y lo até a un árbol. Subí a una rama gruesa de un tejo que atravesaba el camino y ya oí los chasquidos de las herraduras del caballo que subía. Era el notario dirigiéndose al molino vestido de seda negra, que brillaba con el reflejo de la luna en el claro del camino. Cuando pasaba por debajo, me cruzó la cabeza la imagen de Gelvira sometida a sus caprichos y mandatos; y se me enfureció la fiera que llevaba dentro. Me abalancé sobre él y lo acribillé a cuchilladas aunque con la primera ya hubiera tenido bastante. Lo dejé tendido desangrándose gimiendo como un cerdo en los últimos estertores. Subí al monasterio y, sin hacer ruido, entré en mi celda habiendo dejado las llaves en el mismo sitio. Hacía el número 55 de los que yo había dado muerte en mi vida de guerrero.

Se armó un enorme revuelo cuando los alguaciles, el día siguiente, en todos los pueblos, daban bandos en las plazas buscando al criminal.

Tanto por la cercanía del molino al sitio donde apareció muerto, como por la denuncia de unos vecinos que habían observado al notario en numerosas ocasiones, y habían cuchicheado que visitaba a la molinera, recaían las sospechas más fundadas sobre el molinero, al que llevaron maniatado y preso, a pesar de que negaba y renegaba de su culpabilidad en aquel asesinato.

27

Por la tarde, bajé al molino sin trigo y sin quilma. Áureo trotaba contento por llevar sólo el peso del jinete. Siempre me sonreía cuando no lo cargaba demasiado. Solamente yo le entendía la mueca de agradecimiento mostrándome los dientes blancos y largos, cuando cualquier otra persona lo hubiera interpretado como gesto huraño.

Gelvira me recibió con suspiros de alegría, turbada y melancólica en la soledad del molino. Me detuve y me senté en el tronco más bajo que la barandilla del pretil del puente. La tarde y el agua del río eran transparentes. De pie a mi lado, me estuvo acariciando la cabeza y besándome el cabello: me veía inquieto a pesar de que yo trataba de fingir templanza. Su dulzura logró tranquilizarme.

Se me escaparon estas palabras al aire:

—A matar nunca llega uno a acostumbrarse, por más que se simule serenidad en el semblante. Ni siquiera al haber eliminado al peor de los enemigos que de haber sobrevivido te hubiera degollado.

Se sentó en mi regazo. Más que abrazarme, se estrechaba con fuerza contra mi pecho como si se sintiera protegida.

Ella hubiera querido que el molinero se hubiera ido de su lado para siempre, pero no de esa manera injusta. Y tenía, la pobre, una tragedia en la cabeza: no so-

portaba la injusticia aunque la sufriera el inclemente molinero. Me contagié su pena, compungida, y le di un beso en la frente.

A lo lejos oímos llegar al merino en su caballo. Adelantó su visita. Era un viejo desdentado de más de cincuenta años que trotaba silbando una cancioncilla amorosa y pegadiza al oído. Entramos al molino antes de que nos viera.

Nos escondimos en el retrete, donde guardaban el aguamanil y un cubo con una pila de piedra para lavarse la cara; y enfrente, el asiento de madera con una tapa para cubrir el agujero que daba a la corriente del agua por debajo para llevarse las suciedades al riego de las huertas.

Como suponía que estaba sola, entré llamando a “su cachorrilla”. A mí me daba asco que la llamara de esa manera.

—Dile que pase a la habitación donde siempre se aposenta —apremié a Gelvira bajando el tono.

Advertí en ella una agitación excesiva por si nos descubría, porque tenía mucho poder sobre las gentes. Además de ser el merino, su padre había sido adelantado mayor de todas aquellas tierras. Todo el mundo les temía. Pero yo le dije que confiara en mí y me obedeciera. Conque siguió mis instrucciones a pies juntillas.

Le dijo en alta voz, levantando la barbilla y la mirada:

—Sube a la habitación de arriba, que me estoy acicalando en el retrete. Sólo tardaré un canto de abubilla.

Esta expresión no era común, pero estaba acostumbrada a seguirle la corriente en sus modos pedantes y afectados.

Dijo el Merino subiendo las escaleras:

—Hoy te traigo noticias divertidas.

—¿De qué se trata?

—Ahora te contaré despacio. Hoy he tenido mucho trabajo. He pasado todo el día atendiendo a los guardias reales y leyendo las actas que me han traído. Quiero verte despacio antes de nada, de pies a cabeza, como a Eva en el paraíso. Que toda tu indumentaria sea la cabellera, que me vuelva loco, y sin hoja de parra. ¡Cachorrilla mía! Qué bien huele la cama. Te he dicho que no hace falta que perfumes nada, que a mí me gusta el olor de la harina y de mi perrita cachorrilla. ¿La has perfumado con romero? ¿Con qué me vas a sorprender hoy, que te traigo dos monedas de oro?

La alcoba quedó en penumbra después de que cerrara la puerta del corredor hasta dejar solamente una rendija. El colchón de lana fina y almohadas de plumón de codornices y pichones. Las sábanas de lino fino con flores de colores bordadas por Gelvira y una G con hilo blanco en el embozo.

Dijo el merino mientras se despojaba de los ropajes:

—Estoy ansioso por saber la sorpresa que me preparas con tanta espera.

Se quitó un zueco y lo tiró al alto para que hiciera ruido contra el entarimado:

—Ya me estoy descalzando. ¡Mi garduñita domada! Deja la sorpresa para otro día. Quiero verte ya, a pesar de que hoy tenemos todo el tiempo del mundo. Nadie nos pide cuentas; me quedaré a dormir contigo hasta mañana.

Yo le decía a Gelvira que le preguntara cualquier cosa para que siguiera largando por su boca sucia lo que supiera del asesinato.

—¿Qué me tienes que contar de tu trabajo? —dijo Gelvira elevando el tono.

—Es muy largo. Después de leer las actas de condena...

—¿De mi marido?

—No, de dos templarios errantes a los que han visto por los mercados disfrazados de peregrinos, y los andan buscando por cobardes y blasfemos, huidos del Temple de Ponferrada. Vinieron a mi despacho los guardias reales preguntando por ellos con una denuncia de que, quizás, se oculten en el monasterio de San Pedro. El caballero joven se llama Roderico García y el más experto guerrero, que ha sido cruzado en Palestina, Martín de Castriello: al parecer, un peligroso caballero veterano. Mandé un ordenanza con ellos para que les indicara el camino del convento. A estas horas ya habrán sido detenidos y estarán siendo encaminados a Valladolid ante los tribunales reales del joven rey Fernando IV. Quizá los quemem rápidamente en la hoguera porque la reforma de la justicia que preparan las cortes se ha parado a causa de una revuelta en la que unos cortesanos quisieron destronarlo. Con suerte serán ajusticiados con ellos.

Yo instaba a Gelvira a que le preguntara más alto todavía:

—¿De qué se les acusa?

—Venga, cachorrilla; me tienes impaciente. Ya estoy tendido en posición de ataque.

—Quiero que la sorpresa que te he preparado no la olvides.

—Tres monedas te has ganado. Hoy te pago dos y la tercera la traeré el próximo día.

—¿Pero dime de qué se les acusa?

—De blasfemos y lascivos; pero sobre todo, de adorar a un ídolo del que yo nunca había oído hablar y lo mantenían con sumo secreto en el castillo. ¡BAPHOMETO, le llaman en el acta! Quizá tenga que ir a presenciar la ejecución en la hoguera. Si les cortan la cabeza te contaré la escena y si los queman no te relataré nada porque a las mujeres os suele horrorizar el fuego quemando un cuerpo. Hay que ser valientes y no apartar la mirada cuando muere un reo de estos. A mí, me enaltece y me anima a conservarme observante con los fueros y las leyes, porque a los justicias también nos obligan las normas ¡Perrita mía! ¿Vienes o no vienes a la cama?

Yo entré en la habitación súbitamente, y estaba el guarro viejo desnudo, mostrando sus pellejos.

Le enseñé la daga y se quedó sin habla. Aturdido, se levantó temblando haciendo esparavanes con los brazos.

Me coloqué al lado de la puerta del corredor para dejarlo salir corriendo con la ropa que cogió bajo el brazo. Las dos monedas de oro brillaban en la mesilla. Tratabilló al pisar una de sus telas. Siguió corriendo. Se tropezó en la escalera y casi se mata. Salí tras él sin dejarle desatar el caballo. Me paré en la puerta cerciorándome de que no pasaba nadie por el camino. Más adelante se escondió detrás de un árbol y comenzó a vestirse gritando: “¿Sabes a quién has amenazado? Soy el Merino

Mayor nombrado por el rey personalmente. No sabes lo que estás haciendo. Te despellejarán antes de ahorcarte y te arrancarán con tenazas las veinte uñas”.

Nunca he visto un cobarde más amedrentado.

No tardé más de cincuenta varas en darle alcance y a su lado me burlaba de él espantándolo como a un grajo con las alas rotas que no puede levantar el vuelo y da tumbos desorientado. Me llamaba asesino el muy idiota y seguía dando voces amenazándome con denunciarme a la justicia. Mostraba tal terror en su mirada que por un momento llegó a darme lástima.

Al verme salir tras él, emprendió de nuevo la huida corriendo con sólo la camisa puesta, desabotonada.

Ya en el camino, para que no tiñera de rojo el molino blanco, lo alcancé fácilmente y le atravesé el costado de parte a parte. También lo dejé tendido agonizando. Se desangró en unos santiamenes y quedó boca arriba con los ojos abiertos.

Era el número 56 de mi lista. Limpié la daga con su capisayo de seda y se lo tiré encima cubriendo sus vergüenzas mustias.

Gelvira me perdonó y disculpó mis crímenes. Nos quedamos tendidos en la cama después de amarnos y reiteramos nuestra promesa de amor eterno sellado con la sangre de dos hombres despreciables.

A los dos nos vino a la cabeza una promesa que yo no había cumplido, y a los dos nos vino a la vez la misma frase: “¿Te acuerdas del puente Valimbre?” Y nos reímos largamente.

Estuvimos un buen rato mirando al techo, cogidos de la mano y sin decirnos nada. Respirábamos. Un sepulcral silencio dominaba la tarde, interrumpido alternativamente por el roer de una carcoma en alguna viga del techo de cañizo.

Yo tenía una losa en la cabeza que no me permitía levantarme. Es muy distinto atravesar a alguien con la espada, o cortarle la cabeza en el fragor del combate o en defensa propia, que clavarle la daga a sangre fría, sin armas con que defenderse o sin saber manejarlas.

¡Cuanto más tiempo pasaba, mayor era el sentimiento de derrota!

Pedí perdón a Dios en voz alta poniendo a Gelvira por testigo de mi arrepentimiento, y decidí, sumido en la pena, entregarme a la justicia.

No veía más salida que contar toda la verdad de lo ocurrido, olvidándome por un momento de que, legalmente, todavía era un templario perseguido a muerte. Si huía, quizás nunca más vería a Gelvira. Tenía que elegir.

La angustia de Gelvira, al oírme pensar en alto, superaba mi tristeza.

Atendiendo a sus ruegos implorándome por Dios y por nuestro amor perpetuo, saqué fuerzas ocultas para sobreponerme un poco. Me levanté de la cama y me dirigí a la puerta del corredor entreabierta.

Oímos revuelo a lo lejos y algunos gritos aislados pidiendo socorro. Una mujer se llevaba las manos a la cabeza. Se podía distinguir la gente arremolinada alrededor de una carreta con dos mulas a la que subían el cadáver mientras que fray Stephanus, un presbítero del monasterio, dibujaba una cruz en el aire apartándose a un lado entre el barullo de exclamaciones y conversaciones entrecruzadas.

Un alguacil encorvado como un katabepto venía hacia el molino escudriñando las pisadas en el polvo del suelo.²⁷

Me vestí deprisa y me puse en guardia atendiendo, de nuevo, a las súplicas de Gelvira.

Después de un beso corto salí por la puerta de atrás que da a la huerta, y desde allí, me escondí en el bosque hasta la noche, asegurando que nadie me viera ir a por el caballo al otro lado del camino, oculto en la espesura de la selva.

Estaba muy cansado. La campana de las horas en el monasterio tocó a completas mientras subía montaña arriba a dormir a la cabaña. El sol acababa de ponerse.

28

Até el caballo tapando la puerta de la cabaña. Algún lobo podría visitarme durante el sueño. Nadie había entrado desde que la ocupamos los cinco, Matalobos, Cerecinos, Rechivaldo, Roderico y yo, aquella noche desgraciada en que desapareció Rechivaldo. Me tapé con los helechos y no quería pensar en nada porque el tormento era insoportable. Estaba tan cansado que me dormí profundamente con el arrullo de la ventisca hasta que me despertó Áureo con un pertinaz relincho de peligro. Algo había visto. Al salir fuera me encontré con el lucero matutino. Brillaba inmenso y dominaba el orbe. Desde el monte de enfrente se podía tocar con las manos; no distaba más de una vara de la línea que unía el cielo y la montaña. Amanecía. No me había percatado de que, a mi lado, a pocos pasos de distancia, delante del caballo, una loba inmóvil estaba observándome con un cordero entre sus fauces. Cuando la fiera advirtió que la miraba fijamente, con una maña asombrosa, como si el animal muerto fuera una capa con la que se embozara la cara, lo cargó sobre el lomo, sin soltar los colmillos de las patas traseras, y se marchó, con trote pausado y meneando la cola, a llevar el alimento a su camada.

Los lobos nunca matan a un cordero solamente. Suelen matar a todo el rebaño por no sé qué instinto criminal que llevan dentro, aunque sólo necesiten uno para asegurar el sustento cotidiano.

Cuando ya se veía, seguí una gota de sangre que, a intervalos cada vez más cortos, me llevaría al redil de donde había venido la loba.

Monté el caballo y seguí la estela por el sendero valle abajo. Algunas veces tuve que bajarme del caballo y rebuscar entre el forraje la gota perdida hasta que, a lo lejos, divisé un corral con las tapias de piedra en medio de un prado de la ladera del monte. No había rebaño. Solamente dos ovejas y dos corderos recién matados a mordiscos. Los cargué sobre Áureo y, antes de que subiera el pastor a hacer el recuento, me dirigí a lo más alto del pico donde quedaban todavía unos restos de neveros que no se deshielan nunca en la cara norte de la cordillera. No sabía cuanto tiempo iba a permanecer en aquellos montes. Tardé un buen rato antes de ocultarlos en la nieve helada y cubrirla con piedras, porque no me fiaba de que la loba, con su

olfato finísimo, se dirigiera a lo que había sido fruto de su trabajo rebuscando por las crestas.

Volví a la cabaña, preparé fuego y asé una pata aliñada con tomillo y una ensalada de acederas. Ya tenía asegurada una buena reserva de carne, por si acaso. Sólo me faltaba una bota de vino para animarme.

Poco antes de medio día, bajé por el valle del Silencio hasta llegar al molino a media tarde. El camino es el más tortuoso y arriesgado porque suelen refugiarse osos en las espesuras, pero más seguro de que no me encontraría con campesinos; en ese valle no hay ninguna tierra cultivable, sólo pájaros y alguna que otra alimaña. Ningún percance me sorprendió en la bajada. Até a Aureo en lugar seguro y seguí a pie hasta el molino.

Salté la tapia por el mismo sitio por el que había salido y, atravesando la huerta, escuché el lamento de Gelvira envuelto en el ruido del molino. La puerta de atrás estaba cerrada por dentro con el tranco. El molinero daba voces enfurecido. Agucé el oído porque se confundían con el lamento y la carraca del molino. Le estaba llamando los mayores insultos y concluía:

—¡No te soltaré hasta que no me digas quién estuvo aquí contigo! El sayón de San Esteban me ha dicho que las huellas del criminal salían del molino.

Cesó el lamento y un grito desgarrador y prolongado la dejó afónica. El molinero gritaba más fuerte:

—¡Dime quién ha sido!

—“¿La estará castigando con torturas!?” —me pregunté.

Bajo tortura, tanto que sea sobre el cuerpo como sobre el entendimiento, puede uno hasta autoinculparse de los mayores crímenes como tantos templarios habían hecho desconcertados por el terror ante las máquinas diabólicas y la hoguera, aun a sabiendas de que no iban a ser libertados. La tortura aplasta el pensamiento y se acepta sin más la sumisión al verdugo con docilidad, mansedumbre e, incluso, disculpa.

Rodeé el molino con cautela, pero la puerta de delante también estaba cerrada por dentro.

Tuve que engarriar por la pared de piedra hasta el corredor de arriba, que tenía la puerta arrimada. Crucé la habitación hasta las escaleras que bajan al molino y ya vi con mis propios ojos cómo la torturaba al lado de la tolva y de las muelas: Le había atado los brazos a los ganchos de la viga donde se cuelga a los cerdos cuando se hace la matanza por mi santo, para que se oreen durante una noche.

¡Estaba desnuda, de puntillas, aguantando para no descoyuntarse las articulaciones con el peso del cuerpo!

¡Tenía el mango de una azada metido en la vagina!

Encima de la mesa: la jaula. Había sustituido los jilgueros por dos ratones con las colas atadas por sendas cuerdas de bramante. Le dijo babeando con los ojos rojos y salidos:

—¡Te comerán las tripas colgados de los pezones!

Empezó la maniobra. Al abrir la puertecita enrejada de alambres casi se le escapan chillando y revolviéndose en las manos.

Cuando estaba atando el primero para dejarlo colgado sobre el vientre, Gelvira perdió el sentido y se le ocultó el rostro en el cabello al reclinar la cabeza hacia delante un poco ladeada.

Por más que lo intentó, aquella bestia furibunda disfrazada de persona no fue capaz de atar las cuerdas a los pechos porque los pezones no eran prominentes por no haber sido madre, y los ratones saltaban compulsivos hasta la cara de Gelvira escondiéndose entre las ondas y los tirabuzones, hasta que se le escabulleron de entre las manos y se escondieron detrás de unos sacos por las rendijas entre tabla y tabla del suelo.

Ya no me contuve. Desenfundé la daga, me abalancé sobre él por detrás sin apenas darle tiempo a verme y se la clavé hasta la cruceta, en el corazón, con un golpe certero en su costado izquierdo. Al sacarla, lo empujé para que cayera en el farnal²⁸ rebosante. Éste también quedó con los ojos abiertos y las piernas fuera. Se las puse dentro y lo enturé con la harina para que no nos siguiera mirando. En medio del blanco le salió una mancha roja. ¡Era el número 57...!

Con sumo cuidado saqué la azada. Por el interior del muslo le corrieron unas gotas de sangre hasta la rodilla, y con mis torpes manos temblorosas, como nunca antes las había sentido, descolgué a Gelvira. Tenía los dedos morados y las muñecas descoyuntadas. Por un momento, subiendo las escaleras para llevarla a la cama, creí que se me moría entre mis brazos. Cada vez estaba más pálida, pero al echarla noté que todavía respiraba.

En poco tiempo fue recobrando el color y el sentido. Me reconoció cuando la estaba colmando de besos.

Le dije que había tenido que matar a su marido para que no la siguiera torturando; y me respondió con una leve sonrisa. Me pidió agua, y la estuve cuidando sin separarme de ella hasta que, a media tarde, quería levantarse a pesar del dolor en las muñecas. Me hizo caso y se quedó en la cama. Cuando bajé a la cocina a reavivar el fuego de la chimenea para calentar agua en el pote con flores de manzanilla, me percaté de que, por el canalito que sale de la muela solera, ya no salía harina; se había terminado el grano de la tolva: todo el farnal estaba completamente rojo.

Por la noche, hice huevos revueltos con verduras de la huerta y le llevé la cena a la cama. Yo, además, comí jamón, que tenía encetado el molinero.

Dormimos abrazados. Al amanecer nos despertamos y quería lavarse. Le di instrucciones precisas para que la encontraran como si hubiera sido violada.

Muy pronto vendrían los primeros campesinos a recoger sus quilmas de harina molida. Les haría pasar desde la cama para que fueran testigos fidedignos de que ella no era culpable de nada sino víctima torturada hasta que el criminal la desató para que lo condujera hasta el escondite del tesoro del molinero. Y después de que le arrebatara las monedas de oro guardadas se tiró al suelo haciéndose la muerta; y el criminal la dejó tendida y se largó en su caballo camino de San Esteban.

La maroma permanecía colgada en los ganchos de la viga jácena.

A pesar de que nunca había temblado como ahora ante el estado de mi adorada, tuve la serenidad suficiente como para elaborar un plan creíble y que los justicias no volvieran a molestarnos. El corazón me daba saltos de vez en cuando y a veces creía ponerme malo; pero no podía pensar en ello sino seguir adelante.

Dejé la puerta entreabierta y me oculté en el bosque hasta que llegara el medio día.

Aquella mañana no hice nada y se me hizo eterna la espera. No encontraba remedio para entretener el tiempo, hasta que en el torrente del río umbrío me puse a pescar truchas con las manos sacándolas de las huras escondidas en los bordes oscuros de la ribera. El agua corría cristalina y me di un baño. Me sequé al sol tendido en la hierba cauteloso y expectante.

En el momento en que, en el silencio del valle, oí el eco tenue y lejano de la campana del monasterio, que tocaba al Ángelus, bajé de nuevo al molino.

Gelvira, con restos de dolores en el cuerpo y cardenales como pulseras en las dos muñecas, me esperaba más bella que nunca subida a la roca de la entrada de la pasarela para que, al verla desde lejos, me excusara de merodear el molino con precaución antes de cerciorarme de que estaba sola. Las tardes siempre eran mudas y sordas en el molino, en contraste con aquella otra mañana que había sido la más ajetreada de toda la vida con ires y venires de “tenentes” y otras autoridades. Hasta el merino mayor de Ponferrada había llegado con su escribano porque preocupaban tantos crímenes seguidos y todos cometidos no más distantes de unos pasos el uno del otro.

Todo había pasado; sin embargo, Gelvira me relató lo sucedido suspicaz y temerosa de que alguien revolviara: cuando el primer campesino llegó por la mañana a recoger su carga de harina molida y se encontró con todo destartado, patas arriba, como yo lo había dejado, y el molinero muerto enturado en su sitio, quedó espantado y no acertaba a hablar. No supo Gelvira si era tartamudo o la tembladera le había ocasionado que no arrancara a articular palabras con sentido. El pobre, de momento, fue detenido después de que declarara otra vez en el lugar de los hechos; y Gelvira tuvo que callarse viendo que le ataban las manos, hasta que desobedeciéndome con buen criterio, les dijo que aquel hombre no había sido, que ella tenía bien grabada la cara del criminal y que el campesino llegó por la mañana a recoger sus quilmas; y ella misma le había pedido suplicante que diera el aviso. A pesar de todo, el desdichado hacía juramentos con los dedos diciendo que no volvería a ese molino y que, en lo sucesivo, iría a moler a otro valle. Se echaba la culpa de haber madrugado tanto para llegar el primero.

Por fin, celebramos nuestra unión tranquilos, con cuatro truchas que yo había dejado en el río ensartadas por las agallas con un junco para que estuvieran frescas, y con vino del tonel más viejo de la bodega.

El día siguiente llegaron los últimos paisanos que tenían quilmas pendientes de que se las repartiera el molinero con su carreta. No obstante la cilla del molino estaba llena de lo que había ido acumulando como intereses cobrados en especie.

En el desvío del camino hacia la vereda de la pasarela, pusimos un letrero pirograbado con el hierro candente de la chimenea sobre el lado plano de medio taco de roble, que decía: “el molino, CERRADO, hasta nuevo aviso”.

29

Tenía pendiente una deuda que cumplir con Roderico, que no sabía nada de mí. No podía dejarlo en la estacada, ya que cada uno de nosotros había desempeñado un papel en nuestro cometido, pero ambos imprescindibles para librarnos de la condena a morir en la hoguera.

Antes de pensar despacio qué hacer con nuestras nuevas vidas había que cumplir la palabra prometida.

Cargué dos quilmas de harina en la carreta; yo quedé en el molino y Gelvira subió al monasterio, con la disculpa de llevárselas a los frailes, para dar cuenta a Roderico. Mientras tanto, yo traje a Áureo hasta la huerta trasera.

Cuando Roderico le abrió la puerta del monasterio y ella le reveló que yo la había enviado para anunciarle que aún vivía y que no había desaparecido, Roderico insistió en que, ineludiblemente, tenía que verme con urgencia pues había buenas noticias. Me esperaría debajo del mismo castaño donde solíamos reunirnos, apartados del monasterio, después de la hora sexta, cuando los frailes dormitaran unos, y otros rezaran en el coro.

Entre la tapia de piedra que cercaba el prado y el castaño, Roderico, esperando sentado, miraba a todas partes buscándome, ya que había superado un poco la hora convenida. Yo le chisté y le hice señas para que viniera. No me fiaba de que alguien pudiera vernos desde lejos al cruzar el prado. Mejor sería ocultarnos entre los árboles, por si acaso.

Me dijo que tenía preparadas las escrituras, y que había leído minuciosamente la de Arias Didaz, de la que no había dado con la original pero había encontrado una copia:

—¡No te vas a creer lo que he encontrado en la biblioteca!

Me miró fijo a los ojos y siguió hablando y riendo con risa tan nerviosa que, a punto estuvo de convertirse en llanto emocionado. Tanta tensión acumulada no la resistía ni el más fuerte de los caballeros templarios con años de entrenamiento en ejercicios duros.

Lo dejé que siguiera diciéndome:

—Con la colección que he encontrado ya sabemos toda la verdad.

—¿Qué colección? —le contesté—. Lo más importante es que revele muy claramente, sin confusiones, el significado de Baphomet.

—Es una copia reciente de todo el segundo juicio de 1235. La original la guardaba el Temple; y la copia, sin sellos y sin firmar, la guardaron los benedictinos. Para buscar más escrituras tengo que conseguir un puesto en la biblioteca o en el

scriptorium. No sé cómo me las arreglaré para ser copista... Y eso me llevará tiempo.

Le respondí cortándole el discurso:

—Necesitamos leer todos los pergaminos. Sácalos de ahí dentro.

Me contestó azorado:

—Y también tengo la colección donde está escrita toda la historia del retablo desde que se pintó hasta que lo trajo Arias Didaz para guardarlo en el monasterio y que nunca saliera, que nadie lo vendiera, ni pignorara, ni regalara. Así consta en el último pergamino, el de Arias Didaz que estaba guardado en la cripta de San Genadio, del que también hay una copia.

—¿Estás seguro —le pregunté— de que hay copias de todas las escrituras?

—Sí no de todas —respondía Roderico—, de casi todas; tengo que seguir buscando.

—¿Y no puedes sacar todos los pergaminos de la biblioteca mañana mismo?

—No puedo arriesgarme a sacarlos y que me vea algún fraile esconderlos.

Le insistí en lo fundamental para nosotros:

—¿Y la copia de la segunda hoja del juicio de 1235, cuyo original se llevó Rechivaldo, qué dice? ¿La copia no nos vale?

—No sé, porque no he encontrado la ocasión de poder leerlo con calma. Nosotros tenemos la primera parte original con sellos y firmas. La segunda hoja original, claro que falta: la tiene Rechivaldo; y aunque tengamos la copia, de nada nos vale ante los jueces porque no está sellada y firmada.

—Y ¿qué dice la escritura de Arias Didaz? —le pregunté.

—Dice muy claramente que la pintura en tablones de madera representa al dios Baco. Los benedictinos la tenían guardada, desde hacía mucho tiempo, para que nadie pecara adorándola. Un Abad se la dio al Temple como parte del pago en el intercambio de unas fincas, y engañó a los templarios miserablemente diciéndoles que representaba a Jesucristo en las bodas de Caná.

—¿Tú crees que el Abad mintió a sabiendas tan perversamente?

—No lo sé. No he podido deducirlo. Pero el Abad hizo creer a los templarios que la pintura del dios Baco lascivo, desnudo de medio cuerpo, coronado con hojas de los jardines, con la cuba de vino levantada con los brazos, ofreciendo el vino sólo a las mujeres, a pesar de que los hombres le ofrecían cantos y sonidos musicales con los cuernos, representaba a Jesucristo convirtiendo el agua en vino después de que la Virgen le suplicara que hiciera el milagro.

Nos quedamos los dos, pensativos y concentrados, recordando los detalles del retablo que teníamos grabado de tanto mirarlo en la capilla del castillo lo mismo que todos los templarios de otros castillos habían contemplado las copias del mismo que se habían ido repartiendo por todas las capillas del Temple.

Se lamentó Roderico con un bufido:

—¡Cómo engañaron a los pobres templarios con un cuadro! Ahora está claro el cúmulo de confusiones.

—Pero, a pesar de todo, tenemos que dar alcance a Rechivaldo para tener la segunda hoja original del juicio de 1235, con firmas y sellos auténticos. Tengo que

lanzarme en su búsqueda por los castillos de Francia, de Occitania y de Aragón. Es muy difícil que haya marchado a Tierra Santa.

—Cuando tengamos todos los pergaminos no nos harán falta defensores. Con que los presentemos a los jueces y al Papa, quedará demostrada la calumnia y los crímenes ya cometidos contra los templarios podrán repararlos aunque sólo sea económicamente, con indemnizaciones.

Roderico se había librado de la muerte por haber ocultado su nombre verdadero, y a mí me podían estar buscando por las muertes del merino, del notario y del molinero. En adelante habría que andar con sumo cuidado. No podíamos arriesgarnos a que alguien lo viera salir del monasterio con un fardo que ocultara algo, pues a pesar de todo, al haber entrado al claustro conmigo el mismo día, muchos frailes lo miraban con recelo, y no podía deslizarse ni un punto en todos sus actos.

Quedamos en que, al día siguiente por la mañana, subiría Gelvira otra quilma, que querría donar al monasterio para que celebraran una misa por el alma de su marido. Roderico tenía que buscar el momento de darle las escrituras para que las escondiera bajo su falda y así sacarlas del monasterio.

Él quería seguir siendo templario demostrando su inocencia para salir incólume del monasterio, y sin embargo no había más opción que seguir esperando.

Yo tenía empeñada mi palabra de Castriello y de Castrello para llevar los pergaminos ante la justicia.

Otro día más, y Gelvira llevó al molino las copias de los juicios y la copia del escrito de Arias. Era el mayor tesoro.

Leímos todos los pergaminos con los que yo podía demostrar la inocencia de todos los templarios y para rematarlo, si encontraba a Rechivaldo, doblemente contundente serían las resoluciones favorables en los autos que teníamos pendientes en todos los tribunales. A los jueces habría que presentarles los pergaminos numerados, firmados y sellados: los originales.

Después de salir incólumes, venderíamos el molino y reharíamos nuestras vidas en cualquier parte del mundo. No había por qué ceñirse a aquellas montañas. También teníamos que dar con Cerecinos y Matalobos. A Rechivaldo, que era malvado y sabe Dios dónde se encontraría, si lo hallábamos, le daríamos su justo merecido, y si no, que Dios se encargara de castigarlo.

Aquella noche no nos amamos sino que nos adoramos mutuamente con la copia de la escritura de Arias Didaz presidiendo el lecho encima de la cajonera de nogal negro a la derecha, y a la izquierda el primer folio original de 1235. Es imposible experimentar más placer y felicidad sobre la tierra. No obstante, un atisbo de duda me quedaba pues lo cierto era —y esto no dejaba descansar el revoloteo del gusanillo en mi barriga— que Rechivaldo nos había usurpado el segundo pergamino original de 1235.

Gelvira no cesaba de preguntarme por qué estaba tan serio y pensativo. Yo no encontraba el modo de adelantarle que emprendería un largo viaje. Para seguir la pista de Rechivaldo no habría nada mejor que ir recorriendo los castillos o sus alrededores, en los que todavía quedaría algún templario. En alguno habría recalado. Tenía que conseguir, como fuera, la segunda hoja original de 1235, que tenía Rechivaldo.

Durante la mañana estudié los pergaminos hasta dominarlos, aunque eran demasiados para aprenderlos de memoria, mientras Gelvira hacía la colada en la molde-
ra.

Los conté. Empecé a ordenarlos por orden cronológico:

- 1) La copia del pergamino de Arias Didaz del año 1096.
- 2) La copia de los cuarenta y un pergaminos que hacen referencia al primer juicio en 1218.
- 3) El pergamino original de la primera hoja del juicio de 1235 con la miniatura de San Gregorio Iluminator; pero faltaban los dieciséis o diecisiete que tenía Rechivaldo; y también faltaba el pergamino original que contiene la segunda hoja del juicio de 1235. Los nueve pergaminos de la historia del retablo no los sacó Gelvira del Monasterio.
- 4) La copia de la segunda hoja del juicio de 1235 era mi principal objetivo.

¡De los tres pergaminos imprescindibles, el de Arias Didaz, y los dos originales de 1235, sólo contaba con un pergamino original con sellos y firmas, el que yo había sacado de la alforja de Rechivaldo, la primera hoja del juicio de 1235 ilustrada con la miniatura de San Gregorio Iluminator!²⁹

Pensé en subir a por los corderos al nevero, pero me llevaría casi todo el día, por lo que preferí dejarlos congelados para más adelante. Nunca se sabe lo que puede hacer falta. Así que, pelé unos fréjoles en la huerta y preparé un plato de verduras con ajos y manteca. Después de comer nos sentamos en la huerta bajo la parra, para leer juntos los pergaminos. Gelvira me cogió de las manos el de Arias Didaz temerosa de que, pellejo semejante, de hace doscientos doce años, no surtiera efecto alguno. Yo le dije:

—Junto a esta escritura, en la misma estantería, hay otras que Roderico ha leído y me ha dicho que, hace tres o cuatro siglos, bajo tierra, en las bodegas de todos los reinos se veneraba una imagen del dios Dionisos Baco. Hay otras muchas escrituras en el monasterio que atestiguan esa historia.

—¿Qué tiene que ver el dios Dionisos de los griegos con los templarios? ¿Lo trajeron, acaso, de Grecia? —me preguntó Gelvira.

—No, no. Antes de existir el Temple, un pintor quizá benedictino, quizá albigen-
gense, no se sabe, aprendió a pintar en Oriente, autor excelso de los frescos de las

iglesias de Constantinopla. Se erigieron y decoraron más de cincuenta iglesias. Vino a Santiago y se quedó por estas tierras. Enseñó a extraer los pigmentos de colores para ilustrar tablas con todas las escenas de la Biblia. Pero también pintó el dios Dionisos Baco en un retablo. A pesar de ser fraile, cobraba sueldos y muchos dineros porque no trabajaba por devoción religiosa.

Por conseguir reliquias y pinturas es por lo que más dineros se ha pagado a lo largo de la historia; así ha sido y será siempre por los siglos de los siglos.

Ya ves las vueltas que da la vida, que ahora, la copia de la escritura de Arias Didaz, que habla de ese retablo, la tengo entre las manos.

A veces pienso y no dejo de imaginar situaciones estafalarias que me asaltan sin pretenderlo: ¿Quién leerá estos cueros dentro de quinientos o mil años? ¿Cómo iban a pensar los templarios, tan sólo hace un lustro, cuando todos se enseñoreaban por estos pagos siendo los dueños del mundo...? ¡Y ahora, perseguidos, torturados y matados!

Cuando tenga calma en mi pensamiento —me prometí aquel día—, escribiré todo lo que veo y pienso para que puedan leerlo los hijos y nietos, de los nietos, de mis nietos.

Gelvira lo asaeteaba con preguntas:

—¿Todas las pinturas son iguales que las de Asia? ¿Allí aprendieron a pintar todos los pintores de Occidente? ¿Incluidos los de Castilla...?

—Así ha sido. En Kilikia es donde se han escrito los más bellos pergaminos y donde se han pintado las más bellas tablas y paredes. De allí proceden los más nobles artistas así como los primeros astrónomos de Karahundj que fueron los primeros humanos que midieron el tiempo. Cuando los habitantes de estos campos verdes de Ponferrada, cercanos al fin de la tierra, eran antropófagos, allí ya escribían con alfabetos antiquísimos.

Tuve que narrarle minuciosamente el porqué de las escrituras, la importancia de la de Arias Didaz, y que Rechivaldo se había fugado con fragmentos de los dos juicios de 1218 y de 1235.

Volví a los escritos:

—Mira las fechas: hace dos siglos y doce años, Arias Didaz, y su mujer Elvira... Se llamaba igual que tú, pero, seguro que no era tan bella. Sólo te igualan en hermosura las mujeres de las llanuras del monte Ararat de ojos grandes y negros, pero también cautivadoras.

Gelvira se acurrucó con la cabeza sobre mi pecho diciendo:

—Podían haberlos pintado también a ellos, a Arias y a Elvira.

—Pero no los pintaron, así que, nos quedamos con las ganas de saber cómo eran; aunque Roderico me dijo que hay otro escrito que los describe hasta en sus más mínimos detalles. Debían de ser los más ricos de la contornada.

—¡Cuántas Elviras! En cada página figura una...

—Porque Gelovira, Gelvira, Guelvira, y Elvira son el mismo nombre escrito y pronunciado de distinta manera; que quiere decir: la mujer que tendrá muchos hijos.

—¿Cuántos vamos a tener nosotros? Yo quiero tres por lo menos.

Nos dimos un beso diciendo Gelvira tiernamente: “Hoy vamos a por el primero”.

—Antes de que nazca alguno, tenemos que asegurarle la paz de sus padres para poder criarlo, por lo que tendré que ausentarme una temporada y reconquistar la libertad de la que ahora carezco.

Leí otra página seguida.

—Lo importante para nosotros es que, la pintura que enfrentó al Temple con los benedictinos de San Pedro, a la que se hace referencia en los juicios, no es Jesucristo en las bodas de Caná sino el dios Baco. Aquí lo dice expresamente.

—Pero... si demostráis que la pintura es Baco, os acusarán igualmente de adorar a un dios pagano.

—No, porque llamarle Baphomet ha sido un invento, una calumnia para acusarnos de blasfemos y así exterminarnos para poder robarnos todos los bienes del Temple. Tenemos que demostrar que fue un engaño. Necesitamos juntar todos los escritos originales para demostrar que la pintura del dios Baco con la cuba de vino encima de los hombros, que guardaban los benedictinos para que no pecara nadie venerándolo, el Abad se la encasquetó al Temple convenciendo a los pobres templarios de que representaba a Jesucristo en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino.

—¡Mira esto! —señalaba Gelvira con el dedo—. Dice que Arias Didaz entregó la pintura a los monjes para que la guardaran pero que no hicieran uso de ella y que nunca la sacaran del monasterio.

—Claro...! Ya te lo he explicado. Y al cabo del tiempo, los abades se olvidaron de esto y la canjearon como parte del pago en un cambio de fincas, engañando a los templarios diciéndole que era Jesucristo.

—En las bodas de Caná, nada menos —se admiraba Gelvira—, convirtiendo el agua en vino por los ruegos de la Virgen María. Claro que, el engaño fue perfecto, porque en el retablo copiado en todas las capillas de los templarios y que ahora están quemando en las mismas hogueras que a los templarios, la figura pintada parece un Pantocrátor, un Jesucristo como el que presidía las Iglesias de Bizancio. Pero lo que representa es a Baco, al que los hombres le hacen honores tocando músicas y el dios los desprecia derramando vino que regala a las mujeres.

Volví una y otra vez a leer la escritura de Arias, pero el latín se me seguía resistiendo. Al cabo de varias lecturas ya fui entendiendo algunas palabras: “pinctura dei Baco sacrilega cum hominibus et mulieribus”, la pintura del dios Baco con hombres y mujeres:³⁰

«Como Arias Didaz e sua muller e sua filla e genro e seu fillo Arias e nora daron todos sous heredamentos de tierra de Bierzo e quanto avian en Sanct Facund al monesterio. E pintura de pagano d. Baco por a guarda eno monesterio e non seer poderosos elos monges de vender, nen de sopennorar, nen donar nen extranear»

«In era M C XXX III. Ego Arias Didaz do atque concedo et uxor mea Gelovira, et mea filia Ymblo cum viro suo Martino Petris meas hereditates, quas habeo de abiis

meis vel parentibus meis ad monasterium Santi Petri de Montibus, propter remedium animas nostras vel parentibus nostris...»

—Vamos dentro, porque aquí se nos van a mojar y manchar en cualquier momento. Vamos a poner todos los pergaminos encima de la mesa.

Entramos en el comedor que daba a la cocina donde una mesa de nogal claro, con el tablero de una sola pieza, ocupaba el centro rodeada con seis sillones de cuero. Gelvira extendió un mantel de lino blanco con flores blancas bordadas por ella.

—Este otro pergamino es la primera hoja original del segundo juicio en el año 1235 que saqué de la alforja de Rechivaldo cuando huíamos por los montes Aquilanos.

“Damos y regalamos a los frailes del Temple nuestra pintura antigua que representa a Jesucristo en las bodas de Caná...”

—¿A quién representa esa miniatura tan deliciosa? —preguntó Gelvira.

—En la corona pone la leyenda.

—Déjame leerla.

Gelvira tomó el pergamino en sus manos y lo fue girando con la cabeza ladeada al leer:

—“SAN GREGOR ILLUMINATOR MILES TEMPLI”

—Y aquí está la copia de la segunda parte que está escrita en el segundo pergamino original que se llevó Rechivaldo. ¿...? ¡...! ¿...? ¡Hay tres palabras: “BACHUS” que está clara, significa Baco, y las otras dos no se entienden.

—¿A ver?! Déjame leerlas. Hay letras que no son nuestras, pero parece que pone METEXO. ¿Qué quiere decir “metejo” con letras griegas?

—Es igual. Para los tribunales no valen las copias; los documentos tienen que estar sellados con cera y la impronta acuñada en la que se vea la figura y la leyenda. Y además firmados y rubricados. Tengo que alcanzar a Rechivaldo para juntar los dos originales.

Yo quería explicarle a Gelvira los pormenores de los escritos que ya teníamos:

—Mira: estos pergaminos contienen los diarios del primer juicio, que nos interesa, del año 1218.

Pero Gelvira parecía ausente. Pensaba en varias cosas a la vez, y yo no le seguía las preguntas tan diversas que me formulaba. Yo creía que no entendía nada pero lo había absorbido todo en la cabeza, porque leía más deprisa que yo, incluso el latín de la escritura de Arias Didaz, a trancas y barrancas iba leyéndolo.

—Vamos a terminar de ordenarlo —me decía.

Quien todavía tenía confusas las ideas era yo, que no había descansado la mente ni el cuerpo desde hacía mucho tiempo. Y seguía diciéndome:

—Vamos a ordenar los escritos:

Primero la copia de la escritura de Arias Didaz. Aquí a un lado

El juicio de 1218. Aquí, separada.

Y el original de la primera hoja y la copia de la segunda hoja de 1235

Leyó Gelvira despacio el de 1218. Comprobó por ella misma que faltaban algunos pliegos que tenía Rechivaldo.

Mientras tanto, me dispuse a segar alfalfa para Áureo con la guadaña después de llevarlo a beber agua. Descolgué el gachapo. No fue suficiente afilarla con la piedra. Estaba muy estragada. No cortaba nada y las plantas se trababan en manojos; tenía mellas por todo el filo y estaba oxidada, por lo que tuve que picarla antes de proseguir la faena. Debajo del cobertizo encontré un hierro que me hizo de yunque y tardé un buen rato en encontrar el martillo.

Cuando entré, de nuevo, me dijo:

—Hay que leerlo despacio, para no confundirse. En el año 915, cuando ni siquiera existía el Temple, ya había monjes Benedictinos en San Pedro.

—Claro... Y era un monasterio muy importante que había acumulado riquezas y propiedades desde hacía mucho tiempo. Recibía herencias y cobraba tributos a los campesinos de Castilla, León y Galicia. Pero todo este valle de Valdueza, no pertenecía al monasterio sino que pertenecía al rey Ordoño II. Vamos al corredor desde donde divisamos casi todo el valle.

Salimos al corredor. Yo señalaba extendiendo el brazo y con la otra mano de visera en la frente para quitar el sol de la tarde:

—Mira al norte. Río abajo... ¿Ves aquella arboleda? La de la derecha que se pierde entre la bruma...

—Sí... Sí...

—¿Y que más a la derecha se ensancha el valle? Pues desde allí se baja hasta Ponferrada. Todo el valle es un alfoz de Ponferrada.

—¿Un alfoz?

—Sí. Un alfoz es un conjunto de pueblos con todas sus tierras. Mira al sur. Allí arriba también se pierde el valle tras las últimas colinas.

—Es un valle grandísimo.

—Y muy fértil. Da toda clase de árboles, pesca y animales. Todo el valle era del rey Ordoño II.

—Pero se lo regaló al Monasterio de San Pedro en el año 915, hace tres siglos.

—Es que los reyes regalaban todo a los frailes para asegurar el perdón de los pecados y la salvación eterna.

—Hasta 1118 no se funda el Temple. O sea, que está muy claro: los propietarios del valle eran los benedictinos de San Pedro.

—Pasado el tiempo, se fundó el Temple. Los templarios se asentaron y restauraron el castillo de Ponferrada y adquirieron y heredaron los alfozes de la parte baja y otros valles que confluyen en Ponferrada; y se fueron haciendo los dueños de muchas fincas. En el año 1210, otro rey de León muy posterior, Alfonso IX, se apoderó de las fortalezas de Ponferrada y de las fincas que las rodeaban. También sus huestes se apoderaron por la fuerza de las fortalezas de todos los valles del Sil con todos sus alfozes. Pero al año siguiente se arrepintió de la fechoría que había hecho y redactó una escritura con la que devolvía al Temple lo que le había usurpado.

En la escritura figuraba un error garrafal que decía: “El rey Alfonso IX, devuelve al Temple el castillo de Ponferrada con todos sus alfozes”

—¿Pero cómo le iba a devolver todos los alfozes, si el de Valdueza pertenecía a los frailes de San Pedro? Tendría que haber dicho: “todos los alfozes menos el alfoz de Valdueza que pertenecía a los monjes benedictinos de San Pedro desde hacía dos siglos.

—Pues claro... De ahí vino todo, de ese error del escribano del rey Alfonso IX. Por eso los Templarios decían que eran los dueños de Valdueza y lo demostraban con una escritura del mismísimo rey Alfonso IX.

—Y los monjes de San Pedro tenían otra escritura más antigua del rey Ordoño II en la que también decía que eran ellos y no los templarios, los dueños de Valdueza.

—Por eso reñían y no se ponían de acuerdo. Vamos a leerlo.

31

“En el año 1218.³¹

En la sala capitular del castillo de los templarios de Ponferrada, ante todos los caballeros, el gran maestre Petrum Albitum, después de una arenga larga, terminaba de leer el pergamino en el que se les comunicaba, por orden del Rey, la fecha del juicio esperado durante ocho años, y los nombres de los jueces. Formados militarmente, de diez en fondo con pasillo en medio desde la puerta hasta el entarimado, exhibían las capas blancas y las musculaturas de los brazos cruzados, empuñando la espada en la vaina con la mano derecha y con la izquierda el cuchillo en la funda, como si estuvieran dispuestos para un ataque...”

Gelvira interrumpió la lectura diciendo:

—Aquí dice que el templario Benavides, hace un siglo, quería matar al Abad, en caso de que el fallo de los jueces favoreciera a los benedictinos. Siempre tiene que haber un loco exaltado e irreflexivo que quiere comerse el mundo, pero, por desgracia es el que convence a las masas de locuras irreparables, y es capaz de suicidarse él y aquellos que lo siguen por cualquier causa.

Y yo le contestaba:

—Pero tenía razón el Benavides éste, porque el ejército del rey Alfonso IX había arrebatado al Temple todas las fortalezas del Bierzo con todas sus tierras cultivables, y por lo que sea, se arrepintió y las devolvió. Vamos a releer el pergamino de la “carta privilegio”.

—Sí, sí.... Dice: “el rey Alfonso IX de León devuelve tierras en Ponferrada con todos sus alfozes”

—Si el valle del río Oza era un Alfoz de Ponferrada...

—Ya, mira esta otra escritura dos siglos anterior, del rey Ordoño II, principios del siglo X. El rey Ordoño II es el primero que “da al monasterio de San Pedro el valle del río Oza...”

—¡Vaya un lío que prepararon...! Entonces Alfonso IX no devolvía el valle porque le hubiera aconsejado el confesor, eso era la imaginación del templario Benavides, sino porque, a pesar de saber que un rey anterior (Ordoño II) ya le había regalado a los benedictinos todo el Valle, quería a toda costa favorecer a los templarios.

—Así es.

—Vamos a resumirlo porque, si no, nos liamos.

—Al principio del siglo X (año 915), el Rey Ordoño II regala al monasterio de San Pedro el valle del Oza. Dos siglos más tarde, en el año 1210 el Rey Alfonso IX arrebata al Temple las fortalezas y las tierras de todo el valle de Ponferrada, valle del Sil y otros valles. Un año más tarde, se arrepiente y devuelve al Temple, dice la escritura, las tierras de Ponferrada con sus Alfoces. Pero lo que no sabía es que el valle del Oza pertenecía a San Pedro y también era un Alfoz de Ponferrada. De ahí el malentendido y el lío tan grande que organizaba.

—Evidentemente. Por eso, el Temple y San Pedro se pelearon durante siete años hasta que se celebró el juicio en 1218.

—Donde se entiende todo el desastre del Temple es en la escritura siguiente, porque unos años más tarde siguen peleando hasta que en el año 1235 se resuelve la propiedad del valle, pero no se dan cuenta de que con la mejor voluntad del mundo siembran la persecución y muerte de los templarios en todo el mundo y la destrucción de los castillos. O sea: que aquí empezó todo el desastre, en este momento se sembró el germen de la persecución y destrucción del Temple.

—Yo estoy rendida. Vamos a cenar, y después seguiremos.

—Vamos.

32

Nos dispusimos de nuevo a leer el pergamino antes de que oscureciera, para no tener que encender las velas.

—Sigue el pergamino repitiendo, de otro modo, lo que antes ya estaba escrito. Se ve que, el que escribió esto descansó unos días y no relejó lo que días antes había escrito. Mira:³²

“Desde el ventanuco de la bóveda, el campanero, un mocho de trece años, observaba a vista de pájaro toda la nave, conteniendo la respiración. A cada lado del pasillo central, cinco filas de aguerridos caballeros en actitud desafiante con la espada envainada y la capa blanca suelta, el yelmo en la mano izquierda y la derecha en el pecho. La alineación por orden riguroso de estatura y los cráneos pela-

dos, envueltos en el silencio del castillo, predecían acontecimientos importantes. El humo de las antorchas...

—Aquí dice —reflexionaba Gelvira— que el templario forzado Benavides quería declarar la guerra a los monjes benedictinos...

—Pero no podía —trataba yo de explicarle— porque la regla del Temple decretaba que declarar una guerra era atribución exclusiva del Gran Maestre Guillaume de Chartres (XV Gran Maestre), y en aquellos días estaba en Chipre y en la desembocadura del Nilo.

—También dice —leía con más fruición Gelvira— que el templario Benavides guardaba un gran secreto del Rey de Castilla y del Gran Maestre....

—Cuando un magnate confía un secreto a un cualquiera —interrumpimos la lectura—, con el secreto le transmite un orgullo que le hace actuar como un gallito despreciando a todo el que se ponga por delante.

Asentía Gelvira levantando los ojos del pergamino después de haber pensado en alguien que cumpliera lo que decía.

—Sigamos leyendo:³³

“Habían obligado a mantenerse en silencio absoluto, bajo juramento, a todos los templarios que participaron en la batalla de las Navas de Tolosa y en la escolta del rey de Castilla Alfonso VIII hasta Ponferrada portando el gran tesoro arrebatado a los Almohades capitaneados por Mojamed-Al-Nasir (Miramamolín). Después de la batalla...”

33

Aquella tarde calurosa de verano había sido larga, pero ya quedaba poca luz para seguir leyendo. Estábamos tan embelesados con los relatos tan antiguos de los pergaminos que preparamos un hacha³⁴ para seguir leyendo cuando anocheciera totalmente:

“El día siguiente, se presentaba una mañana gélida con una cuarta de nieve en las praderas. Como el invierno estaba siendo muy duro, el mismo Rey Alfonso IX de León, que presidiría el juicio, había decidido celebrarlo en el scriptorium del monasterio de San Pedro, por ser la sala más cálida. Esta decisión contrariaba al Temple. El Maestre Petrum Albitum torció el hocico porque no le gustó nada. No había argumento convincente que justificara celebrar el juicio en el scriptorium del monasterio de San Pedro. Los templarios también tenían chimenea, sin embargo el rey fue tenaz en su actitud resolutiva y no cedió ante las explicaciones del Maestre Petrum Albitum

*El Maestre del Temple hubiera preferido la sala capitular del castillo...”*³⁵

—Aquí dice que los jueces dieron la razón a los benedictinos...—exclamó Gelvira asombrada.

—Claro. Sigue leyendo

—Los templarios de esta época eran unos sanguinarios. Dice que seis pobres frailes benedictinos salieron al monte de Compludo a recoger leña; y veintidós templarios los acorralaron y los mataron cruelmente vengándose por haber perdido el juicio.

—Pero también dice que el Abad de los benedictinos fue a hablar con el Maestro de Ponferrada, quien no podía creer que los criminales hubieran sido los 22 templarios que habían salido hacia Tierra Santa. Y el Temple los reconoció como los “Seis mártires de Compludo”.

Dijo Gelvira:

—Entonces, esos legajos tienen que estar en los archivos de Avignon, en la Santa Sede, y tienen que figurar como “El proceso de canonización de los seis benedictinos mártires del valle de Compludo”.

Los templarios fueron unos desalmados, unos bestias. Si el juicio no les salía bien, lo resolvían a golpe de espada y mataban al que se les pusiera por delante.

Yo me entristecía y le replicaba:

—Mataban y morían. Empezaron nueve frailes pobres en el Templo de Salomón en 1118; y en un siglo ya habían matado como buenos soldados a miles y miles de enemigos de la Cruz de Jesucristo. Y también hay recuentos que hablan de más de diez mil templarios muertos en combate hasta la época en que se celebró este juicio en 1218 y hasta hoy más de veinte mil templarios muertos en todos los frentes de combate. Y los últimos dos años, en la hoguera y ejecutados como perros. Yo creo que la confusión que causó el retablo, la pintura que los benedictinos regalaron al Temple —a pesar de tenerlo prohibido—, no fue casual sino urdida por el Abad como venganza por la muerte de los seis pobres benedictinos, y así poder acusarlos de adorar a un dios pagano en vez de a Cristo Crucificado. Pero esto no lo podremos demostrar si no conseguimos todos los pergaminos originales.

Gelvira, acurrucada en mi regazo, temblando, me decía:

—¡Qué barbaridad! Si esto fuera ficción... Pero siendo historia como es, lo que estamos leyendo, se me ponen los pelos como escarpas y la carne de gallina.

Nos quedamos los dos pensativos en silencio hasta que yo cogí el siguiente pergamino.

Sigamos leyendo —le dije a Gelvira—, mira:³⁶

“Hacia tiempo que los Caballeros del Templo querían algo de color en su iglesia ya que la austeridad era el signo de sus ciclópeas paredes y sólo dos maderos tos-

cos cortados a machetazos formaban la cruz que presidía el presbiterio con tres pies como los dedos de un ganso..”

Salí a la huerta porque Áureo relinchaba. Gelvira se quedó leyendo absorta. La luz del crepúsculo daba sus últimas boqueadas. Seguía otro pergamino:

“El abad Nuño aprovechó el encuentro con el Maestro Petrum, dudoso como estaba de que la ira del Temple se hubiera aplacado, para insinuarle que deseaba compensar el resultado del juicio cediéndole una de sus más antiguas pinturas de Jesucristo vivo, no muerto en la cruz, una pintura llena de vida, de verdes hojas, de fiesta, con toques de instrumentos; un Jesucristo de abundante cabello más rubio que el oro, y con las carnes blancas, más que el vellón de un cordero”.

Gelvira reconocía mi sospecha y me daba voces diciendo:

—Quizás no vayas muy desencaminado al pensar en una venganza del Abad del Monasterio, porque quizá le dijera todo esto a Petrum Albitum con la intención de engañarlo:

“La túnica de color azul intenso, como el mar de Chipre, o el cielo de Castilla, atada a la cintura. El torso descubierto prediciendo la desnudez de la Cruz, despojándose de cualquier riqueza en sus vestidos. El trono celestial en el que sedía, sin embargo, chapado con láminas de oro, y que presidía, desde hacía muchos lustros, el retablo de su oratorio más íntimo dónde sólo se celebraban misas sin público. Pero de momento pensó que mejor sería consultar en capítulo con todos los capitulares. No obstante le adelantó que no había quedado conforme con la sentencia porque el Temple tenía cierta razón en sus pretensiones, con lo que el Maestro le pidió un abrazo fraterno. En este tiempo cayó enfermo el Abad y ya no volvió a verse con el Maestro. Pero consultó con los frailes si darle la pintura que guardaban desde que Arias Didaz se lo había confiado en custodia para que nadie pecara y que, para cristianizarlo, lo habían interpretado y venerado como a Jesucristo en las bodas”.

Entré en el comedor en el momento en que Gelvira más absorta estaba en la lectura, de tal manera que se estremeció al oírme y saltó de la silla pálida y confusa:

—¡Qué susto me has dado!

Dejó en la mesa el pergamino que leía, cerró los ojos con la mano sobre el pecho y se refugió en mis brazos diciéndome:

—Estoy nerviosa; este molino no es mi sitio; quiero irme contigo.

Yo trataba de convencerla de que no era posible y de que volvería muy pronto con todos los pergaminos. Se me abrían las carnes al tener que negarle su compañía pero no había más remedio. Yo estaba acostumbrado a las penurias y a las incle-

mencias más adversas, y a tener muy presente que cuando se inicia un viaje comienza la incertidumbre. Todo puede ocurrir. Nada es imposible.

Intenté aplacarla:

—¿Has terminado de leerlos?

—No, léelos tú conmigo.

Proseguimos donde había quedado, en el pergamino de las sentencias. Y le dije:

—Roderico ha leído en la biblioteca todos los borradores que no han llegado a escribirse como relatos, sino como glosas y anotaciones, para luego tenerlas en cuenta a la hora de la redacción definitiva; y largas discusiones del Abad con sus consejeros. Me copió estos extractos:

*“Nos defiende el ejército de Galicia...”*³⁷

“Contamos con quinientos soldados y el Temple sólo con setenta...”

—Si, bueno... estos borradores no nos serán muy útiles. Solo valdrán para entender la vida de hace cien años —decía Gelvira—. Los templarios en ese tiempo eran malos, pero los benedictinos no se quedaban cortos.

—Solamente algunos —le recriminé—, como en todas partes. Los templarios hemos sido muy ingenuos y la ingenuidad se paga muy cara, mucho más que la osadía. Nuestro máximo pecado ha sido seguir siendo inocentes como niños sempiternos. Nos predicaron que Jesucristo nos lo exigía y lo seguimos al pie de la letra. Éramos como niños forzudos. A un niño nunca se le debe confiar una daga porque lo más seguro es que se clave con ella. Yo nunca había tenido tiempo de pensar serenamente hasta esta temporada. Ahora que lo veo desde arriba no tengo más remedio que aceptarme como un perfecto necio que no ha tenido más horizontes entre ceja y ceja que traspasar con la espada al enemigo, por muy lejanos viajes que haya realizado y por mucho que me haya creído ser un experto conocedor del mundo.

—¿A Roderico lo vas a dejar que se pudra en el convento? —me dijo Gelvira.

—Mientras yo viaje no tiene ningún lugar más seguro. A veces trato de olvidar, para vivir más tranquilo, que es un templario perseguido a muerte. No le han afectado los nuevos cargos. Él seguirá siendo Pedro Portero. Aunque poco le queda, porque se llamará de nuevo Roderico cuando yo regrese.

También me dijo Roderico la opinión que tenían los benedictinos acerca de los templarios, resumida en este apunte de la biblioteca también de hace un siglo:

*“El Maestre del Temple es rudo, es bueno, se puede confiar en él. Fanático. Sólo tiene una idea teológica en la cabeza: Jesucristo...”*³⁸

—No obstante, tres opiniones dividieron el monasterio. Mira lo que dice aquí:³⁹

“Unos querían, de la misma manera que el Abad, regalar el Baco al Temple y desentenderse de él para siempre.

Otros, apoyados en la escritura de Arias Didaz, defendían con furor que nadie podía sacarlo del edificio; a lo sumo, hacer una copia y regalársela. No faltaban quienes estaban dispuestos a declarar la guerra...”

Me dijo Gelvira:

—Ahora, los Templarios tenían más razón para requerir el valle de Valdueza, porque al ir a tomar posesión y ver que las tierras que heredaban de Andrés Ibáñez (Jovhannes) estaban ubicadas en Valdueza, entendieron que le pertenecían desde antes de que existiera el Rey Ordoño II; y ahora, el Temple no cede ni un ápice y se recrudece el litigio.

—Sigamos —le dije.

“El Abad se arrugó porque le tenía mucho miedo a los templarios...”⁴⁰

Yo le comentaba:

—Se murió el Abad Nuño y el nuevo Abad, Juan Fernández era de la opinión de los que no querían líos. Para acabar, de una vez por todas, las eternas discusiones, lo mejor era desprenderse del Baco para siempre.⁴¹

Gelvira entendió todo el intríngulis al leer la siguiente frase:

“...Fecerunt concambia et dederunt“...Hicieron el cambio y dieron al ad Templum pincturam dei Bachus Temple la pintura del dios Baco como sicut Jeshu Xto. Domino Ntro...” si fuera la de Jesucristo Nuestro Señor....”

Gelvira se compungía diciendo

—¡Pobres templarios! No sabían lo que en aquel momento metían en casa.⁴²

Cuando Gelvira terminó de leerlos señaló:

—Estos pergaminos no contienen las actas selladas del juicio.

—Claro que no —asentí yo—, las actas del juicio las tiene Rechivaldo. Lo que contienen estos pergaminos es un diario del Temple, de lo que sucedía en el Castillo todos los días. Es lo poco que escribíamos en la Orden del Temple. Nosotros no tenemos scriptorium como los benedictinos. El caballero que escribe el diario suele

ser un viejo o un tullido de los que ya no salen a combates. Lo escriben en su celda cada noche antes de acostarse.

Interrumpió Gelvira:

—Pero hay algo que no entiendo: Si estos pergaminos eran de los templarios, ¿cómo es que estaban en el monasterio de San Pedro?

—Porque las actas de este juicio de 1218 con los diarios adicionados y el del juicio de 1235 los llevaba Rechivaldo consigo, y yo, durante la guardia en la noche de nuestra huida, me quedé con parte de ellos. Roderico y yo los hemos tenido guardados en el monasterio. Para que los jueces entiendan que nunca hemos adorado a ningún ídolo, que es la mayor calumnia, hemos de presentarlos con el de Arias Didaz, porque los tres documentos se complementan.

Quise explicarle lo que pensaba: perseguir a Rechivaldo haciéndome pasar por un enviado de la corte para aprender a pintar en Oriente, donde todavía quedarían templarios en sus castillos sin ser perseguidos a muerte, pero no pude.

Tenía que seguir manteniéndole la esperanza de que solamente me ausentaría durante unos días. ¿Cómo podría sincerarme, si probablemente me ocuparía semanas o quizás meses? No podía arriesgarme a que desconfiara de mí ni un ápice. Si le dijera que, para perseguir a Rechivaldo, seguiría los mismos pasos que hubiera dado yo en su lugar, se alarmaría. ¿Cómo iba a meterse en Francia Rechivaldo, si para los templarios era como meternos en la boca del lobo? Llegando a Logroño hay “trebde”, pata de ganso, que es lo mismo; tres caminos para elegir uno. Con la cantidad de oro que llevaba Rechivaldo, elegiría la ruta hacia el Mediterráneo, la más alejada de Nogaret, ministro de Felipe IV de Francia, ya que los pergaminos que llevaba, sin adjuntar los que yo guardaba, sólo acrecentarían su condena.

No podía revelarle todo lo que yo pensaba porque tendría que llevarme el tesoro del molinero para asegurarme una ida y vuelta más cortas: las monedas ganadas por Gelvira obligada a vender su cuerpo. No podía darle más explicaciones porque le sonarían a excusas —siempre son excusas los excesos de explicaciones—, pero, con los pensamientos y recuerdos que me bullían, tejía y destejía mi monólogo de viajes que a Gelvira tanto le agradaban:

—Todas la rutas de la seda y de las Indias y sus desvíos están sembradas de pinturas en las iglesias —seguí relatándole—, incluso en las iglesias subterráneas de Capadocia. Yo las he recorrido casi todas y he rezado en ellas. De aquellas tierras son los mejores pintores del mundo. Allí dicen que se crían los caballos más dóciles y veloces, pero eso debía de ser en la época de Alejandro Magno. Áureo, sin embargo, parece una persona cuando me sonrío moviendo la cabeza, en señal de agradecimiento por el último favor que le haya dispensado. Ayer mismo, me dio un susto tremendo viniendo por la vereda. Yo iba unos pasos más adelantado y de repente se puso de manos con un relincho tan estruendoso como nunca le había oído. Por un momento pensé que se había vuelto loco al intentar aplastarme; y me vi muerto sin remedio bajo sus patas. Me tenía atrapado, se abalanzó sobre mí; y, sin apenas rozarme más que un poquitín la pantorrilla, dejó clavadas las pezuñas al lado de mis pies con la cabeza de una víbora aplastada debajo, y la cola dando latigazos en todos los sentidos. Es el animal más noble y leal que he tenido; por eso,

no me separo nunca de él. Me vigila siempre para avisarme de los peligros. Cuando viajo tengo un centinela perenne a mi lado, y durante mi sueño me alerta del más mínimo movimiento. Nació de una yegua veloz de Sanabria y de un peludo sin casta, lento y pesado del Bierzo. Por eso es fuerte y rápido. Sus antepasados fueron todos del río Valdecaballos al otro lado del Teleno. Yo mismo lo domé desde que tenía unos meses. Nunca ha enfermado. A veces, se niega a comer hierba fresca que por su verdor podría comerse en ensalada, pero él retrocede piafando y negando con la cabeza. Sólo le ha faltado explicarme con palabras el porqué de su rechazo, que nunca he podido deducirlo. No he visto nunca caballo que lo iguale, y eso que de asiático no tiene nada. Bueno... quién sabe... Quizá los caballos y yeguas de estas montañas procedan de Capadocia, la tierra de los mejores caballos, que los trajeran los romanos como trajeron lo que sabemos y creemos, hasta la veneración al dios Baco. Mira lo que dice este pergamino:

“Arias Didaz, para que nadie pecara en adelante adorando falsos dioses, entregó al monasterio la imagen del dios Baco venerado en las bodegas, derramando vino de la cuba hacia sus preferidas, las mujeres, y despreciando las adulaciones de los hombres elevándole sonidos de sus instrumentos”.

Gelvira asentía mientras yo trataba de que no pensara en que pronto teníamos que separarnos; y me contaba, recordando, lo que de niña había oído, en Astorga, al aya que la cuidaba y a su mismo padre: historias del dios del vino que llegó a venerarse en todas las bodegas con más fervor que en Grecia, de donde procedía, o que en Mikra Asia.

Cuando no conseguía distraerla, ella insistía en que quizás fuera inútil la búsqueda de Rechivaldo, pues yo daba por supuesto que sólo habría seguido una ruta, camino de París; y sin embargo, se le había abierto un mundo para esconderse y seguir por otras más recónditas y lejanas donde son frecuentes los asaltos y están llenas de múltiples peligros, que se multiplican viajando uno solo. ¿Me estaba adivinando el pensamiento, o simplemente concluyendo con lógica?

Por más que me esforzaba en convencerla de que no me ocurriría nada, que conocía las rutas y caminos, varias veces pateados —no quería ni mencionarle que había recorrido, en idas y vueltas, los caravansares camino de las Indias—, no cesaba de insistir en que “separarse de mí... por nada del mundo”. De nada valdría vivir oculto, porque mi nombre correría de bando en bando por todos los pueblos y de boca en boca de las vecinas.

“Tarde o temprano —le dije—, el Abad o algún otro fraile se enterará de que soy un templario perseguido y me acusarán también de las muertes del molino porque aquel día falté del monasterio”.

Qué error más grande cometí cuando, por orgullo, no oculté mi nombre. Si no encontrara a Rechivaldo tendríamos que huir a tierras lejanas donde nadie nos conociera; y abandonar el molino, toda su hacienda de Astorga, y la hacienda de mis padres a unas leguas de la suya, que también era cuantiosa.

Pero, al fin, Gelvira fue entrando en razones. Se fue convenciendo de que tenía que ausentarme temporalmente, no sólo para salvarme yo y recobrar la libertad, sino para salvar a occidente del caos y de la barbarie, porque la destrucción del Temple supondría un cambio radical de las costumbres.

A este razonamiento me respondía:

—Barbarie... mientras el hombre sea hombre y la mujer, mujer, siempre existirá, porque querrán estar unos sobre los otros y aprovecharse del trabajo ajeno. No sólo eso. Tú no podrás solucionar el problema humano. No tienes poder para erradicar la mentira porque la mentira es nuestra compañera inseparable. El problema del hombre es que tiene inteligencia para urdir una mentira sobre otra. Siempre deseamos que, lo que pensemos, lo piensen los demás; que lo acaten, pero, no sólo los de su alrededor, sino todos los seres de la tierra; y que las plantas y los animales también se rindan a sus pies y lo adoren.

—Lo peor que tenemos es la inteligencia.

—Y lo mejor.

—No hace falta la inteligencia para entender la naturaleza.

—Sólo sentirla.

—Yo pequé con una odalisca musulmana. Nunca la amé. Fue una locura pasajera, pero a ella le fascinaban los guerreros cristianos; y me lo decía: su hombre era sabio y nunca le había proporcionado satisfacción alguna. Sólo sintió el mundo, las cosas, los placeres de la vida, cuando me tuvo a su lado, cuando tuvo un guerrero bravo que le hacía sentir la tierra, el aire, el agua y el fuego que, mezclados, en el principio habían formado los astros y hasta el propio pensamiento, según decían sus paisanos más viejos de Mileto, a los que la tradición había transmitido de boca en boca los discursos de sus antiguos pensadores, los pensadores de Mikra Asia.

Quise ser tan sincero con Gelvira que comencé a contarle mis interioridades, pero nunca tendría que haberlo hecho porque se entristeció y no hubiera sido necesario.

No obstante, se interesaba por los entresijos pasados.

—Cuéntame tus pecados con la odalisca —me decía mientras salíamos de nuevo a sentarnos en el prado.

—Fueron pocos y todos perdonados. Después de transgredir el voto de castidad pedí confesión al presbítero que cayó prisionero conmigo. El moro mató a la odalisca de un tajo en el cuello, cuando nos pilló acostados. He visto morir a mucha gente pero nada me había impresionado tanto como aquellos ojos parpadeantes en un incesante aleteo de la cabeza separada del cuerpo y los pechos convulsionados y tersos a mi lado inmediatamente antes de quedar flácidos. Y a mí, sorprendentemente me perdonó la vida para llevarme preso con la intención de canjearme por diez prisioneros. Las piernas me temblaron. Fue el día que perdí la inocencia para siempre. Mi vida —pensé— únicamente tiene valor si puede ser canjeada. Pero el canje no se llevó a término porque hubo una batalla cruentísima y la ganaron mis compañeros los cruzados. Nos liberaron de la mazmorra musulmana. No cabíamos en ella. Hacinados como animales, nos trasladaron desde una mezquita que había sido iglesia cristiana, con los frescos arrancados de las paredes aunque algunos no pudieron

ser arrancados y estaban desconchadas las caras bellísimas de todas las efigies o raspadas intencionadamente para ocultar la historia pasada; pero la historia no hace falta ocultarla porque no se ha dejado que exista.

No hacen la historia los cronistas de los reyes sino nosotros, la gente. La verdadera historia es la que queda oculta sin que nadie la sepa, sólo los involucrados en ella. Por eso, ya escribiré todo lo que recuerde y me quepa en los pergaminos de los que dispongo. Obtendré pergaminos y tinta y escribiré para que no se olvide. La historia no está escrita en archivos oficiales de los monasterios ni en anales palaciegos, ni siquiera en la biblioteca del Papa en el Vaticano, sino en las casas de los campesinos, de los guerreros, de los monjes de los coros. Los abades ya no son protagonistas de la historia auténtica ya que se les reservan párrafos especiales para glorificarlos después de la muerte.

Por el contrario, está escrita entre recuerdos que pasan a ser olvidos en unos años. Está escrita y grabada en los cuerpos mártires de héroes desconocidos, satisfechos consigo mismos por haber cumplido el deber encomendado. Por eso, la historia verdadera de los hombres no existe, porque nadie la ha escrito. A veces, casualmente, algunos pergaminos se conservan unos siglos. Espero que esto que escribo recordando mi vida, en el futuro, dé con alguien que prorrogue su existencia unos años más, pero soy consciente de que nada más que unos años, cincuenta, cien, quinientos, mil, quién sabe... pero, al fin y al cabo sólo unos años, que pasándolos —y todo llega, porque no hay plazo que no se cumpla—, vuelve a ser olvidado para siempre.

Lo de los jarcas o los reyes es otra cosa; no es historia propiamente dicha, sino la relación de nombres de los que se impusieron por la fuerza bruta y sometieron a sus semejantes. No fueron, las más de las veces, acreedores por sus actos; y tampoco fueron juzgados y sentenciados por su merecido.

Gelvira, al escucharme, se estrechaba contra mí con más cariño. Lo que más la entusiasmaba eran mis relatos de viajes, pero también se extasiaba con mi opinión sobre cualquier cosa, y le conté el desembarco de las galeras lloviéndonos flechas en la costa de Éfeso donde predicó San Pablo, al lado de la choza adonde San Juan llevó a la Virgen a vivir sus últimos días; y la batalla que allí libramos, donde casi todos cayeron muertos a mi lado. Y después, la huida hasta el centro de Mikra Asia, y los escondites bajo tierra, las cuevas de los cristianos, que protegían a los templarios y nos curaban las heridas con barro blanco en casas excavadas en la roca igual que la cueva de San Genadio en el valle del Silencio, al pie de los montes Aquilanos, pero sin selvas y sin lobos.

—Allí dicen que los árboles se han convertido en piedras con el paso del tiempo y se han quedado sin ramas, y que a vivir dentro de los árboles horadados lo aprendieron de los hombres desnudos de África que los llevaban a Roma como esclavos o como entrenadores de los gladiadores. En un valle de aquellos, regadas por fuentes cristalinas las grandiosas selvas de árboles gigantescos con raíces hasta la misma puerta del palacio de Vulcano en lo más profundo de la tierra, por haber desoído Adán y Eva la voz del Dios del Génesis, Lucifer se convirtió en Priapo y el árbol milenario llamado el de la ciencia del bien y del mal, el más grande del valle,

igual que una montaña, perdió las hojas y las ramas y quedó petrificado en forma de gran falo del que Adán y sus descendientes serían esclavos para siempre, incluso teniendo que vivir y morir en sus entrañas. Así, todos los árboles lo imitaron, y lo que habían sido frondas verdísimas quedaron reducidas a una selva fálica gigantesca y seca. Entre sus raíces, excavando cuevas subterráneas, tuvieron que esconderse los seres humanos alternándose perseguidores y perseguidos, matándose unos a otros el resto de sus días.

Nos quedamos quietos mirando el cielo limpio. Después de un largo silencio en el que los dos pensábamos, con su cabeza en mi regazo, esbozó una leve sonrisa mirándome a los ojos y me dijo:

—¿Podremos casarnos algún día?

—¡Claro...! Cuando vuelva con todas las escrituras y las junte a estas, y sea libre como esas águilas...

Pasaron dos muy cerca con las alas deshilachadas en los extremos.

—¿Y si no encuentras a Rechivaldo y la otra mitad de los pergaminos? —insistía.

—Tengo que intentarlo por todos los medios. He empeñado mi palabra con Roderico, que me espera para salir del convento con el orgullo de ser templario. Mi palabra vale más que la firma del notario. Es cuestión de unos días —le dije—. Y por muy malas que vengan dadas, antes de la Navidad estaré de vuelta con los pergaminos o sin ellos.

Gelvira, resignada, quedó en ir en busca de sus tíos Pedro Osorio y María, quienes, de niña, la querían a pesar de que era una vergüenza para la noble familia. Algo ocurrió entre ellos que nunca más la dejaron verlos, aunque Gelvira no llegó a enterarse de lo inextricable en aquellas riñas familiares. Sí sabía que se habían insultado nombrándola, y así sobrellevaba un sentimiento de culpabilidad sin saber ni por qué, ni cómo, pero se lo imaginaba. Muy a duras penas se fue enterando de toda su genealogía porque sí sabía quién era su padre y quién su tatarabuelo, pero del resto de parientes se lo habían ocultado a pesar de haberle procurado la educación más exquisita y esmerada. Al final decidieron no casarla con noble caballero sino que era mejor que viviera apartada en el molino aunque se casara con un bestia. Su padre era cura y su tatarabuelo había sido el famoso Obispo Nuño que tuvo dos hijas y un hijo (Tereysa, Beneyto y Gelovira Núñez) pero sólo reconoció y dio el apellido a la más pequeña que la casó con el noble Alvar Rodríguez Osorio. Estos tuvieron un hijo, otro noble, que casó con María de Biedma y fueron los abuelos de Gelvira, porque a su vez tuvieron un hijo legítimo que fue el presbítero Beneyto, padre de Gelvira y otro hijo ilegítimo: el molinero. Del resto de los primos sólo tuvo noticia de Vela y Vivían Núñez

¿Acaso sería mejor acudir a casa de estos? —se preguntaba—. Cualquiera Núñez u Osorio de todo el reino tenían algún parentesco con ella. Titubeaba entre varias posibilidades.

Prepararía el ajuar con esmero como si fuera la primera boda y, cuando volviera, la celebraríamos en Santa María de Astorga con las campanas al vuelo para que se enterara todo el mundo, con invitados y todo el cabildo en procesión detrás de

los novios para desposeerse del sentimiento de postergación que había sufrido. Sería la esposa de un valeroso cruzado que, habiendo sido caballero templario, abandonaría solemnemente la orden del Temple reinstaurada y floreciendo de nuevo gracias a su intrepidez y valentía, cautivado por la belleza de la dama de más alta alcurnia, orgullo de todos los Osorios y los Núñez. La unión con su tío, el molinero, quedaría atrás como una diabólica pesadilla. Y acudirían a escoltar a los novios, entrando en la iglesia, los caballeros templarios de Ponferrada y de Turienzo y de todos los castillos de la península Ibérica con sus armaduras y capas blancas con la cruz bordada en rojo y en oro, precedidos por el Gran Maestre del Temple venido de París exclusivamente para asistir a la ceremonia.

“Martín escribirá en un libro becerro todas las batallas y aventuras, y será la admiración de todas las cortes y de la Santa Iglesia” —pronunciaba estas palabras Gelvira garabateándolas con el dedo en el aire limpio como si el cielo fuera una pizarra.

Por acelerar la boda, al verla destilar ilusión por sus pupilas, pensé decirle a Roderico que la copia del segundo pergamino del juicio de 1235, podría valer en un auto a falta de la original, y podíamos probar a presentarla, renunciando a buscar la original que tenía Rechivaldo. La ilusión que veía en Gelvira me desbordaba y a veces me hacía recular en mi proyecto, temeroso de que algo me fallara.

Al día siguiente, de nuevo, con la carreta, subió otra quilma de harina al monasterio para citarme en el castaño con Roderico para proponérselo, pero le pareció una locura y perdimos otro día. Él estaba harto del convento y, cuanto antes, quería restaurar el Temple. Deseaba ardientemente seguir siendo un orgulloso caballero templario, ya que no había conocido otro estado. Quería un juicio contundente con las pruebas irrefutables que tendríamos con todos los pergaminos originales. Mi determinación fue tajante al ver su semblante desconfiado cuando empecé a cambiarle los planteamientos. Por nada del mundo podía fallarle en mi palabra.

Llegó el momento en que teníamos que separarnos y, antes de la despedida, rogué a Gelvira que me hiciera una promesa pues el cillerero estaba a punto de llegar de Astorga. “Si intenta forzarme —me dijo atendiendo mi súplica—, simularé agrado sin oponer resistencia, porque es un hombre corpulento al que no tendría posibilidad de reducirlo, y le clavaré el cuchillo en la espalda”. Yo se lo dejé bien afilado y dispuesto en el larguero de la cama.

Cuando tenía las alforjas llenas con ropa, algo de comida para los primeros días, un fardel con las monedas de oro que había atesorado el molinero, y los tres pergaminos: la copia de Arias Didaz, el original de la primera hoja de 1235 y la copia de la segunda hoja de 1235, Áureo me miró relinchando como si se quejara del peso. “No queda más remedio, amigo” —le dije con unas palmadas en el pescuezo y caricias en las crines—; con lo que quedó satisfecho e inquieto, ya que, al verse cargado, sabía que emprendíamos la marcha después de tanto tiempo sin apenas habernos movido, acostumbrado como estaba a caminatas titánicas.

Por la noche subí, sin que nadie me viera, a dormir a la cabaña, y, desde allí,

al amanecer, emprendí la marcha.

Muy pronto, de la posada de un pueblo, salía una expedición de peregrinos rubios de aspecto franco-germánico, que volvían de Compostela. Trabé conversación hablando por señas, como si fuéramos mudos, acerca del santo; y aceptaron de buen grado mi compañía.

Presidía la comitiva un caballo persa cuyo jinete joven enarbolaba un estandarte de Santiago peregrino. Detrás, una carreta desvencijada con yunta de bueyes portaba unas andas sujetando un Cristo con los pies cruzados, excesivamente grandes: “Patrón de los peregrinos”, llegué a entenderles. Hablaban en germánico. Al caballo le llamaban “Ferd” y al que lo montaba “Ferdinandus”. Entre bromas sobre la etimología de su nombre, en la que no se ponían de acuerdo —conversación extraña entre peregrinos—, alternando con silencios y oraciones, llenamos el primer día y llegamos a dormir al lado del puente del Orbigo. Tendríamos que pasar el más hermoso, el Puente la Reina,⁴³ después de tres o cuatro jornadas de camino. Cuando llegamos a la pradera, uno de ellos, larguirucho, de aspecto frailuno por los ademanes de sacristán maniático al colocar los cirios, también por señas, gesticulando en exceso, me señalaba los pies inflamados del Cristo, sangrados después de la caminata simbolizada en ellos, acompañando a los caballeros en su camino. La Cruz iba incrustada en un pedestal que parecía una roca.

Yo no había reparado en detalles pero ya me fijé despacio en la expresión del Cristo. El sacristán maniático aceleró el encendido de las velas, al verme interesado en la belleza de la talla, porque estaba anocheciendo. Los maderos toscos de la cruz con los tuecos de las ramas salientes para que le hicieran más daño en el cuerpo, y, sin embargo, la cara complaciente simbolizaban el martirio de los caballeros duros y transparentes, como el cuarzo —quería expresarme con sus gestos repetidos el sacristán larguirucho—, como si, a pesar de estar muerto, se mostrara satisfecho de haber concluido el camino sin espinas en la corona, que eran palos de madera incrustados en la doble soga que ceñía la cabeza. El porqué de habérselas quitado no logré saberlo por más que intenté preguntarle. Se cansó de ir y venir desde mí hasta el Cristo, dando vueltas, mirando al cielo, contándose los dedos, estirándolos hasta

hacer crujir las articulaciones de las falanges, pero, nada... no pude entenderlo y seguí contemplando la imagen. La cintura y los muslos estaban cubiertos por una capa templaria arrebujada, que dejaba descubierta la rodilla derecha. En uno de los pliegues asomaba un brazo de la cruz paté bordada que, en la talla, estaba pintada de rojo. Los borbotones de sangre en la llaga del costado se mostraban como montones coagulados. Lo habían arrancado, sin duda, de la capilla de algún castillo del Temple. De la pintura del dios Baco, que los benedictinos nos habían metido en los castillos, se habían hecho todas las copias iguales y habían sido distribuidas por todos los castillos. Todas las copias se quemaron,⁴⁴ pero los cristos procedían de talleres de artistas diversos y estaban repartidos por los alrededores de todos los castillos. Este Cristo era inconfundible, con la trepde⁴⁵ de caminos en una encrucijada de cuatro como el pie de un ganso. Esto siempre lo decía Jacques de Molay en las Cruzadas cuando salíamos por los caminos. De todas las encrucijadas partían tres caminos por lo menos: a Jerusalén, a Roma y a Santiago; eso era lo que simbolizaban los tres palos de brazos y cabeza del Cristo dibujando, en el ábside de cada capilla, una pata de Oca, señal ineludible de una construcción templaria.

¡Allí iba algún templario camuflado!

Yo no hurgué preguntando, pero un cruce de miradas nos delató mutuamente. Uno de ellos debió de ver en mí un templario por algún detalle imperceptible a los ojos de cualquiera.

Andábamos errantes por los caminos buscando el más seguro anonimato. Si hablaban occitano o castellano no lo supe, pues yo sólo les oía gorjear en germánico.

Otra noche, durmiendo ya cerca de Burgos, en un establo, al lado de Áureo, se me soltaron los dos primeros regueros de lágrimas desde que era niño. ¡Cincuenta mil templarios desperdigados por los caminos! Hacía muy poco tiempo, cuando nos encontrábamos, nos conocíamos aunque no habláramos la misma lengua, blandíamos las espadas brillantes, ondeaban nuestras capas blancas, mostrábamos la cruz en el pecho y en el brazo; lo celebrábamos con vino brindando por las victorias conseguidas.

Lloré hasta que me rindió el sueño.

En Burgos, preguntando y preguntando, un mulero me dio referencias de Rechivaldo; por allí sí había pasado hacía dos meses por lo menos; y lo identificaron por el color del caballo con pintas blancas, inconfundibles. Por lo menos ya tenía una pista. Entre Burgos y Logroño paré a cada campesino con el que nos cruzábamos. Todos ellos se quedaban pensando, pero de un caballo con las pintas blancas en el pecho nadie me dio referencias. Lo que sí me ofrecieron como si fuera una costumbre rutinaria fue “pan y vino para hacer llevadero el camino al peregrino” salmodiando los versos con un canturreo.

Al día siguiente por la noche, llegamos a Logroño donde casi todos cogieron una melopea de aúpa y durmieron como niños en los cobertizos de una venta. Mientras dormían me acerqué al Castillo, y, por segunda vez, se me soltaron las lágrimas al ver quemadas sus vigas con las techumbres derruidas y a unos campesinos robando las mejores piedras de los arcos, de los dinteles y de las jambas.

Clasificaban las dovelas y se las llevaban con carretas de bueyes. Se me encogía la nariz por dentro y no podía dejar de llorar.

Logroño era la trebde más importante de Hispania. Y se leía en un mapa grabado en maderos a la entrada del pueblo.

Una ruta, por tierra: Puente la Reina, Jaca, Occitania, ROMA.

Otra, por mar: Aragón a Barcelona, JERUSALEM.

Y la tercera, también por tierra, hasta COMPOSTELA.

En el Castillo de Logroño me desvié y abandoné a la expedición con la que viajaba. Me encontré con dos adoberos en una obra al lado del camino, haciendo adobes con barro y paja. Cuando les pregunté por Rechivaldo y su caballo, se miraron queriéndose hacer los desentendidos. Sin duda, algo sabían. A uno de ellos le sonaba mi cara —me dijo—, pero no sabía ni dónde ni cuando se había encontrado conmigo. Al despedirnos, uno de ellos se quedó pasmado viéndome montar a Áureo. Cuchichearon y me rogó que desmontara y volviera a montarlo. Al parecer lo hacía de una manera única. Empecé el trote y me dieron una voz haciéndome volver hacia ellos. Dejaron la pala y el rastrillo a un lado y vinieron a mi encuentro. Estaba tan seguro de lo que decía, que el más alto me espetó de golpe: “Tú eres templario”. Yo me quedé tieso. En ese momento titubeé entre hincar las espuelas saliendo al galope o matarlos. Me tiré del caballo desenfundando la daga. No podía dejar ningún testigo de mi presencia. Por los alrededores no había nadie. Se quedaron paralizados, con las manos abiertas en ademán de calmarme. El más bajo, temblando, se arrodilló, y con el dedo, trazó en el suelo la cruz paté llorando a lágrima viva: “Yo soy el caballero Bellprat. ¿No me conoces?”

Me caí al suelo y me contagié el llanto. Ninguno de los tres podíamos articular palabra. El otro, que era un capellán con las Sagradas Órdenes del castillo de Peñíscola, no cesaba de decir en sus sollozos: “...*dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris et et ne nos inducas in tentationem...*”.

Entrecortando las palabras le corría una lágrima entre las briznas de barro y seguía diciendo: “¿Qué pecado hemos cometido para merecer tantos sufrimientos?”.

El sol aplastante de mediodía y la tensión sufrida le hicieron caer de bruces. No recobró el sentido hasta pasado un buen rato debajo del cobertizo, adonde lo llevamos y le dimos agua.

Para librarse de la muerte se habían despojado de las armas, vestiduras y capa. Las habían cambiado por andrajos de adoberos; y las calzas de cuero brillante las habían cambiado por los pies desnudos y embarrados en la charca. Con tantas salpicaduras de barro en la cara no había quien lo conociera. Bellprat y yo habíamos luchado codo con codo en la última cruzada, antes de volver yo a Ponferrada y él a su castillo de Tortosa.

Áureo, al vernos, suspendió la posición firme de escolta vigilante, en la que había permanecido detrás de mí, y marchó lento hasta la sombra de un árbol solitario.

Me quedé con ellos esa tarde y dormimos en la paja trillada con la que fabricaban los adobes con un molde de tablas. A mí me reservaron el mismo lecho que

Rechivaldo había ocupado. Cuando terminé de contarles por qué lo perseguía, los dos, a la vez, se llevaron las manos a la cabeza.

Rechivaldo, en contra de lo que yo había pensado, tenía intención de llegar a París, pero hablando con ellos, le advirtieron que desistiera porque irremisiblemente moriría en la hoguera junto con el Gran Maestre Jacques de Molay que estaba preso, según ellos sabían, con lo que cambió el rumbo hacia Roma.

Cuando ya estaba en Puente la Reina, oyó un bando que anunciaba la búsqueda de un templario con el caballo de pintas blancas. Alguien había denunciado la sospecha —me contaban—, con lo que se dio la vuelta por la noche. El caballo se quedó echado y se le negó a seguir corriendo. Pagó una fortuna, en metálico, por una yegua negra en el mercado matutino, allí en la misma explanada de los adobes. Como Bellprat y el fraile eran albañiles que no levantaban sospecha por ser vecinos del pueblo desde hacía varios meses, Rechivaldo les regaló el caballo de las pintas blancas, que apenas se movía; y lo llevaron al pozo renqueante, doblándosele las patas, para ver si se curaba, que buena falta les hacía. Pero también oyeron el bando en Logroño y lo dejaron morir sin darle agua. Las pintas blancas, tan graciosas, se habían convertido en diabólicas. Rechivaldo no tuvo otra opción más que enrolarse con una caravana de mercaderes que iban a Barcelona.

Yo no tenía más remedio que salir a galope antes de que amaneciera, camino de Barcelona antes de que Rechivaldo se hiciese a la mar, porque, a veces, para coger un barco, había que esperar dos o tres meses, y quizá, si me apresurara suficientemente, alcanzaría a Rechivaldo antes de que embarcase.

Después de una legua andada, me detuve a leer el pergamino clavado en un letrero que decía: “Caminantes, mercaderes, hombres que amáis la justicia. Martin de Castriello, criminal irredento y peligroso, anda suelto. Denunciadlo a las autoridades”.

Cuando vi mi nombre y apellido no sabía qué hacer, si seguir adelante o volver con Gelvira. Se me metió en la cabeza que estarían torturándola y no podía soportar la imagen de Gelvira colgada de la viga, desnuda y muriendo, o violada, quién sabe... Quizá habría llegado a casa de sus primos, y se habría ocultado al oír el bando de mi búsqueda... Me invadió la angustia. ¿Estarían culpándola de haber matado al molinero? ¿Estarían culpándola de haber matado también al notario y al merino? No soportaba mi zozobra. No he sabido de dónde saqué fuerzas para seguir adelante, aunque no podía hacer otra cosa, pues mi nombre era público en todo el reino e incluso allende las altas montañas.

Tardé varias noches en llegar a Barcelona. Durante el día me ocultaba en el bosque que encontraba más cercano al camino y descansábamos. En la última caminata, cerca de Barcelona, perdí la senda y tuvimos que sortear toda clase de malezas. Aureo me miraba sin quejarse, pero el esfuerzo había sido tan grande que caminaba cojo. Llegamos al puerto tan cansados, que Aureo trastabillaba en las losas del empedrado; y, además, había perdido las herraduras. El bullicio era ingente entre la maraña de carretas y animales de carga llevando y trayendo toda clase de bultos y mercancías pesadas que, al pasar, con el roce lo hacían tambalearse. Paré a

herrarlo en un potro donde erraban los caballos de los picapedreros que levantaban una gran iglesia, muy cerca de la playa.

En el puerto nadie me daba referencias de Rechivaldo. Hacia Roma no había partido ningún barco desde hacía semanas. Aquella misma mañana habían salido barcos rumbo a Constantinopla, Alejandría, Túnez y Chipre. En el único que se habían cargado dos caballos y una yegua negra era en el de Chipre.

Al lado de la ermita del puerto estaban amontonadas las pacas de lino, toneles y cántaros de aceite para llevarlos a Chipre en otro barco, pero tenía que esperar dos días. Intenté negociar con el patrón el transporte de Áureo, haciéndome yo cargo de la paja para sustentarlo y el alquiler de la bodega y su limpieza. Pero cuando vio que cojeaba se negó en rotundo y no aceptaba dinero. Subí hasta agotar, en una subasta en la que pujaba yo sólo ante el patrón del barco, una buena cantidad de las monedas de oro que llevaba, pero no hubo manera. Aquel patrón, no cabe duda, entendía de caballos.

Tal y como anda —me decía sin dejar de observar su cojera—, tiene que almacenar mucho pus debajo de la pezuña, y si no lo curas se morirá en unos días.

Me vi obligado a someterme y sonreírle porque era el único barco que saldría hacia Chipre.

Tenía que vender a Áureo antes de embarcarme. Lo llevé a la tapia de enfrente y lo até a la argolla al lado de unas mulas que también se vendían. Cuando estaba mirando a la pared, volvió la cabeza agachada y me miró con tal tristeza que parecía que se me partían el esternón y las costillas contagiándome la pena.

Después de darle hierba y agua, compré una fardela de lino doble con agujero en medio para meter la cabeza y llevar sobre mis hombros el oro y los pergaminos. También compré una capa de cuero que me haría falta en el barco. Volví hacia el patrón a pagarle el pasaje. No podía quedarme en tierra. Aquella noche húmeda y fresca la pasé al raso, al lado de Áureo, que se echó a mi lado; y el calor de su barriga y la capa me permitieron dormir y descansar del largo recorrido. Ni un solo comprador había salido. Nadie preguntaba ni siquiera el precio. Por la mañana me sorprendió la amabilidad de un barcelonés al que había preguntado el día anterior por Rechivaldo. Venía con un hombre negro buscándome, sólo para comunicarme que sí, que aquel africano le había vendido su puesto en el barco con rumbo a Chipre por el doble de lo que a él le había costado, que iba repleto de personas, caballos y mercancías, y que se embarcaría conmigo y con su caballo en mi misma nave. Rechivaldo estuvo preguntando por una galera que saliera hacia Roma, pero ya hacía días que no salía ninguna. En Chipre, donde quedarían enclaves templarios que todavía no habrían sido destruidos, nos veríamos.

Quise pagarle al barcelonés, con una moneda de cobre, la información que me daba, pero me la rechazó de plano.

—Mis padres⁴⁶ —se puso muy digno cerrando los ojos— me enseñaron que los favores no se pagan.

Se la di al del pelo crespo y grandes ojos blancos, quien, tras mirarnos repetidas veces, como asustado, la tomó de buen grado y la metió en la alforja. Era la última que me quedaba, así que me fui a un puesto de otro barcelonés gordo, sentado en

una banqueta como si fuera un banquero de la ciudad de San Marcos de Venecia, que chapurreaba todos los idiomas para hacer cambios de dinero. Por una moneda de oro me llenó la faltriquera de pugasas de cobre.

En el trasiego del puerto y su tinglado anejo, entraban y salían carros tirados por bueyes, carretas de caballos con mercancías pesadas, toneles o hatijos de herramientas, piedras talladas para obras y estatuas esculpidas, alijos, mulas y burros trasportando sacos en los lomos, con las alforjas llenas. En el bullir desordenado, unos pedían paso, otros azuzaban a las caballerías con los lomos estirados para sacar las ruedas de un atasco; también restrallaba en el aire algún que otro trallazo en las grupas de unas caballerías remisas. El griterío del mercado comprando y vendiendo era tal que para entenderse había que hablar a voces.

El reloj del puerto ya tenía la sombra del gnomon en las 10; y a las 12 zarpaba el barco. Me quedaba poco tiempo para elegirle dueño a Áureo. Me dediqué a parar a los peatones más cargados de fardos en las espaldas a los que podría hacerles más falta. Cada cual hablaba a su manera pero a todos entendía. Trabé conversación con unos cuantos a los que ofrecía vino o agua. Algunos, desconfiados, miraron y remiraron las calabazas antes de probar, pero todos accedían muy agradecidos; los que más, pasaban el envés de la mano por la frente limpiando los sudores. Y mientras descansaban con el fardo en el suelo, me interesé por lo que llevaban y a cuánto lo venderían si ellos eran los dueños, porque la mayoría sólo eran acémilas de carga.

Entretanto, por la manera de hablar, comprobaba sus sentimientos. A los que blasfemaban contra Dios, los descartaba, menos a un pequeñajo y delgaducho al que no se le veía, pues el fardo tan grande lo tapaba ocupando toda la calle. Tenía las piernas torcidas de tanto acarrear bultos y una voz aflautada pidiendo paso y blasfemando en arameo. Por lo que se ve, sabía el libro de Dionisio Areopagita y las cartas de San Pablo de memoria. Soltó el fardo y salió de debajo como si fuera una tortuga cagándose en Dominaciones, Tronos, Querubines, Serafines, Ángeles y Arcángeles y, después de beber un trago, se olvidó de agradecerlo; y en un momento volvió a repetir el cagamento en la retahíla. La retahíla, la decía en lengua latina. Cuando le dije que le vendía un caballo por el dinero que llevara encima, no se lo creía; le entró una risa que casi se cae al suelo. Se metía las manos entre las piernas retorciéndose y me señalaba con un dedo. Insistía en sus juramentos. Se llamaba Enric. Me contagió la risa y le dije que me acompañara. Había seleccionado a otros dos que me estaban esperando al lado de sus fardos: un mozalbete que trabajaba para sacar adelante a su madre enferma, llamado Jaume, y un hombre de habla lenta, precisa, con pinta de sensato, de unos treinta y cinco años llamado Alfred.

Cuando llegamos a la pared donde Áureo estaba atado, los tres sacaron sus dinerillos que les cabían en la palma de la mano, mirando entre ellos a ver quién era el que más tenía.

Áureo no quería mirarnos; estaba inmóvil con la mirada baja, la testuz apoyada en el muro y la cola lacia.

Al abrazarme al pescuezo, un escalofrío me sacudió el espinazo.

—Adiós, Áureo —le dije—. Tendrás que cargar fardos para ganar el sustento. Cuando yo vuelva de Chipre...

Me interrumpió con un relincho ahogado. Estaba entendiendo todo.

Volví a decirle:

—Cuando vuelva de Chipre llevarás en la grupa a Gelvira adornada con flores blancas del Teleno desde su casa a la Iglesia de Santa María.

Enric y Jaume, al ver que le hablaba, se reían. Áureo volvió la cabeza hacia ellos y acrecentó su tristeza. Lloró lágrimas auténticas que mojaron el polvo del suelo. Yo no pude contenerme y lo abracé más fuerte todavía con llanto amargo. Alfred lloró conmigo y le rascó la cabeza dándole palmadas en la cara. A los otros dos les agradecí su compañía dándoles una moneda de cobre a cada uno y marcharon tan contentos.

Con Alfred hice un trato. Le di dos monedas de oro para que curara la pata y no lo sometiera a grandes cargas. Solamente lo que pudiera transportar un hombre, lo que él habitualmente transportaba, pero, con el caballo, podría hacer más deprisa el doble de viajes. Subí al barco y cuando soltaron amarras, Áureo se dio la vuelta y se puso de manos. Relinchó tan potentemente que los viandantes se asustaron y por un momento el puerto se quedó en silencio escuchándolo.

Me asaltaba la idea, con cargo de conciencia, de haber dejado a Gelvira engañada, haciéndole pensar que volvería en unos días, sabiendo yo que esto iba a durar mucho tiempo. Corría ya el otoño después de aquel verano caluroso.

37

Llegó el momento en el que ya no divisaba tierra cuando se me hizo densa la inmensidad del universo.

Al verme rodeado de agua en medio del “Mare nostrum”, mirando a popa en la cubierta, sentado sobre pacas de lana, descansando por primera vez desde hacía mucho tiempo, me invadió la angustia al no poder hacer nada más que pensar en todo lo que había hecho, en todo mi pasado desde niño.

Se me revolvieron las entrañas por haber dejado a Gelvira engañada, siendo consciente de que este periplo iba a durar mucho tiempo, y no unos días, como le prometía para salir del paso. No podía aguantar su recuerdo, pero al mismo tiempo tampoco podía olvidarla. La tenía presente en todo momento.

Sólo quería encontrar a Rechivaldo y atravesarlo con la daga, y si fuera posible atarlo y abrirlo en canal con una espada para que sus tripas se derramaran por el suelo. Al imaginarlo así, como un cerdo el día de mi santo, me dio tanto asco que tuve que levantarme y, sobre la baranda de estribor, devolver todo lo que había comido. Me puse enfermo con su recuerdo. Todo lo que comía me recordaba a Rechivaldo y cuando más lo recordaba más vomitaba.

Después de dos días, me rindió el cansancio y me dormía a ratos. En los sueños siempre estaba Gelvira andando sobre las olas unas veces, corriendo entre los trigales otras, pero siempre escurridiza como las truchas cogidas con una mano, sin po-

der retenerla, porque, cuando iba a darle alcance, se me escabullía sonriente y desaparecía al momento. Cuantos más deseos de acariciarla, más angustia me entraba desde el ombligo hasta la barba.

Transcurridas las primeras jornadas con el mar quieto y sin percance importante, paramos en dos puertos por cuyos nombres no me interesé. Yo seguía enfermo, me daba vueltas la cabeza y ni siquiera salí del barco mientras cargaban y descargaban pacas de lana y otras mercancías. Seguimos día y noche hasta que en el horizonte se divisaba un barco. Sonó la campana de alarma y los marineros se pusieron en guardia, los remeros a sus remos, ajeteo de ires y venires, subidas y bajadas por los mástiles enmarañados con cuerdas y poleas entre los que se desplegaron otra vez las velas adoptando distintas orientaciones.

Pero muy pronto volvió todo a su sitio después de que el patrón subió a un palo por la escala de soga y dijo a voces que era una embarcación templaria, con la cruz paté en la vela mayor, de la que había recibido la señal de desviar el rumbo.

Ningún barco cristiano desarmado podía entrar en las ciudades que habían caído en poder de los musulmanes.

Aprovechando que, en la quietud del mar, no se oía más que el trac-trac de un madero que colgaba de unas cuerdas en la cubierta, me dispuse a sacar los tres pergaminos que llevaba, para estudiarlos. La quilla cortaba el agua y detrás, a ambos lados de la estela, nos perseguía un banco de delfines dando gritos con saltos eufóricos como si se rieran de los navegantes, por las caras que ponían, o nos invitaran a tirarnos al agua para jugar con ellos. Como nadie les hizo caso, desaparecieron. Yo saqué los pergaminos y repasé uno a uno. No pude seguir leyendo cuando me topé con la miniatura de San Gregorio Iluminator, exquisitamente dibujada con finos trazos azules y rojos.

Conté, de nuevo, las cruces templarias de la casulla primorosamente dibujadas también con azules y negros y rojos; y en la corona, la inscripción con su nombre.

Además de ocupar mi pensamiento con Gelvira, lo ocupé con Roderico metido en el convento esperando mi regreso. La pata infectada de Aureo invadió mi cabeza. Por un momento me arrepentí de haberlo dejado. Lo echaba mucho de menos. Tenía que haber esperado a que se curara y haberlo embarcado conmigo. Cuando lograba dormirme me despertaba con su desgarrador relincho. ¡Acumulaba en mis adentros, cada vez, más aversión a Rechivaldo!

Acaricié, letra por letra, los sutiles relieves de los pergaminos:

La copia de Arias Didaz,

El original de la primera hoja de 1235.

La copia de la segunda hoja de 1235

Obsesivamente pensaba que Rechivaldo tenía, de 1218, los números de las figuras de las ocas —tenían que ser quince los pergaminos—; y el original de la segunda parte de 1235.

Tardamos un día más de lo previsto en tocar tierra y arribamos a una isla distinta a la que nos dirigíamos. Hubo una confusión tremenda. En aquel barco, al patrón

ya no le obedecían. Cada cual iba a su aire. Sólo hubo orden en el momento de peligro. Nadie nos decía nada con seguridad. El mismo patrón no sabía dónde nos encontrábamos exactamente.

El barco encallaba por primera vez en aquella playa, lo que provocó el desencanto y la deserción de los tripulantes. Nos dividimos en dos grupos espontáneamente. Conmigo vinieron los que decían conocer aquellas costas. Habíamos creído que era una isla por el cambio de rumbo, pero, después de explorarla, nos dimos cuenta de que era tierra firme cerca de la ciudad de Éfeso, ciudad que yo conocía, ya que dos veces había luchado en sus inmediaciones. Allí había echado cuentas de los enemigos a los que había atravesado con la daga cuando, en mi última cruzada, conquistamos un gran territorio por donde San Pablo había predicado el Evangelio, donde yo me había consagrado como soldado de Cristo; y al hacer el recuento, me salieron cincuenta y cuatro, cifra que llevaba en la cabeza cuando volví a Ponferrada.

¡Cincuenta y cuatro muertes a mis espaldas por defender la Cruz Cristiana! A las que ahora sumaba tres más: el merino, el notario y el molinero. Cincuenta y siete almas a las que catapulté hacia la otra vida y les evité más sufrimientos en este valle de lágrimas, luchando cuerpo a cuerpo, me acreditaban como un caballero avezado. Noté en ese momento que me habían salido callos en el pensamiento sobre los que estaba escrito que Rechivaldo sería el último y definitivo.

La ciudad estaba muy cambiada, como si hubiera sufrido calamidades y saqueos.

Cuando volvíamos al barco por el sendero seco de la ladera lo encontramos ardiendo, y se llevaban las mercancías en caballos, carretas y sobre los hombros. Ya no me acerqué para comprobar si habían matado a los marineros. Lo di por supuesto. El desbarajuste era absoluto, y no sabía a dónde dirigirme. Nos lo habían quemado con todo lo que no les dio tiempo a robarnos.

Menos mal que yo nunca me separaba de mi talega donde conservaba el oro y los pergaminos.

La pretensión de seguir hasta Palestina se me estaba complicando. Retrocedimos hacia la ciudad de nuevo por otra ruta después de un penoso caminar por barro, juncas y marismas en las que se nos atollaban las botas.

Observé a las mujeres silenciosas y afanadas en menesteres domésticos.

La calle de la biblioteca, tan distinta, ahora estaba apaciguada y las chozas en los alrededores hechas con maderas y adobes.

También faltaban piedras en todos los templos. La ciudad antigua había sufrido un cataclismo.

Las gentes iban y venían con las cabezas agachadas y en silencio, como si estuvieran cumpliendo penitencia. Cuando llegué a lo que había sido la biblioteca, un tropel de hombres forzudos con carretas tiradas por caballos estaba llevándose, de los montones, las piedras mejor labradas, lisas por las seis caras. También las arrebatában de otro templo antiguo de una diosa pagana.

Aquellas gentes estaban protegidas por veinte caballeros templarios germánicos, que los custodiaban día y noche.

Era una población de los peregrinos que hasta allí habían tenido que llegar para refugiarse, pues también a ellos les habían quemado los barcos.

Los ciudadanos oriundos habían desaparecido.

Entre los templarios había dos de Salerno compartiendo caballo. Con los de Salerno pude entenderme y me quedé con ellos charlando. Eran físicos que experimentaban en los campos de batalla lo que habían estudiado en la escuela. Me relataron la triste salida de San Juan de Acre, donde sucumbieron los valientes templarios defendiéndola, y de donde tuvieron que huir despavoridos, para refugiarse en Éfeso, los pocos que quedaron vivos. Yo les pregunté sin rodeos que cómo es que estábamos consintiendo que hombres desarmados utilizaran las mejores piedras de los romanos para hacerse sus casas incrustadas en la montaña de al lado, que estábamos permitiendo que dismantelaran una obra tan ingente construida durante siglos. Pero ellos me hicieron señas para que me fijara bien en las espadas pequeñas que portaban y que eran diez veces más que nosotros. No había más remedio que dejarlos destruir lo que se les antojara. No hablaban nuestra lengua y no se metían con nadie. Lo único que les interesaba era escoger las piedras mejor labradas.

No supimos de quiénes se trataba. Y los dejamos que siguieran con la rapiña de su trabajo.

También me dijeron que nadie nos pagaba nada por defender la biblioteca antigua. Defender la biblioteca ni favorecía a la Iglesia ni al Temple, y mucho menos a nuestro prestigio. Me repitieron que ellos no estaban dispuestos a partirse la cara, que eran físicos templarios que experimentaban la medicina en los campos de batalla con los heridos, y cosían con alambres que calentaban en una fragua hasta ponerlos al rojo vivo, y, una vez fríos, con unas tenazas que habían fabricado especialmente para ello, los apretaban juntando las dos partes de la herida, porque habían experimentado, antes, de múltiples maneras; pero descubrieron que, sin haber quemado el hierro, al cabo de poco tiempo, los heridos se morían. Me entró curiosidad por ver cómo lo hacían y no tardaron en traerles un herido: un mozalbete moribundo que se había caído desde el tejado que estaban construyendo. Encendieron la fragua y prepararon los moldes para fundir el metal y hacer alambrines. También quemaron, hasta llegar a ponerlas al rojo vivo, las tenazas que habían inventado en las que introducían el alambre, y al apretar se desprendía cosiendo aquello a lo que lo aplicaran. No podían operar en caliente. Tenían que esperar a que enfriara. Hasta que no terminara la operación, no podían tocar ni las tenazas ni los alambres para que no se murieran los heridos, pues el contacto con cualquier cosa los contaminaba; y no sabían si era la grasa desprendida de la piel, aunque no se viera a simple vista, o el sudor invisible de las manos

Ya que eran médicos aproveché para contarles lo que me pasaba, que las piernas se me torcían y que estaba muy enfermo al acordarme de mis cosas. Pero no les conté lo de Gelvira porque me identifiqué como templario observante de mis votos. Cuando les estaba revelando a quién perseguía y por qué, se miraron, pero no me dijeron que lo conocían y, justo en aquel momento, sonó el cuerno de alerta, por lo que tuvimos que escondernos por los bosques de la montaña y abandonamos a aquellos cristianos a su suerte.

Un tropel de caballos perdidos corrían desbocados y descabalgados, como solían hacer los que habían perdido a sus jinetes muertos. Cuando se pararon resollantes, los cogimos y los atamos. A saber quién los había perdido.

Subimos al paraje adonde San Juan llevó a la Virgen María a pasar los últimos días de su vida. Desde lo alto de una colina divisábamos jinetes turcos de la media luna enarbolando sus banderas, que iban y venían por los caminos. Suerte tuvimos que pudimos escondernos, porque estábamos cercados. Al atardecer, toda la costa estaba totalmente infestada de enemigos. Los caballeros de la media luna solían estar deseosos de encontrar cristianos a los que cortarles la cabeza. No teníamos más salida que caminar tierra adentro para salvarnos, porque oponer resistencia sería un suicidio.

Los médicos, por fin, me hablaron sin sacarles yo el tema: hacía unos cuantos días, en el destacamento de campaña de los templarios, antes de haber llegado los feroces caballeros de la Yihad Islámica a la costa, estuvo Rechivaldo con ellos, pero apenas hablaron. Solo les dijo que se volvía a España porque tenía que entregar un tesoro de monedas de oro al Maestre de Miravet. Allí en el río Ebro, los viajeros de alta alcurnia, monarcas con sus séquitos, altas personalidades de la Iglesia y alguna vez ladrones disfrazados con ropajes de finas sedas, cobraban, en metálico, el dinero que habían depositado en el castillo templario de otro reino lejano antes de emprender el siguiente viaje; y que como Rechivaldo era el experto del Temple de León, Castilla, Aragón y Occitania en mesteres económicos, andaba siempre de castillo en castillo, en Oriente y Occidente instruyendo a los administradores en tan delicados e importantes trabajos, pues esa era la mayor fuente de ingresos del Temple. Allí, en Miravet, los mercaderes o cobraban o depositaban grandes sumas. Se había escogido este castillo porque estaba resguardado por la naturaleza, y era inexpugnable a los asaltos; había que entrar muchas leguas río arriba; también les dijo que tenía que dar cuentas al Maestre de todos los apuntes contables de entradas y salidas, pero nada les habló de los escritos que llevaba consigo, aunque les enseñó el oro que trasportaba desde San Juan de Acre a Marivet.

Yo, habiendo escuchado de sus bocas semejantes patrañas, les conté todo, absolutamente toda la historia verdadera. Rechivaldo les había dado la mejor impresión hasta que les dije que la versión de Rechivaldo era mentira, que sólo se había ocupado en su vida de templario del tesoro de monedas de oro en el castillo de Ponferrada por un privilegio que el Maestre le había dado después de ser herido en una batalla, y que nadie se atrevía a preguntar por qué lo conservaba sin que nadie protestara. Los más caritativos siempre respondían que alguien tenía que sacrificarse y dedicarse al denostado mester del dinero que ningún templario deseaba, pero que alguien tenía que hacerlo. El día que salimos despavoridos se había llevado todas las monedas del castillo usurpándolas, y era de lo que estaba viviendo.

—¿Sólo él llevaba las cuentas? —me preguntaron.

—Los caballeros nunca nos preocupamos del dinero —les respondí—. Él era el dueño y señor de las arcas del tesoro.

Estuve a punto de contarles que, cada vez que visitaba a Gelvira, gastaba una moneda de oro, pero me contuve, porque la verdad era tan inverosímil que hubie-

ran guardado animadversión hacia mi persona: muchas veces es mejor callarse y no revelar lo que solamente uno sabe. El más parlanchín seguía preguntándome cómo era posible que el Maestre tampoco se preocupara del dinero y sólo un templario del castillo llevara las cuentas del tesoro templario de un castillo tan preeminente como el de Ponferrada.

Me vi obligado a contarles toda la historia de Rechivaldo, quien con sus heridas, que lo tuvieron al borde de la muerte durante meses, se ganó la absoluta confianza del Maestre.

A pesar de haberles explicado, con el corazón en la mano, todos los pormenores, creo que les produjo Rechivaldo mejor impresión que yo porque gozaba de presencia más gallarda: nunca iba desaliñado en su porte e indumentaria; y al final de mi discurso sospeché que no me creían, porque en vez de darme confianza se miraban y se miraban sin decir nada. En sus expresiones de extrañeza, noté que, aunque nos entendiéramos, ya que todos hablábamos lenguas parecidas, en asuntos importantes es más decisiva una palabra que un discurso entero. Se habían mostrado recelosos hasta que les enseñé los pergaminos pormenorizando las palabras, y, aunque tuve que traducirles, me entendieron perfectamente. Al escrito se le puede hacer pensar y repensar volviendo atrás y releiendo de nuevo. A partir de entonces empezaron a creerme; y fue cuando ya me dijeron que le habían sacado una muela a Rechivaldo porque se desesperaba de dolores.

Empezaron a preocuparse cuando hilaron sus últimos extraños avatares, con la desatención en la que se sentían sumidos. Cuanto más pensaban en lo que yo les había relatado, más inquietos los veía. Estaba consiguiendo que me creyeran.

Aquellos dos templarios italianos, tan al pie de la letra tomaron lo del nombre oculto de Rodericus, al contárselo, y los males que me había ocasionado revelar el mío, que ya no me dijeron cómo se llamaban, y a mí, incluso, me dieron nombres supuestos. A uno le llamé Alfa desde aquel momento en adelante, y al otro Omega. Con esto me cercioré de que, definitivamente, habían creído totalmente mis relatos.

Albergaron la esperanza de que se pudiera aclarar la gran calumnia.

No sólo me animaron a encontrar a Rechivaldo sino que querían venir conmigo a Hispania. Hacía un año que no les llegaban refuerzos apenas, y los ejércitos templarios habían sido diezmados por los mahometanos de la media luna. Ya les había parecido que algo debía de estar sucediendo en Francia. Nunca se habían visto en aquel grado de abandono. Pero, aunque cundía el desánimo, se consolaban unos a otros y seguían cumpliendo el gran deber de proteger a los fieles cristianos de los distintos poblados que habían sido peregrinos y ahora pululaban dispersos escondiéndose de los mahometanos. Durante el día era imposible salir a los caminos. Estaban llenos de caballeros con turbantes, por lo que nos dirigimos tierra adentro hasta llegar, a los pocos días, al bosque fálico, que yo también conocía, en el centro de Anatolia, sorteando caminos soleados y polvorientos. Los dos primeros días nos parapetábamos inmóviles detrás de cualquier conjunto de rocas blancas o colinas, y por la noche caminábamos con nuestros caballos cargados de todo lo que pudimos. Aprovechábamos las noches al máximo para avanzar en las caminatas. Debajo del que me habían dicho que era el árbol petrificado de la ciencia del bien y del mal,

les abrí de nuevo los pergaminos y se maravillaron sobre todo con el de Gregorio Iluminator. Sabían que se trataba de un antiguo padre de la Iglesia que había predicado, en el siglo cuarto, en las mismas tierras donde el apóstol de Jesucristo, Bartolomé, había predicado el Evangelio.

Capadocia, que siempre había gozado de la fama por criar y amaestrar los mejores caballos del mundo, estaba infestada de musulmanes que no cogían prisioneros: ¡Al que apresaban le cortaban la cabeza! Tuvimos que refugiarnos bajo el suelo donde vivían poblaciones enteras sin salir más que cuando un centinela daba el aviso de que no había peligro.

En la ciudad subterránea pasamos varios días. Nadie nos preguntó quiénes éramos. Aquellos médicos hablaban la lengua de los nativos, o, por lo menos, se entendían con unas cuantas palabras. Rodamos la piedra después de introducirnos por el túnel varias varas. La piedra era la puerta de entrada y nos quedamos dentro. Dos niños de teta lloraban; y las madres estaban aterrorizadas poniendo sus esperanzas en nosotros. Fuera, un ejército persiguiéndonos. Yo me quedé en la antesala con los médicos, que tenían buen arte con la daga en la oscuridad, donde se veían las sombras en aquella cueva excavada en el suelo de piedra. Tenían que entrar los exploradores enemigos y nuestra misión era matarlos dentro, porque si lograban retroceder y salir para informar que allí nos escondíamos con poblados cristianos enteros que, a los ojos de los moros, habían desaparecido misteriosamente de sus casas, estábamos perdidos.

Entraron tres moros con cautela, haciendo tiempo para que la oscuridad se acostumbrara a sus ojos; y nosotros en la antesala de la cueva esperándolos. Cuando intentaban descorrer la rueda de piedra, nos abalanzamos sobre ellos y uno me abrió la boca con la gümía, de un tajo. Pero yo, al mismo tiempo, le arañé con la daga el costado izquierdo; quedó paralizado; y de rematarlo y de matar a los otros dos se encargaron los médicos. Allí dentro los enterramos en el cementerio subterráneo para que no olieran los cadáveres. Los médicos me cosieron estas cicatrices tan horrendas en los dos carrillos con los hierros y con las tenazas que tenían fabricadas para ello; y no pude comer en unos cuantos días. Me temblaban las piernas y el hambre me acuciaba, pero no podía más que beber a duras penas un poco de agua. Los dolores eran inmensos aunque dejé de sangrar muy pronto y tenía la cara hinchada. La sentía como si me hubieran soplado dentro y me la hubieran dejado tersa como cuando, de niños, inflábamos las vejigas de los cerdos después de la matanza.

Sólo pensaba en que Gelvira no iba a reconocerme cuando me viera. ¿Cuándo podría localizar un estanque de agua embalsada para verme? Me vino a la cabeza el agua remansada en Puente Valimbre viéndonos los dos en el espejo de las aguas cristalinas desde el puente.

El nombre de aquel lugar, he querido recordarlo pero no me ha sido posible pronunciarlo. Ni los médicos, que hablaban con ellos, eran capaces. Aquellos cristianos perseguidos se reían cuando intentábamos pronunciarlo. Fue la única distracción de la que gozaron en mucho tiempo. Y volvían a reírse repitiéndonos el nombre del lugar una y mil veces sin cansarse. “Fesrskiesssstús” o “Pesriskossss-

vestússs”. ¡Imposible! Se nos hacía totalmente imposible imitar aquellos sonidos como silbidos de serpiente. Lo pronunciaban como las viejas bisbisean las letanías en los funerales, que no se les entiende más que bis bis bissssss...

Cuando volvimos a retomar la conversación sobre la persecución tan terrible que sufríamos, se entusiasmaron los médicos en dar alcance a Rechivaldo y librar al Temple de la ruina y el exterminio. Hicieron propósito de volver a Roma y a París si hiciera falta.

Yo los enteré de que Jacques de Molay estaba preso. Todavía no sabían nada. El Maestre de su castillo, si lo sabía, los había tenido engañados para que no se entristecieran —era lo que pensaban—, pues no podía ser de otra manera. ¿Cómo es que su Maestre no iba a estar enterado, si la noticia de su encarcelamiento fue el mensaje que se había transmitido urgentemente de castillo en castillo?

No tuvimos más remedio que seguir viajando, sin apenas descanso, hasta el monte Ararat, en cuya cima se decía que se conservaba el arca de Noé intacta con esqueletos de algunos animales. Pero nuestro ánimo decaído, por carecer de esperanza, no estaba para comprobar los pasajes bíblicos. Lo rodeamos cruzando corrientes de ríos numerosos y cristalinos con peces grandes que se dejaban acariciar y pescar con las manos.

Descansamos entre el verdor de una inmensa llanura y después de otra larga caminata subimos al monasterio de Khor Virap.

Alfa y Omega habían pasado allí una larga temporada después de la anterior cruzada instruyendo a los monjes sobre cómo sanar heridas, pues estaban tan atrasados que todavía confiaban en que únicamente la voluntad de Dios era la dueña de las curaciones.

Decidimos dividirnos por si acaso... Mientras que ellos se adelantaron a tantear la entrada y los alrededores, yo me quedé rezagado vigilante debajo de unos árboles en flor que sólo había visto por estas tierras dar unos frutos amarillos como el oro y carnosos, riquísimos.

Aproveché el momento en el que me quedé solo para enterrar, al pie de uno de esos árboles, el fardel con todo el oro que llevaba dentro. Tuve que cavar un hoyo con la piedra más puntiaguda que encontré. No lo cavé muy profundo, solamente lo justo para tapanlo dos cuartas con tierra y arrastré las piedras más grandes que encontré en los alrededores para colocarlas encima.

Los vi entrar en el monasterio, y al cabo de un rato salió Alfa, diminuto a lo lejos, para decirme por señas que me acercara, que no había peligro.

El fraile que nos recibió era nuevo y sólo él y otros tres permanecían en el monasterio. El resto hacía penitencia en lauras de las montañas hasta que llegara la celebración de la Pascua.

Les dijeron sus verdaderos nombres pero yo seguí llamándolos Alfa y Omega.

En nada se parecía el recibimiento al de los benedictinos de San Pedro en los montes Aquilanos. No obstante, el fraile con hábito negruzco y larga barba nos preguntaba doctrina, pero, como si a la vez nos quisiera instruir, si Jesucristo tenía una o dos naturalezas, dándonos a entender lo que teníamos que responderle: que sólo tiene naturaleza divina; porque ya se había encontrado con otros cruzados du-

ros de mollera caídos en la herejía de considerarlo no sólo Dios sino también hombre.

Alfa y Omega chapurreaban y chapurreaban con él, pero no supieron qué responderle, porque, a pesar de que lo entendían, no quisieron meter la pata por si acaso eran malinterpretados, y optaron por darle la razón aceptando los dogmas que él quisiera, y reconociendo, incluso, que, hasta ahora que habían encontrado la verdad, habían estado muy equivocados.

A pesar de que ellos habían tirado las capas antes de llegar al monasterio, el fraile los identificó antes que a mí como templarios, porque conservaban la cruz paté en el mango de la daga. Todavía no sabíamos si simpatizaba o no con los cruzados, porque nos desorientaba: por una parte nos acogía en el monasterio y por otra se enfurecía cuando Alfa y Omega lo contradecían. Pero se escudaban, con éxito, en que no habían entendido perfectamente el idioma. Había que proceder con cautela, y los médicos respondieron asintiendo a las preguntas retóricas que les siguió formulando, con lo que el fraile quedó satisfecho y nos dejó dormir y comer en el monasterio.

Yo envidiaba aquel don de lenguas que a mí Dios me había negado, y que a ellos les había concedido, así como a los dos apóstoles del mismo Jesucristo, San Tadeo y San Bartolomé, que llevaron la predicación a aquella tierra, como dice el Evangelio de San Marcos y el libro de los Hechos.

En otros momentos, terminada la última cruzada, enseñoreándome victorioso cerca de aquellos territorios, cuando había aprendido unas cuantas palabras y frases cortas y esenciales para entender lo más rudimentario en la lengua de los mahometanos, al cambiar de lugar, otra tribu o comunidad islámica me sorprendía con otras palabras distintas para decir lo mismo, como si los mahometanos hablaran distintas lenguas. En esas tierras de Babel, cada pueblo tenía su lengua propia, por lo que yo nunca podía pasar de aprender tres o cuatro palabras de cada una.

Los frailes orto-doxos, como a sí mismos se llamaban, que quiere decir que no se han apartado del camino recto, como se apartaron los apóstoles que marcharon a evangelizar Roma, nos asignaron tres celdas en las que sólo había un camastro de palos y un jergón de pajas presididas por una cruz de doble brazo.

Como la mayor parte de los monjes permanecían todavía en las lauras en la montaña, y bajarían al monasterio cuando terminara la Cuaresma, podríamos quedarnos en sus celdas vacías para hacer oración hasta que regresaran y nosotros necesariamente tuviéramos que abandonarlas.

Me dormí, por fin, con tanta tranquilidad y seguridad de la que tanto tiempo había carecido, que el jergón crujiente y duro me parecía lecho de plumas, de tal manera que no desperté hasta la tarde siguiente en que oí gritos y ruidos de peleas. Creí oír las voces de Alfa y Omega entre el alboroto. Cuando, para salir, abrí la puerta de la celda, dos mahometanos me sorprendieron con las cimitarras en alto, ante los que me arrodillé diciendo repetidas veces: “¡la ilahu ilah Alah! ¡Alah akbar! Esto me lo entendieron perfectamente. Aflojaron los brazos y me perdonaron la vida, pero me tiraron a una mazmorra después de quitarme mi daga; al dar en el suelo desde aquella altura, creí que se me habían roto todos los huesos.

Persistían las voces, que no logré descifrar, se oían carreras con jadeos y el retumbar de zancadas en vaivenes constantes como si saltaran chasquidos de hierros: eran ruidos de lucha encarnizada.

Después de unos alaridos desgarradores se impuso un silencio abismal. Yo no podía mover la pierna izquierda y me dispuse a morir con grandes dolores por todo el cuerpo.

Al recordar a Gelvira renegué de Dios, pero no tardé en volver a la cordura del arrepentimiento, llorando como un niño y rezando el “Señor mío Jesucristo” para morir con la Gracia Divina.

Pasaba el tiempo y no sabía si era de noche o de día. Al principio sentía hambre, pero, pasados no supe cuántos días, ya no sentía nada, ni siquiera dolores en los huesos.

Llegué a preguntarme qué habría sido de los pergaminos que habían quedado metidos en el zurrón en la celda. Quizá Alfa y Omega los habrían recuperado. Llegó un momento en que le pedí a Dios que me llevara con Él cuanto antes. Llamaba con la poca voz que me quedaba a Alfa y Omega, pero seguía el silencio.

Caí en un desánimo infinito, hasta que, por fin, al cabo de muchos días, alguien respondió a lo lejos; me lanzó una soga pero ya no tenía fuerzas. Al querer mover los brazos, se me derretían. Al cabo de un rato lanzó una escala y descendió por ella. Me hablaba como preguntándome pero no le entendía nada. Era otro fraile del monasterio según más tarde supe. Clavó unas tablas y me colocó encima, las ató con la soga y tardó una eternidad en montar el andamiaje con una polea, pero, al fin, logró sacarme de la mazmorra.

A la salida, estaban los cadáveres de Alfa y Omega llenos de gusanos.

Intenté preguntarle por los cuatro frailes, pero no nos entendimos.

Yo sólo le entendía: “San Gregor Iluminator”, entre todo lo que hablaba. Por los gestos y ademanes, como si diera gracias al cielo arrodillándose y persignándose fervorosamente, traté de entender que su santo había hecho el milagro de mantenerme con vida. Me llevó a mi celda arrastrándome y me colocó con el máximo cuidado encima del jergón, en el suelo, sin cama, porque cuando intentaba subirme me produjo tal dolor en la cadera que me quedé sin sentido hasta que desperté con el fraile dándome agua a traguitos pequeños y otros dos frailes mirándome desde arriba rezando oraciones en idioma armenio, bendiciéndome. Cada vez que intentaba mover la cadera, el dolor seguía siendo terrible y me volvía a quedar dormido sin sentido. Así pasé muchos días. Me daban de comer sopas insípidas al principio, que luego fueron pareciéndome riquísimas. Los dolores cedían tan despacio que no notaba mejoría de un día para otro, hasta que, poco a poco, se convirtieron en cojera de la pierna derecha.

Me sacaron al patio ayudado por dos frailes mozalbetes; y más tarde, ya me tenían hechas dos muletas. Entre rezo y rezo llegué a bajar a una campiña verde donde estaban nuestros tres caballos, gallinas, y vacas de leche. Cuando ya no tenía dolores podía andar y correr incluso, pero tullido. Quedé con esta cojera que he arrastrado para siempre.

Un día me sorprendieron con una celebración litúrgica colorista entre cientos de velas encendidas y cantos del coro de frailes quemando incienso. Me colocaron en la pequeña iglesia pétreo, entre las lápidas de las sepulturas donde habían enterrado a Alfa y Omega,⁴⁷ a los que nombraron precursores del milagro. En el retablo habían colocado una pintura de San Gregorio Iluminator, una copia perfecta —pintada en una tabla a tamaño de una persona—, de la que llevaba yo en mis pergaminos desaparecidos. Con miles de gestos y algunas palabras que había aprendido, les entendí el significado de la fiesta. San Gregorio Iluminator había estado preso en mi misma mazmorra hacía nada menos que 1000 años, y había hecho el milagro de conservarme la vida. Aquel día comimos panes dulces con higos y pasas como algo extraordinario. Y me entregaron uno de los caballos y las dos dagas de Alfa y Omega.

Yo les preguntaba por los pergaminos, pero, nadie sabía nada o no querían darme. No lo supe. Tampoco pude enterarme del destino de los cuatro frailes que desaparecieron con ellos.

Al principio pensaba que me mentían, pero a medida que los fui conociendo, me fueron pareciendo unos hombres virtuosos y compasivos. ¡Eran buenines! No albergaban la más mínima malicia. Se santiguaban al revés: en la frente, en el pecho, en el hombro derecho y en el izquierdo; y no como nosotros, que primero pasamos la mano por el izquierdo. Terminé absolutamente convencido de que no sabían nada y no me mentían. Aquellos cuatro frailes habían desaparecido misteriosamente con los pergaminos. Quizá los habrían matado, persiguiéndolos, los enemigos del Cristianismo.

No tenía más opción que volver con Gelvira para siempre sin los pergaminos y dejar el Temple y a Roderico abandonados a su suerte.

En la biblioteca, que también hacía de scriptorium, uno de ellos me enseñó el alfabeto armenio y llegué a entender muchas palabras sueltas pero no a hablar la lengua. Sólo envidiaba a los que Dios les había dado el don de aprender otras lenguas rápidamente. A mí me parecían todos los sonidos iguales.

A nadie revelé el pie del árbol donde tenía escondido el oro de Gelvira, protegido por cuatro piedras enterradas, pero de lo que más me interesaba, los pergaminos que alguien me había robado, nadie me daba referencia por más que preguntaba.

A pesar de todo, me asaltaba una y otra vez la duda y pensaba y analizaba todos los detalles de la vida cotidiana. Lo más misterioso para mí era el paradero de los cuatro frailes de los que tampoco sabían más que habían desaparecido. ¡Sin duda, ellos me los habían usurpado! Alguien tenía que saber el paradero de los pergaminos, pues el nuevo santo que había aparecido en el retablo de la iglesia era una copia exacta de la miniatura que me pertenecía. Lo más seguro sería que un fraile del monasterio, al ver “El Iluminator”, pensara que era suyo y no fue intención robarlo sino que interpretó que el ladrón había sido yo, que lo habría robado de una iglesia o de otro monasterio de la Iglesia Armenia de San Tadeo y San Bartolomé, discípulos y apóstoles de Jesucristo, porque Iluminator les pertenecía. Por más vueltas que le di, no llegué a otra conclusión verosímil.

¿Qué podría seguir haciendo?

Me vi desolado cuando, después de pasar tantas calamidades, no tenía nada más que las monedas de oro, aunque era reserva suficiente para volver con Gelvira.

¡Cojo, y con la cara desfigurada!

Una tarde, contemplando el monte Ararat en la estampa más bella que pueda imaginarse, emergiendo de la llanura inmensa, cubierto de nieve en su mitad superior, lo comparé con el Teleno imaginando a Gelvira contemplándolo a la misma hora. ¿Qué estaría haciendo? Quizá mirando hacia el este y escribiendo en el aire un mensaje para decirme que me esperaba impaciente con un beso lanzado al mismo cielo que yo contemplaba encima de la nieve del cono de la cumbre.

Me sentí impotente para volver a los montes Aquilanos con mi pierna quebrada y dolorida. Mis posibilidades de subsistencia se reducían a la mitad, y me entró tal angustia que derramé yo solo lágrimas de desconsuelo. Al día siguiente, por la mañana, me sentí más animado a regresar —a ver de qué manera—, únicamente con la esperanza de reunirme con Gelvira para siempre. Cuando me quedaba en la biblioteca estudiando palabras en armenio, repasaba, uno por uno, los pergaminos y papiros del monasterio, pero no encontré los míos. Me culpé de haberlos perdido y hasta me sentí responsable del final del Temple, porque habérmelos dejado robar era lo mismo que haberlos perdido.

Me obsesionaba pensando, repitiéndomelo en la cabeza, que el fraile que me los habría robado al ver “El Iluminator” en una miniatura, habría pensado que era suyo y no fue intención robarlo sino que interpretó que el ladrón habría sido yo —machaconamente me lo decía a mí mismo—, que lo habría robado, a su vez, de una iglesia o de otro monasterio de los suyos, porque San Gregorio Iluminator sólo a ellos les pertenecía. Una y otra vez me lo repetía pero no encontré el modo ni el momento ni la expresión correcta para comunicárselo.

Sentí como un castigo del cielo la diferenciación de las lenguas.

Cuando parecía que la paz reinaba en el monasterio, llegaron los monjes de los monasterios del lago de la altiplanicie cabalgando con las colecciones de sus bibliotecas. Dieron el aviso: había que salir corriendo a esconderse en los agujeros de la montaña. Un ejército de mahometanos venía asolando los monasterios armenios. En un momento cargaron en alforjas de madera todos los escritos de la biblioteca. Yo cogí mi caballo y comprobé que mi cojera no me impedía montarlo. Me obedecía al tirar del ronzal pero no podía compararlo con Áureo. No le puse nombre porque lo intenté varias veces, pero no me obedecía. Sólo conseguí que anduviera cuando le decía: “¡Arre, caballo!”. Y que parara cuando le decía: “¡Soo, caballo!”.

A pesar de que tenían preparada la estampida de emergencia, tardaron un buen rato en cargar la biblioteca.

Encontré la ocasión de separarme de los frailes a los que les debo la vida, pero saqué fuerzas para seguir mi camino sólo y me dirigí al norte. Después de dos jornadas cabalgando, desde la lejanía, por la noche, vi arder el monasterio. Khor Virap fue quemado después de salir huyendo todos los monjes armenios con la biblioteca

a cuestras, cuyos manuscritos eran más numerosos y más bellos que los de San Pedro en los Montes Aquilanos.

¿Mis pergaminos habrían quedado allí dentro o habrían sido librados del fuego con el resto de la biblioteca?

Fueron jornadas de duros caminos a través de las montañas, pero encontré habitantes en poblados pequeños con los que me entendí dibujando en el suelo la Cruz de Cristo y pronunciando las pocas palabras que había aprendido. Pasé otros pueblos en los que hablaban otros idiomas y sólo me podía entender por gestos. No experimenté grandes peligros, más que duras montañas con barrancos profundos, pero alternando la dureza de las montañas con vergeles frondosos; y al final, palmerales en las llanuras. Llegado a la costa me dirigí a las playas de Batumi. Até el caballo para que paciera en la pradera. A la sombra fresca de una palmera me eché a descansar un rato. Busqué una piedra para afilar las dagas. Y otra más áspera para raspar la cruz paté esculpida en el hueso de la empuñadura. En lo sucesivo no podía cometer ni el más mínimo despiste que me delatara, porque cuanto más me acercara a Ponferrada, más peligroso sería para mi persona.

En Batumi no necesité buscar techo y dormimos mi caballo y yo bajo las estrellas, en la playa. Nunca había visto playas más hermosas. Me acurruqué bajo la misma palmera a la que até el caballo y, al día siguiente, me dirigí al puerto y tomé una nave pequeña, en la que se podían embarcar animales, que me llevaría a Trapisonda. El mar estaba quieto; y, aunque tenía presente a Rechivaldo, no me ponía enfermo. Así pasaron varios días navegando y paré en otros puertos, con el mar como una balsa y sin pasar frío por las noches ni calor durante el día. ¡Ni un enemigo que intentara robar las mercancías ni asalto de ninguna clase! Llegamos a Trapisonda por la mañana, cuando festejaban los habitantes alguna victoria de su rey Alejo II al que portaban en andas, supuse, por la vistosidad del colorido en los ropajes de los desfiles y músicas de flautas de todas las formas y tamaños, con todos los sonidos. Lo malo era la lengua, como siempre. Allí esperé a que saliera hacia Constantinopla otro barco más grande, que fue parando y recogiendo pasajeros y mercancías, pero yo no tuve ganas de bajar a ver nada. A lo lejos comencé a ver las dos orillas del Bósforo. Al llegar al puerto, junto con nosotros entraba un barco inmenso con dos filas de remeros y tres vigas enormes con sendas velas tan grandes que yo nunca las había visto iguales. Bajaban de él elefantes amaestrados con capas bordadas y adornos multicolores, y también jaulas con tigres y otros animales salvajes. Me entretuve en mirar cómo les daban de comer carne, y cómo a unos monos les daban frutos que traían en el barco y que yo nunca había visto. Durante la espera busqué un cambista para tener dinero suelto. Tuve suerte por primera vez porque encontré en el mismo puerto de Constantinopla a dos cambistas juntos, a los que se les iban los ojos hacia las dos monedas de oro que había sacado yo de mi alforja. Tuve que poner orden entre ellos. Comenzaron una puja y cada uno subía más la oferta a medida que iba aumentando la ferocidad en sus caras de odio, echándose improperios el uno al otro, que yo no entendía más que por los ademanes, hasta que uno sacó, del cajón en el que se sentaba, un fardel lleno de monedas de diversos metales en calderilla suelta. Su contrincante ya no pudo con la puja y se

apartó hacia atrás unos pasos mirándolo de reojo y mascullando ladridos. Sacó la gumiá de entre los harapos y los zaragüelles mezclados con sedas finas de rayas vistosas con la intención de cortarle la cabeza. Yo, de un salto, me interpuse y le retorci el brazo. Soltó la gumiá y lo tiré al suelo, haciéndole dar un alarido cuando le hincó la rodilla en el pecho. El que contaba las monedas me indicó que no lo soltara; yo lo mantuve inmovilizado, le torcí más el brazo y le hice dar media vuelta hasta ponerle la cara contra el suelo. El otro se acercó. Advirtiéndole algo mientras sacudía el dedo, le puso el pie encima de la boca. Algo le volvía a decir como esperando respuesta. Como no contestaba, me indicaba que le torciera más el brazo. Lo hice. Respondió con otro alarido. Volvió a preguntarle y yo apreté un poco más todavía. Ya estaba a punto de descoyuntarlo y cedió, vaya si cedió, porque entre gritos y jadeos soltó una retahíla. Le preguntó otras tres cosas escuetas y respondió con sonidos monosílabos. Sacó su gumiá. Pero yo le indiqué que no, que no se la clavara. No quería yo un espectáculo de sangre ante el corro que se fue formando. Me indicó cerrando los ojos y moviendo la cabeza que no le haría daño, pero le colocó la gumiá en los ojos y le volvió a hacer tres preguntas a las que volvió a responder entre saliva y saliva. Me indicó que lo soltara. Y cuando se levantó, le dio un vocinazo entre la muchedumbre que se había arremolinado y le indicó con otro grito señalando el horizonte con el brazo, que no quería verlo más a su lado. El humillado cargó los bártulos en un carretillo y se alejó cabizbajo. La gente se dispersó y quedamos nosotros con nuestro negocio. Me cogió sólo una moneda y le entendí que me hacía esa concesión como agradecimiento por haberle salvado la vida. Por primera vez la suerte me acompañaba, aunque, a pesar de que yo había creído hacer un buen negocio, seguro que todavía había salido él muy beneficiado.

El barco de los tigres y elefantes era el que tenía que coger yo, tres días más tarde, para llegar a Roma. Tuve que pagar por el caballo el precio de dos personas; y paja, la que gastara, además del alquiler de la jaula. ¡Seis jaulas para caballos y las seis se llenaron! Yo reservé la primera.

Había pensado ir por tierra hasta Macedonia, la patria de Alejandro Magno, y desde allí, también por tierra, hasta Atenas, camino que había hecho de vuelta al regresar de mi primera cruzada, lleno de peligros, por lo que preferí esperar el tiempo que fuera necesario, ya que se me presentaba la oportunidad de hacer la larga travesía en el mejor barco, que, además de grande, estaba muy bien defendido con arqueros y una catapulta instalada en proa. Y sobre todo, que iba directo, aunque también tuviera que parar en algunos puertos de Grecia y de Sicilia. No obstante, este tramo fue muy duro porque sorteamos dos tormentas; pero el barco era seguro y no pasó de sustos nocturnos, porque las olas atravesaban el barco de parte a parte. Me puse enfermo y devolví todo lo que había comido, que era pan y queso; y ya no me quedó nada caliente en el estómago. Desde que abandoné el monasterio no había comido nada caliente con caldo. Llegó el momento en que sólo me venía a la cabeza un buen cocido con sopas viendo el pote, con la imaginación, hervir en el fuego. El estómago me estaba dando guerra. Cuando llegábamos a la desembocadura del Tíber, a punto estuvo el barco de encallar en un banco de arena que habían movido las corrientes marinas. El barco no se movía. Yo ya estaba preparado para

perder el caballo y perder el fardel pesado de la calderilla que, aunque ya había gastado una buena parte, todavía pesaba mucho, y quedarme sólo con el oro bien atado a mi cuerpo con unas bridas de cuero porque, por más esfuerzos de los remeros, aquello no se movía; pero al fin lograron sacarlo y llevarlo al puerto que ya estaba muy cerca. El Portus, lo llamaban. Allí mismo tendría que esperar otro barco que saliera para Barcelona.

Al bajar tuvimos que pasar una larguísima pasarela de maderos que se tambaleaban y el caballo tropezaba a cada instante. Pensaba ir a Roma por el sendero de la ribera. El camino yo lo conocía de haberlo andado otra vez a la inversa, desde Roma hasta el Portus, en la desembocadura del río. Até el caballo a la puerta de la vieja ciudad de Ostia. Como en todas partes, patrullas de hombres con carretas desmantelaban los mármoles de un edificio y los apilaban al lado de la taberna. Hablábamos casi de la misma manera. Hablando despacio nos entendíamos perfectamente. Sólo cambiaban el acento de las palabras, y si una no les entendía, lo decían de otro modo hasta dar en el clavo. Como vi que los primeros que habían cargado se encaminaban por el mismo sendero por el que iba a salir yo hacia Roma, les pregunté si podía ir yo con ellos. En el barco me habían dicho que era un camino peligroso porque estaba lleno de salteadores. Me advirtieron que ni se me ocurriera ir a Roma por tierra porque no iba a llegar vivo. Que últimamente se habían asentado gentes de mala ralea que no había manera de expulsarlos y no atendían a razones: mataban primero y luego robaban las pertenencias. Que si quería ir a Roma que cogiera un barco que saldría al día siguiente cuando viniera de regreso y me llevaría hasta el centro de la ciudad y sus mercados. También me dijeron que a Roma la estaban desmantelando totalmente y sus foros y templos estaban siendo destruidos. El mercado había desaparecido. Ya sólo iba y venía un barco cuando hacía unos años era un trasiego constante de mercaderes con mucha riqueza a sus espaldas, pero ahora, por no haber, ya no había ni Papa: ¡Una verdadera lástima! Me dijeron que en la taberna habían entrado dos caballeros que le habían preguntado lo mismo que yo y que iban a esperar el barco, que me juntara con ellos, que siempre era mejor viajar acompañados, protegiéndose unos a otros porque, incluso en el río, había habido asaltos al barco, y todos eran pocos para su defensa. Conque desaté el caballo y me dirigí a la taberna; así también podría comer algo caliente. En la entrada, dos filas de tullidos se arrastraban por el suelo pidiendo limosna a los que entrábamos; y a los que salían, algo que les hubiese sobrado de comida. A los mendigos les entendía todo su canturreo: “una limosna por el amor de Dios”. A la limosna le llamaban “elemósina” y a Dios, “Dío”, pero les entendía todo. Me dio mucha lástima la mujer que me pedía dinero para seis hijos, una tiñosa sin pierna derecha; y le di dos monedas. Al resto les dije que no podía gastar más dinero porque me esperaba un largo viaje todavía, pero que al salir les repartiría pan y queso, con lo que quedaron conformes esperando.

La taberna estaba llena de comensales. ¡Qué gusto daba entender a la gente aunque hablara algo distinto! Los taberneros, un matrimonio de mi edad más o menos, me volvieron a advertir que ni se me ocurriera ir a Roma más que por el río. Me ofrecieron cama para dos días con sábanas blancas perfumadas con hierbas,

hasta que saliera el barco de Barcelona, y me acomodaron en el único escaño libre en la misma mesa larga en la que se habían sentado dos caballeros, de buen porte, por cierto. Sus ropas nuevas y finos modales delataban en ellos procedencia de alta alcurnia y no iban armados. Los dos con faltriqueras colgadas del cuello sobre la pechera. El aspecto era de nobles hispanos negociadores de reyes en otras tierras. ¿Quizás ricos comerciantes? Aunque hablaban bajo y el barullo era imponente porque todo el mundo vociferaba, afiné el oído: ¡Hablaban igual que yo! ¡Eran leoneses o castellanos; o por lo menos, hispanos! Como vieron que me acercaba a ellos poco a poco, desplazándome sentado en el escaño, arrastrando el culo, no les hizo ninguna gracia y se quedaron mirándome a la cara. Les llamó la atención la cicatriz que me atravesaba de oreja a oreja deformándome la boca, y las dos dagas a cada lado de mi cintura. Los taberneros nos trajeron, a la vez, los tres cuencos de barro con sopas calientes sacadas del pote de la chimenea y tres cucharas de madera. Yo ladeé la cabeza para mirar de soslayo, para comprobar si todavía los atemorizaba; y nos cruzamos la mirada. Se estaban poniendo nerviosos con mi presencia.

Uno de ellos, antes de llevar la cuchara a la boca, trazó con ella una cruz en el caldo humeante, mecánicamente, delatándose a si mismo: esa señal la había hecho rutinariamente durante mucho tiempo.

Se habían delatado inconfundiblemente. Me acerqué hasta estar a su lado. Estaban inmóviles, amedrentados. Se les pararon las cucharas en el aire cargadas de sopas, sin acercarlas a los labios. Soplaron para enfriarlas y yo les dije:

—¡Vosotros sois templarios!

A los dos, a la vez, les tembló la cuchara y se les cayó la sopa al cuenco.

Quedaron paralizados. Intenté apaciguarlos:

—Yo también soy templario del castillo de Ponferrada.

Cerraron los ojos y respiraron. Seguí diciéndoles:

—Sólo nosotros, los templarios, bendecimos el plato de caldo trazando la cruz con los cuatro brazos exactamente iguales. Ese es el origen de nuestro signo inconfundible, que si no reflexionamos lo hacemos sin darnos cuenta.

Me respondieron:

—Nosotros tiramos las dagas al fondo del mar, porque teníamos la cruz paté grabada en el mango. Tendremos que comprar otras, pero hasta que no lleguemos a Roma no encontraremos comercio de cuchillos.

—Yo conservo estas dos dagas pero les he rallado las cruces.

Les conté mi historia y ellos me contaron su periplo desde que escaparon de la muerte en Tortosa. Irían a Roma a confundirse con los campesinos de la campiña y empezar una nueva vida para, desde allí, encaminarse a Venecia, por donde habían pasado al venir de la última cruzada, y donde permanecían todavía barcos del Temple al igual que en algunos puertos del Atlántico. Además, en Venecia, comenzaba un comercio floreciente con mucho trasiego de gentes de todo el mundo para poder buscarse la vida. A Castilla no podían volver porque su nombre figuraba en las listas expuestas en los caminos, como el mío.

Yo les decía que, con la cara desfigurada, podría arriesgarme a volver por el camino francés, camino de Santiago, que era el más rápido desde Zagragusza a As-

torga, la vía a la que le faltaban pocas piedras, y todavía conservaba los miliarios romanos.

Ellos me insistieron en que, por la tierra de moros, nadie me conocía y podría ir más seguro que por tierras cristianas hasta Jerez de los Alcornoques, único castillo que todavía se defendía. El exterminio de los templarios había sido monstruoso. Me decían:

—El único que queda intacto es el castillo de Jerez.

—¿Son los más valientes, los caballeros templarios jerezanos? —les pregunté.

—Estaban siendo cercados por los moros cuando las huestes del rey castellano se acercaron a prenderlos. Ahora, los mahometanos tienen que hacer frente en todas las direcciones contra los ejércitos reales, ¡pobres caballeros templarios! Están pensando que son temidos por su fiereza y la fortificación de sus murallas, y, sin embargo, ni se imaginan que están aislados sin que nadie acuda en su ayuda, y cercados con dos enemigos: los moros y los ejércitos de los reyes cristianos, que de momento, a su vez, libran entre ellos las más duras batallas.

Los barcos templarios del Atlántico se estaban acercando para mandarles refuerzos y conservar el castillo del Temple con sus murallas y dar salida al mar desde Jerez a Alcácer do Sal. Esos eran los planes del Maestre de Tortosa que salió en el barco con cincuenta caballeros en su ayuda, para conservar el castillo mejor amurallado y defendido y con salida a los barcos del Atlántico. Es la única posibilidad de supervivencia que le queda al Temple: el castillo de Jerez y los barcos del Atlántico que no han sido tocados. En el resto ya sólo queda desolación y muerte; y en París, prisión irremisible.

A los tres se nos saltaron las lágrimas.

Nos despedimos con un abrazo porque a ellos se les acercaba la hora de salida del barco hacia Roma. Fuimos los últimos en salir de la taberna.

A los taberneros les contagiamos el llanto, pues nos miraban sin saber lo que hablábamos. No llegaron a llorar cuando nos observaban, pero tenían la cara compungida. Nos despidieron muy amablemente. No cesaron de mirar mis cicatrices y mi cojera. Algo de nuestra conversación habrían pillado.

Hasta la salida del barco a Barcelona quedé en la posada. Tuve tiempo de visitar la ciudad y sus alrededores. Los destructores de muros, como carcomas, seguían llevando en carretas toda clase de materiales, sobre todo piedras de mármol de los templos que habían sido romanos y de las casas más lujosas. En algunas sólo quedaban las teselas de los mosaicos.

Al día siguiente, me encontré en el puerto con los dos caballeros. Habían vuelto de Roma: casas incendiadas y campos yermos. Miseria por todas las esquinas. El Temple ya no existía y otros dos caballeros de su castillo, del castillo de Tortosa, disfrazados de tenderos, vendían salazones en lo que había sido el foro romano. Ellos me informaron de que Jacques de Molay y cincuenta caballeros iban a morir ya, en París, quemados en la hoguera acusados de algo que no existía, me dijeron aturridos: acusados de adorar a Baphomet, ídolo pagano.

En la conversación, se embarullaron con algo que no les entendí bien y no quisieron seguir explicando: se habían camuflado de picapedreros en las obras de la

catedral de Barcelona cuando empezaban a construirla, con el número nueve como marca en cada piedra que labraban cuando ascendieron al oficio de canteros, número templario —me decían—. Yo no estaba para bromas ni juegos de la cábala, como cuando dominábamos el mundo y nos permitíamos el lujo de divertirnos con los números, acertijos y adivinanzas.

Cogerían un barco al día siguiente para ir a Venecia, donde habían acudido mercaderes de todo el mundo, y —me repitieron— se abrían más posibilidades de ganarse la vida.

Sentí tal desazón y fracaso después de tantos sufrimientos, que sólo me impulsaba un afán salvaje por dar una muerte lenta a Rechivaldo torturándolo de alguna manera, recordándole todas y cada una de mis penas pasadas.

Y desde allí, desde el puerto de Ostia, sólo quedaba la vuelta a Barcelona en las carabelas que costeaban haciendo cabotaje, pero me propuse nunca más viajar en un barco tanto tiempo seguido, sino tomando barcos distintos y descansando, porque los médicos me habían dicho que no eran remordimientos de conciencia ni aversión a Rechivaldo, sino los humores que se revolvían y se enturbiaban lo que me ponían enfermo; que incluso los más felices padecen mareos, porque las olas mecen la comida en el estómago siendo así que la digestión conviene que sea quieta.

Al llegar a Barcelona me fui directo a ver las obras de la Seo de Santa Cruz y Santa Eulalia. Los dos caballeros, en el puerto de Ostia, me habían dicho que nueve templarios trabajaban en las obras de picapedreros. Cuando salí de Barcelona, camino de oriente, hacía casi dos años, estaban desmantelando la antigua iglesia para construir la nueva. Los muros habían crecido y el montaje de andamios estaba muy avanzado.

Contemplé la obra y trabé conversación con el cocinero que removía el cocido, al fuego, en una olla, contra el muro de al lado. Le ofrecí dos monedas por un plato de caldo y no me las aceptó. Me dijo que me sentara, que ya tocaba la campana para interrumpir el trabajo y comer todos juntos sentados en dos maderos enfrentados. Tracé en el plato de sopa caliente la cruz templaria y las dos filas de obreros me miraron. De la misma manera me respondieron trazando la cruz templaria en sus platos. No eran nueve los templarios, eran todos los trabajadores de la obra, incluso los tres maestros que la dirigían. El trasiego de gente que paraba expectante, curioseando la obra, no cesaba en todo el día, como una procesión constante. También pararon las autoridades, presididas por el obispo y el cabildo, a las que atendió el maestro primero, quien dejó el plato de barro enfriándose sobre su asiento. Había que tener mucho cuidado. No nos hicimos ni el más mínimo guiño. Ni la más mínima mueca, pero todos sabíamos ya quiénes éramos. Quise enterarme a ver por qué habían detectado, cuando llegué a la obra, que yo era templario incluso antes de haber trazado la cruz paté con los cuatro brazos iguales surcando la sopa en el cuenco. Qué señal me habían descubierto de la que yo no era consciente. Pero no tuve ocasión de hablar con nadie aparte. Después de comer llamé a uno que parecía más desocupado y me volvió la espalda sin hacerme caso. Su expresión era de espanto y de guardar absoluto silencio.

Encontré la ocasión, por fin, de hablar con el maestro de obras. Me reveló que el obispo, primo hermano suyo, lo había camuflado cuando empezaron las persecuciones al Temple, junto a otros sesenta y dos templarios de Aragón y Occitania para ocultarlos en forma de constructores de la Seo.

—Ya que somos sesenta y tres, contándome a mí —me decía—, número que corona el juego de la Oca, permaneceremos a salvo de la muerte, divididos en siete patrullas de nueve obreros cada una, incluidos los maestros en tirar los hilos y ajustar los ángulos con las escuadras. El nueve es el que ha guiado y guiará siempre al Temple, incluso en esta persecución a muerte.

Estábamos protegidos por el sesenta y tres, siete veces nueve, que es el número de la victoria.

Se le doblaron los ojos, de tanta agitación como había sufrido. El espanto en su mirada revelaba tensión y sufrimiento.

Me habló de que en aquella comunidad clandestina conservaba los más oriundos secretos del Temple incluida la explicación cabalística del cosmos, mezclándola con la geometría de los trazados con los hilos para ajustar las medidas en las construcciones. También atribuía a una confluencia de trece astros los trece milagros que santa Eulalia había obrado a los trece años de edad, al intentar matarla 13 veces. De ahí que el templario que inventó el juego de la Oca numeró las ocas del interior del tablero dejando que fueran trece más la primera y la última; es decir: la uno y la sesenta y tres, alfa y omega del juego. Y dejó escrito que, en lo sucesivo, pervivieran trece ocas verdaderas en sus patios para siempre, preservando la continuidad sempiterna del templo.

Entendí que algo fallaba en su cabeza, aunque siguió relatándome coherentemente que lo echaron a suertes: habían logrado reunirse setenta y tres (73) caballeros de distintos castillos perseguidos a muerte, y sobraban diez, algo en lo que todos se pusieron de acuerdo dado que tenían grabado en sus mentes el número sesenta y tres (63) como número de la victoria. Por lo que los diez que sobraban, según el designio de los dados, se dispersaron de dos en dos por todo el Mediterráneo.

Hasta ese momento no había entendido a los dos caballeros del puerto de Ostia.

Todos, los sesenta y tres, se habían cambiado el nombre y todos trabajaban en silencio.

“Mas de mil caballeros templarios, hermanos de castillos, junto con los retablos de Jesucristo en las bodas de Caná, que pendían en las capillas templarias, al que las autoridades, como puestas de acuerdo por el diablo, llamaban Baphomet, fueron llevados presos atados de pies y manos, y quemados en la hoguera después de un simulacro de juicio” —me repetía pertinaz y compungido.

Yo traté de explicarle quién era Baphomet, que lo había leído en los pergaminos.

Él me contradecía diciéndome:

—Estamos pagando la culpa todos los templarios, porque algún caballero poseído del demonio haya adorado a Baphomet.

—¡No, hombre, no! ¿Tú qué dices? —Se me aturullaban las palabras y no sabía por dónde empezar a explicarle—. ¿Quién es Baphomet? Baphomet no existe.

—Baphomet es el diablo. —Se le cruzaban los ojos al decirme estas palabras, como si su mente estuviera trastocada.

—¡No! ¡Atiende! Atiéndeme un momento que te explique todo, que yo lo he leído en los pergaminos.

Una desazón hiriente me recorría la cabeza al pensar en los tres pergaminos que había perdido en Armenia.

—Yo también he leído los pergaminos de los autos de los condenados y ejecutados en la hoguera, donde está muy claro y sellado por los jueces, que algún templario desalmado ha tenido contacto con el diablo en sesiones secretas y nocturnas. La culpa es del Maestre por no haberlos detectado y expulsado a tiempo. Hemos de estar alerta pues Belcebú nos acecha para ofrecernos lisonjas cuando más débiles nos encuentra. Ahora tenemos que ser fuertes y hacerle frente.

No me dejaba explicarle atropellándose en el discurso.

—Déjate en paz de diablos y atiende.

Me cortaba sin dejarme hablar inmerso en su pensamiento:

—Desde la primera cruzada durante la que entró Luzbel en el cuerpo de un templario, nunca más nos ha abandonado y nos hizo potentes. Nos tentó como a Jesucristo en el monte, pero no seguimos su ejemplo de despreciarle sus promesas de poseer toda la tierra, ni abrazamos la virtud de la pobreza siguiendo su ejemplo de haber nacido en un pesebre de Belén. Caímos en la codicia de las vanidades y riquezas y llegamos a ser, por ello, los más poderosos de la tierra. Abandonamos los principios de los nueve primeros caballeros en Jerusalén “pobres soldados de Cristo”.

Por un momento observé que se le caían las cejas y aproveché su mirada puesta en mis palabras:

—Baphomet no es sino la pintura que teníamos en las capillas de todos los castillos. Déjame decirte: siempre creímos que era Jesucristo en las bodas convirtiendo el agua en vino, pero su historia es más larga:

—Vamos a la caseta de las herramientas —me dijo. Mientras llegábamos a sentarnos, se interesó, al fin, por la pintura.

—No representaba a Jesucristo —comencé diciéndole—. Hubo una confusión tremenda. La pintura estaba oculta desde hacía siglos en el convento de los benedictinos de San Pedro de Montes. Allí la había ocultado Arias Didaz siglos antes de que existiera el Temple. Representaba a un dios pagano que se adoraba en las bodegas de todo el reino. Cuando Arias Didaz se convirtió al cristianismo se la entregó a los frailes para que la guardaran y que nunca más la sacaran del convento. En 1218, cuando ya el Temple era potente, disputaron los benedictinos y los templarios la posesión de un valle entero. En 1235 se resuelve el pleito aparentemente y el Abad de los benedictinos, como parte de pago, le entrega al Temple la pintura pagana diciéndole que era Jesucristo en Las bodas de Caná. Y los templarios mandaron hacer copias para colgar en las iglesias de todos los castillos al lado del crucifijo.

—¿Quién te ha contado esa historia? —me contestó incrédulo.

—Nadie me ha contado nada. Yo he tenido los pergaminos en mis manos.

—¿Qué pergaminos?

—El de Arias Didaz, donde dice la historia de la pintura. La colección del diario del Temple del primer juicio de 1218 con la escritura del juicio. Y los pergaminos del segundo juicio con las conclusiones de 1235, donde dice bien claro quién es Baphomet.

Se atusaba la cabellera mirando al suelo. Nos quedamos los dos en silencio. Yo me aturullé la mente, y no supe qué más decirle. Se rascaba la cabeza con fuerza. Volvió a abrir el fuego de las palabras:

—¿¿Dónde dices que están los pergaminos!?

—Algunos, al lado del monte Ararat, donde quedó depositada el arca de Noé después del diluvio universal.

Ladeó la cabeza y miró hacia el suelo de su lado izquierdo, diciendo:

—Ya, ya.

Siguió pensando y me miró con sorna:

—Y hasta allí fueron... ¿volando?

—Los llevé yo. Bueno... Llevé sólo uno original y dos copias. Otros están en los montes de León, y otros los tiene Rechivaldo.

No pudo disimular la sonrisa:

—Pues ese nombre... es un poco raro... ¿no?

Se echó hacia atrás en el sentajo, ladeó la cabeza mirándome compasivo con la mano en la barba y los dedos en uve tapando las comisuras de los labios.

Algo le vino a la cabeza y dejó de ronseír de repente. Me miró muy serio. Pensó, de nuevo, mirando al suelo, y terminó diciéndome:

—¿No será Recht-Walter o Rechvalde igual que un templario germánico, mi compañero en la cruzada?

Yo le respondí que no me había parado nunca a pensar sobre el origen de los nombres. Rechivaldo, por parte de padre procedía de moros, aunque, en una ocasión le había oído yo decir que su madre era rubia con ojos azules. Y le conté toda la historia del Temple de Ponferrada resumidamente.

Pasaron a nuestro lado dos mujeres, una de las cuales me recordó a Gelvira por el color del cabello que le asomaba debajo de la toca, y le dije al maestro de obras, a su vez Maestre de aquel convento templario clandestino en las obras de la Seo, que me uniría a los caballeros de Jerez, los únicos que podrían refundar el Temple cambiando de mares totalmente. Cambiando el Mare Nostrum por el Atlántico.

—En el océano Atlántico. —me dijo—. Sí; mejor será que te recluyas en un castillo sin andar elucubrando tú solo por los caminos.

Terminé diciendo:

—Junto a todos nuestros barcos signados en las velas con nuestra Cruz Templaria.

Me aconsejó que vendiera mi caballo, porque tendría que dar toda la vuelta a la península Ibérica por las costas, en barcos pequeños, que no admitían animales.

Le pregunté si por casualidad no conocería a Alfred, al que había dejado al cuidado de Aureo. O por lo menos si habría visto a Aureo trasportando bultos.

—Muchas acémilas acarrean materiales desde aquí hasta el puerto —me dijo. Y en tantos meses, puede, incluso, que ya haya muerto, si estaba tan enfermo.

Cuando ya salía de la caseta le dije derrotado:

—Déjate en paz de diablos, de belcebuses y de luzbeles, eso todo son patrañas para tenernos atemorizados.

Se dio media vuelta y me dijo de soslayo:

—Para salir a las Cruzadas es necesario tener la fe solidificada en la cabeza. Si no crees en el diablo ¿cómo vas a creer en Dios misericordioso? Has viajado demasiado, y cuanto más viaja uno, más pronto cae en la herejía. Si no crees en Belcebú, cómo vas a creer en el infierno. No tendrías que haber salido del castillo hasta que tu fe fuera incólume y firme. ¿No te habrá poseído Lucifer en este tiempo en que has entrado a palpar otras religiones?

Yo, ya no me contuve y le contesté de malos modos: le llamé necio, le dije que me creyera a mí, que sabía la historia de Baphomet porque estaba bien clara en los pergaminos. Me daban ganas de abrirle la cabeza para meterle, de una vez, que crearme a mí no es tener fe, sino constatar lo que han escrito los testigos de los hechos. Le llegué a decir que no tuviera tanta fe en lo que no sabía de dónde había salido. Al oír esto se hizo un lío en la cabeza y me miró con ojos fieros por sentirse insultado. No pudo ser de otra manera por la manera de despreciarme:

—¡Hereje...hereje! Luzbel te posee. Aléjate de mi vista —me dijo extendiendo el brazo con la palma de la mano tesa y la cabeza ladeada mirando al lado contrario.

¡Tener razón a destiempo —me dije a mí mismo— es igual que no tenerla!

Desde allí salí hacia la plaza del ganado a ver cómo estaban los precios de los caballos.

Pasé por la pared donde había dejado a Aureo y pregunté y pregunté hasta que di con Alfred que seguía portando bultos a las espaldas. Al verme, me dio un abrazo y me dijo muy emocionado:

—La pata curó totalmente. Aureo ha sido la admiración de todo el que lo ha conocido. Es igual que una persona. Piensa como nosotros. Sólo le falta articular palabras que quiere pronunciar y que no puede. Todos los días he tenido que llevarlo al puerto a mirar el mar y los barcos que llegan. Si algún día no he podido llevarlo no se ha movido del establo. Todavía te está esperando.

—¿Dónde lo tienes? Su mirada baja me estaba preocupando.

—En el establo —me dijo—. ¡Se está muriendo! Hace una semana que no come nada. Está muy enfermo y no deja de quejarse.

El corazón se me salía de su sitio de los golpes que pegaba.

—Llévame deprisa —le dije.

—Está en los huesos, y tiene los ojos pálidos. Hace tres días que orinó sangre y ya no ha vuelto a orinar porque no ha vuelto a beber agua, ni a comer nada. Tendría que haberlo sacrificado para que no contagie a otros animales, pero no he podido. No he sido capaz, a pesar de que tiene dolores inmensos. Sé que le duele todo el

cuerpo, por el llanto y por la suavidad de los resoplidos. Está llorando, como una persona.

Cuando llegamos, Áureo no se movía. Estaba echado con la cabeza en el suelo. Le examiné la herida de la pata y abrió los ojos y me miró de frente. No me hizo caso. Volvió a mirarme como si le sonara mi cara. No me reconoció por lo desfigurada que me la veía.

—¡Vamos, Áureo! —intenté animarlo—. Tenemos que salir mañana, que tienes que llevar a Gelvira el día de nuestra boda.

Al oír mi voz intentó levantarse y se incorporó levantando medio cuerpo sobre las patas delanteras; me miró de lado y me enseñó los dientes, riéndose. Alfred no podía creer lo que estaba viendo. Musitó un intento de relincho y volvió a echarse sin fuerzas.

—¡Vamos, Áureo! Que tenemos que hacer muchas leguas todavía. No seas perezoso.

Y no pude contener las lágrimas. Volvió a mirarme de lado; y a él también le corrió una lágrima por la cara.

Intenté sobreponerme para que no sufriera al verme y le dije:

—Celebraremos mi bienvenida. Vamos a coger una buena tajada.

Le di a Alfred tres monedas para que comprara una garrafa de aguardiente en la taberna de la esquina.

Mientras esperábamos se interpuso entre nosotros un silencio de muerte.

Empezó a quejarse con ronquidos jadeantes.

Entró Alfred de puntillas sobre las pajas del suelo. Una gallina saltó del nido después de poner el huevo, alborotando a todo el gallinero con su escandaloso cacareo. Los cerdos gruñían en el otro lado del establo. Áureo abrió el ojo y destiló otra lágrima.

—Toma —le dije—, bebe aguardiente, que te reanime.

Nunca supe por qué, a esa enfermedad contagiosa de los caballos, en León se la llamaba la enfermedad de los ángeles. Todavía le quedaban unos días de agonía con dolores fuertes en todo el cuerpo.

Le abrí la boca y le hice beber la garrafa entera. Al cabo de un rato, quedó como muerto. Desenfundé la daga derecha, que tenía el filo más fino, y se la hincó en la vena del pescuezo para que se desangrara lo más rápidamente posible sin que se diera cuenta.

Con la daga templaria me he visto obligado a matar lo que más he amado para evitarle más sufrimiento, y a quienes más he odiado para negarles los placeres de la vida.

Temí, por un momento, que Gelvira tampoco me conocería al verme la cicatriz en la cara, y, cuando la encontrara, tendría que hablarle primero, para que me reconociera.

Me vi sin pergaminos, sin Áureo, cojo y con la cara desfigurada. Pero me quedaba Gelvira entre las montañas. Todavía conservaba las monedas de oro en la talega, para poder alcanzarla.

En la plaza del ganado, al lado del puerto, vendí el caballo asiático por dos monedas pequeñas de oro, con lo que aumentaron un poco mis caudales. Tuve que esperar la salida del barco un buen rato.

Desde que llegué a Khor Virap habían pasado dos años, pero me habían cundido como dos siglos. No había gastado todo mi tesoro. Aún me quedaban veinte monedas grandes y dos pequeñas de oro más una faltriquera llena de calderilla.

El viaje de Barcelona al castillo de Miravet fue el más cómodo. Pagué un gran asiento en el que podía echarme. El último trecho, corriente arriba del río Ebro, lo terminé en una barcaza de remos junto con prohombres importantes a juzgar por su indumentaria y sombreros nuevos y adornados.

El velero grande encalló en la desembocadura. Allí quedó esperando a que subieran las aguas. Vinieron a socorrernos con barcos pequeños más veloces. Al llegar a Amposta, nos pidieron ayuda para sujetar los andamios del embarcadero que construían con piedras del viejo castillo templario derrumbado. Dos lanchas llenas de soldados cortaban el paso en medio del río. Desde la más grande, un pregonero con el cuerno en la boca nos decía: “Por orden del rey, daremos comida a los viajeros que necesite su majestad, para construir el embarcadero”. El arco se les había caído varias veces hasta que, por fin, dispusieron las piedras apuntadas hacia el cielo en forma de punta de lanza, un arco que solo se estaba construyendo en las catedrales, porque era más fácil sostenerlo, decían los maestros constructores. En el descanso, efectivamente, nos dieron de comer y beber. Yo quería darles dinero para que me dejaran en paz de trabajar porque estaba muy cansado. No lo aceptaron y los soldados me obligaron a arrimar el hombro mientras cargaban las piedras en el arco, porque no tenían suficientes hombres para terminar aquel trabajo. Habiendo terminado, nos dejaron libres y seguimos río arriba el viaje que habíamos contratado.

En Miravet habría recalado Rechivaldo con el oro del Temple de Ponferrada, según me habían revelado Alfa y Omega, pero no quedaba ni rastro de su estancia; sólo encontré monjes hospitalarios que reconstruían las ruinas del castillo. Los campesinos se habían llevado las piedras igual que habían hecho los griegos, efesios o romanos hacía siglos, con distintas lenguas pero con el mismo pensamiento y la misma costumbre de destruir lo que otros habían construido; y eso que las piedras labradas durante toda la historia eran ingentes sillares y enormes columnas marmóreas. Los seres humanos somos iguales se trate del pueblo que se trate.

En aquel castillo de Marivet también se había custodiado el tesoro de la corona de Aragón durante mucho tiempo, en depósito, pues los templarios éramos fieles guardianes; además nos habíamos hecho merecedores de este trabajo, ya que defendíamos hasta con la vida los dineros encomendados.

Al llegar a la orilla del poblado, donde el castillo se erguía sobre una roca inmensa haciendo pared hasta el agua del río, me encontré con un campesino pescando en la orilla, al lado de un conglomerado de chozas de madera, con rostro de moro e indumentaria cristiana, y lo saludé en árabe: “Bis mi Lah. La Illahu Ila Alah”. Y el hombre sonrió y se puso muy contento. Y me llevó a su casa

—¿Tú Muslim?

—Ana Muslim. Anta muslim. —le respondí en árabe: (yo soy islámico y tú eres islámico)

Le enseñé las veindidós monedas de oro que me quedaban y le dije:

—Llevo este regalo al Califa de Granada de parte del Califa de Efeso y un mensaje que lo aprendí de memoria:

“El Califa de Efeso te Saluda, Gran Califa de Granada. Mi ejército tiene esclavizados a los cristianos y avanzamos por todas las tierras. Resistid hasta la muerte. Al Andalus es nuestra porque Dios así lo quiso y nuestros padres la conquistaron a los Godos y a los Romanos, mucho antes de que existieran los reinos de León, Castilla, y Aragón. Asamía es mi emisario y no te lo lleva por escrito para que nadie lo delate, pues, como ha sido cristiano, puede pasar por tierras cristianas sin dificultades. Sobre todo por Roma en donde, hasta que no sea nuestra, no podemos entrar vestidos con nuestras ricas sedas y metales. El mejor salvoconducto es su memoria. Recibe el regalo que te mando como prueba de que Asamía no es sólo creyente sino muyahidín en la Yihad (combatiente en la guerra santa)”

—En castillo alto hay nada —me decía mezclando palabras árabes con castellanas—. Se llevaron a todos templarios menos a uno que no quería y no quería. Desde allí arriba —me señalaba el castillo coronando los peñones fortificados con paredes inexpugnables— lo bajaron por la cuesta a empujones con las manos atadas a la espalda. Yo vi quemarlo en la plaza. Era el último escondido en el castillo. Sacaron pintura grande los soldados del rey. Cristianos locos. Matan unos otros, otros unos. Caballero decía cuando lo sacaban atadas manos: “Ante Dios responderéis el día del Juicio, por vuestra cobardía y perjurio de vuestros votos y deslealtad a Jesucristo. Yo nunca he adorado a Baphomet ni sé quién es esa mezcla que me decís que tiene”.

Aunque no hablaba bien mi lengua, daba gusto oírlo:

—Rey Cristiano sentado en trono ahí abajo, en la plaza. Rey riyía grande risa. Rey loco, cristianos locos. A mí, pena dando el templario caballero llorando de los sus ojos. Los caballeros otros en jaula en carro llevaron presos. Caballero valiente, igual como mártires abuelos nuestros de Yijad. Igual que musulimes valientes caballeros.

Le dije que yo me convertí al Islam y me puse de nombre Asamía, como llamaba el viejo templario de Ponferrada a Rechivaldo. Y se reía. Ponía las manos en las orejas ampliándolas como para escuchar con precisión un sonido alejado. Y se reía y me miraba a los oídos.

—¡Rezamos Meca, tú y yo!

Se entusiasmaba cuando le describía cómo eran la Meca y Medina y las *contass*⁴⁸ de Jerusalem, donde había nacido el profeta Jesucristo. Asentía al oír el nombre de Jesucristo, y bajaba la cabeza cerrando los ojos.

—Yo no puedo ir Meca. Cuando siendo rico, iré Meca con mujera, lejos, lejos, lejos.

Le narré viajes, la vida de los sultanes, sus harenes, las odaliscas. Me miraba absorto con baba que le colgaba de la comisura del labio derecho con la boca semiabierta y desdentada.

—Yo, no vistiendo chilaba. Yo, hábitos pecados cristiano penitente.

Ya no le pregunté a ver dónde se había agenciado aquel hábito de fraile salpicado de manchas y remiendos.

Me dio toda su confianza. Y me regaló su mapa cuando le dije, reiterando, que tenía que llevar el oro que yo tenía, como tributo, al rey de Granada para ayudar a la resistencia de la conquista. Me proporcionó toda clase de enseres y un pergamino de viajero Islámico para cuando lo necesitara, y me reveló que él era Imán clandestino.

Seguía contándome:

—Decían cristianos soldados a templario caballero: “Escupe a Baphometo, que es mezcla pagana”.

Yo le preguntaba:

—¿Y el caballero no les decía que no escupiría nunca a la pintura de Jesucristo en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino porque eso sería igual que escupir al Cristo crucificado?

Él asentía:

—Sí, sí... Le dieron antorcha para prendiera pira en la que habían colocado la pintura; y el caballero se negaba y, a cada negación, le retorcián brazos media vuelta.

Después de mover la cabeza y pensar balbuceando continuaba:

—¡Pintura bueno! ¡Bonita! Figura piel blanca, torso desnudo, grandes ojos, pelo bucles rubios, corona de laurel, pies desnudos sin babuchas ni sandalias, cuba derramando vino a mujeres y hombres cantando y tocando cuerno.

El moro aglutinaba los dedos, los llevaba a la boca y los disparaba como se abren las hojas de las flores. Lo repetía muchas veces redondeando la boca y abriendo los ojos grandes, para que le entendiera bien que se trataba de una pintura valiosa.

Y seguía:

—Le decían: “Todos han confesado y tú confesarás también”. A mí dando mucha pena, mucha pena. Valiente caballero. Le decían a ver por qué en la iglesia había escupido a Cristo y adorado a Baphometo. Y él negaba y negaba y retorcián brazos hasta que prendieron fuego y gritaba, y gritaba, y gritaba, y gritaba, y no tenían compasión; y a mí mucha pena caballero templario.

Entonces, yo le dije que los cristianos me persiguieron igual que al caballero, que se han vuelto locos todos, los reyes y los súbditos. “Ahora me persiguen cristianos e islámicos” —le dije.

Aquello, para él, era inconcebible: perseguirse unos cristianos a otros; y me miró con lástima, pues ladeó la cabeza diciendo:

—A mí dando pena cristianos caballeros. Y alzaba las manos, precipitándose con los ojos en blanco:

—Como si muslim persiguiera y matara a otro muslim o muslima. Muslim mata cristiano pero muslim no mata muslim.

Y negaba con la cabeza repensando lo que le había dicho, que yo era doblemente perseguido por haber sido cristiano y haberme convertido a la religión de Alah:

—Imposible, imposible. Sólo locos. Mi padre esclavo, mi abuelo esclavo... cadena en *tubillo* pie, trabajando tierra. Yo andando a Iglesia y cambié nombre Mujámed como profeta, por Pablo, como profeta de cristianos. Sólo tengo sólo una mujera como cristianos. Y santiguo como cristianos y bis bis bis en misa, como cristiano, y procesión como cristiano. Pero rezo Meca por la noche sin que me vean. ¡La ilahu ilah Alah!

Me dijo que él mismo había llevado varios carros llenos de piedras para construir su casa.

Seguía diciéndome:

—Tú por mar, a Salobreña y de allí Almuñécar y por tierra a Granada. Para llegar a Granada subir barcos. Muchos barcos.

Yo le dije:

—Los templarios tienen barcos por todo el Mediterráneo y Atlántico.

Y me contestaba:

—Contraseña para barcos islámicos es “taula” y ya saben que eras venido a Islam a compartir mesa y te doy mapa de antepasados moros donde están tachados los territorios moros. Tú fácil. Tú sabes rezar convertido Islam, prosternación a Alah. Y sabes rezar en Iglesia. Sabes dos. Tú bueno, ventaja. A cristianos dices eres cristiano y rezas. A Islámicos dices eres Asamía y rezas Meca. Así no sospecha a ti Cristiano. Así no sospecha a ti moro.

El mapa que me había dado Pablo el moro era antiguo, de toda la península Ibérica islámica menos un poco del norte y con rayas marcadas que habían ido perdiendo colorido. Me marcó con tinta los puntos peligrosos de guerra entre cristianos y moros Pero me decía que a mí, como conocía bien a cristianos, me sería muy fácil, porque sabía “bien, bien, bien”, rezar en cristiano. Y no encontraría peligros ni dificultades al pasar ni por tierra mora ni cristiana. “Unas veces con cristianos y otras con moros, rezando con ellos en las dos religiones.” Y se reía: ji, ji, ji...

Me daba instrucciones:

—Baja tú en barco por Ebro a Tortosa, cristiana, desde hace ciento noventa años que perdimos.

Yo pensaba ir a Caravaca pero desistí porque los templarios estaban muy perseguidos y quizá me descubrieran. Los hubo que se sintieron seguros entre moros y se convirtieron al Islam.

¡Quién lo diría!

El desencanto era tan brutal entre los templarios que hasta ese extremo de convertirse al Islam se llegaba.

Pasé por los puertos de Almería, Málaga, Marbil-la, Tarifa. En los puertos del estrecho no pudimos parar porque se libraban luchas encarnizadas sobre todo en Gibraltar. La travesía del estrecho tuvimos que hacerla de noche. Después de Gibraltar paramos en Ayamonte, Faro, Lagos, Alcocer do Sal. Varios días anduve por los caminos al cruzar Portugal sin perder la senda de los templarios desde el mar a Jerez de los Alcornocales.

Cuando llegué a Jerez la encontré rabiosamente defendida por cientos de templarios, pertrechados a lo largo de la muralla. Tuve que esperar a la noche y acercarme a un centinela. Me atendió a la contraseña: “viva Jesucristo”, “viva Jacques de Molay”. Me acogieron en el castillo y me hicieron un gran recibimiento, y mostraron mucha admiración cuando les conté todo mi periplo. Estaban exultantes y hablaban muy nerviosos, pero la alegría bien pronto se tornó en enfado contra mi persona cuando les dije que abandonaba la ciudad, que todo estaba perdido. Después de deliberar y votar en secreto se formó un consejo y decidieron expulsarme del Temple por cobarde. El Maestre me dijo en público que no era digno de llevar la capa ni la cruz paté, que me había contaminado y que las cicatrices que llevaba por haber sufrido por Jesucristo en las cruzadas de nada me valían.

Aunque yo me había salido del Temple hacía tiempo, me sentí huérfano, sin nada a qué agarrarme, sobre todo cuando tuve que dormir en un sarcófago al lado de la vía romana, bajo una lápida de una doncella, labrado el nombre y la fecha de muerte, a pesar de que no había huesos. La lápida estaba ladeada, sólo había un agujero en triángulo y pude moverla para taparme. Venían soldados del rey por un lado de la vía desde un campamento que se veía en la colina; y en el otro, separados con tapias, había moros a pie y a caballo; y yo estaba perseguido por los dos bandos. Este tramo era peligroso. No era tan fácil como la costa del Mediterráneo. Pensé volver a la costa, a Alcocer do Sal, y seguir navegando en los barcos, donde no había encontrado ni sustos ni altercados... Pero desandar el camino andado me abrumaba; y seguí por tierra, por la noche, y en cuatro días llegué a Mérida.

En la isla del río y en las praderas del puente largo de piedra había mercado de ganado. Todos eran cristianos. Ni un solo moro haciendo tratos. Estuve merodeando y observando los caballos. Tenía que comprar uno y no me gustaban los dientes de ninguno. A lo lejos vi un corcel que tenía buena estampa y me acerqué a tratarlo con el dueño. Era un campesino que hablaba con dos jóvenes clérigos:

—Has llegado tarde, amigo. Ya hemos cerrado el trato —me dijo uno de ellos.

Aunque me llamó amigo, me lo dijo con deje de sorna y desprecio al ver mi indumentaria. No me encontraba yo como para soportar bromas, y menos, de dos clérigos, acostumbrado como estaba a no agachar la cabeza, fuera del Temple, más que ante el Papa. Nunca me había sentido tan cansado. Si me hubiera pillado en otro momento, los hubiera atravesado con la daga. Tenían dos caballos enganchados a los varales de la tartana cubierta con pieles de cabra, y compraron un tercero.

Al ver que no les respondía, cambiaron la cara de idiotas risueños por semblante turbado. Se miraron confusos, conscientes de haber metido la pata. Qué bien se entendían los condenados curillas. Con solo una mirada de complicidad entre ellos, cambiaron el discurso como si lo hubieran ensayado. Yo seguía mirándoles el entrecejo y logré ponerlos nerviosos.

Cuando se percataron de que llevaba dos dagas en la cintura, debieron de pensar en salir corriendo, pero yo creo que no se atrevieron por si acaso los perseguía. Preferieron cambiar la chanza por adulaciones y lisonjas.

Después de preguntarme a dónde me encaminaba, y ver que, de nuevo, no les respondía, decidieron despedirse. Yo les dije:

—Iré con vosotros. Os acompañaré para que nadie os haga daño.

—Cada uno de nosotros tomaremos distintos caminos —me dijeron.— Entonces, elegiré el que más me convenga porque no tengo caballo y necesito un medio de transporte.

Los vi atemorizados, tan valentones que empezaron siendo.

Optaron por representar el papel de presbíteros cuando les dije:

—Imaginad por un momento que me encamino a Santiago de Compostela.

Uno de ellos reaccionó al momento:

—Si fueres a Santiago, encomiéndanos al Apóstol, y que tu penitencia sirva para desagaviar nuestras faltas y pecados.

No se atrevieron a ofrecerme la absolución de los míos.

Apareció a lo lejos otra tartana más pequeña tirada por un percherón y conducida por un cochero con pinta de ricohombre. Al verla, los noté inquietos, por lo que decidí indagar qué andaban tramando aquellos curillas de no más de treinta años.

Como se dirigía a nosotros, me adelanté a saludar al cochero para dejar a los curas sin palabra.

—Puntuales a la cita — me atreví a decirle—. Aquí estoy yo con los dos presbíteros.

No dejé de mirar a los curas para que no pudieran hacer ninguna seña al cochero, su compinche.

Me contestó el cochero después de haber picado en el anzuelo que yo le había lanzado, y habiendo creído que yo estaba metido en sus asuntos, se apeó sin soltar los ramales del caballo:

—Se llama Gabriela —sonrió diciendo—; tiene quince años y ya es un ama diligente, meticulosa, perfecta para todas las labores de la casa.

No me hizo falta más: ¡Eran tratantes de barraganas!

El cochero levantó la cortina y dijo elevando el tono:

—Baja... Gabriela, y saluda a los señores curas.

La moza era ágil y lozana. Al agacharse para salir entre las cortinas se dejó ver en el escote una abultada pechera.

Los dos curillas no pudieron meter baza. Se vieron avergonzados. No sabían dónde meterse sobre todo cuando habló la moza, pero tuvieron que seguir como pudieron:

Dijo Gabriela:

—A su servicio — dirigiéndose a nosotros con una inclinación de rodilla recién aprendida. Lo deduje por lo patosa que se mostraba: se le olvidó tomar las sayas con las pinzas de los dedos y lo hizo a destiempo, cuando ya estaba erguida.

Yo me adelanté:

—Al servicio de los señores curas, que yo solamente soy, también, su sirviente para guardarlos y defenderlos de los salteadores de caminos. —Al mismo tiempo que se lo decía, echaba ambas manos a sendas dagas.

Me dirigí a los curas que no salían de una sorpresa para entrar en otra:

—¿No se presentan ustedes a la doncella?

No estaban acostumbrados a un requerimiento como ese. Ninguno de sus feligreses se hubiera atrevido a formulárselo. Tenían el poder sobre las almas por ser presbíteros y nadie los contrariaba.

El más dispuesto sonrió forzado presentando al compañero como si de una liturgia oficial se tratara:

—El señor don Juan Ruiz de Alcalá de Benu-Said, que por sus merecimientos y no por ser sobrino del obispo será nombrado, bien pronto, Arcipreste de Hita o de Cuenca, según noticias seguras del archidiaconado; y antes de los cuarenta y cinco años, seguro que llegará a ser arzobispo de Sevilla o de otra plaza importante que se reconquiste por Andalucía. Componedor de sílabas contadas en hexámetros y otras estrofas latinas. Bachiller aprovechado en el escritorio y escuelas de Toledo.

Cuando terminó la perorata continuó Juan Ruiz de Alcalá de Benu-Said haciendo una leve y refinada reverencia:

—Solamente algunas letrillas sin importancia y cantigas a Santa María, humilde imitador del Rey Alfonso, pero escritas no en gallego sino en castellano. Aquí — señaló a su compañero con la mano grandísima y blanca por debajo de la capa negra—: don Ginés de Zúñiga y Mendoza, el archipresbíter más joven de todo el reino.

Se relajaron al pensar que me habían impresionado con tantos títulos, y yo no hice nada por desmentirlo.

El cochero les dijo que tenían que cambiar las tartanas. Para llevar a Gabriela a Toledo con uno de los dos curas necesitaría la de tres caballos; y para el otro cura, le dejarían la del percherón pesado. Pero yo le dije que no, acariciando la daga. Los curas se quedaron de piedra mirándome absortos. El cochero miraba temeroso a unos y a otros sin moverse. Yo les dije:

—Para transportar a tres mozas salmantinas necesitaremos la tartana grande.

Entendieron a la primera sin más explicaciones.

Así, se despidieron y se fueron a Toledo don Ginés, Gabriela y el cochero en la tartana pequeña. Yo me quedé con Juan Ruiz, el futuro Arcipreste, quien había sacado de la tartana, antes del intento del cambio, una colección de pergaminos atados entre dos tablas y los metió a la talega que se colgó al cuello en bandolera.

De pronto, me vino una de esas cosas que se te pasan por la cabeza como una corazonada: Rechivaldo los habría perdido y los habrían encontrado estos bribones en cualquier camino recorriendo los pueblos miserables del reino en busca de barraganas.

Sería mejor arrebátárselos cuando estuviéramos lejos de Mérida, en la soledad del campo, sin posibilidad de pedir socorro. De momento no quiero más sangre — me dije—. Lo ataré a una encina y lo dejaré allí para que se pudra con sus títulos y latines. Había yo dejado la juventud en las cruzadas luchando por Cristo y por la Iglesia para que estos sinvergüenzas se dieran la gran vida.

Me quedé solo con el arciprestillo.

—¡A Salamanca! —le ordené como si fuera su dueño.

Sin rechistar, igual que un moro sujeto a servidumbre, subió ligero al escaño y tomó las riendas sin desprenderse del Tumbo. Yo me senté detrás de él bajo la cubierta. Intentó alegrarme diciendo:

—Cuando lleguemos a Salamanca te proporcionaré una buena moza. La semana próxima saco a dos del hospicio que ya cumplen quince años, para llevarlas al Dean y al Chantre de Sevilla como amas de llaves. Elegirás tú primero la que más te agrade. Esas hospicianas son muy refinadas, de muy buenos modales.

—¿Tú las conoces? —le dije simulando apatencia desmedida.

—Claro, desde que eran niñas. Proceden de buen padre y han sido educadas para amas de cura. Saben hacer dulces de todas las clases. Se muestran exquisitas en el trato a forasteros bajando la mirada y reverenciando con ladeo de cabeza, doblan la rodilla lo justo para no pasarse. Disponen los dobleces de los manteles de lino sobre la mesa en el punto exacto, para que cada cuadrante corresponda a tantos comensales como cuadrantes. Esa es la señal que toman los obispos para elegir las mejores a su servicio. Hay que haber frecuentado la curia para saber estos secretos.

Quedé intrigado con lo que me dijo de Sevilla y le pregunté sin más rodeos:

—¿No hay peligro de moros y salteadores en el camino hacia Sevilla?

—De ninguna manera —me respondió—. Todo está conquistado. A los que quedan escondidos por las montañas, poco a poco, los guardias reales los van exterminando. De vez en cuando producen algunas bajas en las huestes cristianas, pero al final quedan muertos todos los insurgentes.

Llegamos de noche al puente de Alcántara. De puente a puente, y tiro porque me lleva la corriente, como siempre decía Roderico en sus elucubraciones.

Me acordé de Roderico y de Gelvira mientras el cura aderezaba los caballos y la cama: un jergón bien mullido en el que teníamos que pasar la noche. Ni se le pasó por la cabeza decirme que le ayudara. Aquel bribón nunca había trabajado tanto.

—¿Qué tenemos de cena, amigo? —le devolví el trato de nuestra primera entrevista.

—Pan, jamón, queso, manzanas, un barril de agua y una bota de buen vino — me dijo queriendo agrardarme. Le dejé que bebiera todo el vino que quisiera.

Después de cenar, quedó dormido a mi lado nada más acostarse. Estaba yo seguro de que no intentaría sorprenderme en el sueño porque, a la menor, sabía que se encontraría con la daga en el cuello. El cura no tenía ni media torta.

Me despertó al rebullir por la mañana. Había dormido de un tirón sin desprenderse del zurrón ocultando los legajos.

Para desayunar repartimos lo que quedaba como buenos hermanos. Decidí cambiar el talante: por primera vez le ayudé a aderezar los tres caballos, y a engancharlos a la tartana. No me dijo nada pero le agradó el detalle.

Poco a poco, le fui dando confianza y me preguntó por la cicatriz de la cara a lo que no le respondí nada. Durante un buen trecho del camino sólo se oía el graznar de las urracas, los cascos de los caballos y el bisbiseo de las ruedas. El sol comenzaba a molestarle y se ató un pañuelo a la cabeza con cuatro nudos. Yo permanecí sentado a la sombra de la cubierta. Una vez, me miró volviendo la cabeza, pero no se atrevió a pedirme que lo relevara en el mando de las riendas. No obstante, me mostré risueño y le dije que lo invitaría a comer cuando llegáramos a Plasencia, que él ya había puesto bastante con los tres caballos y la tartana. Con esto, afiancé su confianza: la inquietud que lo había mantenido temeroso se fue transformando en templanza y sosiego. Tenía que arrebatarme los pergaminos sin emplear la fuerza.

Me dijo que había estado pensando invitarme a su manjar preferido, que Plasencia era el único lugar del reino donde se preparaba exquisito:

—¡Lagarto en su salsa! —me dijo.

En la tapia que corría a lo largo del camino se escondieron varios en sus madrigueras. Nunca había visto yo tantos lagartos juntos y tan grandes. Creí que era una broma porque al ver mi cara de asco, se reía. Por un momento pensé que trataba de distraerme y ganar mi confianza para aprovechar un momento en el que salir huyendo y desembarazarse de mí antes de llegar a Salamanca. Pero me desconcertó al decirme:

—Será mejor no entrar en Plasencia. Yo allí soy muy conocido.

Podría haber pensado en pedir auxilio o escapar huyendo con los pergaminos dentro de la ciudad donde cualquiera lo hubiera socorrido si hubiera dado voces diciendo que yo era un malhechor que lo perseguía. No pude entender lo que pretendía

—¿No quieres que te vean con un hombre que parece un pordiosero? —le dije.

Al seguir riéndose me pareció sincera su risa.

—Yo no tengo vergüenza de nada. Si alguien piensa que eres pobre, virtud será y no desdoro seguir el ejemplo de Jesucristo, que siempre se arrimó a los pobres y detestó a los ricos.

Miraba a lo lejos moviendo la cabeza como si no estuviera seguro de lo que veía.

—Para no tener problemas —me dijo—, sólo podríamos pasar a la ciudad por una de las puertas, al lado del puente de madera. Todos los portazgueros pensarían que eres un moro que vendo y me querrían cobrar impuestos. Si fueras rubio podrías pasar como cristiano; no habría problemas; pero con la cicatriz en la cara y cojo, todo el Cabildo y los señores del Concejo se echarían encima para investigar tu procedencia. Mejor será quedar fuera de las murallas para evitar trastornos.

Cuando avistábamos el puente de madera, volvió insistente a echar la vista a la caseta del portazguero moviendo la cabeza como si no viera bien de lejos, porque no lo distinguía, hasta que me dijo:

—No. No está el portazguero que es mi amigo. Hay alguien que lo sustituye. Mejor será que sigamos el camino hasta la venta, fuera del pueblo, camino ya de Béjar y Guijuelo.

—Si el portazguero es amigo tuyo, no pagarás impuestos cuando pases mercancías. ¿Te aprovecharás de eso, no?

—Voy a confiarte un secreto.

Me intrigó sobremanera porque se paró a pensar lo que iba a contarme:

Llegados al puente de madera donde el portazguero don Gonzalo tenía una casa para vigilar, en todo momento, las mercancías que pasaban a la ciudad de Plasencia, efectivamente constató, de cerca, que aquel día vigilaban otros dos hombres distintos.

—Don Gonzalo es hombre de letras —me decía—, y hace versos que retiene en la memoria sin necesidad de escribirlos. ¡Cómo le gustan las mujeres a don Gonzalo! Un día buscaba yo pastoras por los prados de las laderas en el Puerto de Béjar para llevarlas a Toledo y encontré una mora chata preciosa, con unos labios rojos como claveles explotando y unos andares que hacían perder la cabeza al verlos, los ojos negros, el pelo crespo y largo y un lunar en el pómulo derecho. Hice un trato con su padre, un moro que había pedido el bautismo y estaba aprendiendo la doctrina, para llevarla a Toledo a servir de criada y de ama de llaves al palacio del Arcediano, lo que aceptó de buen grado y muy agradecido. Se la traje a D. Gonzalo para que la probara, y cuando vine a recogerla ya no quería soltarla. Había dejado de amar a su esposa. Con la naricita aplastada sólo tenía labios en la cara para besarla de frente sin chocar con nada. Risueña y recatada al verla y, a solas, la más ardiente de cuantas jovencitas había conocido. Inventó un refrán que decía: “moza lunareja, guapa hasta vieja”.

Yo le compuse estos versos en cuaderna vía:

En çima de este Puerto vi me en grant rrebata./ Fallé una vaqueriza çerca de una mata; / Pregunté le quien era, respondió me: “LA CHATA”; / Yo só la Chata rrecia que a los omnes ata.

Le encantaron los versos a don Gonzalo y con una facilidad pasmosa inventó estos otros, allí mismo, en el fielato, sin necesidad de escribirlos:

Yo guardo el portazgo e el peaje cojo; / El que de grado me paga, non le fago enojo; / El que non quiere pagar, priado lo despojo. / Paga me, si non verás commo trillan rrastrajo.

Al pasar el puente, volvió a mi mente Roderico, que estaría esperándome desesperado, y, por supuesto, Gelvira, que cada vez se hacía más frecuente en mi pensamiento.

—Por este fielato —me dijo— pasaba a las barraganas. Por otros puentes y puertas de la ciudad de cuyos portazgueros no era conocido, me cobrarían elevados impuestos.

A don Gonzalo lo había obsequiado no sólo con la Chata sino con la primera noche de algunas barraganas, a quienes antes que él, incluso, las probaba, siendo el portazguero el primero que las beneficiaba. Si tenían la tez blanca de los pueblos del valle, no había que pagar nada por pasarlas a Plasencia; pero si eran moras de otros pueblos más alejados de la sierra, había que pagarle al ricachón don Gonzalo, que había amasado fortuna con lo que le quedaba de cobrar estos impuestos: entre seis y diez maravedís por muchacha, amén de todas las mercancías que se trasportaban a Plasencia. Por cada moro que se vendía como sirviente dentro del casco — me decía—, seis maravedís para el Concejo y uno para el portazguero.

Más de veinte barraganas había distribuido por las parroquias y el cabildo: hijas de moros conversos en su mayoría, por las que no había pagado, al pasarlas, ni un maravedí siquiera; y además, una vez dentro de la ciudad, gozaba de los privilegios del fuero, que protegía a los presbíteros y a los señores del Concejo de sus deslices, a pesar de que habían reñido entre ellos en varias ocasiones para defender sus privilegios y cobros de diezmos; pero, a la postre, se castigaba a quien molestara tanto a unos como a otros, porque las leyes estaban hechas para beneficio de los ricos y los poderosos.

En este trayecto le pregunté por el precio de una barragana y sólo me dijo que no podía quejarse de los emolumentos, pero se escabulló y no me lo dijo. No quise forzarlo para que no sospechara en mí malicia alguna, porque, a fin de cuentas, era una información de menor importancia.

Paramos a comer en un mesón a las afueras, al lado de la calzada romana. Él pidió lagarto en salsa. A mí, al oírlo, y eso que en mi vida había yo comido cosas raras, me dio mucho asco y me trajeron cazuela de berzas con tacos de jamón de cerdo negro.

Pagué yo la comida. Se nos hizo muy tarde, porque acabamos de comer casi a la hora de la cena y ya quedamos a dormir en la posada con lienzos limpios y almohadones mullidos.

Al día siguiente, muy temprano, emprendimos de nuevo el camino.

Sentía curiosidad el arciprestillo por mi persona y me preguntaba, pero no le dije que había sido templario. Cuando le contaba alguna aventura por tierras lejanas, lo coligió enseguida porque me preguntó rauda y ansioso:

—¿Tú eres templario?!

Yo le contesté con la verdad:

—No, no. Yo no soy templario. He conocido y luchado con muchos templarios. Pero yo no soy templario.

Esto lo desconcertó mucho y como no seguí contándole aventuras, que era lo que más le gustaba y distraía, no se atrevió a seguir preguntando, pero la curiosidad lo acuciaba.

Rodamos por el camino un buen trecho en silencio oyendo sólo el canto de los pajarillos. Al mismo son y al mismo ritmo que los trinos y el revoloteo de los plumajes, entonaba canciones que él mismo había compuesto a la Virgen María recién ordenado sacerdote:

O María / Luz del día / Tú me guía / Toda vía...

Era una canción hermosa, con mucha doctrina. Los últimos versos los cantaba con la música del ruiseñor. Yo le preguntaba:

—¿La cantas en la iglesia con tu feligresía?

Arreando los caballos me respondía:

—Son los Gozos de Santa María que los compuse para enseñarles doctrina a los niños en la catequesis el primer año de mi sacerdocio. Ahora estoy terminando un “ejemplo” de lo que aconteció a Don Pitas Payas, pintor de Bretaña. Tengo la mitad escrita pero no la sé de memoria.

A media mañana tropezamos con una cuesta inacabable, donde tuvimos que parar para que descansaran los caballos; los dejamos paciendo y nos tumbamos divizando el valle al lado de un torrente frío y limpio. Antes de comer ya habíamos coronado el Puerto donde había encontrado a La Chata. La recordaba con mucha nostalgia y me señaló, en lo alto, el prado donde apacentaba el rebaño. Me dijo melancólico:

—Tengo que seguir componiendo versos a La Chata. A ver cuándo me siento para pensarlos despacio. Para escribir hay que meterse en el retrete solitario sin que nada te distraiga.

Pasamos por Béjar de largo, sin pararnos. Nos habían dicho en la venta que tuviéramos cuidado porque era un paso difícil por la montaña donde salían salteadores de caminos escondidos tras rocas enormes. Ese pueblo cría traidores, falsos y ladrones —nos advirtieron—. No hay puente en el río y se pueden atascar las ruedas. Es donde abunda el peligro porque los ladrones aprovechan la umbría de los valles profundos y los cantos grandes y redondos para atacar a los descuidados. Hay que pasarlo de largo con prisa, sin pararse, sin mirar atrás si es posible. Y si pueden los caballos, no al trote sino a las cuatro patas para que no te den alcance los facinerosos.

Pasado el peligro, ya todo fue cantar por el camino. Siguió el arciprestillo con sus canciones a la Virgen María, al mando de los ramales, dando gracias a Dios y a los santos por haber superado el peligro. Le dije:

—Tú, de igual manera cantas a la Virgen que a la Chata.

Me contestaba contento:

—La Chata es dulce como la Virgen María. A la Virgen le canto en la iglesia y a la Chata fuera de la sacristía. Cada cosa en su sitio. Ya dijo Aristóteles que la verdad más verdadera es que el hombre por dos cosas trabaja: para comer y para tener juntamiento con hembra placentera.

Terminó esa máxima del filósofo y no paraba de reírse a carcajadas moviendo todo el cuerpo.

Cuando ya faltaba poco tiempo para ponerse el sol, acercándonos a Salamanca, le indiqué que se metiera por un encinar a la derecha del camino, que le tenía preparada una sorpresa. Dejó de cantar en seco, porque no se lo esperaba. Frunció el ceño. Desconfiaba. No obstante, no tenía más remedio. Por las buenas o por las malas, debió de pensar. Y optó por las buenas.

—Sigue, sigue —le decía al hacerse el remolón aflojando los ramales, de manera que los caballos se paraban.

Le insistía:

—No pares y sigue hacia adelante.

Así estuvimos avanzando entre las encinas un buen rato. En un vano le dije que tirara de los ramales para que pararan los caballos.

El arciprestillo, tan valiente con las muchachas de la sierra, estaba temblando.

Yo di un salto desde la tartana y le ordené que bajara y que atara las bestias a un árbol.

Obedeció sumiso pero sudando; y era cuando el sol menos apretaba.

—¿Qué pasa? —me dijo estupefacto—. Lo tenía enfrente a diez o quince pasos.

—Quítate el zurrón y tíramelo.

La rabia acumulada la iba a pagar aquel pobre diablo porque no me obedecía.

Asió el zurrón con más fuerza sin soltarlo.

—Dame esos pergaminos por las buenas —acaricié el mango de una daga.

—¡No... No...! —exclamaba—. Estaba pasmado y retrocedía agarrando el zurrón con más fuerza.

Saqué la daga y salió corriendo. Iba a ser el número cincuenta y ocho. Se resbaló en una reciente boñiga de vaca y cayó al suelo.

—Por favor —decía—, no dañes mis escritos, por lo que más quieras.

Le puse la daga en el pecho y empezó a rezar como una vieja. Corté de un tajo la cinta de cuero de la bandolera. De un tirón le arranqué la talega.

No sé por qué se me metió en la cabeza que allí tenía los pergaminos de Rechivaldo. Le dije que no se moviera ni se levantara hasta que se lo ordenara. Retrocedí hasta la tartana y saqué los pergaminos. El primero decía: “Cruz Cruzada panadera y su conejo”, bobadas del cura. El segundo: “Descripciones de barraganas”.

—¿Que quiere decir esto del conejo de la Cruz? —le dije enfurecido.

Me contestaba temblando:

—Déjame explicarte.

Tartamudeando entre balbuceos, me explicó el marrano, la diferencia latina entre “cunnículum”, con dos enes, y “cunículum”.⁴⁹

Me dieron ganas de coger un ramal de los caballos y molerlo a latigazos, no por haber metido yo la pata sino porque me acordaba de mi vida pasada luchando por la misma causa que este maldito entreteniéndose con bagatelas.

No obstante me acordé de Rechivaldo de nuevo. Los escritos ya estarían perdidos para siempre, por lo que la desazón me aplastaba, pero me sostenía sacar a Roderico del convento y unirme a Gelvira. Sólo se me ocurrió decirle al resplandor del crepúsculo de un sol que se ponía. Me salió una voz del alma y grité todo lo fuerte que pude:

—¡Rechivaldo, hijo de puta, tenía que haberte matado aquella noche antes de que te escaparas!

El arciprestillo, permanecía en el suelo aterrado y confuso. Yo le ordené:

—Sube a la tartana y recoge tus escritos.

No acertaba a meter el pie en el estribo mientras que lo vigilaba. Le resbaló la suela y se rebañó la espinilla haciéndose un buen corte. Era un patoso el desgraciado.

Le dije que desatara un caballo de la recua, el blanco, el que más me gustaba. Ese sería el que sustituyera a Áureo el día de nuestra boda.

Salimos, de nuevo, a la calzada.

Avanzábamos despacio hacia Salamanca a dos o tres leguas todavía. Él conduciendo la tartana con dos caballos y yo en el caballo blanco sin montura, a pelo, sin freno en la boca porque al probarlo me obedecía a mis palmadas en el pescuezo, como a mí me gustaba. Solamente asía dos ramales cogidos a las hebillas del cabestro de cuero.

Pensé que el rufián arciprestillo podía tener algún conocido poderoso en Salamanca al que pudiera pedir auxilio, y fui decidiendo cambiar de rumbo, pero no había otro más recto que seguir por Salamanca camino del puente Valimbre.

Él conducía la tartana con dos caballos y yo montaba al blanco a pelo, a su lado.

—Cada poco me preguntaba:

—¿Qué hacemos ahora?

—Para y baja al suelo —le dije.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntaba temblando mientras bajaba de la tartana. Sudaba hasta por las manos. Recapacité un poco sobre mí mismo y me noté que las ganas que me daban de matarlo eran las ganas que tenía de matar a Rechivaldo. Por un momento, pensé que aquel cura guarrillo no tenía toda la culpa de verme en el estado de desolación en que me veía, y le perdoné la vida.

Lo sorprendí preguntándole por su lugar de nacimiento, por sus padres... y me contó su vida en un momento con las manos suplicantes:

—¡No me mates, no me mates! Nací en el campo, a siete leguas de la Alhambra de Granada hacia el naciente; y una legua de Al-Qalat al poniente. Mi padre era moro y mi madre cristiana y se bautizó cristiano para agradar a mi madre y para salvar la vida. Mi madre murió cuando yo era niño y lo que más quería era que su único hijo llegara a ser sacerdote y cumplí sus deseos. ¡Ten piedad, no me mates! ¡Por la memoria de mis padres, no me mates!

No sabía lo que decía, estaba muy aturdido.

Le dije enfundando la daga:

—Sube a la tartana y dale media vuelta.

Otra vez tropezó con el estribo y le salió sangre de la herida.

Le dije amenazante:

—Que no te vuelva a ver por la Calzada de la Plata y no pares hasta que no llegues a Cuenca o a Guadalajara. ¡Hala! ¡Arreando!

Salió hacia atrás al máximo galope. Yo pensé que se le desbocaban los caballos; pero vi que pudo controlarlos. Se perdió a lo lejos en un cambio de rasante del camino.

39

Llegué a Salamanca y pasé un puente de piedra muy largo, majestuoso y recio.

Pobre Roderico, enclaustrado, esperándome. La deuda de mi palabra comprometida me acuciaba y me impelía a avanzar más deprisa, pues ya me encontraba a no más de treinta leguas del monasterio de San Pedro. Yo creo que me vino a la mente Roderico tan persistentemente, por el contraste de su encierro penitente con lo que estaba viendo:

Allí había una fiesta apoteósica en las praderas del río, fiesta de muchos mozos bienvestidos con hábitos talarés y cuellos blancos. Quisieron divertirse conmigo. Un mozalbete imbécil, un chiquilicuatre, empezó mofándose de mi cara y saqué la daga. Seguía buscándose la muerte un candidato número cincuenta y ocho, pero al ver mi semblante y mi postura cambiaron de talante inmediatamente. Me invitaron a vino y tenían quesos y pan y chorizo y huevos cocidos. Aquellos estudiantes ya no necesitarían pasarlas tan malas como el aprendiz de arcipreste. Habían aprendido la lección bien pronto, con sólo ver mi aspecto externo. Me fui a dormir debajo de un ojo del puente por donde no pasaba agua, y las mozas exultantes y descaradas bebían más vino; y por parejas se fueron escondiendo entre los matorrales. Blanco quedó paciendo en la pradera. Como no lo tenía bien domado lo até a una estaca que clavé con un pedrusco en el suelo.

Dormí unas horas y muy temprano, todavía de noche, emprendí la marcha de nuevo: crucé Salamanca sin separarme de las piedras de la calzada, brillantes a la luz de la luna de tanto pisarlas.

Desde el puente de Salamanca al puente de Benavente no tuve ningún percance, y me acordaba de Roderico con sus agüeros sobre la suerte en los puentes y el peligro de los pozos y la suerte de los dados y los saltos de las ocas.

A pesar de jugar mentalmente con banalidades, o posar la razón en mi resolución de sacar a Roderico de su encierro, en todo momento llevaba a Gelvira en mi pensamiento.

En el puente de Benavente no me dejaron pasar dos guardias y un fraile de no sé qué monasterio de la montaña. Me explicaba el imbécil del fraile, con cara compungida, que tenía los derechos reales concedidos con cartas del rey y privilegios sobre el paso por el puente, mientras que los otros dos, como estatuas de hierro armadas hasta los topes, lo custodiaban. Había estado tanteando el río, pero Blanco se negaba cuando empezaba a cubrirle las patas. Además no tenía ganas de mojar-me.

¡Acostumbrados a pasar de un lado a otro ondeando nuestras capas templarias... y ahora mendigando...! Cuántas veces había cruzado ese mismo puente sin más peaje que una respetuosa reverencia de los guardianes. Sólo costaba un poco de calderilla, pero no era lo que costaba lo que me sacaba de mis casillas. Me dio tanta rabia que pensé en matar al que cobraba y a los dos idiotas dentro de sus corazas vulnerables por los sobacos, pero me contuve porque, al ver mi porfía, salieron seis infanzones empuñando dagas y espadas, con perros lobos mostrando los colmillos.

Tenía a Gelvira cerca, a diez o quince leguas, y ya no quise correr riesgos. No me quedó más remedio que pagar el peaje. No obstante, me quedé con la cara de los infanzones y del fraile. A los otros dos se las tapaban las celadas. Quizás, más adelante, podía verme a solas con alguno de ellos. Para cerciorarme y grabarme sus semblantes, me entretuve en preguntarles, simulando camaradería, por una posada cercana, porque estaba molido. Aquella tarde me dolían todos los huesos. También les pregunté si en Benavente había guarnicionería para comprar una montura para ensillar a Blanco y riendas con freno.

Antes de llegar a la posada compré los aparejos pero no se los puse todavía, solamente se los cargué encima de cualquier manera antes de desechar el cabestro y los ramales tan incómodos.

En las afueras de la villa, al lado del río, contraté una cama en una posada del tiempo de los romanos con una inscripción en la losa de la entrada muy semejante a la que me cubría al salir de Jerez con un nombre de una mujer muerta. Sin duda, había sido la tapa de una tumba. Me entretuve en leerla antes de contratar la cama. Me dolía la cabeza mientras intentaba descifrar la leyenda: “DIIS MANIBUS... SABINA HO...ORATA” y unos números que ya no se leían porque estaban machacados. Cené una sopa y media trucha; y caí redondo hasta el día siguiente con el sol en lo alto a media mañana.

Me despertó la mesonera asustada. Me decía que es que no rebullía. ¿A ver si estaba muerto? —se preguntaba—. Desde hacía horas me tenía preparado un buen cuenco de leche.

Me decía:

—Tiene que esperar un poco, porque los dulces han de estar en su punto al sacarlos del horno, si no, no están tan buenos.

Hacía mucho tiempo que no comía unos dulces tan ricos.

—De qué están hechos —le pregunté.

—De almendras bien picadinas mezcladas con azúcar, y después se revuelve todo con harina y huevos y... hala... al horno con ellos. Que se queden bien dorados poco a poco sin dejar que se quemen.

—Pues parece usted muy buena cocinera. ¿Los ha inventado usted? —le dije por hacerle de su oficio algo agradable.

—¡Ay, hijo! Si te digo quién me los enseñó a hacer no te lo vas a creer. Porque las sopas y las truchas y todo eso, ya mi abuela me lo enseñaba de niña, pero los dulces... Pero... si antes, aquí, no había ni almendras ni azúcar. Y ahora, porque lo traen los arrieros, que en estas huertas no se crían. Pues me los enseñó a hacer un moro, date cuenta, para el día de su bautizo, que se cambió el nombre y se puso Fernando. Ya ves qué cosas. Salen tan ricos que todas las vecinas vienen a preguntarme y ya los están copiando para las fiestas.

Cuando vio que le daba conversación y confianza, y que la escuchaba atentamente, se atrevió a preguntarme:

—¡Ay hijo! ¿Y esa herida en la cara? ¿Quién te la hizo?

Yo dudé un momento, pero me salió de dentro contestarle:

—Fue en la guerra. Bueno, fue un moro como el suyo, pero que perseguía cristianos en Asia y yo los defendía.

—¡Por Dios! ¡Entonces, tú eres templario, coña!

—No, señora mía. Luché con los templarios pero yo no soy templario. Me puse nervioso al decirle esto y por un momento me arrepentí de haberle dado confianza.

—¡Ay por Dios...! ¡Qué lastima! ¡Un hombrachón como tú...! ¡Tan guapo...! ¡Y con esa herida en la cara! ¡Me cagüen la madre que los parió!

En los gestos y en las maneras, aquella mesonera me recordaba a mi madre.

Después de pagarle las monedas, salí al río a recoger a Blanco, que lo tenía atado a un árbol. Antes le dije al despedirla:

—Aunque no soy templario es mejor que no diga a nadie que me ha conocido.

—Claro, hijo, claro. Te entiendo, te entiendo. Palabra de benaventana, que no diré ni esta boca es mía. Mucho lloré cuando vi llevarlos a la hoguera. ¡Pobres hombres! Toma.

Me devolvió las monedas diciendo:

—No te cobro nada. Que buena falta te hará de ahora en adelante. Marcha con Dios, hijo.

Cuando me despedía, se entrecortó la respiración como si hubiera querido decirme algo y se hubiera arrepentido en el último momento. Para volver atrás, se me ocurrió decirle:

—Algún familiar suyo ha sido templario. Seguro.

—No, hijo, no. Pero el año pasado por estas fechas vivimos aquí un horror, que no quiero ni recordarlo. Es que la gente es muy mala. Lo que fueron los templarios... y en lo que han quedado. Es que ya no se ve ni uno. Yo creo que los han matado a todos.

—¿Qué pasó?

—¡Ay, hijo! No quiero ni recordarlo porque se me pone la carne de gallina. Venía una tropa de ellos galopando, y nosotros creíamos que era como siempre cuando pasaban a la guerra, con sus capas, guapotes todos, en formaciones con la bandera en alto. Pero, ¡qué va...! Venían persiguiéndolos y uno de los que los perseguían era de aquí del pueblo, que todos lo conocemos, y se unió a los guardias del

rey para matar templarios. Nada le habían hecho, pero él siempre tenía en la boca lo mismo: “Me cagüen los templarios”. Pero nadie quiere hablar de eso.

—¿Por qué? ¡Cuénteme!

—Vinieron unos cuantos al galope y se refugiaron ahí arriba, en el castillo. Perdieron los caballos y se les marcharon para el río. Subían los pobres gateando y lograron meterse dentro, pero ... ¡Ay, hijo...! Cuando llegaron los otros y empezaron a tocar los cuernos, todo el pueblo se arremolinó ahí delante, y en ese prado. ¿Ves toda la explanada hasta el río? —señalaba con el brazo extendido—. Pues ahí; ahí mismo. Y no paraban de llegar caballos. No supieron lo que hicieron al encerrarse allí dentro. ¡Pobrecines! Trajeron paja... trajeron...yo que sé la de cosas para prenderles fuego. Cuando empezaron a arder todas las murallas, salieron como conejos de la madriguera. Ay, pobrecines.... No quiero ni recordarlo. Como corderines se entregaron. Los empujaban, les daban patadas... ¡Lo que fueron los templarios y ahora mira...!

—¿Y, qué les hicieron?

—Había uno, el pobre, que sangraba por la boca como un gocho. Y le seguían dando patadas donde le pillaban, igual en el culo que en la cabeza. A otro que quería defenderse, ahí mismo le cortaron.... Ay, es que no puedo ni recordarlo, le cortaron todo al pobre. Sangraba... Ese no llegó al río. Ahí quedó hasta que se fue muriendo. Y a los otros los llevaron al otro río, y allí prepararon la hoguera. Yo ya no pude verlos. Ya me vine pa casa. Y todo el pueblo allí mirando y dándoles voces, como si les hubieran hecho algo. Los quemaron a todos y al que quedó muerto lo llevaron al final también pa quemar el cadáver y después con todas las cenizas los echaron al río y ya los llevó la corriente. Y las mujeres, las peores. Las que más azuzaban. Pero eran las que antes salían a verlos pasar. ¡Pero si todas estaban pirradas por los templarios, que eran unos mocetones como castillos, guapotes y sanos como nadie. Con la Cruz y las banderas daba gusto verlos. Y cómo se cambia una, que ya ves a lo que llegaron... a animar a unos renacuajos, que te digo que eran unos renacuajos a su lado los perseguidores, pero amigo, eran del ejército del rey... y todavía a alguna se le caía la baba con aquellos hombrines ruines patastorcidas.

Al oír esto a la señora, sólo me daban ganas de gritar muy fuerte diciendo: ¡Rechivaldo, hijo de puta, no voy a parar hasta matarte! Pero me contuve para que la mesonera no se asustara ni me tomara por loco.

Se quedó mirándome y entró en la posada limpiándose los ojos.

Le cambié a Blanco los correajes viejos con sus ramales por los nuevos que acababa de comprarle. Ensillé la nueva montura y le ajusté las riendas. Cuando iba a colocarle el bocado de hierro, me miró con la cabeza ladeada como preguntándome:

—¿Me vas a poner eso?

Yo le contesté hablándole en alto:

—Con este hierro en la boca te avisaré para que frenes, sobre todo si tenemos que hacer una parada brusca. Quiero que te hagas a él poco a poco, porque al principio es molesto hasta que te acostumbras.

Preferí no tirar aquel cabestro viejo por si Blanco no se hacía al nuevo y tenía que volver a utilizarlo.

Después de subir una cuesta larga por el camino, atravesamos una llanura inmensa. Sólo se adivinaban unos árboles diminutos en el horizonte. La última vez que pasé por allí, hacía unos años, era un bosque ingente, y ahora, estaba todo arrasado por las llamas. Los troncos más gruesos se mantenían humeantes todavía.

El Sol ya apretaba. Blanco caminaba con la cabeza levantada porque el freno le molestaba. Avanzaba lentamente a contratiempo cruzando los cascos, de puntillas, como si pisara margaritas sin querer dañarlas. Unas horas más tarde llegamos a un río sin puente. Miramos a ambos lados y nada. No se veía ninguno a simple vista. Tuvimos que vadearlo llegando el agua por la barriga de Blanco. Estaba lleno de truchas, grandísimas por cierto. Paramos a dormir un rato en el frescor de la pradera bajo los árboles de la ribera. Como comprobé que Blanco ya me obedecía con las correas nuevas, deseché el cabestro y lo colgué de una rama, por si le valiera a algún campesino.

Antes de ponerse el sol llegamos al puente Valimbre.

No había nadie. El río corría mansamente sin ningún murmullo. Parecía que el agua no se movía. Me apoyé en el pretil del puente y traté de ver el lugar donde estaban escondidas las monedas. El fondo del río al lado de las pilas, que lo había conocido con todas sus piedras y cavernas, estaba muy cambiado, y los cuatro pedruscos bajo los que escondí las monedas habían desaparecido. En su lugar, un banco de arena. Las piedras estaban ladeadas y no había cuevas de truchas sino peces pequeñines y un par de barbos de no más de una cuarta.

No sé por qué, en ese momento, se me vino el mundo encima y sentí una sensación de miedo que nunca había sentido.

Hubiera querido quedarme allí, mirando el río para siempre, petrificado en una estatua como los árboles de Capadocia, y no seguir adelante.

Blanco estuvo paciendando hierba fresca; me miró, y como no me movía me llamó con dos o tres relinchos. Al verme que me rebullía, siguió plácidamente con su tarea. Llegamos a Castrillo de Halile y no había nadie. La tapia de las cuadras estaba caída. Le dije a Blanco que no se impacientara. Volvimos al río y arranqué unos juncos para probar si todavía funcionaba el ingenio del obispo. No tuve más que introducir el junco y salió la punta por el agujerito de abajo. Tiré y se abrió la puerta. Estaba todo en su sitio con una marca de barro de dos cuartas en la parte baja de las paredes. Se habría inundado con la crecida del río Tortu. A simple vista parecía todo intacto pero los muebles vacíos y podridos habían sido invadidos de carcoma. Al merodear los aposentos se resquebrajó el entarimado y se me hundió el pie derecho. Ya no quise subir al piso de arriba porque todas las vigas también estaban

carcomidas. Entre las tablas del suelo de un dormitorio había crecido, de la nada, un nogal que sacaba las ramas entre las rejillas de la ventana. La cocina estaba llena de maleza con arbustos que salían por la puerta de la despensa. Desde que murieron mis padres nadie había habitado la casa, y la familia de Gelvira, años atrás, también la había abandonado. Recorrí las fincas que había roturado mi padre y que, cuando murió, recibí en herencia que entregué la mitad al Temple... De nuevo me sentí atrapado por aquella tierra de donde tantas piedras había escogido y amontonado a la orilla del río para hacerla cultivable. Quise confundirme con ella, a pesar de tener a Gelvira ya tan cerca, pero su recuerdo me sacó de aquella sensación de desapego a la vida. Me encontré en la vereda al lado de una fila de negrillos con un campesino que venía a lo lejos. Era Domiciano. Venía con una vara sobre los hombros y las muñecas colgando, caminando despacio y volviéndose de vez en cuando a llamar al perrito poco más grande que un gato, que se detenía husmeando los pies de los árboles y cualquier montón de brozas que encontraba. Cada cuatro o cinco árboles paraba su trotecillo nervioso, se arrimaba al tronco y levantaba la pata. ¡Qué viejo estaba Domiciano! No parecía el mismo. Me venía observando mirando alternativamente a la cara y a las dagas. Cuando íbamos a cruzarnos, bajó la mirada y se apartó como si me tuviera miedo. Una vez pasado, me volví para preguntarle por los dueños de las casas. Al oír mi voz con acento del terruño le inspiré confianza porque le hablé con palabras propias de Castrillo de Halile. Me contó lo que habían hecho los dueños y la muerte de los antiguos caseros: mi padre y mi madre.

Decía con deje cansino desgranando las sílabas:

—Martín, el hijo del casero, regaló casi toda la herencia a los templarios y ahora mira tú... Algo trabajó aquí el viejo —se refería a mi padre— sacando piedras y allanando y abonando año tras años todas esas fincas al lado del río Tuerto —señalaba con la vara extendida—. El hijo, como se metió a templario, lo habrán matado, como a todos, ya sabe usted... porque, desde luego, por aquí no ha vuelto. Y mira que era querido el muchacho. Noblote como él solo. Y dicharachero. Y trabajador, que todo hay que decirlo. Era el orgullo de su padre sobre todo, que no sabía si lo tenía o si lo soñaba.

Seguí preguntándole, sólo para tirarle de la lengua:

—¿Y los dueños no venderán la casa?

—¡Uoy, Dios mío...! Es de la familia Núñez Osorio que tienen un lío de hijuelas, porque el obispo dice que es suya y los yernos de los Nuñez también la reclaman. Y además está la chica. Que yo no sé, las malas lenguas dicen que era hija del obispo, otros que del Dean y otros del Arcediano. Así que vete tú a saber...

—Con una buena oferta, quizás la vendan, con todas esas fincas —le dije para que siguiera hablando.

—No creo que lo necesiten. Son muy ricos y por aquí ya no han vuelto.

—¿Usted sabe dónde podría dar con ellos?

—Hombre, pues... la chica creo que vive pal Bierzo. Por lo menos, aquí se dice que la han visto por el valle del Silencio, a los pies del castillo de Montes.

—Será el monasterio. El monasterio de los benedictinos.

—Será ... claro... Yo, es que, por allí no he ido. Muchas veces, como dice el otro, oímos campanas sin saber dónde. Yo, es lo que había oído; y mira tú por dónde, no estaba en lo cierto. Será, será el monasterio de los benedictinos de San Pedro; ahora que lo dice usted, parece que quiero recordar haberlo oído. Lo cierto es que por allí la han visto, aunque aquí, a Castrillo de las Piedras —bueno, así le llamamos aunque el cura sigue poniendo en los libros Castrello de Halile— no haya vuelto desde que se casó con el hermano de un canónigo. Lo que sí sé es que uno de los Osorios vive en un palacio en Astorga, un palacio que tiene un escudo en el dintel de la puerta. Pero no se moleste... no se moleste, que seguro que no venden.

41

Emprendí la marcha hacia el Bierzo sin esperar al día siguiente. Después de pasar el puente, a no más de media legua por la calzada, me topé con otro letrado bajo el techo de una hornacina primorosamente labrada con toda clase de adornos tallados en las maderas. Me apeé de Blanco para leerlo y la desazón volvió a invadir mi mente. Contenía una lista con los nombres de templarios condenados a muerte. Allí figuraba Martín de Castriello. A pesar de las heridas de mi cara, no quise arriesgarme a que alguien me conociera.

Pasar por Astorga se me había convertido en el mayor de los peligros por lo que me di la vuelta hasta el río del puente Valimbre. Ya no me separé del cauce, río arriba, hasta llegar al río Turienzo. Al cabo de un rato, Blanco se negaba a seguir caminando porque las murias que había arrastrado el río con sus crecidas obstaculizaban los pasos y habían anegado todas las tierras de los valles. Los senderos estaban borrados y teníamos que caminar entre cantos y cascajos sorteando empalizadas de troncos y ramas que las riadas habían dispuesto en las dos orillas de las riberas acumulando desechos y animales muertos que olían a descomposición y podredumbre.

Llegó el momento en el que Blanco se negó en redondo a seguir andando, cuando avistó tres lobos muertos con las tripas fuera, los ojos abiertos y las fauces blancas del tamaño de mis dedos, como si amenazaran con dar una dentellada. Se echó sobre las patas traseras, ladeó el pescuezo hasta que las crines, colgando, le llegaron al suelo, esperando un correazo. Resignado a una paliza le empezaron a temblar los párpados sin dirigirme la mirada, mirando al cielo. Lo tranquilicé con una caricia en la testuz, le miré a los ojos y me dijo que le dolían las patas con miedo a que arrancara mi enojo porque le empezó a temblar la piel de las axilas.

Le dije achuchando su cabeza contra mi cuerpo:

—Yo nunca he pegado a un animal, y menos a los que me han salvado varias veces la vida como los caballos. Vamos a probar por el otro río.

Al oírme estas palabras se levantó animoso y se dio media vuelta.

Salimos del cauce del río Turienzo y subimos al cauce del río Jerga. Aunque no había obstáculos de leña y hojas porque la vegetación era menos abundante, las tierras polvorientas del verano se habían ido acumulando amasadas también por las crecidas con los cantos rodados en forma de murias inmensas, como colinas transversales en los llanos. Me encontré perdido, sólo orientado por el sol y por el musgo de los árboles. Perdí el camino atrapado entre las murias. Logramos salir a una pradera donde le dije a Blanco que paciera mientras yo descansaba un rato, porque llevábamos medio día andando y no habíamos avanzado casi nada. A lo lejos venían tres mujeres con cestas en la cabeza. Escondí en el zurrón las dagas para que no se asustaran. Cuando estaban cerca se pararon y tendieron la ropa lavada sobre la hierba. Me acerqué a preguntarles:

—Buenas tardes. ¿Por dónde se coge el camino?

Se hicieron las sordas, me miraron de reojo agachadas sin cesar en su tarea, siguieron hablando entre ellas con cara de pocos amigos, quizá para perderme de vista. No le debí de resultar simpático.

Yo volví a preguntarles:

—¿No pasa cerca el camino de Santiago?

La más dispuesta me respondió al instante. Las otras dos siguieron su tarea sin levantar la cabeza y ni siquiera me saludaron.

—Por aquí mismo. Lo estamos pisando, lo que pasa es que este invierno lo ha borrado todo.

Como supusieron que era un peregrino se levantó otra con las manos en las caderas diciendo:

—Siguiendo río arriba no tiene pérdida. Sin entrar en el pueblo de Castrillo de los Polvazares se llega al Ganso; y luego ya, de Rabanal arriba, no se forman murias y el camino está limpio. La corrigió la primera:

—¡No, mujer! Tendrá que salirse del cauce para coger el camino más arriba.

—Eso quería decir, pero ya no tiene pérdida.

Les pregunté:

—¿Aquella casa nueva es una posada?

Una parte del tejado no estaba terminada.

—Es la casa que ha hecho el Chantre nuevo de Santa María de Astorga, que está allanando todas las murias del llano. Son tierras del Obispado, pero se ha quedado él con ellas, para poder ararlas. Ahí tiene mucho trabajo, pero le vienen unos arrieros de Martín Gostedo a ayudarlo cuando no salen de viaje. Yo vengo a lavarle la ropa al río todas las semanas desde Castrillo.

Al oír mi nombre primero y seguidamente mi apellido, me sobresalté un poco, pero me percaté, al instante, de que Martín era el nombre de unas casas cercanas; y Castrillo, de un pueblo lleno de polvo al terminar las trillas del verano.

—Queden con Dios, señoras —me despedí sonriendo.

Al verme sonreír, las tres suspiraron con un gesto de espanto.

Seguimos Blanco y yo subiendo y bajando las murias. Cuando perdimos de vista a las lavanderas, nos introdujimos por un bosque de robles y castaños, un poco cuesta abajo, hasta que llegamos al río de Martín que habían dicho las mujeres, sin

parar ante un pastor que nos saludaba con ganas de hablar un rato. Anduvimos por el cauce hasta que se nos hizo de noche. No me arriesgué a buscar un pueblo para dormir a pesar de que comenzaba a hacer frío, y preparé una cabaña en un árbol para pasar la noche.

Me despertó Blanco relinchando estrepitosamente. Dos lobos enormes lo estaban atacando y sangraba por el muslo derecho de la pata trasera. Parecía una buena dentellada. Empuñé las dos dagas y salí corriendo tras ellos, con algo de miedo, no fuera a venir una jauría, porque, cuando desaparecieron por los matorros, aullaron con potencia.

Un lucero brillaba debajo de la luna en el horizonte de las montañas del poniente. Estaba amaneciendo. No tenía nada para curar a Blanco. Le observé la herida y tuvimos suerte porque no era profunda sino superficial y larga. Miré al cielo para que no se le encontrara. Tuvo buenos reflejos al defenderse, porque los lobos siempre atacan por detrás a los caballos; seguro que les propinó buenas coces en los hocicos. Seguimos de madrugada río arriba hasta que llegamos a unos juncas llenos de cieno muy cerca de Turienzo. Estaba dudando si parar en el Castillo del Temple, pero ya no tuve opción porque oí tocar tambores. Retrocedí para ocultar a Blanco entre la maleza.

Saqué la daga al ver que algo se movía en el suelo. Se escondían dos hombres tapados con ramas y hojas secas. Con las dos dagas en ristre les mandé salir del escondrijo al instante. Dos templarios temblorosos, que yo no conocía, salieron con las capas blancas embarradas. Estaban aturdidos y ateridos, sin habla. Les dije que no temieran, que yo era templario forajido. Respiraron profundamente. Habían salido de Jerez un día más tarde que yo. Me contaron que ellos pudieron salir antes de que descuartizaran a todos los templarios en la torre después de una brutal carnicería, e intentaron refugiarse en Turienzo. “Les clavaron estacas puntiagudas — me decían llorando—, y los enarbolaron como si fueran banderas mientras se desangraban regando las margaritas transformadas en amapolas por el color de la sangre. Fuimos unos cobardes —seguían lamentándose—. Sólo los dos más cobardes hemos sobrevivido escondidos en una cuba vacía hasta la noche —deploraban su actitud con arrepentimiento—, cuando ya salimos por la calzada romana, juntos en el mismo caballo como los mejores templarios primitivos aunque no hubiéramos imitado su valor, coraje y hombría”.

Perdieron el caballo que se les desbocó cuando vieron sitiado el castillo de Turienzo. Estaban perdidos. No conocían estos montes. Les indiqué que lo primero era tirar las capas y raspar las dagas; y que salieran camino del Teleno en dirección al lucero del horizonte, hacia el Atlántico, donde quedaban barcos templarios.

No se me despegaban. Lloraban como niños. Sólo estaban acostumbrados a victorias en todas las batallas que habían librado; y ni siquiera una herida habían sufrido por haber permanecido en Hispania y no haber luchado en las cruzadas.

Me daban lástima pero tenía que sacudírmelos. Les conminé: “dejaos de llantos, y, de ahora en adelante, a cuidar vuestro pellejo”.

Se quedaban inmóviles como si quisieran pedirme algo suplicantes con los rostros ladeados; y yo les insistía en que salieran ya cuando antes. Por fin, me hicieron caso al oírme: “¡Venga, arreando!”

No les di tiempo más que a despedirse diciendo inocentes y apagados: “Viva el Temple. Viva Jesucristo”.

Cuando ya habían desaparecido, vi en el agujero que uno de ellos había perdido el cuchillo. Lo até a la silla por si me hiciera falta más adelante.

Los tambores seguían sonando.

Me fui acercando al retumbar de los redobles, agazapado por los juncos cenagosos, por donde había menos agua, pero no me libraba de que, de vez en cuando, se me atollaran las botas y crecieran las dificultades para seguir avanzando. Estuve observando a unos soldados que iban y venían con un carro. ¡Estaban montando un cadalso! Un patíbulo de maderos con una horca al lado de un peral inmenso en medio del prado extenso, al lado de un gran puente de troncos de árboles. Dejaron de tocar los tambores. Debían de estar ensayando. Una mesnada de caballeros del rey formó en el prado, y soldados a pie, con espadas, vinieron también formados, corriendo a paso ligero. Blanco relinchó a lo lejos y yo me escondí debajo del puente trepando por los maderos. El pueblo dormía y los vecinos no asistían a las ejecuciones, como me había contado la benaventana.

Era el cadalso más imponente que yo había visto. De las vigas jácenas colgaron seis sogas con sendos nudos corredizos. Redoblaron los tambores y llegaron las carretas con más soldados.

Conté a todos los templarios. Eran los seis últimos que habían quedado sitiados en el castillo de Turienzo. Venían atados, con los ojos vendados; y en procesión los sacaron de las jaulas. Cuando cesaron los redobles y un solo tambor daba golpes secos que retumbaban en el silencio de la mañana, les ataron las sogas al cuello. Ya no pude mirarlos. Me había vuelto viejo y débil de repente. Cesaron los golpes secos y se reanudaron los redobles de los panderos. Los ahorcaron. El amanecer quedó en absoluto silencio. Sólo una rana lo rompió croando. Cuando volví a mirar el patíbulo, se tambaleaban los seis cuerpos con las lenguas fuera y el cuello estirado. Apareció el sol por el lado de Astorga.

Volví a por Blanco entre juncos y espadañas y rodeé el pueblo por el otro lado del río para coger el camino del monte al valle de Valdueza.

Había perdido la noción del tiempo, que me la devolvió la majestuosidad del Teleno acompañándome todo el trayecto, por la amplitud de los neveros en la cumbre.

A lo lejos, y muy tenue, se oían aullidos de una loba en celo, aunque por la nieve de la montaña, debía de ser un celo tardío o de una loba que había perdido la primera camada.

Tuve que desviarme del camino, cuando oí venir un tropel de gente con soldados. Me metí por un sendero entre silvas y espinos hasta que me ocultaron los arbustos cada vez más altos y más densos. Sin quererlo, había llegado a las cabuercas de los antiguos buscadores de oro. El estruendo y las carcajadas, cada vez más cerca, me obligaron a galopar montaña arriba hacia el mediodía y encontré, al cabo de

un buen rato, en el silencio del monte, unas piedras escritas, las mismas de las que Cerecinos y Matalobos nos habían hablado y en las que jugaban durante los tiempos de ocio los templarios de Turienzo. Otros caballeros, sobre las grabaciones de tiempos prehistóricos habían esculpido cruces bizantinas al llegar sanos y salvos después de haber luchado en Tierra Santa y también la cruz paté templaria con los cuatro brazos iguales, para que el recuerdo de las batallas fuera perenne. Había una cruz paté inconclusa, seguramente por haber sorprendido al templario que la esculpía, un toque a rebato. Yo la terminé en su honor y se me desgastó el filo del cuchillo que habían perdido los cobardes, como ellos mismos se llamaban.

En otra piedra a su lado, también grabé la inscripción para que todo el mundo venidero recordara a dos valientes templarios leoneses: “Cerecinos y Matalobos”

Me rugieron las tripas y sentí hambre. Miré por todas partes y no encontré más que un poco de miel silvestre entre unos matojos.

42

Llegué al monasterio de San Pedro bien entrada la noche. La antorcha apenas lucía. Seguía la misma costumbre de dejar agotar la grasa hasta que se acabara. Di una vuelta rodeando el monasterio y reinaba el silencio. No se veía nada. Los frailes dormían el sueño más largo entre completas y maitines. Tenía que esperar al día siguiente para preguntar a Roderico si había ido Gelvira por el monasterio y dónde podía encontrarse. Mejor sería que no me viera ningún conocido.

En el valle no podía fiarme de nadie a quien preguntar nada. No podía dejarme ver ni siquiera por gente extraña.

Llegué a las puertas del convento a comprobar si Roderico seguía de portero y todavía podía pillarlo comprobando los cerrojos antes de subir a la celda, pero los cerrojos estaban echados.

La cabeza me daba vueltas y el corazón se me agolpaba contra las costillas. Parecía que estaba inmerso en un sueño en el que, por más fuerza que hacía, no podía seguir caminando.

Oí a Blanco que me llamaba con insistentes relinchos, a lo lejos, donde lo había atado. No debía de gustarle la noche tan oscura y nublada con algo de llovizna. Sentí frío y subí a dormir a la cabaña. Inocente de mí, había pensado que la iba a encontrar igual que la dejé hacía ya muchos meses, antes de salir con los peregrinos germánicos. La mitad del techo estaba derrumbada y las piedras de la pared norte amontonadas entre los palos. Apenas me hice un sitio para pasar la noche a cubierto. Tenía hambre. Estuve buscando acederas pero no encontré ninguna. No se veía nada y las hierbas que arrancaba no eran comestibles. Le dije a Blanco que se echara conmigo para darme calor y me acurruqué a su lado. Las tripas me rugían por haber comido poco esos días.

Estuve pensando bajar al molino por la mañana, antes de ver a Roderico. Si a Gelvira la habían visto por el valle ¿dónde mejor que en el molino podía encontrarla? Pensé que hubiera sido mejor haber ido a buscarla al molino directamente y no haber perdido el tiempo, pero nunca había estado tan atolondrado, de tal manera que no pensaba ligero con la normalidad de siempre.

No supe por qué, viéndome allí arriba con Blanco, a pesar de tener ya a Gelvira tan cerca y a unas horas de unirme con ella para siempre, no sólo me saltaron las lágrimas sino que lloré en alto aflojando los músculos, con una sensación de sentirme atado fuertemente con sogas todo el cuerpo y, de pronto, que se hubieran soltado.

Blanco me miraba sorprendido.

Durante la mañana bajamos al molino entre los árboles del valle. Después de atar fuertemente el fardel del oro a la montura, dejé bien apartado a Blanco para que la sorpresa fuera más fuerte al verme sólo a mí, de repente y sin caballo. Cuando miré el corredor de arriba, apareció Gelvira terminando de tender ropa lavada y se metió para dentro.

Al intentar llamarla, se me paralizó la garganta, me quedé sin habla como si me hubieran rodeado quinientos lobos en el monte.

Salté la tapia, crucé la huerta y rodeé la casa para llamar a la puerta. Cuando iba a dar una palmada en una duela, vi que la puerta estaba arrimada.

Sentía estertores de angustia en un momento en el que me invadió la cabeza un pensamiento: no me había fijado en qué ropa colgaba de las cuerdas y pensé volver a la huerta para comprobar que no había en el tendal ropa de hombre.

Sentía la cabeza como si sudara sangre igual que Jesucristo en el Calvario. No quise volver por si acaso era cierto. Tenía que verla a ella primero. ¡Cuánto tiempo sin ella, y a cuánta distancia!

Recordé en ese momento, en que se me atropellaban millones de pensamientos, lo que había sentenciado el capitán del barco de Ostia cuando le dije que no había visto a mi esposa desde hacía mucho tiempo y que estaba muy lejos: “Los grandes amores son fieles y eternos —me decía—, si se han fraguado durante mucho tiempo y en la distancia”.

Cuando empujaba la puerta sentía un amor inconmensurable y la recordé de niña en Valimbre, de moza en Astorga y de amante y esposa en el mismo molino en que nos encontrábamos.

La muela estaba parada y el agua de la moldera no golpeaba las aletas. Sólo el ruido del torbellino del agua por debajo del entarimado. El farnal estaba tan limpio que, de tanto haberlo fregado, sobresalían las vetas de la madera.

Ni una mota de harina por ninguna parte. En la viga, suspendida formando bucles ondulantes, la misma sogá con la que el molinero había colgado a Gelvira; y en el vasar del fondo... ¡Me restregué los ojos para que no fuera cierto! ¡No era posible! Un montón de pergaminos. Me acerqué a tocarlos: ¡Los pergaminos de Rechivaldo, y, al lado, la alforja con las mismas monedas de oro del Temple que había usurpado!.

De momento, me quedé paralizado pero reaccioné, de pronto, como una loba a la que le quitan la cría, subiendo las escaleras de dos en dos escalones.

Al oír mis pasos, salió Gelvira asustada al vestíbulo; y al verme subir, gritó rechazándome con un alarido y enseñándome los dedos como si fueran garras cruzando los brazos tensos.

Me puse loco de furia, me abalancé sobre ella y, como seguía rechazándome, saqué las dagas y la cosí a cuchilladas por todo el cuerpo sin reparar dónde se las clavaba.

Le dije:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Olvidaste tu promesa?

Regueros de sangre inundaban el suelo mientras agonizaba entre mis brazos.

Abrió los ojos al oírme y me dijo:

—¿Qué he hecho? No he olvidado nunca ninguna de mis promesas.

Y se le cayó la cabeza muerta.

Me hizo dudar de mí mismo y me aumentó la locura. Volví a los pergaminos y a las monedas de Rechivaldo, por si me había equivocado.

No me había equivocado. Eran los escritos que nos habían hecho falta para demostrar ante los tribunales que los templarios estábamos perseguidos a muerte por calumnias, y las monedas de oro macizo del tesoro del Temple.

Subí las escaleras y, al verla muerta, tan bella, una fuerza interior me impulsó a colgarme de la soga al haberla imaginado haciendo el amor con Rechivaldo.

Le hice un nudo corredizo subido a la tarima, al lado de la tolva y de las muelas para dejarme caer al vacío. Cuando estaba colocándola en el cuello, oí un llanto. De momento creía que era Gelvira que no habría muerto. Subí, de nuevo, corriendo al vestíbulo donde yacía. Un niño que apenas andaba, intentaba despertar a su madre llamándola con las dos manitas sobre la cara muerta. Intentaba inútilmente abrirle un ojo:

—¡Mamá...! ¡Mamá...! —con llanto desconsolado.

Preferí que siempre tuviera grabado el recuerdo de su madre dormida y lo cogí en brazos, cerré ventanas por dentro y, por fuera cerré la puerta con la llave. Salí corriendo a buscar a Blanco rodeando las tapias por el río.

A galope llegué a las cuadras del monasterio y me dirigí al gallinero donde también había unas jaulas de conejos, para que el niño se entretuviera sin llorar mientras llegara el fraile a darle de comer a las gallinas. Allí seguro que lo encontrarían.

De momento quedó tranquilo señalando con el dedito a los animales y aglutinando los morritos mientras yo comía un huevo que cogí de un nido. Una gallina se elevó para poner otro y cuando se lo fui a coger salió cacareando despavorida en vuelo raso y esparciendo por la cuadra una polvareda que hizo toser al niño lleno de lágrimas y mocos. Al salir corriendo desde la cuadra, vi que por la puerta salía un hombre calvo y rubio que parecía alarmado y junto a él había otro hombre. ¡Era Roderico! ¡Seguía en el monasterio! Él no me reconoció porque no me llamó por mi nombre, y gracias a Dios no dio la voz de alarma. El niño, de momento, quedaría a buen recaudo cuando Roderico lo encontrara allí.

Blanco me esperaba suelto, impaciente al verme tan agitado arrastrando mi cojera. Casi se me caen los tres huevos que llevaba en una mano y tuve que arreglármelas para saltar la tapia engarriando sólo con la otra mano. Oí que el niño dejaba de llorar. Seguro que Roderico ya lo había visto mientras el pobrín se restregaba los ojitos.

Salí galopando hacia las murias de Martín Agostedo.

Ya no me importaba nada y estaba dispuesto a morir matando a quien se interpusiera en mi camino, por lo que tomé la senda más recta.

Antes de la mitad del camino, Blanco se quejaba de una pata. Intentaba mirarme moviendo insistentemente la cabeza hacia la izquierda. Le revisé las pezuñas y tenía clavada una astilla. Se la saqué con cuidado y salieron unas gotas de sangre. A pesar de todo cojeaba, por lo que tuve que hacer noche por el camino, mala noche, pues apenas me dormía en una cuadra, en el entarimado encima de los bueyes. Me cogió el sueño muy de madrugada. No quise forzar a Blanco en la caminata por lo que nos ocupó todo el día llegar, cuando ya se ponía el sol en el Teleno.

Desde Astorga me desvié hasta la pradera de las lavanderas y la casa nueva en la que dos albañiles terminaban de retejarla. Les pregunté:

—¿Vendrá hoy el chantre nuevo?

—Los sábados se queda en el palacio del obispo porque el domingo temprano ya tiene que cantar las misas.

—¿Cuánto tiempo hace que es el chantre?

—Si estamos en mayo, y se estrenó de chantre en la misa del Gallo, pues eche la cuenta. Van pa cinco meses.

—Aunque la corazonada me lo confirmaba, me aventuré a preguntarles:

—Tiene un nombre del que nunca me acuerdo antes de llamarlo —quise que supusieran cordialidad entre nosotros o por lo menos que yo fuera un admirador del Chantre.

Me informó sin hacerles más preguntas:

—Don Rechivaldo Villafañez.

—No es Villafañez, sino Azafayuynez —lo corregí como si en ese momento él me lo hubiera recordado.

—Eso, eso. Cada cual le llama de una manera. Tiene un apellido tan raro... Por aquí nunca se ha oído ese apellido. Tiene nombre y apellido raro pero canta como los ángeles. Retruena la iglesia entera que parece que se van a caer los tejados. ¡Me... cá! El domingo pasado, había cinco obispos oyéndolo. Yo creo que es a lo que vinieron desde Salamanca, Lugo y desde Burgos, y desde otras ciudades, a oírlo. Van a Santa María a oírlo cantar hasta los soldados que nunca van a misa. Mañana, domingo, canta la misa de mediodía. Cuando canta el "gloria", sobre todo, la gente se queda tiesa, con los pelos de punta. ¡Me... cá! Mi mujer y yo, desde luego, no nos lo perdemos.

—A eso he venido desde muy lejos, dada la fama que ha cogido. Mañana iré sin falta a la misa de mediodía. ¡Queden con Dios, señores...!

—¡Adiós! —me respondieron en la despedida.

Paré en el camino a coger del suelo un retal de lino. Era un pañuelo de caballero que estaba nuevo. Al pasar por debajo de un nogal muy cerca de la ciudad, se me ocurrió romper un *conjo*⁵⁰ y escribir con él un letrero en el pañuelo: “Peregrinos a Santiago”. Así nadie se extrañaría de nuestra presencia como forasteros. Con un poco de resina que cogí de un pino centenario, que parecía que lloraba por todas las hendiduras, estampé el letrero en la grupa de Blanco.

Cambiar las botas me urgía porque la derecha tenía un agujero en la planta y había perdido la mitad de las costuras. Todavía encontré una tienda abierta en la plaza de San Bartolomé al lado del *ropulgo*, que vendía de todo. Estaban cerrando pero me atendió un hombre muy serio.⁵¹

—Ya estamos cerrando y tengo todo recogido —cerraba los ojos y ladeaba la cabeza—; hoy ya no puedo despacharlo.

Al verme tan andrajoso no quería hacerme caso y dos veces levantó la mirada de reojo observándome disimuladamente. No le gustaba mi aspecto.

En vez de darle más explicaciones, con unas palabras escuetas logré que me atendiera:

—Quisiera mudarme todo, de arriba abajo, para llegar limpio a Santiago —miré hacia la calle ostentosamente para que viera que dirigía la mirada a la grupa de Blanco y al letrero, a la vez que ponía encima de la mesa la faltriquera de la calderilla y tres monedas de oro.

De pronto, sin recato y sin vergüenza, convirtió la seriedad adusta en atenciones.

—A usted lo dejo yo hecho un pincho —me dijo sonriente.

Me midió de arriba abajo y de adelante a atrás con la cinta medidora. Y me dijo en cuclillas tomándome medidas hasta de las pantorrillas:

—Aquí bordamos las camisas blancas y los chalecos. Los zaragüelles los cosen las monjas con hilo de seda para que no hagan daño, los sombreros me los trae el arriero, y nunca me dice de dónde. Estos calzones son de la lana más fina y mejor teñida.

—¿Y las botas? —le pregunté inmóvil para que no se equivocara.

—¡No, hombre, no! Se ve que usted no entiende de modas. Estos zuecos que vendo no son zuecos, son los últimos zapatos con mullido de plumón entre la suela y la plantilla de badana. Son livianos, y, aunque parezcan frágiles, son mucho más fuertes y duraderos que las botas, y además no pesan. El mayor adelanto en el calzado. Además, mire usted: nada de mofo.⁵² A cualquier sitio que vaya, todo lo que sea de pieles está húmedo y mofoso. Yo tengo aquí, detrás de la tienda, el orropulgo⁵³ para conservar las pieles intactas.

—Qué palabra tan curiosa —le dije. —En Roma lo llaman de una manera muy parecida, y mira que está lejos de aquí, que hay que navegar varios días, pues llaman igual que en Astorga “orriopúlugo” al silo de trigo, del centeno y la cebada. Para que no se humedezcan y no les entren ratones.

—Mire, mire la suela: tres piezas de cuero de vaca cosidas a conciencia. Con estos zapatos tiene usted hasta la mortaja. Mañana, se da usted un paseo por la plaza y lo reverencia hasta el obispo.

Se atrevió a decirme, una vez que le había pagado:

—¿Qué? ¿Una promesa por haberse curado las heridas en la cara, para darle gracias a Santiago?

Le sonreí sin contestarle y le pregunté por una posada. Me contestó diligente:

—Aquí, al lado, hay una, pero tiene piojos en las camas. La más limpia... Bueno, ahora cuando cierre, lo acompaño, que está al lado de mi casa.

Durante el trayecto me fue diciendo:

—Además, por un pozo se baja a una estancia con baños de agua caliente iluminados con candiles de cera. Los baños más lujosos de todo el reino.

43

En el baño intenté relajarme, ya que hasta llegar al pozo de las termas, me movía mecánicamente, como sonámbulo. Las termas eran como las de Constantinopla pero en pequeño. Quedé limpio y con ropa nueva para cenar en la cantina. Me sirvieron caldo de berzas con chorizo. Me sentía satisfecho, pero, al pensar en que tenía que matar a Rechivaldo volvía a ponerme malo como en el barco. No pude terminar el cuenco y me venían bocanadas de huevos crudos. Salí a las murallas a tomar el aire fresco y devolví la cena y los huevos, pero me quedó la mente clara para cumplir el designio.

En la cama pensé mucho en los movimientos de Rechivaldo cuando se defendía en los entrenamientos, y sabía muy bien cómo atacarlo para darle una muerte larga y segura, y que me estuviera viendo mirándole a los ojos de cerca durante una larga agonía. Memoriqué todo lo que iba a decirle cuando lo tuviera amordazado antes y después de clavarle los cuchillos. Me dormí un rato y me desperté sobresaltado con el canto de un gallo. Me vino a la mente el Evangelio y me sentí traicionado como Jesucristo por San Pedro en el Huerto de los Olivos.

Me quedé dormido hasta por la mañana.

Para desayunar, me sirvió la hija de los mesoneros. Una mujer bella. Por detrás, era igual que la mesonera de Benavente, con las mismas sayas y el mismo pañuelo a la cabeza. La astorgana era más joven y se mostraba más dispuesta: con más salero. Le pregunté a ver si tenía marido, y me dijo que no, sonriéndome. Era la primera persona que no se horrorizaba con mi cara al verme tan bien vestido y con la faltriquera resonante con los metales. Supuse que el interés, y no otra cosa, la atraía.

Por momentos me descansaba la cabeza con sentimientos dispares como si estuviera metido en un paréntesis: así, me vi como un idiota, al contemplar a mi lado otra cara de mujer, pensando en estas cosas mezcladas con lo que me traía entre manos.

—Con la leche —me dijo arrugando la frente y frunciendo un gesto que enamora—, le pondré un bizcocho muy rico que hacen las monjas. ¡Pobrinas! Tienen

un cachín de huerto que apenas les da unas cebollinas ruininas; pero la priora inventó estos dulces que los hace con manteca, miel, huevos y harina, que se chupa uno los dedos. Además de que hay que ayudarlas; están riquísimas esas mantecadas. Ahí están las cuitadinas haciendo penitencia y el obispo ni siquiera les ha hecho caso. Pero ahora ya se abastecen ellas solas vendiéndolas y con lo que cosen y las mantecadas ya viven, por lo menos. Son todas un encanto. Yo ya les digo que Dios las ayudará enviándoles un rico hombre que les levante un convento con huerta al lado, o alguien de la corte o el mismo rey incluso, quién sabe...o Don Álvaro Núñez Osorio, que lo hemos visto por ahí, que vino a ver al obispo —siempre andan con negocios de posesiones—; y ese sí que es un hombre bueno. Al oír el nombre me alteré de nuevo, ya que Don Álvaro es pariente de Gelvira, y, si andaba por allí, sería el primero que se enteraría de su muerte.

Para despejar la cabeza abotargada salí a dar un paseo por las murallas, donde me introduje entre montones de piedras y una fila de carros de bueyes aparcados. Estaban reconstruyéndolas. Llegué hasta las pozas de cal y acumulación de arenas. Había dejado a Blanco atado a un árbol, paciendo en las eras, muy por debajo de las murallas y bajé a llevarlo al reguero de la fuente romana para que bebiera. Si lo subía a la ciudad, tenía tan buena estampa con el color blanco de su pelo y las patas con pintas negras, que llamaría la atención demasiado y no quería que la gente me asociara con el caballo. Distribuí las monedas en el zurrón y lo escondí debajo de la montura. Le dije a Blanco que nadie se acercara y, si alguien lo hacía, que lo moliera a coces. Como vio que me alejaba asintió con unos movimientos de cabeza y pifó con la pata derecha.

Al cruzar la plaza, la gente me miraba al pasar hacia la catedral de Santa María, pero nadie me reconocía. Antes de las heridas de la cara, muchos astorganos conocidos hubieran parado a saludarme. Anduve despacio para llegar el último. Cuando llegué, la iglesia estaba llena; y los hombres, que siempre se quedaban en el atrio charlando, estaban todos dentro.

Abarrotada la catedral, se hizo el silencio. Sólo se oía el crepitar de los churros en las sartenes, el zius-zius del soplillo de la churrera atizando el fuego y los enredos de una mujer aderezando un puesto fuera de la tapia del recinto. Le pregunté a ver qué vendía, y fue colocando, encima de la mesa, unas bandejas de madera, mientras me decía: “mantecadas de las monjas”. Cuando le iba a decir que me vendiera una, no me dejó hablar cortándome en seco:

—Hasta después de la misa ni la churrera ni yo vendemos, porque se enfada el obispo, para que la gente comulgue en ayunas.

Leí en sus ojos lo que se callaba:

—Si no comulgas, seguro que has matado a alguien, y no te has confesado.

Después de oír el eco perdido de los primeros rezos de la misa, una voz de arcángel desgranó las notas de una melodía que salían por la puerta abierta de la iglesia y llenaron la plaza:

“Ký-ri-eeeeee, e-léeee-i-i sooonnnnnnnnnnnnn”.

Lucifer se ocultaba en la voz más potente y hermosa de la persona más perversa del mundo, que no tenía derecho a gozar de aquella estima.

Entré a la catedral y me hice un sitio al lado de una columna, escabulléndome entre las gentes apiñadas, que estiraban el cuello para ver al Chantre, moviendo la cabeza a un lado y así evitar al de delante.

El “Gloria in excelsis...” fue cantado a duo por el tenor Rechivaldo y el Sochantre de barítono, contestándose mutuamente. El pueblo, engañado por las delicias del canto suspiraba al oírlo, y el eco de los suspiros rebotaba en las piedras como si los muros emitieran silbidos y bisbiseos cuando Rechivaldo intervenía. Había engordado, lo que me daba ventaja; pero al cantar, levantaba la mano izquierda exhibiendo la soltura de movimientos propios empuñando la daga. Analicé, recordando sus movimientos específicos, su fisonomía. No podía fiarme de su gordura ni de mi maña adquirida con esfuerzo, entrenamiento y aprendizaje con los mejores maestros luchadores del Temple, porque Rechivaldo había sido único con la daga izquierda por su propia naturaleza, sin haberlo aprendido de nadie, y esas destrezas naturales nunca se olvidan ni se pierden, ni siquiera de viejo. Para darle muerte lenta, lo primero que tenía que hacer era neutralizarle la izquierda con un corte en el brazo. Pensé que como había engordado, quizá, lo primero sería tratar de cansarlo.

Para asegurar su muerte tenía que matarlo en un campo lejano donde no hubiera nadie cerca. Había que seguirlo sin que se diera cuenta y aprovechar su afición a los paseos por el monte, donde, en última instancia, no pudiera pedir auxilio. Aunque la picazón de la prisa me acuciaba, me propuse, reflexivamente, darme todo el tiempo necesario. No podía cometer un fallo ni permitirme ningún pequeño tropiezo. Lo tenía a unas varas de distancia entonando el “Credo in unum Deum...” para que el coro y el pueblo de Astorga le respondieran: “Patrem Omnipotentem...”. Siguió él solo elevando el tono donde otra voz humana nunca habría llegado: “Factorem Coeli et Terrae”. En este momento la música me amansó el alma, pero no quise que la compasión me invadiera, porque en los momentos importantes de la vida, siempre tiente la zozobra. Y recordé los dolores desesperantes en la cara, y las punzadas con los alambritos y las tenazas, la mazmorra en Khor Virap y la desesperanza adobada con la angustia de verme irremisiblemente muerto de hambre, lo más insoportable; y lo que definitivamente me rehizo en mi propósito: haber prostituido a Gelvira.

“Visibilium omnium, et invisibilium”

“Creador de todo lo visible y lo invisible”

Hacía ya tiempo que no creía en nada, pero al oírle cantar esta frase del Credo, le dije a Dios que él sería el autor de lo que sucediera, lo viera yo o no lo viera.

Después de la misa, la muchedumbre esperaba a que saliera, disputándose el turno para besarle la mano. Las madres con sus hijos reclamaban los primeros puestos como si los niños tuvieran más derecho. Rechivaldo extendía ambas manos a los lados y marchaba majestuosamente sonriendo embozado con una capa negra a la que hacía ondear el aire al brillar el forro de seda y con sombrero elegante como los de la corte. Disimuladamente las retiraba si el niño tenía mocos, para dejárselas besar a otros más limpios. Entre los hombres y las mujeres me fui acercando a besarle la mano para verlo de cerca. Me miró y no me reconoció. Después de hacer

un amago de beso me hizo una reverencia como si reconociera en mí a una persona distinguida pero quedó muy sorprendido con mi cara atravesada, el labio inferior descolocado, con los párpados caídos y la nariz ladeada. Me dio confianza el tocarle la mano con mis dedos. Ya cerca de las murallas, llegó el turno a las muchachas que le cortaban el paso y él las bendecía una a una y les hacía una caricia en la cara antes de ofrecerles el anillo de Chantre para que se lo besaran. Cuando terminó el goteo de personas, marchaba él solo flotando, llevado por el viento hasta una carreta tirada por un mulo camino de las murias de las lavanderas. Yo lo seguía desde lejos. Llegué hasta Blanco y los dos bebimos agua para guardar fuerza. Ocultándome entre los árboles y retrocediendo de vez en cuando, como si anduviera paseando al caballo, lo fui siguiendo una legua hasta su casa. Sería mejor dejarlo que comiera. El sol aplastaba y no había nadie ni se oía nada, ni pájaros ni chicharras. Ni siquiera salían las lagartijas entre las piedras de las tapias. El silencio era absoluto a esas horas del mediodía y absoluta la calma del río, que parecía quieto y remansadas sus aguas transparentes.

Esperé a que comiera para pillarlo con la barriga llena.

Merodeé la casa y recorrí el terreno andando. La mitad de las murias ya estaban allanadas. Tendría que llevarlo hacia los cienos y los cascajos, que era donde, con mayor facilidad, podía tropezarse.

Até a Blanco a la sombra de un árbol para que presenciara la pelea y fuera el único testigo de la muerte de Rechivaldo.

Echaba de menos a Aureo al que hubiera dejado suelto, porque en caso de peligro se hubiera abalanzado contra mi adversario, sin nadie decirle nada, para aplastarlo con los cascos.

Cuando me disponía a llamar a Rechivaldo por su nombre para que abriera la puerta, preferí dar unas palmadas y así no dejar ni una oportunidad al acaso. Podiera ser que, aunque pareciera lo contrario, antes hubiera alguien dentro de la casa, una sirvienta o una barragana por ejemplo. Pero, al dar un golpe en la puerta, contestó muy rápido a voces:

—¿Quién va?

—¡Un peregrino! —le contesté falseando un poco la voz, por si acaso, para que no la identificara.

Se oían sus pasos, dentro, bajando las escaleras. Me quedé en camisa y empuñé una daga para clavársela nada más que saliera sin darle tiempo a nada. Pensé cambiar la táctica. No podía arriesgarme a darle muerte lenta porque le había visto las manos, y, al verlo de cerca, no era tanto lo que había engordado.

“En los momentos importantes de la vida —recordé una enseñanza del Temple—, siempre se titubea, pero hay que seguir recto el camino emprendido”.

Abrió la puerta y sacó el brazo para darme su trozo de pan mordido y la manzana que estaba comiendo. Me reconoció al momento boquiabierto y espantado como el noble que había amagado besarle la mano.

Miró la daga, soltó el pan y la manzana y, de golpe, cerró la puerta por dentro con un resuello; todo en un instante.

—¿Quién sois? —gritó—. Me trató con plural mayestático como a las autoridades.

—¿No me conoces? —le dije.

—¡No! ¿Qué queréis hacer con esa daga en la mano?

—¡Rechivaldo, hijo de puta, voy a matarte!

Le dije lo mismo que cuando huyó por el monte con el oro y la mitad de los pergaminos dejándonos en el más desolado de los abandonos. Al no reconocirme, supuse que entonces no me había oído. Zozobré por un momento, por si acaso me estaba equivocando, pero volví a recordar la enseñanza del Temple: “En los momentos difíciles suele asaltar la duda. Hay que seguir adelante”

Lo llamé de nuevo:

— ¡Rechivaldo! ¡Hijo de la gran puta! No te guardes en casa. No te valdrá de nada porque esperaré hasta que salgas.

Abrió la puerta con una daga en la mano diciendo:

—Insultar a mi madre no te lo consiento. ¿Quién eres que no te conozco? Hace muchos años que no mato a nadie, pero no te equivoques que no sabes con quién tratas.

Cuando vio que yo tenía una daga en cada mano, cerró la puerta de súbito por dentro. Al momento, abrió con cautela y apareció también él con sendas dagas en las manos.

Quiso sorprenderme y dio un salto que esquivé rajándole la manga.

—¿No me quieres decir quien eres?

Estábamos frente a frente, en cuchillas, observándonos. Me observaba él a mí para darme su cuchillada preferida. Pero no atacaba porque veía que defendía mi izquierda sin bajar la guardia y sólo daba lanzadas con la derecha. Intenté acosarlo para llevarlo a las murias a ver si tropezaba o se resbalaba andando hacia atrás, pero no lo conseguía, porque incesantemente saltaba en su ataque propio, por el que era temido.

Le hice retroceder hasta el primer montículo por su izquierda y cuando se vio acosado y resbalando, se lanzó desbocado y me llegó con la punta al hombro derecho. Al esquivarlo pisé un palo y trastabillé, por lo que volvió a la carga girando como un perro contra un lobo torciendo el espinazo. En esta embestida no se libró de un corte en el costado. Sólo le deshice la camisa; no le llegué al cuerpo. Sudaba Rechivaldo como un cerdo el día de mi santo. Y cuando se movía sin levantar los pies con las dagas en ristre me decía:

—¿No vas a decirme quien eres? ¿Voy a matar a un desconocido solo por haberme sorprendido? ¿Quién eres, por Dios, quién eres?

—¿Estoy tan desfigurado que no me conoces?

Al oírme decir esto, me miró a los ojos y se quedó parado. Me conoció la voz y relajó los hombros. En ese momento me lancé al corazón directamente y me esquivó con su izquierda mágica. Sentí un dolor agudo en el codo.

—¿Martín Castriello? ¡Martín! ¿Quién te hizo eso en la cara? ¡Párate quieto, por favor! ¡Tira las dagas, no me obligues a matarte!

Empezó a llorar como un cobarde. Volví a lanzarme y me esquivó con otro salto.

Seguía jadeando:

—Te hubiera herido ahora. ¿No te das cuenta de que no he querido? Párate, por favor y tiralas al suelo, que tengo que explicarte muchas cosas. ¿Dónde has estado metido tanto tiempo?

Logré llevarlo hacia atrás a otro montículo. Me decía:

—Tiraré yo las dagas si me haces una promesa.

Sollozaba como una plañidera y no cesaba de intentar engañarme con mil argucias derramando lágrimas pero amenazándome constantemente con las dos dagas:

—Ya que tú no confiarías en mi palabra, yo sí confío en la tuya totalmente. Recuerda que la palabra de Martín de Castriello, siempre dijiste que valía más que cincuenta firmas de notarios y yo siempre te creí cuando nos lo asegurabas vehementemente. Arrojaré lejos de mí las dagas si me prometes arrojar las tuyas después de que yo lo haga. Dímelo, por favor. Dime que las arrojarás después de que yo las haya arrojado primero.

Tenía clavados en mí sus ojos de traición y desconsuelo.

Parecía cansado porque relajaba los brazos, y yo aprovechaba sin éxito otra cuchillada. Efectivamente no estaba tan gordo como aparentaba desde lejos y no podía alcanzarlo de momento. Pero ya parecía muy cansado. Tenía que insistir para agotarlo. En un momento en que bajó la guardia por la izquierda, su lado fuerte, me abalancé sobre el corazón como único objetivo para atravesarlo sin escapatoria y no sé qué hice mal, que hizo saltar mi daga derecha por los aires. Me dolió el brazo como si me lo hubiera tronzado, pero fue un golpe. Retrocedí unos pasos y comprobé que no me había pinchado. Ni una gota de sangre había derramado. En un instante de descuido, cuando lo estaba comprobando, me vi en el suelo con él encima aplicándome su llave maestra, con tal dolor en el otro brazo que me hizo soltar la daga sin poder recuperarla. Soltó una daga y me agarró los testículos. Quedé inmovilizado sin poder responderle. La otra daga me la puso en el cuello para que no me moviera.

—¿Dónde has estado estos dos años? Te di por muerto. ¿Qué fue de Roderico y de Matalobos y de Cerecinos?

Yo no podía contestarle por el dolor tan inmenso. Aflojó la mano para que le contestara pero no quise contestarle. Y siguió diciéndome con llanto entrecortado:

—Después de fracasar en el intento de llevar los pergaminos ante los tribunales, tuve que salir huyendo y os busqué por todas partes. ¿Qué ha sido de los otros? Gelvira me dijo que no podía revelar su paradero porque la persecución a muerte seguía viva.

—Roderico está vivo en el convento —le dije—; y de Matalobos y Cerecinos no he sabido nada. ¿Por qué no llevaste los pergaminos a los tribunales?

—En Burgos —aseveraba sin soltar mis brazos— eché en falta la mitad de ellos. O los perdí o alguien me los había robado. Cometí un error tremendo, lo con-

fieso: no confiar en vosotros y creer que yo solo podría solucionar la continuidad del Temple.

—¿Y el oro? ¿Qué hiciste con el tesoro del Temple? —le pregunté inmobilizado.

—Cuando volví y no encontré a nadie, fui a ver a Gelvira al molino y me contó lo vuestro, y que tenía un hijo tuyo. Aunque no pude salvar el Temple, le dejé el oro y los pergaminos para que pudiera cuidar a tu hijo y si apareciera la otra mitad de los pergaminos salvar lo que se pudiera de nuestra Orden, porque la mitad de los pergaminos solamente no vale para nada.

Me soltó despacio y tiró la daga muy lejos. A mí, se me vino el mundo encima. Me conmocionó saber que el niño era mío y no pude seguir haciendo fuerza. Lo vi desde abajo: una efigie compungida con el intensísimo azul como fondo. Se levantó mirándome desde arriba y me decía:

—Ya me ha dicho Gelvira que de niños os prometisteis amor eterno, el amor más bello. Las promesas de niños son las más válidas y las más eternas porque son sinceras.

—Al morir en mis brazos leí en sus ojos que quería recordarme la promesa que le hice de no matar a nadie en la vida y que yo no había cumplido. Cuando vi el oro y los pergaminos en el vasar del molino pensé que me traicionabais. Mátame Rechivaldo, clávame la daga que no quiero seguir viviendo.

Abrazados, no pudimos contener el llanto más amargo y desesperado, llorando como niños.

44

Subimos abrazados a su casa, apoyándonos mutuamente para curarnos las heridas. Yo sangraba por un codo y Rechivaldo por el costado. Le conté mi periplo persiguiéndolo por todo el mundo; y le revelé la desgracia, no sólo para nosotros sino para todo el Temple, de haber perdido en Asia los pergaminos más importantes. Él pretendía consolarme con argumentos teológicos acerca de la Providencia Divina, a lo que yo le respondía:

Quizás Dios no exista y hemos malgastado nuestras vidas. Cada vez me cuesta más creer en la justicia divina. A la vista está. ¿Qué hemos hecho para merecer tantos sufrimientos?

Rechivaldo insistía con su machacona doctrina:

—Desde que el hombre es hombre y fue creado del barro en el paraíso, la tentación de fe ha sido una constante entre los hombres buenos.

—Tú has acertado refugiándote en la catedral de Santa María a la sombra del Obispo y del Cabildo. Así, ya no te perseguirá nadie.

—Me han ordenado de Sacerdote de la Iglesia. En doce meses de estudio y de cilicio, he aprendido la Suma Teológica de Tomás de Aquino y he pasado un duro examen de doctrina.

—Ahora es tu obligación defender esa doctrina no con las armas sino con la lengua, hablando y convenciendo a los paganos y convirtiendo mahometanos, pero yo estoy bien convencido de todo lo contrario, por los hechos.

—¿Has renegado?

—No he renegado de nada. Soy un criminal perseguido por la justicia por haber matado a Gelvira. Este crimen a los ojos de Dios, si existiera, sería injustificable a diferencia de los muertos en los campos de batalla por defender la Cruz de Jesucristo. Con el paso del tiempo y de la vida he llegado a la conclusión de que todos los crímenes son igual de criminales. ¡Tantas muertes, tantas guerras...! No aprendemos. Somos animales de muy dura cerviz. La única lucha verdadera es la lucha contra uno mismo. Luchar contra los demás es lo más fácil del mundo porque lo da la naturaleza. Matar con arte, con gracia, con técnica de guerrero bien entrenado, con saña, nos han dicho siempre que es de valientes, de listos, de valerosos, pero es lo más cobarde de la naturaleza. Luchar contra uno mismo es igual que estar conquistando la paz continuamente. Tú has conseguido la paz echando gorgoritos en la iglesia y logrando que el pueblo te admire y te venera. Yo conquisto mi paz constantemente en pugna perenne conmigo mismo. Creí llegar a la paz colgándome de una viga pero me dio tiempo a pensar que así no se consigue, porque la paz verdadera no llega nunca, ni después de muertos, por haber nacido; y es inútil desesperar por no alcanzarla, porque la vida, según yo la veo, mi vida, por lo menos, ha sido una búsqueda constante andando las veredas y surcando los mares sin descanso. No hay que desesperar porque nunca la alcancemos.

—¿Que no alcancemos, qué?

—La paz interior, te digo.

Blanco relinchó atado debajo del árbol, reclamando mi presencia, o tal vez tuviera sed y me pidiera agua. Tenía su cerco de hierba pacido.

—Mira a Blanco —salimos los dos a la ventana—, ya lo tengo domado y responde mejor que cualquier persona. Su paz es absoluta. Sólo se turba si me ve triste o preocupado.

Volvimos a sentarnos uno frente al otro. Y seguí pensando en alto:

—¿Qué va a ser de mi vida de ahora en adelante? Si Dios existiera no habría permitido que matara a Gelvira, que era mi única esperanza.

—La esperanza en Dios, Martín, la esperanza en el Espíritu Santo. Dios es misericordioso con nosotros. Dices que no has renegado pero tu desesperanza es lo mismo que haber renegado.

—No tengo nada de qué renegar, y mucho menos con saña. Ya estoy muy convencido de que la saña no trae más que confusión y resentimiento, y en definitiva sufrimiento para uno mismo. Simplemente: no creo en nada.

—¿Ni siquiera crees en Dios, aunque hayas dejado de creer en Jesucristo?

—No creo en nada, Rechivaldo, no creo en nada.

—Tomás de Aquino ha demostrado, antes de morir hace unos años, que Dios existe. Yo he estudiado las pruebas en la biblioteca de Santa María, que hay una copia dictada directamente por él en su escuela de París.

—No serán tan contundentes sus enseñanzas cuando el mismo obispo de París las ha condenado.

—¿De dónde has sacado tú eso?

—Ahora no tengo muchas ganas de contarte. Tendría que recordar todas las conversaciones con dos templarios en Asia. Se llamaban Alfa y Omega. Estudiaron en París y en Salerno.

—Pero el Papa Clemente V, en Avignon, está recopilando milagros para canonizarlo y ya es doctrina oficial de la Iglesia la doctrina de la Suma. El mayor milagro es haber escrito y enseñado lo que ninguna naturaleza humana hubiera podido si no fuera por la intervención divina.

—¿Puede ser posible, Rechivaldo, que hagas caso a nada que diga este papa, después de lo que nos ha hecho? A ti y a mí nos separa una distancia de opinión muy grande. En este asunto, aunque quisiera comprenderte no podría. No has tenido tiempo de vivir lo suficiente. Te has acomodado muy pronto y te has pasado de la seguridad que daba el Temple a la seguridad de vivir a la vera del poder y del obispo.

—Atiende, Martín, para entender las pruebas de que Dios existe, hay que haber estudiado lo que Tomás de Aquino ha demostrado. No ha llegado a demostrar que Jesucristo es Dios, pero sí que ha demostrado taxativamente la existencia de un Dios creador del universo.

—Y yo he demostrado su inexistencia, con los hechos, con mi vida, con el comportamiento de Áureo, siempre mejor que el de cualquier persona. Hubiera merecido el cielo mucho antes que nosotros y sin embargo está podrido y vaporizado en la nada, en la inexistencia. Es mucho más difícil demostrar la inexistencia de Dios que la existencia. La he demostrado ante mí mismo, después de haber caído en tantos errores de los que nadie puede imputarme ser culpable. El más horrible: haber matado por un error a Gelvira; que estaba seguro de que no era tal error, porque era evidente. Tenía la prueba delante de mis ojos y me los froté, me los froté varias veces por si acaso soñaba, para comprobar que lo que tocaba y veía era cierto; y sin embargo me equivocaba absolutamente.

Rechivaldo no tenía argumentos para contrariarme y sólo se abrazó a mí, sollozando.

Yo, al verlo, verifiqué una vez más que sus sentimientos eran auténticos y buenos, que había dejado el oro del Temple para que mi propio hijo y Gelvira —ya que yo no había vuelto de mi periplo, y nadie sabía de mi paradero—, tuvieran renta suficiente para abordar la vida. Y él se había conformado con labrar las murias de un campo del obispo y haber explotado los dones del oído y de la voz única que Dios le había dado, y los había aprovechado para preservarse y librarse lícitamente de la muerte. ¿Quién, sino sólo Dios le había concedido aquella voz y aquella suerte? La cabeza me hervía, no podía contenerme.

Una comezón me carcomía las entrañas intermitentemente, pensando en lo que ya no podía solucionarse por más arrepentimiento que tuviera.

Me asaltó otra vez la idea de colgarme. Ahorcarme allí mismo, en las murias de Rechivaldo, cuando me despidiera; que Blanco relinchara al verme balanceándome en el aire, como único testigo de mi muerte, delante de sus ojos, suspendido de la rama más gruesa, haciendo un nudo corredizo con las riendas del caballo, a la sombra del árbol, para que no acudieran las moscas, hasta que Rechivaldo me viera al salir de casa y me diera sepultura, porque estaba seguro de que Rechivaldo lo haría llorando y rezando, por si acaso. Quisiera que alguien rezara por mi alma por si quedara un resquicio de Dios misericordioso. Pero no se lo confié a Rechivaldo porque trataría de evitarlo a toda costa y no me dejaría solo.

Me vino a la mente lo que en Asia me decía Omega para distraer nuestras tribulaciones: “Hoy día, en las escuelas de Europa, está de moda, entre los físicos, imaginar a Dios y probar su existencia; y esa moda se contagia a los filósofos que son los que escriben de estas cosas”.

Seguí contándole:

—Un día, en Karahung, mirando las estrellas con Alfa y Omega, me decían lo mismo que tú ahora: que nuestras calamidades eran pensadas por la Divina Providencia, pero yo les argüía que los físicos y científicos viven tan a gusto diciendo todos lo mismo. Es la moda de la que nadie se libra, y se creen que esa es la verdad sempiterna. Sólo los más ignorantes y engañados hemos llegado a la conclusión de lo contrario. Pero puede ser que llegue el día en que la moda se dé la vuelta y se piense al revés que ahora, y que todos, hasta los astrónomos que no cesaban de mirar por los ojos de las piedras horadadas y son los más sabios del mundo, digan todo lo contrario: que Dios no existe, que no hace falta para explicar el universo, precisamente por no haberlo encontrado entre las estrellas o mucho más lejos de las estrellas, donde no sabemos lo que hay; y que los que crean en Dios sean los más ignorantes y supersticiosos. Imaginar a Dios es muy fácil al ver las cosas, al sentir el aire, al quemarse con el fuego, al analizar la vida de los animales y las plantas, y al contemplar el firmamento, sobre todo cuando lo observamos en una noche oscura y estrellada; y un filósofo como ese Tomás de Aquino puede transformar la imaginación de cualquier ignorante en prueba contundente o en demostración matemática. Pero todo se reduce a imaginación tanto del ignorante como del docto. Yo puedo imaginar ahora, o los dos juntos podemos imaginar que Gelvira entra radiante por esa puerta dándonos la sorpresa de que está viva y con un letrado en la frente diciendo: “Mi presencia aquí es la mayor prueba de que Dios existe”. Es fácil imaginar la existencia de Dios, te digo; y sin embargo, qué difícil es imaginar la inexistencia. Es muy fácil imaginar que, de repente, se me pone la cara y la pierna igual que las tenía antes. Imaginemos o no imaginemos a Dios, si existe, existe; y habrá existido siempre. Y si no existe, no habrá existido nunca independientemente de nuestro pensamiento.

Rechivaldo intentaba convencerme:

—Tú mismo te estás contradiciendo. Es mucho más fácil imaginar una prueba de la existencia de Dios que imaginar una prueba de la no existencia. Por eso el ser humano está condenado a creer en Dios o a desesperarse.

—Mira, Rechivaldo: Dios existiría si mañana Gelvira apareciera viva y pudiéramos pasar juntos el resto de nuestras vidas. Me decía Alfa, que, cuando los físicos se preguntan el porqué de cualquier cosa de la naturaleza, es el mismo pensamiento que ha hecho concebir a Dios. Allí, en Karahung, observando el movimiento de las estrellas con las piedras alineadas en la colina, me decía un astrónomo paisano de San Pablo que todo está en movimiento, aunque parezca que sólo se mueve la luna, y concluía que lo que se mueve, al mismo tiempo que se mueve, se está alejando, y, si el sol y la luna y las estrellas se mueven, nosotros nos movemos con la tierra aunque no nos demos cuenta. Y, si nos movemos, nos alejamos, porque todo lo que se mueve se aleja. O sea, que todo se mueve y todo se aleja; y si se aleja, se aleja de algo. Y si se aleja de algo es que antes estuvo junto a ese algo. Así que tuvo que haber un momento que todo estuvo junto, junto, junto, junto. Y cuando todo estuvo absolutamente junto, fue el principio, y si hubo un principio, tiene que haber un fin. ¿Ves qué fácil es imaginar el principio y el fin de todas las cosas? Por eso, ellos, para ocultar sus nombres, se pusieron Alfa y Omega. Porque decían que imaginar es lo mismo que demostrar. Al fin y al cabo todo sale de la misma cabeza. Es lo mismo que imaginar a Dios omnipotente creador de Cielos y Tierra. Lo que ya me es más incomprendible es que premie a los buenos y castigue a los malos. ¿Quién es bueno y quién es malo? Creamos en Dios o no creamos, la gente buena hará cosas buenas y la gente mala hará cosas malas. Es inconcebible que la gente mala haga cosas buenas, porque entonces ya no sería mala. Pero lo que sí podemos concebir es que la gente buena, de vez en cuando, haga cosas malas; y eso sólo puede ser si Dios existe. Es el único resquicio que veo para concebir la existencia de un Dios Omnipotente pero no misericordioso, porque, vaya gracia: que exista Dios para que los buenos hagan cosas malas.

Imaginar a Dios es fácil porque el poder de la imaginación es infinito. Lo imposible es imaginar la nada, porque, si la imaginas, esa imaginación ya es algo. Lo imposible es imaginar la nada sin un Dios que la haya hecho. Las pruebas de Tomás de Aquino de que Dios existe son imaginación, en todo caso, que por lo tanto no prueban nada. Ya te digo que la única prueba de que Dios existe sería que Gelvira estuviera viva.

Sigue tu camino, Rechivaldo, y, en tus oraciones del coro de la catedral, rézale a Dios por mí, por si acaso. Y guárdate bien, no sea que alguien te delate, y no te fies de nadie, ni del que parezca más bueno, porque se escudará en que es la voluntad de Dios que, creyéndose bueno, le ha permitido Dios hacer algo malo: delatar que has sido templario. Y tú pasarás, en un instante, de ser bueno, a ser malo.

Yo me esconderé en el monte y viviré con los lobos. Intentaré acercarme a los amigos domesticados de Cerecinos y Matalobos, que no es que matara lobos ni nada parecido, como se ha dicho, sino que su abuelo nació en una choza al lado de una mata donde una loba parió lobeznos: la mata de lobos, por eso su apellido... Me acercaré lo más que pueda al convento, entre los árboles, para ver a mi hijo

desde lejos, jugando en la huerta y en la granja. Y cuando sea mayor le pediré perdón por la muerte de su madre.

Rechivaldo no me decía nada; sólo lloraba y lloraba al escucharme y tuve que consolarlo.

45

La catedral de Santa María carecía de scriptorium, a diferencia de los monasterios y algunos castillos, donde los copistas se pasaban todo el día escribiendo y copiando pergaminos.

El examen que pasó Rechivaldo para acceder al puesto tan solicitado de Chantre, tercera dignidad eclesiástica de la diócesis de Astorga, no sólo consistió en demostrar sus dotes musicales sino conocimientos teóricos de los libros de Franco de Colonia. Tuvo que estudiar la Vulgata, los libros de Tomás de Aquino, además de conocer el oficio de curtidor de pergaminos de cordero y calígrafo para rotularlos con las notas musicales en tetragramas. Lo que más le costó —me decía—, fue estudiar el *Ars Cantus Mensurabilis*. Estaba transcribiendo las notas musicales en pergaminos enteros. Cada piel de cordero era una página con las notas grandes para que pudieran leer incluso los cortos de vista en el coro. Así, en un solo libro podían leer y cantar todos los canónigos. Al ver los pergaminos, las plumas y las tintas encima de una mesa le pedí un favor encarecidamente: que me vendiera pergaminos para escribir estos relatos y así que algún día pudiera leerlos mi hijo, ya que lo más seguro era que no podría conocerlo en persona. Tendría que acabar huyendo si quería seguir sobreviviendo. Cuando lo tuviera escrito se lo llevaría a Roderico para que lo guardara en la biblioteca del monasterio y, cuando el niño fuera mayor, le dijera dónde se encontraba.

Permanecimos en la sala un buen rato, serenos, hablando poco mientras, sobre una mesa nueva de nogal centenario, pues la tabla era de una sola pieza, cortábamos los pergaminos en hojas de cuarta y media de largo por una de ancho.

Subió al desván y sacó una alforja con departamentos cosidos, que había usado él para llevar muchas cosas que no se mezclaran. “Te será muy útil” —me dijo.

Desde la ventana se veía la tierra y las piedras de color oro viejo como las monedas más valiosas del tesoro del Temple con la efigie de César Augusto: los áureos romanos, con los que se habían comprado y vendido tantos prisioneros de las guerras pasadas. Se me agolpaban las asociaciones y recuerdos: el color de mi caballo muerto, las piedras auríferas de Khor Virap, el sol reflejado en el cuerno de Constantinopla y los atardeceres del Teleno.

Le prometí volver a verlo cuando la belleza del monte y su silencio me atormentaran. “Cualquier domingo, a la hora sexta del canto de los salmos en los conventos —me dijo—, cuando la tarde es intensa, y nadie pasea por los campos”; — como aquella misma tarde en que, por momentos, se me había serenado la cabeza

después de tantos pesares, al contemplar la sucesión de colores cálidos de las murias y las tierras labradas contrastando con el azul limpio y denso, salpicado en el cielo por grumos de nubes que parecían blancos vellones aislados.

Por la ladera, pasaron corriendo un zorro y una zorra muy veloces y se alejaron cruzando el río por el tronco de un árbol caído y se perdieron, a lo lejos, entre la espesura de un bosque de robles.

Me preguntó Rechivaldo:

—¿Dónde vas a pasar la noche? Nuestra cabaña está derrumbada. Fui a verla un día como si se tratara solamente de un paseo solitario por las montañas, para recordar nuestra fuga.

—Ya la he visto y he dormido en ella. Tendré que reconstruirla y acomodar otras cabañas desperdigadas para no pasar mucho tiempo en el mismo sitio. ¡Adiós Rechivaldo! Cuando pase algún tiempo y vea que mi hijo puede venir conmigo, volveré al monte Ararat donde las aguas cubrieron las montañas durante el diluvio universal y cultivaré una huerta para seguir viviendo, si antes no me han comido los lobos hambrientos del invierno. En el valle de Armenia entre el monte sagrado y el monasterio, no me molestará nadie y podré vivir tranquilo, y el niño crecerá con otras gentes y con otra lengua, pero se contagiará del candor y la bondad de aquellos campesinos. Ahora prefiero no torturarme pensando en el futuro lejano, sino llegar a la próxima primavera para seguir luchando conmigo mismo.

Nos despedimos con un abrazo y, mientras yo colocaba la alforja delante de la silla y montaba a Blanco, Rechivaldo se quedó muy compungido mirándonos.

46

Evité pasar por los pueblos desviándome por los senderos más separados, cruzando los campos por los pasos de las fieras, bordeando por las laderas y sorteando precipicios inmensos después de Foncebadón y La Andíñuela.

Cuando me acercaba a los caminos más anchos oía gentes y arrieros; por eso, tuve que volver por senderos de cabras hasta que me desvié a Paradasolana para retroceder hacia Manjarín.

Iba a meterme por el camino de Labor de Rey, pero una jauría de incontables lobos que no acababa de pasar nunca, trotaba camino abajo y les tuve respeto. Era la primera vez que los lobos me amedrentaban. Ya no estaba yo para hacerme el valiente enfrentándome a una jauría de alimañas. Y decidí dar la vuelta. Paré en la fuente de Manjarín a reponer agua y a que bebiera Blanco. Allí también dos lobos bebían en la misma fuente. A estos me fue fácil espantarlos a pedradas. Eran enormes y, aunque al principio me enseñaron los caninos, marcharon asustados ante mis amenazas, tomando el mismo camino que los anteriores. Serían de la misma manada

La primera noche la pasé cerca de Argañoso, con un pastor solitario al que me fue fácil convencerlo de que yo era un emisario que llevaba y traía cartas entre nobles. Le enseñé el taco de pergaminos sin desatarlos, y, como no sabía leer, me lo creyó a pies juntillas. Por la tarde le ayudé a recoger las ovejas desperdigadas, con Blanco y sus mastines. En su cabaña tenía de todo. Parecía un bazar de Constantinopla: reliquias de todos los santos que vendía a los peregrinos, ungüentos de grasa de serpiente para los dolores de muelas, plumas afiladas para los más instruidos caminantes, especias y la más variada quincalla.

Al día siguiente me encaminé hacia los montes Aquilanos, pero el camino de los franceses estaba muy frecuentado por peregrinos, campesinos y soldados que veía desde lejos, y tuve que desviarme alejándome.

Con cautela, me acerqué a Peñalba, muy cerca del monasterio de San Pedro. En cada curva del camino había un soldado con lanza y espada. No pude acercarme más, y, entre los árboles, fui subiendo a una colina desde donde divisaba todo el monasterio. ¡Allí estaba mi hijo! Me pregunté cómo se llamaría. ¿Le habrían puesto Martín?

Roderico u otro fraile se habría hecho cargo de él. A pesar de mi confianza en los benedictinos del convento, una pesadumbre inundaba mi cabeza, y sólo podía imaginarlo en el gallinero en el que lo había abandonado a su suerte lleno de mocos y lágrimas, con la cara embadurnada.

Cuando contemplaba el panorama desde arriba, llegó un regimiento de soldados en caballos y carretas. Aquella noche la pasé en un árbol. Era imposible acercarme. El trasiego era tremendo, y subir a la cabaña me lo desaconsejé de inmediato al ver que en aquella dirección también marchaban varios pelotones. Me introduje en los montes cruzando los valles y montañas hasta que llegué al pueblo más apartado. Tardé varios días pero no recuerdo cuántos. Se llamaba como yo, por eso decidí quedarme cerca, por si el santo sentía compasión y decidía protegerme: San Martín de Primout, un pueblo muy pequeño en el que nunca había estado.

“Aquellos valles no los había frecuentado” —le comentaba a un colmenero analfabeto al que le conté el mismo cuento que al pastor de Argañoso.

Lo de ser mensajero parecía que no extrañaba a nadie, así que tenía que explotarlo en adelante cuando estuviera en apuros. Con un buen caballo como Blanco, era lo propio para que todo el mundo lo creyera a la primera. “A mí, no me pican —se reía dándole un manotazo a las abejas que se posaban en su brazo—, por eso me llaman y me pagan por sacar la miel de todas las colmenas”.

Le pregunté de dónde era y me dijo que de otro valle donde los antiguos sacaron muchas piedras de oro en el río. “Cuando no ando a las colmenas por los distintos pueblos, todavía saco oro de entre las arenas del cauce en los ratos libres” —me decía—. “Adiós, buen hombre —se despidió—, que Dios te proteja por los caminos.” No sé por qué, me pareció que era otro templario camuflado. Pero no estaba yo para hacer indagaciones.

En el fondo del valle, al lado de la corriente, había una casita de piedra sin techo, pero con las paredes sanas y un tabique en medio que separaba la cocina de llar, del dormitorio. Tuve que darle una buena limpieza. Me quedó más lustroso

que la patena. Un lujo asiático. Necesitaba descansar la mente y decidí quedarme. Lo reteché con palos y, de una meda en la era de otro pueblo, tuve que robar unos haces de paja. No quería comprar nada para que nadie me viera merodear las aldeas. En Ribas de Sil hay mercado todas las semanas, pero no me he acercado ningún día, aunque tengo bien localizado el puesto en el que venden capas y mantas porque las noches ya se van poniendo frías y hay que abrigarse. Tendré que bajar un día al amanecer y comprar ropa cuando la estén tendiendo para exponerla, antes de que le dé tiempo al comerciante a fijarse demasiado en mi persona.

El río está plagado de truchas, de lo que fundamentalmente me he alimentado. La selva intensa y enmarañada hasta llegar a la casa dificulta el acceso. La casita se encuentra estratégicamente colocada, pues cualquier ruido lejano lo oigo con tiempo para ponerme en guardia; por eso, aquí me quedé hasta hoy, en que termino este relato, para proseguir mañana en forma de diario. Escribir estos pergaminos ha devuelto el descanso a mi cuerpo y a mi espíritu.

El final del verano y el comienzo del otoño han transcurrido con una placidez que no imaginaba. Vamos a suponer que es cierta la sentencia que tanto nos repetía el Maestre antes de salir a las batallas: “Dios aprieta pero no ahoga. Confíemos en Él y en nuestra fortaleza”

Sólo un percance he tenido y fue ayer, que llevé un buen susto: al despertarme, sentí un resuello que nunca había oído. No se me ocurrió, imprudente de mí, mirar primero por la ventana y abrí la puerta. Me encontré con un oso olisqueando alrededor de la casa. Cerré de nuevo la puerta, esperé dentro a que se marchara, y tardó un buen rato, pero al fin, me dejó tranquilo sin necesidad de hacer nada más que tener la santa paciencia de no salir afuera. Yo no sabría defenderme de un oso de aquellas dimensiones que, levantado de manos, doblaría mi estatura.

El río viene muy lleno, acercándose el agua a la entrada de la casa, porque ayer cayó una buena tromba de agua. Para comer tengo arándanos y castañas asadas. El agua ya viene demasiado fría de las montañas como para estar mucho tiempo descalzo pescando truchas con las manos. Mañana temprano intentaré comprar la ropa cuando abran el mercado y acercarme al monasterio a ver si ya está limpio de soldados del rey y autoridades locales.

Capítulo VI

47

Hace unos cuantos días que no he podido escribir nada. He perdido la cuenta

de la fecha en que vivo por el ajetreo en el que me he encontrado inmerso después de salir, al amanecer, de la casa tan cómoda que habitaba, para llegar a Ribas cuando estuvieran instalando los tenderetes del mercado, y comprar dos mantas y una capa de cuero.

La presencia de gente por los caminos, campesinos yendo y viniendo a las huertas, trasiego de buhoneros o quizá peregrinos desgarrados, amén de guardias y autoridades palaciegas, me han obligado a desviarme de mi ruta muchas veces y esperar horas, escondido, a que no hubiera nadie que pudiera verme. He tenido que rodear las montañas para llegar al valle del Silencio, porque, por los caminos del norte río arriba, también se me hizo imposible; además, todavía hacían guardia algunos soldados hasta la mitad del valle.

Había pensado ocupar la gruta de San Genadio, pero, cuando me estaba acercando, vi que alguien la ocupaba. Sería un fraile de los que se retiraba unos días a hacer penitencia. La cueva estaba muy solicitada ya que los monasterios cercanos se distribuían su ocupación pidiendo la vez, por lo que los abades llevaban apuntado un riguroso orden de solicitudes. Iba a acercarme olvidando, por un momento, mi condición de perseguido, solamente por hablar con alguien; pero inmediatamente reparé en ello y me alejé buscando una cabaña donde poder acomodarme.

Me acerqué a los riscos y peñascos más cercanos entre Santiago de Peñalba y San Pedro, descubrí una oquedad grande en las rocas, la examiné concienzudamente, pero no era accesible. Puesto de pie encima de Blanco, con mucha dificultad pude engarriar hasta un pequeño saliente y desde allí, con peligro de resbalarme y caer por un precipicio que me hubiera matado, subí hasta una pequeña plataforma, agarrándome a los troncos de los arbustos que crecían en las grietas de las rocas. No era una cueva profunda como hubiera deseado; y además daba a la umbría, pero una vez arriba no me veía nadie; y, asomándome, dominaba gran parte del valle.

Inspeccioné la protección contra las aguas, pues por un lateral corría un manantial que venía de arriba, y, al lado, en la oquedad de la roca desgastada por el chateo de los años, se había formado un depósito de agua cristalina, de tal manera que no tenía que subir agua: esto me hizo sopesar los pros y los contras.

Desde aquí arriba no se ve el monasterio pero no se encuentra muy lejos: más o menos a media legua, aunque es difícil de calcular con tantas selvas, riscos y precipicios. Se puede ir andando por un paso de jabalíes entre los matorrales, que ya está expedito, y me evitará el trabajo de tronzar ramas y troncos. Sólo un par de obstáculos difíciles para pasarlos sin caballo, o bien, rodear el río para pasar por otro lado. Cuando lo examinaba me dije: si tuviera fácil acceso sería el mejor sitio para quedarme.

Dediqué otro día a buscar. Deseché cabañas que habían sido destruidas recientemente. Podrían estar buscándome y también seguirían buscando templarios por todas partes hasta exterminarlos totalmente.

Volví a este lugar en el que escribo y decidí quedarme porque no encontré otro más seguro. Lo llamé la Atalaya. Comprobé bien la mirada desde todos los ángulos. Una vez arriba, no me veía nadie; y por detrás estaba defendido con rocas como agujas disparadas contra el cielo, y veía, allí abajo, a Blanco, oculto en un vano inexpugnable por la frondosidad del bosque que lo circundaba, y con pasto suficiente para muchos días. Cuando Blanco descansaba no se divisaba más que desde la Atalaya.

Analiqué meticulosamente el paso de los jabalíes: les sería completamente imposible escalar hasta aquí arriba —no me molestarían durante la noche—, lo mismo que a cualquier otra alimaña. El sitio sería perfecto si no me costara tanto trabajo subir y bajar con mi pierna coja, en lo que empleaba mucho tiempo y sacrificio porque tenía mucho peligro de resbalar, sobre todo porque se habían ido pelando las ramas al agarrarme varias veces.

La primera noche pasé hambre. Con tanto trajín me había olvidado de buscar comida, pero descansé tranquilo tapado con las mantas, y con el capote que me libró de la humedad de la noche acurrucado en lo más profundo de la cueva de no más de vara y media hacia dentro.

Me despertaron los aleteos de unas águilas que caían veloces a posarse en la roca situada justamente encima de mi cabeza. Con las alas abiertas podían medir dos varas de punta a punta

Otro día:

Llevo siete días acondicionándome. Hasta tener techo, paredes, puerta y esta mesa en la que estoy escribiendo, he tenido que espabilarme. El hambre ya me acuciaba y por aquí no había ni una hierba comestible. Intenté cazar un pájaro pero no fui capaz. Se escabulló rauda. Ha sido la vez que más hambre he pasado en mi vida, con mercado en los pueblos cercanos para comprar toda clase de alimentos, con un caballo y alforjas, con un fardel lleno todavía de oro, y sin embargo, las tripas me rugen y me dan calambres en los dedos. A veces, me invade el desánimo porque el sufrimiento ha anulado toda posibilidad de cualquier resquicio para la alegría. Estoy perseguido no sólo por la justicia humana, también estoy perseguido por la justicia divina, por eso el sermón de las bienaventuranzas que dice ser bienaventurados los perseguidos por la justicia no me vale. Estoy perseguido también por los

recuerdos de muertos lejanos y cercanos, perseguido por el dolor acumulado y la rabia contenida. Sólo el ajeteo me consuela y me hace olvidar algún breve instante mi conciencia intranquila y me mantiene erguido un atisbo de inquietud por la esperanza de recuperar a mi hijo para marcharnos donde nadie nos conozca.

Otro día:

Ayer, al oscurecer, bajé al molino. Estaban puertas y ventanas cerradas a cal y canto. Alguien había recogido la ropa que Gelvira había colgado a secar en el corredor trasero, porque sólo estaban las cuerdas. Pasó cerca un rebaño de ovejas que llevaba el pastor a recogerse. Otra vez tuve que esconder a Blanco entre los matorrales y yo esperé detrás de un árbol a que pasaran. Y desde allí, a San Esteban durante el crepúsculo.

El ventanuco de un pajar estaba abierto. De pie sobre la grupa de Blanco, pude escolingarme y meterme dentro entre el heno seco, de donde salieron disparadas dos garduñas y se encaramaron en el tejado. Bajé al zaguán, lleno de aperos de labranza: horcas, bioldos, azadas, un yugo, trillos, tivas, vertederas; y también cerandas y artesas de amasar la harina para hacer el pan. Al lado de las puertas, un carro de bueyes. Cuando vi encima del carro la sogá que usan los campesinos para atar la hierba con el carro lleno, me vino una luz a la cabeza. Antes de seguir buscando alimentos, cogí la sogá y quité los trancos para abrir las puertonas por dentro. Cuando empezó a chirriar el quicio paré la maniobra no siendo que el condenado quicio me delatara. No se oía nada. Sólo el gruñir de los cerdos y el rumiarse de los bueyes. Los cerdos oyeron mis pasos sigilosos y se levantaron atentos con las orejas tiesas y los ojos vivos y brillantes con los últimos resplandores del ocaso. La puerta desde los corrales a la casa estaba cerrada. Los dueños o no estaban o ya estaban dormidos. Abrí con cuidado la puerta del horno, que todavía conservaba el calor de haber cocido pan aquella misma tarde; y en la habitación con suelo de terrero, al lado del horno, un arca llena de hogazas, y en el cielo, los varales llenos de matanza: tocinos inmensos, chorizos, jamones, los huesos cortados para los cocidos, y en una mosquera, un jarro de leche y dos trozos de queso. Lo primero que hice fue cortar un poco de tocino para suavizar el quicio antes de abrir las puertonas de la calle donde me esperaba Blanco atado y quieto, debajo del ventanuco. Con el tocino dejó de chillar aquella bisagróna. Tan suave quedó, que abrí la puerta sin ejercer fuerza. Estaba perfectamente construida, levemente inclinada para que se cerrara sola y casi me atartalla un dedo. Saqué la sogá que pesaba como un demonio de lo larga que era. Casi no podía con ella. Volví a la despensa deprisa porque la noche ya se echaba encima y dentro ya no se veía. Cogí el jamón más pequeño porque no podría subir uno grande a la Atalaya. Me colgué, como collares, dos ristras de chorizo. Allí mismo bebí el jarro de leche de un trago, sin respirar siquiera; y arranqué de la viga un colgadero de manzanas reinetas y peras carujas. La leche me supo al manjar más exquisito del universo. Al salir, detrás de la puerta, vi una fila de orzas llenas de lomo en manteca, pero ya no podía con tanto peso. Cuando los ojos se me fueron haciendo a la oscuridad, vi más sacos con legumbres,

nueces y avellanas. Había dado con una verdadera cilla en pequeño, parecida a la del convento de San Pedro. Preferí no ser usurero recordando que la avaricia rompe el saco y me conformé con lo que he dicho. Cuando se acabara, como me recordaba Rechivaldo, la Divina Providencia se encargaría de ponerme otra despensa delante. Al salir, en la pared de la derecha colgaban las herramientas. Por si no había otra ocasión como esta, cogí un machado y una macheta. No se me olvidó coger, de una fardela, un puñado de sal para Blanco que devoró de un lametazo. Había yescas para hacer fuego pero no me hicieron falta porque fue lo primero que había hecho yo en el monte de robles con fullacas: una hoguera entre dos piedras. Y había comprobado, desde lejos, si se veía salir el humo, pero las rocas de atrás hacían de chimenea que elevaba el humo entre peñascos y matorrales para ocultarlo y no poder verse desde ninguna parte. Por si acaso, y esto era importante, dejé el fuego encendido con hojas verdes para ir a comprobarlo desde los cerros más apartados. Efectivamente, las rocas puntiagudas hacían de chimenea que llevaba el humo casi hasta el cielo por detrás de la montaña confundido con las nubes. El lugar es idóneo para vivir aquí hasta que pueda coger a mi hijo y llevármelo lejos —me dije.

Al cabo de un rato, me dio por pensar en entregarme y ya estaba decidido, pero me propuse de nuevo serenarme, porque, sin saber por qué, me sorprendí temblando por dentro. Comprobaba si me temblaban los dedos, y, sin embargo, estaban quietos. Era sólo mi mente la sobresaltada, quizá por la soledad sufrida y el aislamiento del mundo estando en él inmerso.

48

Hoy debe de ser todavía octubre, o quizás noviembre, dado el frío que hace.

He terminado de fabricar la escala con la cuerda y palos de fresno. Pasé toda la mañana cortándolos.

La madera de fresno verde se puede trabajar, pero, cuando seque, no habrá quien la corte ni con el machado grande, porque se mella igual que si se intentara cortar un hierro. Una obra de la que, de estar rodeado de gente, estaría orgulloso, porque la escala culmina el habitáculo perfecto. Peldaño tras peldaño ya he subido, con facilidad, palos de todos los tamaños y medidas. Necesitaría unos vilortos de paja larga de centeno para hacer *fejjes* de paja de trigo y cebada para fabricar el techo, culminar la construcción de toda una casa camuflada en lo alto de las rocas, ya que las paredes de madera me han quedado inmejorables.

Mañana tengo que traer tablones de castaño que he visto al lado de la tapia del monasterio de San Pedro. Cuando tenga hecho el palacio, ya, con calma, le llevaré todos estos pergaminos a Roderico y trataré la seguridad del niño. A ver de qué modo. Estoy igual que San Genadio y los antiguos ermitaños cuando habitaban este valle. Yo, todavía más entretenido porque, entre escrito y escrito, he ido construyendo este palacio y ya casi lo tengo terminado. Las vigas del techo las he apoyado en los puntales verticales que seleccioné, abiertos en horquillas de dos dientes, y

los he atado fuertemente con la sogá para que no me los lleven las ventiscas bruscas del invierno. Yo creo que, después del fuego, el mejor invento que ha fabricado el ser humano es la sogá. Hay que llevar siempre una cuerda larga encima del caballo. Vale más que todo el oro del mundo. Se me olvidaba recordar en este diario que, para construir mi palacio, partí de un puntal inamovible que incrusté bien profundo en la grieta entre roca y roca, para que sirviera de punto de apoyo a todo el sombrero.

Ya pueden venir vientos, tormentas y nevadas, que a esta cabaña no hay nada que la derrumbe.

No he encontrado pajas para el techo. Tendría que ir a un pajar a robarlas, pero no merece la pena arriesgarme; es preferible, aunque quede peor, salir a buscar ramas al campo.

Un día más (de octubre o noviembre de 1311; o quizá de 1312)

¿Será posible que ya no sepa el año en el que vivo?

Llegué con Blanco a un páramo frío en la montaña de mis espaldas. La caminata fue larga y no necesité esconderme de nadie. Los únicos visitantes fueron dos corzos que nos estaban vigilando, y, al acercarnos, salieron corriendo montaña arriba. Encontré urces que casi las arrancaba un viento huracanado y frío que pelaba las orejas. Escogí las más finas y cargué al pobre Blanco con varios haces. La vuelta fue penosa porque, llegando a cruzar el río, había ido haciendo, a duras penas, un túnel entre el forraje por el que sólo pasaba justo el caballo; así que tuve que descargarlo y pasar uno a uno los haces con mis manos y volver a cargarlos de nuevo. Pero con las urces, sustitutas de las pajas, ha quedado un techo como si lo hubiera construido un artesano techador. Para que quede bien terminado tendría que cubrirlo de barro con lajas de pizarra. A ver mañana si las busco y tengo suerte. Dejo de escribir porque estoy oyendo algo.

Otro día más:

Ayer dejé de escribir cuando oí gruñir a un jabato.

Bajé con cautela cuidándome de no ser embestido por la jabalina que andaría cerca. Con las jabalinas no se puede descuidar uno pues, cuando se sienten acosadas o heridas mientras están criando, arremeten con furor contra el que se les ponga delante. Afortunadamente estaba perdido de la piara y no me costó mucho trabajo cazarlo a pesar de que era más grande de lo que yo esperaba: un cachorro de tres o cuatro semanas; en canal, algo menos de una arroba, le calculo.

Lo que sí que me costó trabajo fue clavarle la daga en el pescuezo. Mejor dicho, no es que me costara sudores ni especial esfuerzo físico, porque le enredé las pezuñas con un trozo de cuerda muy rápidamente, sino que me daba lástima matarlo al verle los ojos suplicantes pidiéndome clemencia resignado ante la más cruel de las impotencias trabada en las cuatro patas. Lo destacé a la orilla del río y desperdicié las tripas y vísceras que nunca me han gustado. Inmediatamente una bandada de

aguiluchos dio cuenta de ellas haciéndolas desaparecer en un momento. Tendría que cuidar el resto no siendo que los animalejos vinieran a robarme la carne en mi ausencia. La tapé con hojas verdes y piedras encima, mientras bajé a un juncal abajo del valle, en un remanso del río. Allí mismo tejí una banasta con los juncos más gruesos y la forré por dentro con hojas de espadañas. La banasta me sirvió para dos cosas: una, para subir barro y cubrir el techo; otra, una vez lavada, para cubrir la carne al lado del agua fresca.

Lajas de pizarra no encontré por ninguna parte, así es que subí las piedras más grandes y planas que encontré en la contornada.

Otro día:

Por fin, esta mañana encontré acederas en un prado. El trozo de pan que me quedaba, lo remojé porque estaba duro como las piedras. Pero el asado de solomillo aliñado con romero y tomillo me supo a gloria bendita. Bocado de carne tras bocado de acederas. De postre, una pera caruja. Puedo dar gracias al cielo; sólo me ha faltado una bota de vino para que la Atalaya hubiera sido el paraíso.

Otro día:

Esta noche no he dormido. A cada instante me han despertado toda clase de ruidos y sonidos. Muy de mañana vinieron a saludarme los pájaros. El berrear de los corzos que bajaban a beber agua, el eco de las rocas mezclando los sonidos con aullidos de lobos durante las primeras horas de la noche, el canto de la culebra, el hojar y gruñir de los jabalíes... Para culminar la velada, pasó una zorra que llevaba en la boca una gallina cacareando. Al final, cuando ya iba amainando el coro de las montañas y el sueño me rendía, el llanto pertinaz de un niño igual que el de mi hijo cuando lo dejé abandonado en el gallinero me sobresaltó de golpe y desenrollé la escala inquieto y desorientado. ¡Vaya noche más mala que he pasado! Cuando estaba abajo, desapareció el llanto. Me lavé los ojos en el río para estar seguro de estar despierto. Era imposible que el niño estuviera cerca a esas horas, y el convento está lejos como para oír nada, y además oculto por la montaña. Subí otra vez a la Atalaya hasta que de nuevo me despertó el llanto. Abrí los ojos y no se oía más que el croar de un sapo. Ahora que podía disfrutar de mi palacio, me estaba fallando la cabeza. Me desperté bien despierto, y no había ni llanto ni niño por ninguna parte, pero estoy rendido y es el día, desde hace mucho tiempo, que menos he trabajado. Sólo me he dedicado a contemplar mi obra: mi palacio amueblado con un escaño que parece un trono regio, tablón de castaño por respaldo y tablón de roble por asiento. Para evitar la humedad, tablones en el suelo, cómoda cama, paredes que me cubren de los vientos y una puerta con dos trozos de maroma haciendo de bisagras. Encima de las urces del techo extendí el capote de cuero hasta que se seque el barro y traiga urces más finas que hagan escurrir las aguas cuando llueva.

El llanto del niño no me deja tranquilo.

Mañana iré al árbol de las citas con Roderico.

Hoy llegué al monasterio andando, a plena luz del día. Me he metido bien en la cabeza que tengo todo el tiempo del mundo y que no debo precipitarme en nada, sino medir todos mis pasos para que la seguridad sea absoluta, y que no me inquiete esperar todo lo que sea preciso. Sin embargo, hay que estar preparado para reaccionar con brío y determinación y, si es necesario, paciencia infinita en caso de que se tuerzan las cosas, como hoy, que, a punto he estado de haber echado todo por la borda por haberme acercado demasiado a horas en las que había trasiego de personas.

Cuando ya divisaba el edificio, me encaramé a la copa de un tejo, desde el que dominaba las curvas del camino hasta las puertas del monasterio. Llegó el Abad con su séquito: tres frailes con un tropel de soldados a caballo, y detrás, lanceros con escudos. Alguien importante tiene que llegar con tantos preparativos. —pensa-ba—. ¿Quizá el obispo de Lugo o de Astorga?

Aparecían más y más soldados y carretas, algunas de ellas lujosas y adornadas. ¿Será el mismo rey en persona el que llega? Algo andarán negociando acerca de posesiones del monasterio. ¿Vendrá el rey a conceder algún privilegio o prebenda?

Tanta parafernalia no ha sido jamás desplegada para la persecución de templarios; además, después de estos años ya estarán todos exterminados. ¡Algo raro ocurre!

Nunca se había visto jaleo semejante en este valle.

Temí por la vida de Roderico. ¿Habrán descubierto en el Monasterio de San Pedro a los templarios camuflados? Aunque el Abad nos había creído que éramos peregrinos arrepentidos de nuestros pecados y no sabía nada de la procedencia templaria de Roderico, pudiera ser que algún fraile, que de todo hay, hubiera detectado el secreto de nuestra identidad, lo mismo que del resto de templarios que se habían consagrado como monjes benedictinos. ¿Quién sabe?

Cuando, desde lo alto del tejo milenario, estaba observando las maniobras de subidas y bajadas del ejército, un mandamás de las huestes distribuía a los hombres de dos en dos, en los puntos más estratégicos a la vera del camino, instruyéndolos con ademanes de ordenanza, haciéndoles entender repetidamente lo que debían hacer en uno u otro caso con múltiples mandatos, señalándoles un lugar y otro con el brazo extendido.

De la misma manera llegaron a mi árbol y le oí nítidamente las indicaciones.

Sabían de memoria la numeración de las rocas en la montaña.

—Desde este árbol, cubrís con la mirada las rocas tres y cuatro —les señalaba con el dedo—. Si aparece por este lado del valle —le decía al primero—, corres tras él hasta que lo canses, y lanzas un silbido para que se vaya transmitiendo hasta abajo, para que estén alerta tapándole las salidas sin más opción que dirigirse al molino. Allí lo esperan, apostados, seis arqueros. Y tú —le decía al segundo— te colocas en el sendero, por si acaso decidiera subir a las montañas. Siempre dando aviso con un sólo silbido corto y seco.

Desde luego, andaban buscando a alguien, pero no pude oír ni deducir a quién perseguían. Lo que estaba claro es que se trataba de una sola persona. ¿Será posible que sea yo el perseguido? ¿Pudiera ser que el mismo rey hubiera sentido curiosidad por conocerme?

No me reconozco a mí mismo. ¡A lo que puede llegar la vanidad humana! Tengo que confesarme el más miserable de cuanto ha nacido. Me obnubilé por breves momentos, pero lo cierto es que se me subió a la cabeza que el rey en persona quisiera conocerme, aunque nada más fuera para verme arder en la hoguera. ¡Qué mezquindad la mía! He de estar muy atento conmigo mismo, porque al menor descuido se me puede ir la cabeza.

Aquel despliegue tan imponente para capturar me enfureció de tal manera que pensé la estrategia para lanzarme sobre ellos con las dos dagas y dejarlos secos allí mismo, y que ya tuvieran motivos sobrados para seguir buscándome. Menos mal que me vino una chispa de cordura en el último momento y me acordé de la lección primera del Maestro: “No dejarse llevar por el primer impulso sin antes haberlo pensado dos veces”.

Si me lanzaba y no acertaba con las dos dagas a la vez en sendos corazones, allí mismo me matarían entregándome muerto alegando defensa propia. Como además de las lanzas tenían escudos grandes, preferí quedarme inmóvil a ver lo que pasaba.

Terminó de asentárseme la cordura pensando que, con la cantidad de templarios que habíamos logrado escapar en todo el orbe, no iba a ser yo el más conocido y perseguido de todo el reino ocasionando un gasto imponente en el despliegue de todos los ejércitos. Pero al mismo tiempo pensaba que bien claro había quedado que era una sola persona a la que buscaban.

Concluí que no era a mí al que buscaban en ese momento. Tenía que ser alguien al que el rey temiera de alguna manera. Demasiado peligroso para el rey debía de ser tan importante delincuente. Imposible que anduvieran buscando a un templario — me dije—, con decenas de caballos y desplazamientos de nobles y autoridades que no cesaban de pasar y pasar en lujosos carruajes.

No es infrecuente ni raro que un competidor del reino, que se considere legítimo heredero, quiera usurpar el trono al monarca reinante. Eso sí que estaba dentro de lo posible, que intentaran liquidar a algún pretendiente del trono de las familias reales. ¡Eso, sí!

Cuando me vinieron estos razonamientos a la cabeza, se me deshizo la desdichada vanidad de pronto —menos mal—, a la vez que un dolor agudo en la pierna buena me cosía a la rama con puntadas profundas. Aunque estaba muy alto y nadie me veía entre las hojas perennes del tejo, no debía moverme. Tampoco lo intentaba. Me escolingaban los pies sentado a la espermancuela sobre la rama; y, además del dolor, ya me escocía la entrepierna. Tenía que seguir inmóvil sin poder comprobar —mientras permanecieran aquellos dos debajo— si podía o no podía moverme, porque, al menor descuido, aprovecharían la ocasión para darme alcance, aunque no fuera a mí al que buscaban.

A lo lejos oía acercarse ladridos de una jauría de perros. Por el camino arriba fueron apareciendo altivos caballeros con pinta de infanzones, cada uno con dos

perros lobos atados con correas, que iban levantando, a golpe de espada, la maleza amarillenta y seca que ya acumulaba el otoño.

Así permanecí hasta la noche, en que llegó el mandamás recogiendo a los soldados.

Cuando bajé del árbol se había impuesto el silencio después de haberse cerrado las puertas del monasterio. No podía andar. Se me doblaron las piernas con un dolor tan intenso en las corvas que me quedé paralítico en el suelo. Mecánicamente había estado masticando una hoja del tejo sin darme cuenta de lo que hacía. Y, mira que siempre he sabido que las hojas de tejo no se deben meter en la boca. A media noche fui recuperando los movimientos y me arrastré un trecho hasta que pude levantarme.

50

He estado malo dos días, sin moverme de mi refugio. Todavía me duele un poco la barriga. Esta noche llovió a cántaros. Creí en algún momento que se derrumbaba la cabaña, mi palacio entre las rocas, mi atalaya. El aguacero arrastró mucho barro del techo dejando limpias las urces superiores. Para que la lluvia no liquidara todo el barro, tuve que prescindir del capote de cuero y ponerlo encima. Por lo menos libré de la catástrofe más de la mitad del techo. No obstante, se me han mojado algunos pergaminos y se ha corrido un poco la tinta por las esquinas, pero se pueden leer bien todavía, no hace falta copiarlos de nuevo; además, se me están terminando los pliegos en blanco, sólo me quedan dos, ahora que estoy haciendo el recuento.

Tengo que dar solución al techo: es lo más urgente; habrá que buscar losas donde sea.

Con las dos mantas he pasado frío por la noche. Creo que lo mejor será revestir las paredes por dentro con barro; y hacer fuego para que se caldee como si fuera un horno arrojado, si no, cuando llegue el frío de verdad, “que viene después de Navidad”, no va a haber quien pare.

Estoy sucio e incómodo. Nada agradecería más que un baño con agua caliente como los que me daba en Constantinopla o en Astorga.

No sé por qué estoy gastando los pocos pergaminos que me quedan en escribir estas cosillas y cositillas sin importancia, pero necesito escribir.

No me había dado cuenta, hasta ahora, de que estos pergaminos, la tinta y la pluma son la verdadera ventana por la que respiro, sin la cual viviría ahogado; por la que me asomo al universo en sus abismos insondables o a la primavera esperanzadora de la vida; todo depende de mi voluntad, (como nos decía en sus sermones el Maestre, que había aprendido en París del fraile escocés tan famoso), y no del entendimiento. El entendimiento aturde y desanima. Si soy firme en ella, en la voluntad me refiero, nadie podrá contra mi persona. A veces pienso que sería mejor, claro está, no entender nada, ni deducir nada, no tener cabeza, sino sólo sentimien-

tos. Amar y ser amado es lo que cuenta, lo demás todo puede ser falso, o verdadero, quién sabe, pero sin poder demostrarlo. Ese Duns Scoto, tan listo como se dice que es, quisiera tenerlo aquí delante para demostrarle que se contradice totalmente. Con su buen brasero y sus buenas calzas, y baño caliente y palacio de piedra con tejados, es muy fácil dar lecciones sin saber lo que es el sufrimiento, pero, a la vez, hay que aprovechar lo que tienen de cierto sus enseñanzas, y es que sin voluntad nada se salva. Es cuestión de descansar un rato y seguir hacia adelante. Supongo que a ése, lo mismo que a Tomás de Aquino y otros maestros que no hacen otra cosa más que emborronar pergaminos les pasará lo mismo que a mí, ya que todos estamos hechos de la misma pasta: que necesitan escribir y escribir para seguir viviendo porque si no, se morirían agotados con la cabeza derretida. No sé qué hacer cuando termine estos pergaminos. Igual no merece la pena seguir viviendo. Habiendo matado a la mujer de mi vida, de mis sueños, todo lo que tenía, y en constante zozobra y peligro por ser un perseguido por la justicia. Y sin pergaminos en blanco para continuar escribiendo.

Tres cosas me han sido imprescindibles para seguir viviendo: el caballo, la cuerda y los pergaminos en blanco. Son ahora mis tres dioses a los que idolatro en este olimpo de las montañas leonesas. A la hora de la verdad, cuando uno se enfrenta a lo más difícil de la existencia, con poco se conforma y, sobre todo, cuando comprueba que por más oro que se posea, no vale para nada. Sólo esas tres deidades han sido benevolentes conmigo y me han sacado de los atascos de los que por mí mismo no hubiera salido. La cuerda ya cumplió su oficio y sigue ayudándome a subir a mi refugio seguro. El caballo, éste u otro, todavía no ha culminado su misión de llevarme a otro sitio con mi hijo. Después de cumplirla, morirá tarde o temprano. La cuerda quedará hecha escala entrelazada con los palos, quizá colgada para siempre en lo alto de la roca sin que nadie se percate de ella lo mismo que de la cabaña, abandonada para siempre.

Me ha dado por pensar, en este abrumador silencio, que el ser humano, desde que es humano, puede ser que haya creado sus dioses según le haya convenido y los haya usado el tiempo que le haya hecho falta, para prescindir de ellos despreciándolos cuando se ha creído libre; porque, que yo sepa, todo hombre o mujer ha adorado a sus dioses, concebidos a su imagen y semejanza. Pero los pergaminos no son dioses, son mi persona, no están creados a mi imagen y semejanza sino que son yo mismo reflejado en ellos y, si no son inmortales, por lo menos sí que permanecerán imperecederos durante muchos siglos. Con eso ya me conformo. Si no tuviera pergaminos moriría de angustia por asfixia, al no poder contar nada, por tener la ventana cerrada ineludiblemente. En definitiva, lo único imprescindible de verdad son los pergaminos, y se me están acabando. Igual es que a quien estoy idolatrando es a mí mismo, por haber matado al amor de mi vida, y por eso alzo estos pellejos hasta la santidad de los altares. Si estuviera firme en la fe como en las cruzadas, les hubiera llamado “Santos Pergaminos”. Claro es que, si tuviera la fe que tenía, a pesar de los pesares, sería el hombre más dichoso de la Tierra con pergaminos o sin ellos, con Gelvira o sin Gelvira.

Estos últimos días los he pasado yendo y viniendo al monasterio. En varias ocasiones he tenido que ocultarme, sobre todo en el último trecho, pues la entrada y salida de campesinos, unas veces solos y otras acompañados de sus mujeres, e incluso con niños, todos ellos andando con fardos en la cabeza o en las espaldas, o bien en carretas, y también de gentes principales montadas en sus carruajes ocultando la mitad de la cara entre cortinas de seda con doradas borlas oscilantes, me hacía temer que alguien, al verme desgreñado y harapiento, aun sin intención de denunciarme, preguntara solamente a ver qué podría hacer yo merodeando por las inmediaciones del convento.

Me encaramé a lo alto de la tapia y permanecí, pacientemente sentado, entre dos zarzales gigantesca y caóticamente crecidos a ambos lados. Al gatear entre ellos por la cumbrera para elegir el sitio más cómodo, donde hubiera una piedra saliente que hiciera de estribo y reposo de mis pies —preveía una larga espera—, me arañé el dorso de las manos, la cabeza y la oreja derecha con las espinas tan molestas. Eché en falta un gorro y unos guantes. Del arañazo de la mano no cesaba de gotear sangre. Al cabo de un rato, en el que mantuve el picotazo más hondo cerrado con los dientes, se fue coagulando. Aunque seguía doliéndome, dejó de sangrar del todo.

Entró en el recinto otro carruaje tirado por dos jacas imponentes, con campanitas en vez de borlas. De niño, en Castrillo de las Piedras, medía la riqueza de las gentes por la cantidad de borlas en los atuendos o en las cortinas de sus carruajes. Mi madre nunca quiso coser borlas en el borde de mi gorro ni en la pechera de mi jubón. Decía que un campesino pintaba mal con aquellos adornos, algo que me hubiera hecho dichoso. El de las campanitas debía de ser alguien de la corte, o un richombre por lo menos. El tintineo sonaba a música suavísima de coros celestiales para arrullar el sueño por los caminos.

Pasé horas y horas esperando por ver si Roderico seguía de portero.

Ayer por la mañana, no cedí en mi empeño de ver a Roderico y volví a la tapia con la daga bien afilada para cortar, de un tajo, los sarmientos de zarzas que me molestaban. Volvió el mismo carruaje. Esta vez, además de los señores y el coche-ro, venían con ellos dos pajes que descargaron un baúl y lo metieron al monasterio.

En un momento de descuido, ya vi un fraile fuera limpiando los excrementos de los animales con un paletón y un escobajo, pero, agachado de espaldas como estaba, no le vi la cara. Salió el mismo fraile a cerrar las puertas, tapado hasta los topes con la capucha puesta por el frío que hacía cuando marcharon los señores: tampoco tuve suerte. No obstante, aquella figura no parecía el tipo de Roderico. ¿Le habrían cambiado el destino? ¿Quizá estaría enfermo? Puede haber pasado de todo en tanto tiempo.

Por las tardes no hay movimiento y está todo cerrado y en silencio, así es que he empleado el tiempo en revocar la pared, por dentro, con lama fina y con barro, teniendo que subir innumerables veces a la Atalaya, pues, aparte de la cesta que tejí yo mismo, el único recipiente que tengo es una escudilla que encontré en el camino, rota por un lado. Pero terminé la obra y arreglé el techo dejando, en la parte trasera más alta, un agujero en forma de tubo y de campana por el que se dirige el humo hasta detrás de las rocas aunque sople el viento. Por fuera y encima del barro del techo lo forré con las hojas más grandes que he buscado, húmedas y ya casi secas, colocadas como si fueran escamas de culebra. Culminé orgulloso mi trabajo de maestro cubriéndolas con palos finos, más urces y las piedras más planas que saqué del río, porque las que había colocado no eran suficientes. Cuando di por terminado mi castillo, lo contemplé un rato y encendí la hoguera dentro para comprobar si funcionaba todo. Me vi satisfecho, porque al cabo de unas horas estaba como un horno y tuve que esperar a que se fuera apagando. El barro comenzaba a secarse y se agrietaba, pero no se caía porque lo había incrustado bien entre los palos. Todo un palacio me parecía, con agua corriente y gloria. Sólo me faltaba un asiento con agujero, encima del arroyo, que hiciera de retrete, como en el monasterio de San Pedro. Por la noche no aguantaba el calor y tuve que desnudarme. Aproveché la coyuntura para lavarme el cuerpo y quedar cómodo y relajado como un maestre en sábado. La noche estaba encapotada y había subido algo la temperatura de fuera, a la intemperie; pero la choza se fue enfriando y tuve que vestirme cuando ya se apagó el rescoldo. En lo sucesivo tendría que calcular la intensidad del fuego para mantenerla templada.

Dormí de una sentada

Me despertó el crujir de una viga. No había puesto tanto peso encima como para que las vigas crujieran. Quité el capote que cubría la puerta haciendo de cortina.

¡Estaba todo blanco! Los árboles cargados de nieve, como si estuvieran cansados con los brazos caídos.

Una jauría de lobos descendía de las montañas más altas, valle abajo, y se entretuvo ahí mismo, en el ensanche del camino, olisqueando los laterales de los matorrales que habían quedado descubiertos. Les lancé un silbido y, mirándome todos al unísono, ni se inmutaron, y siguieron su senda en busca de otras alimañas o de rebaños.

Habían caído más de tres cuartas en la primera nevada de este año y el techo de la cabaña estaba abombado, pero había resistido tanto peso encima.

Seguía nevusqueando.

Para desayunar: un trozo de jamón con tocino y una manzana. La última manzana.

Me atollaba en la nieve bajando al monasterio. Menos mal que conocía los árboles por el sendero que había hecho de tanto ir y venir entre la selva.

El frío y el silencio se diluían entre el confuso canturreo de los frailes. No había nadie y me volví a la cabaña.

Prendí la lumbre entre las piedras del llar que había dispuesto, ajustando la intensidad del fuego según había pensado.

No sólo presentía, sino que lo estaba viviendo: el invierno sería duro. Tendría que bajar por la noche al pueblo y aprovisionarme de algunas cosas, alimentos y algo para tapar la puerta, y, así, mantener seco el capote.

Por la tarde volví a ir al monasterio por si oía llorar al niño, aprovechando el silencio que seguía cerniéndose sobre todo el valle en los ratos en los que ni siquiera se oiría el canturreo entre sexta y nona; y entre vísperas y completas. Subí a la tapia por otro sitio que no era tan alta y con menos nieve y sin zarzas. Agucé el oído. ¡Un rumor! Pero no era ningún niño. Se abrió la puerta pequeña dentro de las grandes del monasterio y salió un fraile con una cesta vacía. Se dirigía a los cobertizos donde tenían almacenada la leña picada. Marchaba a paso rápido con la capucha echada. No podía verlo. En esto, tras un gesto de lado, vi que era... ¿Era Roderico? Otra vez se ocultó mirando al suelo.

En momentos como este, siempre parecía que el corazón se me salía de las costillas.

Pensé lanzar el silbido consabido, por el que nos comunicábamos antaño para las citas, pero no me atreví, porque, debajo del hábito, todos los frailes, de lejos, son semejantes. Parecía él. Cuando estaba cargando la cesta, pensé que, si era él y desaprovechaba esta ocasión, igual pasaría mucho tiempo sin tener otra; y silbé muy tímidamente simulando un sonido muy lejano, pero inconfundible en el tono con nuestro silbido de siempre. Soltó la cesta dando un salto hacia atrás sobre la nieve. Salió despavorido del cobertizo mirando a todas partes, dando vueltas sobre sí mismo como los derviches de Anatolia, mirando a las montañas donde le había hecho creer que me encontraba, y me respondió con un potentísimo silbido. Yo observaba el convento por ver si alguien se había alarmado. Justamente, la celda del Abad daba a esta parte y salió a la ventana, pero al ver que era el portero Petrus, que había silbado dando saltos por la nieve, y seguía silbando y silvando para quitar el frío —debió de pensar—, cerró la ventana inmediatamente.

Tiré una bola de nieve, pero todavía estaba muy alejado y ni se percató siquiera. Lo llamé por su nombre bisbiseando: ¡Ro-de-ri-co! Se dirigía hacia mí sin verme todavía. Le lancé otra bola silbándole de nuevo suavísimamente y se la estrellé en el hábito. Me bajé de la tapia de un salto para que no prorrumpiera en exclamaciones. Oí que me llamaba:

—¡Martín! ¡Martín! ¿Eres tú?

—El Abad ha salido a la ventana cuando has silbado tan fuerte. ¿No lo has visto? Yo estoy aquí, detrás de la tapia.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? Yo ya había rezado por tu alma.

Engarrió por las piedras de la tapia; y, al ver asomar su cabeza, le dije:

—¿Estás loco? ¿Qué puede hacer un fraile un día como hoy subido a una tapia? ¿No me has oído que salió el Abad a la ventana? ¿Y puede ser que siga vigilándote?

Roderico quedó petrificado con la mirada congelada observándome, juntando las cejas y abriendo la boca, sin decirme nada, como si en vez de ser yo quien tenía delante, tuviera un lobo hambriento y amenazante.

Insistí en mi mandato y también con un ruego, pero no me hacía caso. Yo no sabía si se le pasó por la cabeza aprovechar la ocasión para huir conmigo o es que sólo estaba aterrado al verme. Trepé por la pared y le di un golpe en la frente desasiéndole la mano de la tapia. Cayó hacia atrás rebozándose en la nieve y diciendo:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me la rajaron luchando en Capadocia.

—¿Y qué fuiste a hacer tan lejos?

—Es muy largo. No te lo puedo resumir ahora. Mañana te traigo mis escritos, que ahí está todo. Por cierto, se me han acabado los pergaminos que me dio Rechivaldo en la casa que ha hecho en las murias del río de Astorga. Quisiera más pergaminos para seguir escribiendo.

—Rechivaldo ha venido a verme al monasterio y ya me ha contado todo.

—¿Qué es todo?

—El cabildo de Astorga, el obispo y Rechivaldo con ellos, llegaron al molino después de haber sido encontrada muerta la abadesa del monasterio de Gradefes. ¡Cuidado! Están abriendo las puertas. Alguien sale y tengo que volver. Tienes que huir por la senda de los templarios vivos, no tienes más remedio. Te encontrará la justicia. Tienes que huir ahora mismo.

—Quiero alimentos. Ya estoy acabando un jamón que tenía. Y un barreño para lavarme el cuerpo con agua caliente y toallas.

—Tienes que huir o esconderte, Martín, inmediatamente. El mismo Nogaret está en el Monasterio; lo hospeda el Abad hasta que encuentre a Gotier, que vino huyendo de Francia y buscando los escritos con los que demostramos que la adoración a Baphomet es una calumnia. Ahora podemos juntar todos los pergaminos y demostrarlo. Con los que tienes tú y los que tenía Rechivaldo, que, después de aparecer en el molino, ya escondidos en la biblioteca, podremos poner en evidencia al Rey de Francia y librarnos de la muerte todos los templarios que quedamos. Van a matar al gran Maestre en París y a todos los templarios de Francia. Nogaret quiere llevar a Gotier para quemarlo junto a ellos. Ayer decía que no se marchará hasta que no encuentre al sabio Ferrán Gotier, traidor de la corona francesa. Tengo que marcharme, Martín. Nadie ha de sospechar que estoy aquí hablando contigo.

—¿Dónde escondes a Gotier? ¿Quién es Gotier?

—¡No me preguntes nada y aléjate, por Dios!

—Yo creo que has olvidado tu palabra dada.

—Créeme Martín, por lo que más quieras.

—¿Qué decías de la abadesa de Gradefes?

—Rechivaldo había dejado en el molino los pergaminos que tenía, y cuando ha vuelto con el obispo y el cabildo después de haber aparecido el cadáver, se las arregló para guardarlos debajo de la sotana sin que lo viera nadie y me los ha traído para que los guarde en la biblioteca del monasterio.

—¿Pero qué es eso de la abadesa de Gradefes...? ¡Que no entiendo nada! ¿No te estarás volviendo tarumba?

—Que vienen hacia aquí. Ahora no puedo explicarte todo. También yo te lo traeré escrito.

—Tengo un refugio seguro donde no me encontrará nadie y ni siquiera a ti te lo diré para que ni bajo torturas me delates. Pero necesito todo el equipaje que te he dicho. Me haría la vida más confortable, aunque la verdad es que para vivir no hace falta más que una sogá, un caballo y unos pergaminos con pluma y tinta. Lo lanzas a este mismo sitio cuando puedas y yo vendré a recogerlo. ¿Sigues de portero?

—Sí, de portero y también me encargo de mantener la gloria y las estufas. Es a lo que salí ahora: a llevar cestas de leña. Por eso estoy exento del coro por las tardes, mientras todos cantan nona y vísperas.

—Dime dónde escondes a Gotier que puedo compartir con él mi palacio escondido.

—No, no puedo decírtelo, le juré solemnemente que no se lo diría a nadie.

—Ya estás con tus cosas. Los juramentos, cuando estamos perseguidos a muerte, no valen para nada. Hay que olvidar haberlos hecho; aunque yo he cumplido mi palabra de volver a sacarte del convento.

Rompió a llorar diciéndome:

—Yo mismo te delaté describiéndote con todos los detalles que pude. No sabía, ni podía imaginar que habías sido tú quien dejó al niño en el gallinero.

—¿Qué?

—Cuidado, que ya ha terminado el rezo. Salen muchos frailes del convento y sospecharán al verme junto a la tapia. Vienen hacia aquí. Aléjate. Me descalzaré para simular penitencia de frío sobre la nieve, por si acaso me preguntan. Pero tu única salvación es alejarte hasta los barcos del Atlántico.

52

Al otro lado de la tapia oí que un fraile interpelaba a Roderico diciéndole a voces desde lejos: “Hermano Petrus, hacer penitencia descalzo en la nieve orando, ni lo contempla la Regla ni lo aconseja ninguno de nuestros santos, mejor será que use usted el cilicio o las disciplinas y en tiempos fríos que ore en la iglesia, que, si no, puede caer enfermo”.

Roderico no le contestaba, pero pude oír el tenue rias-rias de sus pisadas alejándose sobre la nevada.

Siguió el fraile dándole consejos que Roderico acataba respondiéndole sumiso a cada aserto hasta que ya no pude entender lo que decían.

Volví a la Atalaya sin saber nada del niño, que es a lo que iba.

A veces se nos cruzan asuntos menores en nuestras vidas que obnubilan nuestras mentes y nos distraen haciéndonos olvidar los principales; y cuando queremos volver atrás o retomarlos, ya es tarde, por más tesón y memoria que le apliquemos.

Se me está terminando el pergamino.

Pasé el día dentro de la choza al lado del rescoldo que paulatinamente alimentaba con trocitos de leña para que la llamarada fuera la justa. Nunca había tenido la oportunidad de tener tanto tiempo para observar la cantidad de colores que esconde un paisaje nevado, tan imponente. Tenemos dos ojos, uno inmediato con el que vemos el color blanco sin más, y otro profundo y reflexivo con el que, observando, observando, podemos ver una gama casi infinita, incluso irisaciones de todos los colores del arco celeste.

Una bandada de gorriones llegó nerviosa a la Atalaya y se posaron en la rama del arbusto más cercano. Los dos más atrevidos vinieron a mis pies a picotear las migajas que yo ni siquiera veía. Me quedé inmóvil observando su piar potente y sus saltitos graciosos en tanto que limpiaron lo que ya estaba limpio. También sus ojos ven de otra manera lo que nosotros vemos. Cuando respiré, salieron volando, y con ellos, toda la bandada hasta lo más alto de las copas ladeadas que ya empezaban a escupir los chupilargos de carámbano.

Mañana por la tarde volveré al monasterio a la hora de la nona o de las vísperas, a ver si Roderico me ha entendido. Me duele un poco la barriga y la cabeza, y a veces he tenido náuseas. Espero no ponerme malo. Si me entran calenturas no sabría cómo curarlas. Quizás, lo que me pase es que he estado muchas horas en este scriptorium de dos tablas sin moverme.

Estoy pensando, ya que está atardeciendo, volver al monasterio a ver si oigo al niño. Los niños suelen llorar a la hora de acostarse si no está su madre. Espero oír algo y voy a dejar el espacio que me queda para escribir mis impresiones cuando vuelva del monasterio. Ya voy a salir a ver si despejo la cabeza.

Llegué otra vez al mismo sitio detrás de la tapia. Cuando iba a subir para escuchar el silencio desde arriba envolviendo el llanto del niño, me tropecé con dos cestas y unos hatajos de trapos. No había imaginado la diligencia de Roderico. A duras penas podía caminar por la nieve solamente con una cesta. Pesaba demasiado. No calculó que, con tanto peso, me sería imposible caminar sobre la nieve por mi sendero. Tendría que hacer varios viajes para subir todo a la Atalaya. Ví un bulto grande un poco más abajo. Por la ladera había rodado un barreño grande con el que podría lavarme todo el cuerpo. Debió de percibir mi olor penetrante a través de la tapia porque no recuerdo haberle pedido un barreño.

Miré hacia arriba y descubrí las pisadas de Roderico, que venían rodeando la tapia por fuera. ¡Qué combinaciones habrá tenido que hacer para organizar esta intendencia!

Rodeando las paredes del convento y de las cuadras, habrá traído el barreño para que no se rompiera al lanzarlo por encima de la tapia. Bueno, ya le preguntaré cuando tengamos tiempo. ¡Pobre Roderico! Lo que habrá tenido que inventar para sacar todo esto clandestinamente. Y no ha tardado más de unas horas en organizarlo todo.

Hice varios viajes repartiendo el peso para poder subirlo, y, por la noche, cuando tocó la campana de completas, ya estaba saliendo con el último viaje. Al terminar los rezos y tocar otra vez la campana, había colocado todo arriba, al lado y dentro de la choza.

Tuve que cortar palos aprovechando las ramas salientes para suspenderlos de las vigas en forma de ganchos, como si fueran alcándaras y perchas, para colgar todos los utensilios y ropas: una muda nueva, calzones, calzas, un jubón y una capa de paño, dos gorros de lana, zuecos estupendos, dos mantas y ¡tres toallas! Entre las toallas, un panal de jabón de romero que hacen los legos del convento. Y un hábito de fraile. El mismo hábito que había usado yo en las ceremonias. De comida... Debió de verme muy delgado y le di lástima, porque si no, no es posible que me metiera tanta comida en las cestas. Ni el rico Epulón para sus banquetes. Uvas pasas, aceitunas en un puchero, quesos, dos hogazas, un jarro de lomo en manteca, nueces y avellanas, una ristra de chorizo, cebollas y escarola. Lo mejor, los tres pucheros con la tapas herméticamente cerradas y selladas con cera para que no se derramaran: dos calientes y uno frío. El frío, lleno de leche fresca. Y los calientes: cocido de garbanzos con berzas y carnes de cerdo adobadas. Y el mejor de todos: sopa que todavía el barro melado la conservaba caliente lo mismo que el cocido. No sé que voy a hacer con tanto. Estuve colocando todo hasta tener la choza llena de cosas. ¡Ah! Dos cucharas de madera y dos cacharros vacíos: una escudilla de madera y una tartera grande de *perigüela*.

La sopa caliente y unas cucharadas de cocido. Y para quitar la sed, la leche fría. Ni los emperadores de Roma han probado manjares tan exquisitos.

Calenté agua, me lavé todo el cuerpo y me cambie de ropa. La sucia la herví porque tenía pulgas que me abrasaban por la noche.

Ya se me acaba el pergamino. Estas frases con las que termino mi escrito de hoy ya tengo que escribirlas aprovechando los márgenes que había dejado. Mañana volveré a preguntar a Roderico por el niño.

Esta mañana, Roderico volvió a la leñera y otra vez nos vimos obligados a cortar en seco en el momento en que se acercaba otro lego.

Después de intercambiar los silbidos lanzó este paquete de pergaminos en blanco que me prolongarán la vida durante mucho tiempo. Antes de lanzarlos por encima de la tapia bien atados y forrados con un saco, me dijo:

—Ahí tienes lo que me pediste. No has cambiado. Eres terco como Gotier, que tampoco me ha hecho caso de huir por la senda de los templarios vivos.

—¿Está Gotier contigo?

—Sí. Aquí lo tengo refugiado

—Pero, ¿Gotier el físico?

—El mismo, Ferrand Gotier, Gotier Magnus.

—¿Y sabe el Abad que tiene dentro del monasterio al mayor científico del mundo?

—No, lo oculto en el pajar y, cuando puedo, le llevo comida. Venía buscando nuestros escritos para liberar al Temple de la catástrofe. Se lo habían comunicado Cerecinos y Matalobos antes de morir gravemente heridos en una batalla.

—¡Pobres hombres! Ya me contaréis despacio.

—¿Es que has conocido tú a Gotier en persona durante tus viajes a las cruzadas? En Ponferrada sólo lo conocíamos de oídas.

—No lo he conocido personalmente. Tengo muchas ganas de conocerlo. A mí me informaron Alfa y Omega de lo mucho que Gotier Magnus había investigado por hacer avanzar la ciencia. Todo lo que ellos sabían Gotier se lo había enseñado. Curó al rey de Francia, y se le han atribuido varios milagros, en vida, de curaciones imposibles.

—¿Quiénes son Alfa y Omega?

—Dos médicos templarios que murieron degollados por los moros, pero es muy largo. Sobre Alfa y Omega, tengo para escribir cien hojas. No obstante ahí traigo mis pergaminos: un resumen de mi vida en el que los menciono porque, sin duda, marcaron una piedra miliar en mi camino. Espera que suba a la tapia y te los doy desde arriba, para que no se deterioren al caer sobre la nieve. Guárdalos en un lugar seguro.

—Descuida, que los guardaré junto con los de Rechivaldo para que los lea el Abad el primero. Creo que, antes de dejar que salgan del monasterio, habrá que escribir varias copias por si acaso los reyes de Francia, Aragón y Castilla quisieran destruirlos al verse culpables de los crímenes que han cometido contra El Temple. Estoy pensando que, antes que al Abad, se los enseñaré a Gotier primero y le pediré consejo. Y me fiaré de todo lo que opine, ya que es el hombre más sabio y prudente del Temple. Ha venido no sólo huyendo de la muerte sino buscando nuestros pergaminos.

—Pero en esa colección no van incluidos los que tú esperas. Léelos tú primero, antes que nadie, y así te enterarás; que es un relato muy largo para contarlo con pocas palabras. ¿Dónde está Gotier, que quiero verlo y hablarle de Alfa y Omega?

—Estará ya en el pajar, supongo. Hoy tengo que llevarle comida.

—¿Por qué supones?

—Porque la última vez, antes de la nevada, yo lo dejé en el pozo. Escondido Ya le dije que abajo, muy cerca del agua, sobresale una piedra de la pared adonde pue-

de bajar siempre que quiera, siempre que se encuentre en peligro, pero que tenga cuidado, que está resbaladiza con su verdín húmedo.

Mientras Roderico me decía esto, trepé por las llagas entrepiedras del muro a duras penas, sujetando el fardo con el pecho, con la cabeza y con una mano cuando me agarraba con la otra; y estando ya con la barriga en lo alto de la tapia, se los entregué en mano. A punto estuve de caerme de bruces hacia dentro. Roderico había puesto una gran cesta boca abajo, y se erguía sobre ella con las puntillas de los pies en las esquinas, estirando el brazo todo lo que podía.

Se abrió la puerta pequeña del convento:

—¡Cuidado, alguien sale! —le advertí—. Guarda bien los pergaminos, que la biblioteca del convento es el único lugar seguro. ¿Quién es aquel fraile que ha salido del convento? Antes de que te vayas: ¿Dónde está el niño que te apareció en el gallinero?

—Es el lego Genaro —me dijo volviendo la cabeza sorprendido.

—Ese lego viene de prisa ¿Por qué viene ese lego a oler donde nadie lo ha llamado?

—El niño —me respondió tardío— se ha ido con su madre, que es de quien nunca hubiera debido separarse.

Me interrumpió en lo que más me interesaba volviendo a la preocupación por el fraile que venía:

—El Abad había ordenado a Genaro ayudarme a transportar cestas de leña; y le dije que lo haría yo solo como penitencia extraordinaria de adviento. Ven cuando termines la comida. Ya me las arreglaré para sacar más alimentos del convento sin que se entere nadie. Adiós, hasta mañana. Ese lego impertinente se acerca corriendo, tengo que macharme.

—Te he preguntado que dónde está mi hijo, que es lo más importante. ¿Habéis dejado que se muera? Hace algunas semanas lo dejé en el gallinero llorando y fue cuando te vi con aquel hombre calvo y rubio...

Quedé con la palabra en la boca mientras se alejaba sin darme respuesta. Me invadió una desolación indescriptible cuando me dijo la cantinela de que se había ido con su madre al cielo; y en ese instante perdí la orientación de mi vida.

Había pensado subir a la Atalaya a comer algo caliente y colgar unas tablas a modo de estantes para colocar los pergaminos nuevos, pero se me quitó el hambre de repente. Quise distraerme pensando en que todavía quedaba bastante tinta en el tintero; pero la pluma ya empezaba a desgastarse: trazaba el rasgo grueso. Tenía que haber sido más precavido y pensar, a su debido tiempo, que la nieve tapa todo y sería difícil encontrar otra de similares características. Veremos si con esta nevada encuentro plumas de águila por alguna parte. Tendré que subir a las rocas, adonde venían a posarse el primer día; y escarbar en la nieve, que ahí tiene que haber alguna.

A trancas y barrancas caminé rodeando la tapia de la huerta del convento y llegué a buscar a Gotier al pajar donde se encontraba. El hombre rubio que vi cuando dejé al niño en la cuadra debía de ser él, que estaba allí escondido. Supuse que su compañía me animaría, en vista de que se me estaba haciendo insoportable la exis-

tencia. Era imposible que Dios fuera tan injusto al tratarme de esa manera. No obstante, ya me estaba acostumbrando a los zurriagazos que da la vida perra, que es por lo que yo creo que tiré para adelante. Me acordé de mi madre: “Dios aprieta pero no ahoga”, decía a mi padre cuando le venían mal dadas sobre todo en los años de malas cosechas.

Gotier podía ser la solución a la abulia que me unguía después del machetazo recibido en mitad de la cabeza con la noticia de la muerte de mi hijo. Algo me ayudaría su presencia y sus consejos de sabio si viniera a vivir conmigo, y así compartir con él mis desgracias.

Seguí andando por la nieve hundiéndome hasta el muslo, como sonámbulo, igual que si estuviera buscando algo que no encontraba por más vueltas que diera. Iba y venía nervioso sin saber qué hacer. Mejor sería no pensar si quería seguir vi-
viendo

Ya sólo me movía enterarme cómo y de qué había muerto el niño.

Llegué al pozo pero Gotier allí no estaba. Además, no se veía el fondo ni el reflejo del agua. Apoyado en el brocal lo llamé dando voces por si acaso:

—¡Gotier! No temas. Dime si estás ahí abajo. Te sacaré yo tirando de la cadena, que es muy difícil salir tú solo.

Si estaba allí abajo, debía de estar aterrado porque no contestaba. Y seguí insistiendo:

—¡Soy Martín...! Martín Castriello, el templario del que te habrá hablado Petrus. Petrus Porterus, Roderico. No temas y contéstame. Roderico se llamaba en su vida de templario.

El eco de mis voces en el pozo se multiplicaba saliendo a bocanadas como si las lanzara con un cuerno a las rocas de las montañas.

En el pajar rebusqué por todos los rincones, porque el pobre Gotier estaría aterrorizado desconfiando de mi palabra al llamarlo insistentemente con voz baja y pausada, porque las voces que le di en el pozo, dadas en el pajar, podrían oírse desde el convento. Me metí hasta por las cuadras de los cerdos, que se levantaron todos a saludarme con gruñidos cortos, suaves y cariñosos; y, mientras recorría todas las dependencias encima y debajo de los establos, yo iba diciendo:

—¡Gotier! No temas, que vengo a llevarte a un lugar seguro, donde yo he permanecido escondido mucho tiempo, con toda la comodidad del mundo. Compartiremos casa. Conmigo podrás vivir todo el invierno hasta que se derrita la nieve para huir hacia los barcos.

Cuando me cansé de buscarlo, me acordé de que a Blanco no lo había desatado desde antes de la nevada. Fue la mejor disculpa ante mí mismo para obligarme a moverme más ligero y desatancar las venas de la cabeza; tenía que buscarle yerba seca y llevarlo a beber agua, porque de la nieve no sabe beber como Áureo, que había aprendido a dar lametazos a la nieve sin necesidad de bajar al río.

Ya seguiría buscando a Gotier. Con la nevada que había caído, no podía estar muy lejos, y mucho menos haber huido por la senda de los templarios vivos, ya que se encontraría, en las cumbres, con más de veinte cuartas de nieve.

Cuando llegué a desatar a Blanco no lo encontraba tampoco. No podía entender que se hubiera marchado, si precisamente todos los caballos, hasta que llega el dueño, se quedan inmóviles como ensimismados mirando la nieve, que les ha tapado la yerba.

Me acerqué al árbol donde lo había dejado atado. En el suelo destacaba un promontorio ondulante marcando suavemente la silueta del caballo echado. “¡Ha muerto congelado!” —pensé—. Algo que me seguía pareciendo muy difícil. Escarbé por si acaso todavía lo encontraba con vida. Necesitaría ayuda para encender allí mismo una hoguera para darle calor y resucitarlo. Cuando fui descubriéndolo por el centro, me encontré con las costillas peladas como palos blancos y arqueados que sujetaban jirones de pieles y carnes remisas a ser despegadas; y lleno de sangre por debajo, todavía roja por algunas partes. ¿Quién puede habérmelo matado? —me preguntaba—. Seguí descubriéndolo. Conservaba la cabeza entera, pero el cuello, y sobre todo los muslos estaban acribillados a dentelladas de lobo. ¿Cómo no se me ocurriría que la manada que pasó por debajo de la Atalaya, podía encontrarse con Blanco durante su búsqueda desesperada de comida? Me sentí culpable de su muerte por haberlo dejado atado. Se hubiera defendido a coces, teniendo como tenía árboles gruesos para defenderse; y hubiera subido a buscarme a la Choza. Me entristecí como si se hubiera muerto una persona. Me vino a la mente lo difícil que me resultaría comprar otro. Subí de nuevo hasta la Atalaya y aticé el rescoldo que se amortiguaba. Puse tucos nuevos y mastuerzos secos en el fuego antes de que se apagara y salí otra vez en busca de Gotier por la montaña, en las chozas de pastores. A las más altas, si yo no podía llegar, Gotier con mayor motivo, que no estaba acostumbrado a estas duras inclemencias del tiempo. Seguí buscándolo hasta que se hizo de noche, que me refugié de nuevo, cené dos o tres cucharadas por cenar algo —menuda diferencia el comer caliente y poner a secar las botas y las calzas alrededor de la lumbre— y contemplé la luna llena y las constelaciones a las que casi alcanzaba con las manos en la noche más clara y estrellada de todo el año, tapándome con dos mantas. Un poco más tarde, comenzó el concierto de aullidos a varias voces: volvían los lobos a darse el festín con el cadáver de Blanco. Los dejé que siguieran y no bajé a espantarlos. Cuando desapareciera la nieve, ya seguirían las águilas limpiándolo todo hasta dejar el esqueleto descarnado y blanco.

Ayer empecé a escribir en los pergaminos de los benedictinos, mejor curtidos y más finos que los de Rechivaldo. Tinta, tengo todavía de sobra. Plumas, no he encontrado ninguna aquí arriba. Con las piedras que me había procurado, para tener siempre las dagas afiladas, me he esmerado. Me he esmerado en repasar, con la piedra de grano más pequeño, los dobles filos y las puntas de las dagas. Ya las tengo listas para cortar un pelo en el aire. Con sólo pasarlas rozando la cara, me afeito;

y también puedo afilar, con cuidado de fraile miniaturista, la pluma gastada, para dejarla con el trazo finísimo, con objeto de aprovechar al máximo el espacio de los pergaminos.

El día que no consiga pergaminos o se me paralicen las manos por inflamación de las articulaciones, o se me deformen como a los viejos, la nieve y la luna serán negras, el fuego helado, y los lobos se volverán como el del milagro que atribuyen a San Francisco.

Ayer por la noche, escribí esto por escribir algo, porque no me dormía y la llama del llar estaba muy viva. Esta mañana busqué a Gotier por todas partes hasta que di con él; y, sin comer nada, corrí resbalando por la nieve helada a darle la noticia a Roderico a la hora de empezar vísperas, aprovechando el rezo de todos los frailes del convento, inmediatamente después de haberlo encontrado:

Puntuales en el silbido, nos apostamos apoyando las espadas en sendos lados de la tapia, en el mismo sitio que todos los días.

No anduve con rodeos. Se lo dije a bocajarro, riñéndolo:

—Has cometido la mayor imprudencia de tu vida. ¿Cómo pudo habésete ocurrido esconder a Gotier en el pozo?

Por un momento me sentí un mal padre de mi fámulo, por su tono de voz al disculparse.

—Tuve que esconderlo...

A Roderico le temblaba la voz de disgusto, por mi enfado, y de frío; y yo casi no lo oía.

—¿Qué has dicho? Habla un poco más alto, que no te oigo.

—Que tuve que bajarlo con una polea. Se libró de milagro. Ya le dije que tuviera paciencia esperando en la piedra saliente a la que nunca llega el agua.

—¿Cuánto tiempo crees que se puede aguantar de pie sobre una piedra resbaladiza? Eres capaz de haberlo dejado allí una semana.

—Y que por la noche subiera agarrado a la cadena y se escondiera en el mismo pajar de siempre, hasta que pudiéramos organizar la huida por la senda de los templarios vivos.

—Pobre Gotier, tuvo que venir a morir ahogado en un pozo en el más absurdo de los anonimatos.

—¿Qué dices? ¡No puede ser cierto! Si me dijo desde abajo que había llegado perfectamente a la piedra. Cuando venían los guardias a apresarle no había otro sitio donde esconderse más que en la profundidad del pozo oscuro. ¿Cómo has podido descubrirlo, si ni siquiera los guardias pudieron verlo, después de examinar el pozo?

—¿Cuándo le dijiste que se escondiera? ¿Cómo se te ocurrió tal cosa? Para bajar al pozo hay que ser un escalador muy experto y estar muy entrenado. A punto he estado yo de tener un tropiezo y que se soltara la cadena deslizándose hasta caer al agua.

—No hubo otra opción. No tuvimos más remedio. Lo detectaron, no sabemos cómo, después de tantos días escondido, y venían tras él con orden de matarlo, orden dictada por Nogaret quien, con permiso del Papa y de nuestro rey, había venido al monasterio persiguiéndolo, y, con él, estaban hospedados más de veinte franceses principales a los que tuvimos que servir como si fuéramos sus criados. Los soldados tenían orden de matarlo allí donde lo encontraran. Yo lo encaminé al pozo porque, si no, en breve le darían alcance. Se me ocurrió improvisar una artimaña atando un palo al cabo de la cadena en el que Gotier bajó sentado; y agarrado con las dos manos a la cadena sin peligro, y le dije que se escolingara mientras que, en el otro extremo de la cadena, sacaba yo agua en el cubo. La maniobra la realizamos perfectamente: siguió al pie de la letra mis instrucciones. Lo fui bajando despacio y apoyaba muy bien los pies en las piedras de las paredes como le había indicado; y así —le dije—, disminuiría el peso para que, al sujetarlo, no me costara tanto esfuerzo. Cuando yo había sacado el cubo lleno, llegaron los soldados sofocados, sudando, con las espadas en ristre y armados hasta los dientes. Los entretuve invitándolos a un trago de agua del cubo que saqué con la misma polea que había bajado a Gotier. Era el día anterior a la nevada —terminó diciéndome.

Después de disculparse Roderico, quedamos en silencio. Nada se oía en ese momento de desolación y muerte en todo el valle. Gotier, habiendo sido quien fue, la más alta eminencia reconocida por reyes y papas, no tuvo ni siquiera un toque de campana ni un responso.

Yo me arrepentí de haber sido cruel con Roderico y le dije que me perdonara.

—No tienes que pedir perdón por nada —me dijo con la voz más firme—. Continuó solícito:

—Esta tarde voy a sacarlo y enterrarlo para darle cristiana sepultura.

—Déjalo que descanse en el agua. Está flotando boca abajo muy hinchado. No es necesario enterrar a los muertos. Los marineros los tiran al agua. Me decía Alfa que es verdad lo que enseñaban los físicos de Éfeso y Esmirna de que somos tierra, aire, fuego y agua, pero sobre todo agua; y lo que menos, tierra. Déjalo en el agua que se eternice. Se deshará poco a poco, conservado en el agua fría durante mucho tiempo, pero no lo comerán ni las águilas ni los gusanos. Ya no hay remedio. No debes arriesgar nada por un muerto. Solamente te advierto que aprendas la lección, para el futuro, de medir las fuerzas de cada uno, pues todos somos distintos y cada cual con unas cualidades. Gotier, aunque era templario, no había luchado nunca, ni en los entrenamientos, pues siempre se había dedicado a la medicina. Por eso a cada cual hay que darle y exigirle según su naturaleza. Y sin embargo nadie es más que nadie. Todos somos iguales, por más que se crean los poderosos. Todos somos distintos y todos somos iguales. ¿Ves qué paradoja?

Quise distraerlo de su obsesión por Gotier; y más, conociendo su loca afición por la magia de los números. Aunque me había perdonado por haberlo reñido, yo seguía teniendo el estómago retorcido como si me lo estuvieran exprimiendo, arrepentido profundamente de haberle metido la culpa en el cuerpo. Seguro que ya es-

taba echando cuentas de la fecha de la muerte y de no sé cuántos sortilegios, haciendo sumas y restas cabalísticas. Para tratar de desviarlo de su enfermedad de la cabeza cambié de tema:

—¿Has leído mis pergaminos?

—¡Sí...! ¡Me caí de espanto al leerlos! No he hecho otra cosa en todo el día; y por la noche seguí leyendo en la celda con una vela.

—¿Por qué te espantaste tanto?

—Porque llevas a tus espaldas cincuenta y siete asesinatos.

—La mayoría no han sido asesinatos, sino defensa propia y limpieza de obstáculos al paso de la Cruz de Jesucristo. Asesinatos, sólo los últimos, después de haber quedado desangelado. ¿Y qué tiene que ver el número cincuenta y siete, que tanto te ha asombrado? ¿Se te ocurre algo malo?

—Todo lo contrario, porque estás equivocado. En tus escritos dices que Gelvira ha sido el número cincuenta y siete, pero Gelvira no ha muerto.

—Primero me vino Rechivaldo con la Divina Providencia. Ahora tú, con la inmortalidad del alma de Tomás de Aquino. Luego me vendrás con las contradicciones del escocés, que si la voluntad es anterior al entendimiento y juegos filosóficos semejantes.

—Si hubieras matado a Gelvira hubiera sido el número cincuenta y ocho; y tu existencia hubiera acabado con ella. Cincuenta y ocho es el número de la muerte en el juego de la Oca. Ni un solo caso en la historia se ha dado en que el asesino haya sobrevivido a su número cincuenta y ocho. Antes de unas semanas ya le ha sobrevenido la muerte

—Todavía, a pesar de haber vivido una suerte trágica, ¿sigues insistiendo en estupideces de la cábala? La Oca siempre ha sido un juego de templarios desocupados.

—Ha sido un juego, claro que sí: el juego de la vida, que nos la estamos jugando a cada instante.

—Roderico, me aturdes y logras confundirme con tus fantasías.

—No nos estamos entendiendo.

—Con la muerte de Gotier ahí al lado, y con la de mi caballo, sigo un poco aturdido. Pisemos en tierra, por favor: Tenemos que serenar la mente cuando pasen unos días. Yo vivo en la Atalaya. Sigues este sendero que tengo hecho de tanto pisarlo y llegas al camino. Allí silbas porque no se ve desde ningún sitio. Para subir tengo que lanzarte una escala desde arriba. Ingéniate las para salir del convento con una disculpa creíble y te llegas allí por la noche. Al calor de la hoguera podemos hablar despacio hasta las tantas de la mañana sentados en mi scriptorium cómodamente y no con este frío que ya me está calando los huesos.

—Te digo que Gelvira no ha muerto, que tú crees que la has matado, pero no es cierto.

—Está visto que no podemos entendernos con palabras.

—Las palabras, a veces, son excelsas; y a veces son un infierno que sólo sirven para confundir a los humanos.

—Eso sí que es cierto. ¿Y el niño? ¿Cómo murió el niño?

—Ya te he dicho que el niño está con Gelvira.

—¿Qué? Por favor, eso no me lo repitas que no quiero ni oírlo. ¿Eres insensible a mi congoja?

—¡Los dos viven, Martín, los dos viven! ¡Y Gelvira cuida del niño!

—¡Hay, pobre de mí! Te lo pido por clemencia y por favor, Roderico. No me tortures con teologías, y menos aún si lo mezclas con tus números y tus cábalas.

—Veo que con palabras no te voy a convencer. Con este frío y hablando a través de las paredes, se me hace imposible abrirte la mente para que me entiendas.

—Sube a la Atalaya, mi refugio. Te lo he dicho. Y hablamos viéndonos las caras y al calor de la hoguera.

—¿Dónde está la Atalaya?

—Te lo he explicado y no me has hecho caso. Estás atolondrado.

—¿Dónde, dónde? Estaría pensando en otra cosa.

—A media legua de aquí. Sales por este sendero, llegas al camino del valle, tuerces hacia arriba, allí me silbas como siempre; y te responderé del mismo modo. ¿Te has enterado bien?

—No puedo arriesgarme a sacar una disculpa. Si alguien se entera, echándome en falta, será mi muerte. Y más ahora, con lo revuelto que está todo.

—¿Qué es eso de que está todo revuelto?

—Que está el Rey en el monasterio investigando un asesinato y nos está interrogando al Abad y a todos los frailes —no se fía de nadie—, uno a uno nos pregunta una y otra vez con sus notarios y guardias reales.

—Me vas hablando por partes. Dime todo a la vez para saber a qué atenerme. Vete a mi refugio y me cuentas todo detenidamente. O vente ya conmigo y no te encontrará nadie. Cuando pase el invierno, sin nieve por los caminos, seguiremos nosotros por la senda de los templarios vivos hasta llegar a los barcos del Atlántico.

—En vez de subir a la Atalaya, dame unos días para escribirlo todo y te lo explico por escrito, que así no hay confusión posible.

—Eso mismo me repetía Omega, que siempre era mejor por escrito como decía un paisano suyo que era senador de Roma, porque el escrito, si no se entiende, se vuelve a leer hasta que todo esté claro; sin embargo, las palabras se las lleva el viento y puede ser que no vuelvan, o vuelven ecos confusos.

—Dame un poco de tiempo para escribir todo lo que sé y he oído.

—De acuerdo, espero a que escribas lo que consideres oportuno, pero, por favor, no me vengas con moralinas ni me aconsejes teologías, que veo que ya eres un perfecto filósofo benedictino. ¿Has dicho un asesinato? ¿De qué asesinato se trata?

—Con palabras no vas a entender nada. Ten un poco de paciencia y déjame escribirte. No obstante, ven mañana a la misma hora, por si puedo traer lo que tenga escrito, aunque no haya terminado, y que puedas ir leyendo. Tengo que irme, que ya se oye cantar los últimos salmos de vísperas. No olvides que Gotier cayó en el pozo y la caída no ha sido casual, sobre todo andando con tanto cuidado como anduvimos, ni tampoco ordenada por la Divina Providencia. Recuerda también que el número cincuenta y ocho, el de la muerte, anda rondando por aquí, y no hay cerca

ningún puente firme y recio salvador de los descuidos. El más cercano es el puente Osmundo de Ponferrada. Y ya queda muy lejos.

Terminó Roderico estas palabras angustiado y envuelto en sus elucubraciones cabalísticas ¡Pobre Roderico! A veces tan cuerdo y razonable, sin embargo, otras veces se comportaba como si estuviera cada vez más enfermo de la cabeza.

56

Al día siguiente, Roderico no acudió a la cita. Algo inesperado habría pasado. Me acerqué a la tapia como todos los días y oía murmullos al otro lado. No era posible que, en un lugar tan apartado de las huertas y con dos cuartas de nieve helada, se celebrara reunión de claustro alguna. Asomarme a ver qué pasaba era un riesgo que en nada me beneficiaba, así que decidí esperar hasta que se fue disipando el barboteo cuando se alejaban. Subí con cautela y asomé la cabeza. Con razón no había venido Roderico a silbarme. Unos cuantos frailes con hábito de faena habían estado podando las parras de la ladera.

Antes de subir a la tapia no me había percatado de un paquete que había sobre la nieve: un mensaje escrito envolviendo el rollo de pergaminos forrados con tela de quilma impregnada de gotas de cera para que no se mojaran los pellejos y se corriera la tinta. Esa mañana no hice nada más que pensar y pensar leyendo y releuyendo lo que me había escrito. Al lado del bulto también me había tirado un puchero de la misma manera sellada la tapadera: caldo de berzas con chorizo sabadiego y botillo. ¡Exquisito!

Después de comerlo al tiempo que pensaba en lo complicados que somos los humanos, seguí de nuevo hojeando los pergaminos de Roderico. Tuvo que lanzarlos por la mañana temprano, después de haber sabido que los frailes irían de poda cerca del lugar de las citas. Otro día más haciendo vida de ermitaño lector en mi castillo para volver por la mañana y por la tarde a la tapia de la huerta del convento, y allí no apareció nada ni nadie. ¿Qué le habría pasado? Ni pergaminos ni Roderico, ni huellas nuevas sobre la nieve que por la noche otra vez había caído.

Hacía mucho tiempo que no leía un libro ni una carta y me percaté de que, cuantas más vueltas le daba, más envidia le sacaba porque había muchas referencias ocultas. A primera vista los dos primeros pergaminos me parecieron excentricidades de Roderico, pero leí y releí mil veces constatando no haber nada desdeñable y, por el contrario, todo resultaba razonable, cuerdo y verosímil por muy increíble que, de primeras, me había parecido. Cuando iba por la mitad, ya me convencía de que todo lo que decía Roderico era cierto y la emoción me invadía cada vez más tembloroso a medida que continuaba leyendo.

“...pus el mio nomme en presente karta sol signo de Rodoericus...”⁵⁴

Voy a explicarte. Voy a explicarte cómo pueda hace tanto tiempo que no escribo... casi no me sale no soy como tú tú eres un maestro de la escritura yo antes, creía que sólo eras maestro en la lucha creía que sólo eras maestro en el manejo de las dagas pero eres maestro da gusto leer tus escritos en este escrito no voy a poner nombres figúrate si antes que tú lo encuentra otro menudo lío si escribo tu nombre o el mío no pondré nombres sin nombres en el escrito no sabrá quiénes somos.

No sabiendo quién escribe. No sabiendo quién eres tú. Nadie podrá hacernos nada. Estaremos seguros.

Te contaré la conversación que tuvo el Rey con el Abad ¿que cómo lo sé? ¿Qué cómo me enteré? Pues muy sencillo. Con dos palabras que le oí cuando llegó con su corte a la puerta. Me bastaron sólo dos palabras. Yo les abría las puertas grandes y entró el Rey sin bajarse del carruaje, pero dentro ya, le dijo el Rey al Abad. Yo estaba en la portería las palabras fueron sólo dos. Las palabras que dijo el Rey al Abad eran “**TEMPLARIO ESCONDIDO**”.

Me entró miedo. Me acordé de ti. No pude dormir también les oí un poco más claro que hablarían. Hablarían a solas. Hablarían en la sacristía en la sacristía era donde se hablan los secretos del monasterio porque nadie podía entrar nada más que por una puerta hablarían en la sacristía cuando todos durmieran. O estuvieran rezando o cantando en el coro temblé sentí miedo sentí que no tenía escapatoria me temblaron las piernas.

Decía que a solas a solas a solas para que nadie oyera yo tenía miedo yo no podía respirar me temblaban las piernas yo me atragantaba la saliva no sé escribir lo que sentía yo estaba malo yo no dormía yo pensaba en ti pensaba que no llegabas nunca yo pensaba que tienes palabra me acordé de tus palabras cuando nos decías *“palabra de Castriello que volveré a sacarte de este convento tarde lo que tarde y me cueste lo que me cueste volveré con los escritos que llevó Rechivaldo o sin escritos que llevó Rechivaldo pero estáte seguro Roderico de que volveré algún día a no ser que me maten”*.

¿Ves? Tus palabras las sé de memoria. Recuerdo tus palabras sólo por ser tuyas ya son más bellas. No sé qué tiene saber escribir bien si escribes bien da gusto leerlo, lo sé de memoria y por eso las escribo bien. Escribo tus palabras como si fueras tú, por eso me salen bien escritas. No pongo nombres en este escrito. No pongo mi nombre no pongo tu nombre así nadie puede saber quién escribe aunque alguien nos robe este pergamino.

Qué mal me ha salido este escrito. Pero no estamos para malgastar pellejos que son caros así que lo escrito ya está escrito y no se puede borrar.

Voy a leer otra vez tus escritos, a ver si aprendo a imitarlos. Voy a fijarme bien, si no, igual no te enteras bien de todo el embrollo que te voy a contar aquí. Si no escribo bien.

“...puse mieo nomme Rodericus...”⁵⁵

He releído tus escritos. Me he fijado en ellos y he aprendido mucho, pero tendré que esmerarme todavía. Poco a poco conseguiré mejorar mi manera de escribir.

Estaba perdido. Me vi perseguido. Me vi sin escapatoria. Eso pensé yo cuando oí que perseguían y buscaban a un templario en el monasterio y yo era el único. Había perdido la partida. ¿Cómo era posible que yo hubiera perdido la partida de la vida sin acecharme ningún número cincuenta y ocho?

Pero pensé y repasé mi vida: ninguna fecha, ningún número, nada, nada sumaba ni restaba, ni de cifra en cifra, ni de dos cifras en dos cifras; absolutamente nada contenía el número cincuenta y ocho. Entonces me dije: “Fulano”... Ya se me iba a escapar el escribir mi nombre, pero sólo escribo “Fulano” para que nadie sepa mi nombre ni el tuyo. Tengo que tener mucho cuidado porque, si se me escapa mi nombre o el tuyo, entonces sí que, con cincuenta y ocho o bien sin cincuenta y ocho, estaríamos perdidos.

Menuda lección me dio Gotier el primer día de nuestra primera conversación cuando yo ocultaba quién era y sin embargo por múltiples detalles en los que yo no había reparado adivinó quién era, y eso que yo trataba de ocultarlo por todos los medios. Pero en la conversación es más fácil que se escape que en un escrito, porque el escrito se puede ir pensando despacio.

¿Lo ves? No debiera haber escrito aquí el número cincuenta y ocho y ya lo he escrito tres veces y además con letras. Menos mal, lo peor sería que lo hubiera escrito con números. Con letras es muy raro que cause mal a nadie.

Cuando me vi ya seguro y no me acechaba la muerte por ninguna parte, entonces me dije: Tienes que arriesgarte y meterte en un cajón de los grandes, de los que se guardan las casullas de diario en las que hay sitio sobrado. Pero probé y no cabía en los cajones así que probé en la alhaja, donde se guardan las capas pluviales, las dalmáticas y las tulicelas colgadas. Y ahí ya cabía de pie perfectamente. Así que me dije: Fulano, pues nada, a ocultarse entre los ropones sagrados, y me quedé allí esperando para escuchar las conversaciones.

Mi sorpresa fue que, cuando entró el Rey con el Abad en la sacristía, los esperaban fuera unos cuantos pajes reales. El rey es joven, poco más que un mozo, pero está muy enfermo. Ayer tosió sangre y se cayó del asiento. Tuvieron que socorrerlo y reanimarlo. Estuvieron mucho rato hablando secretos. Y yo esperaba que hablaran de mí, pero empezaron hablando de ti. Cuando el Abad pronunció tu nombre, “Martín”, se me pusieron los pelos tiesos. Y repitieron: “Martín de Castriello”, y seguían hablando. Antes habían hablado de perros amaestrados. Habían hablado de una casa en la que tú habías habitado en San Martín de Primout, cerca del mercado de Ribas. Antes yo había metido la pata. Eso es lo peor.

No me perdono a mí mismo haber metido la pata.

Había metido la pata, lo que podía ocasionarte mucho daño.

Así no puedo seguir escribiendo. Voy a leer otra vez tus pergaminos que da gusto leerlos. Me voy a fijar mejor a ver cómo tú escribes, y así aprendo. Quiero escribir

bien porque es complicado explicarte todo todo todo. Ya me los sé, pero no sé si sé si puedo seguir escribiendo sin saber escribir bien. Voy a fijarme bien en todo como escribes tú, que se entiende todo, antes de seguir yo.

“...*puse mieo nomme Rodericus...*”

He tenido detenida la escritura hasta que no relejera tus pergaminos para aprender a escribir mejor. Los he leído varias veces. ¿Qué digo yo? Me los he estudiado. Los sé casi de memoria y sobre todo cómo los has escrito, la manera, el orden de unas palabras detrás de otras. Intentaré seguir con mi relato de la misma manera como tú escribes, y aunque no te iguale, por lo menos que no parezca de uno que no sabe. Lo que ya te había dicho con peor escritura, intentaré no repetirlo. Porque veo que repito mucho las palabras sin darme cuenta cuando escribo.

Cuando dejaste a tu hijo en el gallinero, Gotier y yo pensamos que eras un vulgar ladrón de huevos y gallinas. Después descubrimos al niño llorando como si tuviera miedo de los bichos de la cuadra. Se lo llevamos al Abad seguidamente. Pensábamos que podíamos dejarlo para que se criara en el convento como si hubiera sido un regalo del cielo al convento de solteros.

Al día siguiente vinieron a investigar el Obispo de Astorga y varios miembros del Cabildo catedralicio y se lo llevaron consigo. De lo que hablaron fue sumo secreto y yo no tuve ocasión de esconderme en la alhaja para escuchar las conversaciones. No pudimos enterarnos ninguno de los frailes. Se reunían en la sacristía el Abad y el Obispo y nunca supimos el contenido de las conversaciones. Pero todos los pueblos vecinos sabían que había habido un niño en el convento. ¡Menudo escándalo! Llegaron las hablillas hasta la ciudad de Lugo por una parte y por la otra hasta Burgos y hasta Salamanca. Se decía de todo. Además, como ya había antecedentes de algún obispo que había tenido hijos ilegítimos, se multiplicaron los rumores.

Cuando llegaba la carreta del Deán y el Chantre, vecinos de todas las aldeas subieron con ellos hasta el monasterio, unos insultándolos y otros defendiéndolos. ¡Menudo alboroto! Creían que podrían llevarse al niño en secreto para evitar que se escandalizara el vecindario y no cundiera que el niño era nieto de un canónigo ejemplar, el Deán de Astorga, modelo de feligreses castos.

Después llegó la carreta del Arcediano. Venía él solo en una carreta lujosa porque es muy rico. Se quedó con muchas tierras al lado del río Turienzo engañando al Obispo cuando le decía que no valían pa nada y que en ellas no se criaban más que zarzamoras, silvas y yerbajos y que no valían ni para sembrar centeno.

Al Chantre lo veneraba el pueblo por lo bien que cantaba pero al Arcediano lo acusaban de haberse quedado con todas las tierras de la ribera del Turienzo con la disculpa de roturar las que sólo producían yerbajos y zarzales. Desde ese día se le atribuyó un hijo que había aparecido perdido en un gallinero, aunque nadie, ningún campesino había visto al niño. Pero daba igual: por todas las esquinas se hablaba del Arcediano, del niño y del gallinero inventando las más peregrinas historias. Llegó el momento en que no se sabía de quién era hijo pero había un revuelo entre los curas de toda la diócesis que medió el Abad y estuvo ausente unos días. Dentro del convento no nos enteramos más que de esto que te estoy contando, y, de pronto,

vimos que el Abad estuvo fuera unos días, que se había ido a ver al Obispo de Astorga, pero las habladurías siguieron y siguieron. ¡Vaya! Ya me lié escribiendo y repitiendo lo mismo. Voy a poner más cuidado.

Cuando hace poco vi a Rechivaldo hecho un hidalgo presbítero, que era el Chantre de Santa María de Astorga, pensé que, como era capaz de cualquier cosa, se había comportado como un impostor absoluto. Llegó a contarme todo lo que había hecho en su viaje de huida y no podía creerlo. A pesar de todo, le puse alguna trampa a su relato y no picó, por lo que me cercioré de que era verdadero todo su relato y me arrepentí de haberlo tenido por un malvado. Me di cuenta de que, con sus cosas, pero es un hombre bueno, y había sido un buen templario. Advertí la confusión a la que habíamos llegado entre nosotros, pocos y desorientados en nuestra huida, atacándonos unos templarios a otros por discusiones sin importancia, a pesar de pertenecer a la orden más poderosa y haber tenido en nuestras manos el dominio de medio mundo.

A Rechivaldo, como es canónigo de Astorga también lo han involucrado en la búsqueda del niño. Pero no entendía yo muy bien tantos ires y venires, si el niño ya había aparecido.

Después vinieron los interrogatorios. En este momento fue cuando yo más temí delatarme a mí mismo por cualquier detalle y eludía lo más posible ser interrogado pero, cuando no tuve más remedio, me centré en el ladrón del gallinero y respiré tranquilo porque comprendí que no venían a por mí por haber sido templario.

Después, los interrogatorios por el descubrimiento del cadáver en el molino.

Los más nobles caballeros, cercanos a la corte, hermanos y primos del canónigo Deán, que es el abuelo del niño por parte de madre, porque por parte de padre todo mundo cree que es huérfano ya que su padre, el molinero, apareció brutalmente asesinado después de haber violado a su mujer en su presencia, se presentaron en el monasterio. El molinero todo mundo sabía que era un usurero y hermano del canónigo, por lo tanto tío de Gelvira, y tío-abuelo del niño. A Gelvira la habían casado con su tío para salvar la reputación del apellido y de la Iglesia y que no trascendiera el escándalo de nada menos dos hijas que había tenido el canónigo. Dos hijas gemelas. Había tenido nada menos que dos hijas gemelas. También es mala suerte.

Ahora empezaba yo a entender el porqué de tanto barullo, porque se estaban descubriendo secretos de escándalos de la curia a raíz del último crimen del molino.

Dos crímenes habían quedado sin resolver para la justicia, de hombres relevantes, cerca del molino, qué digo cerca, al mismo lado: el merino y el notario; y otros dos dentro del mismo molino: y se enfurecían todos los parientes de la muerta y todas las autoridades, incluido el Obispo de Astorga y hasta la Abadesa de las Huelgas de Burgos que también vino con sus notarios a tomar declaraciones. ¡Cuatro crímenes, y el criminal suelto! ¡Menudo misterio! No se hablaba de otra cosa por todas las esquinas. Por más que indagaron, nada. Torturaron a varios vecinos sospechosos que habían hablado más de la cuenta, sobre todo a un tal Isidro que una vez se había cagao en la madre del merino cuando lo llevaron preso, lo dejaron

escapar después de arrancarle dos uñas y haber negado y negado ser el criminal y no haberse confesado convicto.

Verás, verás... Si es que... lo de la Abadesa de Santa María de las Huelgas de Burgos tiene su enjundia. Pero no te preocupes que te explicaré todo, que tengo pergaminos suficientes.

“...fiz esta kartam sol nomne Rodericus...”⁵⁶

Tuvimos una temporada agitatísima. El monasterio parecía un hormiguero de gentes que entraban y salían a todas horas. No habíamos imaginado que el crimen había sido tan importante. Los frailes sólo nos sorprendíamos sin poder opinar nada porque nunca se había visto tal ajetreo de birretes, bonetes, púrpuras y cetros entrando y saliendo del monasterio; hasta el mismo Rey en persona estuvo unos cuantos días hospedado en el monasterio. El Abad tuvo que cederle sus estancias y vinieron a prepararlas, según sus gustos, tres doncellas y dos pajes, porque este rey parece muy caprichoso. A lo mejor, sólo lo parece porque esté enfermo. Durante los días de más afluencia, los últimos legos y algunos frailes tuvimos que desalojar el monasterio y marchar a vivir en las chozas del monte, para alojar a tanta gente en nuestras celdas.

Para contarte todos los detalles de cómo fuimos enterándonos acerca de la identidad de la asesinada no tengo pergaminos en blanco suficientes.

Sólo quiero pedirte perdón por haber cometido el error más grande de mi vida. Por eso te he rogado insistentemente que huyas por la senda de los templarios vivos antes de que sea tarde. Cometí el error por ignorancia. Entretanto, yo estaba ocultando a Gotier en el pajar, haciéndolo salir sólo por las noches para que paseara bajo las estrellas. ¿Cómo iba a pensar yo que aquel ladrón de gallinas eras tú?

El notario escribía, con furia en los dedos, todos los pormenores de mi declaración después de que dos jueces le hicieran una reverencia asintiendo que podía seguir copiando, y yo me esmeraba en recordar los más mínimos detalles para que mi colaboración fuera lo más fructífera posible.

Recordaba hasta el color de las prendas que vestías. Y todo se lo fui diciendo detalle por detalle. Lo que era inconfundible era tu cicatriz en la cara, que te vi cuando miraste para atrás, antes de saltar la tapia, queriendo comprobar que no te perseguían. Nadie conocía a un ladrón de esas características. Suponían que sería un forastero o un peregrino arrepentido de su caminar penitente, y que se hubiera vuelto loco, pues mi descripción de ti, cojo y con un brazo en cabestrillo, incitaba a pensarlo.

Que nadie lo hubiera visto por ninguna parte más que Gotier y yo era para mí lo más desconcertante, por eso, como era yo el único testigo, me sometieron a más y más interrogatorios, porque Gotier, claro, seguía oculto sin salir nada más que por las noches sin que lo viera nadie.

Me dejaron un poco en paz, una vez que el Abad les dijo a los jueces que yo era aficionado a los números y su relación con los movimientos astrales que, inexora-

blemente, llevan a los números del juego de la Oca. Eso me salvó de más molestias.

Pero, ahora que ya lo sé todo, me siento responsable de lo que te pueda pasar y te digo y te repito que tu única salida es que renuncies voluntariamente a tu hijo, tomes la senda de los templarios vivos y te enrolas en los restos de la flota templaria de los barcos del Atlántico, donde se han refugiado muchos templarios, como si fueran marineros mercantes de galeotas, barcos leños, jabeques o carabelas. Te será muy fácil identificarlos sin dar contraseña alguna, porque a todos ellos, sean del tamaño que sean, con tal de que sean veleros, les han pintado una cruz paté roja en cada vela y se distinguen perfectamente desde lejos. Y sirven también para llevar hasta tierras lejanas, donde nadie los conozca, a los pocos templarios que se han escabullido librándose de la hoguera, que se marean con el traqueteo de las naves y quieren vivir en tierra y no ser marineros, o que, por lo que sea, quieren rehacer su vida sin entrar en otra orden religiosa.

Te pido perdón una y mil veces.

No puedes imaginar mi arrepentimiento cuando recuerdo lo que yo les decía en los interrogatorios.

Estoy recordando mis palabras: *“No puede haber sido otra persona. No había nadie, estaba él solo y sólo él pudo haber secuestrado al niño, o se dio cuenta de que a nadie le podía pedir cualquier rescate, cuando salió del gallinero junto con una gallina despavorida. Algo pensó el criminal asesino, algo le pasó por la cabeza y decidió, con improvisación de ladrón ruin y de bajo rango, ir a dejarlo abandonado en nuestro gallinero. Sólo él puede haber sido el asesino. Y menos mal que no le dio por matar también al niño”*. Yo le porfiaba para convencerlos taxativamente. Y el notario copiaba y copiaba sin levantar los ojos del pergamino. Te delaté. Mi delación traidora ha sido igual que si hubiera firmado tu sentencia de muerte. Si no tuvieras la cicatriz podrías disfrazarte, pero así ya es imposible. ¡Hazme caso! ¡Tienes que huir cuanto antes! Ya no sólo te persiguen por ser templario sino que te persiguen por haber matado a la hija del Deán de Astorga.

Me sorprendió que Roderico hiciera tantos progresos en la escritura. No es que no supiera escribir, sino que le habían salido telarañas en los dedos de no utilizarlos.

Los frailes, cuando se aborregan, se convierten casi en analfabetos haciendo prosperar su intelecto únicamente los que siguen leyendo y escribiendo. A pesar de que ya se expresaba perfectamente por escrito, yo deseaba volver a hablar con él de palabra. No hacía falta que siguiera escribiendo; sólo que me contara todo el resto que quería contarme. Volvía todos los días a la tapia y Roderico no acudía. Entrando ya el frío verdadero, que ni el fuego evitaba que se me helaran las cejas, pasé unos días esperando para cambiar impresiones orales y dejar a un lado los escritos,

días que se me hicieron eternos. Cualquier noticia, cualquier detalle podía ser vital para mi subsistencia.

Y Roderico no salía del monasterio.

Hasta que un día, me encontré con otro puchero de sopas calientes y otro envoltorio que contenía los siguientes pergaminos:

59

“...sol nome de Rodericus...”

¡Vaya desorden en el escrito que te he lanzado!

También tengo que pedirte perdón por mi torpeza en la escritura. Espero que en adelante ya sea más fácil de leer y por lo tanto más inteligible. Pero bueno, lo escrito escrito está, de manera que voy a seguir informándote:

La sacristía, como sabes, alberga la mesa del centro con varios sillones rodeándola. Sobre las paredes laterales a modo de zócalos: las arcas con cajones donde se guardan las casullas, las albas, los amitos y los cíngulos; y grandes espejos que han instalado después de tu ausencia del monasterio —el Abad nos ha dicho que lo inventó el anterior obispo de Astorga, pero es grande su ignorancia pues los templarios viejos siempre decían que los espejos ya los utilizaban los egipcios—, para verse en ellos todo el cuerpo al revestirse los oficiantes antes de las ceremonias de la Iglesia.

Alternando con las arcas, tenemos los armarios, que aquí los llamamos “las alhajas”, donde están colgadas las capas pluviales, las dalmáticas y las tulicelas. Te describo la sacristía porque tiene su importancia: el Abad anterior introdujo la costumbre, para él sólo y para los abades posteriores, de recibir el sacramento de la penitencia en la sacristía donde nadie pudiera oír sus confesiones, pues sólo tiene una puerta y la luz de la linterna en la cúpula, y así mandó a los legos colocar, entre alhaja y alhaja, el confesonario mejor labrado en madera de nogal con tallas que representan escenas bíblicas, y, además, tiene una almohada mullida en el asiento.

Cada primer viernes de mes viene a confesarlo el canónigo penitenciario de Astorga y se pasan mucho tiempo encerrados en la sacristía porque desconfía de que alguien pueda escuchar sus pecados en las confesiones. Todavía cometo el error de repetir algunas cosas y me percató cuando releo. A ver si es verdad que fray Esteban fabrica el unguento que dice ya tenerlo a punto, y que sólo le faltan las últimas pruebas, para borrar la tinta de los errores que se cometan en los pergaminos, y así, cuando se cometa un error será una delicia el poder borrarlo y escribir encima. De momento habrá que poner más atención y no entusiasmarse con lo que se va escribiendo, sino ir pensando el orden despacio.

Como te decía en el primer escrito que te he mandado, comprobé que no me rondaba la muerte pues no encontré en mi vida cotidiana ningún número cincuenta y ocho. Así que estaba seguro de que todo me saldría a pedir de boca.

En la sacristía se reunían todos los días. Unas veces, parloteaba el Abad con el Obispo de Astorga; otras veces, el Obispo con su canónigo Deán se intercambiaban secretos aprovechando la ausencia del Abad mientras llegaba y permanecían ellos solos esperándolo; otras veces, el Abad con el Rey Fernando IV. El Rey daba pena porque lo envolvían a su antojo, aunque es terco y al final consiguió lo que quería, y así los cuatro, el Rey, el Abad, el Obispo y el Deán, unas veces con unos y otras veces con otros, yo les escuché todas las conversaciones.

Naturalmente, perdí algunos detalles, sobre todo cuando el Rey tosía, o cuando se movían o cuando comían, porque siempre tenían encima de la mesa bandejas con comidas exquisitas, pero sobre todo desde el confesonario les oí casi todo, tan cómodamente sentado, oculto detrás de las puertecitas de celosía y cortinillas moradas.

Yo, la mañana que llevaron al niño, como el Abad a mí no me decía nada, creí que se lo habrían devuelto a su madre. Pero se ve que tenían otros planes.

La primera conversación del Abad con el Obispo la recuerdo casi entera porque, además de empezar hablando de mí, de Petrus Porterus, me impresionó profundamente porque no podía esperarme algo semejante después de entregarle el niño al Abad:

—El día que Petrus Porterus —decía el Abad— encontró al niño en el gallinero, me lo trajo inmediatamente a la celda y calmamos su llanto con una chupeta de trapo embadurnado con miel.

Lo interrumpió el Obispo:

—Petrus vio huir al criminal. ¿No supusisteis que lo había secuestrado después del asesinato?

—Estábamos tan agitados que no supusimos nada —le contestó el Abad—. Hice lo que debía: envié un mensaje al Rey y pagué al mensajero con los fondos del monasterio. Le decía: "... un niño rubio, guapo y sano... No tiene más de dos años, porque anda y dice algunas palabras a media lengua..."

El obispo volvió a interrumpirlo:

—El rey ha estado muy atareado defendiendo su cetro junto con su augusta madre y ya sufrió melancolía grave cuando se le murió la niña, y ahora esto: le dejaron morir al heredero de la misma edad que este, de unos meses, teniendo que haber soportado el mensaje que le dejaron a la puerta del palacio diciéndole que estaba muerto y enterrado. Tanto el mensaje de venganza que apareció en la puerta del palacio como que el nieto del Deán apareció en el gallinero y que lo había llevado hasta allí el criminal de su hija, lo tienen oculto a la corte. Sólo lo sabemos dos o tres obispos. Y ahora tú y el Deán, naturalmente.

Siguió el Abad diciendo:

—Yo no sabía nada, pero creí oportuno ofrecerle al rey el tesoro que habíamos encontrado y que el rey decidiera quién debería adoptarlo. Siempre es mejor que adopte un niño un matrimonio sin hijos, potentado o cortesano, que cualquier campesino.

Preguntó el obispo:

—¿Tardó en contestar el Rey?

—No más de una semana —se agitó el Abad diciendo esto—. Llegó un caballero al galope con el mensaje y dos escoltas. Decía que el Rey había aceptado la adopción y se lo llevaron. Después, cuando ya lo habían llevado, salió el Deán todo alterado revelando que era su nieto, pero cuando se enteró de que era el Rey Fernando IV el que se ofrecía como padre para adoptarlo —¡ay amigo!— que le cambió el semblante y ya se dispuso a convencer a su hija de que lo mejor para el niño era que el Rey lo adoptara.

—Ese será el gran secreto de la corona —decía el Obispo.

Contestó el Abad:

—Todas las casas reales y de nobles tienen grandes secretos ocultos de los que el pueblo no se entera y sólo sabemos los confesores.

La segunda conversación del Abad con el Obispo, que no era confesión en el confesonario —sólo se confesaba con el penitenciario, como te he dicho—, sino charla amistosa alrededor de la mesa, la escuché a medias porque tuve que estar metido en una alhaja de pie, todo el rato, entre las capas procesionales; y, como mantenía la puerta cerrada, la mitad de la conversación se me escapaba, pero cogí perfectamente el sentido. En esto me retrotraigo al principio, pues fue antes, naturalmente, de decidirme a pasar al confesonario.

Saqué, en conclusión, que te perseguían.

Habían ordenado tantos interrogatorios que sólo les quedaba por preguntar a comerciantes y campesinos.

Como yo había descrito a un cojo con la cara atravesada por una cicatriz inmensa, un comerciante declaró que un hombre así le había comprado dos mantas y una capa.

Hicieron una batida por todos los valles del norte de Ponferrada y encontraron una caseta de piedra de donde, no supe por qué, dedujeron que había habitado el asesino.

Llevaron perros-lobo amaestrados para que se impregnaran de los olores de la caseta; por eso pienso que tienes que perfumarte siempre con romero y otras hierbas aromáticas que crezcan lejos de aquel valle, y a ser posible arrojes al fuego las ropas que allí usaste o por lo menos que las laves y las hiervas.

Te lo digo muy en serio: ¡Te persiguen a muerte! Te matarán en el momento de encontrarte sin celebrar ni auto ni carajos en vinagre. Te descuartizarán sin compasión alguna antes de quemarte en la hoguera.

“Para no andar con contemplaciones —palabras textuales— un simulacro de juicio, y a la horca; que su muerte sea rápida y ejemplar al mismo tiempo”. Eso es lo más suave que decía el Obispo.

“...sol nomne de Rodericus...”

Las conversaciones con el Rey fueron más largas y apasionantes. Hoy estaba pálido y caminaba desganado. Andan todos a lo suyo. Cada cual, al hablar, barre hacia dentro. El rey solucionando su descendencia en el trono. El Obispo queriendo que Gelvira le resuelva los problemas con la Abadesa de Burgos. El Deán es el más ambicioso, quiere convencer a Gelvira para que acceda a los planes de su Obispo, y también quiere que su nieto, que es tu hijo, sea el rey de España, aprovechando la

coyuntura. Esto te lo tengo que contar más pormenorizado porque en medio está tu hijo, que es el nudo de todo este contubernio. Quién te iba a decir que tu suegro es un canónigo de Astorga, y que tú ibas a ser el padre del futuro rey de León y de Castilla.

Qué ignorantes somos los súbditos de los planes de los que nos mandan.

De no haber sido así, oyendo como yo estaba, nadie se entera de nada y obedece como corderos sin saber por qué obedece.

Los planes de los poderosos siempre son inesperados y solo atienden a sus egoístas intereses.

Es mentira que lo que hacen lo hagan por defender a Cristo. Es mentira que lo que hacen, lo hagan por caridad con los hermanos. Es mentira que quieran el bien para el pueblo. Es mentira que sus miras son cumplir los mandamientos y las obras de misericordia, que hasta el Rey trata de convencer a todos los súbditos de que es para lo que Dios lo ha puesto en el trono. Todo lo que hacen es para mantenerse en sus sedas que les limpian criados y legos, en los halagos de los campesinos que trabajan para llevarle casi todas sus cosechas. Gordos como cerdos en su mayoría —el Rey, en este caso, es excepcionalmente delgado—, de vez en cuando se acuestan con una loba como llamaban los romanos a las putas.

Durante una de las reuniones celebradas, se entrevistaron los tres: el Rey, el Obispo y el Abad del monasterio. Cuando el Obispo les informó con suma cautela, como si de sigilo sacramental se tratara, de que el niño secuestrado era nieto del canónigo Deán de su diócesis, decía con voz meliflua y sonrosada:

—“Un pecado aislado no puede enturbiar los méritos contraídos por la histórica perseverancia en la virtud de nuestros presbíteros y la pulcritud y bondad de todo el clero. Siempre habrá un garbanzo negro en la olla que enturbie el color dorado del cocido”.

Al terminar la conversación, tan larga, saqué en conclusión que el Rey de León y Castilla quiere anular el poderío de la Abadesa de las Huelgas de Burgos. Esto sí que es complicado. Para neutralizar el poderío de Burgos, ni más ni menos que han urdido amañar la votación para elegir a la Abadesa de Gradefes, el monasterio Leonés por excelencia. ¿Que por qué? Pues, porque las Abadesas del Cister tienen poderes jurisdiccionales sobre muchas personas que le hacen sombra en el reinado, incluso hay nobles, según decía, que dependiendo de la Abadesa quieren destronarlo. Esto lo resumo porque me es imposible reproducir los diálogos; además, se daban voces sin educación ni buenas maneras. En la discusión tan acalorada que mantuvieron, empezó el rey tirando un pedo. Al que contestó el Obispo primero con otro sonoro que retumbó en toda la sacristía. La gente se cree que estos no tiran pedos, que son angelicales, pero yo los he oído. Los pedazos que se tiraban cuando se creían que nadie los oía hacían retremblar el suelo. Bueno, ¿qué te voy a contar del Abad si tú lo conoces perfectamente? Y el Rey persigue a muerte a los que le hacen sombra. El Abad y el Obispo no, pero los de la nobleza hablan de matarse unos a otros como si se tratara de cualquier cosa. Ya te digo que se pelean como criminales odiándose a causa de ruines ambiciones, hasta urdir planes de muertes crueles de unos contra otros aunque sean parientes o incluso primos o hermanos.

Un día llegó con ellos el canónigo Deán y mantuvieron una conversación con mucho misterio. Yo había decidido abandonar la alhaja y pasar al confesonario, y estar todo el tiempo cómodamente sentado escuchando con la seguridad de que no iba a ser descubierto porque estaba seguro de que ningún número cincuenta y ocho me perseguía.

Les decía el Rey: “¿Y ahora qué hacemos? Con el asesinato de Teresa se han truncado todos nuestros planes. Era la mujer perfecta para llevarlo a cabo. Tanto tiempo preparándola sin que se diera cuenta ella misma, y ahora ¿se va a derrumbar todo de un plumazo? Después de haber conseguido para ella el abaciazo de Gradefes, sería la próxima Abadesa del monasterio de Santa María de las Huelgas de Burgos, que mantiene todo el poder, y sólo el Papa manda en ella, como en los templarios extinguidos”.

O sea, que, a la asesinada la llamaban Teresa.

Y el Obispo le respondía: “Pero la Abadesa es perpetua y ese privilegio no podemos saltarlo. También será imposible convencer a las monjas, una por una, de que deben votarla cuando muera Doña Urraca Alfonso, que así se llama la Abadesa de Burgos”.

Respondía el Abad: “Nos hemos dejado escapar esta baza, siendo como era Gradefes diez años más antiguo que Burgos. Habría que restituirles a las abadesas que tenemos de nuestro lado todo el poder que perdieron con el rey Alfonso VIII”.

Respondía el Deán: “Pero no olvidemos que la Abadesa de Gradefes y la de Perales son las únicas que se rebelaron negando obediencia al Rey, a otros Abades y al Obispo, porque ellas conservaban la jurisdicción directa del Papa Clemente V, ya que conservaban el privilegio del Monasterio de Tulebras de donde procedían, y a ese monasterio nadie se ha atrevido a arrebatarle la dependencia directa del Papa. Nadie ha logrado gobernarlas. Ahí sí que hay mujeres nobles, valientes y letradas, igual que mi hija Teresa, que la preparamos durante muchos años para que fuera Abadesa”.

Decían que Teresa hubiera sido la primera mujer ordenada sacerdote en el monasterio de Gradefes. Su formación teológica la avalaba y apabullaba a todos los obispos y canónigos con sus argumentaciones. ¡Menuda era!

Decía el obispo:

—Quisisteis aprovechar su valía y arrestos para arrebatar el poderío al Monasterio de Burgos.

Respondía el Deán:

—Lo hemos mantenido en secreto y nadie se ha enterado. Podemos proponerle a Gelvira que la sustituya, y seguimos los planes como si no hubiera muerto Teresa.

Cuando oí esto, entendí todo de golpe como si con un machado me hubieran abierto la cabeza y me lo hubieran metido desenmarañado y claro, todo lo que había parecido inexplicable. Y seguían hablando.

Decía el Deán:

—La peor dificultad es que Gelvira no consentirá abandonar al niño para siempre. Cuando pase un tiempo y se le haya pasado lo del asesinato de Alejandra, creo que, ni por la corona, ni por nada, querrá separarse de su hijo. Tenemos que ins-

truírla en la formación humanística y teológica que tenía su hermana. Tienen la misma caligrafía y Gelvira es muy lista, puede aprender de memoria el tratado de su hermana. Antes de ser Abadesa se llamaba Alejandra Núñez Osorio. El tratado teológico sobre el sacerdocio de la mujer en la Iglesia Católica está firmado por Alejandra Núñez Osorio antes de ser Abadesa de Gradefes.

Saltó el Obispo como si lo hubieran pinchado:

—Ese libro es sacrílego. Yo lo he leído y lo he reprobado. Ni siquiera le he dado el paso para que lo lleven a Avignon a la Santa Sede. No olvidemos que Jesucristo no instituyó el sacerdocio en las mujeres y pudo haberlo hecho si hubiera querido.

En el fragor de la conversación metió la pata el Deán diciéndole como si se tratara de un reto:

—Lo haremos llegar ante el Papa. No olvides que lo ha escrito una abadesa perpetua. El que tiene que decir si es sacrílego o no es el Papa. Y si lo aprueba será mi hija Alejandra la primera sacerdotisa y la primera obispa que puede llegar a ser cardenal, y en cónclave siguiente ser nombrada papisa. ¿Qué se habrá creído el rey de Francia, que puede poner y quitar papas a su antojo?

Se levantó el Obispo del asiento dando voces:

—Estás loco, estás absolutamente loco. La Abadesa Teresa ha muerto. ¿O no te has enterado?

El rey dormitaba con la cabeza recostada sobre el brazo. Y se desperezó como si estuviera sesteando porque las voces del obispo le habían molestado. Y seguía el Obispo diciendo:

—Si sigues insistiendo en la validez del libro, puedo excomulgarte.

Le contestaba el Deán:

—Entonces, ¿para qué nos hemos reunido tantas veces en estos montes, en esta sacristía solitaria?

Se quedaron en silencio y los ecos de la sacristía se retorcieron y se sumieron por debajo de la puerta.

Sin duda, los más ambiciosos son el Deán y el Rey. Cuando daban voces, el Abad callaba y observaba. No se atrevía a meter baza. Al Deán se le salían los ojos cuando alguien lo contradecía, y al Rey le pasaba lo mismo, pero intentaba responder y no tenía fuerzas. Sólo quería que le dejaran el niño en adopción, sin más problemas. Y que lo firmara el Deán y Gelvira que eran los que podían dar el consentimiento.

El rey, que no podía con el alma, decía:

—Pero le ofrezco el reinado. Mi pena me abrumba después de que se me muriera la niña hace año y medio y ahora mi hijo de poco menos de un año, y yo ya no puedo tener más descendencia. Lo educaré yo; y si muero, los regentes se encargarán de educarlo, mi augusta madre y mi esposa. Mi esposa lo ha aceptado como hijo. Ya está en el palacio y eso no podemos volverlo atrás. Ahí tenéis la escritura para que firméis el consentimiento. Y Gelvira podrá verlo siempre que quiera. De palabra, ya ha aceptado ser la madre del futuro rey Alfonso XI. Además es precioso, es rubio y bello como Gelvira, de la más idónea raza para luchar contra los moros y reconquistarles todo el sur de la península.

Se replicaban. Ya no recuerdo quién decía:

—Será muy difícil porque en algo se diferenciarán Gelvira y Alejandra. Bueno, ahora Gelvira y Teresa, porque Alejandra murió asesinada siendo la Abadesa Teresa Pérez.

Decía otro:

Si han llegado a Gradefes rumores de la muerte de Teresa, se desmentirán en un instante al ver a Gelvira lozana y sonriente entrar en el monasterio, pasando por ser la madre Abadesa.

—Eso será muy difícil. En algo se diferenciarían. Además, seguro que las monjas, aunque la vean igual a su hermana, observarán que no hace las mismas cosas; algo tiene que hacer distinto, lo primero porque no sabe nada de convento. Y hay muchos, infinitos detalles que es imposible que los aprenda de un plumazo. Quite esa idea de la cabeza.

—Es que tampoco podemos dejar eso que se resuelva solo, porque todavía no saben las monjas que su abadesa ha muerto. Sólo saben lo que se les dijo al despedirse: que iba a cuidar una temporada a su hermana enferma y viuda, después de haber encontrado asesinado a su marido el molinero.

Esto sí recuerdo que lo decía el Deán en el cruce de conversaciones:

—Cuando nacieron las niñas, ni yo, su padre, ni su madre las diferenciábamos, ¡Eran exactamente iguales! Y cuando crecían no se diferenciaban ni en las ondas del cabello. Sólo se diferenciaban en las huellas de los dedos. Como murió su madre poco después del parto, yo tuve que hacerme cargo de ellas.

Al obispo no se le ocurrió otra cosa que, a una prepararla para el matrimonio con un hermano mío, el molinero de San Esteban de Valdueza, que tenía un carácter podrido y sólo pensaba en el dinero; y a la otra, prepararla para entrar en el Císter, para llegar a ser Abadesa. Nos costó convencerlas porque eran dos niñas preciosas y listas, hermanas gemelas inseparables; pero, al final, no tuvieron más remedio que adaptarse y cada una ser educada por su lado, sin verse. Aunque eran exactas en el aspecto, en el carácter eran muy diferentes. Gelvira era dulce y Alejandra tenía un carácter más fuerte que el de diez obispos juntos. Era mi propia hija y a los seis años ya no aceptaba mis mandatos. Todo tenía que ser por las buenas y siempre razonándole lo que se le ordenaba. Cuando fue elegida abadesa, cambió de nombre porque era virtuosa, mil veces más que todos nosotros. Yo quería que mantuviera el honroso nombre de la familia: “Núñez Osorio”, pero ella se tomó el Evangelio al pie de la letra y renunció a todo, hasta de su linaje. Renunció a todo lo mundano y se puso el nombre de la fundadora del Monasterio de Gradefes con su nombre y apellido: Teresa Pérez. Las mujeres, en la sombra, son las heroínas de la Iglesia. Los que figuramos somos los presbíteros, obispos, cardenales y papas, todos hombres, pero las que verdaderamente sostienen a la Iglesia con su trabajo, virtudes y silencio, son las mujeres en todo el orbe, por mucho que parezca que hablan demasiado.

Cuando las bautizamos, les pusimos los nombres de Gelvira, que quiere decir: la que va a ser muy fecunda; y a Alejandra, la defensora de los hombres. Gelvira, aunque es muy dulce, no ha consentido que le preguntemos por el padre del niño.

No puede ser del molinero porque recién casado lo castró un buey de una cornada. Ese secreto no ha salido nunca de la familia. Así que al niño, hijo de la violación que sufrió Gelvira en el molino por el asesino de su marido, le hemos cambiado el nombre en memoria de Alejandra; y Alejandro le hemos llamado hasta que sea nombrado Rey, que será Alfonso Onceno. Será el rey que expulse a todos los moros al otro lado del Mare Nostrum y deje limpias todas las tierras del mediodía.

—¿Y qué hacía Teresa en el molino el día que la mataron? ¿Quién la mató? —preguntaba el Obispo.

—Sólo puede haber sido un sicario de los nobles que odian a su majestad —se volvió hacia el rey que recostaba la cabeza sobre el brazo, cansado, encima de la mesa—, y quieren destronarlo asesinandolo.

—¿Me puede explicar usted qué es un sicario? —dijo el Abad.

—Un asesino al que se le paga por matar a alguien. Un vulgar asesino desesperado que ya ha sido descerrajado por cuchilladas en múltiples peleas y ha quedado cojo ganándose la vida de esa criminal manera. Eso es lo que está escrito en las declaraciones del único testigo que vio al criminal dejar al niño abandonado, el portero del monasterio: Petrus Porterus.

Recuerdo que el Obispo preguntó al Deán:

—¿Qué hacía Teresa en el molino con el niño?

Respondió el Deán muy ufano:

—Conseguimos un permiso de Avignon, del mismo papa Clemente V, para que pudiera atender a su hermana que estaba muy melancólica por la muerte de su marido que había sido asesinado y ella violada en su presencia. De esa violación salió el niño. ¡Mi nieto: Víctor Núñez Osorio!

Noté al Rey muy dubitativo. Decía:

—Lo veo arriesgado. Aunque sean iguales, Gelvira no ha sido preparada como Teresa.

Tendré que declarar la guerra a todos los nobles que se me opongan —dijo como despertando—, y doblegar por la fuerza a todos los monasterios.

En esto, vomitó sangre tosiendo, y manchó la mesa. Quedó desvanecido y se dispusieron a llevarlo para que llegara vivo a Jaén a que muriera, pues, a ojos de la corte siempre se ausentaba para resolver asuntos del reinado, aunque ahora estaba cazando de incógnito en los montes Aquilanos.

“...Martín de Castriello”

Cuando terminé de leer esta *rismá* de pergaminos, no pude por menos de llamarla, y no podía calmar el llanto desahogado por un lado y desesperado por otro al mismo tiempo. Me puse de pie en el borde de la Atalaya y no cesé de llamarla hasta que la garganta se apagó ronca: ¡Gelvira! ¡Gelvira! ¡Gel—vi— ra, de mi alma! ¡Gelvira! ¡¿Dónde te encuentras?! ¿Dónde estás? ¿Gelviraaaaa?

La noche estaba clara y brillaba la nieve. Tuvieron que oírseme las voces desde el monasterio a pesar de lo lejos que estaba. Seguí los sabios consejos de Roderico y fui a coger tomillo, romero y otras hierbas, pero no pude; cuanto más subía más cubiertos de nieve estaban todos los arbustos. Descolgué mi hábito de benedictino, porque pensé que sería más seguro. Trabajo me iba a costar pero tenía que emprender la búsqueda de Gelvira y de mi hijo. ¡Pobre niño! Ya tiene dos nombres: Víctor y Alejandro, y ahora quieren ponerle Alfonso XI. Cuanto antes, tengo que bajar a Ponferrada porque por los montes no podré ni dar dos pasos; y de valle en valle comenzar un largo periplo hasta llegar a Astorga y luego a la corte a rescatar a mi hijo. Tendría que refugiarme momentáneamente en casa de Rechivaldo. No quedará más remedio. Gracias a la locura de Roderico con los números, nos hemos enterado de todo esto, porque, de no haber sido así, estando, como estaba, seguro de que ningún número 58 lo perseguía, nadie se hubiera arriesgado a tanto metiéndose en medio de la conversación de los poderosos sin que se enteraran. Roderico estaba seguro de que, al no haber ningún 58 al acecho, nadie se enteraría de que escuchaba las conversaciones secretas. Los números le dieron la confianza en sí mismo y la absoluta seguridad de que debía permanecer escuchando en el confesonario sabiendo, en su locura, que no sería descubierto, a pesar de que el riesgo y la probabilidad de ser descubierto era casi total y absoluta.

Cuando releí estos escritos de Roderico, me afiancé en lo que había pensado siempre aunque no lo tuviera escrito: si en vez de templarios hubieran sido mujeres guerreras templarias, nadie hubiera podido con ellas ni habiéndolas acusado de mayores calumnias que las nuestras. Las mujeres han sido, son y serán las que mueven la historia que escribimos los hombres en pergaminos.

61

“...*Martin de Castriello*...”

Por la mañana, apagué el rescoldo que se amortiguaba en los restos de la hoguera. Entre el espanto de los sueños que me habían atenazado y los sobresaltos que habían interrumpido el descanso, algo me paralizaba las *entrañadas*, como si al respirar me faltara aire. Los pies me fallaban al descender por los peldaños de la escala bajando y subiendo para buscar agua. En días anteriores ya había notado al despertarme, cuando las brasas se dormían silenciosas sobre cenizas blancas sin el crepitar de ningún chisporroteo, que se me iba la cabeza, como si haber dormido al amor del brasero me hubiera hecho daño. Apenas había dormido de rato en rato durante la noche.

No tenía ganas de desayunar nada.

A las alforjas les abrí una escotadura en medio para vestírmelas a modo de escapulario y llevar en ellas el oro y los pergaminos míos y de Roderico.

El hábito de benedictino, que guardaba en la Atalaya desde que me lo arrojó Roderico por encima de la tapia, no estaba muy presentable: le había quemado la

bastilla hasta media pierna y el resto lo tenía aburado de tanto calentarlo para envolverme los pies en las noches más frías. Un día en que lo puse a secar colgado de un palo, después de haberme protegido durante la ventisca de aguanieve, había perdido el color del tinte. Me lo coloqué encima de los atavíos que llevaba puestos. Con el hábito raído y las alforjas pasaba por ser un fraile mendicante, no obstante, arrebañé lo poco que me quedaba: dos manzanas y unos puñados de nueces y avellanas.

Durante el tramo entre la Atalaya y el monasterio, avanzaba gracias a los *resbaldetes* ya que, de por sí, las piernas se encogían perezosas queriendo retroceder a cada paso que daba.

Todavía no me había espabilado totalmente de la modorra que me adormilaba.

Paré un momento a inflar las costillas —menudo susto—, para ceder el paso a una osa que se dirigía con su oseznó hacia el camino. Súbitamente, al ver los animales de frente, se me desentumecieron los músculos. Por si acaso, trepé hasta la copa del árbol más cercano. Al llegar arriba sentía las piernas como si me pincharan con agujas. El brasero de la noche en la atalaya no había sido nada bueno. Mejor hubiera sido soportar algo de frío.

Al pasar de largo las fieras, ni siquiera olisquearon la corteza del tronco al que me había subido. Tenían los ojos turbios y el caminar cansino y enfermizo. Me resultó muy raro verlos, en este tiempo de nevadas, fuera de la madriguera donde pasan el invierno durmiendo. Al no experimentar ni el más mínimo peligro, me acordé del famoso santo de Asís apaciguando fieras con sus bendiciones y sonrisas, y les dije en alto: “adiós, hermanos osos”; y ni siquiera miraron hacia atrás por ver quién los despedía.

Seguí bajando hasta las tapias, y todavía mis huellas se conservan desdibujadas en la nieve. Antes de rodear todo el recinto del monasterio para llegar a las puertas, he permanecido y permanezco aquí sentado, escribiendo en esta losa, esperando un largo rato, hasta que la campana toque a laudes dentro del monasterio, pensando lo que haré en caso de que no sea Roderico quien me abra.

Por un momento me he ensimismado pensando, envuelto en este frío, y me asaltan, a estas alturas, toda clase de dudas. Dudo si seguir adelante. Me asuela la incertidumbre: ¿me aceptará Gelvira después de que mi intención fue matarla? ¿Cómo me va a admitir después de tal locura? Lo que sí es cierto —y me lo digo en lo más profundo de mis fueros internos— es que la quiero y daría mi vida por ella y estoy arrepentido profundamente de haber matado a su hermana. Ahora la recuerdo; estoy viéndonos con el candor de niños, después de haber vuelto tan triste del puente Valimbre, tan triste cuando —pobre de mí— quería enseñarte algo, Gelvira. Y te estoy hablando como si estuvieras aquí presente: quería enseñarte lo que eran dos pollitos gemelos. Tenías que haberme dicho que tenías una hermana gemela, ya que ni por la imaginación más remota podía pasármese. Pero no te reprocho nada, Gelvira mía. ¿Qué habría de reprocharte, si te quedaste paralizada pensando en que te habían separado de tu hermana, a quien más querías, desde muy niña? Por si no me aceptaras y ni siquiera quisieras verme, dejo estas líneas escritas para que sepas lo que siento, y acepto resignado y arrepentido lo que tu voluntad me asigne. Si así

fuera, no me despidó, pues, aunque tú me deseches, yo nunca podré amar a otra persona, y te tendré presente siempre en mi pensamiento por muy lejos que marche. Quisiera decirte cosas bellas, recitarte versos y que me respondieras con tus canciones y danzas, pero con estas pintas de fraile mendicante y aterido de frío, no me podrían salir de mis labios más que dos palabras, créeme: “¡te quiero”, Gelvira de mi vida!

También estoy pensando si seguir cargando con todos los pergaminos. Creo yo que mejor será descargar peso. Hasta llegar a la casa de Rechivaldo, sabe Dios por qué andurriales tendré que meterme y cuánto se prolongará el periplo. Nunca se sabe. Además, en la biblioteca del monasterio, entre miles de legajos, será el mejor lugar para guardar, ocultos, tanto los escritos de Roderico como este último mío que ahora escribo y tengo entre las manos. También Roderico podrá proporcionarme algunos más en blanco.

Qué duda tan terrible la mía. ¿Voy a enfrentarme con dos dagas y una alforja al poder del Rey Fernando IV? ¿Seré capaz de arrebatarme a mi hijo? ¿Seré capaz, disponiendo el Rey de un ejército para aniquilarme de un plumazo? ¿Qué digo yo? ¿Disponiendo de todo el reino? Este machaqueo constante en mi cabeza abate la decisión intrépida que había tomado de seguir firme en mis propósitos. Hijo mío: Si no logro rescatarte y no te veo más, quiero dejar por escrito que eres mi hijo y proclamar a estos montes que pongo por testigos que, aunque legalmente te hayan hecho hijo del rey, eres de Gelvira y mío. ¡Mi niño! Serás Víctor Alejandro Castrillo Núñez Osorio, por muy Alfonso XI que te llamen. Después de haberte tenido en mis brazos ¿por qué te abandoné en el gallinero envuelto y embadurnado en la untura de tus lágrimas? No puedo respondérmelo. No me acuerdo de lo que pensaba en aquel momento. Si fracasara en el intento de encontrarte y no volviera a verte, quiero pedirte el más profundo perdón por haber cometido contigo la mayor crueldad que puede cometer un padre con su hijo y haber sido un cobarde, por no haber dado todo, incluso la vida, por cuidarte.

Ya se oye cantar el último salmo de laudes, me voy hacia la puerta a ver quién sale a abrirme.

“...Yo, Rodericus Garci, fiz esta carta e pus en ella mio nome...”⁵⁷

Por el ventanuco de la portería, se escuchó el *riás-riás* de unas zancadas sobre la nieve helada en el atrio.

Estaba yo solo, sentado en la portería, cuidando todo el monasterio hasta que terminara el oficio de laudes en el que cantaban los últimos salmos. Aquel día, por orden del Abad, me sustituía el lego Anselmo en la tarea de cargar de leña las estufas y la gloria. Algún oficio malo me tenía reservado, porque estaba preparando para el cargo de portero y fogonero a aquel mozo sansirolo que había traído de un pueblo lejano. Luego nos enteramos de que era el tonto del barrio, hijo de una hermana suya. Yo había pensado engatusarlo diciéndole que le hacía falta un poco de penitencia y que saliera él con las cestas hasta la leñera, que yo estaba aterido de frío; mientras tanto, le prendería las brasas de carbón de encina en el brasero de la camilla para calentarse cuando volviera.

Las pisadas se fueron acercando y, antes de que tirara de la cuerda atada al baidajo de la esquila, me adelanté y le abrí la puerta. Me impresionó, de pronto, ver aquella figura delante de mí, que, más que fraile, parecía un mendigo paupérrimo. Me dio mucha lástima al verlo cojear y le reproché el peligro que había corrido al subir al monasterio durante la noche, estando, como estaba, lleno de lobos por todas partes. Sin duda, el hombre sentía la seguridad de que San Antonio u otro santo lo protegía. Terminé diciéndole: “La subida al monasterio con cuevas tan empinadas no está hecha para cojos ni tullidos...”. Antes de terminar la advertencia, cuando yo me disponía a entrar por una limosna, no me dejó terminar, y me dijo con voz profunda y cavernosa, al mismo tiempo que metía la mano en las alforjas:

—Hoy no vengo a pedir sino a dar.

Cuando vi el montón de pergaminos que me entregaba, le levanté la capucha para ver su cara y descubrí una sonrisa ampliada por la magnitud de las cicatrices. Nos miramos a los ojos con las sonrisas congeladas sin saber qué decirnos hasta que rompí yo el hielo. Sintiendo su aliento al lado, que parecía humo al espirarlo, no era tan horrenda la desfiguración de su cara. Al sonreír, una comisura se estiraba hasta la oreja de su lado y la otra permanecía abierta enseñando las muelas. La nariz un poco ladeada. Pero era Martín en las mismas puertas donde un ejército con todas las autoridades no hacía más que unos días, querían arrestarlo. Los dos estábamos pensando, al unísono, las ganas que teníamos de darnos un abrazo, pero no nos decidimos por si acaso alguien nos veía y no nos percatábamos de su acechanza. Me vino a la mente todo nuestro pasado y la larga espera a que llegara este momento. ¡Para nada! Para no poder hacer nada, más que seguir mirándonos y no perder la sonrisa que recuperábamos después de tantos años de semblante taciturno y melancólico. “Eres un genio, Martín —le dije—; y además, un hombre de palabra. Sólo a ti se te hubiera ocurrido haberte disfrazado con semejante hábito viejo y unas alforjas, lo más común del mundo en que vivimos, pero no son las prendas la genialidad que digo, sino el modo de llevarlas puestas. Es el atuendo perfecto para pasar desapercibido”.

Seguimos en silencio volviendo a sonreírnos y, con los recuerdos que a cada uno nos venían, nos regocijamos como niños, olvidándonos, por un momento, de nuestra tragedia al seguir viéndonos sanos y salvos después de tantos apuros y desasosiegos. Mi sonrisa se fue transformando en risa tonta y entrecortada que paulatinamente se iba convirtiendo en llanto hasta que nos contagiábamos mutuamente la carcajada llorando al mismo tiempo. Me dijo que la *rismá* de pergaminos, que me había dado escritos, la guardara en el lugar seguro del *scriptorium*, entre las escrituras de compra-venta más antiguas que ya nadie leía. Por descargar peso, dejó en la Atalaya colgados los primeros pergaminos que yo le había escrito, porque no había quien los entendiera de lo mal redactados que estaban; y también, otros que se habían mojado y habían quedado ilegibles con las tintas totalmente corridas, los había lavado para poder aprovecharlos cuando se secaran.

Venía Anselmo por el claustro, más contento que una dulzaina en día de bodas, a sustituirme en la portería: cada lego a su trabajo y los presbíteros a sus labores intelectuales. Le dije que fuera a la cilla y que trajera una ristra de chorizos, pan y

un colgadero de manzanas reinetas para dar limosna a un pobre mientras yo le atendía sus congojas, que eran muchas. Se dio media vuelta al punto, girando de buen grado y tocando los pitos con los dedos. Al cabo de un momento, volvió con el recado y la boca ladeada y semiabierta. “Toma” —me dijo, poniendo la ristra, la hogaza y el colgadero encima de la mesa.

“Si viene el Abad —le advertí— y pregunta por mí, le dices que he ido a ayudar a este pobre viejo y cojo por lo menos hasta que se defienda solo por las roderas del camino.

Cuando nos apartamos del monasterio, Martín me preguntó si después del invierno emprendería la senda de los templarios vivos. También me dijo que, angustiado, había esperado y esperado suspirando detrás de la tapia de la huerta por mi salida, para entrevistarnos, con largas esperas soportando el frío.

Llegó la noticia de la muerte del rey hace ya unos días —le dije.⁵⁸

Le desvelé la noticia para que supiera dónde se metía al intentar rescatar al niño. Desde ahora, sería más difícil, pues lo cuidarían sus defensores con férreo ocultamiento, sobre todo después de haber matado al verdadero infante, según decía el mensaje que habían dejado a las puertas del palacio los enemigos del Rey, su padre.

Seguí diciéndole:

—Celebró el Abad la misa y me tocaba esa semana hacer de acólito en la liturgia con todos los preparativos que conlleva: mantener las vestiduras sagradas, limpiar los candelabros, sacar el brillo al oro de cálices y patenas y un sinfín de minucias que tú de sobra sabes. Aprovechó esa semana para destinar a Anselmo el tonto, su sobrino, a la portería. Desde entonces ya no lo despego. Era la máxima aspiración de él, del Abad y de su hermana: colocarlo de portero del monasterio; pero el pobre ni para eso vale. Después del funeral por el ánima del Rey, aproveché el momento para abordar al Abad y le dije, en la sacristía, que estaba meditando si seguir mi santificación en otros lugares fuera del monasterio. Abrió los ojos sorprendido, echó hacia atrás la cabeza y sacó la barriga diciéndome: “Estaba ya notando que tanto tiempo quieto en la portería te aburría, pero no es necesario que busques otros lugares. Tendrás un oficio más movido, aunque ya sabes, nunca de mayor categoría”

Cuando entrábamos en la primera curva del camino, cuesta abajo, estaba la nieve dura por lo helada, y, a pesar de haber andado por cincuenta mil senderos tortuosos, Martín se resbaló y se agarró a mi hábito para no caerse. Yo trastabillé y quise sostenerlo sin fortuna. Nos agarramos el uno al otro sin soltarnos, pensando como dos ingenuos que mutuamente nos socorreríamos, pero nuestros pies alternativamente se deslizaban veloces como si le sacáramos con ellos más brillo al suelo. Nos dimos tal pancuada que yo quedé con la rabadilla dolorida y Martín con dolor en la pierna coja.

—Mira, Martín —seguí diciéndole—: no aguanto ya ni un día más en el convento. Quisiera ayudarte a recuperar a tu hijo. Si no tuviera que volver al monasterio a guardar los pergaminos en el escriptorium, me iría ahora contigo con la disculpa de ayudarte a bajar hasta el fondo del valle.

—Espérate unos días —me dijo Martín— a que haya llegado yo a casa de Rechivaldo. Vernos juntos por los caminos nevados levantará sospechas y es mucho más difícil ser socorridos con limosnas si fuera imprescindible pedir las. Si se quiere tener éxito en una proeza, los cómplices no son más que estorbos. Tiene que ser uno solo el que lo haga porque surgen momentos en los que es absolutamente necesario, de improviso, cambiar el rumbo o las palabras, y no da tiempo a ponerse de acuerdo. ¡Quédate en el convento una semana o dos, y, en todo caso, nos encontraremos en casa de Rechivaldo! Tengo que pensar minuciosamente el plan para rescatar el niño, aunque tendré que llegar al palacio del rey en Salamanca y cavilar sobre el terreno, que será, seguramente, donde quieran educarlo; y tengo que intentar, por todos los medios, reconciliarme con Gelvira pidiéndole perdón en persona. No puede andar muy lejos del niño aunque lo haya cedido en adopción a los monarcas.

Despedí a Martín en el mismo lugar desde el que habíamos visto morir ahorcados a los mártires del Silvaniello. Quedamos parados recordando el primer día de nuestra huida de la muerte con una congoja que a los dos nos superaba. Pero nos hicimos los fuertes mirando los mismos árboles de los que colgaban con los cuellos estirados y las lenguas fuera balanceados por la brisa. Me preguntó retóricamente: “¿Te acuerdas?” Y se quedó mirándome con cara compungida.

—Cuando salgas del monasterio —me decía pensativo—, necesitarás dinero. Sin dinero sólo se puede vivir ahí dentro, pero por el mundo, como dicen los frailes, si no tienes dinero te mueres de hambre, por muchas almas caritativas que te encuentres en los caminos. A mí todavía me queda mucho dinero. Yo me quedo con maravedís de oro y las monedas viejas. Todavía no he echado mano de las antiguas de emperadores romanos, las tenía reservadas para una emergencia.

Y empezó a contarlas sacándolas de un bolso de la alforja y metiéndolas en el otro a medida que comprobaba el valor de cada una.

—Te voy a dar las que sean de curso vigente y no haya que cambiarlas en los fundidores —me dijo resuelto y rotundo en su decisión de que no se las rechazara—. Toma la mitad de los maravedís de oro y todos los meticales y los pepiones. Yo me quedaré con la otra mitad de maravedís. Y las de oro de emperadores romanos y mazmudinas moras, ya me encargaré yo de venderlas poco a poco a los fundidores. En Astorga hay uno debajo de las murallas, y en Salamanca y Valladolid hay varios. Todavía me queda una fortuna.

—No tengo dónde llevarlas —le dije—. Tendré que volver a por una faltriquera.

—Date la vuelta —me hizo girar con la mano en mi hombro diciéndomelo—. ¿Para qué quieres esa capucha?

Fue soltando las monedas debajo de mi cogote, haciendo sonar el repiqueteo de los distintos metales, mientras que yo permanecía inmóvil reverenciando a las musarañas.

—Mira —continuó diciendo—, aquí tengo otros dos maravedís de plata y otros... —metió la mano hasta el fondo de la alforja y la sacó contándolos— otros siete de cobre.

Se sonrió al verme con la capucha llena y me dio un abrazo diciendo solamente:

—Adiós, Roderico.

—Que Dios nos proteja —le contesté—. Y se perdió a lo lejos en el serpenteo del camino abajo, donde encontré a Gotier el primer día.

62

“...sol nome de Roderico...”

Después de unos días de haber despedido a Martín, sigo escribiendo y no sé a quién me dirijo. Escribo por escribir, ya que tanto esfuerzo, atención y empeño he puesto por mejorar mi letra y aderezar las palabras. Me mantiene vivo, cada día, la espera de mojar la pluma en el tintero con no sé qué esperanza de lo desconocido para expresar, por escrito, lo que he vivido y aprendido. Esto de escribir tiene su *diebusilis*, y el día que no escribo parece que me falta el aire que respiro.

Ya no tengo a quién darle estos pergaminos, y, si me veo obligado a salir huyendo por la senda de los templarios vivos, no tiene objeto llevármelos conmigo. Los archivaré junto con los escritos de Martín en el scriptorium para que, sabe Dios quién, un día los lea en el futuro y se percate, aunque tarde y mal, de que la razón está de nuestra parte, pero teniendo en cuenta que tener razón antes o después de tiempo es lo mismo que no tenerla.

Le dije al Abad, agachando la cabeza y mirada baja, que me marchaba, que había meditado a solas con el Altísimo y sentía mi vocación de santidad en otros lugares, que le había oído al Chantre de Santa María de Astorga decirle al Dean, cuando salían, al lado de la portería, que necesitaba un criado para allanarle las murias y que me lo tomaría como una penitencia constante si me admitía a su servicio. Siempre sería mejor que la tentación de una criada al lado, que siempre termina por convertirse en barragana. “Así, también seré un remedio contra la tentación de la lujuria del Chantre”. —Con esta razón lo convencí fulminantemente.

No era tan fácil desprenderse del convento una vez dentro porque te constreñían y te agarrotaban, te convencían si no tenías un carácter de hierro, forzándote la conciencia para que no abandonaras, porque fuera, en el mundo, como los frailes decían, siempre peligraba la salvación del alma por las muchas tentaciones del demonio y de la carne.

Mañana temprano salgo por los valles, por donde menos nieve haya. Ya tengo preparadas las alforjas con la abertura respunteada⁵⁹ para meter la cabeza, igual que la de Martín. ¡Menuda idea! Tengo que dejar más de la mitad de este pergamino en blanco, pero que nadie añada nada a lo que yo dejo escrito. Ya es buena hora de llevar al scriptorium todos los pergaminos y ocultarlos hasta sabe Dios cuándo.

“...*nomme Roderico*...”

Al cabo de unos días, mendigando unas veces un medio de transporte sobre carretas de los campesinos, y otras consiguiendo un trozo de pan con tocino de limosna, fui saltando de pueblo en pueblo, de charco en charco, y de puente en puente, hasta que me hallé desamparado y solitario en un cruce de caminos a la salida de un pueblo esperando horas y horas sin ver pasar a nadie. No encontré más lecho que pajares al lado de los establos, donde pude dormir al calor de las vacas.

Se me ofreció, al fin, otro labriego para avanzar hasta su huerta un poco más adelante y rechacé su ofrecimiento deseando que se alejara con aquel chirrido insoportable. Hay algo que no soporto porque me saca de mis casillas: la estridencia de los ejes de madera de las carretas y ver a alguien que muerda un hilo.

Al verme con el hábito puesto, la gente se compadecía de mi humildad y pobreza, y, efectivamente, todos me ofrecían un trozo de pan con tocino, pero ya tenía ganas de comer otra cosa porque parecía que tenía la barriga llena de piedras. Astorga ya no estaba muy lejos. Me habían dicho que subiendo las próximas montañas ya podía divisarla a lo lejos.

Al cabo de un rato, por fin, pasó un arriero camino de Medina del Campo y aceptó dos pepiones por llevarme *sentadote* y *arrepanchinguao* —me decía— sobre unos almohadones rellenos de lana, dentro de la tartana, descansando el espinazo, que ya me dolía un poco.

Le ofrecí un pepión más —qué razón tenía Martín—, y me llevó hasta la misma puerta de la casa de Rechivaldo.

Tuve suerte. Si hubiera llegado un día antes, hubiera tenido que esperarlo a la intemperie, porque acababa de llegar de la ciudad de Alba de Tormes, de cantar la misa en la boda de gentes de la casa de Alfonso de la Cerda, allegadas a los monarcas, a la que había asistido la Reina María de Molina.

Rechivaldo me recibió con alegría y alborozo. Estuvimos comiendo. Él venía con hambre de lobo después de no haber comido nada durante el largo viaje. “Tanto despilfarro en las bodas de los nobles —se lamentaba— y al cabo de dos días pasando hambre...”

Yo no tenía más ganas que de un caldo suave de gallina con berzas y un poco de ensalada. Me encontraba algo enfermo, a pesar de lo cual se nos hizo de noche contándome su nueva vida:

—La Reina, María de Molina —me narraba entusiasmado— es mi madrina y bienhechora. Desde que me oyó cantar en la consagración del Obispo de Ávila, quiere oírme cantar en todas las ceremonias de la corte: bodas, funerales y bautizos; por eso ando últimamente de catedral en catedral y de palacio en palacio. En Ávila me trataron a cuerpo de rey en las estancias reales. La reina madre no cesaba de mirarme durante la larga ceremonia y permaneció de pie embelesada con mi canto y no sé si también con mi persona. Tantos años viuda y sin haber entrado de monja en un convento.... No sé, no sé... Y esas confidencias que ha llegado a tener conmigo...

—¿Qué confidencias? ¿Es que has sido tú el confesor de la Reina?

—En el banquete hizo cambiar el orden de comensales y mandó colocarme a su lado. Me dijo que al niño lo trajeron a Ávila a educarlo al lado del Obispo Blázquez Dávila, para que reciba una educación férreamente cristiana y se prepare en cuerpo y alma contra el poder moro, que se está resistiendo en sus retiradas.

—Pero no me has contestado si te ha confesado sus pecados.

—No me ha pedido confesión, así que no puedo perdonarle los pecados.

—Durante el último banquete en la colegiata de Toro, en la boda de un primo de su difunto esposo Sancho IV, la Reina insistió en ponerme a su lado. Al principio ensalzó las melodías de mi canto, el temple de mi garganta y el eco tan impresionante en los muros de la Iglesia. Al avanzar la comida, todos los invitados, principales de la corte, casi todos familiares consanguíneos, fueron desatando la lengua poco a poco por la calidad del vino que sirvieron, de las viñas de los monjes, en las riberas del Duero, hasta que se pusieron parladores en exceso y nadie se percataba de las confianzas de la Reina para conmigo: primero cogiéndome del brazo al hablarme y luego acariciándome la mano. Sin haberle preguntado nada, empezó a hablarme de su nieto y de su nuera Constanza. Me decía que ella la amaba como todas las suegras, pero que la nuera había cambiado de chaqueta y ya no quería saber nada con ella. Me reveló el mayor secreto de la corona.

—¿Qué secreto? —le pregunté a bocajarro—. ¿De qué se trata?

—Que el nieto, que ya es el Rey de León y Castilla aunque tenga sólo dos años, tendrá como aya a su propia madre y que permanecerá a su lado; así, la reina Constanza, que es la madrastra, podrá, incluso, recluirse en un convento para guardar el luto por su marido Fernando IV. Pero de eso no podía enterarse ni el Obispo de Ávila, Don Sancho Blázquez Dávila, que iba a ser su educador, maestro y tutor, ni el Papa Clemente V, porque era capaz de anular la bula por la que reconocía la validez del matrimonio de ella misma con su difunto esposo, el Rey Sancho IV el Bravo.

—¿Es que ella no estuvo casada con su marido? ¡Vaya lío!

—Ella, aunque unos años menor que su marido, era su tía, y tardó el Papa muchos años en bendecir los esponsales y exigió mucho dinero para reconocer el matrimonio. Gracias a esa bula se legitimó el derecho y se reconoció como rey a su hijo Fernando IV. Además, consiguió del Papa, con los mismos procedimientos, que concediera la salvación eterna a quienes murieran en la guerra contra los moros.

—¿Cuánto dinero tuvo que enviar a Avignon para conseguirlo?

—Eso ya no me lo dijo. Insistía una y otra vez como si estuviera obsesionada con su nuera la reina Constanza que no soportaba que, después de haber desaparecido su hijo, que es el mayor tormento al que puede someterse a una madre, un adoptado, por otra parte nieto de un canónigo de Astorga, viniera a suplantarle para ser Alfonso XI.

—Y no soportaría —concluía yo— que Gelvira, la madre del niño, suplantara a Constanza en la crianza.

—Lo que me decía la Reina Madre, María de Molina, es que no aceptaba la muerte del niño, pero que eso ya era irremediable y lo que había que salvar era la unión de los reinos en uno solo costara las lágrimas que costara.

—¡Menuda tragedia tendría la pobre Constanza!

Rechivaldo se compadecía y la admiraba. Me decía que la reina Constanza era la mujer más bella que había conocido y que en algún momento también se había quedado prendada de su canto antes de reñir a muerte con su suegra. “Pobre Constanza” —repetía constantemente—. Le había oído decir que el sufrimiento de una madre por el secuestro y la desaparición de un hijo era incommensurable. Me la describía con enamoramiento: sin polvos de arroz en la cara, sin tinte en los labios, sin ajorcas ni prendedores en el cabello negro, con un talle de proporciones perfectas, ni muy ancha ni muy estrecha, y unos andares que invitaban a seguir tras ella. Los ojos negros de mirada intensa conmocionados por el sufrimiento no podían mirar al futuro rey, rubio como el oro, que no era hijo suyo.

Esa era la gran tragedia que se ocultaba en la corte de María de Molina.

Yo no quería revelarle todavía a Rechivaldo, por si acaso metía la pata, que Martín había salido a buscar a Gelvira y a su hijo.

Le preguntaba si había visto, aunque fuera de lejos, a un mendigo muy estafalario con pinta de fraile, y pidiendo por las esquinas, merodeando el palacio del príncipe, que iba a ser nombrado rey niño: el rey Alfonso XI, hijo de Fernando IV y Constanza de Portugal, nieto del Rey Sancho IV y María de Molina.

—¿Por qué me preguntas eso? —me contestaba—. Y yo, nada. No soltaba prenda porque comprobé que llevaba una vida de privilegios por lo que no me fiaba de Rechivaldo por más que Martín me había dicho que era un hombre bueno: no las tenía todas conmigo.

Como yo no le contestaba, me miró con desconfianza. Pequé de ingenuo. No tenía que haberle formulado esa pregunta acerca del mendigo estafalario, porque se entabló entre nosotros un hilo de desconfianza que no acarrearía nada bueno. Recuerdo que me dijo estas palabras:

—Yo te estaba hablando de la hermosura sin par de Constanza y tú me preguntas por un mendigo. ¿Qué tiene que ver una mujer bella con un mendigo?

Me puso en tal brete, que no tuve más remedio que decirle que se trataba de Martín que había salido a buscar a Gelvira y a su hijo. Le asomó una lágrima pero yo la interpreté como si fuera de cocodrilo. Entonces fue cuando me dijo que ni lo había visto en Astorga ni en Salamanca ni en Toro ni en Ávila, que eran los últimos lugares en los que había cantado en ceremonias reales y que serían en los que sospecharía Martín que podrían encontrarse Gelvira y el niño.

Creí notar en Rechivaldo, por un gesto casi imperceptible torciendo los labios apretados, un dudar a qué lado inclinarse, si hacia Martín ayudándolo a encontrar a Gelvira y al niño, o al lado de su admirada Reina Madre ayudándola a ocultarlos.

Rechivaldo se fue a dormir porque tendría que madrugar para ir a la catedral temprano: el canto del coro con los canónigos, la misa propia en un altar lateral y la

misa pontifical con el Obispo. Yo, a la luz de una vela, quedé escribiendo este pergamino. Me había dicho antes de retirarse que yo durmiera a pata suelta y que, si salía de casa, que dejara la llave debajo de la gatera. Es muy tarde y tengo sueño. Estoy rendido.

64

“...*nomme Roderico...*”

Al día siguiente me levanté a media mañana. Hacía mucho frío aunque no había nubes en el cielo azul y transparente. La nieve del Teleno se veía como si estuviera a dos pasos. Después de la conversación de la noche, había cambiado mi primera intención: iría a Ávila en vez de a Salamanca. A la larga, sería en donde Martín desembocaría, por muchas vueltas que diera buscando a Gelvira y al niño en otros lugares.

Cuando ya tenía la puerta cerrada por fuera y me disponía a meter la llave en la gatera, apareció Rechivaldo galopando entre la arboleda del camino.

—“Espera, no te vayas” —me gritó azorado, confuso, casi sin aliento, sin bajarse del caballo. No le salían las palabras. Cuando logró frenarlo de la veloz carrera, el caballo daba vueltas sobre sí mismo. No lograba dominarlo, se le revolvía como si estuviera contagiado de su agitación interna y rostro angustiado. Mientras intentaba domarlo tirando de las riendas con una mano, y con la otra dándole palmadas en el pescuezo, seguía dándome voces:

—¡No te vayas, Roderico, no te vayas! ¡Martín está preso! ¡Lo han metido en el silo, que ha habilitado el alcalde como cárcel para los condenados a muerte!

En ese momento, me sentí culpable por no haber insistido, hasta conseguirlo, en que tenía que fugarse por la senda de los templarios vivos. Nunca sabré si mis consejos hubieran servido para algo, pero, por lo menos, no tendría la losa del arrepentimiento en la cabeza. Sólo me atreví a decirle, ya que Martín era un héroe titánico de la fuga y no podía darle lecciones, que el aspecto de pobre mendigo era perfecto, pero tenía que haber escondido la mayor parte del tesoro que llevaba en las alforjas porque, en cualquier momento, alguien podría vérselo; y las leyes últimas del reino era, precisamente, en lo que más incidían, en la posesión y falsificación de monedas, porque había demasiados robos y saqueos, después de los cuales ya habían capturado a muchos ladrones disfrazados de mendigos.

—Tenemos que liberarlo de las cadenas —le dije a Rechivaldo intentando animarlo—; si no podemos con argucias de la mente, tenemos que hacerlo con las dagas. ¿Tú tienes dagas guardadas que estén bien afiladas?

Bajó del caballo, lo ató a una de las argollas de la pared de su casa y se sentó en el poyo de piedra veteada, con los codos en las rodillas y las manos sujetándose la cara, lamentándose en voz baja:

—Es imposible. No podemos hacer nada. No tiene salida, ni puertas ni ventanas. Allí estuve yo sacramentando al último reo que, arrepentido, pidió confesión

para salvar su alma antes de ser ahorcado. Está muy oscuro; sólo tiene un resquicio de luz por un lado.

Rechivaldo seguía traspasando el suelo con la mirada fija y perdida, jadeando con la boca abierta y las venas hinchadas. No levantaba la mirada para hablarme con la voz entrecortada. Mientras se recuperaba, traté de convencerlo:

—Hemos de liberarlo como sea —le dije con resolución firme— no tenemos más remedio. Hemos de liberarlo y que renuncie de una vez para siempre a su hijo. No creo que Gelvira lo acoja después de haber tenido la intención de matarla. Todavía... si fueran casados... pero no han sido más que prometidos. Tienes que inspeccionar la cárcel y sus alrededores. Fíjate bien en el edificio para describírmelo con todo detalle. Puedes ir tú a confesarlo si ya lo has hecho con más reos, con la naturalidad de un sacerdote que se interesa por la salud espiritual de las almas ejerciendo las obras de misericordia, doctrina de la Iglesia, de consolar al triste y redimir al cautivo.

Has de decirle al Obispo y al Alcalde, para que se lo trasmitan a los jueces, que a Martín le asiste el derecho sagrado de salvar su alma aunque sea un criminal execrable; y que, antes de que se niegue a recibir el sagrado sacramento de la penitencia, desesperado al verse con la soga al cuello, tienes que intentar salvar su alma. Tienes que decir a las autoridades que Jesucristo lo perdona y no se le puede privar de la Gracia Divina, ahora que está más tranquilo, antes de que la desazón turbe sus facultades mentales. Sobre todo, muéstrate sumiso ante el alcalde.

Ahora ya no es como antes, que los cabildos y autoridades eclesiásticas aplicabais fueros a vuestro antojo. Desde las cortes de Burgos se acabaron esas prebendas. Tienes que entrarle por las buenas. Diles que vas a convencerlo de que se confiese y pida perdón por sus muchos pecados. Ataca únicamente por el flanco espiritual y religioso. No te mezcles es los asuntos temporales. Insiste, insiste solamente en la salvación de su alma; de lo contrario, también a ti te arrestarán y te condenarán, incluso a muerte. Yo vigilaré cerca con las dagas y, cuando tú estés dentro de la jaula con Martín y salgan los guardianes para no oír sus pecados —de eso tienes que asegurarte y darme la señal, cantando los dos primeros versos del “Te Deum”—, yo me abalanzaré con las dagas sobre los guardianes y los dejaré muertos al instante, y escaparemos dejándote a ti encerrado dentro. Nosotros huiremos veloces y tú pedirás socorro hasta que vayan a sacarte.

—Muy fácil lo ves tú todo, me parece —decía enojado—. No creo que sea canónico enredar de esa manera y mezclar la justicia divina con la humana.

Enredado con la desazón y el sufrimiento, adiviné en su rostro y ademanes una pizca de cobardía.

—¿Dónde dices que lo tienen? —le pregunté de nuevo.

—Lo tienen atado de pies y manos como a la peor alimaña. En tiempos de los romanos —me explicaba el Obispo cuando volví de confesar al reo que ahorcaron hace poco—, utilizaban esa estancia para guardar los granos de toda la ciudad de Astorga. Y ahora, el recinto desprende olores a cuero que no hay quien los soporte. Es el lugar más seco de la ciudad para conservar las pieles mejor curtidas del reino. Lo que fue granero de abundantes cereales y almacén de pieles ahora es cárcel in-

munda, lúgubre y oscura, con dos jaulas construidas con palos de fresno con sendos reos encerrados: Martín y un ladrón criminal blasfemo de un pueblo de la ribera. Ninguno de los dos ha sido juzgado, pero si los tienen en esa especie de ergástula es que, de antemano, están condenados a muerte.

Rechivaldo se levantó para enjugarse la frente y el cuello con el pañuelo seco.

Mientras pensábamos cada uno por separado, se acercó al reguero para echar un trago de bruces sobre el agua, arrodillado en la hierba. Al levantarse, se preguntaba con las mejillas rojas, lamentándose:

—¿Cómo se le pudo ocurrir mendigar con las alforjas llenas, con una fortuna dentro?

—Martín no sabe que constituye un delito —le indiqué—. Y yo sé que viajar con las alforjas llenas de oro es un gran delito, por la casualidad de haberlo oído, de pasadas, en la portería del monasterio. Tú lo sabes porque te codeas con los grandes del reino, que son los concedores de las leyes para sortearlas y hacer trampas a los más pobres, de los que viven engañándolos.

—La Reina madre —me argüía Rechivaldo— no hace más que repetirlo en todas partes, aunque no esté escrito en los cuadernos de las cortes: que aunque no se conozcan los fueros y las leyes de las cortes, todos los campesinos han de cumplirlas, para ello se dan los bandos en las plazas de los pueblos, que lo que todos tienen bien agudo es el oído; y el que no oiga a los pregoneros de los “hombres buenos” y los “ricos hombres” títulos honoríficos que figuran en todas las escrituras, es su culpa e igual tienen que pagarla.

—A la reina —le repliqué— la oís cuatro clérigos amigos, que hasta a los obispos también los está apartando de su compañía para darles todo el poder a los concejos y a las hermandades de las villas y ciudades.

—Pero en los bandos pregonados en las plazas de todos los pueblos por orden de los alcaldes —intentaba convencerme—, bien claro han dicho que se condenará con la muerte al que intente sacar oro y plata del reino. Un mendigo no tiene casa, puede andar libre de reino en reino, pudiendo escapar en cada momento. Además, si tiene tanto oro es por haberlo robado. “Un malhechor de la peor ralea”, me decía el alcalde delante del juez y el notario. Por otra parte, acrecienta el delito poseer monedas moras y romanas que no han sido fabricadas en la ceca del Rey. El que demuestre que son herencias de sus antepasados tiene que fundirlas y cambiarlas por monedas en curso, por maravedíes de oro. No entregarlas a la casa real es lo mismo que declararse convicto de delito. Cuando le pregunté al juez a ver por qué lo habían encarcelado, me leyó y releyó varias veces, poniéndome el dedo en la frente con cara de advertencia severa y de pocos amigos, los artículos de las distintas cortes celebradas durante el reinado de Fernando IV, en los que figura lo concerniente a la circulación de monedas contrahechas, malas y falsas, no labradas en las casas del Rey. La reina madre hace cumplir lo que su hijo el Rey Fernando dictó con la anuencia de los concejos, mandó tajar todas las piezas viciosas, y además, el alcalde me advirtió con mala cara y con ironía desmedida, que no entendían cómo yo, “tan cantarín con la reina”, y volvió a repetirme saliéndosele espumilla por la comisura de los labios: “tan cantarintín con la Reina María de Molina”, no me

había enterado del rigor de las leyes tocantes a la moneda. Tienes que entenderme. No puedo, por nada del mundo, dar a entender que defiendo a Martín; inmediatamente me acusarían de cómplice y con él me encerrarían en la jaula. Ya me he comprometido demasiado, que casi me notan que lo defiendo.

Cuando Rechivaldo terminó esta perorata, me sentí a disgusto por haberlo acusado indirectamente de cobarde, cobardía que me había parecido manifiesta por haber utilizado rodeos en el habla en vez de ir al grano y utilizar su influencia para liberarlo. Lo veía todo desde mi punto de vista y no me había puesto en el lugar de Rechivaldo; por eso, traté de remendarlo:

—Tu amistad con la Reina —le dije— y acercamiento a la nobleza, aunque sólo sea en las liturgias, te acarreará problemas de malos ojos y de ser envidiado. La gente es muy envidiosa y mala; y si ahora te respetan algo, es sólo por miedo; pero, cuando puedan, te traspasarán con la espada, y mucho más si la Reina te ronda.

Me contestó Rechivaldo:

—También me advirtió el alcalde acerca de la severidad de los artículos de las cortes de Valladolid con los que se avisan de las graves consecuencias a las que se enfrentan los ricos hombres que sean descubiertos protegiendo a criminales. Espero que no haya sospechado más que soy un clérigo misericordioso y caritativo con los condenados.

—Tú no eres rico-hombre sino Chantre. En definitiva, un hombre de Iglesia aunque goces de suculenta canonjía.

Con estas palabras, Rechivaldo se sintió liberado de la presión a la que antes lo había sometido y siguió diciéndome algo más tranquilo:

—También me advirtió el juez que no me deslizara, porque desde las cortes de Burgos ya no gozamos, los presbíteros, de los privilegios de antes.

—Sólo nos cabe —le propuse resuelto— arriesgarnos a lo que te he dicho: liberarlo con las dagas y la maña templaria en la lucha, que conservamos intacta y nadie puede arrebatarlos.

—Yo ya no soy lo que era luchando, Roderico; estoy muy desentrenado; y a ti, aunque creas lo contrario, te pasa lo mismo; es que no te das cuenta porque no has luchado desde hace años. ¿Quieres luchar para convencerte? No aguantarás ni dos estirones de brazos. Te reducirán a la primera.

—Déjalo, déjalo —le dije derrotado—. ¿Cómo se te ocurre tamaña tontería? ¿Entablar aquí, entre nosotros una lucha como dos carneros modorros sin venir a cuento? ¡Estás tú un luchas...! Yo creo que ya no piensas con cordura...

—De cordura mejor que tú no hables —me dijo enojado, como si le hubiera clavado una espina. Y me reprochaba ser conocedor de la ciencia de los números, la verdadera ciencia que rige el universo, de las leyes internas que anuncian con antelación los acontecimientos reflejados en sumas, restas y otras combinaciones matemáticas. Llegamos a discutir, y en el fragor de la diatriba nos cruzamos una mirada de odio. Quedamos aturcidos, como atontados, sin poder seguir en nuestro encuentro, pensando cada uno un plan seguro para liberar a Martín de la jaula. A los dos nos hacía falta serenarnos. Con palabras de un solo golpe de voz y frases

cortas, pasamos el resto del día. Yo me dispuse a cocer un caldo de berzas con costilla para la cena.

Al día siguiente, sin consultármelo, mientras Rechivaldo estaba en Astorga y yo paseando nervioso entre las murias y las praderas, no se le ocurrió mejor idea que recurrir a la Reina María de Molina enviándole un mensaje con la siguiente leyenda después de los encabezamientos: “Un templario convicto, encarcelado y condenado a muerte, ha pedido dos últimos deseos: que lo confiese yo de sus pecados para morir en paz con el Altísimo, y que quiere ver a Gelvira, la nodriza del infante, antigua conocida suya, a la que tiene que pagarle una deuda. Sin ver satisfechos estos dos últimos deseos no morirá tranquilo. Espero que Vuestra Alteza le conceda estos privilegios, dado el llanto en el que se abate”.

Cuando me lo dijo, estuve a punto de tirarme a su cuello y asfixiarlo. Si hubiera tenido una daga, allí mismo lo hubiera dejado muerto. “¿Cómo puede habérselo ocurrido tamaño disparate? —le grité con toda mi furia acumulada—. ¿Cómo puede habérselo ocurrido revelar y nada menos que a la Reina que Martín es templario?”

Trató de convencerme con argumentos varios, de que no había más salida que la recomendación de la Reina, que me calmara y lo escuchara, que él también había dudado, pero que consideró la mejor opción posible. Rechivaldo estaba seguro de que ablandaría con creces el corazón de la Reina, muy compungida todavía por la muerte de su hijo el Rey Fernando IV; y yo seguía malpensando que, si accedía a las peticiones de Rechivaldo, por algo sería...; que una viuda entrada en años pero aún enérgica y lozana, por muy reina que fuera, pudiera estar ansiosa de hombres en su lecho, y un clérigo podía ser la presa perfecta para no comprometerse y ser el mejor de los mejores para guardar el secreto de sus placeres; sin embargo, saber que Martín había sido templario, sólo acrecentaría la terquedad de las autoridades y se reforzaría en el mandato de matar a todos los templarios, mandato que la reina había recibido de su hijo, el joven rey muerto recientemente, el Rey Fernando IV.

Después de un buen rato, algo me serené pensando que un resquicio quedaba en la posibilidad de que yo estuviera equivocado, y Rechivaldo en lo cierto, pero, con el enfado que había guardado tragándomelo, me salían las tripas por la boca y un dolor de cabeza no me dejaba pensar tranquilo.

65

“...Roderico XI. sol sou nomne...”

No había pasado una semana cuando me enseñó un pergamino con sello de la Reina concediéndole lo que pedía con orden expresa para que el alcalde de Astorga lo dejara pasar a la ergástula donde Martín permanecía enjaulado.

Me dijo:

—Con este salvoconducto podré entrar y salir cuantas veces quiera.

Con el mensajero de vuelta, la Reina había mandado, en una carreta, la jaula de hierro más segura para que no escapara el reo, pues, si se movía estando enjaulado, se clavaría las espinas de hierro anudadas en la fragua a los barrotes, como si todos los hierros fueran de una sola pieza, con una cerradura fuerte cosida también a los barrotes en la fábrica de Córdoba, con dos llaves en doble cerrojo. Dentro de ella habían muerto, despeñados en la roca de Martos, los hermanos Carvajal, caballeros de Calatrava, condenados por el Rey Fernando IV, acusados de matar al privado del rey, demostrando así que no se arredraba ante nada, al tomar sus decisiones de ejecutar a los reos con las muertes más crueles.

Sabedora de que no hay nada más peligroso para un gobernante que tener a un pueblo religioso en contra, la reina había ordenado llevarla lo más lejos de Martos, para que el pueblo no hiciera de la jaula una reliquia milagrosa, porque todos los días se amotinaban las gentes en torno a la plaza, lamentándose de lo que el pueblo consideraba la más grande injusticia; y gritaba la turbamulta, según denominaba el rey a los campesinos vociferantes, que al rey, a su esposa, a sus hijos y a su madre los meterían en aquella misma jaula para despeñarlos. Corrían letrillas por los pueblos cantadas por los caminos y veredas:

Caballeros Carvajales
Ennas pennas de Martos
Parados espectaban
Pidian a Dios miraclos

Muertes seguras
E los cavalleros
Yuntaban amos
Las sus manos huesudas
E enflaqueçidas

Façieban ruegos
A misericordiarlos
Nuestro Señor cruel
El rey Fernando
Desmisericordiolos
E non fiz caso

E la su madre
Cum grand plegaria
Magis rogaba
Toçudo el rey
Descalabrado

A madre reina
Non fiz la caso
En desaherrojarlos

Despennados furon
En pennas de Martos
Los truçidaron
Yacieron en suelo
Ennengreçidos
Ensangrentados

Et mais rogaba
non fiz la mientre
façerla caso

Malos consejos
Daba a su fijo
Dicía apártate
Ruegos de madre
Quítate sierpe

A misericordiarlos
Per la mannana
Do elos eterniçieron
Juramentarse
Dar muerte al rey
Façien venganzas.

El carretero que trajo la jaula cantaba esta canción, al descargarla en la ergástula, con una melodía tan pegadiza que se propagó por la diócesis de Astorga, aunque, de los astorganos, solamente dos o tres soldados viajeros sabían dónde se encontraba Martos.

Rechivaldo la cantaba todos los días en casa, y tuvo el humor, a pesar de lo que teníamos encima, de copiar los versos en un pergamino. La tituló: “Canción de los crímenes de los caballeros de Martos”.

Me producía asco la canción cuando se la oía a Rechivaldo y él la cantaba con la mayor naturalidad del mundo. Le rogué que no la cantara delante de mí, que no podía resistir oírla haciendo referencia a la misma jaula en la que martirizaban a Martín encarcelado. Me respondió diciendo que en ningún verso se nombraba la jaula, pero que descuidara, que delante de mí no volvería a cantarla.

Después de la primera vez que entró a la ergástula, llegó a las murias de Rechivaldo dando saltos de alegría, a pesar de haber visto a Martín inmóvil y con algunos rasguños en los brazos.

Rechivaldo tenía autorización para confesarlo cuantas veces quisiera y pasaba el pergamino por los morros de los carceleros, no sólo sellado, sino escrito y firmado por la Reina de su puño y letra, y rubricado por el alcalde, para que lo leyeran.

Los centinelas, hieráticos, cerraban los ojos soportando las humillaciones sin inmutarse, “aparentando templanza —me decía Rechivaldo—, con una rabia por dentro que me hubieran matado, en caso de no haber tenido el escrito de la Reina”.

Yo le reproché su actitud chulesca y le decía: “Rechivaldo, esos alardes no conducen a nada más que a acumular odio hacia tu persona y hacia todo el clero de la diócesis”; pero a él seguía agradándole verlos inmóviles sin soltar las lanzas ni mover los pies del hoyo que habían excavado de tantas guardias como habían hecho sin moverse de su sitio.

En vez de confesar a Martín y perdonarle los pecados, le había comunicado que estábamos trazando un plan para salvarlo, que vendría Gelvira a visitarlo pero que tenía que olvidarla y dejarla que educara a su hijo en Ávila en el palacio de la corte de la reina y el obispo. Él tendría que tomar la senda de los templarios vivos una vez liberado y enrolarse en los barcos del Atlántico si quería salvar su vida.

También le dije que lo hiciera llamar cuantas veces quisiera, que, de momento, tenía acceso libre a la cárcel, y, si las sopas que le daban en la escudilla estaban frías, que las devolviera para que se las calentaran. Y, sobre todo, que tuviera paciencia con aquellos pinchos en los barrotos, que muy pronto conseguiríamos sacarlo de aquel inhumano estado.

Aprovechando que, en Astorga, el alcalde se había ausentado, y a Martín solamente lo custodiaban dos carceleros, me llevó a mí como si fuera su criado, para llevarle el fardo con los ropones de administrar la penitencia y dirigir los ramales del caballo como si fuera un paje. “El Chantre, igual que el obispo, ya ha llegado a tener derecho a paje” —le decía a los carceleros rudos e ignorantes.

Aquellos miserables, cuanto más los pisabas, más bajos caían y se humillaban, aunque por la manera de cerrar los ojos, noté que nos odiaban. Yo los observé despacio al pasar, y por ser el paje del Chantre me rindieron las lanzas doblando la rodilla y haciéndome reverencias sumisas y degradantes.

Cuando me vio Martín entrar con Rechivaldo, se le abrieron los ojos, pero tan abatido estaba que no articuló palabra. Está enfermo —pensé—. No era posible que, al verme, apenas abriera los ojos para saludarme. Observé que los tenía muy hundidos y la nariz prominente. Había adelgazado mucho, se le notaban las costillas debajo de los andrajos que cubrían la mitad del torso. Estaba desnudo y sentado, avergonzado. Y la cicatriz de la cara se había destacado amoratada y roja. Yo sólo le dije: “Te sacaremos de aquí y Gelvira vendrá a verte. Aquí no puedo darte más detalles.”

No pude seguir porque se me encogió el alma. Esto se lo dije para animarlo un poco, porque no tenía ningún detalle que añadirle. Se me metió la barriga para dentro de la angustia que me produjo verlo. Era irresistible. Sobre todo cuando me hizo saber con un leve gesto que me entendía perfectamente, porque, sin abrir los ojos, asintió con la cabeza.

El día siguiente, Rechivaldo presencié el momento en el que Gelvira llegó a Astorga, ella sola, sin su hijo, en un carruaje forrado de sedas y de bordados con campanitas regias. Estuvo observándola cuando entraba en la casa del canónigo Deán. Entró y salió llorando, y fue el mismo Deán el que se la presentó aquella tarde. Rechivaldo me contó con todo detalle el encuentro, con los diálogos:

—“Este es el Chantre” —le dijo escuetamente antes de saludarnos—. “Yo la reverencié con una inclinación litúrgica” —me contaba Rechivaldo con admiración desmedida hacia la mujer que describía como la belleza más perfecta que la de la Reina Constanza, quien había adquirido fama de ser la mujer más bella de la tierra—, “y ella me saludó conteniendo las lágrimas, con el más refinado ademán de cortesana” —me recalcó Rechivaldo—. “El Deán sabía lo que yo había creído que era un secreto: que únicamente yo era el privilegiado al que la Reina madre había permitido entrar y salir de la cárcel”

Cuando Rechivaldo me contaba esto, se le veía desilusionado, sospechoso de que alguien más lo sabía. A los dos o tres días todo el cabildo catedralicio estaba enterado y empezaron a mirarlo con recelo. Ninguna autoridad eclesiástica podía imaginarse cómo se había ganado la confianza de la Reina, cuando, por aquellos días, el clero estaba siendo vilipendiado intencionadamente con leyes, celebraciones de cortes en las ciudades, hermandades y concejos.

¿Qué vendría a hacer la nodriza del príncipe Alfonso XI a la ciudad de Astorga? ¿Y aquel misterio en torno al preso? Eran los cuchicheos que generaron toda clase de leyendas falsas en torno a ellos y a Rechivaldo; porque nosotros: Martín, Rechivaldo, Gelvira, su padre el Deán y yo, sabíamos la verdad absoluta; pero, para el resto y para el pueblo, todo eran conjeturas, medias verdades, cuando no mentiras y habladurías. Unos decían que el preso era un judío usurero, otros que debía al rey tanto dinero que tenía que pagarlo con su vida... Se llegó a decir por los barrios que Gelvira, tan hermosa, era la misma reina Constanza disfrazada para que nadie descubriera ser la barragana del Obispo desde que había quedado viuda. Los más sinvergüenzas así azuzaban a las masas, y cuando ya habían inventado las barbaridades más insospechadas, “hablar por hablar”, terminaban diciendo.

Al alcalde, después de haber rubricado el mensaje de la Reina, se le ocultaban muchos enigmas juntos: no entendía a qué había venido Gelvira desde Ávila y recordaba una y otra vez el mensaje con el que se permitía a Rechivaldo entrar a la ergástula cuantas veces quisiera, pero no afirmaba expresamente que pudiera entrar Gelvira, que era lo que deseaba también el Chantre Rechivaldo. Veía que algo raro se cocía en torno al preso y no querían desvelárselo.

Como la Reina permitía que se concediera todo lo que el Chantre pidiera, hubo grandes discusiones entre el Chantre y el Deán con el alcalde, que quería imponer su autoridad a toda costa.

Mientras ellos discutían, Martín libraba la más mísera tragedia.

“...Roderico. XII, *sol seu nomne...*”

Al fin, el Alcalde no tuvo más remedio que aceptar la entrada libre de Gelvira a la cárcel, sacándole la máxima punta al escrito de la reina, que le dio pie a poner una condición: “Siempre que entrara Gelvira a la ergástula, iría acompañada de Rechivaldo”.

Rechivaldo me dijo que, durante la última entrevista mantenida con Martín en la ergástula, le rogó encarecidamente que cuando viniera Gelvira lo dejara a solas con ella; por lo que se complicaba la existencia, ya que el alcalde no lo permitía, y si se enteraba, por los carceleros, de que Rechivaldo dejaba a Gelvira sola dentro, podría volver atrás todas las concesiones dejando a Martín en el más absoluto de los abandonos sin permitir que nadie más entrara, y que, si alguien desobedecía al alcalde, haría borrar su rúbrica del escrito de la reina y se rebelaría contra María de Molina, apoyado por muchos caballeros y ricos hombres de todo el reino, que habían querido destronarla a ella y a su joven hijo Fernando IV ya muerto.

El encuentro de Gelvira y Martín fue trágico, tremendo. Ni Sófocles tendría palabras para describirlo. Rechivaldo no podía resistirlo porque se le encogían las tripas —me decía.

Mientras Rechivaldo se apartaba a un lado, Gelvira se quedó sin voz como si le hubiera salido un lobo en el monte. Sólo conseguía balbucear entre sollozos.

Al verlo en aquel estado miserable, le dijo conteniendo el llanto:

—“¡Amor mío... Amor mío! ¿Qué te han hecho en la cara?”

Martín rompió la bóveda de la ergástula con un desgarrador grito de impotencia, sin poder acercarse a los barrotes con las espinas de hierro que le clavaban la cara y sin poder contener el llanto más triste.

Desde fuera, Gelvira pudo meter el brazo entre los barrotes y llegar con la punta de los dedos a acariciarle la cara preguntándole:

—¿De qué te acusan, amor mío? —le dijo esto por decirle algo.

Martín abrió los ojos diciéndole:

—De robar monedas.

Resquebrajada por dentro, grito Gelvira con el semblante desencajado, alarmando a los carceleros que se habían retirado hacia la entrada:

—¡Eso es mentira! ¡Eso es mentira! ¡Son mías! Eran de mi marido el molinero y yo te las di sin coacción alguna.

Interrumpió Martín el llanto de Gelvira sacando fuerzas de la impotencia al ser calumniado:

—Pero no consta en ningún sitio por escrito. También me acusan de intentar sacar monedas del reino y de no haber mandado fundir las monedas de oro romanas y moras que llevaba conmigo.

Martín dijo a Gelvira, en la cárcel, que escribiera un pergamino y que se lo guardara Rechivaldo en la catedral de Santa María, “para que el rey Alfonso XI, cuando fuera mayor, supiera quién había sido su padre.” Pero de esto no recordaba

Rechivaldo, al contármelo, las palabras exactas. Lo que sí recordaba con minuciosidad era lo que Gelvira le contestaba:

—No digas eso. ¡No pueden matarte! No te matarán, amor mío.

Al terminar de pronunciar esas palabras, prorrumpió en sollozos y cayó al suelo como si las piernas se le hubieran derretido.

Llegó a oídos del alcalde que el reo había recibido las monedas de la hija del cura Deán de Santa María: bien pudieron ser los carceleros o cualquier otro eclesiástico que hubiera espiado a las puertas de la ergástula, con lo que aumentaron las habladurías en torno a todo el cabildo catedralicio.

Rechivaldo, a pesar de haber vivido momentos dramáticos, con los que debiera haberse curtido, se asombraba de las hablillas y susurros al doblar las esquinas, y se escandalizaba del azote verbal que las vecinas daban a todo lo que oliera a autoridades eclesiásticas. Y me decía preocupado: el pueblo más dolido y miserable no nos quiere aunque le demos limosna todos los días y la lleven a la boca para seguir viviendo. La promesa de la vida eterna le importa una pepita. Sin embargo, “a natura” —me explicaba—, que quiere decir: “sin que nadie se lo enseñe”, el pueblo es compasivo con las calamidades ajenas y se olvida de sí mismo cuando tiene que socorrer a un semejante. Por eso siempre hay héroes que arriesgan la propia vida para salvar a otros.

Parecía que me estaba dando una sesión de catequesis; y terminó diciéndome que llegaron a atribuir uno y dos hijos a cada canónigo.

El Alcalde, a pesar de tener noticias del origen de las monedas que llevaba Martín cuando lo detuvieron, ni se molestó en investigarlo para cerciorarse, y no lo liberó ni le atenuó los sufrimientos en la jaula, sino que afianzó la condena.

Desde el tiempo de San Genadio —me decía Rechivaldo que el Obispo alardeaba—, hace tres siglos por lo menos, desaparecieron las picotas romanas erigidas en cada una de las puertas de las murallas para ajusticiar a los reos. “El santo prelado ordenó demolerlas y utilizar sus piedras de mármol bello para labrar los pilares de pilas bautismales” —decía.

En el zaguán de la casa de concejo, a no más de treinta varas de la ergástula, estaban los maderos del último patíbulo utilizado para matar al reo, al que había confesado Rechivaldo. El alcalde ordenó que los armaran de nuevo, fuera de Astorga, en un puente, para que lo vieran arrieros y caminantes y propagaran el escarmiento, y que se ejecutara al reo Martín Castriello de madrugada, antes de que se alborotara el pueblo por compasión hacia Gelvira. Argüía que tenía un escrito del rey muerto en el que se le instruía para que ejecutara sin dilación a todo templario que encontrara.

Nadie supo a ciencia cierta quién delató a Martín de haber sido templario. Es de suponer que la reina habría dado el aviso después del mensaje que le envió Rechivaldo. ¿Quizá otra denuncia añadida? ¿Quizá alguien que lo había conocido a pesar de la herida en la cara? Es un secreto que se llevará a la tumba el que lo haya delatado, porque nadie ha soltado prenda. Y no consta por escrito.

Yo sigo sospechando que no puede haber sido otro sino Rechivaldo. Pero, si no hay pruebas, no se puede decir en público, por si acaso meto la pata y constituye el falso testimonio que enrede más las cosas.

Al bestia de Rechivaldo no se le ocurrió otra cosa sino proponerles a Gelvira y a Martín que, si quisieran, él mismo los casaría en aquellas condiciones. Los carceleros podrían ser los testigos del sacramento —les sugería.

Martín y Gelvira se miraron. Rechivaldo creyó que accederían por haberle parecido a él una mirada de complicidad, que interrumpía la angustia. Entendieron que les proponía abandonar el pecado sacramentando el matrimonio. Pero Gelvira le dijo que se apartara, que se marchara lejos. “Nuestro amor está por encima de todas las leyes de la Iglesia y de la Reina”, le dijo rechazándolo con toda la fuerza que le quedaba. Le llamó “maldito”.

Rechivaldo le recordó que, sin estar él presente, no la dejarían permanecer más en la ergástula; y para volver a entrar, él tendría que acompañarla, por lo que se rindió Gelvira con sumisión endiablada diciéndole: “En este día aciago, te maldigo, te maldigo Rechivaldo”. Y Rechivaldo se apartó discretamente, aparentando haberse avergonzado de esos y otros improprios escalofriantes que le había lanzado Gelvira.

Rechivaldo esperaba a que los carceleros sacaran a rastras a Gelvira porque no quería despegar las manos de los barrotes, para lo que le golpearon los dedos con el mango de una maza, y ni por esas los soltaba de su asidero. Tuvieron que despegarle uno a uno descoyuntándole cada dedo y arrastrarla por el suelo.

Yo seguía pensando que Rechivaldo ocultaba muchas cosas. A los carceleros les costó trabajo arrancar dedo a dedo de Gelvira fundida con los barrotes de la jaula, y Martín, dentro, no resistió el momento y quedó como muerto, sin sentido, con la cara roja y puntos de sangre por la frente y por la cara.

Rechivaldo quiso congraciarse con ella, y se ofreció a llevarla en su carreta a la casa del Deán diciéndole que no le tenía en cuenta sus injurias, pues él también soportaba un nudo en el pecho que no le dejaba decir nada, que no sabía bien lo que decía, y le pedía perdón por si la había ofendido.

A pesar de que le pedía perdón, yo no estaba convencido de que sus palabras fueran sinceras. Pero a Gelvira, a pesar de todo, le ablandó el corazón, porque accedió llorando a que la llevara mostrándole el candor más exquisito de su sentir, insinuándole, sin aspavientos, que lo perdonaba.

Astorga estaba desierta. Una intensa niebla se había apoderado de la noche.

Yo no pude cenar nada y tampoco dormí mientras Rechivaldo roncaba al lado, en su lecho.

El piar de los ateridos gorriones cautelosos, que iba, desaparecía y venía cuando ladeaban bruscamente la cabeza, me advirtió que amanecía.

Rechivaldo sabía de antemano que, al salir el sol, ahorcarían a Martín y, todavía de noche, se despertó agitado y me dijo que nos fuéramos, que saliéramos de la casa de las murias, que siguiéramos el curso del río Turienzo cruzando los morales del Arcediano, que tenía el presentimiento de que algo grave estaba sucediendo.

Rechivaldo se reservaba secretos... Yo no me creí lo del presentimiento y guardé en el zurrón este pergamino, que estaba escribiendo. Y también una pluma y un tintero.

Nos fuimos directos al puente Valimbre en su caballo, como antiguamente, cuando nos encaminábamos a las batallas siendo templarios. Sólo nos faltaba la lanza, las dagas y el escudo para liberar a Martín del suplicio más brutal e insopor-table.

Cuando llegamos, dos carpinteros terminaban de armar los maderos del patíbulo: el más simple de los patíbulos.

Habían colocado ya una viga de tajamar a tajamar, atravesando el arco del centro, calzada y acuñada entre las piedras de los tajamares centrales con grandes cuñas de roble y de encina, las maderas más duras; amarrados a ella, los dos maderos, como si fueran una ele invertida con un contrafuerte en el ángulo.

Dispuesta la sogá con el nudo corredizo, pendía del madero de arriba.

En el momento en que el claror del alba despuntó y ya se veía, me puse a escribir este último pergamino esperando a que llegaran con Martín. Rechivaldo me miraba pero no se atrevió a preguntarme nada, porque me veía la cara de demonio. Oímos arrear a las mulas de una tartana a lo lejos. Le habían quitado los cascabeles de los aparejos. Yo supuse que allí traerían a Martín, pero, cuando llegaron, resultaron ser Gelvira y el Deán con el cochero del cementerio de Astorga. No era tartana de mulas sino un carruaje negro con los corceles negros ataviados con mantos de terciopelo negro.

Le pregunté al Deán y me dijo que quizá le dejarían el cuerpo para enterrarlo cristianamente. Gelvira apenas abrió los ojos sin bajar del carruaje. Ya no soporté seguir escribiendo como si fuera un notario dando fe del crimen que se estaba cometiendo, y me empezó a doler la cabeza con un dolor muy intenso, como si una daga me atravesara la frente.

Gelvira Nuñez Osorio

Anno Domini 1313

Mi padre tenía la intención de solicitar una prebenda: que no quemaran el cadáver de Martín, que atendieran mis ruegos y tuvieran piedad de mi persona, porque no iba a ser capaz de aguantar ese martirio de ver arder el cuerpo muerto del padre de mi hijo.

No encontraba el modo, porque sabía acerca de la crueldad que invadía el alma del alcalde, siempre predispuerto a complacer a los monarcas incluso en los mandatos más aberrantes.

Por parte de los jueces, lo hubiera conseguido —me decía—. Ya los había tanteado y veía en ellos personas que, sin ser bondadosas, podían mostrarse algo más

clementes y sensibles que los merinos, los alguaciles y el mismo alcalde. Pero los jueces no se presentaron a la ejecución en el puente Valimbre y llegó el momento álgido sin saber lo que habían decidido acerca de la quema del cadáver de mi marido.

Como no obtenía respuesta, ni sí, ni no, y veía que yo estaba muriendo de pena y angustia, lo intentó con el obispo para que intercediera, pero su poder en esos días había disminuido, y pululaba, en el ambiente que respiraban las autoridades, un anticlericalismo implacable aunque subyacente, y promovido por nobles solapados, inaudito hasta entonces, como nunca había existido, no sólo contra los templarios sino contra todos los jerarcas de la Iglesia.

Cuando Roderico salió de debajo del puente, yo estaba tan aturdida que no acertaba a discernir si vivía una pesadilla o era que tenía los sesos congelados con la mente inmersa en la mañana gélida, velada con una cortina que no me dejaba ver ni pensar con claridad todos los recuerdos e impresiones que me pasaban por la cabeza a velocidades de cometa celeste.

Roderico había estado escribiendo las últimas líneas de sus escritos allí debajo, al lado del carámbano de la orilla, sentado en una piedra en el último ojo del puente, por el que únicamente corría agua en las crecidas del deshielo de la primavera o por las lluvias intensas del otoño. Vino hacia mí, que esperaba en el carruaje de los muertos tapada con una manta y una capa. El sol inmenso y plomizo, con color de sangre coagulada, ya casi rebasaba el horizonte, interrumpido por el rocío en las ramas desnudas de los árboles, que se habían agrandado enormemente en las mismas praderas donde, cuando éramos niños, nos habíamos enamorado correteando entre sus troncos. La diferencia era que, entonces, los olmos, los negrillos, las pale-ras y los nogales tenían el pelo rizado, frondoso y desbordante al comienzo del verano.

Roderico me dio sus pergaminos para que los guardara. Me dijo que no podía seguir escribiendo porque se le habían congelado los dedos, pero no acusaba exclusivamente la parálisis de las manos. También le vi la cara de pasmado con un párpado trémulo y las venas del cuello palpitantes, apartándose corriendo a vomitar detrás de los juncas lo que había comido. Yo no podía levantarme del interior de aquella tartana luctuosa: carecía de fuerzas.

Me reveló que, en la ergástula, durante la última conversación que mantuvo con Martín, le había suplicado que, si lo mataban, nos encomendaba a mi hijo y a mí bajo su tutela, que no se fiaba del obispo de Ávila ni de la Reina María, porque tanto uno como la otra eran unos criminales sin escrúpulos, y también le encomendó que dejara escrito todo esto para que su niño, el futuro rey de España, Alfonso XI, supiera quién, de verdad, había sido su padre y lo que con él habían hecho.

Roderico podría pasar por un iluminado o un maniaco con un tintero y un pergamino bajo el puente, dando fe de lo que estaba viendo, pero estaba cumpliendo, el mandato de Martín, su amigo y compañero, como si fuera sagrado. Ahora, que han pasado tres semanas, sigo yo describiendo lo que sucedía aquella mañana. Roderico ya no pudo seguir escribiendo cuando le recogí los pergaminos. Después de devolver solamente bilis con arcadas estruendosas que le encogían las entrañas,

venía hacia mí otra vez como si antes se hubiera olvidado de decirme algo importante, pero daba la impresión de haberse vuelto loco.

Empezó a hilar números, a sumarlos y restarlos mentalmente, a realizar otras operaciones matemáticas mirando al sol que ya le cegaba los ojos, cuando aparecieron dos carretas tiradas por percherones y, presidiéndolas, dos corceles vestidos con satén bordado y orejeras de cuero repujado a ambos lados de la cabeza.

En una de las carretas, venía la jaula de hierro y Martín dentro tiritando, descalzo, cubierta su desnudez con la mitad de unos harapos inmundos que no llegaban a cubrir todas sus carnes flacas ni sus heridas.

Roderico repetía sin cesar que era el veintiuno de diciembre de mil trescientos doce. ¡21-12-1312! Veintiuno más doce, mas trece, mas doce, igual a cincuenta y ocho. ¡Cincuenta y ocho!

Subió al pretil echando sus enigmáticas cuentas con los números de la fecha de aquel día. Desde el pretil saltó al tajamar donde se asentaba la viga horizontal ensamblada al puntal del patíbulo de cuatro o cinco varas de altura sobresaliendo por fuera del puente.

Simulaba inspeccionar todos los detalles, pero abría y cerraba los ojos enajenado. Por un momento se puso de barriga sobre el pretil cogiendo la viga con los brazos, y se quedó mirándose en el mismo espejo que, de niños, Martín y yo nos habíamos mirado con candidez infantil de enamorados, donde los dos habíamos pasado ganas de besarnos y no nos atrevimos.

Cuando las carretas entraban en el puente y vio a Martín de cerca, Roderico definitivamente se puso loco gritando con los brazos abiertos, de pie sobre el pretil, mirando al son naciente: ¡Cincuenta y ocho! ¡El número de la muerte! ¡Cincuenta y ocho!

Increpaba a Rechivaldo, quien permanecía con actitud muy digna contemplándolo atónito: “¡Tú lo sabías —le gritaba más fuerte—, tú lo sabías y no me dijiste nada!”

Se le salían los ojos de las órbitas y empezó a babear por las comisuras de la boca. Seguía vociferando con alaridos, mezclando su clamor aflictivo dirigido hacia las nubes que se estaban pintando de todos los colores, con acusaciones a Rechivaldo que permanecía impávido: “encima de un puente —gritaba— sin posibilidad de saltar a ningún otro puente y sin poder seguir el juego de la vida!” “¡Tú lo has denunciado!” “¡Tú, y nadie más que tú, has proclamado que Martín fue templario!”

Estaba totalmente trastornado.

Atado de pies y manos sacaron a Martín de la jaula. Cuatro verdugos hercúleos lo subieron en volandas al pretil. Uno de ellos le dio un empujón a Roderico y lo tiró al río. Cayó en la orilla, sobre el carámbano, rompiéndolo en mil pedazos y quedó tieso con el agua hasta la cintura y la respiración contenida. De momento apagó la voz y le desaparecieron todos los temblores. Salió del cieno chorreando su hábito de benedictino mientras le ajustaban a Martín la soga al cuello.

Martín, al verme dentro del carro de muertos, sacó fuerzas para hablarme desde lejos: “Gelvira, por lo único que merezco esto es por haber matado a tu hermana; tenía que haber sido más reflexivo” —terminó de decírmelo con voz muy trémula.

El alcalde quedó perplejo al oírlo y el alguacil sacó un pergamino, para leerlo en alto a los pocos asistentes a la ejecución de Martín en la mañana más terrible que ser humano pueda imaginarse, presidida por el sol incandescentemente helado.

Diez o doce astorganos importantes, los verdugos, el Deán mi padre y un estremeedor silencio multiplicaron el frío.

Yo le dije a voces: “tu error con mi hermana está perdonado”.

El alcalde no salía de su asombro pues en ese momento se estaba enterando de quién había matado a la abadesa de Gradefes, y mandó leer rápidamente el resultado de los jueces, a lo que el alguacil se dispuso al instante. Desenrolló el pellejo y, antes de comenzar a leerlo, se dio media vuelta porque el sol de frente ya lo cegaba. El rocío duro y sólido brillaba blanco en la pradera escarchada.

Con los brazos extendidos dio lectura al pergamino simulando un tono solemne:

“Según declaración del Abad de San Pedro y de otros hombres buenos, y del fraile Petrus Porterus...”

Roderico, desde abajo, empapado, siguió vociferando: “Yo soy Petrus el benedictino... el portero... yo soy Roderico el templario”.

Todos los asistentes se engurruñaron, cerraron los ojos y miraron al suelo, pero el alguacil interrumpió la lectura y miró con ira al alcalde incitándolo a que ordenara detener a Roderico para seguir leyendo:

“...El mayor ladrón del reino, traficante de monedas de oro romanas y nazaries además de otros robos de maravedies, resultó ser, según todas las pesquisas y auto de los jueces de Astorga y Ponferrada, el fraile benedictino fugitivo, y templario renegado, Martín Castriello de Castrello que no había sido identificado antes por tener disimulo de cicatriz que le cruza la cara de lado a lado”.

Interrumpí yo gritando, pues la valentía de Roderico me despertó de mi letargo y saqué fortaleza de la debilidad que me apabullaba, diciéndoles: “Eso es mentira. Las monedas que llevaba mi marido Martín yo se las había dado para que persiguiera a Rechivaldo, que había huido con el tesoro del Temple en las alforjas, porque Martín y todos los templarios habían sido calumniados y estaban perseguidos sin dejarse oír por la justicia. Y sobre las monedas viejas, he de deciros que yo tenía intención de llevarlas a fundir a la ceca y cambiarlas por nuevas.

El alcalde aguzó el oído para oír mis palabras y se acercó a los verdugos para decirles algo al oído. Volvió a su sitio con la cabeza agachada, pensativo, lo que me infundió cierta esperanza y se me desinflaron las costillas.

El alguacil, inconmovible, continuó la lectura sin hacerme caso aparente, dirigiéndose a las personalidades desde las que se veía ascender el vaho a cada bocanada de respiración, sacudiendo las manoplas y zapateando el frío de los pies contra los guijarros de la calzada:

“Después de severo auto, minuciosamente analizado, los jueces de Ponferrada y Astorga, cuyos nombres figuran al final de este escrito, condenan a morir ahorcado al templario susodicho, acusado de proferir la mayor de las blasfemias: ha-

ber suplantado la adoración a Nuestro Señor Jesucristo por la adoración del falso dios Baphomet, por lo que después de ser ahorcado, su cadáver será entregado a las llamas y sus cenizas se las llevará la corriente de un río cualquiera, para que reverdezcan en la primavera convertidos en juncos que apunten como flechas amenazantes contra el cielo, y así, para siempre, se conserven y se reproduzcan, y por ello, siendo excomulgado, no obtenga perdón, y, en el infierno, con Judas Iscariote, permanezca para siempre. Firmado por los jueces, merino, ricos hombres y hombres buenos, sin intervención de tribunales eclesiásticos”.

El alcalde desenfundó la mano de entre las pieles peludas de las manoplas y le indicó con el dedo, dibujando caracoles en el aire, que leyera más abajo. El alguacil lo miró obediente y siguió diciendo: “Hay una nota añadida”.

Le indicó el alcalde que siguiera leyendo:

“Por el poder que me confiere la Reina, y en representación de las cortes de Valladolid, reinando en León, Castilla y Gibraltar nuestra madre y señora, perdonamos al reo de ser devorado por las llamas y de que sus cenizas sean arrastradas por la corriente del río Turienzo hasta los mares. Permitimos a sus allegados que le den cristiana sepultura en el cementerio”.

Roderico, chorrreando, subió corriendo jadeante y aterido, diciendo con voz ronca mientras se dirigía a la fila de hombres buenos y ricos-hombres ataviados con gorros y vestimentas de pieles:

—“Yo he adorado a Baphomet y el Chantre también lo ha adorado. Pero el Baphomet no es ningún dios pagano ni lascivo sino la representación de Jesucristo en las bodas. Baphomet no existe. Esa mezcla de Fauno y Baco, “Ba-cus, Phau-nus metejo”, la mezcla de Fauno y Baco, es un invento para calumniarnos. Las escrituras que lo demuestran están guardadas en el monasterio de...”

El alcalde hizo un ademán a los verdugos para que lo enjaularan en la misma jaula en la que habían traído a Martín.

En ese mismo momento lo prendieron y le taparon la boca sin dejarle decir en alto el nombre del monasterio.

El alcalde le contestó a voces: “Eso no consta en ninguna parte”.

Martín, a punto de ser ahorcado, les dijo sin fuerzas, balbuceando con estertores de muerte:

“COBIRA, COBIRA, ARARA, me obaro lo erito”.

Pero yo le entendí perfectamente. Me quería decir: “Gelvira, Gelvira, amada. Me robaron los escritos”.

El verdugo, en ese momento, le dio una patada al tueco sobre el que mantenían a Martín de pie, y quedó colgado.

Un leve chasquido, y murió al instante sin balancearse, sin estremecerse. Acabó colgado por el cuello roto por dentro y la piel estirada media vara: nada de lo que suele suceder a los ahorcados. Sin hacer ruido. Quedó perpendicular al agua del río reflejado en lo más profundo, al pie del tajamar del centro, donde de niño, nadaba por debajo del agua pescando truchas con las manos y depositando las monedas debajo de las piedras del fondo, prendas de nuestro amor escondido y perdurable en la distancia y en el tiempo.

La luz del sol impúber, vigorosa y fría, marcó el destello brillante en una lágrima, que se deslizaba por su mejilla, interrumpida en su correr por el surco de las cicatrices en la cara. Los harapos se desprendieron arrastrados por los excrementos y los llevó el agua lentamente hasta el torrente más abajo, donde se precipitaron enredándose en unas cañas.

¡Martín quedó desnudo, en el aire, uniendo el cielo con la tierra!

Ayer, cuando escribía, no pude contenerme recordando el día más aciago de mi vida y me fue imposible seguir narrando lo que ocurrió después de la muerte de Martín. Solté la pluma encima de la mesa y me cayó este borrón en el pergamino.

Han pasado más de ocho meses, voy escribiendo a trompicones, y parece que no voy a recuperarme nunca.

Cuando he querido escribir, lo he hecho con un ímpetu irresistible, y al cabo de unas palabras escritas se me han aflojado los dedos, por lo que no he podido seguir escribiendo, pero poco a poco, línea a línea, semana tras semana he conseguido concluir la narración del magnicidio. Digo magnicidio bien consciente de lo que significa, por cruel y por injusto, que no es magnicida quien mata al Rey, sino quien mata a un héroe a quien la vida lo ha encaminado a cometer algunos deslices sin ánimo de subyugar a nadie.

Una vez que pasé el trago de describir la muerte de Martín ya no me paran quietos los dedos, y no puedo dejar de escribir aunque nada más sean cinco palabras cada día.

Este crimen lo cometió la jerarquía eclesiástica y la nobleza; es por lo que pertenece a la especie de crímenes más vergonzosos y rastreros de la especie humana, porque esas gentes los cometen por avaricia sobre los bienes ajenos o por afán de dominio sobre la voluntad de las personas. El tiempo que conviví cercana a los señores y familias reales en el palacio de Ávila lo comprobé a cada momento. Por el contrario, los crímenes de la gente, los crímenes del pueblo, aunque evitables, son siempre nobles, cometidos por pasiones irrefrenables, o en defensa propia; por eso perdoné a Martín el crimen de mi hermana Alejandra a la que quería con locura, pero nunca podré perdonar a las autoridades que mataron al hombre de mi vida, Martín Castrillo, y a los dos últimos templarios calumniados, perseguidos y sumidos en la más absurda de las confusiones.

Roderico, desde el momento en que me dio sus pergaminos, ya no volvió a ser una persona y se puso absolutamente loco proclamando al viento las verdades como puños que afianzaron su condena. Sólo los locos y los niños se atreven a estampar las verdades a la cara. Se acusó, dando voces, de templario convicto y victorioso, desafiando al alcalde y a los verdugos.

Al Chantre Rechivaldo terminó de delatarlo acusándolo de haber sido, durante años, el tesorero del Temple de Ponferrada.

Cuando los prendieron para meterlos en la misma jaula que había albergado a Martín, Rechivaldo se revolvía diciendo a los ricos-hombres y a los hombres buenos, con la cabeza retorcida mirando hacia el alcalde, que tenía que cantar la misa

de gallo de nochebuena, que lo esperaba toda la ciudad para oír su canto en la catedral con el Obispo oficiando —ingenuo de él—, a ver si así lo soltaban.

Llegado el momento en que la orden de arresto era segura y efectiva, el verdugo más fiero lo agarró por los testículos para inmovilizarlo y meterlo en la jaula con Roderico diciéndole: “canta... canta ahora un kikirikí que ponga a las gallinas cluecas... nochebuena y navidad te vamos a dar a ti, gandul...”; y soltó una risotada cuando lo tenía enjaulado: “Hoy te ha tocado el premio más gordo en el sorteo de tu muerte... y te ha tocado... te ha tocado... Chantre de los cojones, qué ganas te tenía”.

Frotándose los dedos volvió a la carga el mismo verdugo: “Tienes los güevos más duros que la cara. Vamos a ablandarlos un poco, ¿o te parece mejor si los cortamos?”

Abrió la puerta de la jaula y se los cogió otra vez hasta estrujarlos en medio de un alarido ronco y bajo producido por la fuerza del verdugo, y un alarido tenorino, por el dolor de Rechivaldo.

“Vaya un dúo que nos ha salido” —se carcajeaba el verdugo mientras Rechivaldo quedaba como muerto, sin sentido.

En el tiempo en que iban a matarlos, a continuación del bando que mandó pregonar el alcalde anunciándolo, los astorganos, que no habían resistido ver la pira de los últimos templarios quemados en la hoguera después de ser ahorcados, se amotinaron para rescatarlos y librarlos de la muerte. Rechivaldo era la voz celestial traída a Astorga con soplos de querubines —habían sido los últimos comentarios—; y Roderico, su paje, preparaba los ungüentos para darle toques en la garganta. También de Roderico se habían quedado prendadas algunas mujeres.

Tuvieron que encerrarlos de nuevo en la ergástula, prorrogando un día las ejecuciones, y establecer seis filas de lanceros dispuestos a intervenir en caso de producirse incidentes. Ya no eran tiempos de comitivas ni de ceremonias de la muerte en Astorga.

El alcalde, temeroso de no poder con el pueblo, además de a los lanceros, mandó llamar a un ejército de arqueros reales para impedir las aglomeraciones y prohibir el paso hacia el cementerio a cualquier ciudadano, y custodiar el carromato que los llevó desde la ergástula hasta el cementerio, donde los ahorcaron, muy cerca de la sepultura donde mi padre y yo habíamos enterrado a Martín; pero a Roderico y Rechivaldo, después de muertos en la horca mirando hacia el Teleno, les prendieron fuego hasta que se quedaron hechos cenizas, con la presencia de dos personas únicamente: de mi padre, al que llamó el alcalde como representante de la Iglesia, y del merino.

También reinó el silencio interrumpido por los verdugos, que los despidieron de este mundo con chanzas, jerigonzas de su gremio y alusiones soeces al tamaño exiguo de sus sexos ante la muerte, en la soledad más absoluta.

Al cabo de unos días volví al palacio de Ávila a reunirme con mi hijo. Cuando llegué estaban celebrando grandes fiestas que, lejos de turbarme, supusieron para mí el más grande alivio.

Los nobles guerreros más fieles a la Reina habían rescatado al verdadero rey Alfonso XI de su secuestro. También era un niño rubio, precioso, pero no tanto como Víctor Alejandro, mi hijo, nuestro hijo.

Tuvieron que negociar grandes sumas por el rescate del niño y se comentaba, por lo bajo, que los mismos nobles lo habían tenido secuestrado en un castillo para sacarle los caudales a María de Molina. Otros llegaron a decir que su madre Constanza, la esposa del rey Fernando IV, había participado de alguna manera en el secuestro y que todas sus dolencias eran simuladas. Yo eso no lo creí nunca porque una madre nunca arriesgaría nada que perjudicara lo más mínimo a su hijo por ganar dinero.

Nunca se supo a ciencia cierta lo que había pasado.

Cuando apareció el niño verdadero, cambiaron uno por otro y santas pascuas...el nombramiento de Rey Alfonso XI seguía siendo el mismo para su dueño por derecho.

María de Molina me ofreció quedarme en palacio como aya del rey Alfonso XI, que en breve sería proclamado, y también me ofreció que quedara Víctor Alejandro como hermano adoptivo del monarca niño. Yo le contesté que tenía que pensarlo despacio, pero que, de momento, me iría a Castrillo de las Piedras, y aquí me quedé administrando la casa solariega y la herencia de mi padre, y defendiendo lo que había quedado de la herencia de los padres de Martín para Víctor Alejandro.

Todos los días escribo mi diario, porque he descubierto lo mismo que descubrió Martín durante su cautiverio en libertad, que la escritura es mi vida y sin ella no respiro.

Mañana llevará mi padre los pergaminos de Roderico y los míos para guardarlos en la biblioteca de la catedral de Santa María de Astorga, para que se conserven y no se deterioren con las riadas de estas riberas. Ya tengo todos cosidos menos este que estoy escribiendo, que se lo añadiré para que no se desperdigen y que alguien pueda leerlos en el futuro, y se quede escrita, para que no se la lleve el viento, toda la verdad acerca de mi hijo y de mi marido.

TERCERA PARTE

Capítulo VII

Permitidme escribir este capítulo, de dos episodios, para introducir esta tercera parte. Me cito a mí mismo: “Por más que crezcamos, nunca aprendemos lo suficiente de nuestros errores”. (Leonardo Gómez López; familiarmente Leo)

68

Año 2009.

Ahora que se ven los hechos pasados con ojos críticos, sobre todo por arrastrar unos años más, me dispongo a escribir memorias, quizá algo inconexas. Trataré de hacerlo lo mejor que pueda. Puede perdonárseme, ya que, por oficio, no ha sido lo mío el estilo literario sino las Matemáticas y la Física, donde las palabras se encuentran desnudas, desprovistas de la magia que encuentro en otras páginas a las que día a día me voy aficionando. No estoy seguro de utilizar bien el adjetivo “inconexas”, porque todos los pormenores que voy a narrar pertenecen a mi vida; y en una autobiografía, por más deslavazadas que parezcan las peripecias narradas, si observamos bien, nos percataremos de que tienen el hilo dentro, como las sartas de un collar, en el que cada sarta fuera un objeto diferente. ¡Vaya metáfora! Pero no es mía, la he copiado de Clara que la utilizó en un mail el otro día. Esta metáfora encaja en todas mis reflexiones.

Aunque el estilo literario no lo tenga pulido del todo, he de empezar ya, porque si lo dejo para cuando sea viejo, que es cuando la gente se decide a plasmar memorias, como si fuera un testamento mortuario, quizás me olvide de detalles que harían perder la espontaneidad de mi relato.

No quisiera dar la impresión de ser un engréido, por eso voy a revelar que he tenido el apoyo encomiable de mi profesor de Lengua de hace unos cuantos años, cuando estudiaba COU en el instituto. Qué digo apoyo, si en realidad fue él el que ha sido el conductor de nuestra investigación de Baphomet. Gracias a sus indicaciones me aventuré a entrar en las incógnitas más buscadas desde hace setecientos años, que hacen referencia al nudo gordiano de la historia de Europa, es más, yo creo que hacen refe-

rencia a la historia de nuestra civilización entera. Yo no sé si habrá habido algún hecho más importante, yo creo que no.

Se me puede decir que más importante fue el descubrimiento de América, pero es que la aniquilación del Templo supuso el cambio de la civilización del Mediterráneo al Atlántico. Tan hartos estaban todos los habitantes de Europa de la rapiña, asaltos, robos y piratería en la ruta de las Indias por el este, que se determinó cambiar el rumbo intentando llegar a las Indias por el oeste. Es decir, que al leer los escritos que tenía el profesor y los que traje yo de París, entendí que Europa hubiera sido distinta a lo que ha sido hasta hoy día. No fue un pasaje cualquiera de la historia de Europa sino, a mi entender, el más determinante de estos últimos siglos.

Voy a contar desde el principio cómo se gestó mi descubrimiento, después de que el profesor me convenciera para ir a París la primera vez, hace veintiséis años, cómo tuve que desenvolverme. Yo buscaba unos datos casi como si fuera el juego infantil de la búsqueda del tesoro y encontré los datos que buscaba y muchos más, pero no por casualidad, sino después de algunos avatares que el profesor me desaconsejaba publicar por pertenecer a mi vida privada.

Empecé medio de broma, como empiezan casi todas las empresas importantes. Bueno, broma para mí, porque era un chaval; para el profesor no era ninguna broma porque sabía bien lo que traía entre manos desde que él era un niño, aunque de broma también había empezado a buscar el origen de su segundo apellido.

Había pensado resumir las ideas telegráficamente y archivarlas, hasta que mi amigo Pablo le diera forma narrativa. Pero Pablo se ha dedicado a sus quehaceres aeronáuticos y ha dejado a un lado las humanidades. Él fue siempre mucho más proclive que yo a la ficción literaria, y esas cualidades no se pierden, ni se olvidan, como andar en bici. A pesar de la amistad que nos une, en varias ocasiones me ha recordado que es imperdonable que le mintiera a Clara. Le menté a Clara porque era absolutamente necesario. Bueno, Clara era una chavala que nunca he merecido y fue un privilegio haberme enamorado de ella, porque estuve enamorado hasta el tuétano. ¡Bah! Ya empecé mal porque he revelado algo muy importante, pero bueno, así, siendo escueto, avanzo mejor en el relato y me centraré en asuntos más importantes. Yo hubiera deseado con toda mi alma que ella hubiera venido conmigo a París, pero, como no quiso, mejor dicho, como le fue absolutamente imposible, dada la prohibición de su padre, yo opté por cumplir con lo que me había encomendado el profesor de Lengua Española: recabar datos concretos para buscar la mitad de los pergaminos del siglo XIV. La verdad es que me resulta imposible descubrir todas las impresiones, porque tenía en revoltijo tal cúmulo de elementos que, entonces, a cada instante creía que me explotaba el cráneo.

Sin duda, Clara fue la artífice de que sintiera especial atracción por la provincia de León y por su historia, sobre todo la de la Edad Media. Me quedé hipnotizado después de que el profesor me lo propusiera; tanto fue así que, incluso habiendo terminado mi carrera de Ingeniería, la dejé aparcada durante una temporada, y he llegado a adquirir en un anticuario una tabla auténtica que no está catalogada en ninguna parte, ni en la Dirección de Bellas Artes ni en ningún ministerio. Representa la Sagrada Cena con Jesucristo y once apóstoles; le falta un apóstol; no sé si se trataría de Judas, al que in-

tencionadamente no lo pintaron, o es que se habrá perdido al desgajar la tabla del ensamblaje donde continuara la pintura. Ocasión habrá de hacerle una fotografía y colgarla en internet amén de otras fotografías de pergaminos, de la miniatura de San Gregorio Iluminator y tantas otras. De momento la guardo yo, que para eso la he descubierto. Eso queda pendiente, porque también tiene su interés, pero sin duda procede de un robo sacrílego. No revelaré dónde fue robada hasta que no tenga la seguridad absoluta. Aunque creo que ya sé de qué iglesia procede, y sólo me faltan unos detalles para demostrar que lo sustrajeron las tropas de Napoleón Bonaparte y después la perdieron en Sahagún de Campos al retirarse definitivamente de España al final de la Guerra de la Independencia.

Si algo bueno he aprendido del último lenguaje televisivo, es que, hasta no tener pruebas cien por cien seguras y ciertas, es mejor tratar el delito como presunto, aunque suene al jamón portugués el vocablo. Ha habido tantos robos de obras de arte sobre todo en recintos religiosos, que habría que hacer una catalogación, tanto de las robadas, como de las que se guardan en sus depósitos y museos. Pues no arranco. Va ya manera de empezar a trompicones, pero bueno, seguro que, cuando avance en el relato, el estilo literario irá saliendo cada vez más pulido, como le ocurrió a Roderico.

Aquel verano de 1983, antes de empezar la carrera, yo me encabezoné como un verraco; le había propuesto a Clara irnos en autostop a París, y allí ingeniárnoslas como pudiéramos. Como habíamos tenido profesores de todas las latitudes, algunos nos habían hablado de sus andanzas universitarias por Europa y sobre todo de París. Algunos de nosotros llegamos a mitificar esta ciudad de tal manera que, seguramente, nos íbamos a llevar un chasco cuando la conociéramos, como siempre que alguien te canta las excelencias de algo y, en el momento que lo conoces, la desilusión se desboca y te invade el vacío. Ahora —¡a buenas horas!—, reconozco que hice el tonto por no haber contado a Clara todo lo que traía entre manos: buscar los pergaminos tras de los que andaba el profesor de Lengua. Yo sólo deseaba que ella confiara en mí, ciegamente. ¡Hay que ser idiota! Yo, desde luego, me imaginaba París brillante en todos los sentidos, y no era para menos, ya que aquellos profesores nos habían hablado de París como símbolo de la libertad, sobre todo los que la patearon en el año 1968. Evidentemente, la libertad incluía la libertad sexual que, en definitiva, a nuestra edad era lo que más nos atraía. Clara torció los labios cuando le propuse que nos fuéramos. Presentía que constituiría un gran problema con sus padres el mero hecho de proponerle, como así fue, y la negativa vino de inmediato.

He de seguir reconociendo que, en aquellos momentos, no me porté como debiera ni estuve a la altura de las circunstancias, puesto que con una actitud infantil y fanfarrona, le dije que o sus padres o yo. Sin decir palabra, comenzó por comerse el labio inferior mirando al suelo y a mis ojos alternativamente, y no pudo por menos que llorar y divisar en mí a un estúpido con un pronto juvenil absurdo. Esto siempre lo he supuesto porque Clara nunca llegó a decírmelo.

Ya eran dos las sandeces en las que yo había incurrido. La verdad es que el entorno era machista al máximo, y no sé cómo explicar, tenía para mí más importancia ese gesto que todos los sentimientos de Clara machacados, aunque un amargor de angustia me perseguiría en lo sucesivo.

¡Yo quería a Clara! Escribirlo aquí no supone una declaración tardía de amor — ¡sólo faltaba... a nuestra edad!— y soñaba en acostarme con ella imaginando situaciones quiméricas, en la habitación de un hotelucho o en la tienda de campaña.

Ella se había quedado en su llanto silencioso, sin imaginarse que mi impulso sexual era tan intenso como el de un verraco en celo, y tenía que retorcerme mentalmente para controlarme hasta llegar a un disimulo perfecto, haciendo trizas aquel dicho de que la cara es el espejo del alma. En este caso el espejo estaba resquebrajado, pues nadie, al verme, podría imaginar lo que yo sentía.

A pesar de que me daba vergüenza mezclada con melancolía, aquellos días, después de que se acabara la redacción del primer libro del profesor —esto sí que es otra historia— sólo pensaba en ella deseándome ardorosamente, como en las películas que sacan a una chica fingiendo pasiones inexistentes; sin embargo, Clara se mostraba dulce, enamorada, sosegada, armoniosa, y, a menudo, me decía palabras por las que yo colegía que no llegaba a entender mis reacciones secundarias de aquellos años de juventud impetuosa y desconcertante.

Las reacciones primarias las controlaba mejor, inexplicablemente. En lo que peor me portaba con ella era en los detalles con los que yo, para sobreponerme, me hacía el duro o el interesante. ¡Un perfecto payaso! Todavía conservo unas notas que escribía en el verano de 1983: *"Veo en Clara un fetiche que se estremece cada vez que la acaricio. Controlo mis instintos no sea que lo estropee todo. Le he aguantado algo que ni yo mismo me lo acabo de creer porque hace sólo algún tiempo no hubiera sido posible. Señal de que esto va funcionando. Hace sólo un mes lo hubiera calificado de rollo impresionante porque nada menos que, durante dos horas, permaneció hablándome de no sé que autor latino; bueno, de un historiador latino; y ya no me acuerdo de nada de lo que me decía, pero al oírla hablar me excitaba. Cuando me hablaba, sólo pensaba en mis deseos hacia ella. La muy ingenua se creía que me estaba interesando su discurso, su contenido, claro; y yo, a lo mío. Sentía su aliento sobre mi rostro y me estuve reprimiendo para no avasallarla"*.

Cuando me vienen estos recuerdos no quiero reconocerme a mí mismo, pero fue así, así era a los dieciocho años, y no tengo más remedio que aceptarlo. El día que se publique esto, supongo que será la culminación de una catarsis que me la aconsejo imprescindible.

Recuerdo perfectamente que, después de escribir esas líneas, estuve urdiendo unos planes de seducción que yo creía muy sofisticados y resultaron ser auténticas estupideces. Tengo que confesar que me da un poco de vergüenza. ¡Cuántas bobadas se me ocurrían! No era tan inteligente como la gente creía, por muchos problemas que resolviera en clase de matemáticas.

A pesar de lo ridículo que resultó todo, Clara veía por mis ojos. Yo no me explico cómo no me mandaba a freír espárragos. Por el contrario, me disculpaba todo. Parece que estoy viendo todavía su cabeza ladeada tratando de escudriñar en mí, con su mi-

rada inmensa, algo que no llegaba a explicarse. Me embelesaba su mejilla metida en el hombro izquierdo, con el codo apoyado en la mesa, y sobre los antebrazos, rebosantes sus pechos, que me sacaban de mis casillas. Vaya estampa más denigrante, la mía, claro, como una hiena delante de un cordero. Por momentos llegué a convencerme, haciendo un alarde de sinceridad conmigo mismo, de que no la quería, de que lo único que quería era acostarme con ella, y me aturdía desconcertado cuando me excitaba yo solo pensando en ella. Creía enloquecer y no entendía cómo era tan cobarde. No era exactamente cobardía lo que me inundaba, aquello era una tragedia en la que me encontraba constantemente atascado. Como entre compañeros, profesores y familiares tenía fama de chico inteligente, ya desde los más tiernos años infantiles, durante la E.G.B, se cruzaban los dos sentimientos que se repelían o echaban chispas. Por eso, más de una vez me sorprendí dando voces, yo solo, con palabras y frases inconexas.

Un día subí al monte donde habíamos quemado los pergaminos —ya dije antes que eso había sido otra historia—. La quema del pergamino de Arias Didaz fue un engaño en el que no voy a entretenerme ahora: vivencias nuestras de aquellos años en los que el candor de Clara era transparente y primoroso, y, por el contrario, yo ya estaba escaldado al haberme escandalizado con el comportamiento de algunos profesores del instituto.

Ya no recuerdo con exactitud cuánto tiempo había transcurrido, pero, desde luego, habían pasado varios meses después del supuesto desastre que había dejado a Clara desolada. Todavía quedaban restos de palos carbonizados en lo que había sido la candela del sacrificio; y allí forcé tanto la voz, que me quedé ronco como Martín gritándole a Rechivaldo. Cuando bajaba me sacudió un lloriqueo tembloroso que me hizo pensar si no estaría poniéndome enfermo de los nervios.

Después de veintiséis años —ya cuento dentro de poco con 45 tacos—, veo las cosas de otra manera. ¡Sólo faltaba! Entonces creía que todo era inmutable, que mis actitudes se conservarían sempiternas. Y sin embargo, cada día que pasa me siento más voluble y volátil. ¡Cómo se arriesga el amor más apreciado por ser un inexperto y creerse que uno tiene la razón en todo! Aquella mezcla de sentimientos hizo que el empecinamiento triunfara en mis entresijos, y no sé si artificialmente, pero soporté con pavor gélido una mirada penetrante de Clara con una lejanía de abismo en sus pupilas inundadas. ¡Qué barbaridades cometíamos a los dieciocho años!

Naturalmente, hoy considero la quema del pergamino como una barbaridad histórica. Menos mal que entonces le hice caso a Clara aunque no quise reconocerlo, ni que ella supiera que triunfaba su opinión sobre la mía. Todo esto está minuciosamente relatado en el primer libro que publicó el profesor titulado “El Baco”. No hubiera pasado nada a nadie si lo hubiéramos devuelto al archivo de la catedral de Astorga. La culpa la tuvieron los policías que me amedrentaron.

Clara me suplicaba con una angustia silente que no lo quemara. Al recordarla y tener presente su expresión de angustia impotente, se me derriten los sesos en el centro del cráneo. Es hoy el día en que me dice que lo olvide de una vez, que son cosas pasadas, que todos tenemos obsesiones, pero que ya me estoy pasando. Repito otra vez que, cuando se publique esto, no sé por qué se me habrá quitado un peso de encima. ¡No me explico cómo pude tener valor para engañarla! Clara me creía a pies jun-

tillas. Cuando íbamos a quemar el pergamino, Clara iba llorando, algo consolada porque por lo menos quedaban las fotografías del pergamino de Arias Didaz. No obstante yo tenía que tener un testigo para, incluso, jurar ante cualquiera que lo habíamos quemado. Yo tenía encima de mi cabeza dos azotes: uno que me azuzaba indicándome que ni se me ocurriera quemar aquella joya paleográfica, y otro por el que, con pánico cervical, me obligaba a hacer desaparecer el cuerpo del delito después de haberlo robado en el Archivo Diocesano de Astorga. Cuando yo eché al fuego aquel cartón apergaminado que se volatilizó en breves segundos, Clara sólo vio acrecentarse el fuego en el que desapareció inmediatamente. Al fin y al cabo, venció ella con su candor y delicadeza.

No se había dado cuenta de que la engañé miserablemente, porque los pergaminos auténticos tardan mucho en quemarse, se van retorciendo poco a poco y siempre quedan restos calcinados, pero allí no quedó nada. ¿Será posible —pensaba yo entonces—, que en algún momento Clara no recapacite y piense que, al arrojar al fuego el supuesto pergamino y al achucharse llorando contra mi pecho, lo que salió de entre el fuego fue un relumbrón únicamente causado por la quema de unos vulgares cartones?

Clara tardó mucho tiempo en saber que yo guardaba el pergamino: la escritura de Arias Didaz del siglo décimo, con la que entregaba nuestro retablo famoso al Abad del monasterio. Bueno, pasaron varios años sin que lo supiera nadie a excepción del profesor de Lengua que me prometió guardarme el secreto después de aceptar la custodia. Y fue cuando él se entusiasmó con la investigación de Baphomet, cuando hiló la relación que tenía ese pergamino con los que le había entregado el mendigo del pie cortado.

Sin duda, la ausencia de Clara influyó más en mi vida haciéndome más sensato y reflexivo, durante el tiempo posterior a nuestra ruptura, que cuando jugábamos a ser novios en el instituto y el año en que cursábamos primero de carrera.

Yo creo que todo se debía a que, cuando salíamos, nuestras conversaciones eran unidireccionales, porque yo lo único que hacía era escuchar, ya que la temática que yo estudiaba, a ella se le haría imposible con tanto cálculo infinitesimal y tanta álgebra, y sin embargo, su dicción tan exquisita me fascinaba más a mí que yo y mis ocurrencias a ella, a pesar de que la palabra fascinante me la decía con mucha frecuencia sin perder fuerza expresiva por más que la repitiera, enmarcada en una sonrisa constante.

En el fondo de mi sinceridad he de confesar que yo la tenía por menos como a todos los de letras, hasta que me convencí de la impronta que había sellado en mi persona, después de nuestro mutuo abandono. Tanto es así que en mis vacaciones y ocios, que también los tengo, me he aficionado de tal manera a la literatura y la historia que no me importa escribir lo que estoy escribiendo desde el fondo de mi alma: todas estas cosillas y cositillas de mi biografía, que es lo más íntimo que me guardaba.

Creo que sin la influencia de Clara hubiera sido de todo punto imposible componer este relato.

Clara también me enseñaba, aunque no podría reproducir sus palabras, que la música es el arte de las formas puras. Al principio yo no le prestaba mucha atención, hasta que un día, como si de un gran sarpullido se tratara, me salió una concepción, o, mejor dicho, una visión del mundo del arte, con una claridad que nunca había atisbado. Naturalmente en los conciertos, los pocos a los que consiguió que la acompañara, al principio me aburría; y aunque no tan de repente como con el resto de las artes, fue despertando mi sensibilidad hacia el arte de las formas puras. ¿Quién me iba a decir entonces que años más tarde llegaría a ser un apasionado que se gasta todo su dinero en arte?

No voy a proclamar que el paralelismo de nuestras vidas con Martín y Gelvira es exacto. Claro que yo no he matado a ninguna hermana suya, pero en algo esencial coinciden: Clara fue mi maestra de la vida; y como le decía a Martín el capitán de un barco, *“los grandes amores se fraguan en la distancia”*. En eso también coincidimos. No obstante, compararme yo con Martín sería un atrevimiento imperdonable; sin embargo, la personalidad de Clara sí es comparable o superior a la de Gelvira.

En otras ocasiones he vuelto a Astorga y a sus alrededores; desde allí hago una escapada hasta la Mesopotamia Leonesa y otras comarcas. Me encanta la lucha leonesa. Cada vez que voy a ver un corro, vuelvo más asombrado porque voy calando lo que en poco tiempo es imposible de descifrar. Allí la gente parece de cristal de roca, es dura y transparente al mismo tiempo, con las aristas bien definidas. Sabes perfectamente a qué atenerte. Debe de haber mentirosos como en todas partes, pero no abundan, porque en mis correrías yo no he encontrado ninguno todavía.

Dicen que los estereotipos no son ciertos, pero a los leoneses la formalidad hasta en el saludo se les nota. El saludo leonés es noble, con garra de aluches. Los luchadores, en los corros, siempre han sido hombres que se miran de frente, casi sin atreverse a arrepentirse ni de sus crímenes, porque las decisiones siempre las toman después de haber sido muy meditadas. Creo que Martín era ya en el siglo XIV un buen estereotipo.

Como no descanso para escribir, las ideas mezcladas con imágenes y palabras me van viniendo como un alud, pero he de serenar la mente para ordenarla. Relataré mi viaje a París, después de que no pudiera convencer a Clara.

Evidentemente, ella estaba condicionada por muchas circunstancias: los padres, la sociedad. ¡Qué dirían las vecinas!

Me fui a París sin ella, y tuve unas amargas experiencias amorosas, aunque en el furor de mi bisoñez me parecían excelentes. A mis padres les había dicho que era imprescindible perfeccionar mi francés para el futuro profesional. Como el profesor los llamó y les dijo que sería mi tutor en Francia, no opusieron resistencia. Clara se quedó desconsolada.

Cualquiera pensará que deliro al expresar esas contradicciones en mi comportamiento. No deliro, lo que pasa es que a mí me han ocurrido así las cosas y las cuento como las sentía, cuento cómo las pensaba y como sucedieron. Por lo tanto, que nadie

se crea que me estoy contradiciendo con lo que he dicho más arriba. Reconozco que esa mezcla de sentimientos es para sentirla, no para narrarla.

En cuanto a la travesía de España y de Francia, no tiene mucho interés desmenuzarla. Un marroquí de más de cincuenta años, que no estaba acostumbrado a la indumentaria europea porque llevaba abierta la bragueta y no se percató en todo el viaje, me invitó a naranjas. Llevaba un saco con frutas desde Tetuán hasta París, dos fardos inmensos llenos de hatillos y una maletona que parecía de las de antes de la guerra. Hablaba español bastante bien, aunque confundía la e con la i y la o con la u constantemente.

A las dos de la mañana empezó a rezar sin ningún miramiento y el muy cachondo despertó a todo el vagón dando voces. Todo su problema consistía en colocarse mirando a la Meca. ¡Vaya sufrimiento se le adivinaba en las arrugas de la frente porque no daba con la dirección deseada! Zarandeado por el traqueteo, intentaba arrodillarse en el pasillo, hasta que logró enclocarse como un ánade en su nido. El tren marchaba de sur a norte y él debería mirar hacia el este. En su intento de acomodo basculó el tren en un cambio de agujas, y en el vaivén se pegó tal golpe en la frente que se le hizo un chinchón como un huevo de gallina, pues se golpeó contra la esquina de la puerta antes de dar en el suelo todo lo gordo que era. Por lo menos aparentemente no le preocupaba el bulto y lo olvidó en pocos minutos.

Tuvimos tiempo de contarnos nuestras vidas. Me resultó muy simpático el viejo rifeño. Me llegó a decir que Cousteau estaba profanando lo que el Corán ya había descubierto sin tanta ciencia, y que las hojas blastodérmicas de los embriones ya las describía su libro sagrado que estaba escrito en el cielo. “El Corán es suficiente —me adoctrinaba— para explicar todos los misterios de la naturaleza”. Con tantas conferencias, terminé del viaje con la cabeza como un bote. Debía de ver en mí un fakir en potencia, porque me sonreía con un canino de oro, invitándome a cambiarme el nombre y convertirme al Islam.

Cuando llegué a París, me encontré desolado. Había quedado con el profesor de Lengua Española del instituto, debajo de un punto de información de la estación de Austerlitz, si bien me había dicho que, de no encontrarnos por cualquier motivo o que le fuera de todo punto imposible acudir a esperarme, tendría que arreglármelas para llegar al hotelito cuya dirección llevaba apuntada. Había que ser precavidos y tener pensadas las posibles incidencias, por si acaso... En ese momento desmitifiqué al profesor de Lengua y le llamé cabronazo en alto, y todos los insultos que se me ocurrían.

Yo, que me había creído tan adulto, en ese instante me sentí como un niño pequeño desprotegido, con tal desazón que no me hubiera importado haberme dado la vuelta en el tren de regreso; pero tiré para adelante, porque, a pesar de todo, me impulsaba un afán de adentrarme en lo desconocido.

Tuve momentos de zozobra, pero en esa confusión pudo más la determinación que el desasosiego. Además llevaba el trabajo buscado en la empresa de limpieza, lo que me facilitaba mucho las cosas.

El profesor me había buscado ese trabajo en tanto no me contrataran como pintor y albañil para pequeños arreglos.

Cogí un taxi después de entrar en un bar a llamar por teléfono y haberme hecho un lío, pues, aparte de no conocer bien la lengua, tuve que pedir ayuda a un hombre como de treinta y cinco años, con los pelos tiesos y una cartera de ejecutivo que yo nunca había visto, con unas cerraduras extrañas que parecían dos tambores de revólver. En mi lugar llamó él por teléfono al hotel del que llevaba yo la dirección, por ver si la reserva que había hecho desde España seguía en vigor.

El teléfono público tenía un funcionamiento que no había quién lo entendiera. Además, había que comprar previamente una ficha metálica pues aquel armatoste no funcionaba con monedas.

Yo creía que, con lo que había estudiado en el instituto, me sobraría para entenderme, pero la realidad fue que a duras penas nos entendimos con mi poco francés gesticulado y su buena voluntad. Menos mal que, sobre todo, la mímica había funcionado, porque, si no, no sé qué hubiera sido de mi persona en aquellas circunstancias. Llegué a acongojarme, pensando que había salido de casa la primera vez y nada menos que a un sitio desconocido a dos mil kilómetros. Aquel hombre, aun sin conocerlo de nada, me acompañó al hotel en mi mismo taxi, pero pagué yo y él no se opuso. Yo estaba mosca porque no me hablaba nada, aunque me sosegué un poco pensando que con el trabajito que nos había costado entendernos las pocas ideas importantes e imprescindibles que habíamos intercambiado no nos íbamos a poner a hablar de cosas intrascendentes.

El hotel estaba cerca de Galerías Lafayette. Cuando pasábamos por la calle me indicó que detrás se encontraba mi hospedaje. Eso se lo entendí perfectamente.

Cuando terminó de hablar, me sonrió, ladeó la cabeza hacia el otro lado, y la volvió a ladear hasta cruzarse con mi mirada.

Tuve suerte —pensaba— al encontrar un hombre tan amable. Intenté calmarme, porque otra vez me invadía una confusión que no me dejaba pensar relajado: me vino a la mente que yo a aquel hombre ya lo había visto en el andén, a lo lejos, cuando me separé del magrebi en la estación; y me quedé de piedra cuando me despidió en francés con frases cortas y separando las palabras como si estuviera escribiendo. Aquella locución se la entendí perfectamente. ¡Con qué cara llegaría yo a París, que al verme con aquel semblante distraído entre el ajeteo de los viajeros, y que un ladrón se me acercaba peligrosamente sin darme cuenta, siendo policía, se vio obligado a protegerme. Me percaté de que no tenía ni idea de andar por el mundo. Quedé sorprendido cuando me dijo, con un español rudimentario, pues veía que yo de francés andaba escaso, que “hiciera atención a mis pasos” por París, que era una ciudad peligrosa sobre todo para los despistados, o algo muy parecido. En ese momento no le entendí todas las palabras, pero días más tarde, cuando estaba más suelto, el guarda nocturno del hotelito, que más que un hotel parecía una pensión de tercera, me lo recordaba con chanza, una vez que habíamos alcanzado algo de confianza, ya que se había sorprendido al verme llegar al hotel con un policía.

Interiormente dejé de insultar al profesor porque empezaba a suponer que algo gordo le tenía que haber sucedido.

Aquella noche, me ocurrió de todo. Al fondo de la habitación se camuflaba un armario empotrado de puertas decoradas con el mismo papel que las paredes. Dos puer-

tas correderas no podían abrirse pues estaban claveteadas por todas partes, y la tercera, que conservaba dos bisagras postizas de tres que le habían clavado —vaya chapuza—, estaba abarquillada y no corría, con lo que al intentar abrirla me cargué el raíl de arriba y se astilló la madera haciendo un ruido rechinante.

Una vieja, con camisón de flores parecidas al empapelado de las paredes, que escuchaba mis movimientos detrás de la puerta, entró sin pedir permiso a ver qué había pasado. Me daba unos chillidos que me traspasaban el cráneo; y entre todos los improperios que me debía de estar echando, sólo le entendía la palabra "merde".

Mi reacción debió de ser de lo más estúpido por lo sorprendente del momento, pero no me daba tiempo a recuperarme, de tal manera que me apuntaba con el dedo índice la puerta y la ventana como si estuviera representando una astracanada en gorro tejido con ganchillo, y sin un solo diente en sus mandíbulas.

Debía de estar diciéndome que me echaba, que a hacer ruidos a otra parte; pero como yo estaba inmóvil, sin decir palabra, y con aspecto de inocente, desistió del intento de expulsarme.

Yo, por quitármela de encima trataba de decirle que no se preocupara, que la arreglaría; pero aquello parecía un diálogo de idiotas, porque ella farfullaba palabras francesas como si fueran tacos o improperios. Sin dentadura, con pómulos y mofletes abultados en un solo cuerpo, parecía una babosa con cara de leona enfurecida. ¡Era feísima la condenada vieja! Debía de ser una pensionista meticona que vivía de continuo en el hotel. Sin hacerle caso le di la espalda y me dispuse a deshacer la maleta y a colocar la ropa en las estanterías del armario, con lo que se dio media vuelta dando voces y abandonó la habitación en medio de alaridos atronadores. Por fin se perdió en el silencio y allí no apareció nadie. La habitación no tenía baño ni ducha, pero sobre la misma moqueta desgastada y desteñida, de floronas que habían perdido los colores, como de haber aprovechado dos retales distintos, había un bidé viejo con dos grifos decimonónicos y sendas letras indicativas para el agua fría y para la caliente. Tampoco tenía lavabo. No podía entender cómo una habitación de un hotelucho tenía en la misma habitación un bidé con agua fría y caliente y sin embargo carecía de ducha. Se lo pregunté a la hija del hotelero mientras, al día siguiente, desayunaba; me contestó con una risilla picarona mirando a otros clientes que también se guardaron la cara en la barbilla sonriendo maliciosamente. Hasta pasados muchos días no dí con la tecla.

El hotelero era un vejete que no salía de un sillón de mimbre almohadillado en todos sus barrotes; a los clientes los abordaba hablándoles de la Resistencia. La "guesistans", silabeaba abriendo los ojos húmedos y rojos, a la que él había pertenecido. La hija regentaba el hotel, tenía cuarenta y tantos años y estaba soltera; "celibataire", me decía. Me repetía la palabra "celibataire" a la menor ocasión que encontraba, hasta que, habiendo subido yo para la habitación después de cenar, a eso de las nueve de la noche, tumbado encima de la cama pensando que había cometido la imprudencia de no haber llevado ni la dirección ni el teléfono del profesor, entró en mi habitación después de tocar con los nudillos en la puerta. Llevaba un juego de sábanas en la mano y sin preguntarme nada comenzó a cacarear diciendo que la "bonne" que había hecho la limpieza por la mañana se había olvidado de cambiarme las sábanas, y que ella la tuvo que reñir, y que a lo largo del día, con tantos quehaceres en el hotel, se le

habían pasado las horas sin haber podido entrar a mi habitación, pero que tenía que hacerme la cama y cambiar las sábanas.

Al principio yo estaba en las musarañas, como un inocente. Aunque me parecía algo extraño, me creí sus actitudes y sus palabras; pero cuando se sentó a mi lado sonriendo, con las sábanas en el regazo y me dijo que me traería algo de beber, yo comprendí que la tía deseaba algo más, aunque no encontraba respuesta satisfactoria a mi incógnita, por lo que estuve observándola durante unos segundos.

Nos cruzamos una sonrisilla, que por lo que a mí respecta debió de ser muy absurda, e inmediatamente le dije que no lo tenía pensado, pero, si no le era mucha molestia, a mí no me importaba beber una copa. Soltó las sábanas en la mesa y salió disparada. No tardó ni un minuto en traer una botella de un licor malísimo de no se qué hierbas. ¡Jolín con la Marguerite, que así se llamaba! Me sirvió una copa y me la iba a dar en la boca como a un niño. Parecía una madre frustrada la cuarentona que, por otra parte, no estaba muy mala, algo mofletuda, ni muy gorda ni muy delgada, las tetas las tenía fuertes y tersas y más bien grandes que chicas. Sólo de verla con aquella apatencia me puso en el disparador y se le cayó el licor, que intentaba darme a beber, por mi pecho y por la barriga, y así trataba de sorberlo sobre mi piel, de tal manera que se despechugó un poco sin darle tiempo más que a besuquearme enfurecida, porque la llamó a voces su padre, insistentemente, desde el descansillo de las escaleras, y salió corriendo a pasitos nerviosos sobre la moqueta, componiéndose las horquillas del pelo.

A todo esto, me había distraído de mi preocupación más acuciante: que pasaban los días y la llamada o la visita del profesor de Lengua no llegaba. ¡Algo raro le habría pasado!

Me acordaba de Clara y me reprochaba a mí mismo tener un corazón de cuarcita, porque no sentía arrepentimiento ni nostalgia. Sólo tenía ganas de repetir, y comprendí que, de momento, había tenido suerte, pues la Marguerite me lo había puesto todo muy fácil.

Me ofusqué pensando cómo podría aprovechar aquella circunstancia para no pagar nada de pensión en el hotelillo, pero eso no se me arregló. Hubiera sido lo último —¡un gigoló!—, pero en aquellos momentos estaba dispuesto. Desde luego, en la comida siguiente me traía las mejores tajadas.

El que llevaba las cuentas y la caja era el padre; por eso no pude quitarme de trabajar en la "entreprise de nettoyage", que decían los emigrantes de entonces, de la que el profesor de lengua me había informado y para la que me había redactado una carta de recomendación como buen estudiante, aunque Marguerite quería que no trabajara —llegó a decírmelo en el pasillo furtivamente— y estuviera dispuesto para ella todo el tiempo.

Con su padre tenía una relación de rara dependencia, porque solamente ella trabajaba, llevaba el control de todo el hotel, pero no cobraba ni un franco; cuando necesitaba dinero se lo pedía al viejo. Éste no le negaba nada, pero le controlaba hasta una entrada de cine.

Si se hubiera muerto el padre, que era lo que se me pasaba de vez en cuando por la cabeza que tendría que suceder para quedar yo bien situado, ese verano habría quedado yo de jefe de la casa.

Menos mal que no fue así, porque yo era tan bicho que hubiera picado y vete tú a saber qué hubiera sido de mí en aquellas circunstancias. Se me puede reprochar que era una locura, pero en lo más sincero de mí mismo he de confesar que estaba en las nubes y había picado en su anzuelo como un pardillo. Hasta pasado algún tiempo no me dio vergüenza ante mí mismo.

Por fin, me llamó el profesor desde Madrid, desde el hospital “La Paz”, operado de varias fracturas en la pelvis y la quinta vértebra lumbar dañada —¡vaya chasco!

69

No lo mató un coche de milagro al cruzar una calle parisina, cuando acudía a la estación de Austerlitz a esperarme. Tuvieron que operarlo aquella misma tarde en un quirófano de urgencias. Después de operado, la compañía de seguros del coche lo evacuó en un avión ambulancia hasta el aeropuerto de Barajas para permanecer inmóvil varios meses en España. Al profesor le preguntaron a ver si quería quedarse en Francia o volver a España y eligió volar, pues la compañía aérea le había dado todas las garantías. Alguna complicación surgió en el transporte que al llegar a Madrid volvieron a operarlo para descomprimirle la médula. Estaba bien de ánimo aunque atravesado con hierros y tornillos de cadera a cadera. Le dijeron que se despertó de la anestesia preguntándole al médico a ver dónde coños se había metido Leo y hablándole a la enfermera acerca de Nogaret, de Felipe IV, de Baphomet y de los templarios.

Al parecer fue la atracción de todo el personal sanitario, porque, delirando, se cagaba en la puta madre de todos los franceses, a excepción de la madre de Gotier que era una santa —decía—, por haber educado tan ejemplarmente a su hijo. El pobre hombre pasó un calvario todo el verano y parte del otoño, pero quedó perfectamente, sin secuelas, que fue lo más importante.

Cuando me llamó por teléfono, lo tenían inmovilizado, sólo manejaba los brazos y movía el cuello en una cama antiescaras pasando, a pesar de todo, la de Dios es Cristo —se lamentaba.

Me había llamado para darme la dirección de París, donde vivía Madame Denisse, la descendiente de Counillac porque en su puerta había un letrero en el que se solicitaba pintor de brocha gorda y chapuzas a domicilio”.

A los dos días lo llamé yo, y fue cuando me dijo que, desde que habló con mis padres para pedirles permiso, no había cesado en la búsqueda de detalles. Había continuado incansable con su investigación después de haber conseguido, del mendigo de la tejera, el hilo que lo llevaría al ovillo de París.

Me decía que no le había resultado difícil entrar a los archivos. Como tenía el carné de investigador de la Biblioteca Nacional, se le abrieron todas las puertas en bibliotecas y archivos de Francia.

El profesor había investigado los descendientes del capital Counillac.

Había estudiado los escritos del bohemio mendigo del pie cortado, donde encontró la filiación, dirección del militar y todos los datos dispersos por distintos archivos.

Con mucha paciencia fue componiendo el puzzle. En un pueblo agrícola cercano a París, había dado con la casa de los herederos del militar francés que se había llevado del valle del Oza la mitad de los manuscritos de Martín, Gelvira y Roderico.

Solamente encontró viva a una descendiente a la que le hubiera correspondido haber sido una *damoiselle* de alto coturno, y sin embargo, como toda la descendencia de aquel militar francés se fue degradando, ni siquiera podía sostener la casa del pueblo, con lo que se fue a la ciudad a trabajar de conserje en un inmueble parisino cercano a la Facultad de Ciencias.

¡Quién podría imaginar que aquella *concierge* era la nieta de un chozno de uno de los militares preferidos de Napoleón Bonaparte, quien desde la batalla de Astorga, que figura en el Arco de Triunfo de la Plaza de la Estrella, emprendió un ascenso fulgurante en el ejército!

Todavía hoy no tenemos desmenuzados todos los detalles, pero, según los escritos, el abuelo de su tatarabuelo era el general Counillac; alguien le ha asignado este grado y figura una nota, indicándolo, en los márgenes del escrito.

El profesor ha buscado y rebuscado y no ha encontrado ningún general Counillac en los archivos, por lo que hemos colegido que sería un militar de alta graduación, no General sino un Teniente Coronel que murió en otro campo de batalla, con una graduación muy superior a Capitán, de la que gozaba en la batalla de Astorga.

Después de tantos trabajos, hay algo que queda absolutamente claro: viven dos descendientes del militar Counillac, tuviera la graduación que tuviera: el mendigo bohemio astorgano del pie cortado, Gustavo Counillac, y la *concierge* de París, *mademoiselle* Denisse.

En París me quedé solo.

A pesar de que mi amigo Pablo y yo creíamos que ya no teníamos que aprender nada después de haber pasado mucho nerviosismo juntos, entendí que apenas había comenzado a enterarme de lo que valía un peine, como decíamos vulgarmente.

Le dije a Marguerite que me había salido un trabajo mejor pagado que la limpieza de oficinas, y ella misma se ofreció a acompañarme y comprobar los extremos del anuncio. Era un sábado y ese mismo día me acompañó en el metro a la entrevista del anuncio "peintre et petit maçon".

Me descifró el folio pegado a la puerta grande con un marco de papel de fixo.

Tardó un buen rato en descifrármelo porque —y eso me sorprendió mucho— no entendía algunas palabras.

En el anuncio se especificaban todos los trabajos que había que hacer en el colegio. Y antes de entrar a la entrevista me despidió con un mordisco que me succionó sangre, la muy condenada.

Era un edificio negruzco, cerca de "Jussieu" y de la Facultad de Ciencias, un centro de estudios por correspondencia que ocupaba los bajos de toda la manzana con los sótanos, y el primer piso entrando por un portal principios de siglo, enlosado con mármol blanco y un ascensor de los que se le ven las tripas, con muchos hierros y rejas, manillas de latón brillantísimas en la doble puerta de madera y cristal biselado, con una lucecita en tulipa de vidrio opaco a modo de percha.

Me recibió la dueña, una señora de unos sesenta años, muy repeinada con cardados antiguos, pintiparada a las artistas de los años cincuenta, de ademanes refinados, que se deslizaba entre el mobiliario decadente de marcos repujados y marfiles en el vestíbulo. Madame Racine me dijo que se llamaba. Me pasó al recibidor de su casa, decimonómicamente lujoso, lleno de fotos de niños que tenían aspecto de ser sus nietos, pero muchos eran repetidos: los mismos niños de distintas edades, y fotos de bodas como si fueran hijos, nueras, hijas y yernos.

Más adelante me enteré de que no era viuda, cosa que había supuesto a primera vista. Le debí de caer bien a la señora y encontré, a lo largo de la conversación, la oportunidad única para obtener estancia gratis en el momento en que me hablaba de que, claro, al ser español y no tener los permisos de trabajo arreglados, sería imposible que yo le pintara todas las dependencias del negocio durante las vacaciones —les grandes vacances—, decía ella.

Aunque mi francés había mejorado un poquito, de aquella conversación salí con dolor de cabeza. En lo fundamental nos fuimos entendiendo. No obstante, mi francés mejoraba de día en día y yo estudiaba como un cosaco en todos los ratos libres que podía.

En ese momento le insinué que era muy fácil arreglarlo. Con todo el atrevimiento del mundo le dije que nadie tenía por qué saber que ella y yo no éramos amigos desde hacía mucho tiempo; lo único es que yo tendría que vivir en su casa, y entonces le conté mi vida como pude, incluso pormenores acerca de mis padres, para ver si así la convencía. Viviendo en su casa, nadie podría denunciarla de que tenía un trabajador sin seguros sociales. En esto, llamó por teléfono a un tal Rabusseau, que luego resultó ser el director de aquel centro, que, aunque estaba de vacaciones, tenía pinta de ser su asesor y consejero. El tal Rabusseau no se fiaba porque se presentó en unos minutos y me sometió a un interrogatorio que parecía el de la policía de Astorga en el Instituto, según está relatado en el otro libro del profesor de Lengua.

Yo me cansé y, además, como estaba chapurreando inglés, que era en lo que con más fluidez me podía entender con aquel hombre, le dije que no hacía falta que desconfiaran. En inglés nos entendíamos mejor que en francés, y se me ocurrió ofrecerle trabajo gratis durante una semana en prueba, para que vieran que yo era capaz de pintarle todo el complejo durante los dos meses que me quedaban de vacaciones, pero que comprendieran que yo estaba pagando un hotel, y como yo les

cobraba la mitad que un pintor francés y sin seguros sociales, lo que sí necesitaba es que el alojamiento me saliera gratis, porque si no, no me merecería la pena.

La señora, que tenía más conocimiento de la vida que el joven director, se sonreía durante todo el tiempo, sobre todo cuando yo respondía a las preguntas del interrogatorio. Ella no apartó su dedo índice cruzándole la cara con el pulgar en ángulo recto mientras yo notaba que me observaba sin pestañear siquiera. Por la manera de sonreír continuamente, yo comprendía que le estaba cayendo bien y las esperanzas cada vez se hacían más realidades. Así fue: accedieron y concluyeron que no hacía falta que trabajara gratis, que me pagarían al final de cada semana a razón de veinte francos al día. La habitación que iba a ocupar no sería la de su mismo piso, sino la ubicada al lado de la "concierge", madame Denisse, bajando tres escalones del portal, en un semisótano. Esa habitación la ocupaba durante el curso una señorita, secretaria y relaciones públicas encargada de la propaganda de la empresa.

Empecé a intuir que era una empresa importante, porque la primera semana vino a conocerme y a pagarme Monsieur Thierry, hijo de Madame Racine, con un coche que yo nunca había visto, un Jaguar blanco por dentro y verde por fuera, como el acertijo, para ir a un almacén de pintura cerca de Versalles a comprar los pinceles, rodillos, esponjas, pinturas, (fue la primera vez que vi un teléfono en un coche) y un detergente que era como lejía por el olor tan fuerte que casi no podía resistir. La habitación me pareció estupenda. Cuando me encontré solo en una clase —además era externado de niños difíciles de bachillerato— grité, y el eco se extendió por todo el colegio. Daba algo de miedo.

Empecé por los techos. El primer día no hice más que limpiar suciedad acumulada durante años. Empecé por el portal que daba acceso a la secretaría del centro directamente. Estaba en lo alto de la escalera cuando salió Denisse con un cubo, trapos y botes de limpieza.

—¡Bonjour, madame! —saludé a Denisse la primera vez que la veía salir a la calle.

—¡Bonjour, monsieur! —me sonrió con ternura de abuela.

Se disponía a limpiar los intersticios de la media hoja que siempre permanecía cerrada donde la suciedad de todo el año se fundía con la puerta y con el marco. Intentaba deslizar el pestillo que la anclaba al suelo y no podía. Probó de nuevo con una bayeta para no hacerse daño en la mano al tirar fuertemente.

“No se había abierto desde el verano pasado, y ya me costó trabajo abrirla” —decía—. “Una vez al año, por lo menos, hay que limpiarla. No tendré más remedio que dejarla” —hablaba en alto sabiendo que yo la oía.

Bajé de la escalera y fui a ayudarla pero tampoco podía. La pintura seca impedía abrirla. Me agaché para rasparla con mi espátula con paciencia y, a pesar de todo, me costó trabajo abrirla. No sabía cómo agradecerme. Se deshacía en exclamaciones. Yo creo que me dijo “merci” quinientas veces, y no era para tanto, pero me agradecía el detalle de haberme molestado por ella.

A media mañana me trajo un café con leche con un pastel, sin haberme preguntado, suponiendo que no lo rechazaría.

A los dos o tres días, por la noche, antes de acostarme, había ido al váter al colegio, y vi unas siluetas de gente a través de los inmensos portones de hierro, enrejados y con cristales opacos. No le di importancia. Miré para atrás antes de cerrar la puerta que conectaba el colegio con el portal de la casa, donde yo tenía mi habitación, y me pareció ver que unos gamberros nocturnos estaban subiéndose a los hierros de la puerta por fuera, pero seguían siendo leves siluetas apenas perceptibles por la oscuridad que reinaba. Me dormí plácidamente; el día había sido duro subido a las escaleras limpiando con “chiffones” y estropajos.

A eso de las dos de la mañana, un vocerío escandaloso me despertó. De momento no me situaba. Seguían las carreras, los gritos, las sirenas de la policía y todo el vecindario levantado. Entre todo el bullicio yo entendía: “voleurs, voleurs”, y se oyeron disparos sordos y más sirenas estridentes de la policía francesa, que no paraba de llegar con furgonetas de chapa acanalada y ambulancias. Habían acordonado la zona y, por un momento, empecé a preocuparme por si acaso había alguna confusión conmigo.

Salí al portal del edificio entre subidas y bajadas de los vecinos de nuestro edificio y de los edificios contiguos en pijamas y camisones.

Metralletas, pistolas y uniformes intentaban poner orden.

Logré salir a la calle a empujones.

Tendido en el suelo uno de los ladrones, le dispensaban los primeros auxilios médicos después de haberle disparado. A los otros tres los tenían despatarrados contra la valla del jardín de enfrente mientras que los cacheaban esposados.

La calle parecía una feria iluminada con focos potentísimos instalados en las furgonetas, y la muchedumbre parloteaba a voces murmurando con quejas y lamentos que en aquel “quartier” —decían— nunca se habían visto con un panorama semejante. Los habían detenido justo en el primer piso, encima de los portores de hierro del colegio donde hacía un rato yo los había visto.

La verdad es que me hice el fuerte pero me temblaban las piernas. ¡Se habían refugiado allí mismo, a mi lado, cuando eran perseguidos!

La gente se fue apaciguando cuando se marcharon los vehículos y la policía instaba a los vecinos a que volvieran a sus casas diciéndoles que ya se había solucionado todo. Al parecer eran criminales peligrosos que se habían fugado de la cárcel aquella misma tarde. Fueron goteando en la retirada de cada cual a su casa, y madame Denisse y yo entramos los últimos a más de las tres de la mañana.

Cuando ya reinaba el silencio, antes de haberme dormido, oí que se abría la puerta de madame Denisse tosiendo, que salía a la calle ahogándose.

Yo me levanté a ver qué le pasaba y no podía hablarme. Sólo hacía ademanes de que no me preocupara, que ya se le pasaría. Parecía que se había atragantado porque no respiraba. Yo me asusté y le dije que llamaría a los vecinos para que pidieran una ambulancia. Era lo único que se me ocurría. Seguía tosiendo y diciéndome por señas que no, que ya se le pasaría. Le fue amainando el episodio a medida que inflaba el tórax y levantaba la cabeza para tomar aire.

—Eso es alergia a los gatos — le dije—, no hace falta ser médico para saberlo. Su tez de porcelana había enrojecido.

Ya había observado que tenía pasión por estos animales, cuando salía con su gatazo de angora, perezoso por lo bien alimentado, a echarle de comer a los gatos vagabundos del barrio.

Ya estaba amaneciendo cuando se le fue pasando. Y le ofrecí mi habitación para que durmiera. Yo iré a la suya hasta que se deshaga del gato antes de limpiarla — intenté atemorizarla para que me hiciera caso—, que las alergias pueden ser graves. Yo tengo dos compañeros de instituto a los que les pasa lo mismo y no pueden acercarse a los gatos.

“Gracias, hijo —me decía—; sé muy bien lo que es mi alergia y el gato no duerme conmigo, tiene su habitación propia y tiene siempre la ventana abierta. Lo baño todos los días y sólo lo siento en mi regazo un ratito después de bañarlo. No tengo alfombras, no tengo cortinas. Estoy bien aconsejada por mi alergólogo —volvía a deshacerse en agradecimientos—. Esto me ocurre cuando estoy nerviosa, y esta noche llevé un buen susto. Cuando se me acrecienta, por algún motivo, al aire libre y respirando un rato se me va pasando. Duerme tranquilo, hijo mío” —concluyó diciéndome.

Todavía dormí dos o tres horas.

Durante la siguiente jornada de trabajo, las brochas y los rodillos se me caían de las manos de lo cansado que me encontraba. Estando yo sólo en aquellos techos, me imaginaba a Miguel Ángel pintando la Capilla Sixtina, y entre pincelada y pincelada por los estucos barrocos de las lámparas y las esquinas, tenía tiempo para pensar en todo. A veces me cansaba de pensar y silbaba o cantaba cualquier cosa.

Los días siguientes me gustaba oír los ecos de aquella soledad en medio de un París gigante, interrumpida por Denisse, que a media mañana me llevaba un café con leche, cada día con un pastel distinto —me decía— para que degustara la repostería francesa.

Un día, con el café, me trajo una visera blanca, que me había comprado:

“C’est un cadeaux” —me la ofreció con candor de abuela cariñosa.

Desde luego, debía de ser un cuadro grotesco verme con un plástico en la cabeza moteado de pintas blancas por haber comenzado a pintar el techo, en bañador y con una camisa también sucia y pintarrajeada.

“¡Oh, mon petit, mon petit!” —me decía, como si le diera lástima.

Al día siguiente me trajo un mono blanco con cremallera de arriba abajo, “especial para pintores en verano” —recalcaba—, y, cuando me lo puse, ya no sudaba tanto.

El domingo por la tarde iba a pasear al Sena y allí me encontré con un grupo de españoles que se relacionaban a su vez con muchos otros, de la Universidad de Salamanca sobre todo. También había gente de Valladolid, de Oviedo y sobre todo catalanes. Andaluz, era yo el único.

Cuando trabé un poco de amistad —aquella gente no entraba a la primera—, hice muy buenos amigos: Pedro, que estudiaba segundo de Magisterio en Burgos y Toni cuarto de filología inglesa en Valladolid. Estos tenían problema con el alojamiento caro e insalubre. Yo pensaba que en el colegio podía hacerse sitio para ellos, metiendo dos somieres en un aula.

Ni corto ni perezoso, al día siguiente me dispuse a plantearle a Madame Racine, la dueña, que era mucho trabajo para mí, pero que conocía a dos españoles estudiantes a los que conocía bien, que podían venir a trabajar conmigo, pero que tendrían que vivir igual que yo en el colegio.

Supuse que la convencería porque había puesto en mí su confianza y le había resultado formal y trabajador, pues cuando se pasaba una vez a la semana con su hijo Monsieur Thierry siempre decían “tres bien... tres propre”.

Cuando iba a decirle esto, se me adelantó diciéndome que la tarde anterior, cuando yo no estaba, Madame Denisse se había caído y estaba internada en el hospital con dos fisuras en un hueso, no le entendí bien cuál era, y otra en la cabeza del fémur, que entendí perfectamente. Estaba muy preocupada porque el cirujano le había dicho que tendría que operarla: tenía una esquirla incrustada en una arteria y a punto de seccionar un nervio —cosa rara— y la operación era peligrosa.

Se me disipó el ímpetu por socorrer a mis amigos y ya no me atreví a decirle nada, porque no la vi con más ánimos que buscar una sustituta para la portería. Yo me ofrecí a hacer la limpieza del portal todos los días y atender con las puertas abiertas todos los menesteres cotidianos sin cobrar salario extra.

Por la tarde llegué al hospital a visitarla y le llevé un ramo de flores.

Pedro y Toni, al ver frustrada mi promesa de buscarle alojamiento gratuito, dejaron de hablarme e incluso me insultaron con algo de risa y de desprecio. Tenía que haber pensado bien las cosas antes de prometer nada.

Veinte días estuvo Denisse internada, y todos los días, al terminar el trabajo, la visitaba.

Madame Racine coincidió conmigo en el hospital el primer día, pero después no la visitó nadie más que yo todas las tardes. La operación había sido un éxito y tendría que estar ingresada por lo menos veinte días. Cuando ya habían dejado de administrarle calmantes y de quitarle el gotero, me ofrecí para llevarle revistas y una radio. “¡Oh, mon petit, mon petit!” —me repetía saltándosele las lágrimas.

Una enfermera que se retiraba después de haberla atendido, le preguntó si yo era su hijo, y no pudo responderle porque la ahogaba una emoción contenida. Algo guardaba. Yo no me atreví a preguntarle por su vida pasada. Pero, por el aspecto de su cara, seguro que se guardaba fuertes sentimientos emotivos, y no soltaba prenda. Solo le respondió a la enfermera terminando el sollozo y limpiándose los ojos: “No... es un buen amigo que sin esperar nada a cambio me ha tratado como si fuera su madre o su abuela”.

En ese momento, me sentí como un traidor empedernido y me remordía la conciencia de tal manera que aquella noche no me dormía, y, cuando me rendía el sueño, al poco tiempo me despertaba sobresaltado.

Pensé, por un momento, llamar al profesor por teléfono y decirle que se metiera su investigación por el culo, que me estaba utilizando como me había utilizado el Vasco, José Antonio Arias Marculeta, y que ya no aguantaba, sin darle más explicaciones.

Me vino Clara a la mente, y me convertí de pronto en un hombre un poco más sensato al recordarla sonriente y apaciguadora cuando yo la contrariaba.

También había aprendido de Denisse que, a veces, hay que aguantar los ímpetus espontáneos y pensar las cosas dos veces. Así que me contuve y seguí pintando el colegio hasta que le dieron el alta, la recogí y la llevé en un taxi a casa.

Durante los primeros días andaba muy torpe con muletas y apenas salía de la cama.

Cuando recordaba a Clara, se me saltaban las lágrimas, viéndome cada vez más pequeño a su lado. A veces pensaba que ya la había perdido para siempre por gilipollas.

Mi cerebro en ese sentido no funcionaba, y, cuando volvía cada mañana a la soledad de aquellas aulas, mi fantasía imaginó el recinto con todas sus dependencias, durante el curso, con todas las clases llenas de chicos y chicas de catorce o quince años, entrando por donde decía: "Jeunes Gens"; y a los profesores franceses muy dignos y atildados por donde decía: "Professeurs". El silencio y el eco de mis pasos o si algún golpe retumbaba comenzaban a pesarme, y ya tenía ganas de volver a España, pero me había encariñado con Denisse de tal manera que no podía abandonarla hasta que anduviera tan lista como antes.

Monssieur Thierry me pagaba religiosamente todos los fines de semana y con aquellos francos yo me compraba latas españolas de fabada y de albóndigas y guisantes franceses, que sólo había que calentar en la misma cocina del colegio que tenían para los mediopensionistas.

Pedí permiso a Madame Racine para abrir unas latas grandes de mermelada que tenían en un almacén y no puso ningún inconveniente.

Los días siguientes calenté al baño maría las conservas y se las llevé a la cama. Y yo comía allí, a su lado.

El primer día que salió sin muletas a hacer la compra, yo me ofrecí a traerle las bolsas del supermercado y estuvo toda la mañana cocinando. Las exquisiteces y delicadezas que probé aquel día eran versallescas —me decía—, y no se le había olvidado cocinarlas desde que su madre le había enseñado siendo prácticamente una niña.

No me atreví a preguntarle qué era, si pescado o carne, pero nunca había probado sabores tan ricos como los de la culinaria francesa.

Sin preguntarle nada, me dijo, durante la comida, que su padre murió siendo ella muy pequeña y su madre apenas cumplidos los dieciséis años, y se quedó sin nada más que con dos baúles de sus antepasados que tenía a mi lado contra la pared empapelada entre puerta y puerta, con un florero encima y un retrato de la boda de sus padres y otro baúl algo más pequeño en la pared de enfrente.

—Estará lleno de recuerdos —se me ocurrió decirle aprovechando la única ocasión que se me había presentado para hablar de lo que conservara del Capitán Couillard.

—Uniformes militares. Todos mis antepasados, hasta mi padre, fueron militares. También conservo sus cuadernos y otros escritos antiguos. Recuerdos de familia, sí. El vestido de boda de mi madre, el capillo de mi bautizo. Lo más entrañable.

No supe disimular la desazón que me invadía al haberla llevado intencionadamente hasta este punto. Me derrumbaba ante su inocencia y no podía sostenerme sin decirle que era lo que yo estaba pretendiendo desde que llegué a su casa. Quisiera haber visto al profesor allí mismo, a ver qué hacía. Era su tesoro, era su vida, eran sus padres, era su historia resumida en aquel cofre, era todo el universo de Denisse, concentrado en unos objetos aparentemente nimios.

—¿No puedes leerme los escritos? —le dije.

— ¡Oh - la, -la, mon petit! —me decía sonriendo—. A ti no te interesan. A nadie más que a mí me interesan los cuadernos de las guerras militares; y los pergaminos están escritos en latín muy antiguo y en lenguas conquistadas por mis antepasados. Ni yo ni tú podemos entenderlos. No tienen ningún valor, mon petit. Sólo los guardo porque prometí a mi madre moribunda que no me desprendería nunca de ellos, porque siempre lo habían ido prometiendo desde siempre a los que se morían, desde el primer Capitán Gustave Counillac del ejército de Napoleón Bonaparte hasta mis padres. Y los uniformes ya son piezas de museo que no las vendo por nada del mundo. Ya a mis padres les ofrecieron mucho dinero por ellos y siempre dijeron que sólo lo harían en caso de morir de hambre. Por eso yo no los vendo me ofrezcan lo que me ofrezcan. No están en venta. Ahí está todo bien guardadito.

No le vi intención, ni remotamente, de abrir los baúles cerrados con llaves según me había dicho antes. Tampoco me había dicho dónde las guardaba, pero supuse que en algún lugar de la alcoba las escondería. A velocidad del rayo me asaltaron pensamientos de esperar unos días y aprovechar su ausencia para descerrajárselos habiendo sacado el billete de tren y salir zumbando con los pergaminos que tuviera. Ante el profesor sería un héroe —quién sabe— o un aprendiz de ladronzuelo.

Pensé en llamar a Clara y seguir su consejo. Pensé tantas cosas que terminé aturdido.

Al final, no necesité consejo de nadie. Me dije a mí mismo: ¡Leo... lo que te dicte tu conciencia!

En ese momento, estaba llevando el tenedor a la boca con un bocado, y lo volvió al plato, para sonreírme con la expresión más candorosa que he visto en nadie diciéndome:

—¡Oh, mon petit!

No me hicieron falta discursos ni razonamientos. Me sobraron esas tres palabras y su sonrisa encantadora de abuela entrañable ladeando la cabeza, dejando que la luz de la ventana traspasara el mechón suelto y lacio de sus cabellos plateados y que sus ojos húmedos brillaran.

Ya no me contuve. Sin más rodeo le dije a bocajarro que los pergaminos que allí tenía eran los que yo andaba buscando: los pergaminos escritos en español del siglo XIV. No hizo ni la más mínima exclamación ni perdió la sonrisa. Tampoco dudó de que yo pudiera mentirle. Arrimó la silla a la mesa hasta estrujarse contra ella. Dibujó una equis con la postura de manos y brazos apoyando los codos en la mesa e hizo descansar sus mejillas sobre las palmas. Escuchó mi relato embelesada, moviendo levemente la cabeza hacia los lados al escuchar los detalles que más le im-

presionaban, sin perder la sonrisa, y acompañando con sus labios, de vez en cuando, la articulación de mis palabras.

De vez en cuando, abría los ojos y respiraba profundamente, pero, sobre todo, cuando le conté el episodio de su pariente Gustavo, el mendigo del pie cortado, que había regalado al profesor la otra mitad de los pergaminos.

Cuando terminé no me dijo nada. Se levantó, me dio un beso suave en la frente y se marchó a llorar a su alcoba. A mí me contagió el llanto y le dije adiós porque al día siguiente terminaría de pintar el colegio y partiría para España.

Cuando oyó que abría la puerta para irme, salió a despedirme exclamando:

—¡Oh, mon petit!

Y me dijo con cara de misterio que tenía que ir al Notario.

Se terminaba mi estancia en París aquel verano del año 1983.

Capítulo VIII

70

Otoño, 2010

Leo: —Esta mañana, a primera hora, antes de que abrieran, ya estaba yo en el juzgado como un clavo. A pesar de ser el primero, me metieron en una sala de espera y me tuvieron esperando allí cuarenta minutos. Al final salió una funcionaria muy repipi y me dijo que me atenderían a las doce y media. Mientras tanto, para aprovechar el tiempo, fui a Galerías Lafayette a comprarme este ordenador portátil con cámara incorporada. Cuando volví al juzgado, tuve que quedarme esperando en el pasillo: ya estaba atestado de gente. Enchufa tu web-cam, que no te veo.

Clara: —Yo a ti te veo perfectamente, espera que la enchufa.

Leo: —No te veo... No te veo...

Clara: —Yo no sé cómo funciona. Tenías que haberme enseñado. Pero bueno... No pasa nada. Seguiremos chateando por escrito.

Leo: —Hoy pasé por el hotel adonde llegué por primera vez a París. No ha cambiado nada. Yo creo que hasta los muebles de la recepción son los mismos. Sólo el personal ha cambiado. Cuando murió el dueño —me dijeron—, la hija lo vendió a unos argelinos y no saben nada de ella. Del hotelucho entraban y salían magrebíes. Ya no es lo que era.

Clara: —¿Cuánto tardarás en arreglar todo y regresar?

Leo: —Me va a llevar unos cuantos días. ¡Sobre todo, el asunto de la casa es lo más complicado! Si el heredero fuera un francés, no habría ningún trámite largo, no habría más que pagar los derechos y se acabó, pero así, tengo que arreglar muchos papeles.

Clara: —Habría que sacarle una foto a la casa.

Leo: —Con las prisas de la salida no cogí la cámara ni nada. Salí casi con lo puesto. Tendré que comprarme hasta calzoncillos y muchas cosas más, si tengo que estar varios días. Bueno, ya veremos.

Clara: —Pues compra una máquina de fotos. Ya, de paso, cómprala que sea buena. Que ya las tiene que haber de *12 megapixels*, y le sacas unas fotos a la casa. Y me las mandas en un archivo.

Leo: —Te iba a decir que el Juez y todos los funcionarios se sorprendían al verme. Suponían que nadie vendría a reclamar la herencia. Me miraban y me miraban. Yo estaba sentado en un diván de cuero en el pasillo ancho y ellos no podían disimular la mirada al pasar de una oficina a otra con papeles en las manos. Ya me estaban poniendo nervioso de tanto mirarme. ¡Ni que fuera un mono...! Y una funcionaria delgaducha, con gafas de vieja atadas por la nuca con una cadena de oro, la muy puta se rió de mí, yo creo, apretando los morros llenos de silicona. La francesa de los cojones se rió, vaya si se rió delante de mis narices, por mucho que intentara disimularlo. La había visto desde el final del pasillo y venía muy seria sin despegarme el ojo; y cuando pasó a mi lado, la hija de la gran puta cerró la boca, apretó los labios, miró al suelo, intentó tapar la cara con los folios que llevaba en la mano y resolló un gruñido melindroso soltando el aire por las narices. Total, que se ha estado riendo de mí hasta el conserje, yo creo. Es más, creí oír a alguien dentro decir “*español de merde*”. Lo que pasa es que como el francés se olvida por no practicarlo, tengo miedo de meter la pata, pero me estaban dando ganas de entrar y decirle a ver qué se han creído. Ya los soldados del tiempo de Counillac nos bautizaron, a los malagueños, como “gente de mierda”, “merde gens” o “merdelones”. Estoy sacando la conclusión de que los franceses nos desprecian.

Clara: —Es de suponer que habrá de todo. No obstante... ¿Por qué? No entiendo por qué se han de reír de ti. ¿Llevabas manchas? ¿Quizá la bragueta abierta? ¿El jersey al revés? Mira que tú eres un poco descuidado para vestirte, que no te miras mucho al espejo y, a veces, ya ves lo que ocurre, que tengo que avisarte de estas cosas...

Leo: —No, no. Cuando tú no estás, sí que me miro y me remiro, incluso me acicalo. Lo que pasa es que, cuando estamos nosotros dos solos, sí que es verdad que me despreocupo de la imagen.

Clara: —Entonces, ¿por qué se reían?

Leo: —Porque estos franceses son así de maleducados, por más “*polités*” de la que presuman. Como no se trata de la herencia de Rokefeller, se creerían que le íbamos a dejar ahí una casa, para ellos. Vamos... digo yo...

Clara: —¿Y las pertenencias personales de Denisse?

Leo: —Ya las tengo. Me las dieron inmediatamente. Estaban depositadas en el juzgado. Son los mismos dos baúles que tenía Denisse hace veintisiete años. Y con las mismas ropas dentro.

Clara: —¿Has tenido que meter los baúles en el hotel?

Leo: —No. Los he llevado a un guardamuebles hasta que regrese a España. He dejado dentro los escritos personales del Capitán Counillac y los cuadernos del diario de Guerra. Y más papeles del Capitán de los que yo no sabía:

certificados de ascensos en el ejército, medallas y cruces, supongo que serán méritos de guerra. Y otros documentos que hay que examinarlos despacio. El juez redactó un inventario de todo, pormenorizado.

Clara: —¿O sea, que subiste a tu habitación los pergaminos solamente?

Leo: —No. Los pergaminos los dejé bien guardados en el baúl, porque no los entiendo. Hay que analizarlos y estudiarlos despacio. Subí un cuaderno del diario de la Guerra. Mañana compraré la cámara y les sacaré unas fotos y te las mando. Con esa maquinita tan pequeña salen fotos de documentos en las que se lee todo perfectamente, no hace falta escanearlas. Tradúcelo. A mí se me han escapado muy pocas palabras aunque está en francés de principios del siglo XIX. Mañana las tendrás en tu correo:

“Capitain Gustave Counillac.

El día uno de enero de 1809 llegamos a Astorga con más de dos cuartas de nieve. Mi general, el Mariscal Soult, ordenó a mi compañía que nos aposentáramos en unas casas vacías del arrabal de Puerta de Rey. En los arrabales no había nadie. Todos los habitantes se habían refugiado dentro de las murallas o habían huido por los caminos. Debíamos controlar el acceso a Astorga desde los pueblos vecinos de la ribera del río Tuerto: desde Castrillo de las Piedras, hasta Brimeda. Nos llegaron noticias de que durante la retirada de los ingleses por las montañas del Bierzo, se emborracharon todos en las bodegas de Cacabelos, de tal manera que les infligimos un desastre total. Y los pocos que iban quedando tuvieron que huir hasta La Coruña, más deprisa que nuestro ejército perseguidor. Yo ya no me moví de la zona de Astorga durante los dos años siguientes, pero en ese transcurso, en el pueblo de San Román, encontré a una dama astorgana llamada Esther disfrazada de labradora. Se había creído que iba a camuflarse en los pueblos cercanos entre las cuadras de vacas y en los pajares o escondida en el monte de encinas, porque se había propagado la idea de que los franceses éramos unos salvajes violadores sobre todo de la gente refinada, pero no se me escapó la belleza, y la belleza vino acompañada del refinamiento de la dama que resultó conocedora de mi lengua. Como yo era de buen parecer y prestancia, la señora, a la que traté con suma delicadeza y prometí absoluto respeto de mis propios soldados, poco a poco fue intimando conmigo, en francés, porque yo, de español, sólo sabía tres o cuatro palabras a pesar de llevar ya en España varios años de servicio. Durante esos dos años de campaña en los alrededores de Astorga, llegué a conocer toda la comarca incluido el Bierzo y sobre todo el Monasterio de San Pedro de Montes, y también el de Peñalba de Santiago y las ruinas de los templarios de Ponferrada. En una de nuestras correrías, pude apropiarme de mi colección de documentos, donde Martín y Roderico narran su persecución, hace cinco siglos, promovida por el Papa Cle-

mente V, a instancias del Rey de Francia Felipe IV el Hermoso: el hecho más importante de la historia de Francia.

Tenía escrito un diario con todas nuestras acciones de guerra, salpicadas de algunos días de descanso, pero quedó en Astorga. Me enamoré ciegamente de Esther, a pesar de que las ordenanzas militares no sólo me lo desaconsejaban sino que me lo prohibían, de tal manera que la dejé embarazada. Dicen que los soldados no tienen sentimientos, pero yo quería a LA NIÑA COMO HIJA MÍA QUE ERA y cuando tuve que dejarla con su madre irremediamente, fue una noche de fuego de campaña y ya no pude volver, PORQUE LOS DESTINOS DE LA GUERRA ME LO IMPIDIERON, pudiendo sólo llevarme algunas de mis pertenencias. Por si acaso alguien los encontrara en el puesto de vigilancia, que tuve que abandonar a la orden de retirada, allí dejé mensajes a mi hija recién nacida, y a su madre, de la que tampoco volví a saber nada. Firmado: Capitain Gustave Counillac”.⁶⁰

Leo: —¿Te llegan las fotos?

Clara: —Sí, sí. Manda más. Manda todo lo que tengas ahí.

Leo: —Los siguientes extractos pertenecen al diario más íntimo del Capitán Counillac:

“París, 8 de enero, de 1816. Al principio Esther no se dejaba, pero luego ya accedía porque su marido era tan rudo que nunca había sentido con él ninguna clase de placer al hacer el amor. Tuve mucha paciencia pero al final claudicó conmigo.

Más tarde, durante la retirada definitiva, el comandante de mi batallón, que se guardaba las tablas pintadas con la bellísima figura coronada de laurel derramando una cuba de vino hacia las mujeres y los hombres tocando el cuerno, y una copia casi perfecta de la misma, no fue capaz de custodiarlas; aquellos fieros leoneses de cerca de Mansilla de las Mulas nos arrebataron LA PINTURA ANTIGUA Y SU COPIA para siempre. Menos mal que yo llevaba la mayor parte de los pergaminos de Martín, Gelvria y Roderico, y no se lo había dicho a nadie, ni al comandante, ni a ningún soldado. Algunos del principio los había dejado en la casa de al lado de Astorga, dentro del cajón de la mesa de la cocina. Esther los guardará y algún día podré venir para adjuntarlos a estos. Mira tú por dónde, quién lo pensaría, un francés como yo iba a desenmascarar a un rey francés, Felipe IV, de hace 600 años, y a demostrar las calumnias que levantó a los templarios para acabar con ellos.

Está claro en estos pergaminos que la destrucción del Temple empezó por una calumnia sin importancia aparente, que al Abad benedictino le parecía banal, sin trascendencia, para quitarse, de momento, un pequeño problema de encima por un litigio local sobre la propiedad de una finca.

A estas alturas de mi vida, concluyo que, la calumnia, por pequeñita que sea, o el insulto y un falso testimonio o el desprestigio infligido a una persona ante terceros,

por menudencias que parezcan, son la siembra de todos los males gigantescos que luego padecemos, porque las calumnias se han vuelto contra nosotros mismos.

La guerra, para nosotros, los militares, es nuestra religión sin la que no sabemos vivir ni dar otro sentido a nuestra existencia. Después de tanto tiempo en ella, me he dado cuenta de que es falsa, sólo es verdadera para los pobres que mueren en ella. Los que no creemos y la hemos utilizado como medio de vida, somos los mandos del ejército y los dirigentes poderosos de los pueblos. Desde luego, para ningún sabio, para ningún filósofo es verdadera. Para cualquiera que tenga tiempo de pensar siempre será falsa y malévola.

No hay ni “si vis pacem” ni “para bellum” que valga... La guerra siempre ha sido, es y será la puta guerra, la única prueba contundente de que Dios existe y nos castiga, porque todo ser que piense tiene claro que hay que evitarla, y sin embargo, todos, de cabeza, vamos a ella.

Al regresar a Francia, me percaté de que faltaban algunos pergaminos de la historia del Temple de Ponferrada, escritos por Martín y Roderico, donde hablan de Ferrand Gotier. También habían quedado en la mesa de la cocina de Astorga.

Parece mentira que dos épocas históricas sean tan distintas: que a un francés como Gotier lo acogieran los leoneses de estas tierras cuando era perseguido a muerte por su propio rey de Francia, que era quien debería protegerlo, y ahora, los franceses hayamos ido a matar a tantos astorganos. Tendré que leerlo todo más despacio.

Los pergaminos que me faltaban, tras nuestra estampida, quedaron en Astorga, en poder de Esther y de mi hija. ¿Los recuperaré algún día?”. Firmado: Capitain Gustave Counillac.

Clara: —Estoy alucinada. Lo fundamental para nosotros son los pergaminos del siglo XIV.

Leo: —Yo creo que, en el juzgado, han leído todos los documentos, porque, aunque el juez no me decía nada en el despacho, me miraba de arriba abajo. Yo creo que no podía disimular bien el disgusto que tenía por que esos baúles salieran de Francia, y un español se los lleve. Pero los franceses se ve que no hacen trampas, y menos habiendo por medio certificado de últimas voluntades. ¡Una herencia es una herencia!

Clara: —¡Entonces, el juez vería que los pergaminos vuelven a España después de ser robados en el Bierzo durante la Guerra de la Independencia! Eso lo tiene que haber visto muy claro. En definitiva, es lo que más valor tiene, porque las medallas, los uniformes y el resto de las ropas, incluso el diario, qué importancia pueden tener... Seguro que ha mandado descifrar los escritos en leonés y castellano antiguo.

Leo: —¡Seguramente...! Porque el funcionario, secretario o lo que sea, al salir, me dijo con una boquita medio cerrada, arrugando los labios, abriendo los ojos y levantando las cejas: “Lleva usted ahí un tesoro histórico”.

Clara: —Bueno, lo importante es que tienes ahí los pergaminos. El resto no importa tanto...

Leo: —¡Sí, sí...! Eso lo he tenido muy claro. Por eso los he dejado en el guardamuebles bien seguros y no me separaré de ellos. En la caja fuerte de la habitación no caben, sólo vale para meter joyas y objetos pequeños, pero cada vez que salga del hotel le diré en la recepción que me guarden este diario en un sobre. ¡No me fio ni un pelo!

Clara: —¿Los has leído? ¿Has intentado leer los pergaminos?

Leo: —Tuve que comprar una cartera grande; me fue difícil encontrar una en la que cupieran. Pesan como un demonio, como dicen en los pueblos de León.

Clara: —¿Todavía no has comprobado si falta alguno?

Leo: —Todavía no. Pero... ¡Si es que no he parado! He estado todo el día de aquí para allá, y hasta las seis de la tarde anduve liado. Estaba todo colocado tal y como yo lo había visto hace veintisiete años, oliendo a alcanfor todavía... Lo habían dejado tal y como estaba todo. A lo mejor las ropas no las han tocado. No sé...

Clara: —Bueno, hombre... Eso es que Denisse había ido renovando las pastillas, que no son eternas. No van a ser las mismas de hace veintisiete años.

Leo: —Ya.

Clara: —Dime lo que pone. Mañana le sacas fotos a los pergaminos.

Leo: —Muy bien. Tendré que volver al guardamuebles.

Clara: —Pero, ¿dónde estás ahora?

Leo: —¿No te he dicho que en el hotel? En el hotel Tour Eiffel. En el centro de París. Está muy bien situado para desplazarme por la ciudad.

Clara: —¡Ah! Es que sólo veo la mesa. Enchufa hacia la habitación, que la vea.

Leo: —¿Ves ahora?

Clara: —Sí, sí. No tiene mala pinta.

Leo: —Antes, intentaba dirigir el foco para que vieras el cuaderno.

Clara: —Enfócalo mejor, que no se ve bien.

Leo: —¿Ahora?

Clara: —Enfoca la cámara de cerca que vea bien la firma de Counillac.

Leo: —¿Ves ahora mejor?

Clara: —Sí, sí. Estoy leyendo. Estoy emocionada. ¡Impresionante! ¡Impresionante!

Leo: —Pues mañana, cuando veas los pergaminos, vas a estar llorando toda la tarde... En 1983 los tuve allí, a mi lado en la habitación de Denisse, y no pude ni siquiera verlos: los auténticos pergaminos de Martín, Gelvira y Roderico.

Clara: —¡Impresionante! ¡Se me saltan las lágrimas!

Leo: —La mayor parte de los pergaminos. ¡Pero estos ya son míos! ¡Ha tenido que pasar más de un cuarto de siglo! Mañana compraré un *scanner* para enviárselos a Pablo. Mejor que en fotos. Todavía no sabe nada. Se va a quedar pasmado. Cuando he abierto ese tumbo de documentos, lo he tenido machaconamente presente. Me hubiera gustado que estuviera conmigo, para recordar el momento en el que descubrimos, en el archivo de Astorga, el pergamino de Arias Didaz. Aquel momento marcó nuestras vidas a pesar de que no sabíamos lo que estábamos descubriendo.

Clara: —Tendrías que narrar aquellas vivencias.

Leo: —No es necesario. Con aquel asunto, el profesor ya escribió el libro en el que figuramos como protagonistas.

Clara: —Voy a llamar por teléfono al profesor, que no lo veo conectado a internet.

Leo: —Si me veo obligado a quedar muchos días, tendré que cambiar de hotel; hay otros más baratos aunque no estén en el centro. Ya me da lo mismo, una vez que termine de andar de oficinas. Claro que aquí tengo piscina y sauna. Cuando llegué me di un baño en la piscina ¡Una delicia! Y tiene una sala de conferencias grande y cómoda. Se me estaba ocurriendo convocar a la prensa.

Clara: —Bueno, bueno... No te precipites. Lo primero que tenemos que hacer es ordenar los escritos por orden cronológico. Ya ves que en los pergaminos de Martín, Gelvira y Roderico, que guarda el profesor, cada pergamino es un retazo suelto. Veremos si nos faltan algunos. Que todo puede ser, y puede quedarse coja la historia. ¡Sólo faltaba eso, después de tanto trabajo!

Leo: —Ya lo miraremos.

Clara: —Eso nos llevará mucho trabajo, que requiere tiempo. Tenemos que juntarlos con la otra mitad. Hay que analizarlos despacio y con paciencia... Y ten mucho cuidado al escanearlos, no se vayan a desprender las tintas, que pueden cuartearse y hacerse polvo.

Leo: —Por eso no te preocupes. En lo que me he fijado es en que conservan algunas numeraciones de páginas con los números escritos con carbón, aun-

que en la mayor parte se ha emborrinado y ya no se sabe a qué número corresponde, qué número estuvo escrito; pero la tinta de los textos se conserva perfectamente. Todavía conserva algo de brillo. ¡Es increíble!

Clara: —Ten mucho cuidado, y lo que se conserve de las numeraciones de las páginas escritas con carbón no lo toques, que permanezca intacto.

Leo: —Mañana por la mañana, tengo que andar de oficinas arreglando papeles. Voy a acostarme ya. Por la mañana iré a la sauna y con el bufet del desayuno tengo comida para todo el día.

Clara: —¿Cuándo podrás ir a ver la casa?

Leo: —No sé. A ver si termino los trámites y dispongo de un día entero, porque no está cerca. Yo pensaba que estaría al lado de Versalles, pero está a sesenta o setenta kilómetros. Alquilaré un coche, no voy a andar de taxi en taxi, o con una guía de transportes públicos y esperando en todas las paradas.

Clara: —Tendré que ir a limpiarla durante las vacaciones. Seguro que no se limpia desde que Denisse se fue a París a trabajar de conserje en los años cuarenta.

Leo: —Pues sí, una casa deshabitada ya se sabe que suele deteriorarse; hay que contar con ello.

Clara: —Dime cuántas plantas tiene; y si tiene sótanos. Y si los muebles no hay que tocarlos, o por el contrario necesitan una restauración. Sobre todo los que sean más antiguos. Sácales fotos. Todas las casas de los pueblos de Francia tienen alrededor una finca, o por lo menos una parcela de jardines. Si nadie la ha cuidado, las plantas estarán secas y le habrán salido hierbas. Procediendo de un mando del ejército de Napoleón... Habrá que escudriñar en los desvanes por todos los rincones y por las vigas... Nunca se sabe lo que antiguamente pueden haber escondido.

Leo: —Claro... Todo a su tiempo... Ahora tengo que desenmarañar todo el papeleo.

Clara: —Venga, pues, duerme. Un beso.

Leo: —Adiós, preciosa. Hasta mañana.

Clara: —Desconecto contigo, a ver si todavía pillo al profesor para contarle; aunque ya es muy tarde. Son casi las doce. ¡Uf! ¡Cómo pasa el tiempo!

Leo: —Un beso fuerte. Mañana te cuento ¡Besssooooooooooooooooooooo!

Leo: —Ahí se conecta Clara.

Profesor: —¿Dónde? No la veo.

Leo: —En el cuadrado de la parte inferior de su pantalla. ¿No le parpadea?

Profesor: —¡Ah! Sí... sí...

Leo: —Haga un “clik” sobre el cuadrado con el botón izquierdo del ratón y ya se le despliega su ventana. Así tenemos conversación a tres bandas.

Clara: —¡Hola, Leo! ¡Hola, profesor!

Profesor: —¿Qué tal va todo, Clara?

Clara: —Estaba leyendo toda la conversación para seguir con vosotros. Veo, profesor, que no le hace a usted mucha gracia que mi amiga Nora intervenga en esto. No tengo inconveniente en decírselo y dejarla fuera, pero cuando la conozca cambiará de idea, se lo aseguro.

Profesor: —Bueno, no quisiera ser taxativo. Si tú crees lo contrario, me adapto sin ningún inconveniente.

Clara: —Pero claro, entiendo que sin conocerla... A mí me pasaría lo mismo. ¿Para qué voy a cantarle las excelencias de una amiga, mi mejor amiga de nuestros mejores años de la carrera en Salamanca? Mire, conservo aquí escaneadas algunas cartas de cuando nos escribíamos cartas con sello y sobre. ¡Hay que ver! Parece que hablo de la protohistoria. Espere un momento que la llamo por teléfono y le pregunto si tiene inconveniente en que le enseñe a usted aquellas cartas de juventud, que Leo ya las conoce. Y, cuando se leen cartas confidenciales de una persona, es la mejor manera de conocerla en vez de hacer una descripción de sus excelencias como si fuera un currículum vitae. Las historias de Gelvira y Martín y la de Nora con su último amante, mutatis mutandis, me han sorprendido por el paralelismo que encierran. Un momento, que la llamo.

Profesor: —No te preocupes. Déjalo. Lo que tú decidas lo acepto sin restricciones. No la molestes, y menos sacando aquí vuestras cartas confidenciales.

Leo: —Mientras tanto, tenía que preguntarle a usted la etimología de algunas palabras. Por ejemplo “Astorga la Potata” que sale en los escritos de Martín, en uno de sus pergaminos; eso me ha saltado a la vista. También “poula”, que parece un adjetivo.

Profesor: —Pues la verdad es que no tengo ni idea. Tendremos que estudiar mucho las palabras. Que no es fácil. Que nos llevará bastante tiempo y dedicación, como si fuera una tesis doctoral pero sin tribunales ni academicismos ni invitaciones del doctorando pagándoles la comilona a los miem-

bros que lo examinan. Lo bueno nuestro es que nadie nos examina, que hacemos lo que nos parece con el mayor rigor que podamos. Sólo los lectores que estén interesados en saber el secreto de Baphomet serán nuestros tribunales.

Clara: —Ya la he llamado. Ella no tiene portátil en su casa. Tiene el ordenador de sobremesa en el despacho de la Universidad. Si no, podría también conectarse. Pero se ha reído a carcajadas cuando le he dicho que si le podía enseñar a usted sus cartas. “Claro que puedes enseñar todo lo que quieras”, me ha respondido. Así que ahí se las envió en un archivo: las de Nora y las mías. Bueno, sólo voy a enviarle algunas, porque tengo una colección guardada. Le mando aquellas en las que yo creo que se refleja mejor su personalidad, aunque hoy en día es mucho más risueña y con mejor carácter. Siempre se ríe a carcajadas. Envío solamente aquellas en las que sale, de pasada, alguna referencia a los templarios.

Leo: —Pero ... que en realidad no se llama Nora.

Profesor: —¿Cómo se llama?

Clara: —Nora es un seudónimo, para no tener que andar cortando frases, porque hay en sus cartas confidencias con respecto a su cercanía al mundo “abertzale”. Me ha dicho que cuando me dirija a ella, sobre todo por internet y por escrito, que la llame Nora pero su verdadero nombre es otro, muy bello por cierto. A Nora es a la única persona a la que le he confiado y adelantado que la identificación de Baphomet es tras de lo que andamos, del verdadero significado de Baphomet, porque nuestra amistad es vieja y profunda, de cuando yo estudiaba historia en Salamanca y ella estudiaba Filología Bíblica Trilingüe en la Universidad Pontificia: hebreo, latín y griego. Aquellos años en los que teníamos tiempo para todo, leímos lo indecible sobre los siglos XIII y XIV; y cuanto más profundizábamos, más nos apasionábamos; desde luego, el misterio de Baphomet llegó a ser parte de nuestras vidas. Yo siempre le decía a Nora, que qué diablos hace una vasca que se confiesa atea entre curas y obispos en una Universidad de la Iglesia. A lo que nunca supo qué contestarme.

Leo; —Eso se lo has preguntado delante de mí y siempre te ha respondido lo mismo, que no sabía si era atea o era agnóstica.

Clara: —Cuando la he informado con fotos de los retablos y de los pergaminos, de nuestros descubrimientos, prácticamente hechos por aficionados, que, a la postre, es lo que somos nosotros, y ha comprobado que hemos descubierto la identidad exacta de Baphomet, se ha deshecho en elogios. No podía creérselo. “Me he tenido que rendir ante la evidencia — me decía—. ¡Es increíble! ¡Estoy anonadada.”

Profesor: —Ya he descargado las cartas. A ver:

Querida Clara:

¡Et Verbum caro factum est! La palabra se hizo realidad... Recuerdo aquellas palabras que, cuando era niña, oía en la misa y nunca pude entender. No te he hablado de Koldo, que me tuvo enloquecida algún tiempo. El caso es que no era muy guapo, ni siquiera alto, pero me arrastraba ineluctablemente hasta hacerme olvidar de todos mis deberes; de tal manera que, cuando estaba con él, parecía que había cruzado el umbral de la vida.

Una vez, me encontraba tiritando por el frío tanto de enero como de los recuerdos, y apareció él a lo lejos. Con sólo verlo me entraban ganas de desposeerme de todo, incluso del anillo.

Lloré de lástima por mí, como si me viera desde arriba, siendo yo otra persona madura y omnipotente que se compadecía de una adolescente emergiendo a la vida. Pero él no me entendía. Por más que le expliqué mi afición por la Edad Media y en concreto por el misterio de Baphomet más se alejaba.

Yo veía en los templarios el nervio latente que ha estado dormido y que está despertando: héroes perseguidos, calumniados y masacrados por las monarquías francesas, castellanas, leonesas y aragonesas, todas con las mismas pretensiones imperialistas. ¡Mira que yo era dura! Pero ya no me contuve al ver que nuestros puntos de vista divergían, y me sorprendí llorando. Aquel llanto se me mezcló con un susurro involuntario que para sacarlo de mí, no pude más que abrir los brazos durante una carrera interrumpida por dos tropicónes, porque no miraba para el suelo, sólo para el horizonte inundado por su presencia, presencia total que me aceptó en un abrazo inconmensurable, lleno de ternura y de palabras apenas descifrables en el balbuceo. Muchas veces he intentado reconstruirlas intentando revivir aquellos momentos, pero siempre he desembocado en el fracaso. A veces he llegado a pensar que no me decía nada, aunque yo lo viera hecho palabra —verbum en definitiva—, como si la palabra se hubiera hecho carne.

Sólo en ese momento he vislumbrado lo que quería decir el cura cuando era niña con aquella cita que tanto repetía, para materializar la metáfora de la divinidad; por eso, he pensado que yo no he sido la primera que ha sentido el amor de esa manera tan potente, tan desbocada; y he considerado que mi individualidad ya no era tal, sino que he estado compartiendo sentimientos que corren y nos atraviesan como un hilo a través de las sartas. Esas sartas somos nosotros, los que hemos experimentado los mismos sentimientos.

Antes creía que éramos unos pocos los privilegiados, pero a medida que he ido creciendo me he dado cuenta de que unos de una manera y otros de otra, todos estamos hechos de la misma pasta —yo he llegado a creerme que el factor rh de mi sangre era superior al vuestro—, por eso se me ocurrió la figura del collar de perlas, que para que luzcan han de estar juntas. ¡Gracias por haberme dicho que haces tuya la metáfora!

Cuando yo le contaba los procesos de los templarios que estaba estudiado, le explicaba el valor guerrero, la fe sencilla pero firme que los guiaba, su estupefacción por verse perseguido injustamente por unos monarcas crueles, incluso por los jefes religiosos; y Koldo me respondía contándome anécdotas de la mili, de la idiotez de la milicia de todos los soldados de la historia, porque entonces estaba terminando las prácticas de las milicias universitarias. Yo trataba de adoctrinarlo —ingenua de mí— intentando convencerlo de que los templarios eran distintos porque no eran mercenarios de nadie sino que luchaban por un ideal, por una fe, desprovistos de todo afán de lucro.

Me engañó como a una pardilla cuando yo le creía que estaba divorciado. Había hecho sentirme la persona más afortunada. Cuando la diosa Mari de nuestras tradiciones vascas salió del centro de la tierra para revelarme la verdad y castigarlo por tamaña ignominia, la serpiente macho, Maju, intentó fecundarla sin éxito, por lo que explotó su ira de tal manera que produjo en mi interior una tempestad terrible. Aquel desengaño me dejó aplastada.

Yo tenía tantas ganas de creer en algo, que todo lo que me contaba lo encumbraba hasta mitificarlo, y como era casi diez años mayor que yo, su experiencia me fascinaba.

Con él aprendí todas las artes del amor, y terminó abandonándome para volver con su esposa, porque no podía pasar sin ver a su hijo, que le había nacido durante las milicias. Entonces me parecía un tío fascinante y sin embargo hoy me parece un vulgar marido de su primera esposa.

Tantas veces oí decir que los españoles erais los colonizadores imperialistas —todos los románicos, los que tenéis lenguas latinas, que de una manera u otra nos habéis impuesto a lo largo de la historia—, que lo llegué a creer e, incluso, a rechazar todo nuestro pasado impuesto dictatorialmente desde naciones extrañas.

Escribo esto, pero no sé si tendré el arrojo de enviártelo. Simplemente me sirve para relajarme y distender la rabia acumulada, encontrarme conmigo misma, porque la lucha armada no hay quien la aguante.

Siempre me dices en tus cartas que me cuide —tengo todas tus cartas en un cofre de plata, las guardo como un tesoro— y no te hago caso. Sin decirme nada concreto, me das a entender que supones mis zozobras, mis miedos, y de lo que no te puedes dar cuenta es de que, lo que desde fuera parece fortaleza, desde la propia vivencia es superación de lo desconocido, como si se estuviera subiendo peldaños hacia el vacío, pero cuando vas a encontrar otro peldaño que te sostiene, al no caerte te agarras de nuevo a la barandilla supuesta para seguir resistiendo.

Carta de Clara a Nora.

Querida Nora:

A veces, me sorprendo parada, en medio de cualquier trabajo o actividad, incluso con los ojos clavados entre las líneas de un libro, sin proseguir la lectura y sin perspectivas de futuro, como si estuviera anclada en aquellos días de Salamanca. Parece que el carámbano del Tormes te petrificó en sus transparencias, de manera que la sonrisa quedó fosilizada en mi recuerdo, cuando me decías que no me “calentara tanto el tarro”, que con una o dos ideas en la cabeza bastaban para sostenerse, ya que así se sostienen millones de personas, como se sostenían tus admirados caballeros del Temple.

Todavía no he logrado descifrar las claves de aquella conversación en la que me decías que a tu “tormento”, era cuestión de desabrocharse la blusa para tenerlo contigo, pero que nunca te atrevías. No por eso, sino porque además me dijiste muy claramente que aquello me lo confiabas, pero que no se me ocurriera hacerlo mío, porque, para eso, había que ser una experta, y tú ya lo eras desde niña pues te metías en la bodega de tu abuelo durante los veranos y os revolcábais entre los sacos de la labranza.

Yo nunca te creí aquellas escenas tan vívidas de jugar a los amores en que llegabais a desnudaros, pero siempre te imaginé en brazos de tu “tormento”, y siempre asocié, con aquellas imaginarias escenas, algunas sensaciones olorosas a yerba mojada y amarillísimas manzanas maduras entre el montón de trigo.

Creo que, cada vez que paseo por el campo o por un pueblo, llevo incrustado en mi cerebro un sin fin de sentimientos que trae mi mente en cada momento. Es por lo que nunca he podido olvidarte. A veces pienso en que ha sido una gran desgracia haber nacido, vivido y casi envejecido en una ciudad como esta. Me da la risa, pero es que yo creo que suscitaban en mí inquietudes diversas cuando, envueltas en el frío desde “Tejares” hasta el “Puente Romano”, con tal viveza me lo contabas que me hacías guardar el equilibrio a lo largo de un tronco de árbol caído, hasta que, de la mitad hacia delante, me obligaba a mí misma a terminarlo con una carrerilla que, en su final, me desmadejaba como si hubiera llegado a experimentar una sensación de despedida.

Entonces, yo era muy inocente, mojigata, y te llegué a idealizar de tal manera que todo lo vasco llegó a hipnotizarme. Otras veces he pensado si no llevaríamos ambas la adolescencia algo retrasada y todo sería producto de tu imaginación desbordante, pues ambas teníamos diecinueve años.

Yo creo que, aunque últimamente no nos hayamos visto, nuestra amistad sigue la-tente y viva sin que nada la haya quebrado; y la mayor prueba de que nos quería-

mos de verdad es que nunca nos envidiamos nuestros amores. Por eso pudimos dedicar tanto tiempo juntas a rebuscar rarezas en la biblioteca. ¡Tantas horas dedicadas al estudio del siglo XIX, a Eliphaz Levi, intérprete de Baphomet, y a los mismos templarios y sus castillos!

Estabas convencida, cuanto más estudiabas esa edad oscura, de que aquella persecución de hombres inocentes y bienintencionados había sido el germen de la persecución del mundo “abertzale”, y a cada martirizado en la hoguera le atribuías virtudes vascas ancestrales y una fe muy sencilla pero firme.

Supongo que se me notaría, pero nunca tuve ocasión de decirte que cuando te vi tan entusiasmada con tu nuevo amor, sentí una de las mayores satisfacciones de mi vida. Mira que estaba bueno el tío, que era la envidia de toda la Facultad. Me enorgullecía de ser tu amiga y de que te hubieras ligado a aquel castillo, en el que veías al último caballero templario que habíamos investigado, con capa blanca y su cruz paté, cabalgando y liberando al oprimido. Nunca me atreví a decirte que te veía encerrada, ya que, sin saber por qué, rechazabas amores del resto de España, a pesar de que toda la historia ha estado salpicada por una mezcla hermosa de norteños en toda la península: cuando yo digo que la feria de Sevilla la fundó el vasco José María de Ybarra, no me lo cree nadie.

73

Carta de Nora a Clara

Querida Clara

Conocí a Jesús Izaguirre, un excusa con el que me encontraba feliz. Tanto que, cuando llegué a sentirlo a mi lado, a borbotones se me inundaba el pensamiento de imágenes infantiles acerca de lo que representaba, y por un momento vi a Jesucristo como mi amante, con tal unión religiosa que el mundo se me hizo pequeño ante la inmensidad de nuestra compenetración. Era el mejor representante de un monje soldado, el mejor templario moderno donde más similitudes yo encontraba. Más tarde, se desvinculó de toda atadura, mejor dicho, de la única atadura que le quedaba; y se decidió a inmolarse por su tierra, por sus ríos, por sus bosques, por su gente, por su nación, y comprendió que sólo la lucha armada contra el opresor haría que se desvinculara de su miseria como hombre. “Sólo quien está dispuesto a dar la vida por los demás —decía— está aspirando a la perfección en su religión con el transcendente”. Ni siquiera pidió la secularización y me arrastró al ateísmo más militante.

Tuve escrita esta carta durante un tiempo, no pude contarle esto a nadie y ahora, por fin, te la mando para que sepas cuáles eran mis sentimientos. Ahora que me he

decidido a enviártela parece que la cabeza me ha descansado pues, mientras la guardaba, me sentía inquieta por no haberla enviado.

Cuando quedé embarazada, se me vino el mundo encima, marchamos a Tolosa y no nos atrevíamos a decírselo a nadie, ni siquiera a nuestros padres. Así lo estuvimos rumiando durante algún tiempo, y cuando le dije que pensaba abortar, me atravesó con una mirada tan punzante que no me atreví a decirle nada más, pero lei en sus ojos que era motivo suficiente como para comenzar una cuesta hacia el abismo.

Me soltó un rollo que empezó siendo amable y terminó dándome voces, que si las meiosis celulares y que si los 46 cromosomas. Decía que desde el punto de vista científico era un asesinato y no podía ser cómplice de un asesinato, y sin embargo estaba dispuesto a empuñar una pistola y si fuera necesario dar un tiro en la nuca, por la espalda, a quien la organización le ordenara sin preocuparle, siquiera, si sería culpable de algo o inocente ¡Ya ves qué científico! Pero me lo decía tan convencido y con tal brillo en los ojos que aquella viveza me impresionó hasta lo más hondo, aunque mi pavor, infundado por cierto, seguía venciendo en la resolución que había adoptado.

Cuando cruzábamos reflexiones en nuestra conversación, siempre terminábamos comparando a nuestros compañeros de lucha con los templarios de los procesos que yo estudiaba y con tantos compañeros que teníamos detenidos en las cárceles no podíamos por menos de identificarlos o, por lo menos, compararlos con Jacques de Molay y los treinta mil templarios, mitad religiosos, mitad soldados, que los poderes públicos habían encarcelado y calumniaban para masacrarlos. El fin de semana pasado estuve en Roma, y no te creas que...

Profesor: —¿Por qué no sigue esta carta?

Clara: —Porque siguen cinco folios de asuntos que no vienen a cuento con este libro. Y no desvela ningún rasgo de su personalidad o su carácter, ni tiene relación alguna con Baphomet o los templarios. ¿Se hace usted idea de quién es mi amiga? Es que no puedo identificarla abiertamente; y mucho menos decir aquí su verdadero nombre.

Profesor: —Sí, sí. No tengo nada que decir si tú crees que tiene que ser coautora. Ya te dije que estoy totalmente de acuerdo.

Clara: —Le acabo de enviar esta carta, y, como usted está involucrado en ella, también a usted se la envió. Ahí va:

Carta de Clara a Nora

Querida Nora:

Me dice Leo que la realidad son las palabras, no los hechos. Ya ves, Baphomet empezó siendo una realidad bien concreta: el dios Baco pintado en unas tablas en el siglo décimo, que lo dona Arias Didaz al Abad del monasterio de San Pedro de Montes, bien visible, palpable, perceptible por todos los sentidos, que se convirtió en sólo una palabra. ¡Una mera palabra por la que se masacraron treinta mil inocentes caballeros del Temple!

Desde este descubrimiento he ido coligiendo que por las palabras se mueve el mundo. En los hechos no se quiere creer porque los hechos nos dan en la frente. Por eso deseamos siempre que las palabras sustenten el universo. De hecho, una sola palabra “Baphomet”, cambió la historia de Europa, lo mismo que, en el siglo IV, otras tres palabras: “Ora Et Labora” transformaron el mundo entero. Pero también hemos de tener en cuenta que la palabra es difícil de desmontar cuando está incrustada en el cerebro.

Yo creo que todas las personas tienen los mismos gustos, las mismas pretensiones; por eso no veo clara esa diferenciación de las personas por su lugar de nacimiento. Creo que es una aberración sentirse distinto. La orden del Temple llegó a ser la organización más poderosa de la tierra cuando no había entre los miembros miramientos de ser distintos o de hablar distintas lenguas y de haber nacido en un lugar o en otro. En el libro de nuestro profesor de Lengua en el que Leo y yo tenemos papeles importantes como si fuéramos personajes imaginarios, a todos los profesores les gustaría tener la pintura, la pintura del dios Baco, pintado como un pantocrátor románico venerado en las bodegas. Todos los personajes que representan al resto de los profesores tienen las mismas aspiraciones profesionales y vitales, todos quisieran ser los dueños del cuadro, pero, sibilinamente, se descalifican unos a otros, se tachan de izquierdas o de derechas porque esas palabras fluyen como máximas realidades y adquieren entre ellos un valor inmenso que producen filias y fobias espeluznantes.

En el libro «El Baco», en el que desempeño un papel importante siendo yo una estudiante, los profesores no son vencidos por la realidad de los pergaminos sino por la ilusión de unas fotografías de los pergaminos, ya que los mismos profesores ni siquiera han visto los pergaminos originales, y además saben que la última palabra de Leo es falsa. ¡Pues, aun sabiendo que es falsa, la palabra es la que vence! Leo, en realidad guarda el pergamino original de Arias Didaz que se vio en la obligación de hacer creer a Clara — soy yo—, que lo había quemado.

Ese libro me dio pie para investigar un poco en varios archivos de Castilla y de León, donde me encontré con revelaciones sorprendentes, como que la imprenta ni mucho menos la inventó Gutenberg, sino que la inventaron unos frailes anónimos en el monasterio de San Pedro de Montes, en el Bierzo. El profesor me lo ha discutido y me dice que fueron los mismos templarios, y que los otros frailes les robaron el invento.

Entre otras cosas, he descubierto que faltan algunos pergaminos importantes. Pero eso vamos a dejarlo, porque hay materia para otro libro cuando terminemos éste. Si acaso, al final, en un apéndice, podemos incluir un anticipo con la muestra de uno de los pergaminos encontrados.⁶¹

Para la historia de Baphomet yo no he encontrado ni investigado nada, y sin embargo Leo me dice que tan importante es haber hecho el trabajo de catalogar la falta de escritos por incendios, expolios, traslados y otros eventos históricos, como lo que han hecho él y el profesor de Lengua. Digo esto porque el que falten de sus colecciones algunos pergaminos, asevera que fueron robados del monasterio de San Pedro por ese Counillac, del que habla el profesor.

Me dice Leo constantemente que estamos en un momento histórico revolucionario pues la comunicación está avanzando a pasos agigantados.

Quien ha controlado la comunicación ha mantenido el poder sobre el resto de los hombres. Hasta el momento en que se inventó la imprenta, los pocos que dominaban a las gentes dejaron de dominar; pero el poder pasó a manos de otros. Siempre el poderoso ha tenido pavor a que le quitaran el control sobre la comunicación escrita.

Internet y otras redes informáticas están haciendo posible que, desde abajo, se genere un salto cualitativo, pues cualquiera podrá tener información sobre lo que quiera y con la misma velocidad que cualquiera, y la información no será privativa de unos pocos privilegiados. Incluso la forma de escribir este relato utilizando la red de redes, puede generar desasosiego o incluso furia en los más tradicionales.

Aquí te envío parte del trabajo que estoy haciendo, de transcripción y adaptación al castellano moderno, de una colección de pergaminos que he encontrado en el archivo del que te hablaba antes. Su autor es un abad llamado (¿...?) pues está borrado el nombre, completamente borrado. Este pequeño contratiempo va a ser muy difícil de resolver; pero tampoco es tan importante. Relata su desesperación al perder el control sobre la información que era privativa de los frailes. Leo está en París. Ya te contaré más despacio los últimos hallazgos. Te vas a quedar impresionada.

El pergamino en el que ando investigando ahora estaba catalogado al lado de los que faltan relacionados con los del misterio de Baphomet, pero no he visto nada concluyente aún. Nos quedan algunos que están todavía perdidos. Con los que traiga Leo de París podremos cerciorarnos de la pista que hemos rastreado en los que tiene el profesor. Si es así, nos será difícil encontrar los definitivos porque todo apunta a que se encuentran en algún lugar de Asia.

Veremos si se confirma cuando los juntemos todos y los estudiemos.

Este con el que ando sólo abunda en el asunto del invento de la imprenta y dice: “En la planta baja del monasterio habíamos acomodado cinco cuadras para la nueva industria de hacer copias con las losas. El trabajo era arduo porque había

que tallar las piedras hendiendo las letras en ellas, pero escritas al revés, para que al pasar el tinte e impregnar un papel de lino en ella, quedara todo el papel impregnado a excepción de las letras que ya salían al derecho y sin mancha. El hermano lego que se crecía cuando alguna dificultad se le atravesaba, ideó fundir los hierros en la fragua de Compludo, y hacer, en moldes, muchas letras para poder incrustarlas en las losas de pizarra. Estas pizarras las traíamos de otro lugar del monte a unas diez leguas también llamado con el mismo nombre del monasterio de San Pedro, donde los truenos de las tormentas se hacen tan bravos que meten miedo en el cuerpo como rugidos de fieras a dos varas de distancia”.

En un archivo adjunto te envío el pergamino escaneado para que apliques tus conocimientos de paleografía y me digas si encuentras alguna incorrección en la transcripción.

También necesitaría tu ayuda para no perder el tiempo consultando mamotretos.

Mira por dónde, creo haber encontrado, casualmente, la fuente de inspiración de algunas novelas que se han escrito sobre asuntos de monasterios medievales. Como de la Edad Media existen tantos enigmas por resolver, tantos símbolos de los que desentrañar su significado, algunos autores han utilizado asuntos verdaderos para hacerlos novelas como si fueran creaciones propias.

Yo creo que la imaginación humana puede dar para inventar cuatro nimiedades como las novelas de autores que viven del oficio de llenar folios como sea, en un frenesí por ganar dinero con la industria del libro, aprovechando la fatuidad de los ingenuos que compran sus libros aunque no los lean. Los buenos libros, que son las buenas novelas, son los que relatan descubrimientos de la vida misma, descubrimientos de situaciones o de comportamientos y reacciones de personas reales como don Quijote o Sancho, o sueños como los que cuenta Kafka.

Cuando desvelemos el misterioso Baphomet estaremos ante la realidad y el sueño.

Todavía no lo hemos descubierto porque el profesor sólo tiene algunos de los pergaminos y nos faltan los que tiene Leo.

Lo que sí hemos investigado es que los templarios, para llegar a ser los dueños de Europa, dominaron la comunicación; tanto es así que, ya en el siglo XIII, inventaron la transferencia bancaria, el seguro de vida, la telecomunicación por tubos de “terra cota” de monasterio a monasterio, por lo que el Rey de Francia, para exterminarlos, comenzó a cortar la comunicación entre ellos.

Quien ha controlado la comunicación ha mantenido el poder sobre el resto de los hombres. No te extrañe que a los poderosos ya se les esté pasando por la imaginación controlar el poder de cortar “internet” entre los usuarios. Ahí te mando otro archivo con las conversaciones que hemos mantenido Leo, el profesor y yo sobre este asunto. Creo que tienes que estar enterada de todo nuestro proceso, porque tú también eres coautora.

Contestación de Nora:

Querida Clara:

He leído todo atentamente.

No creo oportuno figurar como coautora de nada, porque yo no he investigado nada. Sois vosotros los autores únicos y absolutos. No obstante, no dudéis en contar conmigo para lo que sea. De verdad. Yo me quedo en pensar y reescribir contigo el ensayo sobre el valor intrínseco del arte que habíamos comenzado. Me interesa sobre todo el concepto de la doble autoría intrínseca a la obra de arte en sí.

E-mail de Clara a Nora:

Tratar de hurgar en los entresijos personales de un autor cualquiera constituye la forma de banalidad más aberrante con respecto a lo que es el arte mismo. ¿Qué importa que el autor haya ido al entierro de su madre o se le suelten las lágrimas porque haya muerto su perro? Todo el proceso intermedio de la creación de cualquier obra de arte no tiene interés alguno nada más que para los que no ven el arte como una creación sino como un lucro, es decir, para los que han desprovisto al arte de su más excelsa propiedad que es entrar en la constitución del ser de aquel que lo contempla activamente.

Últimamente, y con este adverbio me refiero a esos siglos pasados, se ha ido gestando la aberración más grande por lo que tiene de recurrente: volver a encender el rescoldo dormido del éxito personal y diferenciador. ¿Por qué hacer de una persona un mito cuando su creación tiene tanto valor intrínseco como el remiendo de un calderero? Por cierto, el calderero y su remiendo han constituido, no sólo la base o sustento, sino el hallazgo de la obra de arte.

Sigo en mis trece de que no es obra de arte aquella que no suscita la creación de la otra mitad, aquella que el autor considera cerrada y suya; o mejor dicho, tanto menos valor tiene cuanto más cerradas deja las posibilidades de seguir creando sobre ella; la que no dé posibilidades al interlocutor de seguir hablando y de seguir sintiendo vale mucho menos.

Cuantas más posibilidades deje abiertas para que el receptor siga creando, más obra de arte será. Se puede argüir que, entonces, sólo hace falta dar una pincelada y ya está; que el interlocutor siga creando. Pues no, porque la pincelada a secas no hace entrar en la obra de arte. Por eso considero una ingenuidad acudir a concursos a competir con obras de arte, porque el arte no se puede medir con ninguna clase de unidades. Se contempla, se siente, se evoca y punto. Claro que, si hace evocar algo en el cerebro de otro también será obra de arte. Ayer estuve toda la

mañana en el museo del Prado. Toda la mañana la pasé hablando con la infanta Margarita, con Maribárbola. Estuve pensando en las habitaciones contiguas y estuve oyendo lo que se decían. El maestro salió un paso y me cortó su pensamiento: iba a decirle al Rey que el intruso en el cuadro era yo y que era inofensivo.

75

Carta de Nora a Clara:

Ayer estuve pensando sobre tu última carta, sobre el proceso creador, sobre el arte; y de momento estoy llegando a algunas conclusiones como que el arte y la religión pueden ser dos elementos relacionados, como las dos caras de la misma moneda, y los dos relacionados con la estética porque no ha habido arte sin religión, ni religión sin arte.

Quien hace arte no es ateo, aunque lo diga o se lo crea verdaderamente. Solo se ha hecho arte para emular a la divinidad. Curiosamente, un amigo ingeniero, con el arte de las artes, que es la matemática, ha resuelto la ecuación que demuestra que todo ser humano tiende indefectiblemente a la eternidad infinita una vez nacido. ¿No has visto el correo electrónico que se le coló en el chat? ¿Será cierto que habiendo principio ya no existirá el fin? Por otra parte, a algunos artistas tanto les ha gustado su obra que se han creído dioses y se han revelado contra su creador, y en su soberbia han sido castigados al fuego eterno. Estoy revisando profundamente mi concepción de Dios y del ateísmo, concepciones que dividen en dos a los seres humanos.

No hace falta endulzar la prosa con vocablos rimbombantes que seguro que no se utilizaban, porque de los escritos que conservamos, procedentes de monasterios medievales como cartas, privilegios, etc., no podemos concluir más que el estilo y las palabras más cultas y oficiales, pero no las expresiones coloquiales usadas dentro de los monasterios, que nos proporcionarían un conocimiento más exacto de lo que ocurría dentro de ellos. Yo sigo con mis ensayos y vosotros con la investigación de Baphomet, y te prometo que, cuando esté absolutamente descifrado el misterio, viajaré a Madrid y lo celebraremos en el Ritz o en el Palace.

Capítulo IX

76

Leo: —Por la mañana, al salir, pregunté en la recepción a ver dónde estaba la empresa más cercana de alquiler de coches. Me buscaron la dirección, me dijeron que se podía ir andando. Creía que iban a ser cinco minutos pero tardé más de un cuarto de hora con el plano en la mano, y ya no quedaban libres más que dos furgonetillas “Kangoo Campus” y una grande “Furgón Máster”. Yo alquilé una “Kangoo” que es la más barata.

Clara: —Bueno, pero ¿para qué tanto detalle? Vete al grano. ¿Has ido a ver la casa?

Leo: —¡Estoy de la casa hasta los mismos güevos! Tenía que haber convencido a Denisse, cuando la visitaba en el hospital hace veintisiete años, de que me diera los pergaminos, que son nuestros porque nos los robó su antepasado, y nada más. Nos hubiéramos ahorrado todas estas complicaciones.

Clara: —¿Por qué dices eso?

Leo: —Cuando hace unos minutos llegué al hotel, me llevé una sorpresa. Llegué a más de las doce de la noche. Al pasar por la recepción me dijo el recepcionista que el del turno anterior le había dejado una nota para mí.

Clara: —¿Y qué te decía?

Leo: —Que había estado la policía buscándome toda la tarde, y que le habían dicho que yo había salido del hotel a primera hora de la mañana y no había vuelto.

Clara: —Bueno, bueno. Ahí, algo raro pasa. ¡Ten cuidado!

Leo: —Espera. No te asustes. Que no pasa nada. Te cuento despacio.

Clara: —Pero, ¿eran los gendarmes o la policía secreta?

Leo: —¡Ah! Pues en ese detalle no he caído en preguntarle. ¿Por qué? Bueno, yo creo que eso es lo de menos. Yo también me alarmé al principio, pero el recepcionista tuvo mucho cuidado de decírmelo con sonrisa, y primeramente advirtiéndome que no me alarmara, que sólo era para entregarme personalmente un comunicado.

Clara: —¿Un comunicado?

Leo: —Espera, que lo voy traduciendo y escribiendo. Bueno, los encabezamientos no hacen falta. Está firmado por el juez.

Clara: —¿Y qué dice?

Leo: —Espera que lo lea despacio. A ver...

Clara: —¿Qué dice?

Leo: —Espera un poco, mujer, no te alteres, que no pasa nada. Déjame leerlo...
Cinco minutos...

Clara: —Vale, vale... Espero...

Leo: —Pues dice que... “Revocación judicial por la que quedarán temporalmente retenidos los dos baúles, con todo su contenido hasta una nueva peritación y examen del Departamento de la Oficina Central contra el Tráfico de Bienes Culturales de Francia.

Clara: —¿Qué dices?

Leo: —Lo que oyes. ¡Mecagüenlaleche...! Te decía que venía de ver la casa y que estoy hasta los güevos de la casa. ¡Y ahora esto...! Bueno... A ver cómo me las arreglo. Algo se me ocurrirá.

Clara: —¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado con la casa?

Leo: —Que es una porquería. Está derruida.

Clara: —Bueno, no iba a ser un palacio. Yo ya me imaginaba que estaría vieja...

Leo: —¡No...! ¡No es eso! ¡Es que no la has visto! No vale para nada. Es un fiasco... Lo único que está en pie es una fachada y tampoco vale para nada. El tejado está hundido y tiene de planta un triángulo de no más de 45 metros cuadrados, un solar pequeñito, entre otras dos casas. ¡Yo no sé quién coños pudo vivir en esa choza, que ni es casa ni es nada! Desde luego, cualquiera menos un alto mando del ejército de Napoleón Bonaparte. Además no se puede construir porque no tendría más que una habitación triangular. El derribo, antes de construir, costaría más que lo que vale el solar. Tengo que venderla para sacar dinero para los gastos. Con lo que saque no pago ni el hotel. Estuve hablando con un constructor del pueblo, un gordo pelirrojo con los pelos tiesos, largos y duros como escarpas, y unas cejas como las de los gorilas con unos ojitos minúsculos, azulados, lejanos y escondidos. No sacó un palo de la boca mientras hablaba. Y casi no le entendía. Pero lo que le entendí perfectamente es que lo más que podía valer el solar es lo comido por lo servido. Es decir, que se lo dé gratis para derribarlo, que se lo regale, que incluso la fachada hay que derribarla porque tiene la parte baja muy húmeda por capilaridad de una alcantarilla que rezuma y hay que sanear los cimientos. ¡Una puta ruina! ¡Vaya herencia de los cojones!

Clara: —Y qué vas a hacer?

Leo : —¿Qué coños quieres que haga? Pues regalársela. Ir a un notario y hacer una escritura de donación. Que la puta casa me cueste la menor cantidad po-

sible de dinero. Porque si la dejo y no la vendo tengo que pagar el IBI, y todos los gastos e impuestos municipales... Encima tendré que pagar la escritura.

Clara: —Pues... ¡Vaya!

Leo: —¡La puta casa! En buena hora se le ocurrió a Denisse dejarme semejante herencia...

Clara: —¡Pues, vaya! ¿Qué fuerte, no? Me siento ridícula. Vamos a tener que tomarlo a risa.

Leo: —El caso es que, aunque la calle de la casa es una callejuela, la peor del pueblo, los alrededores son bonitos, tiene un acueducto y un palacio precioso donde Luis XIV mantenía una querida en secreto. Mentenón o algo así se llama.

Clara: —Sí, pero nosotros con el palacio y el acueducto, no hacemos nada. Ya sé donde está, claro. Entonces es el pueblo donde residía Madame Maintenon... Ya... ya...

Leo: —Ya... ya... digo yo también... ¡Vaya porquería!

Clara: —Venga, ámate que tienes que solucionar lo de la policía.

Leo: —Encima eso. Ya se me olvidaba. A ver mañana. Coge el teléfono, que parece que este ordenador no marcha. O es que el wifi se desconecta. No sé qué pasa. Te llamo por teléfono.

Clara: — Si, dime ¿Qué le pasa al ordenador?

Leo: —No le pasa nada, pero prefiero así, por teléfono, porque lo que te iba a decir prefiero que no quede en ningún servidor de internet, por si acaso.

Clara: —Bueno, hombre, ¿qué va a pasar?

Leo: —De esto de la informática sé yo más que tú. Todo lo que sale a la red hay que pensar en ello como si se fuera a publicar en la primera página de los periódicos. No hay nada secreto, todo puede quedar grabado en unos cuantos servidores. Tú hazme caso y no me discutas esto. Y no voy a perder el tiempo con ello. Te quería decir que, cuando regresaba a París desde Mentenón, me perdí, porque, encima, no sé qué he hecho con el plano. Lo perdí. No sé qué coños hice con él y me desapareció; debió de caerse en algún sitio sin darme cuenta, y se escabulló al abrir la puerta del coche. Se deslizaría por el lado izquierdo del asiento. Bueno, que le den morcillas, que no acabo. La compañía de alquiler de coches ya estaba cerrada, eran las 12 de la noche, date cuenta de que ya son las dos de la mañana. Que tenemos que dormir, que mañana tengo yo mucho lío pendiente.

Clara: —¿Qué vas a hacer?

Leo: —Me levantaré pronto, tengo cuatro horas para dormir, no más. Iré, lo primero a denunciar el robo de los dos baúles a la policía más cercana. Tengo que ir ahora a romper un cristal del coche y abrir por dentro la cerradura.

Clara: —¡Vaya lío! ¿Tú crees que, con esto que me dices, yo voy a pegar el ojo esta noche?

Leo: —Tú duermes y no te preocupes.

Clara: —Como para no preocuparme. ¿Y qué vas a seguir haciendo?

Leo: —Pues eso, denunciar que me han robado los baúles de la furgoneta. Después de todo, ha sido una suerte que no estuviera abierta la casa de alquiler de coches, porque, no entregando hoy la furgoneta, tengo que pagar todo el día de mañana. No es como en otras empresas que se puede entregar por la mañana. Me decía que se puede estar utilizando durante la noche y por eso tienen así las tarifas. Creo que voy a decirles que sigo con el alquiler hasta que deje de necesitarlo. Llevaré ahora, por la noche, el cuaderno del diario para ocultarlo en los baúles en el guardamuebles. Dejaré también ocultos los pergaminos en los baúles. Mañana me abordará la policía y no quiero tener ni baúles ni pergaminos. ¡Nada! A ver dónde encuentro una piedra para romper el cristal de una pedrada, como si los hubieran robado.

Clara: —¿Ahora? ¿Vas a ir ahora a romper el cristal del coche? Son las tres menos veinticinco. Mejor que duermas un rato. ¿No puedes desatornillar una cerradura y dejarla suelta como si hubieran sido ladrones finos?

Leo: —Pero, la cerradura... para desatornillarla, tiene que ser desde dentro, con el coche abierto, desde fuera no se puede. Yo creo que no sabes lo que dices.

Clara: —Vale, vale... No he dicho nada... Échate a dormir un rato...

Leo: —No, no puedo arriesgarme a que no me despierte la alarma del móvil. Tengo que dejar todo preparado esta noche. Estaba yo tan cabreado por no haber podido devolver el coche, y mira tú por dónde, ha sido lo mejor que pudiera ocurrirme.

Clara: —Venga... Ten mucho cuidado y tenme al tanto de todo lo que haces. ¿Quieres que coja yo el primer vuelo que salga para París, y te acompañe?

Leo: —¡Ni se te ocurra...! ¡Eso, ni pensarlo...! No te preocupes, que lo arreglaré todo. Venga, un beso.

Clara: —Un beso. ¡Ten mucho cuidado!

Clara: —¿Dónde te has metido un día entero sin dar señales de vida? Ya estaba preocupada. ¡Sin conectar el ordenador y sin responder al teléfono!

Leo: —Olvídate del ordenador hasta que llegue a España, que no me fio nada. Mejor así, por teléfono siempre. Y, casi mejor, no comunicarnos hasta que llegue a España.

Clara: —¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Leo: —Toda la mañana con la policía. Menos mal que ya tengo experiencia. Y puede torearlos. Había un policía que yo creo que no se lo creyó del todo. Pero es lo mejor que he podido hacer. Tomaron cincuenta mil fotos de la furgalla.

Clara: —¿Qué? ¿Qué es la furgalla?

Leo: —El coche. La furgoneta. ¡Coño!

Clara: —¿Rompieste el cristal?

Leo: —Naturalmente. No encontraba nada con qué romperlo y tenía que buscar una piedra como fuera. Estuve perdiendo el tiempo un buen rato al lado del río Sena, y no había ni una china por ninguna parte. Corrían los minutos y me estaba poniendo nervioso. Estaba preparándome para salir fuera de París a más de las tres de la mañana, aunque volviera a las cuatro o las cinco. Pero, tonto de mí, con el nerviosismo, no me había dado cuenta, y, cuando estaba saliendo, pensé que con el gato que estaba al lado de la rueda de repuesto... Y así fue. Ya no me hizo falta la piedra. Aparqué la furgonetilla en una calle por donde no pasaba nadie a esas horas y le pegué un gatazo a la luna que quedó hecha añicos, y allí la dejé aparcada con todos los cristales esparcidos. Cuando subí al hotel, estaba nervioso, coño, y no quería que me lo notara el recepcionista de guardia. Ni siquiera me puse el pijama. Me eché en la cama y me calmé los nervios. Nunca hubiera pensado que por una cosa así me iba a poner nervioso. ¡Ni que hubiera cometido un crimen! Estaba temblando como un gilipollas...

Clara: —¿Y no dormiste nada?

Leo: —Sí, puse la alarma del móvil para las siete y todavía me quedé dormido un rato, vestido encima de la cama.

Clara: —¿Y los baúles y los pergaminos?

Leo: —¡Espera que te cuente, mujer....! ¡No me dejas ni respirar! Tranquila, que yo ya estoy sereno y todo va sobre ruedas. Lo primero que hice fue ir a una gendarmería a poner la denuncia. Y en esto se portaron bien, porque

fueron bastante rápidos. Por lo menos, el gendarme que escribía, un chaval joven, tecleaba que no se le veían los dedos. Me sorprendió el detalle.

Clara: —¿Y los pergaminos?

Leo: —Sí sí... Déjame que te lo explique despacio. No me cortes...

Clara: —Vale, me callo. Sigue, sigue...que ya no te corto hasta que no termines.

Leo: —Después de declarar, subí al hotel a por el diario.

Clara: —¿Y lo escaneaste?

Leo: —¿Te podrás callar, coño? No me dejás explicarte.

Clara: —Vale, vale, venga...que ya no te interrumpo.

Leo: —Traje los pergaminos y los escaneé; y volví a llevarlos, de nuevo, al guardamuebles. “Hombre precavido vale por dos”. Por lo que pueda pasar ya los tengo en mi ordenador y en un *pendrive*. Dos copias por si acaso. Ahora, los pergaminos originales están en el guardamuebles y ya le pregunté al tío que si podía permanecer allí tres o cuatro días, y me dijo que sí. Te los enviaré por una agencia de transportes, pero, por si acaso, guardo la copia escaneada. No podemos arriesgarnos a que se pierdan. El hombre del guardamuebles me decía que la garantía son los objetos guardados. Y se paga al final el tiempo utilizado. Están guardados en una especie de cabinas acorazadas, y yo tengo la clave, la fecha de mi cumpleaños el veintisiete de noviembre —27/11 y ocho números más—, que tuve que elegir antes de cerrarla, para que no pueda saber lo que hay dentro ni el mismo dueño del guardamuebles. Cuando volví al hotel...

Clara: —No he entendido eso que dices de los números veintisiete y once...

Leo: —Por cierto, pasado mañana es mi cumpleaños, San Leonardo, veintisiete de noviembre, que mi madre me puso este nombre por el santo del día.

Clara: —Es verdad, no me acordaba, pero me saltará la alarma en la agenda con un mensaje. No te creas que me hubiera olvidado. Pasado mañana te felicito.

Leo: —¡Vaya cumpleaños más ajetreado! ¡Cuarenta y cinco tacos! ¡No me lo creo!
¡Parece mentira!

Clara: —Pero aparentas treinta y cinco. Al ser delgado nunca has representado la edad verdadera.

Leo: —Bueno, no diría yo tanto, que la procesión va por dentro. A los treinta y cinco podía aguantar sin dormir una semana y ahora con una noche que duerma mal ya arrastro un cansancio que no puedo con los pantalones.

Clara: —¿La furgoneta la dejaste aparcada?

Leo: —La furgoneta está allí, sin moverse, porque hice la denuncia como si me hubieran robado los baúles.

Clara: —¡Uy... Dios mío...!

Leo: —¡Bueno, si te vas a poner nerviosa, mejor que no te cuente nada!

Clara: —Sigue, sigue. ¿Qué te pasó al volver al hotel?

Leo: —¡Que no pude pasar porque estaba todo acordonado por coches patrulla de la policía! ¡Todo un ejército custodiando el hotel y las calles laterales! A la calle en la que está aparcada la furgoneta no se podía pasar ni por un extremo ni por el otro. Menos mal que el ordenador portátil lo llevaba colgado en bandolera y el pendrive de llavero, pero el maletín de viaje allí quedó con mis cosas. No era mucho pero no volví a por nada.

Clara: —No puedo entender el porqué de esa persecución tan furibunda.

Leo: —Pues allí muy cerca, en Notre Dame, yo me acordaba de la condena a muerte de Jacques de Molay y sus templarios más injustamente dictada, si cabe. No obstante, me vinieron a la mente las cartas de Nora, en las que muchas intimidaciones literarias, muchas filosofías, muchos amoríos y muchas bobaditas, pero repasa, repasa los correos electrónicos y nuestras conversaciones. ¡Fíjate bien!

Clara: —Ya hemos tenido mucho cuidado con que no aparezcan las siglas de ETA por ninguna parte.

Leo: —Pero lee, lee: “...abertzale...”, “...lucha armada...”, “...Leo está en París...”, “...tiro en la nuca...” y otras lindezas. Todo esto da pie para que parezca lenguaje encriptado entre ensayos artísticos, filológicos y filosóficos. Ahora, la policía francesa tiene órdenes de no pasar ni una con la ETA. Relee las cartas despacio con este punto de vista. Que las ingenuidades, a veces, se pagan caras por no ser suficientemente prudente. Estoy saliendo otra vez hacia el guardamuebles. No he hecho otra cosa más que andar de aquí para allá unas cuantas veces, y ya no puedo perder tiempo. Ahora ya me empiezo a acojonar un poco. Hay dos helicópteros dando vueltas.

Clara: —A ver, Leo, por favor, entrégate que no tienes nada que ocultar. Y explicas bien todo. Acabo de llamar al profesor y opina lo mismo que yo. ¡Entrégate a la policía! No tienes nada que temer. Nadie puede acusarte de nada ilegal o incorrecto.

Leo: —¿Cómo explicaría ahora la falsa denuncia del robo de los baúles? En nuestros mensajes por internet de los días pasados, también está escrito que los baúles están en el guardamuebles.

Clara: —De todas las maneras, eso sería una tontería menor, puedes alegar un olvido o cualquier cosa, que no miraste bien, que te reflejó un cristal y te pa-

reció que faltaban los baúles de la furgoneta. Hazme caso y cuéntaselo a la policía que todavía estás a tiempo, por favor. Vete ya, y no te retrases.

Leo: —Yo creo que te has trastornado. ¿Entregarme yo? Eso es lo último. No me creería nadie y no me libraría nadie de la detención, y, de momento, iría a la cárcel por pertenencia a banda armada. Hasta que se aclare, pueden encerrarme unos cuantos días. ¿Qué queréis? ¿Que me pase lo que a los ingenuos templarios que se entregaban, e, incluso, bajo torturas, declaraban, como gilipollas, haber adorado a Baphomet? ¡No me fío! Ya sabré yo guardarme. Eso lo he aprendido bien de los templarios: ¡hacer todo lo contrario que hacían ellos, que, al principio, se entregaban como corderitos! ¡Entregarse, nunca! Y mucho menos declarar algo contra sí mismo, y más siendo mentira. Ahora voy a coger un taxi, que entre la muchedumbre de las calles, en París es fácil escabullirse.

Clara: —Se te oyen las palabras entrecortadas.

Leo: —Porque voy andando muy deprisa y hablando.

Clara: —¿Y dónde vas?

Leo: —Al guardamuebles a coger los pergaminos y el diario después de tantos títubeos.

Clara: —¿Y las ropas de los baúles y la casa?

Leo: —¡Que se las metan por el culo, tanto los trapos como la casa! Voy a colgar el teléfono, que estoy parando un taxi. Luego te llamo.

78

Clara: —¡Ya era hora! ¿Por qué no cogías el teléfono? Estaba preparando la maleta para salir hacia París. Ya estaba algo nerviosa por si te había pasado algo.

Leo: —Ahora te cuento. Siéntate que es muy largo. No he podido comunicarme en dos días.

Clara: —¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Por qué no enchufas la videocámara con el Skype?

Leo: —Mejor por teléfono, porque me da la impresión de que estoy siendo perseguido. No obstante, he escaneado los pergaminos y te los he mandado en un archivo. Pero no me fío, así que me fui al aeropuerto, a una zona wi-fi a mandárselos a Pablo también, por si acaso. Tengo que tener todos los cabos atados. Ya veremos. También le mandé a Pablo las claves de la caja del guardamuebles, por si acaso tuviera que encargarle que los saque él de Francia, si yo tuviera que salir de estampida.

Clara: —No entiendo por qué has tenido que ir al aeropuerto. No puedo entender nada.

Leo: —Porque la “I P” del router del hotel la pueden tener localizada y rastrear todo lo que comuniquemos por internet. Pero, bueno, eso ya te lo explicaré más despacio. Y en el aeropuerto hay zona wi-fi.

Clara: —Vale, vale... Ya estoy abriendo el archivo. ¿Por qué a Pablo? ¿Se lo mandas para tener otra medida de seguridad, o porque lo necesitas para algo? Explícame eso: ¿por qué tanta urgencia en enviárselo a él?

Leo: — Te lo cuento todo pormenorizado por escrito. Después de enviarte los pergaminos escaneados he formateado el Portátil. Así queda todo borrado. Lo he dejado limpio. Tendré que instalar windows de nuevo.

Clara: — Ya tengo aquí el archivo. Voy a imprimirlos en color. Estoy emocionada con sólo estas copias informatizadas.

Leo: —¡Ah! ¿Ya te ha llegado? Por lo menos respiro más tranquilo. He escrito una carta muy larga con todo lo que me ha ocurrido. Todavía no las tengo todas conmigo. Pero por lo menos ya hemos asegurado que tienes todos mis pergaminos ahí fotografiados.

Clara: —¿Pero qué te ha ocurrido?

Leo: —Desde hace dos días no había podido comunicarme. Bueno, desde cuando hablábamos de mi cumpleaños.

Clara: —¡Andá! Ya son las doce y cuarto, ya es veintisiete. ¡Felicidades!

Leo: —Menudo cumpleaños más ajetreado. No lo voy a olvidar nunca. La carta que te he escrito en papel, te la acabo de mandar urgente, por la empresa de transporte, no por correo postal, así que mañana la tendrás ahí. Prefiero que la leas para que no te asustes tanto.

Clara: —Pero ¿Qué ocurre? ¿Por qué tanto misterio? ¿Es que ya no podremos comunicarnos por internet?

Leo: —De momento, mejor así, por teléfono. Ya te contaré más despacio. Pero no te creas que ocurre nada grave. No hay ningún misterio. Ya ves que yo estoy perfectamente.

Clara: — Estoy leyendo en pantalla. ¡Qué maravilla! ¡Me parece un sueño! Gracias por mandarlo y no tenernos esperando a traerlos contigo. Estoy emocionada. Es una joya. Voy a leerlos ahora mismo. Y mañana comenzaremos el profesor y yo a ensamblarlos, a colocar cada uno en su sitio. Hoy creo que no podré dormir nada. A ver cómo te las arreglas para sacar de Francia los pergaminos originales. Yo creo que no te pondrán más pegas aunque tarden unos días en revisar los papeles de la herencia.

Leo: —No te creas que es tan fácil, pero bueno... Te cuento todo en la carta. Léela despacio que yo la escribí muy deprisa. Me parece que llaman a la puerta.

Clara: —¿Por qué por carta? ¿No puedes ya ni hablar por teléfono? Me tienes un poco preocupada. ¿Pero tú estás bien, no? Tienes la voz un poco rara.

Leo: —¡Naturalmente que estoy bien!

Clara: —No me has dicho todavía si ya te has cambiado de hotel. ¿O es que estás en el palacio de Madame de Maintenon? Porque, de ti, ya me creo cualquier cosa.

Leo: —Cuando leas la carta te enterarás de los detalles. Aunque haya solucionado el asunto de la herencia, no me fío del todo, tengo que actuar con mucha prudencia porque un hombre me persigue a todas partes. Y yo le estoy haciendo el juego como si no me diera cuenta. A ver si me entero de qué coños quiere. Pero no te preocupes, que, en todo caso, dejo los pergaminos en el guardamuebles, tiro el portátil y el pendrive al Sena y que le den morcillas. Para transcribir todos los relatos de Martín, Roderico y Gelvira, con tal de tenerlos escaneados y copiados, nos vale. O sea, que no tienes por qué preocuparte.

Clara: —¡A ver...! ¿Qué es eso de que un hombre te sigue a todas partes?

Leo: —Un hombre con peluca y gafas de sol y barba. Hoy lo he observado bien, me lo he cruzado dos veces al venir al hotel, y, cuando salía yo de la comisaría, él arrancó un coche de alquiler disimulando, disimulando. En un principio pensé que me estaría protegiendo como hace 27 años cuando aquel policía me protegía hasta llegar al hotel, pero ahora no es lo mismo. No se qué coños quiere. Me dieron ganas de preguntarle pero no me atreví. Este pollo no me protege de nada, me persigue para que no saque de Francia ningún documento histórico —seguro— y como ahora tienen un lío, porque me habían dado los pergaminos legalmente, se arrepintieron, y quieren que se los devuelva... ¡Van *daos* si están esperando que se los entregue! O es un policía camuflado o es un detective, pero no me preocupa lo más mínimo, así que, tú tranquila. Venga, preciosa, que cuelgo, que están llamando a la puerta. ¡Hasta luego...!

Clara: —Ya me dejas un poco preocupada.

Leo: —No te preocupes que no pasa nada. Date cuenta de que, al haber una revocación del juez, esos pergaminos, legalmente, están sub-iudice. Y supongo que los habrían examinado antes, y habrán concluido la importancia que tienen para reconstruir la historia de Europa, que ahí se guarda el mayor secreto de la destrucción de los templarios. No te preocupes. Confía en que todo lo arreglaré sin problemas. ¡Que siguen llamando insistentemente! Voy a ver quién es. Un beso fuerte, que cuelgo...

Clara: —Un beso fuerte. Adiós, hasta luego.

Carta de Leo a Clara. Enviada por UPS

Querida Clara:

Para despistar a la policía, no se me ocurrió mejor idea que salir hacia el aeropuerto de París “Charles De Gaulle”, con la intención de guardar en consigna el ordenador portátil. No se me ocurrió más que desprenderme de todo lo que pudiera delatar cualquier rastro de la herencia de Denisse. No quería tener nada encima que pudiera delatarme. Además, tenía grabadas nuestras conversaciones. Quería llamar a Pablo, que ha cambiado de compañía y ahora es piloto de “Air Lingus”, que va de Boston a París cada poco, para que lo recogiera cuando llegara a ese aeropuerto y lo guardara él. Lo llamé y le conté todo lo que me estaba ocurriendo porque del resto de nuestra investigación ya le había comentado en correos electrónicos. Y yo ya estaba dispuesto a salir inmediatamente en el primer avión que despegara con cualquier destino fuera de Europa.

Estaba tan nervioso que no pensaba correctamente. Me iban y venían, a borbotones, millones de ideas a la cabeza, pero no daba con ninguna contundente que me sacara del atolladero en que me había metido. La policía andaba buscándome: no podía ser para otra cosa sino para quedarse con mis pergaminos.

El primer contratiempo fue que, en el aeropuerto —ni que me persiguiera la ley de Murphy— no hay consigna. Debe de ser el único aeropuerto del mundo en el que no hay consigna para dejar equipajes, lo que me dejó de una pieza. Y el segundo que, cuando iba a sacar un billete para partir, al cabo de dos horas, a cualquier destino hacia los EEUU —me daba igual la ciudad en la que aterrizara, con tal de que fuera el primer avión que saliera; ya llamaría a Pablo para que me diera cobijo—, me di cuenta de que el pasaporte, que siempre llevo conmigo —también fue mala pata—, lo había guardado en la caja fuerte del armario de mi habitación en el hotel. No sé para qué se me ocurrió guardarlo allí el primer día que llegué a París. Como en la Unión Europea con el carnet de identidad basta... Pero para salir de la UE tenía que tener el pasaporte... No podía volar fuera de la UE.

Decidí descansar un rato y calmar la mente, pararme a pensar despacio, no siendo que cometiera algún disparate, y me puse en el lateral de un restaurante, dentro del aeropuerto, a comer un sangüis con una coca-cola. Cuando estaba terminando el bocata, aparecieron gendarmes por las esquinas del aeropuerto. Yo no veía más que uniformes por todas partes. No se me ocurrió más que meterme en los servicios y esperar allí dos horas como si tuviera diarrea. Y es que la tuve, ciertamente, de puros nervios. Me puse los pantalones al revés, aposta, para parecer un mendigo, me alboroté el pelo y saqué la camisa por fuera. El jersey y el chaquetón debajo del brazo y el ordenador en bandolera. Con ese aspecto pasaría más desapercibido.

Eso me creí yo, pero no fue así, porque, nada más salir, una señora que limpiaba los servicios se quedó sorprendida mirándome los pantalones; así que volví a entrar de nuevo y me los puse al derechas. Y yo pensaba: “si me viera Clara, me mandaría a tomar vientos para siempre, por haber adoptado aquellas pintas”. La limpiadora se quedó cuchicheando con la compañera que pasaba la fregona.

Los policías habían desaparecido. Había surtido efecto el escondite durante tanto tiempo. No obstante, con la máxima cautela, salí del aeropuerto para coger un autobús de enlace para llegar a la estación de metro. Me llamó la atención que el bus fue gratuito, o por lo menos a mí nadie me pidió ni billete ni dinero, y no había dónde pagar nada ni dónde sacar el tiquet. Cuando llegué en el metro a la “Gare du Nord”, no encontré nada raro. Fui a ver, en el tablón, los trenes que salían hacia Bruselas y hacia Colonia. El primero era el de Colonia, así que me dispuse a sacar billete. Pero antes fui a un punto *wi-fi*. Subí el archivo de los pergaminos a *google*. Y después formateé el disco duro para que no quedara ni rastro de las conversaciones que habíamos mantenido con Nora.

Me senté a tomar un café en la única mesa alta libre, con los pies agarrotados sobre el barrote de la silla jirafa como si fuera un búho estirado —¡qué incomodidad!— donde encendí el ordenador para instalar de nuevo el sistema operativo. Tan nervioso estaba que ya no era capaz y me dieron ganas de tirarlo al Sena, porque tenía mis dudas de si no quedaría en algún lado de la memoria algún archivo indeleble. Cuando se está agitado se piensan y se hacen unas bobadas de la puñeta.

Para el tren de Colonia todavía faltaba un buen rato. Cuando terminé de hacer las instalaciones, vi que dos gendarmes se dirigían hacia mí desde el fondo de la sala —no sé de dónde salieron—, y tecléé otra vez la orden de formatear el disco duro. Yo creo que me estaba fallando la cabeza como si hubiera actuado impulsado por un resorte. En un instante se pusieron delante de mí preguntándome algo que no les entendía mientras el ordenador trabajaba para no dejar ni rastro. A pesar de quedarme satisfecho con la seguridad de que nada de mi ordenador podrían curiosear, me puse a tartamudear como un idiota y no me salían las palabras. Creía yo que mi cerebro respondería lo mismo que a los dieciocho años, pero, qué va, ya no era el mismo. Me abrumé al verme tan disminuido. Ni experiencia ni leches. Tan nervioso estaba, que iba saltando de disparate en disparate. Uno de los policías, el que menos me preguntaba, me observaba fijamente y sonreía hasta que, por fin, me pidieron la documentación. ¡Estaba perdido! Sin DNI y sin pasaporte. Me preguntaron dónde vivía y les dije el nombre del hotel y la habitación. En ese momento hicieron varias llamadas con sus teléfonos y cambiaron el semblante de tal manera que ya no me soltaron.

El pasaporte lo tenía localizado perfectamente en la caja de seguridad del armario, en la habitación del hotel, pero el carnet de identidad tenía que tenerlo, y, sin embargo, no me aparecía por ningún departamento de la cartera, ni entre el dinero ni entre las tarjetas. Hice memoria y sólo lo había sacado de la cartera en Galerías Lafayette al pagar el portátil. Se me había caído o lo dejé encima del mostrador de la caja. Trataba de explicárselo al gendarme con mi francés pausado y académico, pero ya me empezaron a mirar de lado. Cuando me preguntaba por mi profesión,

por mi trabajo, yo no le entendía; él decía “bouleau”, en vez de “travail”, lo que yo siempre había estudiado en mis libros. Una y otra vez insistían en mi trabajo, que dónde trabajaba y a qué me dedicaba; y no se me ocurrió decirle que soy ingeniero ni darle el nombre de la empresa. Como un idiota le dije que era investigador de pergaminos medievales pero que había ido a París a cobrar una herencia de una descendiente de un general de Napoleón. El más serio me miró de arriba abajo, cerró un ojo mirándome sin pestañear con gesto intimidatorio y puso la mano en la funda de la pistola. “¿Cuáaaaaa?” —gritó enseñándome los dientes—. Se creía que le estaba tomando el pelo. Al otro le dio tanta risa que se retorció, se meaba de risa. Y el primero trataba de mantener el semblante adusto, y nuevamente hizo varias llamadas más, cumpliendo su papel con cara de pocos amigos. Cuando ya estábamos serios nos miramos los tres, y, como a idiotas, otra vez nos dio la risa y terminamos a carcajada limpia pero con risa floja hasta que recibieron otra llamada. Al terminar de hablar, cortaron la risa súbitamente, se miraron con cara de extrañeza y me dijeron que subiera con ellos a su coche. “Alé, alé, vit, vit” —decían—; y que los acompañara. Cuando estaba arrancando el coche, le dijo el serio al risueño: “Había oído cosas raras, pero original como esta, ninguna”.

Me sentí tonto, bobo, idiota, payaso, dentro de un coche celular, y toda la gente, al pasar, mirándome.

Sentado a mi lado, el poli de la sonrisa, y conduciendo, el que me había interrogado.

No tuve más remedio que sincerarme conmigo mismo, tragarme mi orgullo y darte la razón absolutamente —¡preciosa!—, cuando a veces me dices que fuera de mi trabajo me pongo atolondrado y te lo he discutido, incluso me he enfadado. Tengo que reconocer que tienes la absoluta razón. Si no fuera porque nos conocemos bien y nos queremos, se me estaría cayendo la cara de vergüenza por no haberte hecho caso desde un principio. Muy brillante profesionalmente, eso sí, pero desde los dieciocho años no he dejado de hacer el gilipollas fuera del trabajo.

Si los de recursos humanos de la empresa me conocieran por dentro, en mi interior, ¿de qué había llegado yo a ocupar el puesto que ocupó en la empresa? Me hubieran despedido a la primera, por idiota, por gilipollas. Además, no tenían prisa los jodíos polis. En vez de poner la sirena y salir a toda leche hasta su comisaría, iban despacio, como de paseo por las calles de París, como si formáramos parte de una comitiva espectáculo.

Yo creo que se entretenían aposta, parando en todos los semáforos, para que todas las viejas aplastaran la nariz contra los cristales, saludándome militarmente con la palma de la mano de visera, figando el aspecto del que creían que llevaban esposado, supongo, porque aquella curiosidad de los transeúntes no era normal, y me sacaba de mis casillas.

Y ni esposas ni nada. Sólo me habían dicho que los acompañara, hasta que me identificara. A las putas viejas que se acercaban, les enseñaba los brazos sueltos para que no me confundieran con un ladrón o un asesino. A pesar de que no me conocía nadie, pasé una vergüenza de la puñeta. Ya estaba pensando utilizar, como último recurso, mi posición en la empresa y llamar a la cabecera en París para que

mandaran a auxiliarme. Menos mal que era en París, si llega a ser en Madrid, que me conoce todo el mundo, menudo lío hubiera organizado. Cerca de Trocadero, al policía conductor no se le ocurrió más que parar el coche, bisbiseó unas frases con los hocicos fruncidos y no le entendí nada. El de mi lado sólo le respondió: “oui, oui”, y se quedó conmigo sentado esperando sin decirme nada.

Me sentí mono en una jaula del zoo cuando se empezó a formar un corrillo alrededor del coche.

Ya no eran solo viejas sino que vino a verme media Francia. Me dieron ganas de dar un vocinazo mandando a todos los mirones a tomar por culo con un corte de manga, pero me contuve, no siendo que fuera a poner peor las cosas. Cuando llegó el conductor y arrancó de nuevo el coche, les dije que el pasaporte lo tenía en el hotel “Tour Eiffel”, —que lo estábamos viendo al pasar—, en la caja fuerte, que todavía no me había despedido, que allí tenía mi residencia. El de la sonrisa me dijo que, con ese nombre, había cincuenta mil hoteles en la zona. Y ya le especificué. Al pasar por el Quai de Grenelle le dije señalándola:

—Aquella es la torre del hotel, en la calle del Teatro.

Y me contestó:

—Ya... sí. Lo conocemos muy bien. Ese es el “Adagio Paris Tour Eiffel”.

Le contesté en español. No sé si me entendería:

—Pues eso, cojones, vamos allí y les doy el pasaporte y me dejan en paz.

Me volvió a sonreír y me dijo con la boca torcida igual que un pato:

—¿Quá, quá?

Ya le contesté en francés:

—Que vamos al hotel que allí tengo el pasaporte.

Me contestó con la mayor educación del mundo el muy bandido más o menos esto:

—Ya set amposible, mesilfó atandre anpé e vusegué libre yustemán.

Si quieres, lo escribes tú correctamente ¿para qué me voy a molestar yo, si voy a cometer unas cuantas faltas...?

Al llegar a la comisaría, comenzó el calvario de los interrogatorios con todos los melindres y delicadezas que tú quieras, pero yo lo considero una tortura, porque me han tenido allí hasta hace un rato. Bien es verdad que, cada poco, me decía un poli que yo no era un detenido, sino solamente un colaborador de la policía al que le tenían que hacer unas preguntas para ayudar a la justicia. Pero los hijos de la gran puta me torturaban haciéndome esperar largos intervalos sin saber qué pasaba, por más que les preguntaba.

Esto no se parecía en nada a los interrogatorios de la policía de Málaga en el instituto cuando estudiábamos COU. Aquello fue un juego al lado de esto. Eso sí, me trajeron de comer una merluza riquísima con pala de pescado y todo, y me preguntaron a ver qué bebida prefería. Todo muy raro. Yo no podía ni imaginármelo. Las preguntas eran capciosas porque no tenían nada que ver con mi persona. En lo que más se empecinaban era en tratar de sacarme algo preguntándome a ver cuándo había conocido a mis vecinos, y eso yo no se lo entendía bien.

“¿Mis vecinos?” —le preguntaba yo.

Repasé mentalmente todo mi vocabulario de francés, a ver si podría encontrar una palabra parecida, porque no les entendía lo que me preguntaban, a ver si otra palabra parecida con “s” sorda, o con “b”, en vez de con “v”.

Le contesté a ver por qué coños de vecinos me preguntaban, hasta que me trajeron un intérprete, que resultó ser español; pero, a todo esto, pasaron varias horas esperándolo. Bueno... hijo de emigrantes malagueños. El chaval, un gendarme jovencísimo bilingüe perfecto. Se me abrió el cielo, porque, por lo menos, pude exprimirme cuando empezó a hablarme con nuestro acento. Después de todo, tuve suerte, porque le caí simpático al chaval cuando le dije que yo no tenía “ni puta idea” de qué vecinos tenía en el mismo pasillo del hotel, que es por lo que me habían preguntado.

El chaval convenció a los comisarios de que —y esto se lo entendí muy bien— por una expresión española muy espontánea, “ni puta idea”, y, con el tono que la había pronunciado, no mentía. Que yo no conocía de nada a los vecinos de pasillo por los que me preguntaban. Y al gilipollas de mí no se me ocurrió más que preguntarle: “bueno... ¿y por los baúles no me preguntan... que es a lo que venía”.

Tan atolondrado estaba que desbarraba: le dije en alto lo que estaba pensando. Me di cuenta de que, en una situación como esta uno puede comportarse como un idiota, que la estupidez está muy equitativamente repartida; es lo que mejor repartido tenemos los seres humanos. Sólo están carentes de ella los niños y los fetos vivos, porque hay quien dice que no deben ser seres humanos ni unos ni otros.

El chaval le dijo algo al comisario mascullando las palabras y no le entendí nada, pero se volvió el comisario preguntándome:

—¿Qué baúles? ¿A qué baúles se refiere?

—A los de la denuncia —tuve que confesarle.

Después me arrepentí porque podía haberme callado, simplemente.

Se volvió para decirle a sus compañeros a ver qué sabían ellos de los baúles de la denuncia. Y se miraron todos extrañados. Nadie sabía nada de tal cosa.

Fue cuando me percaté de que había hecho doblemente el gilipollas.

Ya le pregunté al chaval:

—Pero qué andan sospechando de mí, que no me aclaro.

Me contestó:

—Nada. Absolutamente nada. Cogieron a toda la banda... bueno... a los tres cabezas de la banda, pero ya están detenidos y a disposición judicial.

—¿Y por qué me han detenido a mí? ¿Qué tengo que ver yo con una banda ni con banda?

—A usted no lo ha detenido nadie. Sólo se le ha pedido colaboración con la policía, por si sabía usted más datos, algún detalle, alguien que entrara o saliera de sus habitaciones y que usted se hubiera fijado en algún detalle...

—Y en la estación, ¿por qué vinieron hacia mí?

—Lo vieron a usted pálido y fueron a preguntarle si necesitaba algo porque lo vieron a usted con la cara “farinée”, que no sé cómo se dice en español, como si estuviera enfermo. Y como no estaba documentado...

¡Cómo se puede ver uno envuelto en un lío sin comerlo ni beberlo!

Después, vinieron los formulismos, preguntas para rellenar papeles y papeles, diciendo que no a casi todo, claro.

Resulta que, cuando yo había salido del hotel, hubo una redada contra el narcotráfico en el mismo hotel, y mira tú por dónde, algunos se habían hospedado en mi misma planta y allí habían localizado a unos narcotraficantes colombianos o mejicanos, no me enteré muy bien, al fin.

¡Y yo, huyendo sin ser perseguido por nadie! ¡Si seré gilipollas!

Habermé callado hubiera sido mucho mejor. Pero, al cabo de un rato, volvieron a la carga, y así, en un barullo caótico, se iba complicando todo hasta que les llegó un fax y me lo enseñó el que se mostraba como más jefe.

¡Era mi denuncia del robo de los baúles!

No se me ocurrió nada por más que, a velocidades del rayo, traté de inventar cualquier cosa. No tuve más remedio que sincerarme.

Pues entre entradas y salidas, esperas y cena, llegó la noche y todavía estaba yo allí dentro.

A las tantas de la madrugada me dijeron que si quería echar una cabezada en un sofá cama, que me traerían una manta, porque otro comisario más jefe todavía, o como se llame, vendría temprano, y era el que tenía que constatar y sellar que yo no tenía que ver nada con los vecinos del hotel, pero que, hasta que él no viniera, no podía marcharme. “Yo quiero ir a dormir al hotel y mañana ya me presentaré voluntariamente en la comisaría” —le dije—. Pero nada. Tuve que quedarme allí presente como un clavo sin poder moverme. Hasta las diez de la mañana no comenzó de nuevo el baile.

A intervalos de hora en hora más o menos, venía un funcionario a preguntarme detalles: qué día entré en Francia, qué calles de París había frecuentado y un sinfín de pormenores.

Por la tarde, otro interrogatorio que fue el más duro. Me preguntaron por los pergaminos, y yo les dije que los había enviado a España. Con los papeles en la mano, el nuevo comisario me preguntaba a ver por qué envié los pergaminos a España, si tenía una carta que había llevado la policía al hotel y que me la había entregado el recepcionista diciéndome que tenían que darme un comunicado.

A todo esto, los pergaminos estaban en el guardamuebles.

Yo tuve las luces de decirle que no entendía por qué no podía enviarlos a España, siendo así que ya había recibido la herencia y no sabía de qué se trataba el comunicado.

No supo qué responderme. Solo me miró y me dijo: “Está usted con toda la orden” —o algo así, pero al ver que los pergaminos trataban de historia de Francia, había que darlo para que lo examinara un perito—. “Hay una orden judicial y es nuestro deber recuperar los pergaminos” —me recalcó con tono severo. T a m b i é n me preguntó a ver a quién se los había enviado; y yo, naturalmente, le dije que a mi novia. O sea, que quiero tenerte al corriente para que no metas la pata.

—¿Nada más? —le pregunté yo.

Volvió a mirar los papeles otra vez. En ese momento entró un hombre sin uniforme, vestido con traje normal y corriente. Y me siguió diciendo el policía:

—Bueno, una denuncia falsa puede llevar a la cárcel con multa. Pero esto lo tiene que determinar un juez.

Aquí, remendé como pude diciéndole:

—En el momento en que vi los cristales rotos, me puse tan nervioso que me pareció que me habían robado los baúles, que no los vi, no sé lo que me pasó, y por eso salí disparado a poner la denuncia; y cuando llegué a la furgoneta, de vuelta, y vi los baúles dentro, no lo podía creer y fui a guardarlos al guardamuebles y a UPS a enviar los escritos que es lo que más me interesaba preservar de cualquier robo. Seguramente me pasó eso por estar tan obsesionado con guardar los pergaminos como principal objetivo.

—No se ponga nervioso —me decía—, es que, en su misma planta, se encontró un alijo de heroína pura. Habría que revisar esos baúles —concluyó resolutivo.

Me entraron ganas de ir al váter. Me quedé petrificado. No veía salida con los pergaminos dentro de los baúles, en el guardamuebles, después de la trola que les había metido. El comisario concluyó:

—Puede volver al hotel a descansar, pero no se aleje de sus inmediaciones por si acaso se le llama. Mañana a las diez tiene que estar aquí de nuevo.

Desde allí me fui al guardamuebles corriendo por las calles. Creí que me daba un infarto, porque ya no podía ni respirar. Pero llegué y estaba el guardián de siempre recostado leyendo una novela. Lo saludé con disimulo como si fuera dando un paseo normalmente, pero iba colorado, sudaba como un pato. Pasé a su lado y le di las buenas noches sonriéndole. Me contestó muy cortésmente.

Cogí del baúl el fajo de los pergaminos y salí hacia el río, a ver dónde podía esconderlos. Anduve deambulando, mirando los hierros de un puente, por debajo, para atarlos, o para esconderlos en cualquier recoveco, hasta que encontré un contenedor de basura al que pensé tirarlos y que se perdieran para siempre, pero antes de tirarlos miré a la derecha, y ahí, muy cerca del hotel, al lado del “Port de Grenelle”, vi una caseta que hay al lado del río, como un almacén o algo así, pero, menos mal que no se me ocurrió encaramarlos en el tejadillo, bueno, la terraza plana que tiene, porque no hubiera podido rescatarlos. Tirarlos es fácil; lo difícil hubiera sido rescatarlos. Enfrente hay unos jardincillos bastante espesos y ya no dudé más, los metí entre los setos. Espero que no llamen la atención a nadie. Bueno, mañana pasaré por ahí a ver si se ven a la luz del día.

Esto lo he escrito cuando ya había pasado todo y ya estaba relajado y tranquilo y estaba fuera de peligro.

Pensando despacio, concluí que el juez quería cerciorarse de que no había posibilidad legal de que unos pergaminos del siglo XIV —en los que se habla del rey Felipe el Hermoso, y de su ministro Nogaret y de los templarios—, salieran de Francia. Con la puñetera coincidencia de que los vecinos del pasillo fueron unos peligrosos delincuentes narcotraficantes, y, hasta aquí, en definitiva fue lo que enredó todo, y yo ausente del embrollo.

Teléfono:

Leo: —¿Clara?

Clara: —Dime. Yo estoy pensando que no merece la pena que te molestes con la casa. Dónasela al constructor ese, firma la escritura y que se quede con ella.

Leo: —La casa no me preocupa nada. Lo peor es que no cesa de perseguirme la policía. Otra vez me han traído de acá para allá.

Clara: —¿Has podido sacar los pergaminos del seto? He estado pensando que cuando rieguen los jardines los estropearán totalmente, y eso, si no los coge un jardinero y los tira a la basura sin saber que tira un tesoro.

Leo: —Espera que te cuente. Ayer, cuando llamaban tan insistentemente a la puerta, eran dos policías distintos de los que me detuvieron en la estación, pero coordinados sobre el asunto de mis pergaminos. Me preguntaron por qué tardé tanto en abrirles. Yo les dije que porque estaba hablando con mi novia, coño, y que ya me estaban tocando los cojones, que ya estaba bien, que me dejaran en paz.

Cuando había salido hacia el guardamuebles a sacar los pergaminos del baúl, antes de esconderlos en el seto, menos mal que fui corriendo sin parar, porque debieron de llegar los policías al guardamuebles pisándome los talones. No me pillaron sacando los pergaminos del guardamuebles de puro milagro. Me extrañó que la policía no supiera que, para abrir las taquillas, hacía falta un número secreto. No debían de saber que el marchamo que vende la empresa es que ni ella misma sabe la clave para abrir la puerta de la taquilla acorazada.

Esta mañana le pregunté al hombre del guardamuebles, y efectivamente habían intentado abrir la taquilla para fisgar los baúles, con unos imanes y no sé que otros artilugios. Algo habría tenido con la policía porque despostricaba contra ellos.

Insistieron preguntándome a ver por qué tardé en abrirles la puerta y yo les contesté lo mismo más enfadado todavía. Les dije que iba a ir a la embajada a dar una queja porque no había derecho a lo que estaban haciendo. En ese momento me di cuenta de que todavía podía estropear todo si alguien daba con los pergaminos en el seto y decidí no enconar más las cosas. Pero los acojoné, porque no sé si me entendieron mis tacos, pero, por lo menos, me vieron enfadado de verdad. Y se arrugaron. O sea, que no deben de tenerlas todas consigo. Total, que me llevaron en su coche otra vez al guardamuebles, y me exigieron que abriera la taquilla, me dijeron que también abriera los baúles. Escudriñaban levantando la cabe-

za y bajando los párpados con las manos atrás, entrelazadas, como sabuesos husmeantes pero sin tocar nada. O sea que debían de tener órdenes de no dejar ni una huella en los baúles. Hicieron, los muy cabrones, como que no abrían nada sin estar yo delante.

Me hicieron sacar todos los trastos, todos los cuadernos, el diario y los papeles, las ropas viejas... Me preguntaron a ver por qué tenía esos uniformes del ejército de Napoleón y yo les conté todo lo de la herencia. Asentían y se miraban. Les dije que ya había declarado toda la documentación de la herencia.

Me hicieron sacar los baúles vacíos al pasillo. Se había formado una montonera, que yo no sabía colocar todo según estaba; porque doblado cabía, pero ahora parecía que aquel revoltijo no podía caber ni en cinco baúles iguales.

Los polis parecían el Gordo y el Flaco, porque tenían una estampa parecida, y el gordo le dijo al flaco al terminar la inspección. "Pas d'héroïne". Ellos seguían con la cantinela de las drogas de los vecinos narcotraficantes, pero yo no tragué. A mí no me la pegan. Esos hijos de puta seguro que buscaban los pergaminos. El Flaco sacó unos papeles de la cartera y apuntó en un formulario durante unos minutos, como si hiciera un inventario de todo lo que había en los baúles Y firmaron los dos. Y los muy marranos allí me dejaron. Tuve que venir andando. Llegué aquí a las tantas y fui al seto a coger los pergaminos. Allí estaban intactos, igual que yo los había dejado. Y volví con tranquilidad al guardamuebles dando un paseo, porque estaba más cansado que un perro. No quise meter el paquete de pergaminos al hotel así que otra vez llevé los pergaminos al baúl, al guardamuebles.

Después de haber escrito los polis un inventario, supuse que al guardamuebles ya no volverían, y metí los pergaminos en el baúl nuevamente. El guardián estaba intrigado y se atrevió a preguntarme, al comprobar que la policía buscaba algo que no encontraba, por lo que me supuso inocente de delitos, y me preguntó a ver qué pasaba que ya había ido la policía e intentaron forzar mi taquilla acorazada, incluso estuvieron intentando abrirla probando con muchos números correlativos durante un buen rato, pero desistieron al ver los millones de combinaciones posibles. Y le habían preguntado si no había una combinación maestra, pero el tío le dijo que no, que tenía que ser el dueño el que lo abriera, que era el marchamo de la empresa, que ni la misma empresa podía vulnerar la confidencialidad de las cajas aunque quisiera, que para eso se da una clave secreta que sólo el cliente la sabe, y para eso deja una fianza, por si desaparece y hay que vaciar la caja haciendo explotar la cerradura. Ahora sí que están seguros los pergaminos. Nunca lo han estado tanto. Y allí, la policía ya no volverá. ¡Seguro!

Leo: —Otra vez voy a tener que esconder los pergaminos en el seto u otro escondite.

Clara: —Pues vete a la agencia de trasportes y me los envías; y coge ya un avión y olvídate de Francia. Deja todo lo demás, que no nos interesa para nada. Ya está bien. Teniendo los escritos, el resto no importa. A este paso yo voy a enfermar de los nervios. Que ya no puedo más. Que estoy disimulando pero estoy que salto por las paredes. Es una tensión la que soporto, que ya me sorprende llorando yo sola.

Leo: —Sabía que no podía tenerte al tanto de todos los detalles. Con haberte dicho que todo bien, pero que tenía que esperar unos días por cuestiones burocráticas, nos habríamos ahorrado disgustos.

Clara: —Ahora no se te ocurra no tenerme al tanto, pero haz lo que te digo: envíame los pergaminos por UPS, y coge el primer avión que puedas.

Leo: —Es que no es tan fácil como tú te imaginas. Es que, a punto estuve de esconder otra vez...

Clara: —Eso ya me lo has dicho, no me lo repitas. Pero ¿por qué?

Leo: —Porque otra vez me persigue el paisano de las gafas y la peluca. Ahora no se me despega. Y me lo encuentro donde menos me lo espero. Hoy estaba dentro del coche acechándome, y yo hice como que no lo veía. Ya estoy dudando si me habrá vigilado mientras los llevé de nuevo al guardamuebles. Si ha sido así, estoy perdido, porque reventarán la caja acorazada. Como estaba apostado en el coche aparcado muy cerca del hotel, me tenía localizado y yo subí a la habitación a pensar, y decidí salir por las puertas de servicio del hotel que dan a una calle lateral, ir en taxi por las calles de atrás al guardamuebles, y llevarlos a UPS para enviártelos, pero, cuando llegué al guardamuebles, ya desde lejos me extrañó que el guardián se levantó al verme y se dirigiera a mi con cara preocupada y me dijo:

—¿Usted ha revelado la clave a alguien?

¡Figúrate! Casi me da un soponcio. Yo le contesté:

—En absoluto. ¿Qué pasa?

—Un hombre con gafas y peluca ha abierto su taquilla y se ha llevado un paquete.

No pude recriminarle nada, porque bien claro estaba el contrato que me hizo firmar el primer día, cuando dejé la fianza de nada menos que 100 euros, de que si daba a alguien el número secreto, que yo libremente y sólo yo había elegido, era de exclusiva responsabilidad mía, y que la empresa no tiene medios para descifrarlo ni puede adivinar mi pensamiento al elegir mi propio número secreto de doce cifras.

Clara: —Pues, definitivamente nos hemos quedado sin los pergaminos. Coge el primer avión y vente a España.

Leo: —No, no. Hay que remover Roma con Santiago. Voy a poner una denuncia para que se responsabilice el que sea. Esto no puede quedar así, y que nos tomen el pelo como a unos minmundis.

Clara: —¿Cómo es que vas a poner una denuncia? ¿De un robo, así, sin más, sin decir lo que te han robado, o solamente decir que te han robado un paquete, a secas? Tendrás que decir que eran los pergaminos, y no olvides que declaraste ante el juez que los habías enviado a España. Coge el primer avión que salga. No dudes más, y vente ya.

Leo: —Pues... yo qué sé... Algo habrá que inventar. ¿Estás tecleando? Oigo el tac tac tac.

Clara: —¡Si! El teléfono lo tengo en manos libres y ahora se ha conectado el profesor con videoconferencia por skype. Está oyendo todo o sea que no hace falta que le cuente. ¿Oyes lo que dice?

Leo: —No, no. Acerca el altavoz del ordenador al teléfono.

Clara: —Me está diciendo que preguntes al guardián del guardamuebles a ver si, en algún momento, ha entrado alguien sospechoso de instalar una cámara oculta en algún rincón del guardamuebles, o en una viga, o en cualquier sitio que pudiera enfocarte mientras abrías la cerradura de la caja, y así tomar la numeración, que es lo que suelen hacer los ladrones de guante blanco.

Leo: —De eso estoy seguro. Allí no hay nada, cualquier cosa se vería; no hay vericuetos ni vigas, ni nada donde ocultar nada. Es una sala enorme, diáfana, sin posibilidad de esconder nada.

Clara: —Pues, algo han tenido que instalar. No lo van a averiguar por telepatía o por hipnotismo.

Leo: —Yo ya no sé qué pensar. Estoy un poco abrumado. Lo que es absolutamente cierto es que los policías habían intentado forzarla.

Clara: —Sí, pero eso olvídale porque ahora la han abierto limpiamente. ¿O han dejado alguna señal o huella o desperfecto?

Leo: —No, no. Nada, nada. El trabajo lo han hecho impecablemente. Ha tenido que ser un figura el policía al que le hayan encargado ese trabajo. El hombre del guardamuebles no se lo explicaba. Son doce números los que hay que meter en la clave. Son las cerraduras de seguridad más sofisticadas del mercado. Me decía que alguien me habría adormilado con una droga y me habría sacado el número de la cartera. Yo ya le dije que no lo tenía apuntado, que lo tenía sólo en la memoria.

Clara: —Tú ten el pasaporte contigo siempre.

Leo: —Del pasaporte ya no me separaré por nada del mundo. Menuda lección he aprendido. Todo este lío viene por no haber tenido el pasaporte siempre en un bolsillo bien abotonado. ¡Siempre contigo mientras viajes por el extranjero, aunque sea por Europa, donde con el DNI basta! Aquí ya no tengo nada que hacer. Estoy desolado con esta mierda.

Clara: —Bueno, has hecho lo que has podido. De nada vale decir: si hubiera hecho tal, si hubiera hecho cual... Por lo menos los tenemos aquí, que impresos con una buena impresora en color y en papel apergaminado se puede hacer una edición perfecta que casi no se distinga de los originales, pero ni siquiera eso hace falta. No te abrumes. Y estamos transcribiéndolos para redactar el libro.

Leo: —Y, ¿cómo lo titularemos?

Clara: —Hemos pensado varios títulos: elige tú, y pondremos el que tú elijas: “Martín, Roderico y Rechivaldo”, “Martín y Gelvira”, “Los tres últimos templarios”, “Amor ausente y lejano”, “El final del Temple de Ponferrada”, “Historia bizantina de Martín y Gelvira”, “Martín el Templario”, “Desengaño del último templario”, “El enigma de Baphomet”...

Leo: —No sé. Hay que pensarlo, porque todos me gustan...

Clara: —Lo importante es que has hecho un trabajo excelente.

Leo: —Gracias por darme ánimos pero nada me reconforta. Que le den por saco a la casa, a los pergaminos y a los baúles. Me siento fracasado. Voy a recoger. Ha sido un trabajo a medias. Saldré para Madrid en el primer avión que pille.

82

Clara: —¿Dónde estás?

Leo: —En la puerta de embarque.

Clara: —¡Uy! Pero si no hay ningún avión hasta dentro de cuatro horas, que lo he estado mirando por internet. Habré mirado mal. Entonces voy a prepararme y saldré hacia Barajas. De París a Madrid tarda poco más de una hora.

Leo: —No. Espera. Estoy en la puerta de embarque para volar a Nueva York.

Clara: —¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

Leo: —No, no. Créeme. Estaba en el mostrador de la recepción del hotel mirando con el recepcionista los horarios de aviones para Madrid. De pronto irrumpió, en tropel, un ejército de policías en el hall. Yo le dije, de inmediato, al recepcionista que gracias, que salía para el aeropuerto y ya cogería el primero que saliera. Cogí el maletín y el portátil, y, zumbando por entre los policías que entraban a zancadas, salí con toda la naturalidad del mundo, incluso les hice una mueca de saludo para no levantar sospechas. Fuera ya, a un taxista que acababa de descargar unos clientes le dije que rápidamente me llevara al aeropuerto, que perdía el avión. Durante el trayecto le decía que acelerara que lo perdería, que me había despistado y ya iba tarde.

Clara: —Pero, ¿por qué supones que la policía iba a por ti? Mira lo que pasó con los narcotraficantes. Anda que no entrará la policía veces en un hotel monstruosamente grande como ese, que es un mundo el que cabe ahí dentro. ¿No estarás un poco obsesionado?

Leo: —¡Leches... obsesionado! ¡De obsesionado... nada...! Ni obsesiones ni alucinaciones. Ocho policías como ocho pianos. Y dos coches a la puerta para detenerme. ¿Qué sugieres que tenía que haber hecho? ¿Haberles preguntado a ver qué se les ofrecía? ¡Venga ya...! ¿Después de haber declarado que mandé los pergaminos a España y me los han birlado ellos? Ellos tienen los pergaminos después de haberles metido la trola. Y además, con la denuncia falsa, que no la he retirado ni nada. Que todavía está vigente y demostrada. Son cosas que se van sumando. ¡No sabes lo que dices! Como para quedarme yo ahí esperando como un bobo a que me metieran otra vez al trullo. Ya las pasé bastante moradas y no tengo ganas de andar repitiendo.

Clara: —¿Tienes dinero suficiente?

Leo: —No tengo mucho, pero da igual. Tengo las tarjetas. Esas sí que no las pierdo tampoco. De eso no te preocupes. Al llegar a Nueva York, cogeré el primer avión que salga para Madrid. Un poco de rodeo ¿No? Pero no ha habido más remedio. Ya entro al avión. Tengo que apagar el móvil. Adiós. Un beso.

Clara: —Llama cuando llegues, adiós un beso.

Escribe Leo:

Después de aterrizar en Nueva York, cuando salí del avión y vi a los agentes de viaje con letreros, esperando a distintos viajeros, y, entre ellos, destacaba el hombre de la peluca y las gafas, con un letrero de medio metro con mi nombre y apellidos, como si fuera una pancarta reivindicativa, entonces sí que pensé que me había vuelto loco o era un visionario alucinado. Pensé, en ese momento, regresar hacia dentro. No podía pensar deprisa. Y el pasillo se estrechaba, tenía que pasar a su lado. Se vino hacia mí soltando la pancarta y me dijo en un perfecto español: “¿Es usted acaso Don Leonardo Gómez López, familiarmente Leo?”

Yo estaba aturdido pero la voz me era familiar. Arrancó la peluca, la barba y las gafas con una carcajada. Yo me desmayaba y no había ningún asiento cerca. Al verlo me caí sentado en una jardinera y el maletín y el portátil rodaron por el suelo. Le grité:

—¡Cabrón, cabrón, cabrón...! ¡Voy a matarte! ¡Si hubiera padecido del corazón aquí me hubiera quedado en el sitio! ¡Eres un cabronazo, Pablo! ¡Eso no se hace! Ha sido demasiado fuerte. Y nos fundimos en un abrazo a carcajadas pero casi llorando. La gente se nos quedó mirando y una policía negra, gorda y sonriente, no disimuló el agrado al vernos y dijo en alto: “¡Qué encuentro tan emocionante!”.

Con el inglés daba gusto, ya parecía que estaba en casa. Entendía todo. Ya no me atormentaba el suplicio de Francia con mi francés escaso, por lo olvidado que lo tenía de no practicarlo.

—“Alé, alé, vit, vit” —me dijo Pablo con sorna—. En una hora y pico estaremos en casa.

—Eso me suena de mis cartas.

—Clara me ha tenido al corriente por videoconferencia. Estaba muy preocupada y me pidió ayuda. Yo vuelo cada dos días de Boston a París, Ahora te cuento todo. Vamos deprisa, que lo que más caro me resulta es el alquiler de la pista y el tiempo que está el aparato en tierra.

—¿Pero no vamos en el avión que tú pilotas?

—Sí, en mi yet privado, que estrené para venir a buscarte. Bueno, lo estrené hace una semana, pero este es su primer vuelo largo, no puede estar en el aire más de tres horas seguidas. Mi mujer quedó preparando una sorpresa, veremos qué nos depara.

—Vas a pilotar mi Eclipse 500.

—¿Qué es eso?

—Mi reactor de seis plazas, para cuatro pasajeros y dos tripulantes. Nos lo habíamos regalado antes, para celebrar el análisis positivo: Alice está embarazada; por eso le dije que se quedara en casa, así que ya ves, animados a tener familia...

—No nos habíais dicho nada.

—Está de dos meses y le ha dicho el ginecólogo que no viaje mucho ahora. Pero sólo por precaución, que si es necesario puede viajar lo que quiera. Es lo único que me dijo, porque la dejé con la palabra en la boca. Sólo le di un beso y le dije que iba a Nueva York a esperar a Leo, que preparara una sorpresa con tus pergaminos, y le dejé el tumbo encima de la mesa, así que a ver qué nos tiene preparado. No tengo la menor duda de que será toda una fiesta con tus legajos presidiendo. ¿Cómo era? “Tiran más dos tetas que dos carretas”. Al final te has dedicado a la filología y a la historia, como Clara.

Y nos reímos recordando detalles de nuestra excursión por Astorga al terminar tercero en el instituto, por la catedral y por el archivo, con el sustituto del archivero.

Alice no puede inducirme a sus profesiones porque yo, para los negocios, soy un negado. Lo suyo es ampliar negocios y seguir ampliando, no sé cómo se las arregla. No puedo entender que la gente gaste tanto dinero en esas cosas: bisuterías, pelucas, complementos... Esa peluca es de las suyas. Yo, sin embargo, a pilotar y pilotar aviones. Es lo único que se me da. Desde que me rechazaron en las pruebas de astronauta no he hecho otra cosa.

—¿Así que la dejaste, a la pobre, para que preparara una fiesta?

—Y se quedó con la boca abierta. No se creía que iba a conocer a Leo. Se lo dije tan deprisa... Pero ya sabía con detalle lo que estabas haciendo en Francia y lo que yo tuve que contenerme para que no me descubrieras mientras te perseguía. Lástima que no haya venido Clara. Pero yo creo que si no te traigo a rastras, no venís ni tú ni ella nunca a los Estados Unidos. Cuando nazca el niño iremos a España a pasar una temporada, que ya es hora. Hace quince años que, cada vez que he vuelto, siempre ha sido deprisa y corriendo sin darme tiempo a un buen descanso: de Barajas al hotel y del hotel a Barajas y poco más. Total, nada. Y ya sabes, a animarse, que hay que tener niños.

—Yo no me animo. Creo que Clara y yo ya somos mayores como para tener niños. Pero qué alegría que os hayáis animado vosotros. Bueno, es que Alice es muy joven, ¿cuantos años tiene?

—Treinta y uno, ya no es tan niña.

—Lo que pasa es que tú y yo con cuarenta y cinco tacos podríamos ser ya abuelos en vez de padres.

—No hombre, no. ¿Cómo se dice? “La dicha es buena y nunca es...”

—“Nunca es tarde si la dicha es buena” —lo corregí. Entre bromas y risas llegamos a su flamante avioncito. “Una preciosidad” —le dije—. Tardaremos menos de dos horas en llegar a Boston. Me iba enseñando toda la geografía americana desde el aire: “mira el “Cape Cod”, de allí es el presidente Kennedy. Un poco más adelante: ¿ves aquella mancha entre el mar y el verde intenso de dentro? Es la Plymouth Plantation, donde llegaron los primeros peregrinos que empezaron a escribir con su sufrimiento y trabajo la historia de América.

Cuando estábamos bajando, me dijo:

—Esto es un cacharrillo; prefiero los aviones grandes. Parece que se va a caer de un momento a otro. Da un poco de miedo, porque todavía no me apaño bien con

los frenos que parece que responden lentos. Son totalmente distintos estos cacharillos a los aviones grandes. Me han ofrecido ir a pilotar un “A380” a Asia, pero con lo del niño ya no nos moveremos de Boston. ¡Jolín qué bache! ¡Aprieta el cinturón que lo llevas algo flojo!

—No me asustes que yo soy un poco cagueta — le dije—. Y se mofó de mí y de mi catetismo.

—No olvides —me recordó con sorna— que los dos somos boquerones. Qué tiempos. Parece mentira que hayan pasado tantos años desde nuestras correrías por el instituto. ¿Qué habrá sido del Vasco y del resto de los profesores. ¿Sabes que los recuerdo con mucho afecto a todos? —A Clara y a mí nos pasa lo mismo; pues ya sabes, unos jubilados y otros jubilándose, que bastante se lo han currado. Y bien merecida tienen una digna “jubilatio”. Recuerdo aquellos años como los mejores de la vida.

—Venga, venga. No te pongas melancólico. Aprieta el cinturón que voy a bajar a toda leche y lo llevas algo flojo.

—Esto parece un cohete —le dije—. ¿No bajas demasiado rápido? Voy a echar la papilla. ¿No hace mucho ruido este cacharro? ¡Que va en serio; que devuelvo!

Pues coge de ahí detrás una bolsa por si acaso, que aquí no puedo auxiliarte, tienes que apañarte tú solo.

84

Cuando aterrizábamos me dijo Pablo:

—En esa pista despegaron los aviones de los criminales de las torres gemelas.

Habiendo tomado tierra, Boston con sus rascacielos parecía otra Nueva York algo más pequeña.

—Desde el aeropuerto a Newbury Street voy a tener chofer —me decía—, que estoy cansado. Así te entrenas para conocer la ciudad. Ahora iré yo de copiloto. Este cochecito es muy ligero. Aquí, todos los coches, por pequeños que sean, son automáticos. Alice prefiere este pequeñito con el que se mueve muy ágil. Mañana te llevaré a la otra parte del río, allí está el MIT, la universidad donde yo estudié la carrera. Me olvidé de enseñártela desde el aire.

—¿También hay escuela de pilotos en el MIT?

—No, ahí estudié la ingeniería. La escuela de pilotos está a seis horas de avión, en el otro extremo de los Estados Unidos. Es que esto es demasiado grande. Y casi unida al Instituto de Tecnología de Massachussets está la famosa universidad de Harvard. Mañana te lo enseño todo, verás cómo te gusta.

Yo nunca había conducido un coche sin palanca de cambios. Callejeando por Boston me parecía una ciudad europea que no responde al estereotipo yankee del que hablan los que no han pisado los EEUU.

Pablo me explicaba que los estados de Nueva Inglaterra en nada se parecen a los estados del sur y del oeste americano. Efectivamente, al entrar en su calle parecía que estábamos en Londres o Madrid, con plazas, cafés, restaurantes atestados de gente; por las aceras, estatuas humanas y músicos callejeros, escaparates lujosos y jovencitas luciendo palmito.

—No puedes marchar a España sin haber comido en cualquier restaurante de Boston —me decía—, verás lo que es comer langosta sin duelo. No podemos generalizar, como siempre comentábamos, pero el americano medio, que es la mayoría, es muy trabajador, extrovertido, se ríe a carcajadas y es muy práctico en todo, sin importarle nada lo que diga la gente, por cómo va vestido o cómo encuentra la postura más idónea aunque tenga que contorsionarse o estirarse, sin tantos melindres como en Europa. En definitiva, no está contaminado por los vicios de las monarquías a las que quiera imitar, aunque, a veces, a los más ricos se les va la olla, y hacen el ridículo imitando a la monarquía inglesa en sus costumbres, pero, en general, es un pueblo constante en su trabajo y mezclado con todas las razas del mundo. Es lo que más me ha gustado siempre de los Estados Unidos. Por eso, que no te extrañe vernos en un lujoso restaurante poniéndonos ciegos a langostas, como abriendo el lunch-box, (el cabás de la merienda) y comiendo los bocadillos sentados en cualquier esquina, lo mismo a un profesor de Harvard que a un obrero de la carretera. Aquí no existen tantos respetos humanos como en España. Claro que en estos años que he faltado, igual ha cambiado mucho la mentalidad de la gente en España.

Cuando entramos en su apartamento nos recibió Alice radiante, con la mesa puesta en el salón inmenso y los pergaminos cuidadosamente colocados al lado del cuaderno de Counillac y el resto de los escritos del baúl de Denisse. El diseño de la vajilla y la cubertería contrastaba con la decoración decimonónica de los muros de ese barrio bostoniano. En la pared, frente a los balcones, tres pantallas apagadas, y al lado, un cuadro de Douglas Fenn Wilson. “Qué cuadro más bonito... una calle llena de banderas americanas en medio de las ruinas de la ciudad milenaria de Éfeso” —le comenté.

Alice se adelantó a decirme: “Este pintor pasará a la historia de la pintura”. Y siguió Pablo: “Por cierto, conoce España perfectamente. El profesor de Lengua del instituto fue el que me dijo que comprara un cuadro suyo, que habían sido viejos amigos en Salamanca en sus tiempos de estudiantes”. Y no hice mala adquisición, porque se ha revalorizado el cuadro multiplicándose por veinte.

Me dijo Pablo: “Vamos a ducharnos mientras traen la cena del restaurante”.

Seguió Alice: “Hoy salí tarde de mi trabajo. Los dependientes se fueron a su hora, no perdonan ni un minuto; y yo tuve que quedarme con unos compradores de los emiratos que estaban interesados en el diseño del engarce de unos diamantes muy grandes, y muy caros. No me ha dado tiempo a preparar ningún plato rico. Ya tendremos tiempo...”

—¿No les vendiste pelucas? —la interrumpió Pablo riéndose cariñoso—. Con las pelucas —se dirigió a mí— gana más dinero que con los diamantes, ya ves: algo que no puedo entender. Está visto que yo, para los negocios, soy negado. Antes

de venir a los EEUU, creía que el único negocio era comprar un piso, esperar un poco y venderlo más caro, pero a ella le viene de herencia: ya su abuelo era un americano muy emprendedor y viajero, y hacía negocios comprando y vendiendo las cosas más raras por todo el mundo.

Me pasaron a la habitación de huéspedes decorada con gusto exquisito y una comodidad insultante en todos sus detalles.

Cuando bajé al salón, de nuevo, y abrí la puerta, me quedé pasmado escuchando una voz que salía de todas partes, como el día de los policías en París, en la Estación del Norte: “Hoy vamos a celebrar, aunque con algo de retraso, el cumpleaños de Leo, que se lo tiene merecido”.

Pablo encendió una pantalla, y era Clara al otro lado desfigurando la voz engolada.

“Empieza la videoconferencia simultánea” —dijo Alice encendiendo otra, donde estaba el profesor de lengua. Y también la tercera, donde apareció Nora, a quien, por fin, conocieron en persona a través de la pantalla.

Y comenzaron todos a coro a cantarme: “Japi verde tuyú, japi verde tuyú...”, como cantábamos en nuestras fiestas de cumpleaños juveniles malagueños. No imaginaba que a alguien le pudiera hacer tanta gracia como a Alice que se retorció de risa con la letra por la ocurrencia tan inocente.

Sonó el timbre y Pablo abrió a los del “catering”. En unos instantes humeaban las fuentes sobre los manteles y comenzamos una de las tertulias más felices de mi vida.

—“¿Estáis viendo los pergaminos?” —les pregunté.

—Ya casi los tenemos transcritos. No hemos parado —dijo Clara.

Intervino el profesor:

—Yo quería haberme reservado lucirme un poco en mi estilo literario y conservar la vanidad oculta narrando este encuentro, pero veo que es mejor así, en directo, simplemente describiendo lo que ocurre entre nosotros, para dar a conocer los avatares que hemos pasado en la confección del libro. Esta noche no puede pasar sin haber elegido el título; que todavía no lo tenemos.

Nora hizo zoom con su cámara diciendo: “BAPHOMET” ¿Qué os parece? Baphomet a secas.

Quedamos todos pensando y asintiendo: “Es el mejor título, no cabe duda.”

El profesor, sonriente, dijo: Al final ni siquiera el título he escrito. Yo creo que tenéis que figurar todos como autores y yo quitarme de en medio.

Se levantó Pablo de la mesa y manipuló sus botones electrónicos. Rebobinó el archivo de lo que habíamos hablado, y simuló un mensaje de letras y sonido desfigurando la voz de Nora en todos los tonos posibles, como si fuera el título de una película en la pantalla animada, salido de las cavernas unas veces, otras silbando por el aire, otras venido desde el infinito: “Baphooooomeettttt”, “Baaaaaaphooooomet”, “Baphomet”.

Se levantó Leo y manipuló en ordenador. Salí en la pantalla un zoom con una frase escrita ardiendo en una hoguera: “El Enigma, El enigma de Baaaaaphooooomet”

Todos nos reímos y Pablo continuó diciendo: “Los verdaderos autores son Martín, Roderico, Gelvira, Leo, Clara y Nora que son los que han escrito y escrito con denuedo.

El profesor intervino al otro lado de la pantalla:

—Y ahora vosotros, Pablo y Alice, con esta celebración de banquete-conferencia”.

—¿Qué tiene usted en el plato? —le pregunté yo.

—Una salchicha y un huevo. No me llames de usted que me haces más viejo. Desde ahora en adelante ya, de tú, siempre. Los últimos años de docencia, hasta los alumnos más pequeños me llamaban Jesús a secas; y, con esa moda que impera en los institutos españoles, de tú me trataban. No vais a ser vosotros menos. ¡Cada día me sorprende más con esta maravilla! Es increíble que tan lejos estemos tan juntos.

Dijo Pablo con chanza: “la telecomunicación no será perfecta hasta que no podamos intercambiar los platos. Se me están yendo los ojos por ese huevo frito y no podemos cambiarlo de plato por este vulgar cordero asado. Hace años que no como un huevo con pimentón por encima. ¡Hummm! Se me van los ojos. No se me olvidará ese sabor a congrio con pimentón como el de la pensión García de Astorga”.

El profesor, cogiéndolo con los dedos, untó un poco de pan en la yema y lo acercó a la cámara: “toma, prueba” —nos reímos todos y brindamos por la redacción definitiva de “El enigma de Baphomet”.

Cuando estábamos comiendo tarta, Clara acercó un pergamino a la pantalla diciéndole a Leo:

—Leo, aquí hay un pergamino que sólo tiene un dibujo esquemático, una casita con una cruz en la torre, o sea, que será una iglesia trazada con cuatro líneas, y al lado una línea quebrada con cuatro trazos, y debajo unos palotes como de haber estado probando la pluma a ver si escribía bien o no escribía. Este pergamino está entre los escritos por Martín.

Todos nos quedamos hipnotizados por el enigma de aquellos trazos.

—¿Todo un pergamino desperdiciado para eso? ¿Con lo caros que eran en el siglo XIV los pergaminos? —me pregunté yo en alto.

Nora dijo asombrada:

—Esos trazos no son garabatos, ni pruebas de la pluma. Son letras del idioma armenio. Caligrafía antiquísima, pero armenia.

Mientras Nora se cercioraba, intentamos leer los garabatos que ella decía que eran letras:

—“U-pui-pui-n” parece que pone... sí —leí yo para todos.

—Quizá mejor: “U p w p w in” —intentó aclarar Pablo.

—Nos metemos a investigadores y no tenemos ni puta idea —les dije convencido—. Estuve en un *trís* de tirarlo a la basura y lo guardé por aquello de conservar hasta los borradores, por el valor histórico del pergamino en sí, un pellejo del siglo XIV, y no por su contenido escrito, pensando que no tenía importancia; y resulta que va a tener más de la que pensamos.

A pesar de haber descifrado la palabra, Nora consultaba en un mamotreto las muestras de caligrafía armenia a lo largo de la historia. Y se veía en la pantalla su cara desfigurada por el *zoom* tan cercano. Dijo:

—Pues claro que no es una tontería. Ahí pone: Արարատ. Claro que son letras armenias. Lo que pasa es que la caligrafía armenia a lo largo de la historia tiene “perendengues”, porque siempre fue considerada como el arte más sublime, pues encerraba la magia de eternizar la creación humana en su proyección hacia el infinito encerrado en ella. De ahí la variedad y riqueza en los distintos trazos caligráficos. Y la línea quebrada yo creo que es la silueta del monte Ararat con los dos picos.

Yo me desanimaba. Les dije si no sería mejor entregar todo nuestro material al Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y el profesor se negó en redondo. No considero oportuno reproducir su intervención por su expreso deseo, pero nos convenció a todos con sus argumentos. Así que: “El que quiera peces que se moje el culo”, como dice este viejo refrán castellano.

—¿Puedes leerlas? —preguntó el profesor a Nora.

— Si, claro. Ahí pone *Ararat*.

—El monte Ararat es el monte bíblico donde apareció el arca de Noé —le dijo Clara—. Entonces, en la parte de abajo del pergamino tampoco son palotes esos garabatos.

Nora respondió al instante:

Pablo, Leo, buscad el pergamino original y ponédmelo delante de la cámara que lo vea.

Estábamos todos en silencio, sin haber terminado los postres. Yo rebusqué el pergamino original y se lo mostré.

Clara dijo:

—Yo había escrito lo más parecido a nuestro abecedario, porque tampoco se me había ocurrido preguntarle esto a Nora, a ver si concluía que era letra gótica desfigurada: ¿Iunp Ylipwuj? ¿ Iunp Yppuiul? Es lo que transcribía.

Nora se apresuró a leerlo:

—Ahí pone: Խոր Վիրապ

El profesor le preguntó al instante:

Y qué quiere decir eso:

—Khor Virap —pronunció Nora—. Esta caligrafía es más evidente, si cabe. A ver, Leo, ponme el pergamino de Gelvira donde narra el ahorcamiento de Martín:

— Lee bien —le dije—; y lo busqué inmediatamente. Nora lo leyó para todos:

«“Martín, a punto de ser ahorcado les dijo sin fuerzas, balbuceando con estertores de muerte: **“COBIRA, COBIRA, ARARA. Me obaro lo erito”**.

»Pero yo le entendí perfectamente. Me quería decir: “Gelvira, Gelvira, amada. Me robaron los escritos”.

»El verdugo, en ese momento, le dio una patada al tuco sobre el que mantenían a Martín de pie, y quedó colgado”».

Y terminó Nora diciendo:

—Martín, aunque sin fuerza, trató de descifrarle dónde se encontraban los pergaminos que le habían robado en Asia. Y Gelvira no le entendió bien los balbuceos de Martín, que, antes de ahorcarlo, ya estaba moribundo. Él, seguramente, trató de decir: **“Kor-Virap, Kor-Virap, Ararat. Allí me robaron los escritos”**. Está clarísimo en este pergamino.

Nos miramos todos estupefactos asintiendo. No cabía otra interpretación más certera.

Inervino el profesor diciendo:

—También Roderico quiso decir el nombre del monasterio de Khor Virap pero los verdugos le taparon la boca y no lo dejaron pronunciarlo.

Terminamos la cena satisfechos, en parte, pues creíamos haber concluido y sin embargo quedaban algunos pergaminos perdidos.

—Pues mañana cojo el primer avión que salga para Madrid aquí en Boston — me dirigí a Clara especialmente.

—Si quieres —dijo Pablo con sorna—, te llevo a París, que mañana vuelo.

—A París no vuelvo yo más en la vida —le dije—. Tenía que preguntarte algo, Pablo, y unas veces por otras se me ha ido pasando: ¿Por qué no me dijiste en París que eras tú, habiendo estado a mi lado tantas veces, y me engañabas con las gafas y la peluca?

—La complicidad nos dio buenos resultados cuando éramos chavales en el instituto, pero nunca segundas partes fueron buenas. Para los asuntos importantes es mejor no tener cómplices, que los cómplices suelen estropearlo todo si no se tienen atados todos los detalles, de mutuo acuerdo, muy bien preparados con mucha antelación, y bien ensayados. Y así todo, se cometen fallos inesperados. Pero, no obstante, yo creo que el resultado no ha sido malo ¿Eh? Estoy acostumbrado ya a medir más el resultado que el proceso.

—¡Jolín! Yo, a eso, todavía no me he acostumbrado. Y dudo que me acostumbre. Por eso, cuando terminemos el libro, me voy a quedar huérfano. Lo más apasionante está siendo el proceso. Es lo que nos mantiene vivos.

Capítulo X

85

LLegué a Madrid cansado y me tomé unos días de asueto, sentado

con Clara ordenando y transcribiendo legajos. Lo más arduo, sin duda, la corrección de pruebas después de haber mecanografiado. Aproveché el tiempo, también, para ponerme al día sobre los países asiáticos. Visité varias agencias de viajes y leí todo lo que pude sobre Turquía, Irán, Irak, Armenia, y Georgia. Durante ese tiempo me llamó Pablo para decirme que esperara un día más, que tenía que hacer un vuelo extraordinario a Praga, y que podíamos vernos allí si hacía escala en mi viaje a Asia. La víspera de la partida salimos Clara y yo a dar una vuelta por el Paseo del Prado:

—No hace falta llevar todos los pergaminos, como habíamos pensado —le dije.

—Tienes que llevar los necesarios para poder cotejar las caligrafías y comprobar que son las mismas. ¿Cómo puedes, si no, demostrar que son los nuestros, que pertenecen a las mismas colecciones de documentos, que están escritos con las mismas tintas y que son de la misma época y textura?

—Con llevar el del dibujo de la iglesia con la silueta de las montañas y otros dos con letras escritas, es suficiente.

—En la carpeta guateada para documentos frágiles, irán preservados de cualquier golpe o accidente. Es especial para este tipo de documentos: fuerte y al mismo tiempo muy asequible para meterlos y sacarlos sin tocarlos; sólo tirando de la lengüeta en un sentido o en otro, se sacan o quedan guardados.

Nos sentamos a tomar un chocolate con churros en una terraza. Al mismo tiempo que nosotros, entró un hombre cuya cara me sonaba y no sabía de qué. Pero me sonaba. En alguna parte lo había visto.

Le dije a Clara:

—No mires para atrás, levántate y vete al servicio. Juraría, a no ser que yo esté bobo o tenga alucinaciones, que ese tío me ha sacado una foto con disimulo. Mira, ahora se pone a leer el periódico, pero no me ha gustado su mirada, sólo una vez, pero no me ha gustado, no sé por qué.

Clara, antes de levantarse, me dijo para tranquilizarme:

—Yo creo que ya estás muy susceptible con cualquier cosa, con cualquier detalle que ocurra a tu alrededor. ¿Tú estás seguro de que te ha sacado la foto? ¿Tiene una cámara?

—No. Ahora no, pero juraría que me hizo la foto y guardó la cámara en el bolsillo. Como sólo vi el final...

—A ver, a ver.

Se levantó Clara con mucho disimulo, y, dándome la espalda, entró dentro de la cafetería mientras yo quedé esperando, mirando a las musarañas y esperando que, al hacerme el distraído, me disparara otra foto. Con la mirada puesta en otro sitio, no lo perdía de vista. No dejó de leer el periódico. Mientras lo hojeaba, le trajeron un café con leche. Encendió un cigarro. Clara regresaba del servicio. Se sentó y me hablaba bajo, casi susurrando para que nadie oyese:

—Yo creo que estás algo nervioso por tanto ajetreo y por el estrés sufrido toda esta temporada. Es un francés porque le he oído que le dio las gracias al camarero cuando se adelantó a encenderle el cigarro. Oí que le dijo “Merci”.

—Ya se levanta. Se va —le dije a Clara.

—Venga, Leo. A ver si ahora vas a estar asustándote por cada persona que dispare una foto. Puede ser que sí, que la hiciera, a todo el paseo del Prado. ¿Por qué iba a ser a ti?

—Es que esa cara me suena, Clara. No es broma... ¡Uy! Ese cabrón ha hecho otra foto, con flash y todo. ¿No has visto el fregonazo? La ha disparado entrando en el taxi. ¿No lo has visto? Míralo, míralo. Es aquel taxi que se marcha.

—¿Estás seguro de que ha sido a ti al que ha sacado las fotos? Millones de veces está esto lleno de japoneses y otros turistas haciendo fotos a todo, y claro que puede salir cualquiera en ellas, pero no se le anda preguntando.

— ¡Pues yo estoy hasta los cojones! Tenía que estar prohibido hacer fotos en la vía pública cuando hay otras personas cerca. ¿Por qué tiene que andar uno en álbumes de otros? Bueno, que le vayan dando al franchute. Pero yo juraría que me suena esa cara. Estoy haciendo memoria... ¿en el hotel de París? Pero no, no sé dónde lo he visto. Igual es un empleado con el que me crucé por dentro de los pasillos. Desde luego, a los de la recepción los tengo grabados. De aquellos... no es ninguno. Me acuerdo perfectamente. Bueno. Ya nada. Voló el pájaro, así que... nada... No lo localizo. Olvidémoslo.

Le dije a Clara que no se molestara en venir conmigo al aeropuerto de Barajas. Quedaba mucha tarea por delante y había que avanzar en el trabajo minucioso de las correcciones, como si fuera de orfebrería.

Nos acostamos pronto para madrugar mucho; de esta manera evitaría los atascos diarios de la M30, que últimamente está insoportable.

En las escaleras mecánicas del aeropuerto de Barajas, subí los escalones de dos en dos a pesar de tirar de una maleta y de llevar el ordenador portátil en bandolera. No es que llegara tarde, sino que, a pesar de mi constitución leptosomática y de no haber engordado más de medio kilo en veinte años, se me hace insoportable la lentitud de estos “escaléirors” como los llaman en América.

Sonó mi teléfono móvil y apreté el botón de grabar conversaciones, con tan mala fortuna que sólo se grabó la mía. No sé si el aparato estaba averiado o es que no supe manipularlo:

“Hola, Pablo. ¿Todavía estás en Nueva York?... ¿Pero, desde dónde llamas?... Lo que te decía ayer... Claro que coincidiremos. Yo estoy llegando a la cola de embarque, y facturaré la maleta... No. Todavía aquí, en Barajas. A Yerevan llegaré mañana por la mañana. Por eso te decía que coincidiremos en Praga por lo menos una hora durante mi escala, porque tengo que esperar mucho tiempo. Allí terminaré de contarte... Sí, Sí. Pues comeremos en el aeropuerto antes de tu regreso... ¡Perfecto! Naturalmente... Nos faltan algunos datos... A Armenia a completarlos, a ver cómo se presenta la investigación... Supongo que quince días no hay quien me los quite.... No llevo billete de vuelta, sólo de ida... Lo que sea necesario. Si hubiera retraso con los aviones ya te contaré por correo electrónico... Sí, para mí es apasionante y no me importa invertir todo el tiempo de mis vacaciones de este año y pedir un permiso suplementario... No... Cualquiera de los cuatro ingenieros de mi departamento puede tomar decisiones cuando yo falto.... Claro... Yo soy un jefe muy bueno... En algún lugar tiene que encontrarse el principal pergamino que nos falta para completar la autenticidad de los datos. La cosa está clarísima. Desde que empecé yo en París investigando los escritos del Capitán Counillac, hace veintisiete años, ya ha llovido; y con nuestros ánimos y desalientos hemos llegado poco a poco al final, pero estos pergaminos que faltan son cruciales para culminar el trabajo... Claro... Lo que nos dijo Nora cuando estaba en tu casa, la noche de la cena. Allí en el Cáucaso sur, en Armenia... Naturalmente que me voy a dejar la piel, pero tengo que encontrarlo... Pues pateando ruinas, archivos, bibliotecas, lo que sea... Sí. Sí. Llevo documentación acreditativa de investigador histórico. Así, todo será más fácil, supongo. Aunque en los países que han sido soviéticos... Veremos... No tengo más remedio que aventurarme... No la dejé. Claro que quería venir conmigo, pero no, no; mejor yo solo por si algo inesperado ocurriera. Mejor será sin cómplices como tú me decías... Para qué vamos a recordar ahora nuestras andanzas juveniles en el instituto. Claro que, de chavales, se necesitan cómplices para todo, por eso muchos ingenuos fallecen en el camino... En facebook están todos los coleccionistas y las chicas también. Les he dado recuerdos tuyos... Pues, cada cual en su sitio, unos mejor que otros... Es natural. Ya te contaré. No falta nadie pero no he revelado todavía esta locura que nos ha absorbido todo el tiempo libre durante más de veinte años. Cuando publiquemos el libro será una sorpresa. Ya tendremos tiempo de celebrarlo por todo lo alto... Da igual, en Madrid o en Málaga, o donde sea”.

Comprobé el funcionamiento, y efectivamente estaba averiado: sólo grababa el micrófono y no grababan los auriculares.

Cuando aterricé en Praga, me dirigí veloz al panel de llegadas.

El vuelo que pilotaba Pablo aterrizaría con retraso —comprobé—; con mucho retraso; ni siquiera aparecía en los paneles. Tuve tiempo de comer, esperar y seguir leyendo los manuscritos que llevaba y algunos archivos de mi ordenador portátil.

Miraba impaciente el reloj y el indicador de vuelos, pero corría el tiempo y Pablo no llegaba. Los altavoces anunciaron en checo y en inglés que embarcaran los pasajeros del vuelo a Yerevan. Llegó la hora de subir a bordo, rumbo al monasterio de Khor Virap.

En la cola de embarque sonó de nuevo el móvil:

¡Dime, preciosa!... A punto de embarcar... Claro... en el aeropuerto de Praga... Sí, todavía estoy en la cola. No han abierto pero ya han llamado por los altavoces... ¿Mis relatos en París? Bueno, pues consúltalo con el profesor... Lo que vosotros veáis mejor. Pero, si lo intercalamos, quizá el lector se pierda un poco... Pues lo vas distribuyendo de manera que al lector le sea más fácil... Sí, sí, así se puede leer todo el proceso desde el verano de 1983 cuando empezamos... ¡Me parece muy bien, pero eso no hace falta que me lo preguntes; como mejor lo consideres tú... ¡Naturalmente! Para saber el secreto de Baphomet escuetamente no haría falta más que la traducción de los pergaminos, cinco hojas del diario de Counillac, una hoja del mendigo Gustavo y los documentos que encontraré ahora de Armenia, pero al lector seguro que le interesarían todos los detalles de nuestra investigación... Mejor contar todo. ¡Perfecto! Y no me vuelvas a preguntar cosas como estas. Lo que tú decidas será perfecto. Un beso, que parece que ya abren”.

De nuevo suena el móvil:

“En Praga, entrando en el avión, profesor... Me acaba de llamar Clara y ya le he dicho que la maqueta del libro la distribuya ella, que es la que mejor criterio tiene para eso... No he contratado un guía, no. ¿Usted cree que me hará falta? Yo llevo un diccionario de ruso, pero me han dicho que en los hoteles todo mundo habla inglés. No creo que haya problema. Que me llaman, que tengo que colgar. Adiós”.

Otra vez sonó el móvil y me vi obligado a dejar pasar al resto de la cola. Yo me aparté a un lado:

“Ya salgo... En estos momentos estoy entrando... Pues venga... un abrazo y un beso a Alice. ¡¿En Munich?! ¿Qué estás en Munich ahora mismo? Entonces a eso

se debió el retraso. Sería lo mejor de todo, que pudieras venir conmigo, igual que por Astorga cuando entramos en el archivo... Creo que aquella emoción, cuando apareció en nuestras manos la escritura de Arias Didaz, es insustituible... Se acabó la cola. Ya estoy el último. Tengo que entrar ya. ¡Venga, Pablo... un abrazo!”.

Capítulo XI

87

En el aeropuerto de Yerevan me entretuvieron en las cabinas de la policía

todavía uniformada según diseño soviético y tocada con gorras de plato enormes y altaneras. Tuve que pagar por el visado un derecho de entrada para sellar el pasaporte y estamparle barrocas pegatinas.

El muchacho de la agencia de viajes me atendió con cordialidad y mesura: ojos grandes, negros y expresivos, discretos, cara de cromañón bondadoso. Hablaba inglés correctamente y me llevó al apartamento que había alquilado por internet.

Al día siguiente por la mañana bajé por la calle de las embajadas. Intentaba leer las placas sin entender nada de los letreros escritos en armenio y ruso. Sólo por los medallones y las banderas podía identificarlas. Únicamente encontré letras latinas en la de Inglaterra y la de los EEUU. La de España no la encontraba por ninguna parte. Pregunté a un transeúnte y no nos entendimos ni una palabra. Edificios destartalados y herrumbrosos, y un contraste muy grande entre coches lujosos y trastos desvencijados con motores de antes de la Perestroika echando humos por todas partes. Nadie respeta los pasos de peatones. Hay que andar con mucho cuidado.

Antes de llegar a la Plaza de la República, en una esquina, bostezaba un hombre con las manos en los bolsillos de un pantalón a rayas amarillas y pernales acampañados, la camisa impoluta, de azulete; y labor femenina marcada en el cuello y los puños almidonados y replanchados, para comenzar la jornada de trabajo. Los zapatos, puntiagudos y brillantes; las cejas, negras y muy pobladas. La brillantina en el pelo destellaba fulgores a cada movimiento con el sol mañanero. Mantenía abiertas las puertas de su furgoneta desvencijada, forrados los asientos con piel artificial resbaladiza, esperando, quizás, a que algún cliente la alquilara.

Yo me dirigí en inglés, y se desperezó al instante sin entenderme nada, pero rápidamente se dispuso al volante invitándome a entrar en el vehículo. ¡Vaya problema! No le entendí absolutamente nada —¡pero... nada de nada!— de lo que me decía; incluso por señas, por más que se esforzaba. Sentados ya los dos con las puertas cerradas, antes de arrancar, se golpeaba el pecho sonriente hablándome en su lengua sibilante y cerrada.

Archif le entendí que se llamaba, y me preguntaba tocando su pecho y el mío alternativamente.

Yo le dije: Leonardo, sorprendido y victorioso porque, con mímica, algo nos habíamos entendido.

Me enseñó los dientes blanquísimos echando una forzada carcajada. “¡Lio—nárdo!” —acentuó la “á” con fuerza, alargando la erre doblemente. “¡Lio—nárrrrrrdo da Vinchi!” —repetía preguntándome—: “¿Italiano?” —y arrugó la frente mirando mi semblante sorprendido. “¡Español!” —le contesté a su pregunta.

Cuando le estaba recalcando “¡España!”, se ladeó para estrechar mi mano efusivamente diciéndome a voces, como si yo fuera sordo: “¡Madrid Real! ¡Casillas! ¡Raúl! ¡Guti! ¡Sergio Ramos!”. Y así fue desgranando entre risas estentóreas los nombres de veinte jugadores. Nunca hubiera podido sospechar que un furgonetero de Armenia fuera un forofó de los blancos.

Me hizo una señal con la mano indicando la calzada; y yo, temeroso de que no me entendiera, le dije: “Khor Virap”; y me dispuse a escribirselo en mi libreta.

Asentía con la cabeza diciéndome: “Monastir Khor Virap”, pronunciándolo un poco diferente. Me dijo el precio, del que ya no me acuerdo, y no le discutí nada.

Encendió la radio, soltó las manos del volante, bailó al son de canciones armenias levantando ambos brazos como si bailara una sardana y contoneando la cintura.

Daba la impresión de que iba perdiendo la chapa a trozos en cada bache que cogía aquel cacharro.

En el primer cambio de rasante, a más de cien por hora por una carretera inmundada, hizo apartarse a un camión del antiguo ejército soviético que venía de frente y a otro que, jadeante, iba cargado de bidones subiendo la cuesta.

¡Y nosotros por el medio bufando a toda máquina!

Yo cerré los ojos porque me vi muerto, y él se desternillaba al verme asustadizo. Encogía los hombros, como diciéndome que no había ningún peligro. ¡Pero yo los llevaba de corbata! Le hice señal de calma con la palma de la mano para que no corriera, y le dije en alto, aunque no me entendía: “¡macho, que te estás pasando un pelo, que vamos a ir los dos para el cementerio!”. Y me entendió el gesto, pues, muy digno, bajó los párpados con ademanes serios y forzados mirando al pedal derecho que lo levantó al instante.

Al cabo de un rato volvió a las andadas y tuve que ir recordándole, cada poco, que no corriera tanto.

Durante el resto del trayecto, Archif me hablaba mirando la silueta de los dos picos eternamente nevados, con cara de lamento y soltando las manos del volante. Llegó una curva pronunciada y le di yo un volantazo porque se salía de la carretera.

La silueta de su monte sagrado se dibuja sobre el cielo azul intenso, exactamente con la misma forma que la del pergamino con las letras armenias que había descifrado Nora; y en la colina, en medio de una muralla defensiva, se yergue la torre

octogonal en medio de la iglesia del *monastir* —como él lo llamaba— solitario y mudo.

El silencio imponente se interrumpía alternando con el susurro de un cierzo suave que cimbreaba las hierbas secas y salteadas.

La estampa es grandiosa.

¿Cómo no iba a ser sagrada esta visión de la naturaleza? No es de extrañar que un día hubieran llegado las aguas hasta la cima después del diluvio universal. Desde allí arriba sólo se respira inquietud de reflexión y trascendencia al contemplar la cima acariciando el azul del firmamento.

Aunque es de suponer que muy reconstruido y transformado, conserva intacta la mazmorra de San Gregorio Iluminator, donde Martín sufrió cárcel e ignominia.

Estuve escuchando, por si acaso todavía se oían ecos de los lamentos de Alfa y Omega. Ningún mueble, ningún rastro de biblioteca y mucho menos de un archivo centenario como esperaba encontrar.

Alchif silbaba fuera esperándome, al tiempo que llegó un autocar de turistas franceses. Intruso de mí, me uní al grupo; y el cicerone no se atrevió a expulsarme aunque me miraba insistentemente. Era un Armenio erudito y políglota. Cuando terminó el discurso exhaustivo sobre todas y cada una de las piedras, se le desparamó el rebaño humano por el recinto, inquisitivos unos y otros expectantes o haciendo fotos al monte Ararat, totalmente blanco. Mientras esperaba a sus clientes, se acercó a Archif. Nunca mejor ocasión se me presentaba para preguntarle por la biblioteca, por los pergaminos y por todos los recuerdos que suele conservar un monasterio tan antiguo. Al hablarle en francés, me notó el acento español, y aseveró en vez de preguntarme, ya que preguntármelo hubiera sido lo suyo:

—Usted es español, no cabe duda.

Archif sonreía al ver que me entendía con un paisano suyo.

Así, permanecemos un rato departiendo. Me hablaba del “genocidio armenio de este mismo siglo” como si fuera algo archisabido y, sin embargo, yo me estaba enterando en ese momento. Quizá los documentos que yo buscaba estuvieran en Turquía, según me explicaba. «“Allí —señalaba con el dedo— detrás de las montañas”. “Los islámicos — me decía— hicieron desaparecer y quemaron millones de libros y documentos históricos, amén de los que reservaron para llevárselos como botín de guerras sangrientas; y aquí nos dejaron a los armenios con este territorio reducido y rodeados de Islam por todas partes menos por el cielo, donde no pueden hacer empalizadas de guerreros violentos, habiendo tenido que dejar el hueco para comunicarnos directamente con el Creador Cristós —contundentemente pronunciaba la palabra aguda—. Armenia está sembrada de monasterios de los que no quedan más que algunas paredes que estamos reconstruyendo —seguía ilustrándome— con la ayuda económica de los armenios dispersos por el mundo, desde que los dos apóstoles de ‘Cristós’ vinieron a traer la buena nueva de su nacimiento en Belén y su muerte en la Cruz, en el Monte Calvario. De los pergaminos que busca —me decía después de explicarle brevemente el cometido de mi viaje— aquí no queda nada. Quizás se conserve alguno en la catedral de Echmiatsin, que es la iglesia cristiana más antigua del mundo”».

—¿Más vieja que Roma? —le pregunté.

—Sin duda de ninguna clase la más vieja del mundo —me contestaba—; por eso le digo que, quizá, los sacerdotes tengan archivos de la Edad Media. ¿Qué digo quizás? ¡Seguro! Seguro que allí tienen esos pergaminos que usted busca.

Yo me quedé absorto oyendo un coro que empezaba a cantar dentro, y lo escuché hasta el final. En aquel éxtasis no hacían falta escritos ni experiencias místicas. El anonadamiento estaba servido.

Cuando terminó el canto, el cicerone sacó una cámara de video de la bandolera y llamó a uno de sus clientes que sacaba fotos del valle para que nos hiciera otro video a él, a Archif, y a mí. Archif lo rechazó y se marchó a un lado volviendo la cabeza y haciendo señales con la mano de que no quería ser fotografiado. A mí no me importó nada, al contrario, ya que me había caído muy bien aquel guía armenio.

Sereno y compungido, sin alucinaciones patológicas, por un momento, vi a Martín corriendo —imaginándolo, claro— de lado a lado del recinto amurallado, a los moros medievales arrojándolo al pozo tan profundo y a Alfa y Omega defendiéndose con las espadas, y cayendo muertos. Vi a los monjes despavoridos y a Martín saliendo y paseando por el valle recuperándose de sus dolencias y, por fin, huyendo por el norte bordeando las montañas. ¿Cómo no van a dar los armenios carácter sagrado a esta tierra, si sólo con pisarla puede convertir en santurrón de sacristía al más recalitrante ateo, por la belleza de sus mujeres con ojos penetrantes con sus voces celestiales y por todo lo descrito?

Le dije a Archif que me llevara al Echmiatzin, el “Vaticano de los Armenios” que a mí, en idioma armenio, se me hacía imposible pronunciarlo correctamente.

No pude saber por qué se negaba. No podía ser por aversión a lo eclesiástico, por aversión a su patriarca, “su Papa”, pues en Armenia no hay ningún grupo que se declare abiertamente anticlerical, ni mucho menos, sino todo lo contrario, según se había mostrado. Algo quería decirme pero no le entendía absolutamente nada.

Poco a poco, deduje que se refería al cicerone, por los gestos que hacía, muy expresivos, indicándome que no era de su agrado que nos hubiera grabado con una cámara de video. Ponía las manos en la cara simulando apretar el gatillo de la cámara de vídeo y negando con la cabeza. Pero no podía entender la relación que establecía entre el cicerone y el Vaticano de la Iglesia Armenia.

A la vuelta, ya conducía más despacio, y encima de nosotros una bandada de águilas daba vueltas. Algún animal muerto estarían acechando. Archif, al verlas, paró el cacharro y lo aparcó en la cuneta. Me agarró del brazo indicándome que bajara barboteando su discurso, y, mirando al cielo muy contento, decía: “archif, archif, archif” señalando los pájaros y dándose golpes de pecho. Al principio, después de tanta mística eclesiástica, pensé que rezaba alguna oración de penitencia referida a San Juan con su símbolo milenario, pero muy rápidamente entendí lo que decía: que su nombre en armenio se traduce por “águila”.

Volvíamos a la ruta que teníamos por delante y ya quedamos en silencio un rato.

De vez en cuando, soltaba una carcajada mirando de lado y diciendo: “Archif... y seguía hablando sin entenderle nada. Yo pensaba en el pobre San Bartolomé apóstol y en San Tadeo, lo que padecerían para aprender de esta manera, palabra

por palabra y por señas, esta y otras lenguas vecinas, hasta llegar a expresar conceptos teológicos y filosofías y que durante tres siglos se siguieran propagando, hasta San Gregorio Iluminador que lo dejó por escrito en otros exquisitos pergaminos.

Antes de dirigirnos a Echmiatsin, me llevó a un restaurante, que anunciaba asados de carnes y verduras en un horno subterráneo.

Ya me intrigaba tanto misterio, por lo que accedí a sus indicaciones para saber si podía descifrarlo.

Yo me quedé en la furgoneta y él entró corriendo. El nombre del restaurante no puedo reproducirlo porque ni siquiera dibujé los garabatos de los caracteres.

Al cabo de un momento salió con un hombre entrado en años que venía sonriendo y se acercó a mí muy efusivamente. “Buenas noches” —me dijo— a pesar de que era medio día.

Yo, en un principio, pensé lo más inmediato: que Archif cobraría una comisión por llevarme a comer a su restaurante. La verdad es que estaba todo muy barato comparado con España, y no me importaba invitarlo a comer y pagar las comisiones necesarias. Y nos dispusimos a comer en una mesa. Pero, cuál no sería mi sorpresa que, después de que estuvieron un rato charlando, con gestos muy expresivos de Archif, y el restaurador muy serio escuchándolo, sin dejar de secarse las manos con el mandil, como si de un acto reflejo se tratara, se sentaron los dos, y, de una manera inconsciente, me empezó a hablar muy bajo pensando previamente lo que tenía que decirme, como si estuviera tomando precauciones para ser preciso y que no obtuviera yo una información equivocada.

—Me dice Archif que no se fía. Bueno, antes de nada —y se me presentó diciéndome el nombre, que me es totalmente imposible recordarlo, y menos, reproducirlo. También me dijo muy ufano—: “He trabajado tres años en Alicante”.

Siguió diciéndome que Archif no se fiaba porque el guía, después de rodado el video, se lo entregó muy disimuladamente al del coche azul que salió corriendo. ¡Y yo no me había percatado de nada!

Archif lo interrumpía con frase tras frase que, inmediatamente, su amigo me iba traduciendo:

—El guía no es armenio. Habla armenio muy bien pero con un acento raro. Con toda seguridad que no es armenio. Ese cicerone no es cicerone propiamente dicho, algo malo buscaba. Por eso, Archif lo siguió con la mirada observando meticulosamente sus pasos. Y además era un guía muy raro, porque todos los guías, que cobran por ello, atienden a los turistas enseñándoles los monumentos con sus detalles, sin separarse de ellos; por el contrario, este había dado cuatro indicaciones elementales y ya les había dicho que sacaran todas las fotos que quisieran, dejándolos a su albedrío dando vueltas hasta que terminó de rodar el video y entregarlo al cómplice del coche azul.

Y concluyó diciéndome: “Y que, por eso, Archif no se dejó fotografiar en un principio”.

También le dijo Archif a su amigo el restaurador, para que siguiera traduciendo, que del cicerone había partido la iniciativa de que nos dirigiéramos a Ech-

miatsin, que era precioso, y no podía marchar de Armenia sin visitarlo, pero que anduviéramos con cuidado porque no vio en el cicerone buenas intenciones ni mucho menos. No era el típico, por el acento de sus palabras, que nos quisiera informar altruísticamente, sino que todos sus modales y expresiones hacían pensar que algo malo para nosotros se reservaba.

—En Armenia —concluyó diciéndome—, tenemos fama de santos, pero a veces, “no es oro reluciente” y yo lo corregí cariñosamente: “no es oro todo lo que reluce”, y me quedé con la mosca detrás de la oreja.

Le respondí a Archif, asimismo, a través de la traducción simultánea, que nos moveríamos con precaución allá donde estuviéramos, y que muchas gracias por haberme puesto sobre aviso.

Y terminamos de comer las brochetas asadas.

Llegamos a Echmiatsin con gran cautela sin dejar de vigilar los alrededores, por si acaso volvíamos a ver al cicerone u otro signo que nos alarmara.

Entramos en la secretaría al lado de la tienda de quincalla, de recuerdos, guías, banderines y estampas de todos los tamaños. Solicité una audiencia con el Patriarca Supremo, que es como aquí el Papa.

Después de varias consultas entre los que atendían el negocio, y por tratarse de unos pergaminos del siglo XIV, fui atendido con expectación y reverencias por la mujer de la garita acristalada, pero, al final, me recibió un secretario con sotana que hablaba inglés correctamente; nadie más autorizado para hacerle caso:

—Nada de nada —me dijo mirando sus ficheros de cartulina a la antigua usanza.

Siguió buscando y me decía entrecortando las palabras, haciendo un ruidito con los labios:

—Si hubiera alguna referencia a pergaminos del principio del siglo XIV, tendría que estar aquí reseñado.

Cerró el fichero y continuó diciéndome:

—¡En Turquía! Los tienen los turcos en sus museos. Nuestra historia —continuaba con los ojos entornados— ha sido siempre sufrir una persecución a muerte por ser cristianos; por eso, el pueblo armenio se mantiene unido como una piña y nuestro arte y nuestra música son los más vivos reflejos de la divinidad en la tierra. Si todavía existen esos pergaminos españoles, y no han sido destruidos durante los saqueos históricos, estarán en Turquía. Tenemos catalogadas todas las miniaturas y sobre todo las de San Gregor Iluminador, y, sin embargo, de Martín el Templario no consta nada de nada por ninguna parte.

Terminó diciéndome que, aunque está a dos pasos, la frontera con Turquía está cerrada desde hace mucho tiempo, y no se mantienen relaciones diplomáticas.

Se lamentaba afligido:

—Fue tal el genocidio contra el pueblo armenio —con lo que me di cuenta de lo que representaba para Armenia el holocausto— que aún no se han cerrado las heridas.

Concluyó con un suspiro.

Cuando salíamos del recinto de los jardines del santo lugar, hicimos un stop antes de entrar en la carretera y venía un coche a gran velocidad, al que dejamos que pasara. Cuando vi que alguien sacaba una metralleta por la ventanilla, instintivamente me acurruqué contra Archif y le agarré la cabeza agachándosela.

Saltaron por los aires, hechos añicos, todos los cristales. Nos habían disparado una ráfaga, pero tuvimos tanta suerte que no nos tocó ni uno. Inmediatamente detrás, pasó otro coche a gran velocidad persiguiéndolo. Yo no podía entender nada.

Los coches que salían detrás de nosotros aparcaron a un lado para ver qué había pasado; y alguien con más reflejos que nosotros había llamado urgentemente a la policía, que no andaba muy lejos, pues se presentó al instante. Al pobre Archif le pidieron los papeles y no tenía ni uno, ni siquiera el seguro de la furgoneta.

¡Cómo iba a pensar yo que Archif no tenía en regla los papeles del seguro!

No le dejaron tocar la furgoneta. La aparcó un agente dentro del aparcamiento y nos dijeron que subiéramos a su coche.

Aquí empecé yo a asustarme de verdad. Fuimos hasta Yerevan. A Archif lo metieron para dentro esposado, y a mí se me caía el alma a los pies cuando me preguntaban en inglés bastante deficiente, a ver a qué banda pertenecíamos.

Me cachearon y me sacaron la cartera del bolsillo con todas las tarjetas y carnets, y los seis mil euros en billetes de quinientos que siempre llevo de reserva cuando viajo lejos.

Tuve que explicarles pormenorizadamente el motivo de mi viaje y les enseñé los pergaminos y el ordenador portátil.

Estuvieron registrando los archivos de mi ordenador, y quién sabe si no hicieron un “*back up*” del disco duro. Eso fue lo que nos salvó porque nos dejaron libres, suponiendo, como les dije, que querían robarnos, porque al sacar la cartera para pagar en los distintos sitios, seguramente me habían visto asomar tantos billetes.

Quedó muy claro que no pertenecíamos a ninguna banda después de un rato.

Tardaron en cerciorarse de que yo había contratado a Archif en la calle, donde se ganaba la vida buscando clientes que llevar de un sitio a otro. Al pobre hombre, después de haber prestado los servicios durante lo mejor de su vida como soldado del ejército soviético, así se lo pagaban. Esto me lo había revelado el restaurador cuando me dijo que él también había sido cocinero en varios frentes, con el ejército, antes de la perestroika, y, por supuesto, mucho antes de venir a España, a Alicante, a trabajar de cocinero en un famoso restaurante.

A mí no me tocaron, pero a Archif, según los contundentes modos soviéticos de los que hacía muy poco había salido Armenia, le pusieron la cara como a un nazareno.

Salía hinchado, amoratado y sumiso, que fue lo que más me impresionó aquel día.

Inmediatamente me arrepentí por haber dicho que el móvil de los tiros habría sido el robo. Tenía que haberle dicho que andaban tras de mí, o bien tras de los pergaminos. Pero no iba a explicarle todas mis sospechas de que alguien me perseguía desde la foto del paseo del Prado. Pagué a Archif veinte mil drams más de lo

que me había pedido, unos 20 euros, y me dijo algo así como “sat-snor-akal-em”, muy emocionado.

No iba a tener más remedio que prolongar más días mi viaje. Llamé a Clara y al profesor y les conté todo menos este último percance para que Clara no se preocupara. Llamé a Pablo para contarle los pormenores que me estaban sucediendo, pero le dije que se lo ocultara a Alice, de momento, y, por su puesto, si se conectaba por internet, al profesor y a Clara.

—Pues nada —dijo Clara—, tendrás que volver a Grecia y desde Atenas volar hasta Ankara o hasta Constantinopla a ver si encuentras algo.

89

Vine a Madrid porque tenía que resolver algunos asuntos en mi empresa y no podía demorarlo. Pero no podía dejar de perseguir los pergaminos que perdió Martín en Khor Virap por más dificultades con las que me encontrara. Con más cuidado, eso sí, sin ser tan ingenuo, que, por mucho que nos creamos, nunca aprendemos del todo. Ese ha sido mi defecto, que cuanto mayor haya sido la dificultad que me haya obstaculizado, mayor ha sido el afán por superarla. Así que no dije nada a nadie y seguí con mi búsqueda aventurada.

En Madrid, por la experiencia acumulada, contraté un hotel y un guía que hablara español y que me acompañara en todo momento, en la ciudad turca de Nevsehir; y cuando salía de la agencia de viajes, me llamó el profesor desde Málaga:

—Sí...—le contesté—. He contratado un traductor en la agencia de Madrid, que estará esperándome en el aeropuerto de Nevsehir. Aquí lo tengo escrito. El guía se llama Kemal Yen-Yis. Eso me facilitará la movilidad por Turquía, porque tengo el pajar pero no tengo la aguja —le di las gracias por haberme enseñado, hace veintisiete años, en una clase de COU, esta expresión para mí tan bella a pesar de estar manida—, y esto lo preveo duro.

Espero que salga bien; de lo contrario, el libro quedará cojo si no encontramos el broche de oro que buscamos al relato. Espero que, en unos días, todo estará listo, de lo contrario desistiré, porque ya veo que es casi imposible encontrarlo.

—No todas las investigaciones —me respondía el profesor— llegan al final con el éxito deseado. Date cuenta de que lo que se conserva en las bibliotecas, archivos y museos, no representa ni la millonésima parte de lo que se ha perdido. Y en cuando al arte, no te digo nada... Se conservan más estatuas sin brazos y sin cabezas que enteras. Qué digo yo, enteras casi ninguna. Yo creo que podrías ahorrarte este viaje, porque lo veo imposible de todo punto.

—Ya tengo sacados los billetes de ida y vuelta, así que no puedo entretenerme mucho. Daré una vuelta rápida y, si no encuentro nada, me vuelvo. Terminaremos el libro con lo que tenemos.

No sé si la amabilidad de Yen-Yis correspondía a una sobreactuación o es que los modales turcos exceden cualquier comportamiento de nuestra cultura española.

Cuando salí del calvario de sellos en el pasaporte, después de pasar por varias ventanillas y escáneres de aduanas, en el vestíbulo del aeropuerto, se acercó a mí con una amplísima sonrisa y desde lejos extendía la mano. Me sorprendió, de momento, que me identificara entre todos los pasajeros. No es de extrañar que mi figura (de aspecto externo quijotesco, alto y flaco, sobresaliendo mi cabeza por encima de la de todos los turistas que llegaban conmigo en manadas, y a los que también los esperaban los guías de distintas agencias de viajes) fuera identificada como singular desde una larga distancia.

No me soltaba la mano tras el saludo eterno y afectuosísimo. Su español era perfecto, incluso yo diría que con acento salmantino. En un principio llegué a pensar que sería un español que sabía turco en vez de ser un turco que sabía español, porque además era pelirrojo. Yo iba con la idea preconcebida de que todos los turcos tendrían que ser morenos, con gran bigote y ojos grandes y caídos. Vestía atuendo impecable de pantalón vaquero, niki Lacoste, chupa de cuero fino, un rólex en la muñeca, pluma mont-blanc de estrella blanca incrustada y enganche de oro en el bolsillo de la solapa.

Como desde Madrid habíamos quedado en que me llevaría al hotel desde el aeropuerto, yo había pensado que tomaríamos un taxi, pues el coche y chófer estaba contratado para el día siguiente. Pero me llevó a su coche, un Lexus último modelo. Aquí empecé a mosquearme no siendo que hubiera habido algún malentendido porque, al contratarlo, mediando la agencia turca, la chavala que me atendía por teléfono me hablaba en inglés. Por si acaso, no se me ocurrió más artimaña que sacar el contrato para señalarle el nombre del hotel que habíamos contratado, y que yo había imprimido del correo electrónico que me habían enviado, porque en el papel, al final, ponía la cantidad de dinero de todo el servicio de traducción y acompañamiento a 100 euros al día. Soltó una mano del volante y le echó una ojeada rápida asintiendo con la cabeza, como si conociera de memoria el modelo de contrato. Lo que me había parecido caro se tornó en barato de repente. O por lo menos asequible ya que incluía chófer y coche los días que estuviera.

—El hotel está en un pueblo que se llama Ürgüp, a 20 kilómetros —me decía—. Visitaremos la ciudad troglodita que hace cincuenta años está deshabitada y protegida por el Ministerio de Turismo. Está horadada como una termitera. Lo más interesante son los frescos en los templos excavados en la roca. La historia de Capadocia es compleja pues varias civilizaciones la poblaron; no obstante, mañana tendremos tiempo. También iremos a Goreme y Pamukale.

Yo le dije que lo que más me interesaba era encontrar el archivo donde pudieran estar los pergaminos del siglo XIV, sobre todo desde 1300 a 1315.

Cuando oyó esto torció la cabeza, quedó inmóvil y miró al cielo, como si lo hubiera pillado en un renuncio. Pero rápido me contestó con erudición profusa de es-

pecialista en la materia, y, en poco tiempo, resumió la historia del imperio Otomano: “En 1300 empieza el imperio con Osmán I, que dura interrumpidamente hasta 1924, año en que Mustafá Kemal Atatürk funda la república laica actual de Turquía, que prohibió la poligamia”.

También me contó, con muchos detalles, que había estudiado español en los cursos de verano de la Universidad de Salamanca y que había vivido en la calle Van Dick, donde por primera vez había comido morcilla sin saber que era sangre y además de cerdo.

El hotel era lujosísimo contrastando con el pueblo, que podría asemejarse a cualquier villa o ciudad de España hace cuarenta o cincuenta años.

Yen-Yis tomó la maleta y me la llevó hasta la recepción, donde, cubriendo la ficha, quedamos para la mañana siguiente a las nueve de la mañana.

Tomé un piscochis en la cafetería y, antes de dormir, salí a dar una vuelta. Había un estruendo en las calles que me sobrecogió. Ante lo desconocido de un país lejano me asusté un poco. Gritos de mujeres, vocinazos de chicarrones, coches en desenfrenadas carreras saltando los bordillos y los dependientes de los comercios fuera de sus establecimientos. Parecía que no cerraban nunca. Después, banderas, pañuelos y un guirigay como nada comparable había visto antes. Dos mozalbetes turcos, estos ya de ojos grandes y pelo negro, como los que yo siempre había supuesto, me abordaron en la acera para invitarme a tomar un té y ofrecerme todo tipo de recuerdos y alfombras. Cuando le dije: “gracias, no vengo a comprar nada”, me hablaron en español, por lo que me sentí como si estuviera paseando por la calle de Alcalá. Experimenté una relajación que me faltaba desde que pisé tierra turca y cierto sentimiento familiar con aquella gente. Le pregunté por el significado de la algarabía callejera y después de recitarme —igual que Archif, en la nación vecina—, las alineaciones del “Madrid Real” y “Barcelona”, me explicaron que acababa de ganar el “Galatasaray” al “Fenerbache”.

Suena el móvil. Es Clara:

—¿Dónde te metes? ¿Qué tal va todo? Te he llamado tres veces y parece que no tenías cobertura.

—Inmejorable. Yen-Yis me esperaba en el aeropuerto con un Lexus y me llevó al hotel. Ahora he salido a la calle pues hay un estruendo futbolero nada comprable a los de España. El hotel, cinco estrellas. Mañana a las nueve empezamos el trabajo.

—El profesor y yo hemos estado dudando si seguir con las transcripciones de los documentos del Bierzo o meter tu diario de París, para que el lector siga el recorrido de tus investigaciones en París al principio de la tercera parte. Además, en tu relato, figuran impresiones y actuaciones íntimas que incluso a mí me atañen y me ruborizan.

—Bueno, Clara, no vamos a andar a estas alturas con mojjigaterías. ¿Quién puede escandalizarse con intimidades de los dieciocho años? Eran mis sentimientos de entonces. Y en cuanto al orden de los relatos, que lo decida el profesor, que siempre tendrá mejor criterio. No obstante, creo que da igual, porque es bien fácil para el lector darse cuenta de cuándo se narran los hechos actuales, cómo hemos ido llevando la investigación adelante, aunque se interrumpa la narración del siglo XIV. Lo que sí hemos de cuidar mucho es ensamblar bien los documentos del mendigo Gustavo con los que me dio Denisse en París, que quede bien claro que son partes de la misma historia. Que se repartieron los pergaminos cuando el capitán Counillac, a principios del siglo diecinueve, se llevó la mitad y la otra mitad quedó en Astorga y que por lo tanto Denisse la francesa y el mendigo del pie cortado, Gustavo, de Astorga, son primos lejanos de octava generación. Que se lea bien claro qué escritos transcribimos redactándolos nosotros en tercera persona, como lo referente a las largas charlas de Gotier con Roderico, porque él tiene que narrar lo que le contaba Roderico, bueno, y también sus impresiones cuando llegó al Bierzo perseguido. Que también queden claro los escritos de Martín, aunque estos, la verdad, es que son los de autoría más fácilmente identificable. Ah, y los de Gelvira —¡cuidado!— que no se mezclen con ninguno. Pero, por el estilo literario, son muy identificables. Ya decía el Profesor que, al ir transcribiéndolos, se diferencian perfectamente los distintos escritos según de quién sean aunque no estén firmados. Al final, a modo de apéndice transcribiremos algunas muestras de los textos tal y como están escritos en los pergaminos. Pero bueno, con tal de que se entienda, lo demás son cuentos chinos. Tiempo habrá de editar un facsímil, o incluso los pergaminos fotografiados. Lo más importante es que quede claro quién escribió cada texto.

—Sí, eso queda bien claro. Además, nada más leer unas líneas, se distinguen perfectamente los contextos... Bueno y qué impresiones tienes de Turquía. ¿Consiguirás algo?

—Llevaré la información que nos falta. No lo dudes. No me detendré hasta conseguirla. Bueno, chavalita, que me subo al hotel, que ya estoy cansado y mañana me espera buena jornada de trabajo. Un beso muy fuerte.

—Siempre dos, uno en la mejilla y otro durmiendo en tus labios.

—Hasta mañana, cariño.

91

Después de desayunar, a las nueve en punto, entraba Yen-Yis en el vestíbulo del hotel. Su exagerada amabilidad en el saludo ya empezaba a empalagarme, porque le era consustancial y no había visos de que rectificara en lo sucesivo. No era el clásico guía que espera propinas.

Yo había contratado un traductor y chófer para ir donde yo lo encaminara.

Me pilló justamente cuando me disponía a levantarme para ir al váter. Tuve que aguantarme. Me invitó a sentarme alrededor de una mesa de piedra pulimentada en

la que me veía como en un espejo y sacó de su maletín un montón de papeles. Tenía preparado el itinerario, a pesar de que yo nada de eso había concertado: las fortalezas trogloditas, las ciudades subterráneas, las iglesias rupestres, los caravansares...

Dudé por momentos si darle un corte seco o responder con los mismos ademanes de escrupulosa afabilidad diciéndole que “muchas gracias”, pero que nada de eso me interesaba, que yo iba a otra cosa, que el turismo lo dejaría para otro momento, y que lo que yo quería era que me introdujera en los archivos y bibliotecas del estado para investigar un pergamino que dijera dónde se encontraban otros de la misma época.

Yen-Yis seguía a lo suyo, haciendo como que ordenaba los papeles, pero pensativo, con la mirada perdida, confuso y torpe, pues se le cayeron unos folios al suelo y se desparramaron por debajo de la mesa. Yo hice además de intentar ayudarlo, pero se arrodilló raudamente indicándome, con la palma abierta, que me quedara quieto, y cuando se levantó con ellos, volvía a insistir en que no podía perderme la ciudad romana Hierápolis, las montañas de algodón, las aguas termales y no sé qué coñas. Y yo aguantándome sin ir al váter.

—Vamos al coche, que ya comenzamos —me dijo.

Al oír esto me descompuso de tal manera que le contesté que no, coño, que ahora no me interesaba nada de rutas turísticas, y que yo no lo había contratado para eso.

Su semblante preocupado en medio de melindres amables se transformó de pronto en mirada hosca y aturdida repiqueteando con el capuchón de su flamante pluma sobre las vetas rojas del mármol brillante.

Lo dejé mudo. “Ya he empezado mal” —pensaba yo—. Tenía que haber mostrado un poco más de paciencia.

—Disculpe un momento —le dije—, y salí disparado hacia los servicios.

Cuando volvía, aliviado de haber aguantado tanto, había desaparecido y se había dejado el maletín encima de la mesa. Inmóvil yo, escudriñé por todas las mesas, por todos los sofás, por todos los rincones, hasta que lo localicé al fondo en el mostrador de la recepción hablando bajo y de medio lado con uno de los dos recepcionistas. El otro sujetaba el auricular del teléfono contra el hombro con la cabeza inclinada. Encendieron sendos cigarrillos a pesar de que colgaban signos de prohibido fumar justo encima de ellos y me divisó a lo lejos. Cambió un poco su rictus al levantar las cejas como preguntándome por señas si ya había terminado. Se despidió de sus paisanos viniendo hacia la mesa. Aquella escena me inquietó un poco. Yo le dije: “Me parece que no quedó claro. Yo no soy un turista al uso. Yo voy a buscar, en los archivos del estado o quizá en una mezquita, un pergamino del siglo catorce escrito en español, y más concretamente, de la época de Osmán I, el sultán que reinó desde el año 1300 al 1324, justo cuando nacía el Imperio Otomano”.

Yen-Yis aparentaba templanza, pero en su semblante se apreciaba un acusado enfado —suponía yo— por no saber muy bien para qué había sido contratado por la agencia de viajes.

—Yo no quiero ver nada de Turquía —le insistí—; ya vendré de turista en otro momento, quizá el próximo año. Ahora quiero ir al archivo histórico donde los escritos antiguos estén catalogados por siglos, donde haya pergaminos como estos.

A Yen-Yis, al ver mis pergaminos, se le nublaban los ojos y le cambiaba el color como si se ruborizara. Se le notaba más por ser pelirrojo, aunque con rasgos de turco. Volvió a fijarse en el que ponía ARARAT, en armenio, y no me dijo nada pero daba la impresión de que lo entendía.

Era un fanático patriota. Me había venido diciendo que adoraba a Mustafá Kemal Atatürk porque liberó a Turquía de las viejas y caducas tradiciones islámicas y modernizó la nación entera. A sus niños los educaba —insistía con talante presumido— haciendo que asumieran la historia de su patria con errores incluidos, para preservar los valores y tesoros que guardaba la nación turca. Llamó por teléfono conduciendo y no me enteré de nada ya que hablaba en turco. Yo iba pendiente del volante porque no acababa nunca de colgar el móvil y me ponía nervioso con los volantazos que iba dando. A pesar de todo, yo estaba totalmente confiado en que me llevaba a los archivos nacionales y, al cabo de unos minutos, de pronto, me vi dentro del patio de una comisaría de policía a tenor de la cantidad de coches patrulla y blindados de llevar presos que estaban aparcados. Seis agentes con metralletas estaban preparados y rodearon el coche.

Yen-Yis salió después de una orden y se colocó detrás de los agentes. Yo me quedé patidifuso sin moverme de mi asiento. Sólo le dije:

—Yen-Yis, dígame que se han confundido, que yo soy un investigador de pergaminos y tengo carnet que lo acredita.

No podía moverme, como si se me hubieran paralizado las articulaciones. Me pilló de sopetón, y pasaron unos segundos hasta que reaccioné pensando que sólo Yen-Yis era el culpable de aquello. Le grité:

—Yen-Yis, que esos pergaminos que le he enseñado los he traído de España. Y estoy buscando por todo el mundo otros de la misma colección, perdidos en Asia en el siglo XIV.

¡Ni caso! Yen-Yis miraba al infinito muy serio, y dos policías custodiaban armados, con el dedo en el gatillo, mi puerta del coche. Me hicieron una seña con la metralleta indicándome que saliera.

Salí amedrentado y en un santiamén me dieron un golpe y me retorcieron el brazo.

Sin saber cómo, en un segundo, me vi con las esposas puestas. A empujones y culatazos fui trastabillando hasta un despacho oscuro sin dejarme hablar siquiera, por más que les rogaba que me dejaran llamar por teléfono a Clara.

—Do you speak English? —me preguntó el jefe sentado en un sillón raído, sin más salutación ni advertencia. Yo le contesté que sí —yes, I do— sabiendo que en esas circunstancias no se puede andar con bromas, subterfugios, mentiras ni descuidos.

Un tercer policía de inferior categoría entró después de pedir permiso y haber esperado unos minutos a la puerta, hasta que el jefe colgó el teléfono, que le había sonado y él había atendido. Digo que fueron minutos. Igual fueron segundos, pero

a mí se me hacían eternos. Inmediatamente llegó otro con la misma ceremonia de saludos y permisos y se colocó a mi lado, a la vez que soltó mi portátil y la carpeta de los pergaminos encima de la mesa.

¡En las cuatro esquinas sendos números con las metralletas a punto de disparo! Por momentos me derrumbé pensando en la película “Expreso de medianoche”, que hacía poco había visto.

Mandó a uno de ellos que me quitara las esposas. En ese momento pensé en el policía bueno, porque se mostraba compasivo, pero inmediatamente me pidió la documentación que tuviera. Yo saqué la cartera con el pasaporte, el DNI, las tarjetas de crédito y el dinero. Y se lo entregué en mano.

Meticulosamente, con los dedos en pinza, fue sacando, uno a uno, cada documento, y mandándole al secretario que escribiera en una base de datos de un ordenador nuevo.

Yo estaba viendo la pantalla, y, aunque no alcanzaba a leerlo, sí observé que utilizaba el último sistema operativo.

Me llamó la atención, a pesar del miedo que tenía, el contraste de los desconchones de las paredes sucias enmarcando el mobiliario cochambroso y remendado, con la más moderna tecnología informática. Al cojín sobre el que se sentaba se le derramaba la borra por un lado descosido, y el suelo estaba sin barrer, lleno de tierra.

A medida que iba dictando volvía a colocar escrupulosamente en su sitio, igual que yo lo tenía, cada tarjeta en su departamento, cosa que yo no hubiera acertado a hacer. Dejó fuera el pasaporte y examinó hoja por hoja. Se detuvo y llamó por teléfono cruzándome la mirada. Dejó su dedo índice aplastando la pegatina del visado de haber entrado en Armenia hacía muy poco tiempo —con los hologramas y dibujos más pintorescos que uno pueda imaginarse: una verdadera obra de arte—, mientras terminaba la llamada.

—Continuó preguntándome, siempre en inglés, como decía antes:

—¿Tiene usted un teléfono móvil?

Le contesté que sí, y se lo mostré al instante. Me hizo un gesto para que lo posara encima de la mesa.

—¿Qué le movió a viajar por Armenia y por Turquía? ¿Dónde ha encontrado usted esos pergaminos?

Yo le expliqué minuciosamente nuestro proyecto y se quedó mudo. Al principio supuse que no creería nada, pero, cuando le dije que estaba buscando un pergamino del siglo XIV, hermano de estos, que un templario perdió en Armenia, me dijo:

—¿Usted puede creerse lo que proclaman los enemigos de Turquía difamando a los Turcos con el genocidio?

—Yo ni creo ni dejo de creer en nada —le dije—. La primera vez que oí hablar del genocidio armenio fue hace unos días a un taxista al que le alquilé una furgoneta, pero no sé nada de ese asunto, ni es algo por lo que me haya interesado.

Lo que yo estaba viendo no se parecía en nada a la famosa película, pues aquel comisario se mostraba del todo complaciente, incluso estaba pensando que parecía mi cómplice. Repentinamente había cambiado de carácter, y me desconcertó, por-

que incluso se hacía el simpático: le dijo a los guardias que no me esposaran y se dirigió a mí diciéndome:

—Tengo que cumplir las normas. Por eso hoy tiene que dormir usted en esta cárcel, mientras que se revisa su ordenador portátil. Yo he creído completamente lo que me ha explicado. De lo contrario, ¿sabe usted la pena que tenemos en nuestras leyes, para el que intenta sacar una pieza de nuestro patrimonio histórico-artístico?

—No se nada de derecho de Turquía.

—Cualquier objeto que se considere obra de arte, dado que en Turquía favorecemos y mimamos el turismo como patrimonio del Estado, y es una de nuestras fuentes de riqueza, no económica —que no es tanto— sino moral, espiritual, y de valores nacionales, es propiedad del pueblo turco; y está muy penalizado un delito contra propiedades históricas del estado. Tienen que ponerse en contacto los respectivos ministerios de Asuntos Exteriores de Turquía y España, y si España no tiene catalogada la pieza, le caerá una pena mínima de cinco años de cárcel y máxima de diez años, según la cuantía e importancia del robo. No obstante la ley turca es clemente, y, si se arrepiente y da muestras de que el robo no fue premeditado, sino que se le fueron los ojos como atolondrado y las manos ligeras e inconscientes al robarlo, el juez puede rebajarle la pena a la mitad, ya que, infantilmente, podía no haber reparado en las consecuencias, porque de nada valdría que desconociera nuestras leyes que castigan con tanto rigor los delitos de robo de piezas con más de un siglo de antigüedad; y estos pergaminos tienen nada menos que siete siglos según usted mismo ha reconocido y confesado.

Yo, ingenuamente, le contesté sin pensarlo:

—Pero ¿no se da cuenta de que si fuera un robo yo trataría de ocultarlo por todos los medios?

No me respondió nada. Solo me hizo una última pregunta:

—¿Qué relación tiene usted o ha tenido con el ciudadano alemán Ekhard Jacob?

Me quedé de piedra y no entendía nada. ¿Sería para observar y grabar, con alguna cámara oculta, mi cara de extrañeza ante una respuesta cierta y verdadera, para compararla con alguna otra con la que sospecharan que estaba mintiendo?

—No tengo ni idea. No conozco a nadie con ese nombre y menos alemán. Yo no he ido nunca a Alemania.

—¿A qué países ha viajado usted?

—¿Recientemente o durante toda mi vida?

—Desde hace cinco años por ejemplo.

Fui enumerando y haciendo memoria:

—A EEUU; a Francia; a Italia de turismo; y por razones de trabajo a Chile y a Argentina. Y ahora a Armenia y a Turquía para concluir la investigación sobre Baphomet, que es estrictamente cultural, historia de mi tierra que no tiene que ver nada con ustedes.

—¿Por quién es usted odiado hasta el punto de que quieran matarle?

—Por nadie, que yo sepa. Tengo muchos enemigos en la empresa por cuestiones de trabajo, pero no hasta ese punto, imagino, claro. De la maldad de la gente nunca uno puede estar seguro.

—¿No se ha sentido usted perseguido a muerte? ¿No huye usted de nadie?

—¿De quién voy a huir? Lo único que quiero es encontrar los pergaminos que nos faltan. Por eso, antes le solicitaba llamar a mi esposa que está en España y al profesor que nos dirige el trabajo desde hace mucho tiempo. Este proyecto es intelectual exclusivamente, para publicar un libro de conocimientos históricos.

—¿De verdad no recuerda que alguien lo haya perseguido a muerte?

¿Cómo no me iba a venir a la mente el tiroteo de Armenia...? Pero no me atrevía a decírselo hasta que, al fin, decidí sincerarme diciéndole:

—¿Usted, que es agente de la autoridad de un país amigo, se prestaría a ayudarme? Hay algo que no he podido entender de ninguna manera. He de confesarle que en Armenia, cuando salía de Echmiadzin, después de investigar lo mismo que ahora investigo en Turquía, dispararon al coche que me llevaba, pero no me alcanzaron las balas, y para mí fue un misterio inextricable.

—Esto me confirma —dijo el comisario— nuestras sospechas fundadas en hechos bien notorios y demostrados: desde que llegó usted al aeropuerto hasta hoy mismo, le han seguido a usted todos sus pasos. Alguien anda detrás de usted para matarlo. Y Yen-Yis, cuando observó que un coche lo seguía a todas partes, llamó a la policía y detuvieron a su perseguidor con dos pistolas automáticas. Los policías, igual que Yen-Yis, en un principio habían pensado que habían dado con el criminal que lo perseguía sin cesar a todas partes, pero se equivocaron y trajeron, como si de un reclamo se tratara, al detective que lo protegía. Ya hemos hecho nuestras averiguaciones y es absolutamente cierto, contrastado y certificado: es un detective alemán. ¿Y usted dice que no lo ha contratado?

Después de decirme esto, me vino un alivio a la cabeza, que permitió, por fin, relajarme, pues ya veía que habían comprobado mi inocencia. Pero sin que nadie le dijera nada, se sonrió lateralmente y mandó a dos agentes que me condujeran al módulo de presos extranjeros. Me sorprendió que a los policías turcos se lo dijera en inglés, quizá para que me enterara yo al mismo tiempo.

—Por qué me encarcelan —les grité—. Tengo que llamar al profesor y a Clara.

El comisario se quedó sonriendo sin decir nada.

Me llevaron dentro de la prisión o lo que fuera aquello, a un patio grande, con jardines y una plantación de flores. A un lado, varias celdas con rejas, ocupadas por gentes de todas las razas: orientales, negros y europeos. Todo limpio y brillante. Tantos contrastes me desconcertaban. Me encaminaron a la zona de los europeos y me encerraron.

Cuando me vi allí dentro sin comerlo ni beberlo, me dieron ganas de dar voces, pero me contuve, con la sensación de haber hecho el gilipollas hasta decir basta.

Al otro lado del patio, dos policías armados custodiaban la puerta por la que habíamos entrado, y yo mirándolos como un perfecto idiota encarcelado sin saber ni por qué ni cómo, por haberme dedicado a investigar unos pergaminos.

Por momentos se me vino el mundo encima, y, de nuevo, no podía quitarme de la cabeza las imágenes terribles de la película de las cárceles turcas. Pero esta no se parecía en nada. Tenía un sofá cómodo, con una mesa y una silla. En el cajón, un bolígrafo, sobres y cuartillas por si quería escribir cartas, y al fondo una alcoba con

cama limpia y un baño con váter, lavabo y ducha, como una digna pensión de dos o tres estrellas.

Se apagaron los murmullos de los internos asegurados o encarcelados —este extremo no llegué a dilucidarlo con certeza—, en tanto que yo permanecí de espaldas a la luz de los barrotes; y oí que alguien me llamaba alargando la “a” en vez de pronunciar la “erre”. Pensé que me estaba volviendo loco porque oía mi nombre como venido de las tinieblas exteriores:

—¡Leonaaado! ¡Leonaaado!

Me hablaba en inglés y venía la voz del patio. Me di la vuelta. La celda, por dentro de los barrotes de hierro, estaba cerrada por dos grandes puertas corredizas acristaladas. Me acerqué a los barrotes cuando me preguntaba:

—¿No es usted Leonardo, español, investigador histórico?

Yo trataba de reconocerlo mirando de lado, porque la luz me cegaba, pero no podía sacar la cabeza. No veía nada. Pero no estaba soñando, no.

—¿Quién es usted?— le pregunté.

—Su guardaespaldas. El agente de seguridad que usted contrató en Alemania.

Ahora llegó al clímax mi sorpresa y mi ignorancia. Pensé que estaba soñando y que se acercaba el final feliz del sueño, pero me restregué los ojos. No era posible lo que estaba oyendo. Y después de una pausa, siguió diciendo:

—Desde que usted firmó el contrato en Munich, siempre ha habido un agente siguiéndolo a todas partes. Uno de nuestros agentes impidió que lo mataran en Armenia.

—¿Pero qué hago yo aquí dentro sin tener noticias de nadie ni de nada en esta celda de castigo?

—No es celda de castigo sino todo lo contrario. A usted ya no lo protege nadie y quieren matarlo. Por eso el estado turco lo protege aquí dentro hasta que aclare los entresijos de todo lo que usted trae entre manos y pueda devolverlo sano y salvo a España. A mí me han intervenido las armas porque la ley turca no permite permanecer armado a nadie, ni siquiera a los agentes de seguridad y detectives acreditados. A pesar de tener todos los permisos en regla, tengo que volver a Alemania. Yo he declarado la verdad absoluta: que lo he protegido hasta que me he visto obligado a entregar las armas que portaba. La policía turca había pensado que yo era el criminal, pero el criminal que lo perseguía todavía está suelto intentando matarlo. No se preocupe, que este proceso suele tardar no más de tres o cuatro días. Yo ya sé que son gajes de mi oficio tener que sufrir estos inconvenientes y aún otros más penosos a los que usted no está acostumbrado. Por eso es comprensible su enfado, pero ya le he dicho que no se preocupe. Mientras que aclaren todo, relájese y duerma.

—¡No puedo! ¿Se cree usted que puedo dormir en estas circunstancias? A ver, explíquese, que hay cosas que no entiendo:

—Es bien sencillo: desde que usted contrató nuestros servicios en Munich, la empresa garantiza bajo una fianza millonaria su seguridad personal allá donde viaje.

—Yo no he contratado nada.

—Alguien ha contratado, firmado y pagado los servicios de protección y guarda. No es necesario que haya sido usted mismo el firmante y contratante, pero usted es el protegido.

—¿Y quién me persigue a muerte? ¿Y por qué? No puedo entender nada.

—La agencia tiene toda la información sobre su persona. Y sobre sus actividades de investigador histórico.

—¿Y por eso hay alguien que quiera matarme?

—Quieren matarlo no por investigar nada sino porque está usted echando por tierra la existencia de la sociedad secreta más numerosa e importante del mundo.

—¿Qué dice usted? ¿Qué sociedad secreta?

—Informarle de esto ya no me está permitido. Tendría que preguntar en la oficina de la agencia. Yo no estoy facultado para dar estas informaciones. Además, las informaciones que yo pudiera proporcionarle serían incompletas, y, por lo tanto, sesgadas y erróneas, porque esa misma sociedad secreta, que lo persigue a muerte, puede a su vez contratar nuestros servicios. Y la compañía de seguridad para la que trabajo deslinda totalmente las actividades y los clientes. Para lo que sí estoy facultado es para informarle de lo que le atañe a usted personalmente.

—¿Y qué me atañe a mí personalmente?

—Puedo informarle de lo que yo, como agente, sé sobre sus actividades, y de quién trata de hacerle daño. De eso puedo informarle de todo, del resto ni siquiera sé yo, porque no me son facilitados los datos.

—¿Y qué sabe usted?

—Que prepara un libro para publicarlo próximamente. Y si llega a publicarlo hará caer en la cuenta a 80 millones de alemanes de que cada alemán lleva en su bolsillo constantemente un dibujo como si de un amuleto de brujería se tratara, de la efigie de Baphomet en las filigranas dibujadas en el reverso del Documento Nacional de Identidad alemán

—¿Qué?

—No se alarme que alargó el brazo y se lo enseñó. Yo soy alemán, de Munich. ¿Ve usted mi DNI? ¿El reverso?

—Yo ahí no veo nada. Sólo veo escritos sus datos personales.

—Fíjese bien, en los dibujos de líneas diminutas con varias tintas de tenues colores parecidos a los de los billetes de dinero. ¿No ve usted una cabeza con cuernos? Imagínese encima la cabeza del Baphomet, que dibujó Eliphaz Levi en el siglo diecinueve. Encaja perfectamente encima. Los cuernos del Baphomet de Eliphaz Levi se disparan hacia arriba y son finos, y estos se disparan hacia abajo y son gruesos, pero encaja. Al girarlo 180 grados y en el mismo dibujo, se ve el esquema del cuerpo del mismo Baphomet.

Yo, al verlo, no podía creerlo. Otra vez me parecía todo una pesadilla nocturna. Y seguí preguntándole:

—¿No puede decirme algo de esa sociedad secreta?

—Es que yo no he tenido acceso a esa información que pertenece a los secretos de la empresa que me paga. Ya le dije que a los agentes no nos es facilitada esa información, porque en algún momento puede ser que contrate nuestros servicios y

que trabajemos para esa misma sociedad, como para tantas otras; pero esta es muy poderosa, tanto que, después de la unificación alemana, lograron meter ese dibujo esquemático del Baphomet, al que adoran en sus reuniones secretas, en la cartera de cada ciudadano, como si fuera la foto de la novia o de la imagen religiosa más querida, guardada con esmero y con la preocupación de no perderla nunca, porque va unida a su persona; intrínsecamente unida y siempre en el bolsillo.

—Pero ¿sabe usted qué fines tiene esa sociedad? ¿Son los masones acaso?

—No tengo información al respecto, pero creo que no se trate de masones ni de otra oscura sociedad que no tenga más fines que reunirse y sentirse gregario y unido en un grupo. Pertenecer a un grupo es esencial para el género humano y suele verse envuelto en la tragedia cuando deja de pertenecer a un grupo.

—Claro, claro...

En ese momento, me vino a la cabeza lo que llevábamos investigado sobre los templarios, sobre su valor, sobre su autoestima mientras estuvieron unidos en el mayor grupo del mundo, guardando los secretos de sus signos encriptados como la señal de la cruz paté, signada en el cuenco de comer las sopas, que, una vez trazada, desaparecía y ya no volvía a verse hasta la próxima comida abundante en caldo. Pensé, en ese momento, que efectivamente, desde los albores de la historia, es una constante en los seres humanos que sentirse bien, sentirse importante y poderoso viene unido a la pertenencia a un grupo, y cuantos más símbolos y signos encriptados que sólo los miembros sepan y se transmitan en secreto entre ellos, más poderoso es el grupo.

—No me ha dicho usted cómo se llama.

—No me lo ha preguntado.

—Ahora se lo pregunto. Es que estaba tan absorto en todo este embrollo que se me había pasado.

—No tengo ningún inconveniente: me llamo Ekhard Jacob. Eso es lo que figura en mi DNI. Yo había pensado que, cuando le he enseñado los dibujos de Baphomet en mi DNI, se habría fijado usted en el nombre y en todos los datos. Veo que está usted un poco verde para andar por el mundo. Verdaderamente usted necesitará siempre de un guardaespaldas.

Me sentí un poco ridículo con esta revelación y ficha que hacía de mi persona. Y me reconocí humilde para no volver a ser creído ni engreído por nada, ni siquiera publicando el libro revelando el mayor secreto de la historia de Europa de los últimos setecientos años.

—Ahora relájese y duerma —terminó diciéndome— que estará cansado. Yo también voy a acostarme un rato en mi hotel, antes de salir hacia el aeropuerto.

Me eché en la cama pero no podía dormirme. No pensaba más que en Clara. Si ya quería ir a París porque tardaba unas horas en llamarla, no quería imaginar el calvario que estaría pasando sin saber nada de mí a estas horas, en países exóticos y lejanos. Sentí, por momentos, lo que nunca había sentido, que el amor más profundo se inicia en la cercanía, pero se fragua, se consolida y se cristaliza en la distancia, o bien se muere para siempre. En mi caso se estaba petrificando pues nunca quise estar tan cerca de Clara como ese día.

Capítulo XII

92

Mientras estuve allí dentro, no pude comer nada. Tanto es así que, al día

siguiente por la mañana, me llevaron a la enfermería y pasé un reconocimiento médico exhaustivo. El médico de la prisión —turco, sin duda— me dijo en casi un perfecto castellano con acento del Caribe o quizá mejicano:

—Puede aprovechar esta estancia entre nosotros para desintoxicarse. Es muy sano no comer ni beber más que agua, durante tres, cuatro e incluso cinco días. Pero usted no debería abusar, porque ya es delgado por naturaleza, y si pierde cuatro o cinco kilos va a quedarse en los huesos. Pero está usted sano como un toro.

Después del reconocimiento me devolvieron a la celda, y al poco tiempo vinieron a abrir la puerta de rejas. Un policía desarmado me llevó al mismo despacho del comisario o lo que fuera. Yo no sé qué cargo ocupa, si director de la cárcel o jefe de la policía, porque el hombre permanecía con el uniforme que yo no había visto antes.

Me mandó sentarme muy cortésmente. Lo primero que hizo fue pedirme disculpas por si me habían ocasionado alguna molestia. Yo estaba esperando otra ingrata sorpresa, a lo que ya estaba acostumbrándome, pero ordenó algo a un subalterno, e inmediatamente trajo y depositó, encima de la mesa, el portátil, el móvil y la carpeta de mis pergaminos.

Con su tozuda sonrisa me dijo en inglés como siempre:

—Voy a darle una buena noticia. Cuando termine su libro tendré que figurar como coautor del mismo.

No le reí la broma y permanecí serio. No estaba yo como para seguirle la corriente. Y siguió diciéndome:

—En los Archivos no consta nada, y tampoco en la Universidad de Mármara donde se conservan documentos antiguos de alto valor histórico. Nos hemos puesto en contacto con el departamento de Historia Antigua de la Universidad de Bogaziçi y no tienen ningún documento.

Nunca hubiera imaginado que la policía de ningún país del mundo estuviera interesada por investigaciones históricas.

Siguió diciéndome:

—La embajada de Turquía en París y la embajada de Francia en Turquía nos han llamado porque están interesadas. Una señora investigadora española está aho-

ra mismo en el departamento de Historia de la “La Galatasaray Üniversitesi” en Estambul, investigando los archivos. Es mi gran frustración. Me hubiera encantado haberme dedicado a la investigación histórica. Turquía es una mina en ese campo y tenemos que cuidar nuestro patrimonio. Todas las civilizaciones de la humanidad están aquí enterradas.

Despertó mi curiosidad con esta perorata y le pregunté al instante:

—¿Ha encontrado usted algo? Llevo cuatro días aquí encerrado y no he encontrado nada todavía.

Le dije esto por la cara tan sonriente que seguía manteniendo.

—¿Tiene usted alguna queja del trato recibido?

—Sí no es eso... Aunque no es ningún plato de gusto permanecer incomunicado en una celda.

—Usted olvida que está perseguido y lo estamos protegiendo a instancias del embajador de Turquía en Francia. Aquí tengo el fax del mensaje. Está escrito en turco pero se lo traduciré a medida que se lo voy leyendo:

“Mantenidas conversaciones del Rector de la Universidad de la Sorbona de París con el Embajador de Turquía en Francia: Ruego faciliten a la doctora Nora Orbea Zubía y a su discípulo doctorando Leonardo Gómez López el acceso a los archivos históricos y universitarios dados los acuerdos del desarrollo en la investigación histórica y lazos culturales entre La República Francesa y la República de Turquía”.

—¿Entonces Nora está en París tratando este asunto?

—La doctora Orbea Zubía está ahora mismo en Estambul —me respondía—, en la Universidad Galatasaray, con salvoconducto de nuestro embajador en Francia.

Cuando me dijo esto, aparte de verme aliviado, pensé en lo mal que lo estará pasando Clara al no tener noticias mías. Me atreví a preguntarle:

—¿No puedo utilizar mi teléfono móvil para llamar a mi esposa?

—Su móvil todavía permanecerá inactivo hasta que usted se marche. No nos fiamos de que alguien pueda detectar dónde se encuentra, y, de momento, está bajo mi protección y custodia. Yo soy el único responsable de su seguridad y no puedo permitirme ningún fallo. Viniendo del embajador en Francia, puede tener su caso repercusión directa en nuestro presidente de la república.

Yo estaba sorprendido y amedrentado. Pensaba solamente: ¡Esta Nora es lo que no hay! ¡La que ha organizado! ¡Con razón Clara la tiene idealizada y mitificada! No me tocaba más que esperar a que ella llevara toda la iniciativa en lo sucesivo. Siendo la amiga íntima de Clara, no la había conocido yo suficientemente.

Me dijo el comisario:

—No hay nada seguro, pero creo que hemos dado con los pergaminos que usted busca. En una ficha de un fichero de la Universidad Galatasaray, consta el número de pergaminos que usted busca y las fechas de 1235. Entregado a la Iglesia Armenia de Estambul hace diez años, pues también constaba que se habían sustraído del estado de Armenia en el año 1915.

Suspendió la sonrisa cambiándola por solemnidad en el semblante y siguió diciéndome:

—El estado turco no quiere quedarse con nada que no sea nuestro. Pero hay algo que no cuadra, y es que no dice que esté escrito en español, sino en francés antiguo, y allí consta la traducción al francés moderno: Me dictaron por teléfono el siguiente texto pero ha sido la doctora Orbea la que lo ha descubierto en el departamento de historia de la Universidad Galatasaray:

«...représente la Vierge et les saintes femmes et les apôtres est célébrée par des chants de louange et des touches de cornes et infâme trahison a été un attribut sacré cette peinture à une tradition de anterromana BAPHOMET en lettres dans un mélange de latin et signifie en langue grecque: Bachus-Faunus-MET-EKO ou ce qui est la même ou Baphomet ou BAPHOMET BAPHOMETKO...»

También me dijo el profesor de la ÜG que me lo dictaba, que, sin tener el pergamino delante, no respondía de que fuera una traducción correcta porque no estaba traducido por un doctorando ni por un profesor del departamento, sino que era una práctica de un alumno de primero de carrera.

—¿Por qué en francés precisamente, siendo leonés antiguo en lo que está escrito? —le dije.

—Esta universidad es nueva y la impulsó Francia con el presidente Mitterrand a la cabeza, para promover las relaciones culturales de Francia con Turquía —me contestaba.

A medida que iba leyendo el texto se me derretía la columna vertebral de escalofríos que me recorrían la espalda, pero me sentía pequeño yo también al lado de Nora. Aunque fuera una mala traducción, con el final ya me bastaba, Baphomet es una palabra formada en la antigüedad grecolatina: “MEZCLA DE FAUNO Y BACO” o lo que es lo mismo: Bachus-Faunus-MET-EKO. Me quedé sin palabras. Y sólo pude decirle:

—¿Dónde puedo encontrar los pergaminos leoneses? Dónde está la Iglesia Armenia en Estambul?

—Cálmese —me dijo—, que el nerviosismo no conduce a nada. A ver si se me va a poner enfermo después de la seguridad a la que lo hemos sometido. Tengo que recordarle que quieren matarlo, y aquí es el lugar más seguro que hemos podido buscarle en Turquía —me machacaba la cabeza con esta idea cada poco. Insistía e insistía en que gracias a él estaba vivo. Yo no sé si estaría sugiriendo una buena propina. Si no era así no podía entender su machaconería—. Las fuerzas de seguridad del estado turco —seguía diciéndome—, de momento, hemos ahuyentado a sus criminales perseguidores. Pero tenga mucho cuidado. En una cárcel cualquiera estaría sometido a múltiples peligros que, a veces, somos incapaces de vigilar. Ese es el motivo por el que lo hemos mantenido aquí hasta que el Ministerio de Asuntos Exteriores se ha puesto en contacto con España. Y todo está controlado. Sabemos que usted no es historiador, que su investigación es una ocupación esporádica, que es ingeniero de una importante empresa aunque figure como un doctorando de la doctora Nora Orbea. Los pergaminos originales, no pueden estar en otro lugar más

que en el museo Matenadaran que es el Instituto Mashtots de investigaciones sobre los manuscritos antiguos, que es el más rico depósito de manuscritos y de documentos en el mundo. Esto también lo han deducido en Estambul. El museo Matenadaran está en las faldas de la colina en Yerevan, la capital armenia. Cuenta con más de 17.000 manuscritos, y alrededor de 300.000 documentos de archivo. Su historia se remonta al siglo V. Para verlos tendrá que ir por otra nación, porque ya sabe que Turquía no mantiene relaciones diplomáticas con Armenia por turbios asuntos políticos. Creo que lo más cómodo es ir a Ankara, y volar a Tbilisi, capital de Georgia. Desde allí hay aviones, trenes y autobuses a la nación vecina. Si va por tierra, tendrá que pasar una frontera en la que le obligarán a esperar unas cuantas horas en la aduana.

Después de todo, me vi obligado a darle las gracias, pero yo sólo quería verme libre fuera de aquella prisión insufrible.

Sonó su teléfono que atendió al momento mientras yo esperaba. Cuando lo colgó después de no entenderle nada de su idioma inescrutable y misterioso, me dijo muy sonriente:

—Para terminar, después de haber pasado con nosotros estos días, antes de desearle toda la suerte del mundo, le tengo reservada una sorpresa. Voy yo delante y lo acompaño a la salida.

Yo cogí mis trastos y seguí sus zancadas marciales por el pasillo largo, muy largo, eterno se me hacía. Abrió la última puerta y me cedió el paso a un vestíbulo muy grande.

—¡Pablo!

—¡Que mal lo hemos pasado, Leo! Vamos a llamar a Clara.

—Yo no pude abrazarlo, me caí sentado en un banco de madera y comencé a llorar como un niño. No pude contener la emoción que me embargaba y se lo contagié a Pablo. El Policía nos miraba con medio rictus sonriente, pero también se emocionaba al vernos.

No era emoción exactamente sino que se mezclaba, en la liberación de una presión sin límites, un cúmulo de sensaciones embotelladas en los últimos días: como si hubiera estallado mi cráneo al encontrarme, de sopetón, a Pablo esperándome a la salida del presidio.

Un policía de inferior categoría me entregó el maletín, el portátil y mi teléfono móvil.

—Voy a llamar a Clara y a Nora —le dije a Pablo.

—Ya les he puesto yo un mensaje diciéndoles que todo ha ido sobre ruedas.

—Estas mujeres nos están superando.

—¡Menuda pareja! A pesar de que a Clara la vencían los nervios, entre las dos han diseñado todo. Nora es sobrehumana, utilizando, claro, sus contactos del departamento de su universidad, de la que es profesora, claro. Pero nada le quita el mérito. ¡Es una chavala impresionante!

Pablo había alquilado un Lexus todoterreno, pero no hubiera hecho falta porque la carretera no era mala. Durante el trayecto de Nevsehir a Ankara llamé a Clara por teléfono:

“Me tuvieron retenido el teléfono móvil, pero en Turquía no he sufrido ni el más mínimo peligro. Ya te contaré los detalles. No te preocupes ni lo más mínimo. Ya me ha dicho Pablo lo mal que lo has pasado mientras me ha sido imposible llamarte, pero, lo que son las cosas: nunca he estado más protegido, como me decía el comisario, que me ha tratado con exquisitez total. No he sido considerado si siquiera presunto de nada. Simplemente tenían que comprobar y cerciorarse de que no había robado mis pergaminos en Turquía, porque les llamó la atención el pergamino del dibujo de la silueta del monte y del monasterio y las letras en armenio; y como Turquía y Armenia han sido enemigos acérrimos... Ya te digo que me han tratado con sonrisas en un centro donde tan protegido estaba que no podía ni comunicarme. Yo estaba nervioso por ti, claro... Lástima que no he podido hacer turismo porque esto es precioso. Ya vendremos despacio... El hotel, como en Europa o mejor todavía. No, no. Va Pablo conduciendo. Ya me ha contado. Por una parte lo siento pero como *no hay mal que por bien no venga*, ha sido la mejor sorpresa. Vamos a Yerevan, al museo de los escritos antiguos, que allí están los pergaminos que faltan, como cuando nos dirigíamos al archivo de la catedral de Astorga aquel verano del viaje de final del bachillerato. Es lo mejor que me puede haber pasado, que haya venido Pablo... ¡Aquí! Claro... Desde luego... En eso estamos, y, si hay dificultades, solicitaremos hacerle fotografías, y si no los encontramos, nos daremos la vuelta en el primer avión y santas pascuas, publicaremos el libro con lo que tenemos, que es una traducción del francés del pergamino más importante de 1235... Sí, sí... El que perdió Martín por estas tierras de oriente... Está catalogada en un fichero oficial, o sea que es fidedigna, aunque no sea muy académica esa traducción, porque la hizo un estudiante en prácticas de paleografía... Venga... Un beso... Que me dice Pablo que otro suyo... Ya te llamaré cuando lleguemos a Georgia, o a Armenia”.

Pasados unos minutos, sonó el “piiii” de haber recibido un mensaje. Cogí el teléfono y no había nada.

—Pablo —le dije—, ha sido el tuyo. ¿Tienes el teléfono en el bolsillo de la chaqueta?

En ese momento le sonaron otros tres mensajes que entraban seguidos.

Frenó y se apartó en el lateral en una explanada de tierra.

—Estoy algo cansado. ¿Quieres llevar tú el volante un rato? Quiero ver esos mensajes. Supongo que será Alice.

Cambiamos de asiento mientras estirábamos un poco las piernas. No había nada en los alrededores más que un paisaje árido. A lo lejos, unos campesinos agachados

en una tierra. Mientras seguimos conduciendo hasta llegar a la ciudad de Ankara, Pablo se entretuvo distrayéndose, ocupado sin cesar, enviando y recibiendo mensajes.

Cuando llegamos al aeropuerto y devolvimos el coche, nos encontramos perdidos.

No había vuelos a Tbilisi y habían cerrado las oficinas de coches para alquilarlo de nuevo.

—¿Cómo habré cometido este error? —se preguntaba Pablo, y volvía a leer su agenda electrónica—. Yo tengo aquí, bien claro —repassaba con atención sus notas—, apuntadas las horas, las llegadas y salidas de Ankara a Tbilisi. No me lo explico; no puedo entender qué clase de confusión he tenido.

No nos quedó más remedio que contratar un “taxi”, única palabra turca que es igual a la nuestra, para ir de Ankara a Estambul. Ante mi negativa, Pablo se comprometió a pagarlo. Ya me parecía abusar de su generosidad y confianza. Yo creo que nos tomó el pelo el taxista con aquel precio, porque tuvo que pagarle una fortuna. Nos quedamos los dos dormidos durante el trayecto. En el aeropuerto “Ataturk” de Estambul no hubo problemas y cogimos el primer avión que salía para Tbilisi. El vuelo se me pasó en un pis-pás, porque no conseguimos más que asientos separados por varias filas y me quedé profundamente dormido.

94

En el aeropuerto de Tbilisi, antes de buscar un bar o una cafetería para tomar un picolabis, yo me disponía a comprar los billetes a Yerevan, y me interrumpió Pablo diciéndome:

—No, no. Iremos en tren.

—¡Estas loco! ¿O estás de broma?

—Aquí bromas... pocas... que tengo esto bien estudiado. Y ahora me nombro capitán de nuestro navío. Seré yo el que decida cuando discrepemos en algo hasta que lleguemos a España. Ahora soy yo tu guía, que para eso he venido. ¿O no te has enterado todavía? Se puso desacostumbradamente serio. Uno de los dos tiene que decidir si en algo no coincidimos.

No me gustó nada que empezara entre nosotros una discusión de tal calibre.

—Pero cómo puede ocurrírsete ir en tren si nos quedan poco más de trescientos kilómetros y el tren tarda trece horas. ¿Tú sabes lo que son estos países que han sido soviéticos? Que no lo conoces, Pablo, que no lo conoces.

—¿Y tú lo conoces bien? ¿Te consideras conocedor de Georgia y Armenia por haber dado poco más que un paseo?

—A ver, seamos sensatos —traté de apaciguar los ánimos.

—¿Dónde está la sensatez? —me dijo—. Vamos en tren y ya te diré por qué. O bien, nos separamos. Bajo tu responsabilidad vas en avión, y yo voy en tren. Pero

no olvides que alguien te está persiguiendo a muerte. Que no puedes despistarte ni un segundo. Y que ya no tenemos una compañía de detectives internacionales que nos protejan. Tenemos que protegernos por nuestra cuenta, con nuestros medios, sin contar con nadie.

Sonó, de nuevo, la entrada de un mensaje en el móvil de Pablo, lo leyó, y contestó al instante tecleando, a velocidad de vértigo, con el dedo del pulgar derecho.

—Dime por qué no quieres viajar en avión —le dije tratando de hablar sin levantar la voz ni el tono—. A ver si a estas alturas te da miedo de viajar en aviones, precisamente a ti. ¿O es que si no pilotas tú no te fías de nadie? —Al decirle estas palabras se distendieron nuestros ánimos opuestos al suscitarle una risotada. Intenté convencerlo de que sería una paliza el viaje por tren y de que, además, retrasaría la búsqueda de nuestros pergaminos:

—No puedes imponer tu criterio sin decirme ni explicarme nada —intenté concluir nuestra diferencia.

—Ya te lo diré más tarde. De momento lo que tienes que hacer es obedecerme ciegamente. Yo no me fio.

—¿De los aviones? Aquí cumplen los protocolos internacionales —le insistí—. Georgia, aunque no haya entrado en la CEE, se considera un estado miembro. Esto no es El Congo.

Me hizo dudar, pues de lo único que no puedo discutirle a Pablo es de aviones. No obstante me parecía que seguía siendo una locura pudiendo aterrizar en Yerevan después de media hora.

—Eres libre —me dijo muy serio.

Nunca pensé que entre Pablo y yo pudiera surgir inesperadamente discusión semejante. Estuve titubeando. Tenía que tomar la decisión inmediatamente, porque su pertinacia era absoluta por más que le expliqué las condiciones de los trenes de estos dos países, que fueron soviéticos.

Concluí que su decisión no podía obedecer —conociendo a Pablo como yo lo conocía—, a la terquedad, que siempre es expresión de un débil que se mantiene tieso. Pero, por más que le rogaba, no soltaba palabra y seguía recibiendo y enviando mensajes cada poco. En el momento que estaba pensando esto, me llegó un mensaje de Clara: “¿Dónde andáis, que no se os puede llamar hablando? ¿En las montañas de Tora-bora? Cuando llamo, inmediatamente se pierde tu cobertura”.

Yo le respondí al instante: “En el aeropuerto de Tbilisi, en Georgia. Nos disponemos a viajar a Armenia, pero sólo quedan poco más de trescientos kilómetros a la capital Yerevan. Tendrías que haber venido tú conmigo. A veces me he arrepentido de no estar juntos por estas tierras: te hubieran gustado”.

Me contestó: “Ha estado en casa todos estos días, mi amiga Nora. Vino a acompañarme cuando le dije que estaba nerviosa y preocupada por tu paradero. Bueno, de eso ya hablaremos. Pero ten mucho cuidado, y si te llama Nora no saques tu machismo subconsciente y hazle caso en todo lo que te diga o insinúe, que ella conoce bien esos países y habla armenio, georgiano, y ruso. Y, si decide acompañaros al museo de los escritos, lo mejor es que pase por ser la esposa casada por la Iglesia

con Pablo, que los armenios son muy cristianines, y atienden mejor a una persona religiosa que a un agnóstico.

Yo le contestaba: “Tendríaís que haber venido Nora y tú para deshacer el empa-te en nuestras decisiones conjuntas. Además su poliglottismo de idiomas caucásicos es lo que proporciona más ayuda cuando no te entiendes con nadie”.

Le acabo de escribir un mensaje a Clara — le dije a Pablo—, diciéndole que tenía que haber venido Nora, que sabe hablar estos idiomas. Tenemos la mejor aliada para entendernos y no hemos sabido aprovechar que sepa armenio y geor-giano.

—¿Qué te ha dicho Clara acerca de Nora? —me preguntó Pablo como si estu-viera preocupado. Estaba viendo en Pablo aspectos que me eran desconocidos en su persona. Estos americanizados son muy *divorcietas*, no sé yo... si no habrá ha-bido un *feeling* en las videoconferencias. No podía explicar sus inesperadas reac-ciones de otra manera.

Yo creo que Clara y Nora todavía tienen miramientos, por más que traten de disimularlo, y prefieren no interferirse en cuestión de hombres, constante desde sus años universitarios.

—Pero Nora todavía no ha venido —siguió Pablo diciéndome—, así que lo que tengo decidido es firme. No voy a ceder ni un ápice. Hasta que lleguemos a Ma-drid, cuando aquí discrepemos, yo decidiré la última palabra.

—¿No puedes decirme por qué tomas esa resolución tan firme?

Pablo se negó a revelarme el porqué de su empecinamiento. Nunca hubiera sos-pechado que, en estos años, hubiera cambiado tanto, que se refugiara en una nega-tiva como esa por algo recóndito, subconsciente o ignorado. Estaba desconocido.

No tuve más remedio que ceder y sacrificarme. Tomamos un taxi que nos llevó a la explanada de la estación de trenes: un tinglado de puestos de mercadillo, cuchi-triles llenos de antiguallas, crucifijos con varios travesaños, cruces de sarmiento de uvas, banderines, insignias y condecoraciones —a la venta— de todas las gradua-ciones del antiguo ejército soviético en las distintas guerras sostenidas durante el imperio comunista: estrellas rojas por todas partes y efigies de Lenin y de Stalin en medallones, armas antiguas mezcladas con frutas y zapatillas en puestos contiguos, carretillos de verduras frescas con doscientas clases de quesos blandos entre za-nahorias, hierbas aromáticas y frutos secos al lado de guindillas. Los tenderos vociferaban en esos idiomas raros o quizás en ruso, que también son bilingües en su mayoría. Al lado de tantos puestos mugrientos, una nave inmensa de la “*renfe*” georgiana donde se exponían millones de piezas de oro: una joyería gigante como yo nunca había visto, con perlas, esmeraldas y todas las piedras preciosas exhibidas en vitrinas acorazadas con cristales antibalas, pero sobre todo, piezas de oro en cantidades astronómicas. Otra vez más no me entraban en la cabeza tales kontras-tes. Había visto, al pasar, un puesto donde había un letrero en varios idiomas, entre ellos el inglés, donde se leía, debajo de un dedal de plata: “Dedal auténtico con el que se cosieron los uniformes de Stalin”. Pablo había estado buscando algo que no encontraba. Le dije a Pablo que iría a comprar el dedal para la colección de dedales de la madre de Clara, “mi suegra querida”. A lo que me contestó con guasa: “Si

quieres tener a tu suegra contenta y siempre de tu lado, nútrele con piezas raras su colección preferida. No hay mejor artimaña para comprarla y que cuando discutas con tu mujer se ponga de tu parte”. Entre bromas y veras, me recordó el viaje de estudios por la plaza de Astorga, el mercado del martes por la similitud en el pulular humano, y cuando me había descuidado mirando otras quincallas desapareció de mi lado entre el gentío. Se había metido en un cuchitril lleno de letreros en idioma georgiano. Algo estaba comprando.

Cuando me acerqué, Pablo había desaparecido. El corazón empezó a palpitarme porque cada episodio que me acontecía más me sorprendía, y me asaltó una preocupación profunda.

Estaba seguro de que entró en aquella tienducha, y allí se apoyaba en el mostrador un hombre calvo y moreno con ojos azules y una pipa muy larga, apagada, en los labios. Detrás de él, sólo colgaba una cortina estampada, muy vieja y descolorida. Le pregunté en inglés, y algo me entendió cuando le dije: “¿No ha entrado aquí mi amigo Pablo? ¿My friend? ¿Where is my friend?” —le insistía, y, tras observarme despacio, levantó la mitad del mostrador de madera en una tabla articulada por bisagras chirriantes y raídas, sin decir ni palabra. Y levantó la cortina invitándome a traspasarla. Tendría que bajar la cabeza para no darme un coscorrón con el dintel abombado de la última entrada pues era muy bajo. Yo creo que en este momento fue en el que el corazón me latía más deprisa. Un pasadizo oscuro me esperaba y Pablo se me había escabullido. “¿No sería una trampa?” —me preguntaba. Y grité en la oscuridad del pasillo para espantar mi pánico: “¡Pablo!” “¡Pablo!”.

Me calmé un poco al oír su voz que me respondía desde dentro: “Pasa, pasa, que estamos entre amigos”.

Me tropecé en la penumbra y me hice daño en los dedos del pie derecho, que me dolieron fuertemente. Seguí unos pasos y descorrí otra cortina que daba a una sala cubierta de alfombras por el suelo, techo y paredes. Dos focos intensos iluminaban el recinto.

¡Me quedé cortado! No sabía qué decirles: ¡Nora y Pablo al lado de otro georgiano muy parecido al del mostrador del garito de arriba, en un subterráneo a ocho mil kilómetros de España!

Por un momento, no me pareció serio utilizar nuestra investigación de Baphomet para estos fines amorosos. La verdad es que me quedé sin habla, estaba sorprendido y enojado. Me acordé del refrán: “hablando del rey de Roma, hasta por la puerta asoma”, lo que me hizo sentirme ridículo, pero no dije nada.

Dudé de mí mismo al ver a Nora tan preciosa, con su eterna sonrisa recibíendome para darme un beso en silencio, como esperándome a que entrara y revelarme, sin palabras, su recóndito secreto, con su pelo corto: ¡la mujer más encantadora!

Cuando hacía bien pocos días le dije a Clara que tenía que estar permitida la bigamia, no me entendía, y lo tomaba como la broma más cariñosa, pero yo se lo decía en serio porque era mi otro amor escondido. Yo creo que, en el fondo de la sinceridad que ha solido arruinar mis pequeñas cosas, estaba tan enamorado de ella como de Clara y sentí celos de Pablo por momentos. Ahora estaba entendiendo to-

do el misterio que se había traído Pablo conmigo. No obstante, seguí pensando que estos americanizados no ponen límites ni esperando un niño. Lo que no me encajaba es que Pablo utilizara el dinero del negocio de Alice para esto, aprovechando nuestra investigación de los pergaminos. ¡Es imposible! —me decía a mi mismo—. ¡No puede Pablo haber cambiado tanto! ¡Imposible... imposible! —concluía.

Se acercó Nora a darme un beso y un abrazo diciéndome:

—Ya me ha advertido Clara, que te sería muy difícil empuñar un arma y además nunca has tirado. Ni siquiera en la mili, porque te acogiste en su día a la objeción de conciencia cuando tenías que haber hecho la mili obligatoria.

Habló Nora con el georgiano y no les entendimos nada, pero nos encaminaron a una trampilla debajo de una gran alfombra en una esquina. Bajamos las escaleras ocultas hasta un gran sótano con cajas de madera y rifles, pistolas, metralletas en armarios con vidrieras correderas, granadas y lanzagranadas, toda clase de armas que yo nunca había visto.

—Yo ya he probado ésta —se levantó Nora la falda por un lado y me enseñó una pistola pequeña que tenía en el muslo a modo de liguero—. Vamos a pasar a la sala de tiro a que pruebe Pablo la suya —volvieron a hablar en georgiano.

Pasamos a otro gran salón secreto igual que una bolera con dianas en el otro lado y mesas con orejeras para colocárnoslas mientras Pablo probaba su pistola.

El corazón no cesaba de latirme a trompicones.

Creo que me había equivocado de medio a medio y me llamé gilipollas, me llamé payaso, me llamé iluso de imaginación calenturienta. ¡No he acabado de aprender todavía! —me dije—. Ahora sí que había entendido sin palabras. La contundencia de los hechos, que estaba comprobando por mí mismo, me obligó a ser más reflexivo y decidí entregarme a los designios de Pablo y a su iniciativa.

Nora seguía hablando con el hombre y le traducía a Pablo nociones para mí incomprendibles: pistolas de acción simple, de acción doble, con acción del pulgar, con cargador en línea, y conceptos que se me escapaban.

Probó Pablo varias pistolas y tuvo que pagar, aparte, las municiones gastadas. La pistola que se ajustó con un correaje cruzado por el pecho, debajo de la chaqueta, era algo más grande que la de Nora.

—Por contabilidad interna, tenemos que pagarlas con dinero aparte —nos aclaró Nora cerrando los ojos y torciendo los labios, exigencia incomprensible, para nosotros, del comerciante armero—: un detalle que, en verdad, nos importaba poco.

Con el primer tiro de prueba me quedé sordo. Al ver que me tapaba los oídos con las palmas de las manos, vino el hombre muy raudo a ponerme las orejeras indicándole a Pablo que no siguiera disparando hasta que no las tuviera bien ajustadas. Nora también estuvo disparando y no fallaba ni un tiro al centro de la diana. Pablo se acercaba pero ninguna bala entraba en el centro. Todos los tiros se le movían. Nora le aconsejó: ¡Ésta! ¡Es la que mejor se ajusta a tu mano, con la que más puntería has disparado, porque la anatomía de tus dedos se acopla perfectamente a la curvatura del gatillo.

—¡Venga, vamos! —me dijo Pablo sonriendo—. Ahora ya has entendido. Con armas no se puede subir a ningún avión del mundo.

Estaba pagando en dólares, y el hombre del subterráneo contaba los billetes despacio, ensalivando el dedo al pasarlos.

Despues de la incertidumbre en la que me había desenvuelto, me quedé

pasmado. No supe qué decirle a Pablo. Estaba avergonzado conmigo mismo.

Un gesto con la boca y unas palmadas sobre la cartuchera, que se había puesto debajo de la chaqueta con los correajes cruzados en el pecho, culminaron nuestra estancia en el subterráneo. Tuve que sobreponerme para preguntarle qué iba a hacer con aquella pistola. Yo nunca me hubiera atrevido a utilizar un arma y sin embargo Pablo...

—¿Por qué? Pablo —le dije—. ¿Para qué quieres el arma?

—Por si acaso —me respondió—. No me fio. Andaremos sin protección, sin nadie que cubra nuestras espaldas. Sería un irresponsable si no me armara. ¿Entiendes ahora?

—¿Qué tengo que entender? Está muy claro, ya me lo has dicho: con armas no se puede subir a bordo en ninguna compañía. Sólo pueden camuflar cuanto quieran los que tienen el privilegio de valija diplomática.

—Exactamente. Y por transportes rodados no tendremos dificultad alguna aunque retrasemos algo el viaje.

—¿No estarás demasiado influenciado por el estilo de vida americana? ¿No crees que confías demasiado en una pistola?

—Esos son los topicazos de España. Es la primera vez que cojo una pistola desde las prácticas de tiro en la escuela de pilotos, que eran obligatorias. Nunca más he empuñado un arma, pero no podemos comportarnos como ingenuos. ¿Y Nora, también es americana, acaso?

—Nora es otra cosa... de eso es mejor hablar más tarde.

Nora sólo se sonrió sin decir nada.

—¿Creéis que en el tren no tendremos problemas? Tenemos que pasar la aduana de salida de Georgia y entrada en Armenia y pueden registrarnos.

Pablo ya se rió de mí abiertamente. Es la primera vez que acepto que alguien se ría de mí sin enfadarme.

Me decía:

—Tu tranquilo, que no pasará nada. Además tú no llevarás ningún arma. Tú no sabes nada. Como si no supieras nada. Y en todo caso, no me conoces de nada.

—No os conozco, ni a ti, ni a Nora.

—No, no. Nora no viene con nosotros. Nora se queda aquí escondida hasta que estemos lejos. Ella irá por su cuenta y nos encontraremos en Yerevan de nuevo. No podemos despistarnos, no podemos cometer ni un solo fallo.

Se paró un momento a pensar lo que continuaba diciéndome:

—No te olvides de que te están persiguiendo a muerte, que lo estás olvidando a cada momento. A partir de ahora, cuando salgamos, ya pueden estar persiguiéndonos.

Me faltaba el aire y respiré hondo. Una vez más me hizo sentirme muy pequeño al lado de los dos gigantes y me volví a sentir avergonzado después de todos los riesgos que estaban corriendo por haber decidido socorrerme.

Me advirtió Nora antes de darme un beso de despedida:

—No mires para todos los lados. Que nadie note que te sientes perseguido. Yo siempre estaré observándote desde donde tú no te imagines, custodiando el más mínimo movimiento de todo el que se acerque o pase por tu lado. Lo dejaré seco en el acto antes de que te dispare. Esperemos que no haga falta utilizar las armas. Haber llegado a Madrid sin disparar un solo tiro sería lo deseable. Ponle un mensaje a Clara y dile que no se preocupe si no hay cobertura, y que sólo de vez en cuando pasan los mensajes escritos, que vas al tren con Pablo sin ningún problema, y que ya nos hemos visto, y que estaré al acecho armada hasta los dientes. Se sentirá aliviada: Clara confía en mí plenamente.

—Bueno, hasta los dientes...—le dije—. Con una pistolita pequeña.

En ese momento, levantó la falta por el otro muslo y me enseñó otra pistola automática mucho más grande y abrió la blusa para enseñarme un chaleco antibalas. No dijo más y siguió sonriendo y diciéndome:

—No es hora de darte lecciones de defensa armada. Ya tendremos tiempo en Madrid en una tertulia. También llevo otra pistola con silenciador en esta cremallera del bolso. ¡Venga, marchando, al tren! Que yo tengo que quedarme una hora aquí metida. Pablo, ya sabes: me das dos toques de llamadas cuando el tren ya haya arrancado.

—Vamos hacia el andén — dijo Pablo—, que sólo quedan veinte minutos para salir. Si no oyes los toques es que sale con retraso. Voy a darte un toque de prueba, a ver si hay buena cobertura en este sótano.

Se acercó unos pasos el georgiano que nos observaba antes de salir y dijo churreando español: Sí, sí. Aquí tenemos un repetidor cerca y tenemos perfecta cobertura de todas las telecomunicaciones, internet incluida.

Yo no salía de un asombro para entrar en otro. Aquel hombre discreto y taciturno había estado entendiendo todo. Menuda lección había quedado grabada en mi mollera: no fiarme de nadie ni de nada por el aspecto externo.

Me descansó la cabeza y se me disiparon las dudas.

Subimos al tren y nos acomodamos en un departamento destartado que olía a orines y a ácaros. Los asientos estaban forrados con remiendos de tela de cortinas. El esqueleto del vagón del antiguo régimen soviético crujía en todos los ensamblajes de la madera, que conservaba restos de un barniz lustroso y negruzco en las esquinas. Dos bisagras desemparejadas y roñosas podían ser desplegadas para levantar

tar las literas a las que les faltaban la mitad de los muelles de los somieres oxidados. El suelo era de moqueta recién remendada con retales nuevos, las sabanillas y la almohada estaban pegajosas. Yo miré a Pablo, pero no le recriminé nada. Supuse que estaría comprobando, in situ, lo que le decía acerca de las condiciones miserables de estos trenes. Me entendió la mirada pues, sin mediar otras palabras, arrancó a decirme: “no te creas que en los Estados Unidos la mitad de los trenes son mejores que estos. Estoy recordando el que va de Boston a Plymouth, que no tiene ni estaciones, sólo apeaderos del año de la polka”.

¿Para qué iba a rebozarle nada, si ya habíamos concluido la discusión que no nos llevaba a ninguna parte? Colocamos nuestros maletines en lo alto del soporte, encima de la puerta y nos sentamos el uno frente al otro. Nos esperaba un largo trayecto.

Sin embargo, la noche fue animada. Dos señoras gruesas de aspecto sano y afectivo nos ofrecieron cerveza Kilikia en el vagón contiguo cuando quisiéramos acercarnos.

Todo en georgiano y por señas, pero les entendimos perfectamente.

Nos acercamos y no sólo cervezas, sino huevos fritos y toda clase en embutidos en lo que había sido un lujoso vagón restaurante en tiempos de Nikita Khrushchev cuando inauguró la línea ferroviaria. Por supuesto, cafés, vodka y cigarrillos. Con la música a volumen intenso hasta las doce de la noche, fuimos acercándonos a Armenia. Y nos recostamos en las literas pues estábamos rendidos.

A las dos de la mañana, paró el tren en un apeadero donde sólo había chabolas de latas oxidadas, con puertas y ventanas sacadas de desguaces, con antenas parabólicas como si fueran las banderas silenciosas que anunciaban modernidad en su interior. Una pareja de policías de uniformes grises con dorados galones sobados y gorras de plato inmensamente exaltadas, como levantadas de cascos, nos despertó sin miramientos, dándonos voces en georgiano, o quizás en armenio o ruso. Yo me desperté en el momento en que Pablo daba un salto desde la litera de arriba y sacaba el pasaporte, al tiempo que me decía que espabilara para enseñarle el mío.

Me flaqueaban las piernas del susto inesperado, pues no había supuesto que en la mitad del viaje, dentro del tren, harían los registros aduaneros. Nos hicieron sacar los maletines, miraban y remiraban las fotografías y nuestras caras. Menos mal que Pablo tuvo sangre fría. Yo ya no estaba para trotes semejantes pues me temblaban las rodillas y los labios, no sabía si de frío o de nerviosismo, ante la posibilidad de que le descubrieran la pistola. Aplicaban la linterna a los documentos repetidas veces. Yo estaba pensando que algo sospechaban o sabrían, que estaban a punto de descubrir el arma por haber recibido, quizás, un chivatazo de que Pablo iba armado con munición y arma de fuego. Terminaron mirando debajo del asiento, con lo que pasaron al siguiente compartimento.

Durante la parada, los váteres permanecían cerrados y tuve que esperar a que arrancara.

A Yerevan llegamos por la mañana. La estación es grandiosa, con una cúpula que imita a las basílicas cristianas y lámparas versallescas de cristal de roca, pero con polvo sin limpiar desde la última vez que por allí pasó el presidente de la

Unión Soviética. Estábamos un poco desconcertados y cansados. Tomamos un taxi hasta el museo, con tan mala suerte que, justamente, ese día estaba cerrado. Llegamos a la Plaza de la República, al hotel Marriott, y reservamos una habitación doble. Teníamos que esperar al día siguiente. Yo simulaba despreocupación pero vigilaba por ver qué cara se repetía en dos lugares distintos. Al bajar la cuesta del museo de los pergaminos, le dije a Pablo al oído porque ya no me fiaba ni del taxista:

—Un hombre nos persigue.

—¿Dónde lo ves? —me preguntó Pablo.

—El que conduce el coche detrás de nosotros, pero no mires atrás ahora, porque no nos despega la vista. Es el mismo que paseaba por el andén de la estación cuando nos apeamos.

—Pues tendré que cargármelo, no queda más remedio. ¡Su vida o la nuestra! Yo me quiero mucho. Así que, al modo americano, como dice el tópico de los que nos llaman yanquis con desprecio. Voy a armarme de valor y sangre fría, y en el momento más oportuno tú lo distraes y yo lo sacrifico. Pero antes tenemos que cerciorarnos, no vaya a ser una casualidad imperdonable.

—¿No será mejor esperar hasta mañana a ver si se disipan sus intenciones al ver que hemos desaparecido con los pergaminos?

—Esta gente no tiene escrúpulos. No podemos dejarnos comer la tortilla. El que actúe primero es el que gana; y el que pierde... lo tiene claro... bajo tierra.

Nos paró el taxi a las puertas del hotel y el paisano que nos seguía había parado al lado de una acera de la plaza hasta vernos entrar en el hotel Marriott. ¡No cabía duda! ¡Teníamos a nuestro criminal muy cerca! Yo estaba sintiendo su aliento detrás de las orejas. Siguió circulando por la primera calle a la derecha que no tenía circulación prohibida. Esperamos a que llegara de nuevo a la plaza. Supusimos que nos buscaría.

En muy poco tiempo llegó en taxi con una maleta grande que el botones le cogió rápidamente para subirla a la habitación después de hacer la ficha en los mostradores. Esperamos un rato por ver si tenía cómplice, pero no apareció nadie. Trabajaba solo.

—Este cabrón tiene un arsenal en esas maletas, seguro que tiene rifles con mira telescópica. Fuimos andando hasta los jardines urdiendo el plan, y nos sentamos en una terraza de los bares más lujosos de Yerevan, sofás blancos, inmensos cojines mullidos con plumón bajo las carpas. Al lado de cada mesa, adornada con flores y vela, exuberantes jardineras imprimían intimidación a cada cuadrilátero frondoso. Pedimos, como de chavales, un par de coca-colas. Recordamos nuestra muletilla: “¡jarabe americano”. El muy *hijoputa* se había cambiado de traje y se disfrazó de ejecutivo con unas facturas que sacó de un portafolios, y con un ordenador portátil. Café con tarta y helado es lo que pidió, para celebrarlo, se conoce. Lo teníamos de frente y se puso unas gafas negras para que no pudiéramos verle los ojos. Pablo se cruzó de brazos. Pensé que iba a sacar la pistola.

—Aquí no es buen momento, Pablo —le dije alarmado sin apenas mover los labios. Ya no me fiaba de que no nos entendiera.

—Sólo me cruzo de brazos —barboteó Pablo entre dientes para que no se le pudieran descifrar los labios desde lejos, por si acaso—. Allí viene Nora, pero no te levantes. No te muevas. Yo permanezco como si no la hubiera visto. Si la ves tú, ni se te ocurra hacer el más mínimo aspaviento. Voy a llamarla por teléfono para decirle que está ahí el pollo, que no venga hacia nosotros.

Cuando Pablo estaba sacando el móvil, me dijo que Nora no venía hacia nosotros, que se había sentado en la mesa contigua, y sacó algo del bolso: unas revistas, un estuche de maquillaje y un espejo. Pablo decidió no llamarla. Lo había seguido, por lo visto, y lo tenía controlado. No tardó mucho en sentarse a su lado después de hablar con él unos minutos. Y nosotros ni siquiera sabíamos qué idioma hablaba ni de dónde era.

—¡Lo ha dejado seco! —me dijo Pablo—. Con silenciador en la pistola. No puede ser más certero el tiro. Lo ha dejado seco, en el acto. Le ha recostado la cabeza en su pecho y le cierra los ojos. Puedes mirar. Espera, espera. ¡Está muerto! Puedes mirar hasta con descaro.

—¡No, Pablo! ¡No vayamos a estropearlo todo! Ni te muevas. Si no te hace Nora ninguna indicación, no actúes por tu cuenta. No habiéndonos puesto de acuerdo, lo mejor es actuar como si no nos conociéramos de nada.

—Se está levantando. Y lo ha dejado en la esquina del sofá sentado, con los ojos cerrados. Se le habían caído las gafas y se las está poniendo.

—¿Puedo mirar ya?

—Espera un momento. Le ha colocado la mano en el pecho y lo ha dejado simulando una caricia, como si estuviera dormido. Sí, está muerto; ya no hay peligro.

—Esperemos a que la operación haya concluido. No seas impaciente. Me he puesto nervioso, coño. Yo te iré narrando lo que pasa: se levanta Nora... Recoge las revistas y el neceser y lo mete todo en el bolso. Se pone de pie... Mira para todas partes muy tranquila... Y se va al otro lado del parque. Para un taxi. Se mete dentro, y arranca de nuevo. Desaparece por la avenida norte camino del teatro de la Ópera.

¡Desapareció Nora!

El muerto allí, delante de nosotros, quizá nos delataría. Por lo menos seríamos sujetos de interrogatorios, así que decidimos levantarnos y alejarnos.

Subimos la calle y dejamos el cadáver como si la bala certera en el costado lo hubiera anestesiado. El camarero pasó por su lado y, como vio que no había terminado las consumiciones, pasó de largo y no se percató de que estaba muerto.

Recibí una llamada de Nora mientras se alejaba: “Me voy al hotel Best Western Bohemian Resort en la orilla del lago Sevan. Allí os espero”.

Cuando Nora nos dijo que había aprendido a hablar armenio en tres meses y georgiano en no más de medio año, nos quedamos los dos mirándonos.

—¿Veis qué fácil es deshacerse de un enemigo? —nos dijo con su eterna sonrisa preciosa—. Sin tener un ejército de policías y guardias civiles detrás de ti, esto es muy sencillo. Claro que hay que haberse movido por estos países. Y la lengua es algo fundamental, evidentemente. El que no habla ni entiende está muerto de antemano. Y la mejor arma en el mundo es dominar varias lenguas.

Quedan cinco horas hasta que salga el avión para Madrid, y desde aquí a Yerevan se tarda una hora, así que tengo que espabilarme.

—¿Y las pistolas? —le pregunté.

—¡Ahí, en el fondo —señaló el lago Seván desde la galería del hotel en la que tomábamos un café con posos—. Después de un trabajo comprometido, lo primero que harás será deshacerte de las armas, que no quede ni rastro. Cuando estemos en Madrid, ya te daré unos consejos de lucha armada.

Pablo y yo volvimos a mirarnos y ella se sonreía al vernos tan sorprendidos.

Sonó su teléfono móvil y esperamos a que atendiera la llamada. Hablaba en armenio con total soltura. Mientras atendía la llamada, contemplamos el lago Sevan inmenso y sereno, de color azul cobalto, que cortaba las nubes de algodón en el horizonte.

—Mañana —nos dijo— os atenderá una chica que habla español perfectamente cuando lleguéis al museo. Ya tiene preparados los pergaminos. Los tenían catalogados y sabían que eran de España. Esperaban que alguien los reclamara. Ya lo tengo yo todo tratado. Desde que supe que permanecían en los fondos de este museo ha resultado todo muy sencillo.

Pablo y yo no dejábamos de mirarnos, yo creo que con cara de bobos, porque, al vernos Nora, no podía por menos que sacudir risas contenidas apretando los labios. Le hacían gracia nuestras caras. Y concluía diciendo:

—Mi papel ha sido muy sencillo. Todo el mérito es vuestro, que os lo habéis *currao* con sudores y peligros. ¡Menudo trajabazo que habéis hecho!

Yo le pregunté:

—¿Cómo puede ser que aprendieras armenio en tres meses? Voy a tener que creer en los milagros. Es un idioma imposible.

Se carcajeaba al oírme esto y me contestaba:

—Pero si son iguales. Yo es que no hablo euskera batúa. Bueno, sí lo hablo, pero no es mi idioma materno. El batúa lo inventó Koldo Michelena, para las ikastolas, con la intención de aglutinar las treinta lenguas de Euskadi. Mi idioma materno es el del caserío de mi abuelo, que es igual, exactamente igual que el armenio. Es el eusquera de un valle muy pequeño de no más de diez familias. Es que hay muchos idiomas vascos todos muy parecidos pero distintos. El de mis padres y abuelos era armenio. Bueno, igual que el armenio actual, aunque se diferencia en cuatro o cinco palabras; y el georgiano es igual que el del valle vecino, que yo de niña lo ha-

blaba porque la chica que me cuidaba era de allí y me lo hablaba. ¡Anda que no le tomábamos el pelo porque decía palabras diferentes de la vida diaria! Pero vamos, que entre el georgiano y el eusquera del valle vecino al valle de mis abuelos no hay más diferencias que entre catalán y castellano. No sé si me explico. Y el armenio y el de mis abuelos, que no tiene nombre de idioma siquiera, son iguales. Es armenio. Mi abuelo hablaba armenio y nunca lo supo; bueno, hablaba el euskera de su aldea igual que el armenio. Y punto.

Sorprendí a Pablo con la boca abierta escuchando y nos cruzamos de nuevo la mirada. Yo cerré la boca porque la tenía igual que la suya.

—Bueno, chavales, que tengo que ir espabilando. Lo dicho. Podemos bajar en el mismo taxi hasta el aeropuerto de Yerevan. Así que, ¡arreando!

—Pero, ¿cuántos días llevas tú aquí? —le pregunté.

—Desde que me llamó Clara para que viniera a echaros una mano, ya van ocho días. La verdad es que ha sido todo muy rápido: París, Estambul, Tibilisi, Yerevan y zumbando *pa* casa de nuevo. Ya me ha dicho Clara dónde lo celebraremos por todo lo alto. Pero no os lo revelo, que es un secreto de amigas.

Fuimos al aeropuerto con ella y volvimos a dormir al hotel. Debía de estar la ciudad revuelta, a saber por las idas y venidas de la policía con sirenas estridentes. Pero no entendíamos lo que pasaba. Supusimos que algo tendría que ver el hallazgo del cadáver. Pregunté en inglés al recepcionista y me contestó escuetamente interrumpiendo la conversación en armenio con otros clientes:

—Que han cometido un crimen en una terraza —me dijo— y llevaba el cadáver varias horas muerto sin enterarse nadie, hasta que el camarero se percató de que no estaba dormido y siempre en la misma postura sin moverse.

Yo abrí los ojos sorprendido y Pablo me dijo a un lado:

—Ten cuidado que exageras demasiado. Mejor que no preguntes nada.

Yo dormí nervioso despertándome cada poco, y Pablo de un tirón a pata suelta, en la misma habitación de dos camas.

Después de desayunar, cogimos un taxi para llegar al museo en el momento en que abrieran, antes de que llegara ningún visitante. Yo subía la cuesta agitado.

Junto con nosotros llegó un autobús de alemanes. En la entrada estaba la chica que hablaba español, esperándonos. Los guías de los distintos idiomas estaban en un despacho. La chica morena de los ojazos, nos pasó para otro despacho al lado, supusimos que sería del director del museo. Nora tenía todo atado y bien atado. Nos saludó, nos invitó a sentarnos con un ademán y una sonrisa; la chica permanecía de pie a su lado, las manos abrochadas y pivotando sobre las puntillas de sus zapatos afilados.

—Tienen que firmar el documento de entrega —tradujo la chica esbozando una sonrisa con mirada de azabache brillante.

Abrió la carpeta y cogí yo los pergaminos con sutileza de manos. La emoción me pudo y no me contuve, mientras Pablo firmaba y me decía:

—Venga, no seas tonto, y firma.

En ese momento estaba leyendo en leonés antiguo la primera hoja de la escritura de 1235 con la miniatura del San Gregorio Iluminador, que había perdido Martín en estas tierras hace setecientos años.

Yo la recité como si fuera una liturgia religiosa. Tanto es así que, al verme el director del museo se puso de pie, muy digno. La chica le iba traduciendo al armenio, frase por frase, y se sonreía admirándose al entender el significado histórico de aquellos pergaminos.

“Damos y regalamos a los frailes del Temple nuestra pintura antigua que representa a Jesucristo en las bodas de Caná después de haber convertido el agua en vino a ruegos de su madre la Virgen María. Representa la bella cara con cabellera de oro a Jesús en su trono derramando vino que...”⁶²

Cuando terminaba estas frases me vinieron a la mente los hechos narrados en todos los escritos y las palabras de Martín, Gelvira y Rechivaldo como si estuvieran presentes. Se me incrustó en la frente la imagen de los templarios calumniados, impotentes; y a Roderico enfrente de la choza, después de leer este mismo pergamino, mirando al cielo para estar más seguro de sí mismo sostenido por la tierra al caer de espaldas en la hierba con las piernas y los brazos abiertos, creyendo que ya estaban salvados.

Pablo, al verme con los ojos encharcados, se contagió y se reía temblando, mezclando la risa con el llanto. ¡Quién lo diría!

Temblamos los dos riendo y llorando sin poder evitar fundirnos en un abrazo, y el director y la secretaria, contagiados, miraban al techo sin poder contener, ambos, regueros de lágrimas al vernos. En el reverso del pergamino, había una leyenda escrita de puño y letra por Martín que dice: “Partiendo de la calumnia, cuanto más tratas de aclararla más la enredas”. O como decía mi padre a menudo en Castrillo de Halile: “Partiendo del error cuanto más lógico peor”.

Tomé en mis manos el pergamino de la segunda parte de la escritura de 1235, mucho más oscuro. Con algo de torpeza fui yo, a la vez, leyendo y traduciendo del leonés al castellano moderno:

...muestra a la Virgen y a las santas mujeres; y los apóstoles lo celebran con cantos de alabanzas y toques de cuernos; y ha sido una insidia infame atribuir esta santa pintura a una tradición anterromana de BAPHOMET, que en letras en mezcla de lengua latina y griega quiere decir: BACHUS— FAUNUS— MET—EKO o lo que es lo mismo BAPHOMETKO o BAFOMETO o BAPHOMET”

Tuve que tragar saliva porque se me secó la boca, y seguí diciendo:

—**BA - PHAU – MET**... las tres primeras sílabas de Bachus Faunus Metejo.

Siguió Pablo:

—¡La mezcla....!

Y nos salió a los dos a coro:

—¡... de Fauno y Baco! Había un tercer pergamino del mismo color negruzco que el de la segunda parte y con la tinta muy deteriorada. Me costaba leerlo, pero lo fuimos descifrando abusando de la santa paciencia del director y la secretaria. ¡Una copia del pergamino de Arias Didaz!

—O sea —me dijo Pablo asombrado—, que ésta es la copia del pergamino original que sacamos del archivo de Astorga en la excursión con el Vasco...

Cuando conseguimos aplacar la emoción, nos despedimos intercambiándonos tarjetas de visita y les ofrecimos nuestras casas en Boston y en Madrid cuando quisieran, lo mismo a la chica guía en idioma español que al director del museo.

Se mostraron muy agradecidos. Y la chica nos dijo despidiéndonos que nos transmitía la enhorabuena del director, que se había emocionado al vernos recuperar los documentos tantos siglos perdidos, y que habíamos improvisado una ceremonia digna de una veneración religiosa o celebración litúrgica en una catedral católica, que son las catedrales más impresionantes. Y que hasta siempre.

Sus nombres y apellidos respectivos escritos en armenio, como de costumbre imposibles de escribir y menos de pronunciarlos, terminaban en “án”, único detalle con el que nos quedamos de este idioma tan antiguo. ¡Es de admirar que lo hayan conservado incólume, escrito con caracteres propios, como si nosotros hubiéramos conservado, tanto escrito como hablado, el idioma que hablaba Cicerón o Julio César.

97

En el avión de vuelta, me decía Pablo:

—Oye, Leo, cuando el director del museo nos dio los pergaminos y la miniatura de San Gregorio Iluminador, algo farfullaba consigo mismo.

—Le contagié la emoción seguramente.

—Parecía como si rezara en su religión algo que no entendimos, claro...

—¡Qué gente tan buenaza, no podía imaginarlo! Te contagiaste tú también, y eso que eres duro como la cuarcita...

—Tenía que haberte grabado, qué lástima de cámara.

—Soy un poco idiota; menos mal que no nos vio nadie más que ellos. Menudo bochorno si me hubieras grabado... ¡Llorando como un niño! ¡Qué vergüenza!

—¿Vergüenza, por qué? Al contrario, hombre. No me seas un españolito chapao a la antigua.

—Se mezclaron en mi cabeza tal cúmulo de sensaciones, recuerdos y vivencias que me vine abajo. Me asaltaba machaconamente la idea de que tener razón antes

de tiempo es lo mismo que no tener razón, por lo mucho que lo repiten Roderico y Martín en sus escritos, y tenerla después de tiempo, tampoco.

¡Cuánto sufrimiento se hubiera evitado si la razón y la justicia se hubieran asentado en su día y a su hora, y no después de setecientos años...!

Tampoco podía quitarme de la cabeza que redactamos este libro para distracción y pasatiempo de nuestros lectores utilizando los sufrimientos espeluznantes que padecieron antepasados nuestros en uno de los holocaustos más sangrientos de la historia.

A veces he llegado a plantearme, a medida que hemos descubierto documentos acreditativos que relatan los hechos de nuestro libro, renunciar a nuestra especie, la especie humana, estirpe de criminales, proxenetas, pederastas, violadores y calumniadores, especie contradictoria y desconcertante. Prefiero no pensar en ello porque me anonado y me deprimó irremisiblemente. ¡Menudos prendas estaban hechos nuestros ancestros! Es que es evidente que los que hemos nacido y subsistido somos los descendientes de la peor calaña de las sociedades pasadas —como dice Counillac en su diario—, que se impusieron a las gentes más buenas eliminándolas antes de dejarlas reproducirse. Quizá sea por eso por lo que llevemos el gen de la maldad en cada una de nuestras células, a pesar de que, de vez en cuando, surja algún que otro mutante altruista. Y encima, la gente más altruista escoge el celibato para no dejar descendencia, creyendo que es el estado más perfecto: ¡qué equivocación tan tremenda!

—Sí, claro...

Pablo asentía a mi monserga dando una cabezada, y nos quedamos dormidos hasta que la tripulación nos despertó por los altavoces con un bocinazo anunciando la proximidad del aterrizaje.

Llegamos a Madrid bastante cansados. Clara y Nora nos esperaban juntas en el aeropuerto de Barajas, delante del panel de llegadas de vuelos. El avión de Yerevan llegó con media hora de retraso.

Dentro todavía, en la cinta de las maletas, me dijo Pablo:

—Supongo que no habrán detectado la pistola en el equipaje y nos esté investigando la policía.

—¿Pero no me dijiste que la habías tirado al lago Sevan igual que hizo Nora?
—Casi me da un soponcio.

—Puedo alegar que es para una colección de armas en caso de ser detectada, y que voy a registrarla inmediatamente. Yo estoy limpio. No soy sospechoso de nada y no tengo ningún antecedente de penales. Por si acaso, lo que tiré fueron las balas. Si estuviera cargada o viniera munición con ella sí que sería más sospechosa. Ahí vienen las maletas. Ha habido suerte.

Cuando me cercioré de que eran las nuestras, me sentí aliviado. Había terminado la pesadilla.

Clara y Nora estaban preciosas. Después de los besos y saludos dijo Nora:

—El soborno me costó caro —se dirigía a Pablo—, seis mil dólares en metálico. Mi contacto en Armenia me dijo que es uno de los estados más difíciles para sobornar, porque hasta el funcionario acusado de mayor corrupción profesa una mo-

ral inquebrantable. Aceptó cuando le dije que era una pistola nueva, que no había disparado ni un solo tiro, que no venían municiones y que era para una colección. Me respondía que eso daba lo mismo: “sea para colecciones o para rodar películas con ella; como si es para competir en tiro olímpico. Pasar armas en el equipaje o solamente piezas de pistola por separado vale muy caro, porque es una cadena de personas la que tiene que aceptar ser sobornada”. Así que te ha costado caro el capricho de conservar tu pistola.

Pablo le contestaba:

—¡Con lo fácil que me ha sido sacar de España la pintura románica original tabla por tabla. Sólo he tenido que decirle al guardia que las llevaba en la cabina porque son piezas de anticuario que me han costado muy caras, y que las llevo para decorar mi casa de Boston... La ventaja es que en España no está tan vigilado ni castigado como, por ejemplo, en Turquía sacar piezas del patrimonio artístico.

—Ya, pero las tablas —le contestaba Nora—, por muy piezas del patrimonio artístico que sean, no son armas de fuego...

Les interrumpió Clara:

—¡Vamos....! Vamos al aparcamiento, que hemos venido en coche. No me aguantaré sin verlos antes de llegar a casa. ¿En qué maleta vienen los pergaminos? ¿No se habrán deteriorado? Que a veces, en los aeropuertos, tratan las maletas a baquetazos...

—Los traigo aquí, en el bolso de mano. ¡Mira...!

—¡Eres el tío más genial del mundo! —me dijo Clara...

98

Pablo se quedó un día con nosotros. Estuvimos paseando por el parque del Retiro y recordando tantas cosas... Por la noche intentamos conectar por internet con todos los antiguos colegas del curso en el instituto antes de incorporarse a su trabajo en Boston.

En Face-book —me dijo Clara— está la mayoría de los del curso de COU de 1983-84. A los que no he encontrado va a ser muy difícil invitarlos a la cena. A ver si unos con otros vamos dando con todos, con los compañeros y con los profesores.

Llama al profesor y a Nora —le dije a Clara— para que se conecten en videoconferencia

Profesor: —Ojalá pudiéramos reunirnos todos los profesores y alumnos de entonces, como dice Leo. Sería apoteósico. Pero no soñemos despiertos, que eso es imposible. Habría que hacer un cálculo aproximado para reservar restaurante para la cena.

Leo: — Eso va a ser lo más difícil. Hasta que no se acerque la fecha, no podremos dar un número seguro, o, por lo menos, aproximado.

Pablo: —Yo quiero haceros un ruego: que me dejéis elegir la fecha, que tengo que hacer confluír dos cosas: mis vuelos pilotando y el embarazo de Alice. Tiene que darle el visto bueno el ginecólogo. Nos ha dicho el ginecólogo que yendo todo bien, podrá hacer el viaje entre los tres y seis meses de embarazo, y ya va cumplir tres meses. Fuera de ese tiempo puede ser peligroso un vuelo de ocho horas.

Leo: —He conseguido algunas direcciones más de correo electrónico y ya hemos contactado para ponernos de acuerdo.

Profesor: —Yo he contactado con José Antonio Arias Marculeta.

Nora: —¿Markuleta? Markuleta es mi cuarto apellido. Es un apellido vasco. ¿Quién es?

Pablo: —Que te cuente Clara. Es nuestro profesor de Historia en el bachillerato, que se fue a América y ya no volvió. ¡Claro que es vasco! Como que era su apodo en el instituto: “El Vasco”, le llamábamos. Yo no me fiaría mucho de ese hombre. A mí se me puede intentar engañar una vez, pero dos, ya es más difícil. Nos utilizó miserablemente.

Leo: —¡Bueno... hombre, Pablo...! Que han pasado muchos años, y las personas cambiamos con el tiempo. A ver, Nora, si, como el mundo es un pañuelo, va a resultar que es pariente tuyo. ¡Ya sería la repanocha...!

Profesor: —Pues aquí tengo el e-mail. Ha leído el libro de un tirón y le ha gustado mucho. Me dice, después de haberle contado el motivo de la cena, que él quiere estar para darnos la gran sorpresa. Me recalca que celebremos la reunión en cualquier fecha durante el invierno, durante sus vacaciones de verano en Argentina. Así que ya son dos limitaciones: la de Pablo y la del Vasco. También he enviado la comunicación a todos los profesores que he encontrado. Me han respondido Román, Damián y Emilio. Ya les he dicho que si alguien, por una fuerza mayor, no pudiera, que no se preocupe, que por uno que faltara no decaerá nuestra fiesta.

Clara: —Y hemos invitado al de Filosofía, que nos ha dicho que le encantará venir. A la profesora de Francés también la hemos invitado, pero al fin ha dicho que no puede venir. Hasta ahora es la única que nos ha fallado. Al resto les ha parecido una magnífica ocasión para reunirnos.

Leo: —Yo he buscado por los colegios de notarios de toda España, a ver si encontraba al notario don Honorino y doña Adela; al final, me he enterado de que murieron en un accidente de tráfico. ¡Qué lástima! ¡Cómo hubiéramos disfrutado con su presencia!

Clara: —Sólo un profesor ha muerto. El resto de ellos están como una moto: casi todos jubilados con esa ley bárbara de jubilar a los profesores a los 60 años, pero la mayoría o no tiene internet o se hacen un lío con los orde-

nadores. He tenido que llamarlos por teléfono. La videoconferencia todavía no la usan todos.

Leo: —De los colegas, me han dicho que asistirán Juanita, Ana, Inés, Jorge, Mónica, Héctor, Pilar y Juani... He dado con Curro y con el Talavera... y estos se han comprometido a correr la voz.

Pablo: —¿Quién es el Talavera? Yo no me acuerdo.

Leo: —Era dos cursos más joven que nosotros. Es que trabaja en mi empresa y lo he invitado. Se hizo famoso por su intervención en la clase de ética cuando preguntó el profesor, que precisamente era el Vasco, si alguien había oído hablar del incesto; y el pobre inocente respondió que el “incezto” eran “lah mohcah, moh mohquithoh, lah maripozah...”. Cuando el Vasco lo vea en la cena y le digamos que es jefe de planta, no va a creérselo.

Todos, cada cual en su pantalla, lo recordamos con una carjacadá. El profesor protestó por lo de la jubilación bárbara:

Profesor: —Es la mejor ley que ha sacado un gobierno: si no fuera por esa ley, yo no tendría tiempo de dirigir este trabajo ni de publicar este libro. Por cierto, yo no tendré ningún problema para asistir cualquier día. Tomo el AVE unas horas antes y me presento en Madrid en un rato.

Leo: —La que me ha asegurado que asistirá, que vive en Madrid, es Eva. Asistirá con su marido y sus dos hijas. La pequeña que estudia ingeniería en ICAI, ha dicho que se pirará las clases prácticas de ese día, aunque suspenda. Tanto le han oído hablar a su madre de los compañeros de instituto que las dos niñas están deseando conocernos a todos. ¿Niñas? Bueno, chavalotas universitarias, a punto de acabar las carreras.

Nora: —¿No has podido averiguar ninguna pista sobre la sorpresa que quiere dar “El Vasco”? ¡Qué casualidad! Estoy pensando que Markuleta no es un apellido muy corriente. Y casi todos procedemos de las inmediaciones del valle del caserío de mi abuelo. ¡Uy! Se me ha ido la pantalla. No se pueden meter varios interlocutores. No puede internet con tanta carga para vernos más de dos a la vez. Habrá que seguir escribiendo aunque no nos veamos las caras.

Profesor: —Pues Marculeta no ha soltado prenda, pero me ha asegurado que nos impresionará a todos, que será muy “impactante”, por usar su misma palabra.

Leo: —Ahí, en pantalla, aparecen algunos; pinchad en sus ventanas: Mónica, Héctor, Inés, Juani...

Héctor: —Hola a todos. Esta conexión que tengo se me cuelga a veces. Tendré paciencia para iniciar de nuevo cada vez...

Nora: —No intentéis conectar la web-cam varios a la vez que no se puede. Sólo de dos en dos. El resto que escriba, que escribiendo podemos comunicarnos todos.

Pilar: —Yo no sé si podré ir a Madrid, me encantaría... ¡Menuda ocasión más bonita para reunirnos todos los que fuimos a Astorga en la excursión de fin de curso con “el Vasco” José Antonio Arias Marculeta al terminar el bachillerato.

Leo: —Ya sabéis que si alguien no pudiera venir por lo que sea, que no se preocupe, que nos hacemos cargo... Ahí se conecta Eva y su marido. ¡Ah! Y las niñas; la familia al completo.

Juanita: —¡Qué guapos estáis... da gusto veros... Eva, te vamos a nombrar “miss ex-alumna”, no sé cómo te las arreglas para conservarte como una modelo... Yo voy a tener que pasar por el cirujano, jajajajaja, con esos michelines cuarentones.....! ¡Se fue otra vez la pantalla.

Pablo: —Los que os habéis incorporado más tarde: tendremos que fijar hoy la fecha de la cena a la que asistirá “el Vasco”. Dice que nos dará la mayor sorpresa.

Juanita: —Yo ya la tenía en línea. Que nadie se cele, que todos estáis muy guape-tones...

Ana: —¿Está fijada la fecha y lugar de la cena?

Clara: —El profesor nos ha dicho que él se va a Bremen, un viaje relámpago hasta el día nueve, a ver a sus nietos alemanes. Estamos ultimando los detalles, pero, si no hay nada en contra, contrataremos el hotel el día dieciséis de diciembre: 16—12—2010.

Pilar: —Pues que vengan sus nietos también, los alemanes y los madrileños.

Profesor: —No, no. Que me arruinan, que tengo seis nietos y no me llega para invitar a todos con la pensión que cobro... Ya les dejaré un regalo por los Reyes Magos. Arreciaron las risas en todas las pantallas.

Eva: —¿En qué hotel será la cena?

Clara: —Mañana iremos Leo y yo a reservar el Ritz. Lo habíamos decidido hace mucho tiempo. Hay que celebrarlo por todo lo alto.

Leo: —La fecha es buena porque... Y está escogida a posta por varios motivos, uno de los principales es que ni es martes, ni trece, ni viernes.

Jorge: —Muy bien, para los supersticiosos.

Profesor: —Os pasaremos a todos el archivo con el libro terminado para que podáis leer el primer borrador antes de la cena, a espera de la sorpresa del Vasco, que me ha escrito ahora otro mail y me ha anunciado parte de la sorpresa,

pero no ha querido revelarme todo. Sólo me dice que es algo que quiere añadir al libro, y que acaba de comprar el billete de avión on-line.

Pablo: —Pues vaya intriga. A nosotros esa fecha nos viene perfecta. Esa semana no tengo vuelos y Alice no tiene problema, que es la jefa de su negocio... Mañana al ginecólogo.

Juan Carlos Gutiérrez: —¡Eh! Que acabo de incorporarme: ¿Dónde será la cena? Que yo no me la pierdo.

“En El Ritz, en el Paseo del Prado” —respondieron varias pantallas al mismo tiempo.

Juan Carlos Gutiérrez: —¡Ah! Es que se me había ocultado la pantalla, y no os veía.

Clara: —A las nueve de la noche, allí nos encontraremos.

El día siguiente, Pablo se fue para Boston. Lo llevamos Clara y yo al aeropuerto. Menos mal, porque a los pocos días se paralizaron todos los aviones por una huelga total de controladores aéreos.

Clara y yo recogimos al Vasco en el aeropuerto. Los aeropuertos ya funcio-

naban, aunque todavía en estado de alarma, dada la militarización y la mano dura del gobierno, según nos informaba el taxista. Algo ha pasado con los controladores aéreos, pero, con la preparación de nuestro evento, y la maquetación del libro, no he tenido tiempo de enterarme de detalles. Ya le preguntaremos a Pablo.

Llevamos al Vasco al mismo hotel Ritz donde quiso hospedarse a pesar del precio. Como otro idiota me emocioné al saludarlo. No sé qué me está pasando. Debe de ser que me estoy haciendo viejo prematuro.

Cuando lo dejamos en el hotel, me dijo Clara:

—Tiene que haberle ido bien en Argentina.

—Pues debe de ser al único —le respondí—. Supongo que además de la enseñanza se habrá dedicado a otros negocios más rentables.

Por la tarde, nos presentamos en el hotel, media hora antes de la cena por si alguno se adelantaba.

En el vestíbulo esperamos un rato; mientras tanto, como todavía nadie aparecía, nos acompañó un maître al comedor reservado, para que diéramos el visto bueno a la preparación de la mesa.

¡Hala! ¡Trescientas copas para cada comensal! ¡Qué barbaridad! Los adornos florales derrochaban colores entre los entremeses y canapés exóticos que se desbordaban en las fuentes. Los destellos de luz en la cubertería de plata nos deslumbraron.

Me decía Clara en un aparte, mirando las columnas, los techos y los cortinajes, aprovechando que el maître se adelantó un poco:

—¿No te parece demasiado lujo para celebrar la culminación de un libro?

—No vamos a redimir el mundo por prescindir de una celebración histórica. Un día es un día, y única ocasión para reunirnos los profesores y alumnos de antaño ¿Qué son más que nosotros los jefes de Estado cuando aquí se hospedan invitados por el Gobierno? En lo único en que nos diferenciamos es en que nosotros lo pagamos de nuestro bolsillo, y no de los presupuestos del Estado. Desde luego, el hotel es precioso. Cuando vinimos a reservarlo no me fijé tanto.

Se nos hundían los zapatos en las moquetas.

Mientras esperábamos a que se llenara la mesa lujurosamente decorada en medio de dos grandes columnas de fuste liso y capiteles afiligranados, nos cruzamos besos y abrazos emocionados donde no hacían falta las presentaciones con Eva y su familia, que llegó muy puntual a la cita.

Entró Nora acompañada de un botones hasta la sala. Se la presentamos a Eva.

Clara hacía de anfitriona.

—Yo había quedado en buscar a Alfonso Sierra y a Juan, los conserjes —le dije al profesor que subía la escalinata con la carpeta del libro debajo del brazo— y por más que he buscado no he dado con ellos. Hubiera sido un puntazo que hubieran venido. Las que han estado a punto de venir, y que al final no han podido, han sido Candi, la directora, y Nachi; siguen dando clase y no se atrevieron a pedir permiso para esto.

—Yo había imaginado —dijo el profesor— que de no reunirnos en fin de semana, habría muchas ausencias, pero, por si acaso me equivocaba, no quise disuadirte de tu empeño de reunirlos a todos alrededor de “mi libro”.

El maître se apartó discretamente de nosotros y miró el reloj con disimulo.

Habíamos quedado a las nueve y ya eran las nueve y veinte. Yo miré a Pablo de reojo, y él me respondió con movimientos de cabeza a ambos lados y de cejas preocupadas, mezcladas con expresiones tristes de la cara dirigidas hacia donde aguardaban los camareros rigurosamente etiquetados como estatuas egipcias.

Un escalofrío me recorrió el espinazo desde la nuca hasta la rabadilla, no sé si de rabia o de lástima de nosotros mismos. “Tendré que controlarme” —me dije.

Eva se acercó a saludar al Vasco diciéndole que no había cambiado nada en veintitantos años: “¿Dónde dejaste tus eternas gafotas de concha?”

Con esta intervención se distendió el ambiente desangelado ante las cincuenta y seis sillas desoladas para un puñadito de once comensales. Las gafas del vasco eran diminutas y rectangulares, sin marco, barba larga y una flor en la solapa. “Para bailar un tango” —nos dijo.

Me dieron ganas de llamar a todos los ausentes, uno por uno, para decirles que se habían comportado como “guarros”. El profesor me vio la cara de ira y me sonrió dándome una palmada en la espalda, como para darme ánimos.

Nos miramos todos sin decirnos nada, sorteando la situación más violenta de nuestras vidas.

El profesor dirigió al maître la mirada y nos invitó con un gesto de la mano a que nos sentáramos en una esquina de la mesa inmensa y vacía. “Alice no lo asimila” —me decía Pablo. Estaba llorando de vergüenza ajena.

Una vez sentados, Clara de pie, intentó reconfortarnos:

—Es obligado que hablen el profesor y José Antonio Arias Marculeta, alias “El Vasco”, para recordar tiempos, cuando los escuchábamos tan atentos y disciplinados en las clases de Lengua y de Historia.

Arreciaron las risas cariñosas al oír el alias, y una hija de Eva comenzó con un canapé de caviar.

Al profesor, al Vasco, a Pablo y Alicia, a Nora, a Eva y a su marido, y a Clara y a mí, se nos había quitado el apetito. La otra hija de Eva siguió con una loncha de jamón ibérico.

Las fuentes seguían desbordantes. Dos camareros, pecho fuera y espalda arqueada, con cara de muñecos de cera y brillantina en el repeinado, nos sirvieron crema de no sé qué pez exótico.

El profesor se levantó con la copa en la mano diciendo:

—Pues había preparado estas palabras: “Antes de que terminemos todos con la tasa de alcoholemia alta, que hable Clara y nos explique un poco la génesis del libro.

—No tengo inconveniente —siguió Clara colocándose en la cabecera de la mesa—, pero quizá el más indicado sea el autor del libro. Yo también tenía preparado un discurso largo explicando algo que sólo sabemos el profesor, Nora, Leo y yo: un departamento de Historia Medieval de una universidad española estuvo interesado en que le cedieramos la documentación que guardamos, para transcribirla y comentarla en una tesis doctoral acerca de los quince primeros años del siglo XIV en Europa. Nora ya me había convencido, pero Leo se resistía y se desesperaba diciéndonos que él no cedería.

El método científico aplicable sacaría a la luz, con más rigor, los datos tan complejos tras de los que andábamos investigando desde hace años.

El profesor nos hizo salir de nuestra zozobra —ya que Leo y yo entramos en un mar de dudas y discusiones— aconsejándonos no soltar absolutamente nada, ni aunque nos nombraran doctores honoris causa. Conque probamos fortuna escribiendo los primeros folios no en forma de tesis sino en forma de novela, para comprobar la fluidez del relato, porque las tesis de letras, en España, no las lee nadie, ni los amigos del doctorando; es más, en ocasiones, ni siquiera todos los miembros del tribunal que las juzga. Sin embargo, la novela, tiene más probabilidades de ser leída, por lo menos por los allegados y amigos más cercanos. Esperemos que, por lo menos, la mitad de los que no han venido lean el libro. A veces, sobre todo en nuestros comienzos, nos perdíamos en las fechas exactas del mes y día de los pergaminos, pero, cotejando los datos históricos a los que se hace referencia en ellos, analizando los textos con el máximo rigor, hemos de situar la narración entre los años 1307 y 1315. Lo primero que aprendimos fue a echar la cuenta, mentalmente, del año en el que fue escrito cada pergamino, restándole 38 años a la era. La corrección y adaptación final de la puntuación y ortografía actuales ha sido ultimada por el profesor con infinita paciencia.

Interrumpimos la intervención de Clara con un aplauso cerrado y siguió diciendo:

—Un momento... un momento, que no he terminado. Comenzaremos recordando una cita para que la tengan presente, mientras leen el libro, tanto creyentes en el Evangelio de donde la extraemos, como no creyentes, como os decía.

Cuando esté editado y publicado, colgaremos en *facebook* las fotos de los pergaminos, de las miniaturas tan preciosas, algunos videos en *you-tube*, y más cosas que tenemos guardadas, como fotografías del molino, que, aunque haya sido re-

construido, está en el mismo lugar todavía. Lástima que no tengamos retratos de Gelvira, ni de Martín, ni de Rechivaldo.... Pero ya estamos al habla con un gran dibujante para que recree con dibujos los pasajes más emblemáticos según las descripciones de sus personas.

Y ahora, os diré a todos que José Antonio Arias Marculeta nos ha traído de Argentina una sorpresa: sólo la hemos sabido desde hace veinticuatro horas el profesor y yo, que hemos querido reservarla para presentársela esta noche. Se trata de ocho pergaminos que guardaba, heredados de su tío el cura, cuando en los años cincuenta había sido el párroco de un pueblecito de la montaña, cercano a San Pedro de Montes. Naturalmente, los añadiremos a la primera redacción. Intentaremos introducirlos en el sitio que le corresponde al hilo de la narración de esta historia. Ahora mismo nos los va a leer el profesor, que ha traducido los textos de la lengua de la Oca, la lengua de Occitania en la que escribió Ferrán Gotier un pergamino de su puño y letra en la Atalaya, antes de huir por la senda de los templarios vivos hasta los barcos del Atlántico. Y unas cartas en esa mezcla de leonés, latín y castellano del siglo XIV, que tantos quebraderos de cabeza nos ha dado. Pero antes, José Antonio nos hablará sobre ellos:

—Nunca supe, queridos amigos —inició el vasco su discurso con acento bonaerense—, la vital importancia histórica de estos escritos del siglo XIV, pero los conservaba como un entrañable recuerdo de familia, que ya está relatado en otro libro.

Desde que mi tío el cura los llevó para Argentina en el año cincuenta —casi todos ustedes ya saben que era mi padre, pero siempre le llamé tío— los conservó él con esmero y los heredé yo después de su muerte.

Una hija de Eva cuchicheó con su hermana y el Vasco interrumpió el discurso sonriéndole por encima de las gafas: «Os “parese” extraño, al papá “chamarle” tío, ¿no es “sierto”? “Preguntá” a tu mamá que “echa” sabe bien la historia de mi vida, una vida complicada pero “becha”, linda, como de personaje de novela: un niño emigrante que radicó en Tucumán y se aposentó en Mar del Plata, ¿no es “sierto”?»

Siguió el discurso con el mejor talante:

—Cuando ustedes me informaron de su proyecto de Baphomet y me enviaron el libro por correo electrónico, no tuve duda de que son los pergaminos que faltaban para concluirlo: son los auténticos pergaminos que Martín se había dejado en la Atalaya: las cartas que le había enviado Roderico y el último pergamino de Gotier. Ahora he pensado que mi tío intuía que eran pergaminos esenciales y que no pertenecían a la diplomática del Tumbo Viejo de San Pedro de Montes, aunque hubieran estado en él incluidos, por eso los guardó mi tío y me los dejó en herencia. Puede alguien decir que pertenecen al archivo de la catedral de Astorga, pero no es cierto. La intención de Gotier fue que se perpetuaran, tanto su pergamino como las cartas de Roderico, hasta que alguien desentrañara la gran calumnia que sufrieron los templarios; ese alguien ha sido el profesor con estas cuatro admirables personas: Pablo, Leo, Clara y Nora; por lo tanto, a ellos les pertenecen, y yo les cedo la custodia con mucho gusto. Y así lo haré constar en un documento escrito y firmado. También diré que, aunque pertenecen a los autores de este trabajo que tanto me ha impresionado, nombramos a Pablo como depositario que los guardará en Boston

junto con las tablas de la pintura original del dios Baco románico, que los benedictinos regalaron a los templarios diciéndoles que representaba a Jesucristo en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino, y llamado Baphomet por los calumniadores de los templarios.

Espontáneamente lo interrumpimos con un aplauso.

Sólo éramos once y la ovación sonó fuerte como si fuéramos una muchedumbre, y terminó diciendo:

—Ya que el profesor ha traducido el pergamino de Gotier, le cedo la palabra para que lo lea, porque el resto de los pergaminos estará insertado en el libro.

Al profesor le temblaron las manos al coger los pergaminos. Mostraba el semblante sereno y la sonrisa abierta, por eso, todos pensamos, a la vez, si sufriría principios de parkinson, pero era la emoción lo que le embargaba, según nos confesó luego, tan bien disimulada que no titubeó ni en una sola palabra.

Siempre nos decía que los que tienen fama de buenos profesores es porque están esquizofrénicos al tener que mostrar dos personalidades cada día: la de actor en el escenario de la tarima y la de la vida diaria; pero aquí se mostró cuerdo al no poder disimular su nerviosismo cuando acarició de nuevo los viejos y sucios pergaminos que primeramente Roderico había escrito, después, Martín había lavado algunos de ellos y, una vez secos y algo emborrionados, Ferrán Gotier, el Magnus, escribió en la soledad de los montes Aquilanos hace setecientos años:

“Permanecí inmóvil en el fondo del pozo mientras oía a Roderico hablar con mis perseguidores. No tardaron mucho tiempo en desaparecer las voces. Me envolví en la capa mientras estuve allí abajo.

Al cabo de un rato ya no se oía nada, y me dispuse a subir agarrado a la cadena. Primeramente tiré de ella hasta que el cubo en la otra punta quedó trabado en la polea. Le di unos tirones fuertes para comprobar que estaba segura, no siendo que, cuando fuera por la mitad de la escalada por la pared del pozo, se desprendiera y cayera al fondo. Dios me acompañó en la subida pues, poco a poco, poniendo los pies en las llagas de las piedras y ayudado por la cadena a la que me agarraba con todas mis fuerzas, a duras penas llegué al brocal del pozo con dolor de brazos y de piernas. No había nadie, pero este escondite, que ya había sido explorado, sería el más seguro en lo sucesivo.

Volví a las cuadras y tenía frío. Me acurruqué contra la barriga de la vaca que estaba echada rumiando y pensé cómo podría solucionar el bajar y subir del pozo con más facilidad de la que había tenido.

Durante un rezo del coro me acerqué al almacén de las herramientas de las construcciones y hurgué por todos los rincones. Las láminas de plomo quizás me valdrían. Volví al pozo a por el cubo para llenarlo de plomo.

Sobre un tuco redondo que hiciera el papel de fiel de una balanza coloqué un tablón a modo de columpio del juego de niños; coloqué, en un extremo, el cubo lleno de tiras de plomo, y en el otro extremo me puse de pie hasta que el peso del cubo y el de mi cuerpo estuvieron equilibrados. Le cosí un trozo de quilma vieja de lino

haciendo de tapadera, y tuve que descoserlo de nuevo y llevarlo al pozo de tres viajes porque cuando probé a levantarlo del suelo no podía con tanto peso.

Funcionó el invento rudimentario haciendo que el cubo fuera el contrapeso de mi cuerpo suspendido, de tal manera que probé bajando al pozo dos tablones y unos palos para apuntalarlos y que me hicieran el refugio más cómodo por si acaso tenía que utilizarlo de nuevo. La facilidad fue pasmosa tanto en la bajada como en la subida. También bajé un colgadero de manzanas por si acaso alguna vez tuviera que permanecer durante largo tiempo. Como Roderico ya no apareció para traerme las cazuelas de sopas que acostumbraba, supuse que tendría serias dificultades o que daba por supuesto que con los colgaderos, leche y huevos crudos podría subsistir perfectamente. No estaba la cosa como para riesgos después de haber tenido que distraer a los soldados que me persiguieron hasta el pozo.

Perdí la noción del tiempo y no daba crédito a mi desmemoria, porque llegó el momento en que no me acordaba de las noches que había pasado entre las pajas, cuando de madrugada oí voces a lo lejos y no dudé en esconderme de nuevo en el pozo con la capa de cuero por si tenía que pasar allí mucho tiempo sentado en los tablones. Bajé tranquilamente y dejé trabado el cubo lleno de plomo en la polea. Cuando estaba abajo oí que alguien me llamaba pero no era la voz de Roderico. Este fue el momento de mi mayor peligro, me vi perdido y encomendé mi alma y me arrepentí de todos mis pecados porque ya vi la muerte encima, pero conseguí recuperar la calma y extender la capa sobre el agua. No tuve más remedio que meterme en el agua. La capa hizo una pompa y yo me ocluté debajo sosteniéndome en el agua porque no hacía pie, con la cabeza fuera, respirando, bajo la capa, el aire de la pompa. Estuve a punto de caer en la trampa cuando me llamó por mi nombre e incluso me dijo que él también era un templario perseguido, que si estaba en el pozo que saliera, que no había ningún peligro y que me refugiaría con él en la Atalaya en las rocas salientes del camino, donde nadie podría vernos. “Hasta allí se llega por el sendero entre los tejos —me gritaba—. ¿No eres tú Gotier Magnus, el sabio? Sal que no hay ya ningún peligro” —insistía una y otra vez a voces. Me llamó por mi apellido: “Gotier, Gotier”, hasta que por fin desapareció y me dejó tranquilo. Salí aterido de frío y me refugié de nuevo en el pajar donde me cambié de ropa. La mojada la metí debajo de la vaca y se fue secando poco a poco. Al cabo de dos días salí al sendero entre los tejos y observé que estaba pisado de haberlo recorrido varias veces, y que las huellas en la nieve helada no iban más que de la tapia hasta el sendero, con lo que me dispuse a explorarlo por si acaso. Pensé en quedar oculto en los pajares hasta que se me ocurriera alguna idea nueva. Entré en un mar de dudas y llegué a lo que aquel hombre había llamado la Atalaya donde terminaban las pisadas. Hice algo que al templario eremita de la Atalaya no se le había ocurrido: desde allí mismo hasta el cauce del río marqué las huellas de ida y volví pisando encima de las mías para que pareciera que solamente una vez alguien había caminado desde el camino hasta el río. Trepé por un lado agarrándome a los troncos de arbustos y de retamas. Exploré el recinto de dos o tres miradas.

Al ver la construcción tan buena, desistí de refugiarme en los pajares del convento aunque en ellos tuviera asegurada la comida: también era más probable que en los pajares alguien me descubriera. Sería mejor abastecerme por las noches, y residir en la Atalaya aprovechando la obra del templario perseguido, que había desaparecido y del que no volví a oír ni saber nada. Quizá tendría que permanecer en la Atalaya —me dije— hasta que se derritiera la nieve para marchar por la senda de los templarios vivos, larga travesía hasta el Atlántico en busca de los caballeros templarios con la cruz pattée en las velas de las naves donde se habían refugiado los supervivientes de la masacre.

Y ya llevo aquí todo el invierno magníficamente instalado, con un buen escritorio, con un buen asiento de madera, con hogar de piedras y con alcándaras y perchas. Cuando llegué aterido a este santuario solitario, protegido de Dios y de los Ángeles, me dieron la vida las yescas que no había utilizado el templario que había construido este templo sagrado del bienaventurado perseguido por la justicia, y la leña cortada y clasificada por tamaños. Había herramientas y utensilios de cocina. Me afiancé en mi fe en la Providencia Divina.

Desde que bajé la primera vez al pozo, no he vuelto a saber nada de Roderico. En la Atalaya encontré colgados unos pergaminos que a duras penas entendía, escritos en el idioma endemoniado de los templarios de Ponferrada, y también otros que estaban sucios y mojados. Los sequé con esmero y los he aprovechado yo para escribir esto.

Después de varios días de vida regalada en la Atalaya, por la noche, oí el toque a misa del gallo, y me arrodillé como si estuviera presente. Al día siguiente me acerqué al convento en el momento de mayor silencio y llamé a la puerta. Me abrió un portero alelado y boquiabierto y le pregunté por Petrus.

—¡Uy...! —me decía, orgulloso de proporcionar información a un peregrino—. Hace mucho tiempo que ya no es fraile. Es criado de un cura o del Obispo de Astorga. No aguantó nuestro voto de pobreza.

—Yo guardo unos escritos de Petrus —le dije con gesto humilde y compungido— y quiero devolvérselos. Si te los traigo ¿los guardarás tú en un sitio seguro de la biblioteca, y cuando vuelva Petrus le dices dónde los has guardado?

—Sí, sí... —le gustó la confianza. Nadie, seguramente, le había confiado hasta ese momento un recado importante.

Hoy he dedicado el día a buscar carne fresca para asarla al fuego y he conseguido dos conejos a los que les había tapado las entradas a la madriguera. Manteca, todavía queda media cazuela del anterior templario. Y una ristra de ajos.

Es media noche y la luna menguante se ha ocultado detrás de las nubes. Ha subido algo la temperatura y ha comenzado a nevar. Se están cubriendo las huellas y el sendero. El rescoldo de la hoguera me ha obligado a prescindir de la capa.

Sólo me queda un poco de margen en el pergamino que me reservo por si acaso tuviera que escribir algo significativo antes de entregarle estos pergaminos al portero.

Han pasado los meses de invierno. Ya empiezan a ruchar los árboles.

Mañana temprano, a la hora de laudes, iré a llevarle al portero del monasterio estos pergaminos para que los guarde en espera de que alguien haga resplandecer la verdad y la justicia. Dejaré este mensaje escrito:

Roderico, por tus escritos he colegido que tu consejo es el más prudente, así que mañana emprenderé la marcha por la senda de los templarios vivos. También le daré tus escritos: las cartas que le habías enviado al templario al que no le hice caso cuando yo me escondía en el fondo del pozo y no salí por miedo a que fuera una trampa. Confiemos en Dios, y en que pronto, antes de que lleven a la hoguera a Jacques de Molay, resplandezca la verdad y la justicia; y se restituya al Temple la gloria que le han usurpado el Papa y los reyes. ¡Viva Jesucristo! Que Dios te bendiga. Ferrán Gotier.”

Al terminar de leerlo, prorrumpimos todos en el gran aplauso de la noche.

El profesor también se levantó del sillón barrocammente labrado y tapizado con raso de rayas azules diciendo:

—Hoy es el día indicado para que Leo, Clara, Pablo y Nora sean los protagonistas. Yo no he hecho más que dirigir el trabajo, pero lo más sacrificado lo han hecho ellos.

¿Os habéis percatado de que hoy es 16 del 12 de 2010?

—Naturalmente —le contesté—, elegimos esta fecha aposta, porque Pablo no podía coger otra.

Intervino Pablo pensativo:

—Estoy echando cuentas mentales, y observo que sumados los números por parejas da: $16+12+20+10 = 58$.

—El número de la muerte — apostillé yo—. “¡Catastrófico!” —hubiera dicho Roderico si estuviera aquí, con nosotros.

¿A quién se le ocurre organizar algún día en que los números de la fecha, sumados de dos en dos resulte el número cincuenta y ocho? Irremisiblemente, esa fecha está abocada al más absoluto de los fracasos.

“Cambiadla, cambiadla” —nos hubiera dicho Roderico.

Eva se inquietaba y decía:

—¿No podía haber sido otro día?

Nos quedamos en silencio hasta que el profesor rompió el hielo diciendo:

—A partir de esta casualidad numérica podemos formar otra sociedad secreta.

¿Quién será el Maestro de nuestro priorato? Necesitamos un voluntario —nos reímos todos.

—Hay gilipollas en sociedades secretas —intervine yo—, pero que, a la vez, llegan a hacerse tan fanáticos que incluso matan por conservarse en su gregarismo, sin más fines que pertenecer al grupo.

—No, no —interrumpió el marido de Eva—, suele ser por conservar poder y dinero, y transmitir a su descendencia el mismo status. A partir de Eliphaz Levi, que se hizo rico inventando el dibujo de la figura de Baphomet como si hubiera sido un ser demoníaco al que adoraban los pobres templarios ingenuos, ignorantes y ricos hasta extremos insospechados, han proliferado sociedades secretas hasta hoy día que utilizan la palabra “baphomet” bajo secreto. Y no son ingenuos ni pobres hombres; saben muy bien cómo dominar a las masas de gentes trabajadoras incluidos los empresarios que trabajamos como animales. Aquí los listos, listos, son los que se dedican al rollo del espíritu, de lo oculto, del misterio, del culto a los símbolos sean del cariz que sean, incluso políticos que hacen de su partido una congregación religiosa con obediencia ciega al jefe; pero todos ellos para no pegar ni golpe y seguir siendo los dueños de voluntades, bienes y personas a su servicio y para su agasajo.

—No juguéis con eso, que a mí me pone muy nerviosa —dijo Eva.

—Venga, mamá —le recriminó su hija pequeña— a ver si ahora vas a creer tú en espiritismos...

—Yo, ni creo ni dejo de creer, pero me pone muy nerviosa, ¿qué quieres que te diga?

—Pues los ocho números de la fecha de hoy tampoco son muy halagüeños —dijo el marido de Eva.

—¿Qué dices? —le dijo Pablo—. ¿De qué números hablas? ¿Te ha gustado la fantasía de Roderico con los números de la Oca?

—Estoy diciendo que no sólo suman 58 por parejas, sino que sumados uno a uno: $1+6+1+2+2+0+1+0 = 13$. Menos mal que es miércoles y no ha coincidido en martes.

Nos quedamos todos en silencio mirándonos.

La hija mayor de Eva terminó diciendo. Está visto que lo pasabais muy bien con vuestras fantasías, que sois los padres más divertidos, pero no dejaréis de reconocer que estáis como regaderas. Ahora resulta que creéis en la cábala...

—Sí, sí. No cabe duda de que los padres y abuelos estamos todos un poco majaretas —terminó Pablo.

—Si no fuéramos así —nos dijo el profesor—, no nos hubiéramos involucrado en esta locura. Lo único cierto es que la escritura principal sólo la tenemos a medias, porque la segunda hoja de la de 1235, la original, la que guardaba Rechivaldo con tanto celo, no la hemos encontrado, sólo tenemos una copia, la copia que se llevó Martín consigo, la que perdió en Khor Virap.

—Pablo y yo no salíamos del asombro al enterarnos de que lo que habíamos rescatado en Yerevan no era la original sino la copia de la segunda parte del juicio de 1235, pero sí que era original la primera parte con la preciosa miniatura de San Gregorio Illuminator.

—¿Queréis comprobarlo? —dijo el Profesor—. A pesar de ser una copia no deja de tener el valor que tiene una copia coetánea. En la Edad Media se copiaban dos y tres veces los documentos importantes.

Sacó una lupa del bolso de la chaqueta y abrió la carpeta. Puso encima de la mesa los dos pergaminos de 1235, a la vez que los enfocaba con la lente diciendo:

—En esta época, para darle autenticidad a los documentos se sellaban con cera pigmentada de rojo o verde, o sin pigmentos, tal y como se extraía de los panales de las colmenas; este es el caso. Mirad los restos de la impronta del sello en la cera, aunque no se ve ni el tipo ni la leyenda del sello porque está muy desgastado. Si el sellado hubiera sido de arcilla o de plomo mejor hubiera sido. Y las firmas también están muy claras en el pergamino de la primera parte con la miniatura de San Gregorio Iluminador. Pero aquí, en el segundo pergamino: “**Bachus, Phaunus, Met...**”, está clarísimo pero ni cera, ni sello, ni firmas. ¡Es una copia! No cabe ninguna duda: la que han traído Leo y Pablo. Es la copia de la segunda hoja. Es la que perdió Martín en Armenia.

—¿Y la original, dónde supones que se encuentra? —preguntó Alice.

El profesor no sabía qué responderle y le contestaba:

—El original de la segunda hoja... pues... en algún sitio tiene que encontrarse. No puede haberse perdido ni quemado. Es lo mejor que tienen los pergaminos, que no arden con el fuego. Sólo se arrugan. Bueno, si el fuego es grande, quedan tan deformados que pierden su contenido... pues... tuvo que quedar en el molino... o quizás se lo llevaron los que entraron al molino después con el revuelo de la muerte de la hermana de Gelvira, que fueron muchos... o... vete tú a saber, a lo mejor lo había perdido Rechivaldo y por eso decidió darse la vuelta. Es algo que no hemos podido investigar. No hemos encontrado más datos, pero lo importante es que la copia, al ser coetánea, —quizá fuese escrita hasta por el mismo calígrafo—, tiene el mismo valor documental que el pergamino original aunque carezca de sellos y firmas, porque lo atestiguan todos los manuscritos. Hemos de tener en cuenta que hay una gran laguna en las narraciones del viaje de Rechivaldo. ¿Hasta dónde llegó y por dónde anduvo desde que salió del monte la noche en la que hacía guardia, hasta que volvió a Astorga de Chantre? Hay que seguir investigando... Un pergamino original que nos falta no puede estar perdido para siempre.

Cuando salimos del Ritz, me percaté de un detalle, y le dije a Clara:

—Estoy pensando que al llamar a todos me olvidé de decirles que invitábamos nosotros.

—¡Ahí va! —exclamó Clara—. ¿Cómo puede habésete olvidado algo tan importante?

Al oírnos, el profesor aglutinó los labios, arrugó el entrecejo y abrió los ojos de sorpresa intentando recordar lo que había dicho:

—Pues yo creo que tampoco me di cuenta de decir a los profesores que estaban invitados, que no haríamos ninguna clase de escote ¡Yo no sé cómo se me pudo ocurrir decir, por internet, que mi pensión es exigua. Igual se interpretó como una indirecta!

Nora, el Vasco, Eva y su familia no paraban de reírse de nosotros al vernos tan consternados y confusos.

Cuando ya estábamos en el Paseo del Prado, dijo Clara:

—¡No se os puede dejar solos! Una tiene que estar en todo, hasta en los más mínimos detalles. Seguro que también se le ha olvidado llevar una copia del libro al registro de la propiedad intelectual. Estamos mandando el libro de acá para allá por correo electrónico y no me extrañaría que algún desalmado plagiera todo o parte.

El profesor le contestó sonriendo:

—Este libro no hay quien lo plagie porque el supuesto plagiador tendría que disponer de los pergaminos, de las miniaturas y de las pinturas; y todo ello lo guarda Pablo en Boston bien seguro en la caja fuerte. Además tendría que tener magia innata, magia histórica y magia de números. Hasta el próximo lunes, día 20, no me voy a Málaga. Este fin de semana me quedo aquí en Madrid con mis nietos mayores. Quieren celebrar mi cumpleaños con dos meses de retraso porque no pudimos celebrarlo en su día. Cumplí 63 años. ¡Buen número! El número de la culminación ganadora en la partida de la Oca. ¡Uy! Y el día que lo lleve al registro será el 21 del 12 del 2010. Si estuviera aquí Roderico ya estaría sumando a velocidades supersónicas: $21+12+20+10$. ¡Caray! Pues suman 63. ¡Todo un éxito! Los números son perfectos, aunque sólo los astrónomos de Karahundj y los matemáticos puedan admirar las verdaderas coincidencias astrales.

Se volvió mirando a la luna que asomaba por encima del cielo de la estación de Atocha y todos lo seguimos expectantes. Terminé yo el libro diciéndoles:

—Pues el próximo día veintiuno será el aniversario de la muerte de Martín: el 21 del 12 de 1312. Luego dicen los incrédulos que la magia no existe, y, sin embargo, sólo la magia nos sostiene, porque la realidad humana es demasiado dura. Aunque hayamos encontrado casualmente estas coincidencias numéricas, la verdad es que la magia más poderosa no emana de los números sino de las palabras, de los pergaminos, de los libros clásicos y hasta de los libros electrónicos, ya que en uno sólo podemos encerrar todas las bibliotecas del mundo.

Pablo se desprendió de Alice diciendo:

—¡A ver, a ver...! Esperad un momento que eche una cuenta:

“21 del 12 del año 2010”. ¡Sólo hay doses, unos y ceros! ¡Es un número en “base 3”.

—¡Mira, mira! En “base 10” es 5565. ¡Perfecto, perfecto!

—Voy hacer la prueba:

$$2x3^7 + 1x3^6 + 1x3^5 + 2x3^4 + 2x3^3 + 0x3^2 + 1x3^1 + 0x3^0$$

(3^n es 3 elevado al número n).

—O sea, las cifras del número en “base 3” son los coeficientes por los que hay que multiplicar sucesivas potencias de 3.

(de derecha a izquierda, comenzando por 3 elevado a 0, y terminando por 3 elevado a 7) y sumarlas.

—En este caso:

$$2 \times 2187 + 1 \times 729 + 1 \times 243 + 2 \times 81 + 2 \times 27 + 0 \times 9 + 1 \times 3 + 0 \times 1 = 4374 + 729 + 243 + 162 + 54 + 0 + 3 + 0 = \mathbf{5565}.$$

$$5+5+6+5 = 21$$

—21 multiplicado por 3, igual a 63. ¡Absolutamente perfecto! ¡Igual que si hubiéramos ganado la partida de la Oca!

Al día siguiente, recibí un paquete postal en nuestro domicilio, con los ocho pergaminos originales que guardaba el Vasco y una carta. Inmediatamente se la di a leer a Clara.

Terminada de leer, la enviamos a todos por correo electrónico:

Remite: José Antonio Arias Markuleta.

Amigos:

Antes de dormirme en mi habitación de este hotel tan lindo, he repasado toda mi vida, y, en especial, el tiempo en que fui profesor vuestro en el instituto.

Me ha llegado la hora de ser sincero:

Mi padre tuvo que huir de España avergonzado por el delito de haber amado a mi madre, y ella vivió enferma de la cabeza hasta que murió por la misma causa.

La injusticia cometida con ellos no se resuelve ya con nada, ni siquiera con la devolución del retablo románico del dios Baco.

La iniquidad cometida contra ellos por el tiempo y el viento que envolvían a las gentes de entonces, creímos mi padre y yo saldarla con la recuperación de la pintura que nos pertenecía por herencia desde la Edad Media.

Mi padre murió pensando que yo la recuperaría cuando me envió por primera vez a España.

Intenté utilizaros a Pablo y a ti hace veintisiete años para alcanzar mi objetivo, por lo que tengo que pedir os perdón sincero aunque sea tarde. Me volví a Buenos Aires pensando que la jurisprudencia y vosotros mismos me habíais vencido, pero que la pintura seguía siendo mía. Por eso, después de haber pasado estos años y, al fin, volver a tener noticias del retablo, no dudé en volver a Madrid y cenar con vosotros esta noche con la intención de plantearos recuperar la pintura del dios Baco.

Aunque reconozco que ya no me pertenece sino que pertenece al que la haya conquistado, no me siento vencido sino vencedor junto con vosotros como campeones en la lucha por la misma causa. Por eso aquí os envío los ocho pergaminos, porque considero que a nadie más que a vosotros, Leo y Pablo, os pertenecen. Adjuntadlos a la colección tan valiosa con la que habéis redactado el libro.

Comparto y admiro vuestro tesón por haber descubierto el mayor secreto guardado en Europa durante setecientos años.

Cuando recibí en Buenos Aires el manuscrito del libro, se me abrían las carnes al avanzar en la lectura y comprobar que la calumnia sufrida por los templarios en

los primeros años del siglo XIV fue urdida por el Rey francés Felipe IV el Hermoso y su ministro Nogaret utilizando el retablo del dios Baco propiedad de mis antepasados Arias Didaz.

Y al boludo del Abad del monasterio de San Pedro de Montes se le ocurrió transformar mi Baco en Jesucristo en las bodas de Caná. ¡Espectacular! Y el mismo Abad revela en la escritura de 1235 que a mi Baco se le había llamado Baphomet desde la antigüedad. ¡Acojonante!

Al surgir ese enigmático Baphomet en los procesos contra los templarios causó más daño por lo misterioso que por lo estrafalario.

Lo que no se sabe es quién, qué persona sería—¿sería un templario despechado?—, el que rescató la palabra Baphomet de ese pergamino y se la entregó al Rey de Francia.

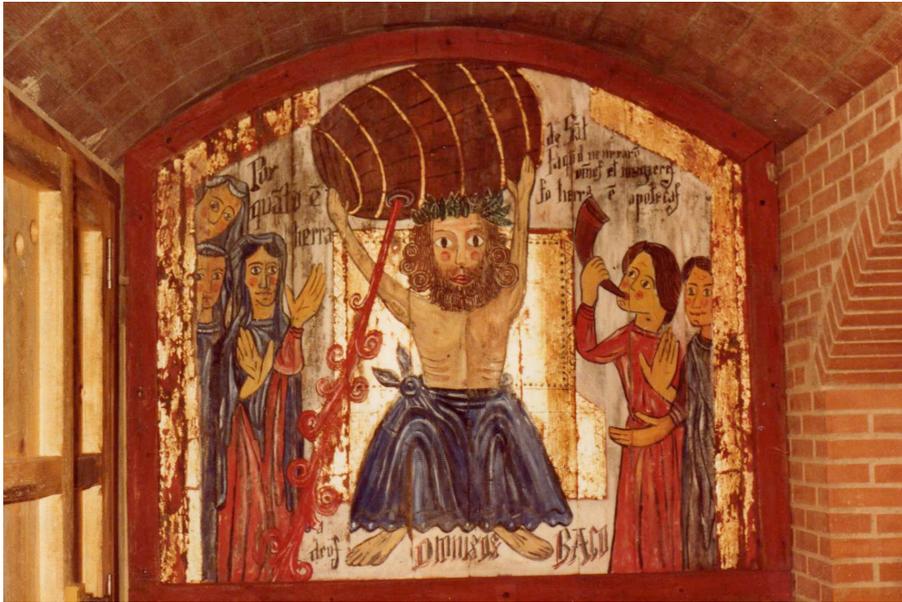
Me ha parecido magnífica la idea de colgar en internet tanto el retablo original que guarda Pablo en Boston como la única copia conservada que guarda el profesor Jesús García Castrillo en Málaga, así como cuantos pergaminos —copias y originales—consideréis oportunos.

Un abrazo fuerte a todos. José Antonio Arias Markuleta.

ILUSTRACIONES



Pergamino de Robert de Occitania.



(Colección particular de Pablo, en Boston. EEUU)

Pintura románica del dios Baco, siglo X, origen de la gran confusión. La leyenda original estaba oculta con resina mezclada con yeso

Un fraile la vendió al Temple en el siglo XIII, diciéndole que representaba a Jesucristo en las bodas de Caná. Los templarios la copiaron y la colgaron como retablo en sus iglesias.

El Rey de Francia, Felipe IV, acusó a los templarios de adorar a BAPHOMET para arrebatarle todas sus riquezas.

La leyenda dice: “Por cuanto en tierra de Sant Facund, veneraron hombres y mujeres, so tierra, en apotecas, a Deus, Dionisos, Baco”



Dibujo del siglo XIX, de Eliphas Levi: supuesto BAPHOMET.

Eliphas Levi, dada la similitud del dibujo: medio cuerpo desnudo y túnica cubriendo las rodillas, tuvo que conocer la pintura románica o alguna copia



(Colección particular del Profesor)

Copia del retablo, siglo XIII.
Comenzando la restauración.



Copia restaurándose.

Por detrás, figura la siguiente leyenda: “Nuptiae factae sunt in Cana Galilaeae / Dicit mater eius ministris: “Quodcumque dixerit vobis, facite / Hoc fecit initium signorum Iesus et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli eius. Venerarunt Milites Templi in ecclesia antiqua Sant Johannis qui est in Turgentius.



DNI alemán.

ha los p u res. E le al q u e p a r t e d e l m o n a r c h a t e d e l p a r t e d e l
na. e n d e n i a r u p e r e. s u a s f i l l a . o n d e f i z l e p e r . o n d e f i z u y e n e . e u d e u e
q u e o r e f r i p e s t a r e q u i a l e r e n o s t o a d a m b o p a r t e a l l a d i r e t a p r e . j u n t a
f i z p u n p i n i . o n i . m i r . z o u b l e q u i t o d e m a n d a r . z l i e r r a f a l i a m p r e f a r t e
t u l q u e a l o s e a f u n i e z n o n p o s s a u e n t a n i c i m a g e e n d u l a i . l a i n d a r e a
e s a u r a s . p a r t i d a s . p . i . l . p u n a n o d e l n o m i n o p u b l i c a d a p o b l a d e n d a
e u a l d i o r e s . E l l o s o m i s t u o d i s e n e r e q u i d o e l p r i o r t u n p e r r e c t u e l
u g p a r t e d e l m o n e d e r i o d e l a r p e r i o d e m o n e t e . d e l t e p o n d i m b i o d e l u
e n i n a t i z a . e o n i e r o d i g n i a c a n a l e s t o d e f i a d o a l g u o l o u t p r i o m a r t i
i n d a d o s i d p f e r m a d a . j h o . a l l e n d e l u y d e p r a n z a . d n u i m a r t i n e
i a n h e z d o m i . m a r t i n e . a p o q u i z e l o r . d u a n t e
e r e d e f r e m . d e l i . n n a . j d t e d o m i n a n t e . d o m i n a n t e p o d r e l i e . l e
e r m i d a d o r . j h a i p l a c e n e d e l g a n e r d a d o z d o m i n o . o n a n e c h a r
i l i n e . i l n o g u a n t e e l e r a p . e l o r o m e s f u n o n p l e n t e e n p u a u a r l e n t e
i d o e n e . l e r . z l i m a d . q u a n d o m a r t i i r e z l i m a r t i d o f i z l o r
t o n i u r d e n . d u o d e f o n d o d e p r e d o p e d o t a m i s e a t e r o d e p u m a n
o g r a t i a . a p u m a d a . p h o d o m i u r d o m i a p i o h a n e s t o h a
i o . j h a i . e . j o l u p e r f r e m . d i z . g d o i n i n e . l e z . t e
i o h a i . l u i o p u b l i c o d e v i l l a c o n a d e u a . o c e . d y e n e r

Fragmento de un pergamino de Martín Castriello.

Notas

Redacción de notas: Clara y Leo.

Episodio 4

Resumen de la historia de la familia del mendigo Gustavo Counillac, al que visitaba yo en la tejera:

“Hasta hoy he recibido mis apellidos inexorablemente. Nadie me ha preguntado, sino que se me han impuesto, y además anárquicamente, porque, según las distintas leyes vigentes en los últimos doscientos años, no ha habido una línea de sucesiones coherente, dependiendo de las circunstancias del momento.

Legalmente no he tenido ascendencia de varones desde mis abuelos hacia atrás, porque todos los varones fueron unos balarrasas. Y cuando podía haber tenido un reconocimiento social, a mis padres se les ocurre morirse prematuramente. Lo bueno es que mi madre conservó la tradición familiar, y sin recato ninguno, me la transmitió para hacerme saber que todos provenimos o de cobardes o de putas o de violaciones. Los más honrados somos los que provenimos de violaciones, con amor; como, al parecer, le gustaba decir al abuelo de mi tatarabuela, el capitán Gustave Counillac.

De aquella primera violación con amor que cometió el capitán durante la Guerra de la Independencia en los arrabales de Astorga, amor que se prolongó durante más de dos años, nació la madre de mi tatarabuela. La doncella violada se llamaba Esther

De la madre de mi tatarabuela sólo consta que tuvo una hija con un ricacho Astorgano, pero no reconoció a la niña y terminó sus días en Buenos Aires. Todas las mujeres de la saga conservaron su historia familiar por escrito, siguiendo la tradición de Esther; la primera mujer de Counillac.

De mi tatarabuela ya tengo datos más concretos, pues llegó a tener una vida digna, con el propósito de regenerar a su estirpe. Se casó con un labrador de la ribera y tuvo tres hijos y una hija, con la mala suerte de que murieron de tisis el matrimonio y los tres hijos, quedando viva y huérfana, mi bisabuela, a quien las monjas recogieron en el hospicio y le enseñaron el oficio de servir en casa de unos señores importantes del lugar; donde tenía que limpiar todos los días la cubertería de plata y sacar brillo a botas y otros utensilios de cuero.

Ésta se casó con un criado de los señores a los que cultivaba las fincas de los alrededores y se fueron a vivir a una casucha adosada a los torreones de la muralla de San Andrés, de Astorga. Las condiciones de vida, no eran salobres, pues no tenían

² Castrillo de las Piedras.

3

Episodio 7

La hija de Eva me decía al salir del Ritz:

—Pues es apasionante el trabajo de investigador histórico, ya me estoy arrepiniendo de haber estudiado ingeniería.

Traté de desengañarla:

—Deja, deja... que esto es muy apasionante pero ingrato al mismo tiempo, y hasta buenos sustos e incluso buenos peligros hemos pasado. Esto se hace una vez en la vida y porque ya estás involucrado. Dos meses de trabajo nos costó averiguar la autoría del pergamino que empieza:

“Rechivalde, non habie mays XXXX annos, depoyz seer hy en solo sen yantar cuomo en morte...”

⁴ Jerez de los Caballeros. (Badajoz)

5

Episodio 8

Hasta ahora, ni el profesor ni Clara ni yo habíamos caído en un detalle: En varios pergaminos ha salido “Canaán” refiriéndose al primer milagro de Jesucristo en los Evangelios convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná.

C				a-
n		a		n
e			r	a
t o d o				u n
t	e		r	i-
t	o		r	o
q u e				h o y
l o				o c u p a

el estado de Israel, Gaza y Cisjordania, y sin embargo Caná era un pequeño pueblo. Pero en el párrafo anterior, el amanuense lo escribió en griego y en arameo: “Xavaav” “כַּנְעַן”.

Aunque suponemos que fue un error del copista, no entendemos el porqué de esa insistencia, así que, íbamos a respetar el texto pero, para evitar confusiones al referirse a las bodas, hemos decidido transcribir “Caná”.

Episodio 8

Había traducido por “*extra*” pero me ha parecido preciosa esta expresión en leonés antiguo: “*a majiores*”. En el pergamino está escrita con una jota larguísima cuya prolongación subraya, excepcionalmente, las dos palabras contiguas.

Episodio 10

“En el año 1218

En la sala capitular del castillo de los templarios de Ponferrada, ante todos los caballeros, el gran maestre Petrum Albitum, después de una arenga larga, terminaba de leer el pergamino en el que se les comunicaba, por orden del Rey, la fecha del juicio esperado durante ocho años, y los nombres de los jueces.

Formados militarmente, de diez en fondo con pasillo en medio desde la puerta hasta el entarimado, exhibían las capas blancas y las musculaturas de los brazos cruzados, empuñando la espada en la vaina con la mano derecha; y con la izquierda, el cuchillo en la funda, como si estuvieran dispuestos para un ataque, según costumbre impuesta por el último Maestre en las ceremonias protocolarias que no fueran religiosas.

Sus palabras firmes rebotaban en los sillares de los muros dirigiéndose al templario que oraba y atendía en silencio, con los ojos cerrados, y al que custodiaban dos alabarderos en la primera fila: “¿Has estudiado bien la estrategia del juicio?”. Sin recibir respuesta de aquel caballero imperturbable, siguió el discurso. En un acto como éste nadie contestaba, aunque fuera preguntado, hasta que el Maestre no diera su permiso. “Yo te confirmo, Diego García, en nombre de Cristo nuestro gran maestro y guía, como abogado de la Orden del Temple, para que te ilumine Dios en el juicio, el más trascendental de mi mandato como Maestre de este castillo”.

Separó los pies y, con la espada en alto, concluyó la liturgia improvisando una oración solemne: “Ilumina, Dios Todopoderoso, a Diego García, abogado nuestro, para que se haga justicia y se confirme que el valle del río Oza (Valdueza) es nuestro, que pertenece al Temple”.

Bajó la voz un poco: “El juicio comenzará mañana a las once. Retírate a tu celda después de este capítulo (reunión) y medita la estrategia, que sea contundente y que aplaste para siempre los argumentos del Abad de San Pedro de Montes. Podéis hablar y abandonar la sala”.

*Al tener permiso para deshacer las formaciones, la voz potente y estruendosa del caballero Benevento de Benevidas (**Benavente de Benavides**) el más corpulento, sin cuello, sin pelo, con dos cicatrices que le cruzaban la cara de oreja a oreja, rompió la tensión del momento. En un lance espontáneo con su espada envainada y el machete en alto pronunció una proclama: “Y si Dios no hace justicia, entenderemos que nos permite pasar por estas armas al Abad de San Pedro y a sus monjes. No consentiremos que, después de que el Rey nos usurpara el valle y de que por mandato de su confesor —no se puede explicar de otro modo— se arrepintiera y ordenara devolvérselo, unos jueces corruptos no sentencien lo que es justo: que*

Episodio 11

En una esquina con letra diminuta, que casi no se ve, pone una fecha que transcribimos tal y como figura: “*Prima u era de Mile e CCCXXXXVI*”

La caligrafía es muy posterior, del siglo XVI. Quizá queriendo hacer un juego de palabras entre “primavera” y “era”, cuando ya se contaba por “años después de Jesucristo” en la totalidad de la diplomática.

Con tinta más reciente figura, curiosamente, una corrección pero sin tachar la de arriba: “*Prima y era de Mile e CCCXXXXVI*”, donde la “u” o “v” está sustituida por “y”.

⁹ Ver ilustraciones.

¹⁰ Tumbo: libro de pergaminos.

¹¹ Ver pergamino de Robert de Occitania. (Ilustraciones)

12

Episodio 11

Interrumpí la redacción para decirle a Clara: “Espera, que voy a consultar en la Historia del Temple quién fue este fulano”. Clara me recitó de memoria los nombres y apellidos de los veintitrés maestros. Guillaume de Beaujeu fue el vigésimo primer Gran Maestro. Murió defendiendo San Juan de Acre, batalla decisiva de la pérdida cristiana a favor de los musulmanes.

¹³ “...casa de caça mais palazio...”

¹⁴ “Labor de Rey”.

Episodio 12

El pergamino siguiente lo escribe uno de ellos, pero contiene un detalle, y es que pone también una fecha, pero con tinta distinta como si hubiera sido añadida más tarde: “*Anno Domini 1308*”.

La sintaxis también es completamente distinta. Sobre todo el primer párrafo lo podía haber escrito cualquier copista mucho más tarde, al final del siglo XIV.

¹⁶ Medida de capacidad para líquidos, que equivalían a dos litros. (2,05 litros en Castilla. Ocho azumbres equivalían a una cántara: 16,13 litros.)

Episodio 14

La autoría de este escrito nos pareció muy clara tras el primer análisis, pero entraña una problemática compleja, ya que el estilo difiere del resto:

“Yo, Martín de Castrello de Halile, (Castrillo de las Piedras), fiz esta carta e pus en ella mio nome.

Empieza así el escrito:

“Rechivalde, ata que se ende partise, traydore pusose fora, traditore juicio divino dampnatus luat penas in eterna dampnacione, pera val, o per carreras o per lamas per lo camino antigo ye acima, o per a val de veneyros per terminos de regalengo ata soutsos ye enna ual pera ela reguera o per acima ye desende a encrucijada de terra poula...”

Episodio 16

Cuando redactábamos esta página, con los pergaminos encima de la mesa, surgió entre nosotros y el profesor la eterna cantinela española; y yo les decía: “Ya estamos con la mandanga de las derechas y las izquierdas potenciadas por los poderosos para chuparle el dinero al pueblo. Mientras no se olviden de sí mismos, tanto monjes, como legos y vecinos estarán condenados a matarse, y nunca habrá vencedores ni vencidos, sino criminales todos. No hay quien meta esta idea simple en las cabezotas.

Mientras yo charlaba y tecleaba, Clara escribía en un papelajo: “Discutimos Leo y yo sobre la conveniencia de citar la carta del Obispo dividiendo a las gentes de los pueblos, al separar a sus representantes: el Abad de San Pedro y al Abad de San Andrés de Espinareda”.

El profesor opinaba que, de incluirla, habríamos de hacerlo en un aparte, para no mezclar documentos extraños al relato, pues este se encuentra hoy en el Archivo Diocesano de la Catedral de Astorga. Y no es de los que nosotros hemos descubierto porque ya hace más de treinta años que los historiadores lo han transcrito.

Así que, para que los aficionados a la filología se diviertan, copiaremos la carta íntegra, y los que no lo sean, se la salten y sigan leyendo: *“Miércoles XXX dias de marzio andados, fizo conceyo el mucho onrrado padre señor don Martino, Obispo en Astorga, e el abbat de Sant Pedro de Montes, Marcos Perez e el abbat de Sant Andres, Gonzalvo Cerveyra, ovieron contienda qual deles devia estar a la diestra parte. E el abbat sobredito de Sant Pedro de Montes pedio al obispo por merced que lo mantuviese en sou foro e costumre, que avian de longo tiempo, que elos abades de Sant Pedro de Montes usaran siempre ennos concejos seer a la diestra parte del obispo, e el de Sant Andres, a la siniestra, e así a todo tiempo, e a las procesiones. E el obispo soubo de esto ela verdat del Arcediano don Arias, e de Pedro Marinez, canoligo dito portero e Iban Miguelliez e del Arceiano don Pedro Gil, e de Filipe Johannis e de Pero Perez, canoligos. E axou el obispo por verdat en estos sobreditos que el abbat de Sant Pedro de Montes solía e usara siempre ata aquí de estar e de seer ennos concejos e a las procesiones e a todo tiempo a la diestra parte del obispo, e el abbat de Sant Andres a la siniestra. E esto mandó el obispo sobredito per sentencia. Presentes el abbat de Villouria e frey Pedro, sou monge de Astorga el Arcediano don Arias el arcediano Johan Alvarez el arcediano*

Episodio 16

Los siguientes fragmentos han sido extraídos de un manojito de pergaminos encontrados en la cuadra de un pueblo escondido llamado “Labor de Rey”, hoy desaparecido, entre unos pellejos de vino embarrados, vacíos y arrugados, totalmente deteriorados por la humedad y el moho. Los resultados de los análisis han sido positivos a presencia de bacterias aeróbicas y hongos. De 17 cueros sólo hemos podido rescatar, apenas unas líneas y unos párrafos incompletos con los siguientes fragmentos inteligibles de una narración sobre Cerecinos y Matalobos, lo que nos indica que debieron de ser muy notables estos dos caballeros. Trataremos de seguir investigando para extraer al máximo los textos en latín monástico muy rudo pero muy expresivo. Coincide absolutamente esta narración con los detalles sobre ellos, en los escritos de Martín y Roderico. Entre paréntesis escribimos las palabras reconstruidas por nosotros.

“Cerecinos y Matalobos, en la anterior expedición ...(habían traído)... diez mil florines aragoneses de oro, con lo que acrecentaron el ya cuantioso tesoro del Temple. Perteneían a la comunidad del... (castillo de San Juan).... Bautista de Turienzo que dista de aquí siete leguas por el camino más corto y seguro, (pues) ...cinco ocas nos separan.

París para recuperar los documentos..... que liberar a Jacques de Molay de las cadenas y a todos los templarios presos; (y si fracasaban) ... cambiarían de rumbo camino Barcelona para... (embarcar en)... la nave de Durand de Espelucas ...(hacia)... Sicilia y Chipre para...(enrolarse)... en su barco tan glorioso en anteriores batallas, y tan errante, al fin, por el Mare Nostrum.

Durand de Espelucas era un templario temible que había perdido todo... (¿escrúpulo?)... desde que tuvo que matar a su padre. Era el segundo de los hijos y todas las cuevas y tierras para hacer vinos se las había dejado en herencia al primogénito,... (por lo que se sintió)... fuertemente discriminado. En un duelo, el hermano mayor llegó con la espada a su corazón pero no la hincó, le perdonó la vida a pesar del parricidio y lo dejó escapar a las Cruzadas con la condición de que nunca más volviera para quedarse como heredero de todas las tierras según rezaban los fueros de los aragoneses de la costa.

Cerecinos y Matalobos eran los más bajitos de su castillo, aunque dieron la talla justa para entrar en el ejército del Temple. Levantaban la espada con dificultades. Pero con la daga eran invencibles pues driblaban a su contrincante con salto de rana y siempre la hincaban en el costado. Y su lanza reglamentaria sólo la utilizaban como pértiga para subir al caballo. Se cuenta que recién llegados al temple, en el Castillo de San Juan de Turienzo, los caballeros veteranos se reían de ellos,

Episodio 18

Cuando mecanografiaba esta página, Clara me decía:

—Leo, ese adjetivo, “*congénita*”, no quiero que figure como palabra del siglo XIV. Es término de la ciencia actual del siglo XXI.

Yo le contesté:

—No encuentro otro acomodo mejor; ya que estoy traduciendo de este leonés tan bello: “...stultitia de nascimento...”

Episodio 18

Yo había traducido por “*se descojonaba de risa*” pero Clara volvía a replicarme:

—Ese “descojonaba”, Leo. ¡Quítalo! ¡Quítalo! ¡Pon otra palabra!

Yo le respondía:

—¿Cómo puedo traducir mejor: “*metiu manos a ambas bajas partes cabe sua semiente e mays riyiia e con danno sofrir enno so corpo?*” Pues, a pesar de verlo claro, no aceptó. Le pareció indigna la expresión para este relato, y el profesor le dio la razón, así que no tuve más remedio que ceder. Me ganaron dos a uno.

²² Los idiotas, en la jerarquía de los monasterios: “Los que no eran instruidos”.

²³ Castrillo de las Piedras.

Episodio 25

El profesor nos sugirió apuntar este dato curioso. Aunque estaba muy seguro nos decía: “Yo creo que hace referencia a Villafranca del Bierzo.”

Episodio 25

Esta nota la incluimos para decir que todo el episodio 20 lo hemos redactado en tercera persona, utilizando la técnica de narrador omnisciente. Pero como utilizamos tres retazos de pergaminos para reconstruirla —de Roderico, de Martín y de Gotier—, no tuvimos más remedio que, para ser lo más fieles posibles a los textos, hacer esa mezcla con narrador en primera persona.

Episodio 25

“Prenderonles e levaron ad prisiones. Ferrados pero Pescoço duceronlles a Silvaniello yuxto prado cabo carrera antigua e sin darles racion de comer e de beber enno castiello, crudeliter maltrecharon e trucidaron e despois dapnaron sous corpos e departiron suas capiellas allbas con sanguine dapnnadas (yuxta cruce incarnata in pectore) e trogyeronlles so elas nogueiras e castanneiras, grandes plantos e voçes cumo paternóster delles oyronse in toto valle de Verizo ante morte colgados de arbores e lesados pera mantença aves aquilanas e outras animannas montibus feroçes e fammennicas e todo sen carta de juycio seellada con seello de jyuces e non per sentencia e non per consentimento dellos. E suas mortes similite ad Dmno. Ntro. Jesu Christo en cruce monte Calvario. Viron e oyron cavaleyros Martin de Castriello, Rechivalde Azafayuynes, Roderice Garcie.”

Entre las palabras, “Albas” y “con”, sale una flecha hacia el margen donde hay una leyenda con caligrafía posterior, pudiera ser del siglo XVI o XVII que dice:

“Los trataron igual que a Nuestro Señor Jesucristo, que los milites romanos se repartieron la inconsútil túnica. Fueron mártires y santos los siete templarios como cientos y cientos masacrados, pero olvidados de la Iglesia y nunca canonizados. Merecieron ser subidos a los altares, puesto que no hay nombres escritos, como LOS SIETE SANTOS TEMPLARIOS DEL SILVANIELLO. El Papa Clemente Quinto tuvo la suerte de tener un dios misericordioso porque si hubiera sido por justicia humana no le hubiera cabido más sentencia que el infierno eterno”.

Episodio 28

Martín la escribió en griego “καταβλέπω”. ¡Quizá quisiera decir “Katoblepas”!

Episodio 28

“farinal”, que es lo mismo que “harinal”, donde caía la harina molida. En los manuscritos, unas veces lo escribió con “efe” y otras sin “efe y sin “hache”. Falta la “i”, y pone “farnal”. Es la palabra más titubeante por la multiplicidad de formas”.

Clara me dice que en estos manuscritos es frecuente la vacilación ortográfica en la misma palabra. “Bueno... es normal hasta la creación de la Real Academia, durante los cinco siglos siguientes” —nos comenta el profesor.

²⁹ A pesar de encontrar reiteraciones en estos textos, Clara y yo discutimos si tendríamos que sintetizarlos, pues Martín quiso que quedara absolutamente claro que los pergaminos importantes eran tres: a) la escritura de Arias Didaz, b) la primera hoja original de 1235 y c) la segunda hoja de 1235, que no es original sino una copia, ya que la original la guardaba Rechivaldo, por lo que preferimos transcribirlo y traducirlo al pie de la letra como nos aconsejó el profesor.

Episodio 30

(Introducción en lengua leonesa)

«Como Arias Didaz e sua muller e sua filla e genro e seu fillo Arias e nora daron todos sous heredamentos de tierra de Bierzo e quanto avian en Sanct Facund al monesterio. E pintura de pagano d. Baco por a guarda eno monesterio e non seer poderosos elos monges de vender, nen de sopennorar, nen donar nen extranear».

(Texto en latín monástico)

«In era M C XXX III. Ego Arias Didaz do atque concedo et uxor mea Gelovira, et mea filia Ymblo cum viro suo Martino Petris meas hereditates, quas habeo de abiiis meis vel parentibus meis ad monasterium Santi Petri de Montibus, propter remedium animas nostras vel parentibus nostris. Terras, casas, ortos, ortales pratis, pascuis, molinarias, piscarias, aquis aquorum, ligna silvatium exitus montium, accesum vel regressum ubi illas potueritis invenire. Et sunt ipsas hereditates in territorio bergidense. Et do et concedo. Anuit nobis namque et advenit placivilitas, ad vobis Pelagius Abba et collegium fratrum de sancto Petro de Montes donationem de hereditates nostras proprias et de uxor mea. Terras, casas cum suas parras, vineas, bodegas sub terra in loco pernomeato Sancte Facunde, et quod in illis manet, cupas, vinos, ferros, *et pictura escripta dei Baco, sacrilega et excommunicata, cum hominibus et mulieribus rogantibus, usque ad miniman petram propter nullus homo fiat excommunicatus per sacrilego culto concesione.* Igitur si aliquis homo temptaverit et inrumpendum venerit vel infringere voluerit, fiat ab Aeclesia et fiat excommunicatus a fide catholica aeclesie eterna tabernacula, trucidatus et dampnatus iudicio divino mereatur eternum barathrum, cum Judas Scarioth lugeat penas in eterna dampnatione.

Facta kartula testamenti die quod erit XII kalendas aprilis. Era C XXX III post milessima. Regnante Adefonsus rex in toletu et in Legione. Osmundus gratia Dei

³¹ Ver nota 5, al final.

Episodio 32

2118. *“Desde el ventanuco de la bóveda, el campanero, un mocho de trece años, observaba a vista de pájaro toda la nave, conteniendo la respiración. A cada lado del pasillo central, cinco filas de aguerridos caballeros en actitud desafiante con la espada envainada y la capa blanca suelta, el yelmo en la mano izquierda y la derecha en el pecho. La alineación por orden riguroso de estatura y los cráneos pelados, envueltos en el silencio del castillo, predecían acontecimientos importantes. El humo de las antorchas se escapaba por el ventanuco y obligaba al campanero a respirar aparte, mientras esperaba el colofón del acto que sería indicado por el Maestre con una seña. Daría tres campanadas que esparcirían el tañido por todo el Bierzo, tirando de la cuerda que desde el ventanuco cruzaba el patio de armas hasta la torre donde se alojaba la campana mayor que habían traído desde Alemania.*

Como ya sabían que Benavides era un exaltado, lo oyeron con respeto, porque todos asentían en el argumento, pero, matar a los benedictinos para hacer justicia suponía haber declarado la guerra previamente; y una decisión tan drástica sólo podía tomarla el Gran Maestre Guillaume de Chartres (XV Gran Maestre) que por aquellos días había ido a Chipre y desde allí a la desembocadura del Nilo para comprobar qué estaba ocurriendo, porque se habían muerto los más valientes templarios y no había médicos que pararan la peste.

Benavides insistía en su idea diciendo: “Es una lástima no haber aprovechado la ocasión, dado que el Gran Maestre sólo ha estado una vez en su vida en Ponferrada, hace cinco años. Llevamos siete años sin solucionar el litigio con San Pedro. Había que habérselo planteado. No cabe más que la fuerza en estos casos, y los templarios, que dominamos el mundo, si dejamos que el valle del río Oza pertenezca al monasterio de San Pedro, es que nos estamos dejando dominar por los pobrecitos monjes Benedictinos”.

Benavente de Benavides alardeaba de haber cumplido una de las más importantes misiones del Temple: haber sido el que custodió al Gran Maestre y al Rey Alfonso VIII de Castilla en un asunto turbio que sólo relataba en círculos privados porque le habían encomendado el mismo Gran Maestre y el Rey de Castilla en persona que guardara secreto”.

Episodio 32

“2118. Habían obligado a mantenerse en silencio absoluto, bajo juramento, a todos los templarios que participaron en la batalla de las Navas de Tolosa y en la escolta del rey de Castilla Alfonso VIII hasta Ponferrada portando el gran tesoro arrebatado a los Almohades capitaneados por Mojamed-Al-Nasir (Miramamolín).

Después de la batalla, Miramamolín se retiró diezmado en sus ejércitos. Y los caballeros del Temple, entre los que se encontraba Benavides, tomaron como botín todo su tesoro.

El rey de Castilla tenía que pagar al Temple la mitad del mismo tesoro, botín de la guerra, según había pactado con el Gran Maestre de París, Guillaume de Chartres, pero Alfonso VIII de Castilla exigió que la entrega tenía que hacerla él personalmente al Gran Maestre. Para llevarlo, el Gran Maestre con el que se había pactado el precio, tenía que encontrarse con el Rey Alfonso VIII de Castilla en un castillo seguro, y decidieron que fuera en el castillo de Ponferrada, dentro del camino de Santiago.

Hasta allí, hasta Ponferrada llevaron las arcas de oro y hasta Ponferrada llegó Guillaume de Chartres de incógnito, viniendo de Francia camuflado como si fuera un peregrino, porque no podía enterarse el rey de León, Alfonso IX de León, ya que los tratos se estaban haciendo en territorios de su reino de León.

Los templarios esgrimían que ellos no dependían de ningún rey sino sólo del Papa y que podían, por tanto, hacer los tratos que les diera la gana en cualquier lugar del mundo sin pedir permiso a ningún monarca.. Pero el Rey de Castilla, Alfonso VIII, no quería enconar las relaciones ya deterioradas con el rey de León, Alfonso IX. A éste le llegaron noticias de lo ocurrido y prometió venganza por no haber recibido nada de aquel oro arrebatado al moro Miramamolín, y haberse hecho los tratos a sus espaldas y en territorios de su reino como era el Castillo del Temple de Ponferrada.

Aquel gran tesoro se depositó en un castillo de Occitania e incrementó notablemente las riquezas del Temple en todo el mundo, a pesar de lo cual a Benavides le exigieron que cumpliera sus votos como buen soldado de Cristo y se humillara y obedeciera a sus superiores bajo voto de obediencia y siguiera durmiendo en un jergón de paja sobre una tabla recordándole también su voto de pobreza.

Se supo más tarde por boca de un moro convertido al Cristianismo que, con sus mismos oídos, había oído el juramento de Miramamolín ante Aláh y la Media Luna, de arrebatarle a todos los reyes cristianos sus tesoros, todas sus monedas, todos sus dineros; y si no pudiera él, lo dejaba como juramento obligando a cualquiera de sus descendientes sin importar que fueran próximos o lejanos. “No hay presa” —decía—. Quería decir que no había prisa. Y seguía: “Arruinaremos al

³⁴ (Del lat. **fascŭla*, cruce de *facŭla*, pequeña antorcha, y *fascis*, haz).

Episodio 32

1218. “El día siguiente, se presentaba una mañana gélida con una cuarta de nieve en las praderas. Como el invierno estaba siendo muy duro, el mismo Rey Alfonso IX de León, que presidiría el juicio, había decidido celebrarlo en el scriptorium del monasterio de San Pedro, por ser la sala más cálida. Esta decisión contrariaba al Temple. El Maestre Petrum Albitum torció el hocico porque no le gustó nada. No había argumento convincente que justificara celebrar el juicio en el scriptorium del monasterio de San Pedro. Los templarios también tenían chimenea, sin embargo, el rey fue tenaz en su actitud resolutiva y no cedió ante las explicaciones del Maestre Petrum Albitum.

El Maestre del Temple hubiera preferido la sala capitular del castillo. Al final se vio en el brete de elegir entre celebrar el juicio en el monasterio de San Pedro o renunciar al objeto del litigio. Así se lo planteó el monarca.

El Abad de San Pedro llamado Nuño Meléndez había recomendado prudencia a su defensor magno, que no era fraile sino militar gallego, con muchos conocimientos de leyes y fueros, con fama de ligero en el desenvaine y de comenzar los tratos o discusiones con una leve señal de su espada en el hombro del adversario, rubicundo, bravucón, melenas doradas y con unas cejas tan pobladas que podrían cobijar a un rebaño de ovejas. Se llamaba Rodrigo Fernández de Caldelas, quien antes de entrar en la sala había dicho en un corrillo:

“No será necesario desenvainar la espada porque la razón está de nuestro lado. Está clarísimo que el valle es del monasterio benedictino como prueba la escritura más antigua del rey Ordoño II”.

Una vez comenzado, mirando a la presidencia con aspecto desafiante instó a los jueces a que leyeran: “...este pergamino en presencia del Rey Alfonso IX que preside el juicio”.

Reverenció al monarca mientras éste miraba al suelo. “Demando todo el valle del río Oza —clamaba—; y el mismo monarca puede testificar que es nuestro, ya que es el sello fidedigno de Ordoño II, el que rubrica la confirmación de que el valle nos pertenece, y si Dios nos pone a prueba y consiente injusticia, yo mismo, defensor, Rodrigo Fernández de Candelas, reuniré a los ejércitos de Galicia y así imperará la justicia, pues no podéis dar a nadie, rey Alfonso IX, lo que otro Rey, anterior a Vos, nos había dado: el Rey Ordoño II; y por lo tanto, todos los reyes posteriores han de acatar sus mandatos. Aquí os presento los pergaminos auténticos, examínadlos y haced justicia”. Y puso encima de la mesa, con las dos manos y mucha reverencia, la escritura de 1015, del rey Ordoño II.

La contundencia fue tal, que al rey se le ladeó la corona, y al componerla se cruzó la mirada dura con el presidente de la mesa: el juez más anciano. Sólo dos toses

Episodio 34

2118. *“Hacia tiempo que los Caballeros del Templo querían algo de color en su iglesia ya que la austeridad era el signo de sus ciclópeas paredes y sólo dos maderos toscos cortados a machetazos formaban la cruz que presidía el presbiterio con tres pies como los dedos de un ganso. El taller más artístico que tenía el Templo era una forja para colar el acero de las espadas. De igual manera sus oraciones eran escuetas, sencillas, sin alardeos de ciencia teológica. “Un sólo Señor, solamente una Fe, un sólo Bautismo, un sólo Dios y Padre”. En estas máximas se resumía el contenido de su religión.*

El cultivo de sus musculaturas hercúleas impedía la dedicación a lindezas exegéticas o artísticas.

No había templarios que escribieran pergaminos, ni que pintaran miniaturas ni retablos, ni que esculpieran tallando la madera.

En alguna ocasión, los monjes del monasterio benedictino de San Pedro habían observado que los templarios miraban, codiciosos, la primorosa caligrafía de sus pergaminos, las miniaturas de sus códices y sus ricas pinturas policromadas que, como una explosión de color, adornaban los artesonados de todo el monasterio. Los templarios las veían iguales o muy parecidas a las que tantas veces habían contemplado en distintos lugares de Asia, sobre todo en Capadocia”.

(Me dice Clara que revise la transcripción de este pergamino, que se aleja de una transcripción al pie de la letra, pero la dejaré así; y cuando colguemos la fotografía del pergamino en internet, que cada lector realice su propia transcripción. Creo que, a pesar de concederme alguna licencia literaria, plasmo el verdadero contenido escrito con palabras del siglo XIV).

Episodio 34

1218. “Nos defiende el ejército de Galicia, que está con nosotros”

“Contamos con quinientos soldados y el Temple sólo con setenta caballeros, pues el resto está en la Cruzada defendiendo los Santos Lugares, por lo que podemos aniquilarlos sin perder ni uno de los nuestros”.

“Reflexiona el Abad y ordena al fraile, maestro de teólogos, convencer al Maestre del Templo, con argumentos teológicos y jurídicos, para que desistieran de pensar en guerra.”.

“En esto, entra un lego y dice: “Con su permiso, le comunico que espera a la puerta el templario negociador”. Lo hacen pasar y dice el templario que ni se les ocurra pensar en guerra pues aunque saben que cuentan con 500 soldados contra 70 del Temple, el Temple cuenta con 50000 (cincuenta mil) soldados propios y muchas huestes que no dudarían en arroparnos totalmente, que no sólo son los templarios de Ponferrada sino los del mundo entero”.

Episodio 34

“El Maestre del Temple es rudo, es bueno, se puede confiar en él. Fanático. Sólo tiene una idea teológica en la cabeza: Jesucristo. No sabe nada más. Apenas domina la Sagrada Escritura. Será fácil convencerlo de que el retablo del Baco es el mismo Jesucristo y lo aceptará haciéndole desistir de sus pretensiones en el pleito”.

Episodio 34

1218. “Unos querían, de la misma manera que el Abad, regalar el Baco al Temple y desentenderse de él para siempre.

Otros, apoyados en la escritura de Arias Didaz, defendían con furor que nadie podía sacarlo del edificio; a lo sumo, hacer una copia y regalársela.

No faltaban quienes estaban dispuestos a declarar la guerra. Ceder —decían— supondría satisfacer la vanidad de los templarios, quienes nunca habían sido dados al arte; y eso, podría pervertirlos. Esa discusión estuvo en liza durante varios años. Algunos frailes se murieron mientras tanto. Se llegaron a atribuir las enfermedades a la rabia producida en las discusiones y hasta el asesinato del más ardoroso y entusiasta de una de las tendencias al que se le encendían los ojos cuando defendía su postura e insultaba groseramente a su adversario. Hubo momentos en que, tanto templarios como benedictinos, se creyeron todopoderosos porque dominaban, por la fuerza y por los fueros, grandes territorios con campesinos en ellos; y perdían la cabeza pecando de idolatría hacia sí mismos.

Cesaron las riñas cuando ingresaron frailes nuevos, pero surgió otro problema: Andrés Ibáñez, un rico noble campesino, había logrado preservar su hacienda. Para ser de un particular, era una hacienda grande, aunque comparada con las propiedades del monasterio o de los templarios era una hacienda moderada: prados, tierras labradas, y sin labrar, cercadas y sin cercar, con tapias de piedra y con árboles, en la parte baja del valle de Valdueza. Según sus hijuelas, venían desde que sus antepasados, anteriores a Ordoño II, las habían cultivado y habían transmitido a sus descendientes los escritos en pellejos de cordero. Los conservaba todos con primor y esmero en un baúl de roble y se los leía a todo el vecindario. El Monasterio también se la disputaba, aunque no con demasiada insistencia porque esa hacienda no era muy grande, pero cada Abad le recordaba que el monasterio tenía la escritura de cesión de todo el valle firmada y sellada por el Rey Ordoño II

Tanto le hincharon los cojones los frailes al labrador Andrés Ibáñez que, por darles en la cabeza a los frailes del monasterio, ya que no tenía descendencia, hizo un testamento para dejar sus bienes al Temple con todas las hijuelas escritas en pellejos de cordero, el primero de los cuales databa de la era 988, es decir, desde el año 950. Todos ellos escritas en latín menos los dos últimos en las que había muchas palabras bercianas”.

(Puede parecer un exabrupto o una licencia literaria como otras empleadas en la transcripción de este relato, para entenderlo perfectamente; pero esta expresión está traducida casi al pie de la letra: “*curtavit placiditate*”, se come la eme del acusativo, y “*inflaverunt colleones*”).

Episodio 34

“El Abad se arrugó porque le tenía mucho miedo a los templarios, sobre todo sabiendo cómo se las habían gastado, dejando muertos a los más inocentes: “los mártires de Compludo”. Por lo que echó mano del archivo y exhibió la escritura de unas tierras de la misma extensión que las que el monasterio tenía muy cercanas al castillo en Ponterrada.

El nuevo Abad Juan Fernández consiguió convencer a sus frailes y negociar con el Maestre Estévano de Belmonte. Le propuso un cambio. Se nombraron emisarios de un lado y del otro, agrimensores que no se ponían de acuerdo en las medidas de las tierras en cuesta, idas y venidas a cientos con recados para el Abad y el Maestre. Ya estaba hecho el trato y en el último momento se echó para atrás el Abad quedando roto a pesar de que era el más interesado en que saliera adelante. Pasados unos días se fue de nuevo convenciendo hasta que, al fin, el Temple se quedó con las tierras que el monasterio poseía al lado del castillo y el Monasterio se quedo con la herencia de Andrés Ibáñez en el coto de Valdeuza”.

Episodio 34

Decidieron los frailes borrar la inscripción primitiva del retablo, "por quanto en tierra de Sant Faqund etc." Pero al Abad se le ocurre una mejor idea: Encargar una copia exacta del retablo del dios Baco.

Después de haber resuelto de muy buena gana el sempiterno pleito, copiaron el resultado en los pergaminos a modo de auto con sentencia. Quedaron muy amigos el Temple y el Monasterio. ¡Todos tan contentos! De manera especial los templarios, pues así ya tenían una pintura policromada de Jesucristo en las bodas de Caná. No contentos con eso, encargaron al pintor varias copias del retablo y las distribuyeron por todos los castillos. También encargaron a los copistas del scriptorium varias copias en miniaturas de muchos colores.

Episodio 34

En el archivo de Astorga se encuentran las dos escrituras (doc. número 283 año 1218) y (doc. número 293 año 1235)

Los escritos que hacen referencia al Baco y Baphomet se custodian en otro paradero. Los avatares de la historia los llevaron a manos del mendigo Counillac en Astorga, y de Mademoiselle Denisse en París. De no haber sido así, la verdadera historia hubiera quedado perdida para siempre.

1218 (TVM fol 143) (Latín monástico)

“Facta est contentio Inter. Dominum Nunum, abbatem Sancti Petri de Montibus, et magister dominum Petrum Alvitum, freyre, super cautum quem dederant reges at sancti Petri de Montibus, totum valle Oza. Et dicebant Magister et fratres Templi quod dederat dominus Rex Alfonsus, filius domini regis Fernandi et totum valle Oza per Alfoce a Ponte ferrata, et pro ipso demandabant valle Oza per alfoce. Et dixit dominum Nunnum abbatem Sancti Petri et monachis suis quid valle Oza habebant de rege domino Ordonio per cartam, deinde de omnes reges qui post illum fuerant. Usque ejus sit que venit ista contentio ante dominus rex Adefonsus, et mandavit ut haberent super illum cautum directum et cujus deberet esse fieret. Et rogavit abbatem Sancti Petri de Montibus Rodericus Fernandi de Caldelas, qui erat milite de Gallecia, et possuit dominum Petrum Alvitiz magister et suos fratres Diego Manso, encomendador de Ravanales et de Pontferrata, et Martin Sanchez et alios frayres possuerunt Diego de Benavente pro atvocato et abba et fratres sancti Petri jam dicto milite Rodericus Fernandi de Caldelas similiter pro atvocato. Et stabilierunt judices don Fernando Martinez de Colonbrianos et domino Isidoro Otava de Leon. Et Rey confirmavit judices. Et tenuerunt voces ante regem et ante sua corte. Et dixit primitus Diego Garcia, avocato frayres:—Demandou vos valle Oza, qui dedit domino rege Alfonso, in cujus presentia stamos, por alfoz a Ponferrata, e queria que me lo diesedes. E respondi Rodericus Fernandi de Caldelas atvocato abbati Sancti Petri:—Non debeo vobis dare quia ipsum que vos dicitis que vobis dedit, non potest dare qua jam dedit domino rege Ordonio, et omnes reges, qui post illum fuerunt a Sancti Petri, et ego hostendam cartas et privilegios unde habet monasterio et per quod habet, per dozentos vel amplius annos. Sic que venerunt ipsas carta et privilegios ante judices et ante rege et multi alii homines boni et fezerunt legere. Postquam fuerunt auditas dixerunt judicibus:—Nos judicamus et dicimus quod secundum voces et secundum cartulas et privilegios non postest vobis rex dare nec vobis illum cautum debetis habere. At isto judio respondit rex:—Que non possum vobis dare nec vobis debetis habere. Ego illum cau-

Episodio 36

En el manuscrito aparece “ponte la ruina” caligrafiado recientemente. Runa es el río Arga en vasco. “Ponte la Ruina” ¿Será una mala caligrafía? Será: “la Reina”... Puente la Reina está a veintitantos kilómetros de Pamplona.

Episodio 36

El Rey de Francia, Felipe IV el Hermoso ordenó quemar todos los Bacos y sólo quedó uno, encontrado siglos más tarde en Sahagún de Campos, abandonado por los soldados franceses en la retirada después de ser derrotados, cuando se llevaban pinturas y esculturas histórico-artísticas.

Episodio 36

La misma palabra escrita de tres maneras en la misma página: “trepede”, “trípode” y “trebde”. Eso es latín: “tres pedes”, que quiere decir “tres pies”. Lo del pie de la Oca es, sin duda, una derivación lúdica de los templarios.

Episodio 36

El manuscrito dice: “Eros meus pares...” Esto no es catalán correcto, pero, a saber cómo se hablaba entonces. Y a saber, también, lo que Martín oyó a aquel paisano o quizás payés de Occitania.

Episodio 37

Sólo se conserva una de las dos lápidas que dice: “Krisdòs vortì Asdudzò / anvojalgal e parekùt / ktà ko / ararachagàn sirov t i hokis / hankutseal dzarait s ko / Amen” Cristo hijo de Dios / sin rencor y piadoso / apiádate / con tu amor Creador / de mi alma / De tu difunto servidor /Amen. (Traducido por Cristian Sirouyan)

Episodio 38

Esta palabra se nos ha resistido. No hemos podido hallar su significado, a pesar de que la caligrafía está muy clara, tal y como la escribió Martín en su correspondiente pergamino. La copiamos tal y como aparece letra por letra: “c o n t a s s”.

Episodio 38

“Cunniculum”, diminutivo de “cunnus”, (coño) evoluciona a “conejo”.

“Cuniculum”, (animal) también evoluciona a “conejo”

Se trata del fenómeno lingüístico de homonimia.

O sea, que “conejo” también significa “coñito”.

⁵⁰ Nuez verde.

Episodio 42

Justamente, según los pergaminos originales, en el mismo lugar en el que ahora se ubica el restaurante “La Peseta”.

⁵² moho, mohoso.

Episodio 42

“...orropulgo...”. Esta palabra no la hemos podido traducir. La dejamos tal y como figura en el pergamino, aunque bien pudiera ser un localismo por deformación de “horreum publicum”.

⁵⁴ Nos desconcertaron mucho estos encabezamientos de cada pergamino: por una parte, Roderico está intentando quedar en el anonimato, y, por otra, con ellos revela su autoría.

Después del examen grafológico y del análisis químico de las tintas, hemos determinado taxativamente que los encabezamientos fueron añadidos casi un siglo más tarde por un tocayo llamado también Roderico García.

Episodio 57

Segundo pergamino de Roderico. Aunque no están numerados y aparecieron en lugares distintos, los pergaminos escritos por Rodericus son inconfundibles. Observamos un progreso evidente tanto en la caligrafía como en el estilo.

Episodio 57

“...fiz esta kartam sol nomne Rodericus...”

Estas notas que encabezan las cartas de Roderico no están firmadas sino que son añadidos de alguien que en el año 1395 leyó estas cartas. Hemos descubierto en el reverso de este pergamino, la misma caligrafía, distinta de la de Roderico donde figura la fecha al lado con el mismo tipo de letra. Pero no pone “fiz” sino “ficit”. Así: “*ficit esta kartam sol nomne Rodericu, Anno domini 1395*”.

⁵⁷ Estas notas que encabezan las cartas de Roderico no están firmadas sino que son añadidos de alguien que en el año 1395 las leyó. Hemos descubierto en el reverso de este pergamino, la caligrafía, distinta de la de Roderico, donde figura la fecha, al lado, con el mismo tipo de letra. Pero no pone “fiz” sino “ficit”. Así: “*ficit esta kartam sol nomne Rodericu, Anno domini 1395*”.

⁵⁸ Nos queda pendiente un detalle: investigar el clima en esta cordillera durante los siglos XIII y XIV. ¿Caían estas nevadas tan impresionantes al final de agosto y principios de septiembre? Desde luego, existe un refrán que procede de la Edad Media: “En Agosto, frío al rostro”. Si no caían estas nevadas, hay un desfase de fechas, de dos o tres meses con respecto a los anales de la Historia, porque la muerte del Rey está fechada a principios de septiembre.

⁵⁹ Esta palabra nos ha llamado la atención de una manera especial. En el manuscrito de Roderico aparece como “postpuntada”.

⁶⁰ Íbamos a quitar las letras mayúsculas, pero hemos decidido dejarlas tal y como figuran en el texto. No hemos podido descifrar por qué las escribió Counillac de esta manera, pero, ya que tenemos su propia caligrafía, las respetaremos como están escritas en los papeles del diario.

Estos textos los encontramos repartidos, unos en París, y otros en Astorga; y el siguiente más abajo tiene la fecha en que fue escrito: 8 de enero de 1816, unos años más tarde después de acabada la Guerra de la Independencia.

Episodio 73

Transcripción de la paleografía del pergamino: (la puntuación y los acentos son míos):

«In era M CCC et XXVII, XXX dias de marzio, fizo conceyo el muito onrrado padre sennor do Martino Obispo de Astorga e el abbat de Sant Pedro de Montes, Marcos Pérez e el abbat de Sant Andrés, Gonçalvo Cerveyra, ovieron contienda qual deles devía haber por a guarda elas petras scriptas e que toviere por bien e que el abbat do(n) Marcos Pérez a la diestra parte e el abbat Gonçalvo Cerveyra a la siniestra. E el abbat Marcos Pérez osado de prender pora seu monesterio petras scriptas e linarias de vale Oza e de terras moitas pora fazer papel (...) e selles ronpían que ge les mandaaremos tornar en cuero e que ge las feziessemos tener e guardar en todo según que en ellos decía eles fueron guardadas fasta aquí. E nos tomémoslo por bien, por que mandamos que amparades e defendades el abbat e al convento sobredichos con estas mercedes que les nos fazemos e que...»

Como es leonés antiguo, con muchos elementos híbridos de latín monástico e incluso influjos del Castellano, voy a tratar de traducir lo más importante:

«Y yo, (Don Martino, Obispo de Astorga) veo que es perjudicial para la salvación de las almas de los dos abades y de todos los frailes y fieles, que riñan por la posesión de las piedras escritas al revés y grabadas y de todos los hierros forjados y hechos dobles (doblados) en la herrería de Compludo para grabar piedras losas y para hacer copias en papel de lino hecho con linos, centenos y jugo de pinares, y con Judasiscariot sea juzgado y troceado y expulsado a las llamas quien entrare en el peligro de hacer copias que otorguen falsas posesiones y falsas escrituras y se divulguen libros prohibidos por la Santa Madre Iglesia a los legos y los poderosos y a los merinos y a estas muchas gentes hijos de nuestro criador, sin mandato del Abad del monasterio...» «...y como el pleyto vino por riña de los dos abades sobre la posesión de las herramientas para grabar piedras, mando destruir las 3.000 piedras y las herramientas las mando fundir para hacer arados y labrar la tierra y todas las tierras del monasterio sembradas de lino mando y ordeno sembrar de viñas y de panes con el conocimiento del ifante do (vuelvo a copiar la paleografía): Sancho, fiyo mayor e erederero del muyto noble do Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Toletto de Gallizia, de Sevilla, de Murcia, de Jahen e del Algarbe, a los cogedores de los mios pechos e de los mios fueros que anden en tierra de Valdoça, salut e grazia. El abbat de Sant Pedro de Montes se me envió querellar. Presentes furon abbat de Villoria e frey Pedro, sou monge, de Astorga, arcediano Johan Alvarez, arcediano Johan Gil, Pero Perez, que tien el hos-

⁶² (Ver pergamino de San Gregorio Illuminator en ilustraciones) En la letra capital figura una alegoría roja con la palabra ILLUMINATOR sobre filigranas azules. La letra I es la misma que empieza el texto: “In nomine Dni. amen saban los omes que an de venir que eu el abade dô Johanne de sät pedro de montes con sous fraires concedemos a frades monges milites Xristi de templo nossa pinctura antiga e damosvola por bõdade de nos que figura a Jesu Xristo domno nosso en vodas de cana pois tornasse agua en vino a rogos de sua madre vierge sãta Maria a figura sinal de bella facie en ella con capilleira de oro a dõn nos tro Jesu Xo en suo trons en de exramase vino que...”

63

Episodio100

Entre los pergaminos que trajo Leo de París, hay uno suelto que está casi en blanco, solamente están escritas las primeras líneas y no hemos encontrado dónde puede encajar. No le hemos visto relación de ninguna clase con ninguno de nuestros personajes ni con la trama del relato, y tiene en medio un espacio en blanco como para rellenarlo más adelante, si bien, yo había interpretado “selles” por “sellos de cera” muy comunes en la época, pero el profesor nos dice que es muy claro que son dos pronombres seguidos: “se” y “les”. Muy curioso por cierto porque alterna el mismo pronombre en apenas unas líneas: “se” y “ge”.

“Envía el obispo Alfonso vos pedir merced que por razón que estas escripturas eran en papel e selles rompían, que ge las mandásemos tornar en cuero e que ge las feziésemos tener e guardar en todo según que en ... (y concluía): ...por la intercambia de llinares e vinneas de Santiago Domínguez e la heredade concta de Micaela Roderiquiz y sous fillos....”.